

EN EL OSCURO BOSQUE
DE
Sandra
VAIZA CASTRO



Lil
MUSIC
SCREAM

En el oscuro bosque de Sandara

Yaiza Castro

Índice

[En el oscuro bosque de Sandara](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Primera parte - La bestia del bosque](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[Segunda parte - Los pasadizos del bunker](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[Tercera parte - Los laboratorios del valle](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Sinopsis

Los habitantes del remoto valle de Sándara sufren, desde hace décadas, extraños ataques de un ser al que ellos llaman la Bestia.

La llegada de un joven detective inglés, Alan Wood, al valle para investigar dichos actos, despierta los celos entre sus habitantes, habituados a esconder secretos demasiado oscuros.

Las agresiones, sumadas a la desaparición de una joven, hacen que el detective se involucre por completo en un misterio que tiene más aristas de lo que parece en un principio.

Los pactos de silencio y los más terribles secretos hasta ahora escondidos con celo empezarán a desvelarse, así como la imponente presencia de una chica a la que todas recuerdan pero nadie nombra, por miedo, o... para protegerla.

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 91 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Yaiza Castro 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-39-0

*Para Claudia, la luz que siempre
llega al final de todos los caminos.*

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todos aquellos que entendieron mi imperiosa necesidad de escribir como una parte importante de mí misma y que aguantaron estoicamente con una sonrisa esos «¿Te importa corregirme esto, esto y esto?». «¿Crees que soy un poco pesada con esta idea?». «Entonces..., ¿quito esto de aquí?». A todos, gracias, gracias y gracias. No habría escrito una sola línea sin vosotros. Gracias por entender mis «No puedo quedarme hoy», y estar ahí pese al tiempo transcurrido.

Un gracias enorme a la Editorial LxL por aventurarse en esta senda conmigo y por confiar en mí. Gracias por vuestra paciencia infinita contestándome las dudas que me han surgido durante todo el proceso.

Gracias a ti, Jaime, por hacerme entender quién soy y construir junto a mí nuestro propio universo. Gracias.

Primera parte

La bestia del bosque

Los habitantes del valle de Sandara habían aprendido con el tiempo a temerle a la oscuridad. Por esa razón, nadie se adentraba en el denso bosque cuando los últimos rayos desaparecían entre las copas de los árboles y la noche devoraba aquel paisaje con su negrura. «Son leyendas, fábulas nada más, pero, aun así, conviene tener cuidado». Esa frase, aprendida con los años, se había terminado imponiendo como una realidad para las gentes de aquel paraje, donde el invierno seguía anclado con fuerza, cubriendo con su barniz helado aquel recóndito lugar, cuyos dos pueblos, Sandara y Zugati, estaban divididos por un río de aguas frías y claras.

Rodeando aquel conjunto de casas de piedras y rojos tejados, el bosque de Sandara se extendía como una serpiente verde a su alrededor, enroscándose, acechando, dispuesta a devorar las aldeas en cualquier momento. En el interior de la arboleda, solo se percibía el siseo del frío viento y las últimas hojas muertas cayendo al suelo.

Un pequeño autobús avanzaba por la única carretera que daba acceso desde el exterior. En su interior, el conductor y sus cuatro pasajeros, tres jóvenes y una mujer, compartían el reducido espacio mientras contemplaban el exterior a través de las ventanas, sumidos en sus pensamientos, solamente interrumpidos por la estridente voz al teléfono de un muchacho. Al fin el molesto chaval colgó y habló en voz alta.

—Nos va a terminar atrapando la noche aquí, ya lo veréis.

—La noche no tiene nada de malo. Es bonito contemplar las luces —replicó la mujer con expresión aburrida.

—Pero no aquí, en medio de la arboleda, y menos cuando todos sabemos lo que ronda por aquí.

Un joven de oscuros ojos se giró hacia él, con gesto de hartazgo.

—Las historias de espíritus malignos del bosque ya se han escuchado cientos de veces, y la mayoría de ellas provienen de los mismos delincuentes que necesitan tener el camino despejado para no tener testigos. Eso es todo.

Todos se giraron hacia él a la vez. Pese a hablar un correcto español, su suave acento inglés no había pasado desapercibido a ninguno de los pasajeros que lo observaron curiosos. La presencia de un foráneo era algo excepcional en el valle.

—Perdonen por entrometerme, solo hacía una observación, no era mi intención ser... maleducado. Creo que se dice así.

—No se preocupe, yo tampoco creo en monstruos del bosque —dijo la mujer, ofreciéndole la mano y una sonrisa al mismo tiempo—. Me llamo Matilda Lezo, y ese de ahí es mi hijo Samuel. Trabajo en la clínica del pueblo, soy enfermera.

El joven estrechó su mano, sonriendo, y miró a Samuel. El chico rondaría la veintena tenía el pelo castaño, los ojos de color avellana y sus facciones suaves eran similares a las de su madre. Permanecía callado mirando por la ventana, nervioso, como si buscase algo en el bosque que no consiguiese encontrar. No se molestó en saludar al inglés, que tuvo la impresión de que ni siquiera lo había escuchado.

—Yo soy Tomás. Vivo en el pueblo también —saludó el chico que había estado hablando por teléfono parte del trayecto. Rondaría su edad, veintisiete años, y las carpetas que descansaban al lado de su asiento delataban que trabajaba en alguna administración pública.

El británico lo saludó desde su asiento.

—Me llamo Alan Wood. Soy periodista y vengo de Londres.

La mujer levantó las cejas y Tomás, el siniestro parlanchín del teléfono, lo miró con interés renovado. Al inglés no se le pasó por alto la reacción del hijo de la enfermera, Samuel, que dio un respingo en su asiento y clavó sus ojos en él con una mirada de angustia tan intensa que se inquietó.

—¿Y qué le trae a Sandara? —Quiso saber Tomás.

—Solo estoy de paso —mintió—, no estaré mucho tiempo por aquí.

No convenía que nadie supiera por qué estaba allí. Gracias a su experiencia en el ejército y como policía, había logrado forjarse una buena reputación como detective privado. Una familia adinerada de la zona le había hecho un encargo insólito por una cantidad de dinero exorbitante, así que había hecho las maletas e iba a cumplir el trabajo.

—Hay muchos visitantes de paso últimamente por aquí. Gente de paso, periodistas y simples turistas. Es curioso que ninguno de ellos quiera decir realmente por qué está aquí. Vienen a buscarla a ella, a la Bestia del bosque. Según la policía, se han reanudado los ataques con docenas de ovejas destripadas. Y hace tres meses el crimen del pobre Blasco. Que descanse en paz.

La mujer apartó los ojos de ellos y comenzó a retorcerse el pelo, inquieta.

—¿Blasco? —preguntó el británico, confundido.

—Sí, Blasco. Era un tendero de la zona. Tenía una tienda de productos lácteos ecológicos en el pueblo, hasta que la cerró sin explicación alguna hace unos años. Era muy querido por aquí, ¿sabe? —El detective asintió en silencio, animándola a seguir—. Yo lo conocía desde que era un crío. Era un buen hombre, pero él y su mujer no podían tener hijos, así que la adoptaron a ella, a Elena. Su mujer falleció poco después de una enfermedad, así que Blasco se quedó con la niña. —Guardó silencio—. Algunos en el pueblo dicen que la Bestia del bosque la persigue a ella, y que seguirá matando hasta encontrarla.

—¿Por qué dirían algo así?

—Desde que ella llegó, los ataques de la Bestia en el bosque se han incrementado. Y

luego le ocurre eso a su pobre padre. En fin, ate cabos.

—Disculpe, pero no entiendo nada. ¿Ha dicho «se incrementaron»? Entonces, ¿ha ocurrido otras veces?

—Sí, pero muy de vez en cuando. La policía no consigue atrapar a esa maldita cosa.

Al inglés aquella historia le estaba empezando a parecer de ciencia ficción. La existencia de una bestia mitológica en medio de un valle como aquel era propia de una leyenda, y nadie podría haberle dado credibilidad alguna. Excepto la gente de ese pueblo, al parecer. Miró al joven, que prosiguió el relato:

—Hace pocos meses, unos cazadores que estaban por la zona vieron la puerta de la casa del tendero abierta. No había rastro de Blasco ni de su hija. Como si se hubiesen esfumado. Todo estaba tal y como lo dejaron, así que se alarmaron y organizaron batidas de búsqueda por todo el valle.

—Entiendo —dijo el británico, ladeando la cabeza, adivinando lo que iba a escuchar a continuación—. Y supongo que cuando lo hallaron, descubrieron mordeduras en su cadáver de algún animal con enormes fauces y desgarros por todo el cuerpo, ¿no? —preguntó, intentando disimular cualquier sombra de sorna en su voz.

La mujer miró hacia él con expresión dolida, y el inglés se arrepintió al segundo de haber cometido semejante imprudencia. Era obvio que la muerte de ese vecino la había conmocionado porque lo conocía. Se reprendió por haber sido tan insensible y descuidado. Tomás tomó la palabra, negando con la cabeza.

—Se equivoca. Al pobre hombre lo encontraron horas después, muerto, eso sí, percutado al tronco de un árbol. Si no llega a ser por el fuego, jamás lo habrían encontrado. Se hallaba en una zona muy tupida y poco concurrida del bosque.

—¿Ha dicho... fuego? —preguntó el inglés, alarmado.

—Sí, fuego. Cuando llegaron al lugar de las llamas, solo quedaba el esqueleto del tendero, parcialmente calcinado, con algunos trozos de carne aún pegados a él.

Un silencio plomizo se hizo dentro del vehículo. Un asesinato con semejante carga de crueldad en aquel valle recóndito era algo completamente inusual. Más bien parecía algo propio de un ajuste de cuentas o un macabro ritual. El detective repasó mentalmente las noticias que había recopilado sobre el valle, pero no logró recordar ningún crimen como ese. Era más, estaba completamente seguro de no haber leído nada parecido.

—Disculpe, pero no he leído nada sobre un asesinato en el valle. ¿Está seguro de que ocurrió aquí, y no en otro lugar?

—Estoy más que seguro, de hecho. Créame. Todo lo relacionado con el crimen se está llevando con mucha discreción, porque aún lo están investigando.

—¿Saben si la hija del tendero presenció el crimen?

—Pues no se sabe, porque no la encuentran.

—¿No organizaron batidas de búsqueda para localizarla? —A Alan la idea de que una

chica estuviese sola en el mismo bosque en el que habían matado a su padre le parecía demasiado retorcido.

—Sí, claro que se hicieron, y durante días, pero no la hallaron por ningún sitio. Se sabe que sigue viva, porque un cazador la vio de pasada, hace un par de semanas, cerca de un precipicio. Pero tal como apareció, se esfumó. Como si fuese un espectro. Extraño ¿no le parece? Desaparece junto a su padre, nadie la encuentra en los rastreos y cuando dan con Blasco brutalmente asesinado, ella no asiste al funeral, ni va a la policía a denunciarlo ni nada.

Una conclusión demasiado evidente se abrió paso en la mente del detective.

—¿Cree que la chica tuvo algo que ver con el asesinato? Por lo que me ha contado, parece que pudo estar involucrada, y su extraña conducta es muy sospechosa.

—Podría ser, pero como no la encuentran, todo son suposiciones. Aunque, bueno, uno puede sacar sus propias conclusiones a la vista de los hechos.

—No estoy del todo de acuerdo. En caso de que ella estuviese implicada, sigue habiendo incógnitas. Me refiero que atar al tendero a un árbol y quemar su cadáver no es algo que una joven pudiese hacer sola, quizá tuvo un cómplice. Me pregunto qué la llevó a cometer tal atrocidad sobre el cadáver.

—Sí, eso también se comentó en el pueblo. La chica tiene una estatura media, y no es que sea muy corpulenta, al menos tal y como la recuerdo. Quizá la persona que la ayudó a cometer el asesinato es la misma que la está ocultando ahora, quién sabe.

Alan asintió, pensativo.

—Tomás, ¿sabes si se llevaban bien padre e hija?

—Sí. Eso es lo sorprendente de toda esta historia, que tenían una relación excelente, por eso nadie entiende que ella lo matara de esa mane...

—¡Elena no lo mató! —rugió Samuel, interrumpiendo la conversación—. La quieran culpar porque es lo más fácil. Pretenden que todos la odien, y al final van a conseguirlo, pero ella jamás haría algo así. Nunca.

El tono vehemente del joven sobresaltó a todos los pasajeros, y la mujer reprendió a su hijo con la mirada de forma severa. El chico resopló sonoramente y siguió estudiando el exterior con expresión fiera. Alan lo miró y se giró hacia él. Acababa de encontrar una conexión con la chica, y tenía que empezar a tirar del hilo.

—Disculpa... Samuel, ¿verdad? Verá, trabajo para un diario londinense y ese tipo de historias interesan mucho allí. Parece que la conoces bien. Quizá si me pudieses contar algo más sobre Elena, yo...

—No voy a contarle nada sobre ella. Olvídese. —Zanjó el chico, visiblemente enojado.

Inclinó la cabeza hacia el cristal, sumergiéndose de nuevo en sus pensamientos, con el ceño fruncido. Alan torció el gesto y miró también por la ventana. Tenía que llegar hasta esa chica. Estaba ocultando algo o estaba encubriendo a alguien, estaba seguro.

Nadie continúa viviendo en el mismo sitio donde han asesinado a su padre brutalmente y sigue recogiendo fruta como si nada hubiese pasado.

Se rascó la barbilla mientras veía las primeras casas de aquel recóndito pero bello poblado. Ya habían llegado. Se lamentó, ya que le hubiese gustado seguir ahondando en la historia con aquellos pasajeros. Miró a través de la ventana y vio en el reflejo a Matilda, que lo observaba con atención.

Al fin el autobús se detuvo en la estación, donde apenas quedaban unos rezagados viajeros que aguardaban pacientes al último autobús con destino a la capital. Mientras sacaba su equipaje, la mujer se acercó hasta él para despedirse, mientras su hijo lo observaba desde la otra esquina, sin acercarse.

—Bueno, me alegro de haberle conocido. Seguro que coincidiremos algún día, este es un valle pequeño, y tarde o temprano todo el mundo termina encontrándose o... tropezándose unos con otros.

El británico rio levemente, estrechándole la mano.

—Gracias, espero volver a verla yo también.

—Cuídese, Alan. Adiós.

El detective vio cómo se alejaba de allí, seguida por Samuel, con su mente trabajando a pleno rendimiento lanzando un torrente de incógnitas. No entendía por qué la familia adinerada que le había contratado había obviado el asesinato brutal de aquel pobre hombre en la zona. En la carta que le habían enviado a su despacho en Londres, solicitaban su ayuda para que les ayudase a localizar a una bestia que estaba aterrorizando y matando al ganado en el valle. Tras haber sopesado sus opciones, había terminado aceptando el caso creyendo que sería un oso o un lobo desorientado. Lo localizaría y avisaría a las autoridades para que lo trasladaran a otra zona cerca de su hábitat. Sin embargo, y según los datos que manejaba, aquella no era una zona de animales salvajes. Siguió caminando por las empedradas calles de la coqueta aldea que parecía un lugar agradable para vivir.

El valle era ahora un destino turístico muy demandado, sobre todo en verano, y eso había ayudado a la endeble economía de la zona a recuperarse tras décadas de penurias. Prácticamente todas las ventanas de las casas estaban engalanadas con macetas con flores en las ventanas, dándole un aire provenzal a la aldea. Las relucientes y mojadas calles hacían de espejos que reflejaban el cielo estrellado. Era una estampa preciosa, digna de una foto. Cerró los ojos unos segundos, como si quisiera retener ese recuerdo en su mente para toda la eternidad. Los abrió de nuevo y apuró el paso para llegar cuanto antes a la casa de sus clientes, ya que la noche era fría y oscura como una profunda sima.

Llegó a la enorme vivienda de dos plantas y tejado a dos aguas que presidía el pueblo como una gigantesca mole de piedra. Las escaleras y la barandilla con trozos de musgo en algunas rendijas daban un toque de cuidado abandono a aquella impresionante

mansión que, calculó, debía datar del siglo XVIII. El jardín de la entrada estaba cuidado con primor, y una fuente con tenues luces en su interior borbotaba en uno de los extremos. Alan tocó el timbre varias veces hasta que una mujer abrió el portón, mirando desconfiada.

—Buenas noches, soy Alan Wood, el...

—Sí, sé quién es. —La señora le hizo un gesto para que mantuviese silencio—. Pase por favor.

Él asintió y entró al interior de la casa. Tuvo que parpadear lentamente varias veces para acostumbrar a sus retinas a la estridente luz, quedándose atónito ante el lujo que desprendía la vivienda en cada detalle. Había desde antiguas lámparas de araña, alfombras caras, muebles adquiridos en anticuarios, exóticas flores en jarrones de exclusiva porcelana, hasta baldosas pintadas artesanalmente. Nunca había estado en una mansión como aquella. La mujer comenzó a hablar mientras le hacía un ademán para que la siguiera por el pasillo.

—Los señores no están. La cena está preparada, por si tiene apetito.

—Eh... Sí, gracias. —No quería ser grosero y decirle que ya había cenado en el restaurante de la estación mientras esperaba—. Es muy amable.

La mujer asintió, con indiferencia, y lo condujo hasta el comedor, donde una imponente mesa estaba preparada con un solo servicio.

—Los señores se reunirán con usted mañana. Ahora coma algo y descanse.

Alan se sentó en aquella mesa de hilo bordado con algo de incomodidad al darse cuenta de que la mujer esperaba erguida en una esquina a que él terminara. La cubertería de plata y la porcelana le hacían tener idea de cuánto dinero se movía entre aquellas paredes. Inspiró y se dispuso a cenar con celeridad mientras buscaba en su móvil alguna noticia relacionada con el crimen del hombre, sin hallar nada. No se había publicado nada en la prensa sobre ello, y se preguntó por qué.

«Qué extraño. Este tipo de crímenes atraen a los medios. ¿Por qué nadie ha escrito sobre eso?».

Cuando terminó, le hizo una señal a la mujer, sonriendo, indicándole que ya había acabado. Esta asintió y se acercó hasta él, haciéndole señas para que no recogiera la mesa. Se encaminaron a la habitación que le habían preparado, subiendo unas impresionantes escaleras de mármol. Esa parte de la casa tenía cierto aire de museo, y el detective siguió admirando cada detalle. Era como estar en un cuadro de otra época. Siguió a la mujer por el pasillo hasta que le señaló una de las puertas.

—Esta es su estancia, señor Wood. Que pase buena noche. Recuerde que los señores se reunirán con usted mañana a primera hora.

—Gracias, es usted muy amable.

La mujer se retiró y el detective al fin pudo entrar en la habitación, algo incómodo

ante la mirada inquisitiva de aquella señora. Cerró la puerta y miró alrededor. Era una estancia espaciosa, decorada con muebles de color negro. Dejó su Trolley gris junto a la cama y miró por la ventana. Fuera todo estaba oscuro, y tan solo se distinguía la silueta del pico más alto del valle, el monte Sandara. Estiró los músculos, agotado por el viaje. Aquel pueblo estaba alejado del resto del mundo y le había costado casi un día entero llegar hasta allí, entre el avión, el tren y el pequeño autobús. Tenía que alquilar un coche urgentemente para moverse con libertad.

Se dirigió al baño y se regaló una larga ducha, repasando mentalmente toda la información que tenía sobre el caso. Debía establecer cuanto antes los primeros pasos que debía dar en la investigación. La historia sobre la chica era muy inquietante. No entendía por qué la policía de aquel pueblo no la había detenido aún para interrogarla por la desaparición y asesinato de su padre, así como tampoco podía comprender qué hacía ella sola en medio de un bosque tan siniestro como el que rodeaba el valle. El bosque. Si esa joven vivía en aquella extensa arboleda, manejaría más información que nadie sobre la Bestia. Si tenía suerte, incluso podría haberla visto e indicarle dónde encontrarla. Quizá podría llegar a un trato con ella.

Salió de la ducha y se tumbó en la enorme cama tras colocar su pistola debajo de la almohada, como siempre hacía. Se levantó a los pocos segundos y miró por la ventana la densa oscuridad que envolvía el valle, apoyando la frente en el cristal, recordando la extraña conversación del autobús. Quizá sí que existían animales salvajes por allí. O a lo mejor no eran animales lo que rondaba por esos bosques. Porque hasta dónde él sabía, los animales salvajes no calcinaban cadáveres.

En el otro lado del pueblo, Matilda y Samuel conversaban alrededor de una mesa de pino. Frente a ellos, dos tazas de café ya vacías hacían compañía a un azucarero cuya tapa era movida de forma compulsiva por el joven mientras miraba el reloj de la pared cada pocos segundos. Se acercaba la hora de salir.

—Contando a ese inglés, ya van ocho —dijo, exhalando un suspiro.

—Ocho ya. —Se quedó en silencio—. Ojalá esto se acabe pronto. Y no me gusta que le des ya por muerto, sé un poco más sensible, hijo, estamos hablando de personas.

—Perdona.

—Bueno —inspiró—, ya sabes cómo va esto. Hay que dejarle la señal para que sepa que ha llegado otro.

—Me pareció ver su silueta antes por el bosque, y me preocupa. Cada vez se acerca más al pueblo.

—Lleva casi cuatro días sin comer, por eso se estará acercando, estará hambrienta. ¿Has cogido la bolsa de comida que preparé?

—Sí, tranquila. Pero cada vez me cuesta más encontrarla. La última vez estuve casi tres horas para dar con ella. Ha variado su ruta de escondites, eso significa que los

cazadores la están cercando, y como esto siga así, la terminarán atrapando.

—Ojalá que no, de verdad que no —suspiró—. Ten cuidado, nadie puede saber que somos nosotros los que la avisamos cuando llega uno nuevo.

—Sí, tranquila, tendré cuidado, como siempre. Espero que ese británico que har traído no termine en la fosa del bosque, con los demás cadáveres.

—Espero que no, la verdad, aunque lo dudo.

Se quedaron en silencio, compartiendo funestos pensamientos en cuanto al destino de aquel joven inglés, hasta que Samuel se levantó. Se miraron largamente y el chico cogió la bolsa con comida y las llaves del coche, dirigiéndose al bosque, mientras su madre lo observaba inquieta.

«Ten cuidado, Sam, o los monstruos de la oscuridad te atraparán».

El momento en el que el día le robaba la oscuridad a la noche iba abriéndose camino en la mansión donde se hallaba el detective. Había caído una suave nevada, y los copos empezaban a derretirse al ser tocados por los primeros rayos de sol, dejando un manto brillante sobre la hierba. Los pesados cortinajes con arabescos, que se asemejaban a gruesos muros, impedían que los rayos del sol entrasen en ella. Sobre la cama, el joven dormitaba mientras movía los ojos bajo los párpados con rapidez, inmerso en una pesadilla. En su sueño, bestias bípedas de enormes garras se mezclaban con calaveras carbonizadas mientras un coro de gritos resonaba de fondo. Estaba a punto de despertarse, cuando el sueño cambió repentinamente.

Se vio a sí mismo en medio del bosque, caminando tras una joven que susurraba su nombre y lo invitaba a seguirla. Le pareció tan natural avanzar detrás de ella a través de la arboleda, que parecía que no era él mismo quien controlara sus movimientos. Conforme se deslizaba por aquella espesura verde, notó cómo las ramas se retorcían cada vez más, volviéndose más numerosas y difíciles de esquivar. Miró hacia la chica, que seguía caminando sin hacer ruido, girándose cada pocos pasos para asegurarse de que la siguiera. Pronto la zona por la que transitaban se convirtió en un laberinto de árboles, ramas y rocas, y la muchacha empezó a caminar cada vez más deprisa, como si estuviese huyendo de algo. Alan tuvo que empezar a correr para alcanzarla, llegando a perder su rastro varias veces, hasta que llegó a una zona rocosa en la que resbaló. Se agarró con fuerza a la raíz de un árbol para no caer por un precipicio, quedándose casi en el aire, colgando, y trepó hasta ponerse a salvo, aún con la respiración entrecortada por la carrera.

Buscó a la chica y la encontró a su lado, mirando hacia abajo con expresión triste. Siguió la dirección de sus ojos y exhaló por la impresión. El precipicio por el que había estado a punto de caer era en realidad una fosa con varios esqueletos de animales, amontonados unos sobre otros. Era espantoso. Debía haber cientos de ellos, desmadejados de cualquier forma sobre aquella profunda trampa mortal. La joven

levantó la vista y lo miró como si quisiera decirle algo. Él volvió a observar aquella siniestra zanja, y retrocedió varios pasos. No eran cadáveres de animales. Lo que llenaba el fondo de ese enorme agujero eran esqueletos humanos. Inspiró, intentando controlar el pánico que sintió en ese momento. ¿Qué hacían todos esos huesos allí? ¿Qué clase de sueño era ese?

La muchacha se dio la vuelta y siguió andando, esta vez más despacio, mientras él permanecía anclado al borde de aquel precipicio. Tras alcanzar un árbol cubierto por el musgo, la chica se giró hacia él y apoyó suavemente su mano en el tronco. Alan miró hacia ella y el desconcierto inundó su rostro. Llevaba puesto un anillo con una esmeralda rodeada de brillantes. La alianza de su esposa. Se quedó sin una mota de aire en los pulmones. ¿Qué hacía esa chica con la alianza de Diana? ¿Qué clase de broma macabra le estaba jugando su inconsciente? La muchacha clavó sus magnéticos ojos oscuros en los suyos, y le sonrió levemente.

Entonces el sueño giró en un negro torbellino y Alan volvió a verse a sí mismo en aquel callejón, mientras sus compañeros policías le agarraban por los brazos para que no viese el cadáver de Diana. Se liberó a base de fuertes empujones y corrió hasta aquel cuerpo que yacía en el suelo como una muñeca rota, con un agujero en la frente y un charco de sangre alrededor. Pudo ver otra vez aquellos ojos azules, sin vida, mirando interrogantes al infinito. Recordó su tacto frío y el siseo apagado que hizo la sábana que le colocaron encima. El sonido de aquella simple tela marcó el final de su vida, porque él, sin ella, estaba muerto por dentro.

Se despertó de golpe y cayó sobre la lujosa alfombra que se hallaba a los pies de la cama, doblándose sobre sí mismo, permaneciendo en esa postura hasta que consiguió que su pulso y su respiración se normalizaran. «Inspira, espira, inspira, espira». Necesitaba calmarse. Se obligó a respirar despacio, tal y como le enseñaron en la terapia a la que tuvo que asistir tras su muerte. Aún no estaba preparado para asumir de verdad toda la pérdida y la devastación que su ausencia le había dejado.

«Cuando estés preparado, afrontarás su pérdida de verdad. Mientras... vive, porque eso es lo que ella hubiera querido».

Eso le aconsejó su amigo Josh, y eso era lo que intentaba hacer cada día con un esfuerzo titánico; aprender a vivir sin ella.

Apenas se había repuesto del sueño, cuando unos insistentes nudillos llamaron a la puerta, y aterrizó de nuevo en la realidad de la forma más brusca. Inspiró, intentando serenarse.

—Señor Wood, lamento despertarle, pero el señor Somoza y la señora Arvelo quieren hablar con usted cuanto antes. —Una voz femenina sonó tras la puerta.

—Un momento, por favor —rogó—. Dígalles que bajaré en unos minutos.

La mujer rezongó y al fin se alejó con diligentes pasos por el enmoquetado pasillo.

Alan se desplomó sobre el suelo otra vez, cerrando los ojos unos segundos, y se levantó. Otro día más le esperaba. Tras vestirse, se encaminó al salón, una estancia atestada de muebles caros, enormes alfombras y una colección tan extensa de gatos de porcelana que el detective se revolvió, inquieto. En las paredes, grotescos lienzos con escenas de caza terminaban de darle un toque recargado a la habitación. Junto a los enormes ventanales, dos figuras se acercaron hasta él con sigilo. El hombre era moreno y alto, y tenía cierta elegancia al caminar. Sin embargo, lo que más le llamó la atención al inglés fue la expresión turbia de sus ojos. Su esposa era más menuda, y camuflaba una mirada que a él le pareció perversa bajo un impoluto maquillaje. Ambos rondarían los sesenta años. Una ráfaga de aire se coló por uno de los ventanales y el detective tiritó levemente.

—Es un placer, señor Wood. Por fin le tenemos aquí —dijo el hombre, estrechando con fuerza, quizá demasiada, la mano de Alan—. No sabe con qué ansia le hemos esperado.

—El placer es mío. Gracias por contar conmigo, espero serles útil.

—Estoy seguro de que lo será. Esta es mi esposa, Margarita Arvelo.

—Un placer conocerla. Tiene usted una casa preciosa.

Alan se acercó hasta la mujer y le estrechó la mano mientras le sonreía. Ella enrojeció hasta las orejas y el ritmo de su respiración varió de forma sutil.

—Eh... Sí, gracias. —Se quedó mirándolo largamente—. Vaya, Jacobo, pues sí que es guapo el detective inglés que hemos contratado. ¿Está casado, joven?

—Margarita... —La reconvino el marido.

—No se preocupe, no me he ofendido —dijo el británico sonriendo, quitándole importancia al comentario, y sin responder a la pregunta. No podía decirle que era viudo. Nunca podría decir eso, por más tiempo que pasara.

Su rostro de facciones suaves, con una leve y cuidada barba, y sus ojos oscuros, de mirada profunda e intensa, habían hecho de él el blanco preferido de los suspiros de la mayoría de sus compañeras de trabajo. Tenía un cuerpo definido, resultado de las intensas sesiones en el gimnasio a las que se entregaba con furia cada vez que el recuerdo de Diana volvía a su cabeza. Horas y horas de rabia ahogada entre pesas y sudor intentando borrar su recuerdo. Pero nunca lo conseguía, siempre volvía del entrenamiento con lágrimas en los ojos, y ni siquiera levantaba la vista cuando las mujeres le lanzaban miradas llenas de deseo. La única mujer a la que él hubiese mirado yacía bajo tierra.

—Si no es inconveniente, me gustaría empezar cuanto antes con la investigación, si les parece bien.

—Por supuesto, acompáñeme a la biblioteca. Margarita, por favor, dile a Dora que nos traiga un café.

—Enseguida. —La mujer se quedó mirando a Alan unos segundos más y abandonó la habitación.

Cuando estuvieron a solas en aquella sala atestada de libros antiguos y primeras ediciones, el señor Somoza se sentó en uno de los sofás, invitándolo a hacer lo mismo. Miró hacia el ventanal y se aclaró la voz.

—Lamentamos no haber estado aquí ayer para recibirle, pero nos surgieron unos problemas en relación con unos negocios que no podíamos posponer. Lo lamento, de verdad.

—No se preocupe.

—Después de un viaje tan largo, lo educado hubiese sido que estuviésemos nosotros para recibirle, pero recibimos un aviso de que la... Bestia se estaba acercando al pueblo y fuimos en su busca —inspiró—. Además, hay algo que quiero contarle que no le hemos dicho antes. Verá...

—Ya me he enterado de lo del tendero, si es eso a lo que se refiere —se adelantó Alan.

Él lo miró interrogante y asintió, despacio. Tener que contar esa macabra historia no era plato de buen gusto para nadie, supuso Alan. En ese instante, la mujer que le recibió el día anterior en aquella casa entró en la sala con una bandeja y, tras depositarla sobre la mesita, se retiró de forma tan silenciosa como había llegado y sin cruzar ni una mirada con ninguno de ellos.

—Es Dora. —Jacobo Somoza miró al joven y prosiguió—: La hermana de Blasco. Por ella fue algo terrible que lo encontraran así en el bosque. Pobrecilla.

El detective alzó las cejas por la sorpresa. Había perdido una oportunidad de oro la noche anterior para ahondar en la historia del tendero y su hija, y se regañó mentalmente por ello. A esas alturas contaría con algo más de información, sin duda. Miró hacia el hombre, que le tendió una carpeta de cuero marrón.

—En fin, le he preparado documentación relativa al caso para que empiece a investigar de dónde pueden proceder esos ataques, ya que, como le digo, esa bestia está poniendo en jaque al pueblo, y las pérdidas económicas que nos está causando empiezan a ser astronómicas. Espero que gracias a usted podamos librarnos de ella de una vez por todas.

El hombre resopló y prosiguió, con rabia mal disimulada, mirándolo de una forma tan intensa que el detective se incomodó.

—Hay que capturarla, no puede seguir libre por el bosque. Es una maldita maldición para todos, y tiene que desaparecer. Tenga eso muy claro. Ayúdenos a darle caza y le recompensaremos.

A Alan le sobresaltó semejante agresividad verbal de boca de un hombre que, hasta el momento, le había parecido bastante contenido emocionalmente. El señor recobró la compostura y empezó a frotarse las manos para aplacar sus nervios, resoplando. El

detective esperó paciente a que se calmase para seguir hablando.

—Tengo entendido que Blasco, la víctima, tenía una hija.

—Sí. La joven vive ahora sola allá arriba, pero nadie en el pueblo ha conseguido localizarla. ¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad.

«No encuentran a la chica ni a la Bestia. Qué extraño». Pensó para sí. Debía hablar con la policía de aquel valle para saber qué zonas habían peinado hasta el momento.

—La gente de aquí es muy cerrada, ya lo comprobará usted mismo pronto, y no le va a resultar nada fácil dar con ella, con la Bestia. Es escurridiza.

—Me haré pasar por periodista. Hay muchos aquí últimamente, según tengo entendido, y no llamaré la atención.

—Bien pensado, teniendo en cuenta que la situación está un poco caldeada por aquí últimamente. —Se giró brevemente hacia las estanterías de libros—. Habla muy bien nuestro idioma, señor Wood, si me permite la apreciación.

—Casualmente mi madre era de Zugati, el otro pueblo del valle. Se mudó a Londres cuando era joven, y crecí hablando ambas lenguas.

—Sí, algunas chicas se fueron —se limitó a decir.

«¿Se fueron solo chicas de aquí?», pensó el detective.

El hombre se dio la vuelta hacia el ventanal y empezó a preparar su pipa, en señal de que la reunión había concluido.

—Ténganos informados.

—Lo haré, no tiene de qué preocuparse.

Tras despedirse de sus clientes, el detective salió de aquella casa con la Trolley a cuestas y varias preguntas en el tintero. La breve reunión había finalizado con la sensación de que aquel hombre poseía más datos que los que le había dejado en la carpeta que le había dado, que apenas era un resumen de los últimos ataques de la Bestia, las fechas en las que se había producido y los lugares del bosque donde se habían descubierto los cuerpos de los animales destrozados.

«El bosque. Tengo que empezar a explorarlo cuanto antes».

Descendió por las empedradas y cuidadas calles y llegó a la plaza, donde un barullo le recibió provocando que sus oídos pitasen. Era día de mercado y la algarabía debía retumbar en cada montaña que rodeaba el valle. Alan intentó moverse entre la multitud, pero era muy difícil. Los puestos estaban tan pegados unos a otros que apenas cabía una persona por los pasillos. Los comerciantes informaban de las ofertas del día a voz en grito, y más de una vez torció el gesto por los decibelios que llegaron a alcanzar. Estaba a punto de conseguir salir de aquel sitio cuando una decidida niña que rondaría los seis años le cerró el paso con decisión, agitando un manojito verde que llevaba en la mano, insistiendo en que se lo comprase.

—Ayúdeme, señor. Mi madre dice que si alguien me lo compra, me puedo quedar el dinero —dijo, poniendo cara de pena—. Y mis muñecas necesitan ropa, ¿sabe?

No parecía que fuera a aceptar un no por respuesta, y con semejante argumento era imposible negarse. Alan se agachó hasta su altura y la niña le sonrió. Tenía una sonrisa traviesa, los ojos del color del mar y llevaba una tiritita en la barbilla.

—Está bien, pequeñaja. Te compro eso que llevas en la mano si me dices dónde podría encontrar a Samuel, el hijo de la enfermera.

—Sí, claro. El hijo de Matilda. En la clínica, supongo, trabaja en recepción —dijo señalándole un edificio blanco al otro extremo de la plaza.

—Gracias, me has ayudado mucho. —Cogió el manojito de hierbas que le ofreció la niña y le dio un billete—. ¿Cómo se llama esto, por cierto?

—Es romero. Da suerte.

—Entonces me vendrá genial.

Entró en el *hall* del edificio y localizó a Samuel rápidamente. Estaba rodeado de papeles, rellenando informes, y sus dedos volaban sobre el teclado. Al escuchar el timbre de la entrada que anunciaba la llegada de un nuevo paciente dijo de forma mecánica, sin levantar la vista de la pantalla:

—Buenos días, aquí a mi derecha están los formularios, rellene uno si quiere ser atendido, a no ser que...

En ese momento alzó la vista y detuvo su discurso, alzando las cejas y exhibiendo una expresión de fastidio.

—Vaya, el inglés. ¿Qué quieres?

—Eh... sí. Me llamo Alan, por cierto. Buenos días. Veo que estás muy ocupado, y solo quería volver a preguntarte si podrías ayudarme a...

—No puedo ayudarte, así que olvídala de una vez —espetó, volviendo a fijar la vista en la pantalla.

—Ojalá pudiera hacer eso. Debo hablar con la hija del tendero, y mi intención es visitar el bosque para hacerme una idea de...

—He dicho que no. Y te lo advierto, inglés, no intentes encontrarla tú solo, ¿entendido? Ni se te ocurra acercarte a ella.

«Lo que me faltaba. Un gallo con ganas de pelear por su gallina. Pues sí que empezamos bien aquí».

—Eso lo debería decidir ella, ¿no crees?

El joven no le contestó y le mantuvo la mirada con la barbilla alzada. El detective decidió entonces cambiar de táctica. Quizá el chico respondiera de otra forma. Tenía que probar.

—Pues iré a buscarla yo mismo, entonces —lo retó—. Voy a encontrarla, Samuel, con o sin tu ayuda. Y así todo el mundo sabrá dónde está tu amiga y tendrá que responder a

muchas preguntas ante la policía. Y eso no es lo que quieres, ¿verdad?

No le gustaba amenazar ni jugar sucio. Era obvio que el chico quería protegerla, pero necesitaba hablar con esa chica. Samuel volvió a mirar la pantalla, tenso, preocupado ante la idea de que lograsen localizarla. Al final resopló, mirando al detective, y negó con la cabeza.

—Bueno, si cambias de parecer, sabes dónde encontrarme.

—No lo haré. Y te lo advierto, no te acerques a ella, Alan. Ni se te ocurra acercarte a ella o lo lamentarás. —Estiró la comisura de la boca en una carcajada seca—. Y por cierto..., suerte encontrando a la Bestia.

Alan inspiró al escuchar aquello. ¿Tan evidente era que lo hubiesen contratado para eso? Los dos jóvenes se miraron, y él se dio la vuelta, abandonando la clínica. Antes de salir, se giró hacia el chico.

—Y creo que aquí hay algo más que una bestia atacando el ganado, y pienso averiguarlo.

El chico lo miró pensativo, aún con hostilidad, pero al detective le pareció percibir que su mirada empezaba a cambiar, aunque no sabía bien en qué rumbo. Giró el pomo y salió dando un portazo.

Se encaminó hacia un edificio en la otra esquina de la atestada plaza que era en parte comisaría de policía y en parte almacén de objetos navideños, a juzgar por las cajas de luces que se veían apretadas contra las ventanas. Entró en el recibidor, donde un muchacho lo estudió con detenimiento tras el mostrador. No estaba uniformado y mascaba chicle compulsivamente.

—Buenos días, me llamo Alan Wood. Trabajo para un diario londinense y me gustaría hablar con la persona que esté a cargo. Nos han informado de que ha habido recientes ataques por la zona, y necesitaría contrastar la información de la que dispongo.

Un hombre corpulento salió de la parte de atrás donde el muchacho había recibido el discurso del detective bostezando descaradamente, y un escalofrío recorrió el cuerpo del inglés en el instante en el que sus miradas se cruzaron. Era muy fornido, parecía más el guardaespaldas de algún famoso o un luchador de pesos pesados que un policía. Tenía varias cicatrices en los brazos y en el rostro.

Le inquietó aquel hombre, y una sensación extraña correteó por su columna, advirtiéndole que sus destinos estaban entrelazados. Pero desconocía de qué forma y hasta qué punto.

—Inspector Corso, al mando.

—Buenos días, inspector. Como le decía a su compañero, estamos interesados en varios ataques que han tenido lugar en el valle, y me gustaría contrastar con usted algunos datos que tengo sobre estos hechos.

—Pues sí que están faltos de noticias en Londres para que les interesen unas cuantas

ovejas muertas de otro país —se mofó, sacudiendo en el hombro al chico, que le rio la gracia con una risa de hiena.

El detective ladeó la cabeza.

—Sin embargo, y según tengo entendido por algunas fuentes, son más que ovejas muertas lo que hay aquí. Tienen un cadáver entre manos, si no me equivoco.

El hombre inspiró profundamente y la expresión de su cara cambió por completo.

—Le han informado mal, joven. Aquí los únicos fiambres que hay son ovejas y algún cabritillo, a lo sumo. Debería informarse mejor.

—No, no me han informado mal. A no ser que ese cabritillo se llamase Blasco. Sí Blasco, ya sabe, un tendero de la zona que apareció brutalmente asesinado en una zona que está bajo la protección del cuerpo de Policía que usted dirige. ¿Le suena, aunque sea de forma remota?

El inspector enrojeció de rabia, tanta, que varias venas del cuello se crisparon automáticamente.

—¿Cómo se atreve a inmiscuirse en una investigación policial en marcha? ¿Quién le ha dado esa información? ¿Está cuestionando mis métodos?

—No cuestiono nada. Y mis fuentes son secretas —dijo el británico, sin perder la calma—. Y tampoco me estoy inmiscuyendo en nada, tan solo realizo preguntas.

—Se lo advierto —se encaró con el detective—, manténgase alejado de la investigación o lo lamentará. Juró que va a hacerlo. No se meta donde no le han invitado.

Alan estiró la comisura de la boca. Esa agresiva reacción confirmaba que algo extraño estaba ocurriendo en aquel valle. Algo que nada tenía que ver con los ataques a los animales.

—¿Sabe qué? Quizá empiece a entrometerme, ya que, por lo que he visto, usted y los suyos no han encontrado nada.

—¿Me está amenazando?

El hombre se plantó frente al detective de forma intimidante, pero no se amilanó.

—No le estoy amenazando. Solo digo que hay algo que no cuadra aquí, inspector, y pienso averiguar de qué se trata. Voy a llegar al fondo de esta historia, no le quepa duda. Y después usted tendrá que responder a muchas preguntas.

—No creo que consiga nada de información por aquí. Así que, joven, le deseo toda la suerte del mundo con su... caza. —Al inglés no se le escapó el doble sentido de la palabra y miró interrogante al hombre, que continuó—: Así llaman en su gremio a las exclusivas, ¿no? A la caza de la exclusiva.

Alan lo miró fijamente sin contestar. El inspector retomó la conversación.

—Como le he dicho, señor Wood, estoy seguro de que el señor Somoza, que es su jefe de verdad —dijo con suficiencia—, espera que usted cumpla su parte. Si lo hace, él le dará una bonita suma de dinero y aquí todos contentos. Usted consigue su dinero,

nosotros capturamos a la Bestia y todos en paz.

El detective resopló.

—Buscaré a la «Bestia», entonces —dijo, entrecomillando en el aire la palabra—. Si existe, claro, porque tengo serias dudas de que sea un animal lo que hay por aquí.

Corso le dedicó una mueca de asco y le espetó:

—Y ahora, señorito inglés, es cuando usted se despide y me da las gracias por mi impagable ayuda y mi amabilidad.

—Le estaré observando, inspector —respondió, dándose la vuelta, notando los ojos de aquel hombre clavados en su nuca.

El joven salió de la comisaría con los puños apretados, indignado ante lo que acababa de oír. Un inspector de policía no podía dar crédito a las habladurías sobre bestias mitológicas, hadas, duendes, elfos o lo que fuera que estuviera rondando por allí, y aquel lo hacía con una extraña vehemencia. No se lo iba a poner nada fácil, estaba seguro. Es más, estaba convencido que ese hombre le estorbaría en cada paso que consiguiese dar en la resolución del caso.

Abandonó aquel edificio y se dirigió a la oficina de alquiler de coches. Debía dirigirse a aquel espeso bosque para ver qué rastro podía encontrar en relación con el crimen del tendero. Si aquel inspector y sus esbirros no habían hecho nada para hallar al asesino de aquel pobre hombre, lo haría él. Y encontraría a su hija, costase lo que costase. Tenía que averiguar qué papel jugaba la joven en toda aquella historia.

Al llegar a la sucursal, le adjudicaron el último vehículo que les quedaba, un potente todoterreno que consumía el doble de combustible que un tanque militar. Alan descendió los hombros, con gesto de decepción, y arrancó rumbo a aquella masa arbolada. Tras consultar el mapa que le habían dado en la oficina de alquiler de coches, y compararlo con la información que le había dado Somoza, se dirigió hacia el lugar del asesinato. Condujo por las pistas forestales durante bastante tiempo, cruzándose con varios todoterrenos como el suyo. Una fina llovizna empezó a empaparle todo, llenando de barro las carreteras y haciendo un suplicio avanzar por ellas. Estaba a punto de desistir hasta que vislumbró las cintas de la policía. Detuvo aquel mastodonte de coche en una orilla del camino y descendió del vehículo, subiéndose las solapas del abrigo, con la lluvia empapándole. En cuanto entró en la arboleda, dejó de sentir el agua sobre él, cosa que agradeció. Fue avanzando, guiándose gracias a las cintas, que, además, estaban intactas. Era obvio que nadie se había acercado hasta allí desde el asesinato. La gente debía tener miedo, algo completamente normal. Fue abriéndose paso entre la maleza a través de aquel pasillo verde, adentrándose cada vez más en el bosque.

Por un momento recordó el extraño sueño de esa mañana, cuando apartaba ramas y hojas hasta llegar a aquel precipicio. Apartó las últimas cintas, y llegó al lugar del atroz crimen. Algo oscuro inundó cada una de sus venas. Era el olor de la muerte, que allí era

tan patente que daba escalofríos. Observó los restos del tronco carbonizado y varias cuerdas chamuscadas a su alrededor. Tomó una entre los dedos para examinarla. Era una cinta normal y corriente. Habría millones como esa, así que determinar dónde se había adquirido sería casi imposible. Inspeccionó los alrededores, buscando alguna pista que le dijera algo más. El hecho de que no hubiera ramas quemadas alrededor, ni más hojarasca abrasada, sugería que el asesino o asesinos habían permanecido allí para que el fuego no se propagase. Quizá se tratase de algún tipo de muerte ritual, y eso le hizo torcer el gesto. A lo mejor había un asesino en serie en el valle.

Se agachó para examinar de cerca las hojas del suelo cuando notó una presencia. Se giró, sin ver a nadie alrededor, pero la presentía. Era tan evidente que no estaba solo que se le erizaron los vellos de la nuca. Alguien, o algo, estaba observándole.

Empezó a moverse de forma sigilosa, trazando círculos, observando. Allí había algo. Palpó su arma, liberándola de su funda, y la sacó. Oyó un leve ruido y apuntó hacia la copa de unos árboles. Disparó. Escuchó un grito ahogado, no sabía si animal o humano, que confirmaba que algo estaba moviéndose cerca de donde él se encontraba. Observó la cúspide de los árboles a los que había disparado. El ramaje era tan intrincado que apenas se veía nada. Se quedó allí de pie, observando, intentando vislumbrar algo más, sin conseguirlo. Rodeó aquel gigantesco tronco, mirando hacia arriba, esperando. Sintió entonces un ruido. Algo oscuro se había movido, algo había salido de su escondite y había desaparecido otra vez. ¿Qué demonios era aquello?

Una oleada cálida le azotó el interior y se sobresaltó. Quizá era una alarma de su propio cuerpo, marcándole que debía irse de allí inmediatamente. Empezó a retroceder, sin apartar la vista del lugar, por si aquello, fuera lo que fuese, volvía a aparecer, y volvió a su coche. Se deslizó en el asiento del conductor y observó aquella masa verde. Quizá sí había una bestia en ese bosque, y la gente del valle no estaba equivocada.

Regresó al pueblo casi al anochecer, tras haber estado toda la tarde rastreando el bosque, y se dirigió al hotel de Sandara, un antiguo edificio de piedra de dos plantas, con balcones de madera y geranios de varios colores por toda la fachada. Debía alquilar una habitación en ese sitio. Teniendo en cuenta que el valle estaba atestado de periodistas e investigadores que habían ido atraídos por la historia de la Bestia, lo lógico sería que se hospedaran todos allí. Con algo de suerte, podría contactar con alguien con quien compartir información.

Entró en el comedor, que ya estaba desierto y a oscuras. El servicio de cenas había finalizado. Alan suspiró, resignado, camino a la máquina de *snacks* de la entrada para comer algo antes de irse a dormir. En ese instante, la potente voz de una mujer le hizo volverse.

—¡Joven, espere!

Una señora de unos sesenta años encendió la luz y se dirigió hacia él, señalándole una

mesa que aún estaba puesta. El joven asintió, y se dirigió hacia donde le había indicado. Ella sonrió satisfecha y desapareció por la puerta de la cocina, apareciendo de nuevo con un plato de estofado de setas, una jarra de vino de la región y una hogaza de pan de leña que hicieron que el detective la mirara con una ternura infinita.

—No es gran cosa, pero es una ración que ha sobrado de la cena. Espero que tenga apetito.

—No se hace usted idea.

—Cuando termine, déjelo todo en la barra, que yo lo recogeré mañana. Invita la casa.

—Gracias, es muy amable.

—No hay de qué. Me llamo Manuela, por cierto.

—Y yo Alan.

—Ya lo sé. —La mujer le guiñó el ojo, sonriendo—. Y viene de Londres.

Alan sonrió viendo cómo la mujer terminaba de secar los vasos de la barra. En ese valle todo el mundo sabría a estas alturas quién era él, y para lo que estaba allí.

Después de la cena se dirigió a la recepción para hacer una reserva. No quedaban muchas habitaciones libres, así que le asignaron una que daba a la plaza, justo encima de la entrada del establecimiento. Una atenta recepcionista le tendió una tarjeta magnética al tiempo que hablaba.

—Es algo ruidosa, por el continuo trajín de gente fuera, por eso los otros huéspedes la evitan. La verdad es que me cuesta mucho alquilarla —reconoció, algo compungida—. Pero como verá, es la más grande.

El detective no pensaba pasar mucho tiempo allí, así que aceptó rápidamente. Subió y se instaló tras ir a buscar al coche su inseparable maleta gris metalizada. Entró en la estancia tras caminar por el pasillo, desde donde se podía escuchar perfectamente las conversaciones de los huéspedes, y entró en su estancia. La recepcionista no le había mentado, la habitación era amplia, con una mesa y una gran cama. La decoración, con paredes blancas y mobiliario de pino, la hacía muy acogedora. Pero lo mejor era el ventanal que tenía. Era enorme, y desde allí se contemplaba toda la plaza de Sandara. Se acostó sobre el cómodo colchón, y estuvo trabajando en su portátil bastante tiempo, intentando encontrar alguna respuesta a todas las preguntas que se estaba haciendo.

La investigación que debía llevar a cabo en torno a la localización de la Bestia había dado un giro al enterarse del asesinato de ese hombre. Era obvio que la policía estaba intentando encubrir el crimen, y se preguntó por qué. Lo más lógico sería pensar que protegían al asesino, y eso era algo con lo que debía andarse con pies de plomo. El inspector no parecía ser trigo limpio, y estaba completamente seguro de que tenía contactos en los bajos fondos, capaces de hacer desaparecer a alguien sin dejar rastro.

Después estaba el asunto por el que le habían contratado, localizar a la Bestia. Según le habían dicho en el autobús, había varios investigadores en el pueblo intentando

localizar a aquel extraño animal al que nadie había visto. Pero sabía que esa línea era errónea. En el bosque había algo, lo había percibido, pero quizá la realidad fuera aún más oscura de lo que se planteaban todos aquellos cazadores. ¿Y si no era un animal lo que rondaba por allí? Ese sexto sentido que tenía para los casos le decía que el asesinato del tendero era el hilo correcto del que tirar, si afrontaba el caso con la mente abierta, y en blanco, partiendo de cero.

Tras dos horas, cerró el dispositivo y se quedó mirando al techo, repasando cada detalle de lo sucedido aquel día. Había distinguido en la zona del crimen impactos por arma de fuego en varios troncos cercanos a donde se había hallado el cadáver. Allí habían estado disparando, no cabía duda, pero la ausencia de marcas de la Policía Científica para su estudio de balística era inaudito. Era imposible que las pasaran por alto, eran demasiado evidentes. Parecía que no se hubiesen molestado en investigar el asesinato a propósito. Simplemente se había dado sepultura al cuerpo y todo había finalizado. O quizá no, quizá sí se le había hecho una autopsia, pero lo dudaba bastante.

Por otro lado, estaba el caso de la chica desaparecida. ¿Había desaparecido porque estaba involucrada, o se escondía de los asesinos? ¿Por qué no se había cursado una orden por desaparición? ¿La estaban protegiendo de los asesinos de su padre, o todo lo contrario? Se tapó con la manta, confiando en poder avanzar algo más al día siguiente, y se durmió.

A los pocos minutos comenzó el sueño. Caminaba por el bosque, por la zona del asesinato. Volvió a sentir la presencia que había notado esa misma tarde, siguiéndole. Estaba cerca, cada vez más. Encontró un árbol y empezó a trepar por él, huyendo de aquella cosa que le perseguía. Pero cuando apenas le quedaban unos metros para llegar a la copa, algo salió de entre las ramas y lo empujó hacia atrás. Cayó al vacío, y chocó contra el suelo.

El golpe fue contundente, y le costó incorporarse, dolorido como estaba. Cuando lo hizo, vio una figura negra que salía de entre la maraña de ramas. Aquel ser se agachó y comenzó a descender por el tronco, como si de una gigantesca y terrorífica araña se tratase. ¿Qué era esa cosa? El ser llegó hasta él y se irguió. Poco a poco fue transformándose en la chica del sueño anterior, haciendo que él se levantara del suelo casi de un salto.

—No te acerques al bosque, Alan, no los atraigas hacia mí, te lo ruego.

Él no pudo decir nada, desconcertado como estaba. Ella se alejó de su lado, sin dejar de mirarlo, y desapareció entre unos árboles.

Se despertó, jadeando, bañado en sudor, y se sentó en la cama, con la sensación del sueño aún atosigándolo. Se levantó como pudo y fue hasta la ventana, agradeciendo el viento helado que le azotó la piel en cuanto la abrió. Apoyó las palmas de las manos en el alféizar y miró hacia la oscuridad de la noche, con la sospecha de que esos sueños en

realidad eran pistas que le enviaba su inconsciente para ayudarle en la resolución del caso.

«No los atraigas hacia mí», había dicho la chica. Pero, ¿a quiénes no debía atraer? ¿Y por qué? Resopló, mientras el viento gélido comenzaba a colarse en su habitación a través del ventanal, enfriándolo todo de forma lenta e imparable, mientras algo cálido empezaba a aposentarse en su pecho.

A la mañana siguiente, entró en el atestado restaurante del hotel para desayunar, y se quedó con la boca abierta. El comedor superaba con creces el aforo permitido. Había gente comiendo por todas partes, en la barra, en las mesas, en equilibrio sobre un taburete, de pie o apoyados en el marco de las ventanas. El estruendo de voces, cubiertos chocando, platos haciéndose añicos, y vasos cayendo estrepitosamente al suelo era ensordecedor. Fue a la barra y pidió un café esperando distinguir entre aquel mar de graznidos e improperios alguna información interesante en torno a su investigación. Estuvo escuchando durante casi una hora todo tipo de teorías.

—Soy un experto en ataques de animales, y me juego lo que quieras a que hay una manada de huskies que se han perdido y los pobres están muertos de hambre. He puesto trampas para lobos por todo el bosque, quizá con un poco de suerte consiga capturar alguno —dijo un hombre musculoso a su compañero, un escuálido muchacho.

—Se rumorea que son cosas relacionadas con grupos organizados que veneran a ídolos ancestrales y por eso necesitan sacrificar animales, para que su sangre purifique el mal que los hombres han creado. Todo el mundo sabe que lo que digo es cierto —afirmó una mujer con vehemencia.

—Sí, yo también lo he oído. Y además he visto las zonas donde encontraron los cuerpos de las ovejas, colocadas en una especie de altar de piedra —intervino otro hombre—. Según las leyendas de la zona, es el propio bosque el que asesina a los animales como advertencia a los habitantes para que no lo talen.

—Pero ¿qué tontería es esa, hombre?

—¿Tontería? Cuando te internes en el bosque, ya verás. Ahí hay algo acechando, te lo digo yo —comentó un hombre bastante corpulento, con aspecto de cazador—. El otro día Humberto y yo nos adentramos por la zona oeste y os juro que pude sentir una presencia. No vimos nada, pero se nos pusieron los pelos de punta. Casi sentíamos su respiración sobre nuestros cuellos. Allí hay algo.

—Claro que hay algo. Una manada de lobos que destripa ovejas, eso es lo que hay. Anda, termínate el café y vamos a ver al inspector de policía, que es el único que da pistas en este sitio.

Alan se terminó su segundo café, atónito ante lo que estaba escuchando.

«Osos, lobos y crímenes rituales. Estas son las hipótesis que se están barajando por aquí, y, como no, el inspector Corso en medio de todo, dirigiendo a un pequeño ejército

de cazadores e investigadores a su antojo como si fuesen marionetas. Él, precisamente, el mismo que ni siquiera se ha tomado la molestia de investigar el crimen de aquel pobre hombre», pensó el detective.

Empezó a incorporarse para marcharse, cuando la voz de una mujer lo ancló a la silla otra vez.

—Pues sí, se dice que al pobre hombre lo asesinaron y luego lo ataron a un tronco. Como lo oyes.

—No, no fue así —le respondió un hombre—. Yo lo que he oído es que la Bestia se enfrentó al tendero para intentar robarle el alma y que, al negarse, lo mató y se adueñó de su espíritu, que ahora vaga por el bosque buscando otro cuerpo en el que introducirse.

Se giró disimuladamente y observó a la mujer. Debía rondar su edad. Era delgada, de piel muy blanca y salpicada de pecas. Contenía sus cobrizos rizos con un pasador de metal afilado. Por el acento, era evidente que era italiana. Alan se fijó en el pasador, de un brillo llamativo.

«Demasiado afilado para ser un simple abalorio. Es un arma. Un arma oculta con maestría. Esta chica no es lo que aparenta ser. Me pregunto qué hace aquí».

—Eso no tiene ningún sentido, Teo. Lo encontró una pareja que estaba de pícnic en el bosque. Al parecer el hombre aún estaba vivo y les aseguró que lo habían atacado por un ajuste de cuentas. —La chica interrumpió su charla y miró a Alan con creciente hostilidad—. Disculpe, pero esto es una conversación privada. Como siga inclinándose así sobre la silla, va a romperse su bonita cara contra el suelo.

Él la miró atónito, sin saber qué hacer. Se colocó en su sitio otra vez y esbozó la mejor sonrisa de disculpa que supo hacer en ese momento.

—Vaya, lo lamento. Me llamo Alan Wood y trabajo para un periódico londinense. He de admitir que tiene una información muy interesante, pero... siento decirle que es falsa.

—¿Falsa? ¿Cómo que falsa? ¿Cómo se atreve? Me lo dijo un vecino de la pareja, que vive... —La joven se detuvo, al percatarse de su grave error.

No había hablado con los implicados directamente. Se llevó una mano a la boca, y luego se golpeó la frente con la palma, esbozando una sonrisa de derrota.

—Me has dado una lección, Alan Wood. —Le estrechó la mano de forma enérgica— Yo soy Lya Fiore. Tutéame, por favor.

El detective le sonrió. Había algo en aquella chica que le decía que iban a llevarse muy bien.

—Pues bien, Lya, como te decía, trabajo para un periódico interesado en el caso. Algo muy extraño está ocurriendo aquí, y quiero investigarlo. Pero, para eso, necesito colaboradores.

—Pues estás de suerte, amigo. Yo trabajo para un periódico italiano. Hace algunos años también tuvimos a nuestro particular «Jack, el destripador del bosque», y eso a los

lectores les encanta. Has tenido suerte en dar con nosotros. Este sitio está lleno de sanguijuelas. Aquí hay desde periodistas y curiosos, hasta cazadores furtivos. A estos últimos no sé quién los ha contratado, pero están decididos a meterse en ese bosque y matar a la que creen una bestia asesina de personas y ovejas. Un cuadro, como ves.

Tomó un sorbo de agua y prosiguió, señalando al hombre que la acompañaba en la mesa:

—Aquí mi amigo Teo, investigador de lo paranormal, lleva todo el desayuno intentando convencerme de que un ente extracorpóreo es el causante de todo esto.

Alan lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Esta es una tierra rica en supersticiones. La gente prefiere creer que algo extraño es la respuesta a todo lo que no pueden entender, antes que enfrentarse a una realidad más espeluznante aún.

—Eso pienso yo. Dime, Alan, ¿te has tomado ya el café y te vas, o nos acompañas?

La mañana transcurrió entre el cruce de datos que había recopilado la italiana y el planteamiento de nuevas líneas de investigación que podrían seguir a partir de entonces. Los tres investigadores tenían bastante trabajo por hacer, y estaba entusiasmado. Lya había avanzado mucho en los días que llevaba trabajando en el caso. Teo, por contra, estaba bastante perdido, y su línea de trabajo no interesaba a Alan en absoluto. Sin embargo, cualquier dato era bien recibido en esos momentos.

Cuando dieron las dos de la tarde y el comedor volvió a llenarse para el servicio de almuerzos, Teo se excusó un momento para estirar las piernas y hacer unas llamadas.

—Lya, quería preguntarte sobre... —empezó, hojeando unos planos de la zona.

Ella se inclinó sobre él, muy cerca de su rostro.

—Shh... Silencio —lo cortó, en un tono muy bajo—. Teo no es periodista de lo paranormal ni nada parecido. Lo ha infiltrado vete tú a saber quién para mantenerse al tanto de lo que se investigue por aquí. Me hago la tonta, pero no me fío de él, y tú tampoco deberías hacerlo. Ven a las doce de la noche a mi habitación, es la número ciento ocho, y te pondré al tanto de todo. La información que llevo dándote toda la mañana es falsa.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Soy investigadora, como tú —enarcó una ceja—, y mi trabajo es conseguir información y luego venderla al mejor postor: políticos, empresas, periódicos, particulares... A la prensa esto le encanta, así que he venido hasta aquí para conseguir alguna exclusiva. Colaboraré contigo si vamos a medias.

Lo meditó unos segundos y asintió.

—Está bien. A medias, pero no intentes jugármela. —Se quedó callado, viendo cómo la chica asentía, y continuó—. Una última cosa, necesito que me hagas un favor.

—¿De qué se trata?

—Tengo que encontrar a una chica que vive en el monte, pero no tengo forma de acceder a ella. La única opción que me queda es una tía paterna suya que trabaja para los que me han contratado, pero prefiero no acercarme, no me fío de ellos. ¿Puedes ayudarme con eso?

—Descuida. Dame el nombre de la señora y veré qué puedo hacer. A lo mejor logro convencerla para que nos ayude.

—Cruzo los dedos para que sea así.

Tras un breve almuerzo, Alan se dirigió a la cita que tenía con el veterinario. La presencia del bosque lo había dejado intrigado y quería saber qué tipo de animales se movían por la zona. Fue hacia la clínica, situada en la primera planta de una de las calles principales, y un hombre delgado, vestido con una bata verde que le quedaba demasiado grande, acudió a recibirlo.

—Buenas tardes. ¿Es usted el señor Wood?

—Sí. —Le estrechó la mano al hombre, que olía fuertemente a desinfectante—. Un placer conocerle, señor Martínez.

—Llámeme Ramiro. Pase a la consulta y le atenderé.

Se adentraron en aquella consulta con las paredes plagadas de fotos de animales posando con sus orgullosos dueños, y tomaron asiento. Alan colocó su móvil sobre la mesa, accionando la grabadora.

—Verá, investigo los ataques que se vienen produciendo por la zona, como ya le mencioné antes por teléfono.

—Sí, la verdad es que esa cosa tiene a todo el mundo horrorizado. Yo le recomendaría no ir al bosque, por si acaso la encuentra y tengamos que lamentar otra muerte, como la del pobre tendero.

«Este también cree que la Bestia mató al tendero. Ten cuidado», se advirtió a sí mismo.

—Eh..., sí, por supuesto que lo haré, descuide. Sin embargo, y según tengo entendido, esta no es zona de paso de depredadores.

—Bueno, con el cambio climático todo está cambiando, y animales salvajes que hasta ahora permanecían en los bosques han terminado acercándose a las ciudades en busca de alimentos, al no poder hallarlos en su hábitat, por la paulatina deforestación y continuas sequías. Están variando su comportamiento. Es una realidad, y quizá eso tenga algo que ver.

—Es una posibilidad, no lo niego. He leído en la prensa varias noticias relacionadas con ese tipo de comportamientos anómalos. Pero cabe plantearse si los ataques no son obra no de uno, sino de varios animales. ¿Puede tratarse de lobos?

—Muchas veces confundimos los ataques de lobos con los de perros salvajes. Si se tratase de un lobo, las víctimas tendrían varias mordeduras en el cuello, ya que el

objetivo de este animal es matar cuanto antes, y no ha sido el caso.

—Por lo que la hipótesis de que fueran lobos quedaría prácticamente descartada.

—Exacto.

—Pero, entonces, ¿qué cree usted que ronda por ahí fuera? Supongo que cuando examinó los cuerpos de las ovejas pudo hacerse una idea de la mandíbula o dentadura de ese animal.

—No, se equivoca. Jamás examiné a las ovejas.

A Alan le faltó poco para que su bloc de notas cayera al suelo, mientras el hombre empezaba a frotarse las manos, nervioso.

—Pero..., usted mismo firmó el informe policial que salió publicado en la prensa en el que se avalaba que las muertes de los animales los produjo un depredador...

—Bueno, no exactamente. El inspector Corso me hizo una descripción bastante detallada de cómo encontró a los animales y a partir de ahí redacté el informe.

—¿Cómo dice?

—Sí, verá —dijo el hombre, algo alterado—. Corso vino y me explicó todo lo que vio, y yo lo creí, por supuesto. Él sabe más que nadie...

—¿Me está diciendo que un inspector de policía sabe más que usted en relación con los ataques de un animal salvaje?

—Bueno, Ignacio Corso es un profesional de los pies a la cabeza, y todos en este pueblo confiamos ciegamente en él. Así que sí, cuando me dijo lo que vio, yo me lo creí —dijo el hombre, recobrando la compostura—. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

—Desde luego. Gracias por su tiempo, de todas formas. Me ha aclarado muchas cosas.

El detective le estrechó la mano y se alejó de la consulta, que estaba atestada en esos momentos de inquietos canes que miraban con apetito el pequeño conejo doméstico de una niña.

«Aquí hay más animales salvajes de lo que pueda parecer. Empezando por ese inspector».

Se dirigió a su coche y se dirigió otra vez al bosque conduciendo aquella bestia con ruedas cuyo depósito de gasolina era insaciable. Tomó varias pistas de tierra hasta llegar a otra zona que no había explorado el día anterior. Estaba seguro de que la clave de todo aquello estaba en ese bosque. Lo del veterinario era incomprensible. ¿Cómo era posible que se firmara un informe simplemente con la palabra de ese inspector como verdad irrefutable?

Paró en uno de los márgenes de la carretera, comprobando rápidamente su arma, y se bajó del coche. Se alejó de los senderos, intentando explorar nuevos lugares lejos de los típicos caminos de los senderistas y los cazadores. No llevaba mucho tiempo andando, cuando un pincho de madera en el suelo llamó su atención. Se agachó y vio una trampa.

Estaba semioculta con la hojarasca y cualquier despistado excursionista podía haberse topado con ella. Era de madera, y tenía una especie de pequeñas estacas labradas con algún cuchillo.

La levantó con cuidado para hacerse una idea de su tamaño, y casi se cae al suelo de la impresión. Aquel macabro artilugio se asemejaba más a un tipo de instrumento de tortura medieval que a una trampa. Era un enrejado enorme, compuesto de varias estacas pequeñas que cubrían la parte baja, y que iban aumentando por la parte central hasta alcanzar un tamaño tan grande que eran capaces de atravesar un cuerpo de lado a lado. Alan la puso en pie y comprobó que su dimensión coincidía con la talla de un oso. O de una persona. Los restos de sangre aún eran visibles, lo que indicaba que ya había sido usada. Quizá un cazador despistado la había pisado por error. Pero lo descartó al instante. Aquellas estacas lo hubiesen matado, y no recordaba haber leído nada en la prensa en relación con ello. Aunque tampoco había aparecido nada sobre el crimen de Blasco. Bajó una pequeña ladera y halló otra trampa, parecida a la anterior.

Decidió volver al coche, ya que estaba anocheciendo y la idea de terminar atravesado por alguna de aquellas siniestras trampas era una posibilidad algo más que real. Enfiló hacia allí, ensimismado en sus pensamientos, intentando trazar conexiones con los pocos datos que tenía hasta el momento. Apenas quedaban doscientos metros para llegar hasta el vehículo, cuando notó una presencia cerca de él. Se detuvo y apuntó con el arma en todas direcciones, trazando un círculo amplio. Escuchó un leve crac, el sonido de una pisada en la hojarasca, tan leve, que solo alguien como él, entrenado para detectar ese tipo de ruidos, podía haberse percatado. Algo lo estaba siguiendo. Se quedó en silencio, esperando, pero no oyó nada más. Disparó al aire de forma sorpresiva y unos pájaros salieron volando aterrorizados desde unos árboles.

Suspiró, aliviado, y volvió a ponerse en camino. Sin embargo, seguía notando cómo lo observaban. Se dirigió al coche caminando de lado, girándose continuamente hacia todas partes, por si aquella cosa se abalanzaba sobre él. No estaba en su territorio, no conocía el bosque y, en ese momento, él era la presa. Avanzó durante algún tiempo preguntándose por qué aquello, fuera lo que fuese, no lo había atacado aún.

Llegó al coche y condujo hasta el pueblo por las pistas forestales, desiertas a esas horas. El trasiego de coches de cazadores y guardas forestales de las mañanas desaparecía cuando la tarde empezaba a caer por la arboleda. Y empezaba a entender por qué. Nadie se acercaba al bosque de noche porque allí había algo. La gente del pueblo no estaba equivocada. En ese bosque existía algo que ponía trampas, mataba al ganado y, por último, asesinaba a personas. Algo que se ocultaba entre aquella espesura verde y que había fijado en él su nuevo blanco.

Conforme se alejaba del bosque, el camino fue haciéndose cada vez más transitable, pasando de la embarrada tierra a un cuidado empedrado, y de ahí, al cómodo asfalto, hecho que tanto el inglés como aquel vehículo agradecieron. Al fin llegó al pueblo y aparcó junto al hotel. Tenía que hablar con Lya sobre lo que había visto durante la tarde. La existencia de esas trampas abría varias vías de investigación, y quería que ella aportara otro punto de vista. Bajó al restaurante para tomarse un sándwich antes de que cerraran, o su única oportunidad de comer algo antes de dormir se limitaría a una máquina dispensadora de todo tipo de chocolatinas y *snacks* salados. Lo atendió la misma mujer del día anterior, que resultó ser la dueña del establecimiento. Le puso mala cara cuando lo vio entrar y pedirle un bocadillo de cualquier tipo y un vaso de agua como cena. La señora desapareció tras la puerta de la cocina y le preparó en un instante una tortilla francesa gigantesca y un pisto de verduras mientras le sometía a un extenso interrogatorio sobre las razones por las que estaba allí, a qué se dedicaba su familia, las diferencias entre la dieta británica y la española y un exhaustivo chequeo sobre su vida amorosa, desierta desde Diana.

Parecía una mujer afable, y colaborativa, por lo que el detective pensó que podría aprovechar para indagar un poco más en la historia de la chica.

—Dígame, Manuela, ¿conocía a la hija de Blasco?

—¿A Elena? Por supuesto, desde que era una cría. —La mujer se tensó imperceptiblemente—. Pobrecilla.

Se quedó callada, observándolo, como si estuviese decidiendo si podía confiar en él, y comenzó a hablar, bajando mucho el tono de voz:

—Ojalá esté a salvo. Es lo que deseamos muchos de aquí; que consiga un sitio seguro.

—¿A salvo? ¿Está en peligro acaso?

—Claro que lo está —dijo en apenas un susurro—. Todos en este maldito valle estamos en peligro. ¿No lo siente usted también?

—¿Por... la Bestia del bosque?

La mujer lo miró nerviosa, ojeando hacia todos lados, y negó con la cabeza, con discreción. Todas las alarmas del detective se encendieron en ese momento, confirmando sus sospechas. Cualquiera con un poco de intuición percibiría el peligro que rondaba por esa zona. Pero... ¿a qué clase de peligro se referiría la mujer exactamente? Iba a seguir preguntándole, cuando la señora cambió de repente de tema de conversación, algo asustada, como si se hubiese dado cuenta que haber confiado en él sin apenas conocerle había sido demasiado arriesgado. Él actuó con normalidad también, y se enfrascaron en

un debate sobre las diferencias de los horarios de las comidas de cada país durante casi una hora, hasta que al fin le dejó marcharse tras llenarle varias fiambreras con comida sin cobrarle nada.

—Póngalas en la nevera pequeña de su habitación y llévese cubiertos, por si otro día vuelve usted tarde y la cocina está cerrada. Uno no se puede ir a dormir con hambre. No señor, de ninguna manera.

—Gracias, Manuela, es usted muy amable.

—No hay de qué. Ya verá que aquí le trataremos bien. Estará tan contento que después no querrá irse nunca.

—Si todos cocinan tan bien como usted, no me cabe ninguna duda.

La mujer sonrió satisfecha y el detective volvió a su habitación, maniobrando como podía entre tanto envase. La conversación con Manuela había abierto una línea interesante de investigación, y algo le decía que ese era el camino correcto. En aquel valle ocurría algo que atemorizaba a sus gentes, algo que nada tenía que ver con una bestia mitológica. Además, le había inquietado lo que le había dicho sobre la chica. Seguía sin comprender cómo una joven podía vivir en ese siniestro lugar completamente sola, con esa cosa acechando. ¿Por qué no se había ido con su tía Dora a casa de los Somoza Arvelo a vivir? ¿Por qué había decidido quedarse en el valle? Se sentó en su cama y encendió el portátil, en espera de su cita con Lya.

Tal y como habían pactado, a las doce en punto ya estaba en la habitación de la italiana, repartiendo en montañas de papeles la información que habían conseguido recopilar y las líneas de investigación aún abiertas. Apenas se había sentado sobre la cama cuando la joven empezó a desvelar un sinfín de datos. Él no era el primer detective que contrataban los Somoza Arvelo. Los siete anteriores habían sido asesinados en extrañas circunstancias. Alan le comentó sus descubrimientos de la tarde, y la presencia que había sentido estando en el bosque.

—Todo parece demasiado siniestro, Lya. Primero el ganado, luego las trampas y ahora el crimen de ese hombre. La Bestia está empezando a afinar su obra, pero no puedo evitar preguntarme si en realidad se trata de dos cosas diferentes.

—¿Diferentes? ¿Crees que no guardan relación?

—No estoy seguro. Las estamos conectando porque parece lo más evidente, pero quizá no tienen conexión entre ellas. Lo del tendero bien podría ser algo personal, y las trampas y el ganado, hechos circunstanciales.

—Eso abriría nuevas vías de investigación.

—Por supuesto. ¿Y si dividimos las líneas desde ahora? Por un lado, los ataques y las trampas, y por otro la línea del crimen. Las estudiaremos aparte para ver si confluyen al final.

La joven asintió, mirándolo mientras sus labios componían una fina línea, y le cedió

su portátil, donde el detective siguió leyendo la información que había estado reuniendo. Al parecer, los ataques habían comenzado hacía varios años, justo cuando la economía de la zona despegó gracias a la instalación de la industria farmacéutica que había en Zugati, el otro pueblo del valle. Solo en los últimos años los ataques se habían recrudecido, volviéndose más regulares y violentos, o eso al menos decían los periódicos, citando a la policía de Sandara como fuente de información. También había otros datos de hechos inquietantes que habían tenido lugar allí. Hacía unos años, se había producido un saqueo de huesos del cementerio, que fueron hallados horas después esparcidos por el bosque. A los dos investigadores les extrañó el hecho de que los periódicos se hicieran eco del robo de unos huesos, pero no así del asesinato brutal de un pobre comerciante. Era desconcertante la omisión de esa noticia. No había una sola línea sobre el crimen. Tampoco había fotos de los ataques de la Bestia. Todo era demasiado extraño.

—Lya, ¿crees que todo esto son rituales de alguna secta?

—No lo sé, pero debemos ser prudentes. Estoy convencida de que hay mucha gente con ganas de hablar, pero también que hay otros muchos vigilando para que no lo hagan, y por ello debemos andarnos con cuidado. Si la gente se cierra en banda, no nos quedará más remedio que hacer las maletas e irnos.

—Son bastante reticentes a hablar, tienen miedo, y les entiendo.

Se quedaron mirando aquella montaña de papeles y todas las anotaciones. Les quedaba un largo camino por delante. Se despidieron y quedaron en reunirse a la mañana siguiente para seguir recabando datos para la investigación.

Se dirigió a su habitación y se derrumbó sobre la cama. En apenas tres horas sonaría el despertador y el día siguiente sería intenso. Se puso un chándal para dormir, resuelto a aprovechar las pocas horas de descanso que le quedaban. Se durmió a los pocos minutos, cayendo en un profundo sopor, y comenzó a soñar casi inmediatamente.

Estaba en el bosque, caminando tranquilo, sumido en sus pensamientos. La calma de la arboleda era contagiosa. Solo se escuchaban los leves cantos de los pájaros silvestres y la brisa meciendo las hojas. Enfiló por unos arbustos hasta un conjunto rocoso de piedra caliza. Siguió caminando hasta tomar de nuevo el sendero, entre los árboles. Entonces lo notó. Algo lo seguía. Empezó a caminar deprisa, sintiendo esa presencia cada vez más cerca. Las piedras del sendero se volvieron más y más afiladas conforme cada paso que daba, hasta que sus zapatos terminaron destrozados. Cada piedra del suelo empezó a arañarle los pies, llevándose un pequeño botín de sangre, mientras las ramas le golpeaban en la cara. Sus manos pronto fueron un mapa de rasguños y profundos cortes por los golpes. Los jadeos y gruñidos intensos se oían cada vez más cerca. Su atacante estaba muy próximo a capturarlo. Enfiló por unos arbustos, creyendo que podría ocultarse allí, pero una enorme pared de piedra surgida de la nada le bloqueó el paso. Intentó escalarla, pese a que el dolor en sus manos al contacto con las aristas de la roca

era insoportable. Dos de sus uñas de la mano derecha estaban rotas de raíz, y las heridas se abrían a cada nuevo intento de ascenso.

Intentó ascender una vez más, pero cayó al suelo. Justo en el momento en que se levantó, notó la presencia de algo, o alguien, a sus espaldas. Lo había encontrado, ya no tenía escapatoria. Sintió su aliento y se estremeció al ver que proyectaba una sombra en la pared que triplicaba la suya. No le dio tiempo a girarse para encararse con aquella cosa. Sintió un profundo zarpazo en la espalda que le desgarró la piel y los músculos, llegándole hasta los huesos. Se desplomó en el suelo, soltando un alarido, esperando el siguiente golpe, pero no sintió nada. Se giró para ver qué ocurría, pero en aquel estrecho pasillo de roca no había nadie aparte de él. Estaba completamente vacío. Se miró las manos, sin un solo rasguño. Se tocó la herida de la espalda para evaluar el daño, pero no había rastro de sangre, estaba intacta. Miró hacia la pared de piedra otra vez, confuso, y vio a la chica de sus últimos sueños, que se acercó hasta él, observándole con expresión suave.

—La realidad más evidente no es siempre la verdad más absoluta, Alan.

Tras decir eso, le sonrió levemente y empezó a andar, dirigiéndose hacia la entrada del pasadizo rocoso y desapareció.

Se incorporó sobresaltado de la cama, con la respiración acelerada. No sabía quién era esa joven que había conseguido meterse en su cabeza e intentaba decirle algo mostrándole esos sueños, algo importante, algo que se le estaba escapando en aquel desfile de datos inconexos. Se levantó y fue hasta la ventana, mirando cómo la lluvia caía sobre las calles, con fuerza. El recuerdo de sus ojos oscuros volvió a su cabeza, y su corazón varió su ritmo. ¿Quién era esa chica? ¿Era producto de su imaginación? No lograba entender nada de lo que estaba sucediendo allí. Solo sabía que esa joven le estaba mostrando diferentes piezas de un puzzle que él debía empezar a encajar cuanto antes.

A la mañana siguiente, el sol iluminaba tímidamente el valle tras una gélida noche, desperezando a los árboles, que ya estaban casi desnudos y estiraban sus esqueléticos brazos al cielo. En las fuentes ya se formaban las primeras estalactitas, y ni los escasos pájaros conseguían animar esa desangelada estampa con sus trinos. Solo una marea de oscuros abrigos por las calles proporcionaba la nota de color sobre el blanco paisaje.

Los dos investigadores habían invertido gran parte de la mañana hablando con los vecinos del pueblo para obtener más información relacionada con los ataques y sobre el crimen de Blasco, escuchando todo tipo de versiones: Unos decían que habían sido unos lobos quienes lo habían atacado, otros que se había enzarzado en una pelea con unos cazadores, y, finalmente, que fue su ambiciosa hija, una fría mujer de negocios, quien lo había asesinado para quedarse con la empresa familiar y reflotarla tras el inesperado cierre. Esa última versión hizo arquear una ceja al propio Alan, que no entendía cómo

alguien podía ser capaz de matar a su propio padre para adueñarse de una tienda de productos lácteos ecológicos.

—Es increíble, nadie sabe lo que pasó realmente, y los pocos que lo saben, o no quieren o no pueden hablar. Es frustrante —dijo Lya mientras apuraba su copa de vino.

Él asintió, pensativo.

—Pero lo más extraño es que, exceptuando algunos disparates absurdos, todos los vecinos se remiten a la versión oficial, como si se la hubiesen aprendido de memoria.

¿No te parece? ¿No te ha dado esa sensación?

—Sí. Ese inspector con el que hablaste, ese tal Corso, los tiene a todos bien aleccionados, y no hace nada para investigar el crimen. Aquí está pasando algo, inglés, algo gordo. Algo no cuadra, y tenemos que saber qué es.

—Sí. He quedado esta tarde con el párroco, para saber algo más sobre el robo de los huesos que mencionaste ayer. Eso nos dará nuevas pistas —dijo, mientras una idea seguía anclada en su cabeza—. Lya, ¿podrías hablar con Dora, la hermana del tendero asesinado? Necesitamos más información sobre su hija.

—Sí, claro, esta misma tarde. No te preocupes. Además, me he enterado de algo más. Según me contó la tabernera, Blasco, Corso y Somoza, tu jefe, tuvieron un altercado bastante serio cuando la chica tendría unos dieciocho años. Nadie sabe por qué fue todo aquello, pero tuvo que ser lo suficientemente grave como para que ese mismo día el tendero se fuera con su hija al monte y cerrara la tienda que tenía en el pueblo.

—Qué extraño. ¿Qué les haría huir de esa forma?

—Ni idea, pero algo me dice que esa es la primera piedra de nuestro camino.

—¿Te dijo algo más sobre la chica?

—No mucho. Buena estudiante, tranquila, lo normal. Ahora debe tener veintidós años. Nadie la ha visto por el valle desde que se fue con su padre.

—Debemos dar con ella, Lya. Es la única que puede tener todas las respuestas que buscamos. A primera vista podría parecer que tanto Corso como Somoza están implicados, pero, claro, sin pruebas ni conexiones, estamos como al principio.

—No te preocupes, estamos empezando a investigar y ya sacaremos algo en claro.

—Sí, supongo. Y..., oye, ¿has visto a Teo? Su coche lleva aparcado desde ayer en el mismo sitio, pero no le he visto por ninguna parte.

—Sí, es raro. Lo he llamado al móvil varias veces, pero lo tiene apagado. Le pregunté a Manuela y dice que salió esta mañana muy temprano, sin desayunar y bastante pálido.

—Quizá esté en la clínica, indispuerto.

Lya se encogió de hombros, haciendo un gesto positivo. A Alan se le pasó por la cabeza hacerle una visita y aprovechar para intentar hablar con Samuel otra vez. Quizá el chico se lo había pensado mejor y había decidido ayudarlos, aunque lo veía como una posibilidad remota. Su nueva amiga lo miró, torciendo el gesto.

—A lo mejor no está en la clínica, sino contándole todo lo que sabe de nosotros a esos indeseables ricachones mientras cobra su dinero por vendernos.

Dicho aquello, atacó el plato de legumbres que tenía delante con furia, mientras el detective la observaba pensativo. Desde esa misma mañana, tenía el presentimiento de que Somoza tenía más cartas en esa partida de las que le había enseñado. Lo supo cuando preguntaba por él en el pueblo. Todos evitaban hablar de él, y en todas las miradas leyó miedo.

Se despidió de su compañera tras apenas probar bocado y llegó al cementerio en apenas diez minutos gracias al nuevo coche que había alquilado esa misma mañana. Había sido una buena idea cambiar de vehículo, era más rápido y consumía menos combustible. Y, además, teniendo en cuenta que lo estaban siguiendo, un cambio era, cuanto menos, necesario.

Aparcó en un terraplén y entró al camposanto, lleno casi a rebosar de vistosas flores que destacaban sobre la nieve que se amontonaba en las lápidas. Más que un cementerio, parecía un jardín botánico. Muchas lápidas apenas eran visibles por la cantidad de coronas y ramos que había delante. Suerte que no era alérgico. Encontró al sacerdote al fondo del recinto, hablando con una mujer.

Se subió las solapas del abrigo para no congelarse, ya que hacía mucho frío, y se fue acercando hacia él, pisando la gruesa capa de nieve mientras miraba las lápidas. La mayoría eran de mujeres, un dato que le inquietó. Levantó la vista hacia el montículo central del cementerio, en el que solo se erigía un único panteón, para descubrir con sorpresa que pertenecía a los Somoza Arvelo. No había ni una sola flor allí. Debía estar aún vacío, esperando a sus ilustres huéspedes. Se preguntó qué clase de personas construyen sus tumbas cuando aún están vivas, y más teniendo en cuenta que el cementerio de Sandara era amplio. No había problemas de espacio tales como para tener que reservarse un lugar con tanta antelación. La imagen de la tumba de Diana se le pasó por la cabeza unos segundos y sintió que la nieve era aún más fría de lo que le había parecido. Se obligó a respirar, cerrando los ojos, sintiendo su pecho hundirse, y miró hacia el frente. Apenas le faltaban unos metros para llegar donde estaba el párroco, e intentó recomponerse antes de saludarlo.

—Buenas tardes, Padre.

El hombre se giró hacia él, con las manos metidas en el abrigo que llevaba, y sacó una mano para estrechársela.

—Buenas tardes, señor Wood. ¿Se dice así, «Bud»? Soy muy malo con los idiomas, discúlpeme.

Alan sonrió y le estrechó la mano.

—Lo ha dicho perfectamente, no se preocupe.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, la sonrisa amable del párroco lo dejó

indiferente, ya que en ese instante un escalofrío recorrió su espalda al contemplar la mirada de depredador de aquel hombre. Era como la del inspector Corso.

«Ve con cuidado, el diablo tiene muchas caras y ninguna es lo que parece», le dijo una vocecita dentro de su cabeza.

—Gracias por recibirme, Padre. Como le decía esta mañana por teléfono, investigo unos ataques que han tenido lugar en el bosque recientemente.

—Ah, sí, pobres ovejas muertas.

«¿Se refiere a los animales, o a todos aquellos que se han interesado en el caso, y han acabado muertos también?»

—Y vecinos, Padre. No olvidemos al pobre señor Blasco.

—Lo de Blasco fue un desafortunado accidente. Pobre hombre, golpearse con una piedra al intentar buscar a su hija, que se había fugado al bosque, qué mala fortuna.

«¡¿Cómo?!». Su cabeza estalló en un grito.

—Sí, bueno... También me gustaría preguntarle por un suceso que tuvo lugar hace un tiempo, relacionado con el robo de algunos huesos de sus tumbas, y me preguntaba si habría alguna relación.

—La práctica de la brujería está tan establecida en la cultura de estas gentes, que a veces uno se pregunta quién es diablo y quién santo en este tablero de ajedrez que es la vida. Mire, el robo del que me habla tuvo lugar hace unos años. Desaparecieron de repente una mañana y ya cuando anochece aparecieron.

—¿De quiénes eran las tumbas? ¿Qué huesos desaparecieron exactamente?

—Uf, de varias jóvenes y de todo tipo.

—¿Varias jóvenes? ¿Los huesos eran de unas chicas?

—Sí. Hubo una epidemia hace unos años y tres chicas del pueblo murieron repentinamente. Una desgracia. Recemos por sus familias. Dieciocho añitos tendrían las criaturas.

«Dieciocho años —pensó Alan—. A esa edad el padre de Elena se la llevó al monte aislándola del pueblo. Quizá la chica estaba en ese grupo de riesgo, y el padre quiso salvarla de esa forma, manteniéndola apartada».

—¿Podría relatarlo todo desde el principio?

—Verá, yo ese día había llegado temprano, como siempre, cuando vi que los ramos de una de las tumbas estaban destrozados. Me acerqué a una de las lápidas y hallé un féretro abierto, con el cadáver al aire. —Alan torció el gesto y el párroco prosiguió—: Pero no era el único. Descubrí dos tumbas más que habían sido saqueadas en el cementerio, con los ataúdes abiertos, así que llamé al inspector Corso.

—Entiendo. Supongo que llamaría a la Policía Científica también, y a los forenses ¿Qué dijeron ellos?

El sacerdote lo miró haciendo una mueca.

—No, joven, se equivoca. No se llamó a nadie más. Queríamos evitar el sufrimiento de las familias. Gracias al inspector Corso, todo quedó en un susto. Él se encargó de todo. Los huesos desaparecieron y se devolvieron casi al momento, no se abrió expediente siquiera.

El inglés no daba crédito a lo que estaba escuchando. Aquello era más que una negligencia profesional por parte de Corso. Era un delito.

—¿Cómo que no llamaron a nadie más?

—No, los huesos fueron hallados por Corso y sus hombres horas después diseminados por el bosque. Los trajeron en bolsas de lona cerradas hasta aquí, para que no se viese su contenido, y los metimos otra vez en las tumbas de las chicas, y ya está, asunto arreglado. Nos fijamos qué hueso era el que faltaba en cada una de ellas y se lo pusimos otra vez, no se vaya usted a creer que no pusimos cuidado en eso. Fue como armar un puzle.

El color del rostro del detective esfumó por completo ante esa información. ¿Armar un puzle? ¿De qué estaba hablando ese hombre? ¿Por qué no se había avisado a las autoridades?

—Padre, disculpe, pero, en fin, parece que el asunto fue tratado con la máxima discreción. Sin embargo, apareció publicado en la prensa.

—Sí, más que nada para tranquilizar a los vecinos del valle por si surgían habladurías. Había que dejar claro que se había resuelto sin más incidencias. Imagínese que se hubiese sabido toda la verdad, el revuelo que se hubiese creado en las familias de esas pobres chicas.

—¿Sabe si la policía interrogó a alguien en relación con el caso? ¿Usted mismo sospecha de alguien que pudiera hacerlo?

—Hubo muchos grupos de radicales por aquí cuando abrieron la farmacéutica. Quizá fueran ellos. Podría investigarlos, estoy convencido que tuvieron algo que ver, ya que eran muy violentos, y organizaron varios altercados antes de que la policía los echase de aquí de forma definitiva.

—Bueno, es algo que estudiaré, no le quepa duda.

El hombre sonrió, satisfecho.

—Me alegro de que lo haga. Bueno, joven Wood, me despido de usted. He de prepararme para la misa de las cinco. Estaré aquí por si necesita cualquier cosa.

—Gracias por su tiempo, Padre.

El detective se encaminó a la salida con otra línea de investigación más, la de los grupos radicales contra la farmacéutica, y ninguna respuesta. Aquello comenzaba a ser exasperante. Se estaba aproximando al coche cuando vio a un hombre que lo observaba. Debía ser el sepulturero. Era algo desgarrado, con grandes ojeras y pelo cano. Sus amarillentas uñas delataban un tabaquismo compulsivo y tenía los dientes de ese mismo

color.

—¿Es usted el detective, verdad? —susurró.

—Sí, soy Alan...

—Sé quién es usted.

—Vaya —alzó las cejas—. ¿Puedo ayudarle en algo?

El hombre se colocó un pitillo sobre los labios, sin encenderlo, mirando con angustia hacia todos lados, esperando una interrupción en cualquier momento.

—Sí, pero no podemos hablar ahora. Las lápidas tienen ojos, y uno no se puede fiar ni de los muertos.

Alan asintió. Había más oídos que los suyos escuchando cerca de allí. El hombre le estrechó la mano precipitadamente, deslizando un papel en ella, suplicando silencio con su mirada. El inglés le hizo un gesto de asentimiento y abandonó el cementerio con la nota apretada en su mano. Se subió al coche con la mirada del hombre clavada en él y arrancó, preguntándose qué información podría contener ese trozo de papel que no pudiese ser siquiera susurrada. Se alejó de allí observando por el retrovisor al sepulturero, que había desaparecido del lugar como un fantasma, y algo frío le subió por la espalda en ese momento.

Se centró en la carretera otra vez, recordando palabra por palabra la entrevista que había mantenido con el párroco. El comportamiento respecto al robo de los huesos era completamente anormal. No solo no se había investigado, sino que se había resuelto de una forma chapucera, como el crimen del tendero. Pero la cuestión era por qué.

La pista de los grupos radicales no terminaba de convencerle. No tenía sentido que unos grupos provida natural se dedicasen a expoliar huesos de adolescentes y no dirigieran sus ataques a la farmacéutica. Por no mencionar que Corso y sus hombres no los hubiesen interrogado en torno al incidente de los huesos. Algo le decía que iba a encontrar respuestas pronto, y apretó la nota que llevaba en el bolsillo de los vaqueros.

Mientras el coche del británico se alejaba por la carretera, una figura observaba la escena. Oculto detrás de una de las lápidas más grandes, el inspector Corso esperaba fumándose un cigarrillo. El párroco se le acercó, colocándose a su lado.

—Este inglés nos va a dar problemas, Corso, ya lo estoy viendo. Espero que tus hombres se ocupen de él cuanto antes.

El inspector le acercó un cigarrillo que el sacerdote aceptó y encendió.

—Lo estoy vigilando, no te preocupes. Confío en él para que saque a la Bestia de su escondite, y después nos encargaremos de él, como hemos hecho con los otros.

—No te confíes. Parece menos estúpido que los demás que han traído hasta ahora. Puede terminar averiguando lo que nos conviene que siga oculto.

—Me encargaré de que eso no ocurra. Mientras, ocúpate de la siguiente partida.

—Entendido. Diles a tus hombres que para el próximo martes estará todo listo.

—Así me gusta.

El inspector y el sacerdote se alejaron de allí, en sentidos opuestos, haciendo crujir la nieve con fuerza, pisando las tímidas flores que conseguían brotar entre los adoquines de los empedrados pasillos del cementerio, pese al frío y las condiciones extremas de ese lugar. En ese valle no había sitio para la esperanza.

El detective condujo unos kilómetros para asegurarse de que nadie lo seguía. A aquella nota en el bolsillo comenzaba a quemarle, y estaba impaciente por averiguar qué nueva información sería revelada. Se apartó de la carretera principal por una pista de tierra sin salida, y abrió el papel.

Me temo que no puedo seguir en silencio. He visto y oído cosas terribles. No se fíe de lo que le haya dicho el párroco. Los huesos nunca fueron devueltos a sus tumbas porque simplemente nunca fueron robados. Le están distrayendo. La muerte de las chicas no fue una epidemia, fueron asesinadas. La noticia de los huesos fue una advertencia para la gente del pueblo, para que nadie se atreviese a desafiarles. Reúnase conmigo a las nueve de la noche en la esquina oeste del cementerio y le explicaré todo lo que sé.

«Esto empieza a ser espeluznante de verdad», pensó el detective.

Abrió la ventanilla para tomar algo de aire para serenarse. Había ido a investigar unas ovejas muertas por el ataque de algún animal, y ahora tenía varios cadáveres sobre la mesa. Apenas había terminado de doblar la nota y meterla en el bolsillo de sus vaqueros, cuando alzó la vista y vio, en el monte, una cabaña. La casa de Elena. Lindaba con un espeso bosque por la parte de atrás. Sacó de la guantera unos prismáticos que había llevado y la observó con detenimiento. Era mediana, y se veían unas cortinas con motivos florales a través de los cristales de las ventanas. Estaban cerradas, al igual que la puerta, pintada de color rojo. Había un banco de madera fuera, donde se apilaban varios libros, y un jardín atestado de flores rodeaba la vivienda. No tenía nada de la cabaña tétrica que Alan se había imaginado, parecía confortable y alegre, y aún se percibía ese halo de vida. Pensó en Elena otra vez, en esa chica misteriosa que había desaparecido y que nadie podía hallar. Tenía que encontrarla, tenía que hacerlo, y cuanto antes. Ella era la clave, la pieza fundamental, estaba seguro. Estaba tan absorto en la estampa de la casa que no se percató del ruido de pasos que se acercaban por detrás. Cuando lo hizo, solo pudo ver una roca estampándose contra su sien.

Después, oscuridad.

Cuando se despertó ya era de noche. Se llevó la mano a la cabeza, que le dolía terriblemente, y un zumbido agudo le taladró las sienas. Se apoyó sobre el volante, esperando que el dolor remitiese, pero no tuvo esa suerte. El dolor le presionaba la cabeza con fuerza. Se recostó sobre el asiento otra vez y vio que había sangre seca por todas partes. Por sus manos, su rostro, su pelo, su ropa y hasta en el asiento del coche. Le habían dado un buen golpe, y había estado inconsciente varias horas. Aturdido aún, intentó arrancar el vehículo para salir de allí cuanto antes, pero ni siquiera se produjo ningún ruido al intentar encenderlo. Salió, apoyándose en el vehículo, desorientado

como estaba y en ese instante un intenso olor lo envolvió, pero no pudo reconocerlo.

Abrió el capó del coche para intentar arreglar la avería, cuando descubrió que le habían cortado los cables con un cuchillo. El mismo olor de antes volvió a penetrar por su nariz. Al principio leve, pero después más y más intenso. Lo reconoció al mismo tiempo que vio el grueso rastro de gasolina que iba desde unas piedras hasta su coche, y fue consciente de lo que planeaban quemarlo vivo. Recorrió el reguero de combustible hasta encontrar una piedra grande que se había caído desde un murete cercano, cortando el paso al fuego que iba destinado a acabar con su vida. Miró hacia la llanura de matorrales que rodeaba el vehículo, encajando las piezas. El viento debió llevar el fuego que se había detenido en la piedra hacia esa zona, quemándola, por lo que su atacante creería que lo que ardía era su coche, cuando en realidad se trataba de maleza.

Exhaló por la sorpresa.

Por una piedra.

Estaba vivo gracias a una piedra no más grande que un bloque.

Desprendió un trozo y lo cogió, haciéndolo rodar entre sus dedos.

—Gracias, amiga. La próxima vez no seré tan torpe.

En ese instante, recordó la cita con el sepulturero. Palpó nervioso alrededor del asiento, por su chaqueta, por el suelo del coche buscando la nota, pero no la encontró. Había desaparecido. Si quien había intentado matarle la había leído, ese hombre estaría en peligro también. Echó a correr a toda velocidad hacia el cementerio para advertirle. Estaba muy mareado aún por el golpe, y tuvo que parar dos veces, a punto de caer al suelo.

Cuando faltaban solo cincuenta metros para llegar, oteó la zona intentando encontrar al hombre, si es que aún estaba allí, hasta que localizó algo oscuro apoyado contra un árbol. Estaba a punto de gritarle que se alejara, cuando algo lo hizo detenerse. Pese al aire frío que soplaba, el fuerte olor a carne quemada inundó su nariz al instante.

El cadáver del sepulturero, o lo que quedaba de él, estaba carbonizado y atado a un árbol, tal y como supuso tuvo que debía estar el del padre de Elena.

La imagen era dantesca, tanto, que tuvo que controlar la bilis que le subió por la garganta, respirando profundamente. Apenas unas horas antes, había mantenido una breve conversación con ese hombre, cuya calavera ahora lo miraba interrogante, esbozando una siniestra sonrisa con todos los dientes al descubierto. Ese era el aspecto que hubiese tenido él si aquella piedra no se hubiese interpuesto para salvarle. Un cadáver carbonizado hasta los huesos.

Empezó a retroceder por el camino. El cuerpo del sepulturero aún humeaba, lo que indicaba que lo habían asesinado hacía poco, y que el asesino aún debía estar allí, observando su funesta obra.

Como si adivinase sus pensamientos, algo se movió entre las sombras de la pared del

cementerio. Un chasquido, demasiado largo para ser fortuito. No hizo falta más. Empezó a correr por la carretera buscando un lugar donde poder refugiarse. Herido como estaba y desorientado, sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. Se maldijo mentalmente por no haberse llevado la pistola esa tarde. Si salía de allí con vida, no se despegaría de ella. Si salía con vida, claro. Su perseguidor era veloz, podía sentirlo cerca, así que se internó en el bosque, allí al menos no sería un blanco tan fácil. Se sintió como en el sueño, cuando algo lo perseguía y terminaba alcanzándolo. Estuvo corriendo sin rumbo fijo, parándose para intentar escuchar algo que le indicara que quien lo perseguía había desistido, pero no tuvo esa suerte. Podía escuchar la respiración irregular del homicida cada vez más cerca. Se apoyó en un tronco, cerrando los ojos. Estaba mareado, muy mareado. El golpe en la cabeza había sido contundente y no sabía cuánto tiempo había estado sangrando.

Comenzó a andar de forma errática, mirando hacia atrás con frecuencia para asegurarse de que no lo seguía, pero era difícil. El suelo comenzó a girar sin cesar y tuvo que apoyarse en los árboles para no caer.

De repente, notó como algo se cerraba en torno a su tobillo con un ruido metálico. Un cepo. Había pisado un cepo para lobos. Se mordió la mano para no gritar, aunque estaba seguro de que su agresor había escuchado el restallido metálico que hizo la trampa al cerrarse.

Allí estaba, en medio de un bosque, perdido, magullado y a punto de ser asesinado. Buscó a tientas un arma, pero allí no había nada aparte de hojas secas y finas ramas. Manióbró para abrir el cepo, y lo soltó frustrado tras varios intentos. Tenía un sistema de apertura desconocido y la oscuridad no le permitía averiguar nada de su funcionamiento.

Entonces notó una presencia a su alrededor, la misma que lo había estado siguiendo en el bosque. Además del asesino iba a tener que enfrentarse, desarmado como estaba, a esa cosa que lo perseguía. Las pisadas se acercaban cada vez más, moviéndose en círculos a su alrededor, observándolo, estudiándolo, decidiendo por dónde atacar. Le recorrió un sudor frío por la espalda. ¿Y si era un cómplice del asesino del sepulturero? Estaba en medio de ese bosque, donde nadie podría oírle gritar. Pensó por unos segundos, de forma completamente irracional, en todas las historias de miedo en torno a bestias maléficas, y apretó la mandíbula, desechando esos pensamientos y dispuesto a enfrentarse a lo que fuera que lo perseguía de una vez.

Empezó a escuchar una respiración densa cerca de él. A aquella cosa lo iba a atacar por la derecha.

Inspiró con fuerza, preparándose para lo peor.

La presencia llegó, y sus cejas se alzaron inmediatamente en respuesta a su desconcierto. Parpadeó varias veces, incrédulo ante lo que veía. Era una chica. Una chica vestida de oscuro que se movía con sigilo. Se agachó a su lado y sus pequeñas manos

frías se deslizaron por su pierna hasta dar con el cepo. Lo liberó y lo ayudó a ponerse en pie, apoyándolo con cuidado contra un árbol para que no cayera. Emitía suaves jadeos, como si hubiese ido corriendo desde alguna parte. Sus miradas se cruzaron y él dejó de respirar.

Era ella, la chica del sueño, la que se colaba en su mente cada noche desde que llegó allí. Su cabello liso y negro le llegaba casi hasta la mitad de la espalda y su flequillo enmarcaba un rostro de rasgos afilados. Le puso un dedo sobre los labios y se acercó a su oído, susurrando.

— ¿Estás bien? ¿Puedes caminar?

Él asintió, con el dedo de la joven aún en su boca, y se inclinó sobre ella, casi rozando su frente. La chica retiró el dedo de sus labios. Estaba tan desconcertado que apenas reparó en ese gesto. Una conexión había surgido en su cabeza y tenía que confirmarla.

— ¿Eres... Elena?

Ella asintió levemente, y al detective todo a su alrededor comenzó a darle vueltas. La chica a la que nadie conseguía encontrar, la que se colaba en sus sueños cada noche y la presencia que sentía en el bosque eran la misma persona. Su boca se abrió de forma automática y se quedó mirándola mientras ella escrutaba los alrededores, con expresión tensa.

— El que te persigue no tardará en llegar hasta aquí. Camina en esa dirección, hacia el sur, y no te encontrará. Yo lo despistaré, no te preocupes. Y, Alan... No te acerques al bosque, no me busques. Encontraré el modo de llegar hasta ti, pero, por favor, no los atraigas hacia mí.

Él miró hacia abajo durante dos segundos, con una ráfaga de preguntas disparando desde su cabeza, y cuando volvió a levantar la vista, ella ya se había ido. Se separó del tronco y empezó a caminar, como pudo, cojeando, por donde Elena le había indicado, y una hora después encontró uno de los senderos que llevaban a la aldea.

Cuando llegó al hotel, se derrumbó en el suelo de la habitación, entregándose al sueño más profundo recordando el rostro de la chica que le había salvado. Sus pequeñas manos frías y esos profundos ojos oscuros que se habían clavado en los suyos, encendiendo algo en su interior. Pero no sabía con certeza el qué.

Aún estaba tumbado en el suelo cuando lo despertó el golpeteo de unos tacones sobre la moqueta, recorriendo el espacio entre la enorme mesa de escritorio color caoba y los faldones color chocolate de la colcha. Reconoció los botines de piel de color marrón que le había visto a Lya el día anterior, y que ahora resonaban en su cabeza como una salva de cañonazos. En ese instante dejaron de moverse y la chica se agachó hasta el suelo, poniendo su rostro frente al suyo. Tenía el pelo recogido y sus labios estaban cerrados en una severa línea. Hizo un mohín con la nariz y bufó.

—Oh, menos mal que te despiertas de una vez. Empecé a creer que estabas muerto ¿Se puede saber dónde has estado? Te he buscado por todo el maldito pueblo. ¿Te has ido de fiesta nocturna a otro lado, o qué? Estaba muy preocupada por ti —le espetó la italiana, gesticulando y gritando.

—¿Cómo... cómo has entrado aquí? —le preguntó, aún tumbado en el suelo.

—Eso da igual ahora. ¿Se puede saber qué te ha pasado? ¿Dónde demonios estabas?

Se incorporó lentamente, sujetándose la cabeza con las manos, y alzó las cejas al percatarse de que ya había anochecido. La joven detuvo su mirada en el aspecto del detective y se sentó a su lado, mirándole nerviosa.

—Alan... Estás sangrando, y tus manos... están llenas de heridas, con barro y restos de cortezas. Pero... ¿qué te ha pasado?

Él la miró unos segundos, dejando caer sus hombros.

—Lya, siento haberte hecho pasar por esto, no quería asustarte. Tenemos mucho de que hablar sobre lo que pasó, pero empieza tú primero mientras intento detener este ciclón de dolor de cabeza que tengo ahora mismo.

La joven se levantó, haciendo bailar su falda al compás de sus caderas, y rebuscó en su bolso, tendiéndole dos píldoras que él se tomó sin agua. Le hizo un gesto para que empezara, y la chica comenzó a relatarle lo que había ocurrido el día anterior entre aspavientos.

—Bueno, verás. No me pareció normal que no acudieras a la cena ayer por la noche. Se suponía que íbamos a poner en común toda la información recopilada durante la tarde, así que, al no verte allí, me inquieté. No es que te conozca en profundidad, pero no me pareces de esos que se marchan sin decir nada. Creí que estarías en tu habitación, así que subí, y... abrí la puerta con una ganzúa para ver si estabas aquí. —Alan puso los ojos en blanco—. Pero tampoco estabas aquí, así que empecé a preocuparme de verdad. Sabía que te había pasado algo.

—¿Adónde acudiste entonces?

—Fui a todos los bares y restaurantes del pueblo, buscándote, pero fue en vano. Al no encontrarte por ningún sitio, temí que estuvieses herido, así que fui a la clínica a preguntar por ti. Cuando entré, encontré al chico que trabaja allí... Samuel, creo recordar que se llamaba, preparándose para irse. Tenía todos los ordenadores apagados y las luces también. Le pregunté si te había visto y él dijo que no, asegurándome que tampoco habías ingresado en la clínica ese día. Le di las gracias y le dije que seguramente estarías aún con el párroco del pueblo. Entonces su expresión cambió por completo.

—¿Cambió? ¿A qué te refieres?

—Pues que pasó del desinterés más absoluto por tu estado a la alarma total. —Lya abrió mucho los ojos—. Me dijo que fuera al hotel y no saliese de allí, que él intentaría dar contigo. Insistió bastante en que no saliese a buscarte por ahí sola, y me recalcó que me encerrara en la habitación y que no le abriese la puerta a nadie. Como si tuviese diez años, ya ves.

La mente de Alan volaba en todas direcciones en ese momento. Quizá fue Samuel e que la avisó de que él estaba en peligro y por eso ella acudió a ayudarlo. El chico había negado poder ponerle en contacto con ella, sin embargo, el hecho de que estuviera allí implicaba que el joven sí sabía cómo localizarla. En ese momento recordó lo que le dijo en el bosque: Que no los atrajera más hacia ella.

«La están buscando y Samuel lo sabe. Elena está huyendo de alguien, y por eso vive oculta en el bosque. La persiguen. Pero... ¿por qué?».

—Cielo santo, ¿me estás escuchando?

—¿Qué? Oh, perdona.

—Como te decía, he estado a punto de llamar al Corso ese, el inspector, para que intentara encontrarte, pero me parece bastante inepto, así que al final decidí no hacerlo y...

—Corso no —la cortó bruscamente—. Nunca. ¿Me has entendido?

—Pero...

—No, Lya —la interrumpió otra vez—. Ese tipo no es lo que aparenta ser, y hasta que no sepamos más sobre esta historia, no te acerques a ese hombre, y jamás le des ninguna información. ¿Me has entendido? Jamás.

Ella se quedó mirándole ceñuda, y continuó, de forma pausada, a media voz:

—Es que no sabes lo que ha pasado. Ha sido él el que ha venido esta mañana al hotel. Mientras estaba abajo en el restaurante apurando un café y decidiendo qué iba a hacer y a quién avisar si no aparecías durante las siguientes horas, el inspector se ha acercado hasta aquí. Esta mañana, sobre las seis, un agricultor de la zona fue hacia su huerto cerca del cementerio y encontró un coche calcinado. Tu coche, Alan. El que alquilaste ayer en el pueblo.

—¿Qué? —El joven se sobresaltó y una idea comenzó a recorrer su mente, centímetro

a centímetro.

Lya lo miró con gravedad, mordiéndose el labio, intentando quizá aplacar el miedo que la estaba consumiendo en ese instante.

—Cuando el hombre se acercó, vio que había un cadáver dentro. ¿Lo entiendes? Había un esqueleto calcinado dentro de tu coche.

—Lya... —se puso una mano en la boca—, creíste que el cadáver carbonizado era...

Ella suspiró sonoramente, mordiéndose el labio. Él pudo hacerse entonces una idea de la angustia que había sufrido su nueva amiga ante aquel macabro hallazgo. Era lógico pensar que el cuerpo del interior del coche fuera el suyo. Y lo estaría, si aquella bendita piedra no hubiese caído en el lugar exacto para salvarle. Así habría acabado su vida, preso de las llamas en un ataúd de metal con ruedas. Se acercó hasta la joven y la abrazó. No le hizo falta preguntar de quién era el cuerpo que encontraron. Como si pudiese leer sus pensamientos, Lya continuó:

—El cadáver pertenecía al sepulturero del cementerio. Pobre hombre. El inspector Corso me aseguró que tenía problemas con la bebida. Seguramente te robó el coche mientras estabas hablando con el párroco, y quiso acabar con todo —dijo, torciendo el gesto. Esa versión del policía tampoco la convencía mucho.

—Puedo asegurarte que eso no fue así. Corso está más implicado en esto de lo que quiere hacernos creer.

—¿Lo crees capaz de...?

—No lo sé, pero debemos tener cuidado con él —inspiró—. Y siento haberte hecho pasar por esto, de verdad.

—Claro que lo sientes, maldita sea, me has dado un susto de muerte. Pero me tienes que explicar dónde demonios has estado todo este tiempo. Estás magullado y tienes sangre en la cabeza. Me debes una explicación, y de las gordas. Y te lo advierto, vuelve a hacerme pasar por esta angustia otra vez y será lo último que hagas. Palabra de italiana.

Él la miró con gravedad, tomando aire para lo que vendría a continuación.

—Lya, ayer... intentaron asesinarme.

—¿Qué? —Los ojos de la chica se abrieron de par en par—. ¿Asesinarte, a ti?, ¿por qué?, ¿quiénes? Empieza por el principio y cuéntamelo todo.

—Verás, tras comer contigo, fui a ver al párroco, como ya sabes. El hombre me dijo que el robo de huesos que estamos investigando se había resuelto sin abrir expediente, sin llamar a los forenses ni nada. Prácticamente los huesos fueron sustraídos y devueltos el mismo día.

—¿Cómo qué no se investigó?

—No se avisó a la Policía Científica, ni a los forenses ni nada. A mí también me resulta difícil de creer —dijo, adivinando los pensamientos de la chica—. Al parecer, fueron expoliados de las tumbas de tres chicas que murieron por una epidemia cuando

apenas tenían dieciocho años.

—¿Una epidemia, aquí, en este valle aislado?

—Exacto, eso fue lo que me dijo. Extraño, ¿No te parece? —Bufó, al tiempo que la joven lo hacía también—. Pero eso no es todo, Lya. Insistió en que investigásemos a unos grupos que se opusieron a la instalación de la farmacéutica en el valle, pero tengo bastantes dudas al respecto.

—Yo también las tendría. No encajan en el perfil de unos ladrones de huesos, y tampoco tiene mucho sentido. ¿Pudiste averiguar algo más?

—No me quiso contar nada más, así que me fui. Cuando estaba cerca del coche, el sepulturero me detuvo y me dejó una nota con una cita para esa noche en el cementerio.

—Seguro que lo mataron para que no te contara nada —dijo, compungida, ante la suerte fatal del hombre.

—Sí que pudo contarme algo. En la nota afirmaba que las tres chicas fueron asesinadas, y que la pista de los huesos que seguimos es falsa. Jamás profanaron las tumbas.

—Pero salía en la prensa...

—Fue una advertencia para la gente del pueblo. Como una especie de recordatorio para que nadie se saliese de la línea marcada.

Ella lo miró con expresión de desconcierto y posó su mano sobre sus labios, pensativa, y así permaneció un par de minutos.

—Esto significa que tenemos que andarnos con pies de plomo a partir de ahora. Esta gente, quienes quiera que sean, van dos pasos por delante de nosotros, y aún no tengo claro qué pretenden, pero sabemos que están dispuestos a matar a quien sea que se cruce en su camino. Y ahora estás en su punto de mira. Pero... ¿y las heridas?

Alan suspiró y empezó a relatarle a su amiga la persecución del bosque, el hallazgo del cadáver de aquel pobre hombre y cómo fue Elena quién le ayudó a escapar. La chica se quedó atónita, con la mano sobre los labios.

—¿Has... has conseguido localizar a la chica que todos llevan buscando meses?

—Ella me encontró a mí, más bien.

—Por todos los santos, tenemos que ver a esa chica como sea. Tiene que darnos respuestas. ¿Sabes cómo podríamos localizarla o ponernos en contacto?

—No. Ayer me dijo que me encontraría ella, que no puede arriesgarse a ser vista. —Bajó la mirada a la moqueta—. Ya hizo bastante ayudándome a escapar, y no puedo ponerla en peligro otra vez.

La joven se mordisqueó la uña del dedo índice, pensativa.

—Sigo sin entender qué la retiene aquí. Si fuera yo, y hubiera unos sádicos asesinos persiguiéndome, habría puesto pies en polvorosa hace mucho tiempo. —Se miró las uñas otra vez y escogió una nueva víctima. Esa vez, la del dedo meñique—. Parece lista, y sabe

moverse por el bosque. Entonces, ¿por qué no ha huido todavía?

—No lo sé, Lya, no lo sé.

Su amiga lo miró y torció el gesto, pensativa.

—Bueno, te dejo descansar, que parece que lo necesitas.

—Gracias. Haré lo que pueda con este dolor de cabeza. Siento haberte preocupado, de verdad.

—No te preocupes. Estás bien, y eso es lo que importa.

Lya le dio un apretón en el brazo, y él le respondió de la misma forma. Acababan de sellar un pacto silencioso de amistad. El detective la acompañó hasta la puerta y quedaron en desayunar juntos al día siguiente. Tenían nueva información y pistas que debían empezar a analizar de inmediato.

Una vez solo en su habitación, se preparó para darse una ducha y quitarse de encima toda la sangre, el barro y los restos de hojas secas. Se metió bajo el gélido chorro y el agua empezó a deslizarse por su cuerpo, mientras él seguía con la cabeza apoyada contra la pared, con los ojos cerrados, intentando buscar puntos de conexión entre las imágenes del crimen, los datos que tenían hasta la fecha y las líneas que aún tenían abiertas. Tenía que existir un nexo entre todo, pero no era capaz de verlo. No conseguía encontrar un punto de unión, aparte de saber que Elena jugaba un papel fundamental en todo aquello. Solo sabía que la perseguían, y que no había huido de allí por alguna desconocida razón.

Después pensó en Jacobo Somoza. Estaba involucrado en la historia, era evidente «Tiene que desaparecer», había dicho en la primera y única reunión que mantuvieron. En ese momento Alan creyó que se refería a la Bestia, pero ahora no estaba tan seguro. ¿Eran Elena y la Bestia la misma persona? Parecía evidente, pero ¿por qué tenía que desaparecer una simple chica de veintidós años? ¿Qué grave amenaza podía suponer esa joven? Necesitaba respuestas o jamás podría conseguir armar ese rompecabezas siniestro en el que se había convertido el caso.

Tras la ducha, se recostó en la cama y miró hacia la ventana, donde las primeras gotas empezaron a impactar contra el cristal, en un martilleo constante, y pensó en los extraños sueños con Elena. Había estado reflexionando sobre el contenido de ellos. El primero con la fosa de cadáveres, simbolizaba a todos los investigadores que fueron asesinados en el bosque. Sin embargo, no hallaba explicación alguna para el detalle de la alianza de Diana. Se preguntó otra vez qué hacía esa chica portando el anillo de compromiso de su mujer. El segundo, el de la Bestia bajando por el árbol, era una clara advertencia para que no la buscase, que no se acercara a la arboleda porque los que la perseguían sabrían dónde se ocultaba. Y el tercero y último, que no existía ninguna bestia, que solo era ella.

Tras varias vueltas en la cama, cayó dormido profundamente. Poco después, comenzó el sueño y suspiró, dispuesto a sumergirse en él. Tenía curiosidad por saber qué trataría de decirle Elena esa vez, si es que la posibilidad de que fuera ella la que le mandaba los

sueños existía. Solo se veía oscuridad y escuchaba su propia respiración acompasada. Sintió unos golpecitos en el brazo, leves, y esperó algún tiempo para que se disipase la oscuridad. Pero no ocurría nada, solo sentía leves toques hasta que fueron demasiado reales. Se tensó al momento. No era un sueño, aquello estaba ocurriendo de verdad, alguien había entrado a su habitación. Un solo segundo le hizo falta para coger la pistola de debajo de la almohada y apuntar a la figura que estaba sentada en la cama junto a él, que trastabilló y retrocedió, mostrando la palma de las manos. Enfocó la vista, distinguiendo al intruso, y bajó el arma rápidamente.

—Por todos los cielos, Elena, por poco te mato —soltó en tono grave, resoplando.

Ella asintió, con el susto aún grabado en su rostro.

—Siento haberte sobresaltado. No creía que durmieses con un arma bajo la almohada. Lo... lo tendré en cuenta —dijo, tragando saliva.

—Lo siento, perdóname, no... no me esperaba que fueras tú.

—Me lo imagino. —Resopló, aún asustada—. Yo también lo siento.

El detective hizo ademán de encender la luz, pero ella negó con un gesto. La oscuridad era más segura. Se acercó y se volvió a sentar en la cama, con cautela, observando el arma con temor, hasta que él volvió a colocarla bajo la almohada.

—Siempre duermo con ella. —Inspiró y se rascó la mandíbula, rozando la fina barba—. ¿Qué haces aquí?

La chica lo miró unos segundos en silencio, retorciéndose un mechón de cabello, nerviosa. Alan aprovechó para observarla. La claridad de la noche que se colaba por la habitación era suficiente para verla de verdad por primera vez. Sus ojos oscuros, grandes y expresivos, destacaban sobre su rostro, mirándolo con preocupación. Un rebelde mechón se deslizó de su cabello hasta su mandíbula, donde sus carnosos labios en forma de corazón dejaron sin aire al detective por unos segundos. Al apartarlo, dejó ver un peculiar conjunto de lunares en forma de diamante que adornaba la cara interna de su muñeca.

La chica lo miró y comenzó a hablar en tono suave:

—Estaba preocupada por ti. Siento haberte dejado en el bosque de esa forma, herido y desorientado, pero debía despistar al que te perseguía para que pudieses huir. —Lo miró detenidamente—. No sabía si habrías sabido llegar a través del bosque, así que decidí venir para ver cómo estabas.

—Estoy bien, no te preocupes. Pero no deberías haberlo hecho, es peligroso.

—Lo sé, créeme que lo sé. —Suspiró—. Pero, quería..., en fin, verte. —Se quedaron en silencio varios segundos, observándose con detenimiento, y, aún en la penumbra, Alan pudo ver cómo se dilataban las pupilas de la chica, que se aclaró la voz, incómoda—. Bueno, ahora que sé que estás bien, he de irme, siento no poder quedarme más tiempo.

Empezó a levantarse de la cama cuando él la detuvo, sujetándola por un brazo con

suavidad, obligándola a sentarse otra vez. Debía empezar a armar los fragmentos de aquel rompecabezas sin demora, y ella tenía varias piezas. Retiró la mano de su brazo y la miró de forma grave.

—Elena, necesito respuestas. Lo siento, pero no puedo esperar. Han estado a punto de asesinarme dos veces el mismo día. Si no hubieses aparecido para rescatarme en ese bosque, ahora estaría muerto, y han matado a un pobre hombre por mi culpa. Sé que te persiguen, pero no sé quiénes lo hacen ni el por qué.

La joven miró hacia la ventana y asintió, nerviosa.

—Me persiguen porque soy la única que ha logrado escapar de ellos, Alan.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—No lo sé, solo sé que Corso trabaja para ellos. ¿No te has dado cuenta de que en el pueblo no hay ni una sola chica entre los dieciocho y los veinte años? Por eso van a por mí, porque soy la única que se les ha escapado.

La contempló con los ojos abiertos de par en par. Aquello era completamente nuevo para él. Una nueva vía que ni siquiera se había planteado. Elena lo miró y continuó:

—Llevan meses trayendo a investigadores, como tú, para capturarme, pero ninguno lo ha logrado. Deben haberse hartado de no encontrarme y pagan a otros para que arriesguen su vida para hacerlo.

—¿Y por eso has colocado las trampas en el bosque? ¿Para defenderte de ellos?

«¿Han matado esas trampas a alguno de esos investigadores, Elena?», pensó el detective, temiendo la respuesta.

La chica pareció leerle el pensamiento y lo miró con una expresión en sombras, humedeciéndose los labios. Parecía dolida, y comenzó a hablar en voz muy queda:

—Ya sé lo que estás pensando, pero te aseguro que no tuve nada que ver con las muertes de esos hombres. No soy una asesina. —Levantó la vista hacia él—. Jamás haría algo así.

—Pero, entonces...

—El primer investigador que contrataron para dar conmigo cayó por accidente en la trampa que él mismo había colocado para apresarme, y el segundo también murió así. Estaban muy malheridos, e intenté rescatarlos, pero finalmente murieron.

—¿Quién acabó con los otros?

—Supongo que los mismos que los contrataron. —Alan la miró desconcertado. Una idea acababa de surgir en su cabeza, y rogó para estar equivocado. Ella inspiró y prosiguió—: Sí, es lo que piensas. Tras el intento de rescate de los dos primeros, ellos se dieron cuenta de mi punto débil: Soy compasiva. Así que llevan meses contratando a gente para ponerles en peligro y que yo acuda a salvarles, creyendo que así podrán atraparme. Es muy cruel y despiadado.

—Es lo que hicieron conmigo, ¿verdad?

La joven tomó aire.

—No estoy segura. Mandaron al Carnicero a por ti, lo que significaba que iban a matarte de verdad, que no era un simulacro de asesinato para asustarte ni un intento de sacarme de mi escondite. Aquello no era una advertencia, era una ejecución. Por eso intervine tan rápidamente. Ese hombre es uno de los peores, y es famoso por su crueldad. Portaba un puñal de caza con restos de sangre mientras te buscaba por el bosque. Pero desconozco por qué han variado el método contigo, de verdad que lo desconozco.

El detective tuvo que inspirar con fuerza al darse cuenta de cómo hubiese sido su final si esa chica no hubiese aparecido por allí.

—¿Ningún investigador ha salido vivo del valle? —preguntó con gravedad.

—No. A todos, absolutamente a todos, los matan tras cumplirse un mes.

—¿Un mes?

—Sí, es el tiempo límite que le dan a los cazadores para capturarme. Luego, desaparecen.

—Pero..., si sabías que yo era uno de los que habían contratado para capturarte, ¿por qué me ayudaste en el bosque? Podía haberte tendido una emboscada, fingiendo estar herido para capturarte.

—Por... Bueno, según Samuel, estás realmente preocupado por el caso. No estaba interesado en buscar a la Bestia del bosque, sino en descubrir la verdad de todo esto. Así que, cuando me avisó de que habías desaparecido tras entrevistarte con el párroco, supe que estabas en peligro y decidí ayudarte.

—El párroco está implicado en todo esto, supongo.

—Sí, debes tener cuidado con él. Ese hombre mueve muchos hilos y está más implicado de lo que pudiera parecer.

—¿Cómo me encontraste?

—Supuse que estarías cerca del cementerio, tras la reunión con el sacerdote, pero cuando llegué allí, vi el cadáver atado al árbol y... y...

Alan se dio cuenta enseguida del impacto que tuvo que haberle producido revivir la escena de la muerte de su padre. Le acarició la espalda suavemente, al percatarse de que la joven contenía, con bastante esfuerzo, las lágrimas que estaban a punto de salir en tropel de sus ojos.

—Siento haberte hecho pasar por esto otra vez, Elena. Lo lamento.

La chica se estremeció, afectada, e hizo un amago para levantarse de la cama, pero Alan la tomó del brazo con delicadeza para que se sentara y fue él mismo a buscarle un poco de agua a la mesa donde tenía varias botellas. Ella lo miró con los ojos aún vidriosos, tomó un sorbo de agua y continuó su relato:

—Me adentré en el bosque para buscarte y cuando te encontré, te estuve siguiendo

para ver si podías salir tu solo de allí, sin llegar a exponerme, hasta que me di cuenta de que caminabas de forma errática porque estabas herido.

—Sí, me golpearon con una piedra en la cabeza y me quedé inconsciente varias horas.

Le enseñó la herida que tenía en la sien, y la joven puso mala cara al verla.

—Vaya, te dieron un buen golpe.

Elena le rozó ligeramente la frente poniendo una mano sobre su piel, y él sintió la misma oleada cálida que le había asaltado en el bosque la primera vez. Se separó y la miró, desconcertado. La expresión de la chica era igual a la suya, lo que implicaba que ambos habían sentido esa misma sensación cálida, y a la vez. Recordó aquel primer encuentro y entonces se dio cuenta de algo que le había pasado desapercibido en su momento: Había un pequeño ramo de flores silvestres junto a uno de los árboles. Apenas había reparado en ellas, creyendo que fue la propia gente del pueblo quienes lo habían puesto allí, pero se equivocaba. Había sido ella, por eso estaba cerca del escenario del crimen. Había ido a poner flores a la única tumba a la que podía acercarse sin que la atraparan, al lugar del asesinato. Y él le había disparado. La miró, sintiéndose inmensamente culpable por haber roto ese momento de duelo de la chica con su padre.

—Siento haberte disparado en el bosque aquella vez. Perdóname, no sabía que eras tú.

—Era imposible que lo supieras. —Se levantó para tirar la botella de agua a la papelera y se giró hacia él, con los brazos cruzados—. Pero no debes acercarte más al bosque, es peligroso. Es más, creo que lo mejor es que te vayas de aquí cuanto antes, por tu propia seguridad.

—No puedo irme sin más, estoy empezando con la investigación.

—Ya sé que quieres resolver esto, pero estás arriesgándote demasiado. Esta gente no da segundas oportunidades, Alan, intentarán matarte una y otra vez hasta que te vayas o... consigan acabar contigo. —Inspiró y negó con la cabeza—. No quiero que te ocurra nada por mi culpa.

—¿Tu culpa? Nada de esto es culpa tuya. —Se acercó a ella—. Son ellos los que van asesinando a todo aquel que le cree problemas, no tú. Sé que estás en peligro, estoy de tu parte, quiero ayudarte, pero no sé cómo, y no puedo hacerlo si tú no me dejas.

Ella miró hacia el exterior, frunciendo el ceño.

—No. Lo siento, pero no puedo dejar que te involucres más en esto. Entiendo que quieras ayudarme, pero llevas solo unos días aquí y apenas sabes nada de mí ni de lo que ocurre aquí. Así que lo siento, pero la respuesta es no. Ahora tengo que irme, siento no poder quedarme más tiempo, pero es peligroso.

La joven se dirigió hacia la ventana mientras Alan la observaba alejarse. Saltó al alféizar y estuvo contemplando con atención el exterior, en posición de alerta, como una pantera agazapada en las sombras, ocultándose de los cazadores. Se giró hacia él, antes

de saltar, con una mirada cargada de preocupación.

—Por favor, ten mucho cuidado. No sé si la próxima vez podré llegar a tiempo.

—Ten cuidado tú también. Y... gracias por haberme salvado la vida, Elena.

La joven lo miró unos segundos en silencio y bajó la vista, mordiéndose los labios, como si se estuviese librando una batalla en su interior en ese instante.

—Volveré para darte las respuestas que necesitas, te lo prometo.

El detective asintió, miró hacia abajo, suspirando, y dejó de sentir la presencia de la chica en la habitación. Fue hasta la ventana, despacio, y observó el exterior. El ambiente rezumaba una calma tensa. Miró la plaza y las casas, consciente de los oscuros secretos que se ocultaban entre sus paredes. La oscuridad caía a plomo en las calles del pueblo. Ni siquiera las estrellas se atrevían a brillar esa noche.

En ese mismo instante, al otro lado del pueblo, el cadáver de un hombre atado a una silla se inclinaba hacia un lado, con varios impactos de bala por el cuerpo mientras Corso hacía crujir los nudillos con rabia. Se le habían escapado, el detective y Elena, la misma noche y a la misma vez. Aquel hombre al que había contratado para que se ocupara del inglés y del sepulturero había fallado, y le había matado sin permitirle apenas explicarse, de la rabia que sentía.

«Aunque no todo ha sido malo, pensándolo bien. Según me ha contado este despojo, la chica salió de su escondite para ayudar al detective, como hizo con los otros. Podemos usar eso para atraparla», pensó para sí.

Una vibración en su móvil lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué?

Su interlocutor murmuraba despacio.

—Acabad con esto de una vez. Ya conocéis las consecuencias de fallar.

Colgó y encendió un cigarrillo.

«Elena ha ido al hotel. Ese condenado inglés la ha hecho salir de su escondite en dos ocasiones en menos de un día. Ha logrado lo que nadie, ni siquiera yo, ha conseguido en años, y esta vez él ni siquiera estaba en peligro. Entonces, ¿por qué lo ha hecho? ¿Por qué arriesgarse tanto? ¿Por qué con él ha bajado la guardia?».»

El cigarrillo se cayó de su boca en el preciso instante que un pensamiento cruzaba su mente, y estampó una silla de madera con furia contra la pared.

Alan cerró la ventana despacio para no emitir ningún sonido, cuando oyó pasos amortiguados por el pasillo. Para cualquier otra persona, esas pisadas hubiesen pasado desapercibidas. Pero para él no. Tenía el oído lo suficientemente entrenado para saber que se trataba de dos hombres y que se habían separado cada uno en una pared del pasillo, acercándose a su habitación, variando el movimiento. Temió por Elena y se dirigió corriendo a la ventana, por si veía a más hombres fuera, pero no percibió a nadie. Rogó para que ella hubiese podido escapar.

Se giró hacia la entrada, oyendo cómo se apostaban tras su puerta. Aquello iba a empezar. Cogió el arma al mismo tiempo que los asaltantes entraban tras destrozar la puerta. Debían medir más de dos metros y eran muy corpulentos. Iban armados y cor pasamontañas. Alan les disparó a las piernas para inmovilizarlos el tiempo suficiente para escapar de allí. Sin embargo, debían estar más que acostumbrados a que les disparasen, porque se miraron la herida apenas unos segundos, maldijeron y comenzaron a abrir fuego. El detective rodó sobre sí mismo para alcanzar la ventana, pero uno de ellos fue más rápido y lo derribó. No tuvo tiempo de reponerse del golpe contra el suelo, porque el hombre estrelló su puño contra su mandíbula con fuerza. El sabor a sangre inundó su boca, haciéndolo reaccionar. Propinó una patada a aquel gigante en el abdomen y le golpeó en la nariz. Aprovechó el desconcierto para levantarse y darle un golpe en plena tráquea para dejarlo aturdido, pero el hombre lo agarró por el tobillo y lo tiró al suelo, mientras su compañero se abalanzaba sobre él al mismo tiempo.

Alan rodeó con las piernas el cuello del encapuchado, apretando fuerte para dejarlo inconsciente. Consiguió alcanzar su pistola bajo la almohada y disparó al que tenía encima, abatiéndolo. El otro se liberó de las piernas del detective y se tiró sobre él, golpeándole con furia, y lo desarmó. El inglés retrocedió y le dio un cabezazo en la nariz. El hombre soltó un fuerte grito, momento que aprovechó para agarrar su muñeca y dispararle con su propia pistola. El asaltante cayó desplomado sobre él. Se había acabado. De momento.

Se lo quitó de encima y recogió su arma, resoplando. Había faltado poco, muy poco para que esos hombres acabaran con él. Y algo le decía que era solo el principio. Se sentó en la cama, intentando recuperar el aliento, mirando los cadáveres.

Se levantó, jadeando aún, limpiándose la sangre con la manga, y se dirigió al cuarto de Lya para advertirla. Oteó el pasillo en busca de más atacantes, pero aquel edificio parecía estar desierto. Bajó las escaleras hasta la primera planta y tocó la puerta, dejando una marca de nudillos ensangrentados en la madera. Su amiga abrió tras varios minutos con un antifaz de sueño aún sobre su frente y una camisa de pijama de cuadros que debió pertenecer a un hombre. Al verle frente a su puerta, ensangrentado y con marcas de golpes, se tapó la boca con la mano, asustada.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué te ha pasado?

Él resopló como única respuesta, y ella lo hizo entrar en su habitación rápidamente. Una vez en su interior, el detective cerró con pestillo la puerta, y ella le condujo hasta la cama, donde se sentó. La joven estudió su rostro y se levantó camino al cuarto de baño.

—Espera aquí, te limpiaré las heridas o terminarán infectándose. —La oyó revolver varios neceseres buscando varias cosas mientras hablaba—. Alan, ¿qué ha ocurrido?

—Dos hombres derribaron la puerta y entraron disparando. He conseguido acabar con ellos a duras penas. Estaban bien entrenados y acostumbrados a aguantar golpes.

Venían dispuestos a matarme, estoy seguro.

El detective se frotó los nudillos, morados y con la piel levantada. Lya volvió con una toalla humedecida, varios botecitos de lo que parecía ser desinfectante, y algodones, con el gesto de alarma aún en su semblante. Alan se cruzó de brazos y en ese momento notó una quemazón en el costado. Se levantó la camiseta y vio un corte superficial en las costillas, cerca de la enorme cicatriz que tenía en el riñón y que se deslizaba hasta su abdomen. Un pequeño hilo de sangre brotaba desde allí, manchándole los vaqueros. Se quitó la camiseta, cogiendo uno de los algodones para presionar la herida y alzó la vista hacia la chica, que lo observaba con las cejas alzadas, sosteniendo nerviosa el trapo.

—Es una antigua herida de cuando era militar —explicó, algo incómodo.

—Ya me imagino. Madre mía, sí que debió dolerte.

—No te haces una idea. —Carraspeó, dándole a entender que no quería recordar aquello.

Su amiga se acercó mientras tragaba saliva y fijó su mirada en el torso del detective mientras restregaba, quizá con demasiada fuerza, la herida que tenía él en la frente. Le puso un dedo bajo la barbilla y lo obligó a mirarla.

—No lo entiendo. Llevas apenas cuatro días aquí y ya han intentado matarte tres veces. ¿Qué te hace diferente al resto? ¿Qué amenaza les supones tú que ni yo ni los demás les provocamos?

Él ya sabía la respuesta. Elena. Ella misma se lo había confirmado. Sabían que ella iría al rescate y por eso lo estaban atacando sin cesar. Y no solo eso, estaban mandando a los peores asesinos a por él porque se les estaba agotando la paciencia.

«Soy el cebo y ella la presa».

—Elena ha estado aquí.

Lya dejó de restregar la herida, que estaba casi en carne viva por los continuos y enérgicos frotamientos con la toalla, y se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Ha venido hasta el hotel? ¿Por qué?

—Sí. Vino a..., bueno, a ver cómo estaba. —La chica lo miró e hizo una mueca que él no logró comprender—. No habían pasado ni dos minutos desde que se marchó cuando esos hombres entraron. Estoy seguro de que venían a por ella también. Dos hombres, dos objetivos; uno se encargaría de ella y el otro de mí. Piénsalo.

—¿Te ha dicho por qué la persiguen?

—Solo me ha dicho que ella es la única que les queda por capturar y que investiguemos por qué no hay chicas de entre dieciocho y veinte años en el pueblo.

—A lo mejor tiene eso algo que ver con que su padre la aislara en el monte. Alguien aquí se dedica a hacer desaparecer a jóvenes, y ella ha escapado de momento. Pero no sé, algo no encaja. Unos psicópatas no se quedan aquí por un tiempo indeterminado secuestrando chicas sin levantar sospechas. Cabría plantearse si hay más gente

involucrada.

—No solo eso. En el valle todos se conocen. Si desapareciera una chica, su familia y sus amigos darían la voz de alarma, aunque... este sitio no es como los demás. Aquí los crímenes, como el de Blasco, no se investigan. Es lógico pensar que las desapariciones de las chicas tampoco.

—Eso es lo que no entiendo, es como si hubiese un pacto de silencio en el pueblo. ¿Por qué será? ¿A quién encubren entre todos?

—Más bien di a quién temen, Lya. —Suspiró—. Es todo muy extraño.

—Y hablando de cosas extrañas, conseguí hablar con Dora, la tía de Elena.

—¿De verdad? ¿Qué te contó?

—Nada. La mujer no quiere saber nada de ella, y se negó a darme más detalles de la relación que mantenía con Blasco y la chica, que, intuyo, debía ser bastante tensa. La dueña del hotel, Manuela, me confirmó que no mantenían ningún tipo de contacto desde que se fueron al monte, así que es una línea desierta de investigación.

—Qué raro. ¿Qué tipo de persona niega la ayuda a su propia sobrina tras un crimen así?

—No lo sé, pero lo cierto es que esa mujer me dio muy mala espina. Cuando le nombré a Elena, le faltó poco para darme con la puerta en las narices. Y hablaba de la joven con tanto desprecio que sospecho que aquí ocurrió algo que desconocemos.

—¿Crees que tiene algo que ver con la pelea que tuvieron Blasco y Somoza? Sospecho que ese hombre está implicado en algo turbio relacionado con la muerte del tendero.

Lya iba a hablar, pero él la interrumpió y le puso un dedo en los labios, dándose cuenta de algo. Se levantó de la cama, hacia la puerta. La abrió y estuvo observando el pasillo, como si esperara a alguien. Lya se acercó hasta él y se puso a su espalda.

—¿Has oído algo, Alan? ¿Qué ocurre?

—Acaba de haber un tiroteo aquí, con dos hombres muertos, gritos y mobiliario haciéndose trizas y, ¿Nadie ha venido a ver qué pasa?

La joven resopló, y le hizo girarse hacia ella, cruzándose de brazos.

—Es que no me ha dado tiempo de contártelo con todo este desastre. No queda nadie. El resto de los investigadores y periodistas que estaban en Sandara se han ido esta tarde. Todos. Solo estamos los vecinos del pueblo, los turistas de paso y nosotros. Me he quedado esperando que te recuperaras para decírtelo e irnos juntos de este sitio. —Tragó saliva—. Eso, y porque me da miedo irme sola.

—¿Cómo que todos? ¿Qué ha pasado?

Ella lo miró con expresión preocupada y arrojó la toalla al cesto.

—Han matado a Teo.

—¿¿Qué?! —El detective se echó hacia atrás. Aquello sí que no se lo esperaba.

—Ha aparecido maniatado en la carretera de entrada al pueblo, con un tajo bien

grande en la garganta. Era un claro aviso para los investigadores, o sea, nosotros. Esto ya se está pasando de castaño oscuro, inglés. Primero tú y ahora Teo. Esta gente no va a detenerse ante nada, y les da igual matar, torturar o lo que se les ocurra a quien sea. No sé qué demonios pasa aquí.

Se quedaron mirándose preocupados. La muerte de ese joven no era un aviso. Según lo que le había dicho Elena, a los investigadores les daban un mes de plazo antes de asesinarlos. Quizá Teo llevase más de un mes investigando, sin resultados, y por eso lo han matado. Era algo más que posible.

—¿Sabes cuánto tiempo llevaba Teo aquí?

—Quizá un mes, quizá algo más. ¿Por qué?

—No lo contrataron solo para espiar. —Resopló sonoramente—. Lo contrataron para dar con Elena. Y al no conseguirlo, lo mataron.

Los dos se miraron sin decir palabra. La situación empezaba a tornarse muy peligrosa, y Alan sentía el frío metal aproximándose a su cuello cada vez más cerca.

—Lya, tenemos que avisar a la policía por el incidente con los encapuchados, pero primero debemos trazar un mismo discurso.

Su amiga asintió. No podían levantar sospechas, y menos ahora, que por fin Elena les había dado las primeras pistas fiables con las que trabajar. Si llamaban mucho la atención, terminarían matándolos o huyendo del valle, y ninguno de los dos quería hacerlo. Debían llegar al fondo de todo.

Acordaron que alegarían legítima defensa. Lya avalaría el testimonio del detective, en el que argumentaría que había llegado, viendo cómo esos dos asaltantes estaban revolviendo su habitación. Tras llamarles la atención, los hombres abrieron fuego contra ellos y él se defendió. La joven acudió alertada por los gritos y contempló cómo esos hombres se disparaban entre ellos, por error.

Diez minutos después, y tras hacer las pertinentes llamadas fingiendo consternación, varios sanitarios y policías al servicio de Corso prácticamente tomaron el hotel. Los agentes les dieron un informe ya redactado previamente que apuntaba a un robo como móvil de los crímenes. El detective no tuvo ninguna duda entonces de que esos hombres habían sido enviados por el inspector para acabar con él. Cuando todos se hubieron marchado, y el juez hizo el levantamiento de los cadáveres, su amiga y él pudieron ser conscientes de que aquello había pasado a otro nivel.

A la mañana siguiente, el trasiego en la calle era frenético. Era día de mercado, y los gritos de los vendedores se escuchaban desde cualquier punto de Sandara como si se estuviese en medio de la plaza. La gente iba de un lado a otro portando bolsas, cestas y carritos de bebés por todos lados.

Alan bajó a disculparse con Manuela, la dueña del hotel, sobre lo ocurrido, asegurándole que pagaría los desperfectos de la habitación. La señora rehusó, tras oír una rocambolesca historia sobre lo sucedido. Cuando al fin finalizó, le señaló con el dedo, espetándole:

—No me mienta, señor Wood, sé exactamente lo que ha pasado. Podrán mentir a la policía, pero a mí no. Tengo ojos en la cara, ¿sabe? Esos hombres no entraron a robarle.

Al detective se le congeló toda la sangre.

—Disculpe, pero...

—No me tiene que decir nada. Ya sabía yo que esa mujer iba a dar problemas. Lo supe en cuanto la vi. Esa chica no tiene sangre, sino un torrente de lava volcánica corriéndole por el cuerpo.

—Pero...

—Pero nada. Seguro que ella intentó darle celos y se lio con esos dos hombres en su propia habitación. Usted entró y los pilló en plena faena, así que actuó en consecuencia. Si quiere una opinión de una mujer entrada en años, no debió pelearse con esos dos hombres por ella. Y con armas, ni más ni menos. Al final se mataron entre ellos, menos mal. No podía ser de otra manera. Lo que mal empieza, mal acaba. Madre mía lo que hay que ver.

—Pero, doña Manuela...

—No me diga más. Es normal que usted la defienda porque está cegado por sus curvas, pero, y perdóneme por la intromisión en sus asuntos de dormitorio, estoy segura de que esa pelirroja los hubiese despachado a los tres al mismo tiempo. Usted ya me entiende.

Alan la miró, alzando las cejas, completamente desconcertado.

—Esto..., creo que está usted...

—Yo creo solo lo que veo. Esa mujer le devoró con los ojos desde que usted puso un pie aquí, y al parecer, decidió divertirse un poco sin que usted lo supiese. Espero que haya decidido terminar la relación sentimental que mantiene con ella tras lo de anoche, señor Wood.

—Por supuesto. No hay dada de romance entre nosotros, puedo asegurárselo.

—No permita que lo engatuse otra vez con sus curvas, o estará perdido.

—No pienso hacerlo, esté tranquila. Seguiré sus sabios consejos al pie de la letra.

La mujer asintió enérgicamente, satisfecha. Alan estaba dándose la vuelta para irse cuando vio cómo la señora se echaba el pelo hacia atrás y alzaba la barbilla. A aquello no había terminado aún. El detective tembló ante el discurso que se avecinaba, y que, estaba seguro, iba a ser apoteósico.

—Un joven tan guapo como usted no debería compartir mujer nunca. Nunca. Así que la próxima vez, elija bien de quién se enamora para que no le hagan sufrir, porque los corazones rotos tardan mucho en curarse, y algunos jamás lo hacen. Así que espero que la próxima chica que elija sea la buena. No se deje engatusar de nuevo por las curvas de otra mujer que le haga sufrir, o lo lamentará.

La señora terminó esta última frase con un dedo apuntando al cielo y cerrándose la chaqueta de punto con gesto triunfal. Había dado el discurso del día, no cabía ninguna duda.

—Gracias, lo tendré en cuenta para la próxima vez. Recordaré su consejo. Enamorarme solo de la chica buena o lo lamentaré el resto de mi vida.

—Exacto, eso es. Recuérdelo.

La mujer ya estaba comenzando a colocarse el paño de secar los vasos entre las manos otra vez, cuando el detective habló de nuevo.

—Una pregunta más, si no es indiscreción. ¿Sabe qué ha pasado con los hombres?

—No se preocupe, señor Wood. El inspector Corso se ha ocupado de todo. El párroco les ha dado santa sepultura esta misma mañana. Duerma tranquilo. Sandara entera velará por usted.

Al detective se le escapó todo el aire del cuerpo al oír aquello.

Mientras tanto, en otra parte del bosque, un muchacho se aproximaba a la orilla de la extensa laguna y dejaba una nota cifrada sobre la superficie, en forma de barco de papel, cuando unos pasos lo alertaron. Se giró alarmado y vio una silueta familiar.

—Que susto me has dado, creí que eras... —dijo, poniéndose una mano en el pecho.

—No, solo soy yo. ¿Me estabas dejando una nota?

—Sí. —Resopló—. La búsqueda se ha intensificado desde que llegó el inglés. No van a dejarte en paz, Elena.

—Lo sé. Ven, Samuel, acompáñame al refugio, aquí estoy demasiado expuesta.

Los dos jóvenes se internaron en la arboleda y avanzaron por ella hasta llegar a uno de los precipicios de roca. Elena se aproximó a uno de los extremos y empezó a descender, siguiendo unas discretas muescas en la roca que había labrado, mirando a su amigo, mostrándole por dónde debía pisar. Había que hacerlo con cuidado. Un mal movimiento y la caída sería mortal.

A Samuel no se le pasó por alto que en las últimas semanas su amiga permaneciese

solo en los refugios de más difícil acceso. Y en el que estaba en ese momento, en el del cañadón, era sin duda el más seguro. Tras un descenso complicado, llegaron al escondite. Era el más peligroso, sí, pero el más impresionante. Daba hacia una parte del valle poco conocida, reservada solo a las aves que la sobrevolaban. Las paredes verticales de roca eran completamente lisas en esa parte, y nadie se atrevía a escalarlas. Miró a su amiga, que lo observaba con gesto preocupado, y se sentaron en el borde, con las piernas colgando. Permanecieron contemplando el paisaje sin cruzar palabra varios minutos, solo acompañados de los graznidos de las aves y el inmenso silencio de la zona. Ella se aclaró la voz, golpeando levemente con sus talones la pared de roca.

—Fui a verle la noche siguiente al rescate del bosque.

—Lo sé, por eso venía.

—¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Casi. Esa misma noche, según pude enterarme gracias a uno de los sanitarios, dos hombres de Corso fueron a por él. Por lo visto los noqueó, pero el estropicio que dejaron fue importante. —Suspiró—. Elena, no puedes arriesgarte así, lo sabes.

—Sí, lo sé, es solo que... No sé, lo vi en el bosque y... —susurró, azorada.

La chica sintió algo extraño al oírse decir aquello en voz alta, y algo cálido. No sabía el qué. Le empezó a trepar desde el estómago. Su amigo asintió, con cara de preocupación, y continuó:

—Solo digo que no te dejes cegar. Ten cuidado, ¿vale? Recuerda que lo contrataron para dar contigo, y aunque parece que intenta protegerte, los que te persiguen pronto se darán cuenta que para atraparte solo tendrán que seguirlo, porque tú estarás cerca.

—Lo sé, Sam. Lo sé. Pero si está empezando a investigar esto de verdad, necesitará ayuda, o jamás podrá llegar al fondo de todo. Sabes tan bien como yo que hay información que solo nosotros sabemos, y que a él le será muy difícil conseguir.

—Pero, Elena...

—Sé que es arriesgado, pero tengo que verlo otra vez. Quizá él sea lo que hemos estado buscando durante tanto tiempo, un final para todo esto. Puede ser el primer aliado que tenemos. Se nos acaba el tiempo, y yo ya no soporto más estar escondiéndome como si fuese una criminal.

—Lo sé, pero...

—Por favor, ayúdame en todo lo que puedas.

—Está bien, lo ayudaré. —Guardó silencio—. También tenía que decirte otra cosa. Han matado al chico de gafas, al Teo ese. Lo encontraron atado a un árbol degollado cerca de la carretera de acceso.

La muchacha se echó las manos a la boca. Lo recordaba perfectamente, era un jover algo desgarrado y le había recordado a un roedor desde que lo vio por primera vez, por su forma de moverse, inquieto, sin detenerse, y algo torpe cuando caminaba por el

bosque. Otro más para la fosa. Ya había pasado un mes. A aquello no iba a acabar nunca. En ese instante se dio cuenta de otra cosa: lo habían matado por la tarde, justo cuando ella estaba oculta escrutando el hotel donde se hallaba Alan. Había permanecido allí durante horas, esperando a que se hiciese de noche, y por eso no pudo intentar salvar a ese pobre chico. Se maldijo mentalmente por ello.

—¿Quién fue?

—Corso, supongo. Se rumorea en el pueblo que el inspector ha fijado ahora su diana en Alan y está ansioso porque se cumpla el mes de plazo para acabar con él. —Tiró una piedra al vacío—. Espero que no sea así, porque estaríamos perdidos.

Elena se mordió la mejilla por dentro, inquieta. Si Corso ya había puesto una fecha para la muerte del detective, debían huir de allí cuanto antes. Miró a su amigo, preocupada.

—Hay que pensar en cómo salir de aquí. Se avecina algo gordo, puedo presentirlo, y no podemos estar aquí cuando eso suceda.

Su amigo asintió, mirando el infinito. Él también percibía que algo se avecinaba. Los hombres de Corso no dejaban de vigilar el valle, y el nerviosismo en la calle era más que evidente. Todo el valle intuía que estaban tramando algo, pero nadie sabía el qué. Debían huir de allí cuanto antes, jamás habían estado en peligro de forma tan alarmante como ahora.

Pasó un brazo alrededor de su amiga, rogando para que ella no percibiese el miedo que sentía por lo que pudiese pasarle. Se quedaron así, apoyados el uno en el otro, con una sensación tan evidente de que el final de la vida que conocían se aproximaba que apenas se detuvieron en contemplar cómo los últimos rayos desaparecían detrás de la sierra de Sandara, tiñendo el cielo entero de un intenso rojo.

Alan se dirigió a su habitación otra vez tras haber intercambiado unas frases más de cortesía con la dueña del hotel. Había pasado la noche en la habitación de Lya, durmiendo en aquel incómodo sofá, y necesitaba coger unas cosas de su armario. Cuando entró, vio que ya habían quitado los muebles destrozados y los habían reemplazado por otros de otra habitación. Tan solo una leve mancha en la moqueta delataba lo que había ocurrido allí. Abrió el armario, se hizo con el maletín donde llevaba el portátil y se percató de que uno de los bolsillos estaba abierto. Lo examinó y encontró un *pendrive* dentro. Lo cogió entre los dedos, dándole vueltas. No era suyo, estaba seguro, y se preguntó quién lo habría dejado allí y por qué. Sacó de su maleta el ordenador e introdujo el dispositivo. Se sentó en la cama para estudiar su contenido y su pulso se detuvo al ver a Teo horas antes de ser asesinado.

«Hola, Alan y Lya: Me dirijo a vosotros porque sé que me están siguiendo y tengo miedo. Os he mentado, chicos. Soy periodista de una revista de lo paranormal, eso sí es verdad, pero hace unos meses una familia adinerada de la zona contactó conmigo para

que les ayudase a encontrar una bestia que había en el bosque de Sandara. Cuando llegué, me dieron instrucciones, además, para que los mantuviese al tanto de todo lo que se investigaba por aquí. Debía seguir los pasos de todos los investigadores y saber quién sabía qué en todo momento».

Alan le dio al *stop*, pensativo. Estaba claro que eran los Somoza Arvelo. De esa forma al controlar la información que manejaban todos, podían mover los hilos y conducir la investigación en la dirección que querían, como les había ocurrido a ellos mismos con el asunto del robo de los huesos. Reanudó el vídeo, rascándose la barbilla.

«Sé que no os fiabais de mí, así que la noche que Lya y tú os reunisteis en su habitación, escuché todo lo que decíais tras la pared de la habitación de al lado. Vosotros erais los que teníais más datos, más pistas fiables, y sabíais con quién hablar sobre qué. Vuestras líneas de investigación eran las que estaban mejor orientadas a descubrir la verdad, y eso a mis clientes les empezó a poner muy nerviosos. O bien os estabais acercando demasiado a descubrir qué está pasando aquí, o bien aproximando a algo que ellos querían, y empezaron a impacientarse por conseguirlo cuanto antes».

Alan se puso el puño sobre los labios, con rabia.

«Elena, casi los llevo hasta Elena», se dijo.

«He decidido terminar mi relación profesional con mis clientes porque presiento que alguien me está siguiendo y tengo miedo. Algo está pasando aquí, y deberíais iros cuanto antes. La situación es más peligrosa de lo que parece y no podía marcharme sin advertiroslo antes. Siempre me habéis tratado bien, aunque sospecharais de mí, y os lo debía. Suerte y tened cuidado».

El vídeo acababa ahí. Ese pobre chico no sabía entonces que su vida iba a terminar en apenas unas horas. Se levantó de la cama y deambuló varios minutos por la habitación, planeando sus próximos pasos. Todo lo que hiciera a partir de entonces estaría bajo la lupa de unos asesinos. Aún había muchos datos que desconocía y las conexiones que lograba enlazar eran del todo inconexas. Estaba seguro de que los Somoza Arvelo eran la clave para resolver el caso. Era evidente que estaban involucrados en la desaparición de sus predecesores y en la persecución de Elena, pero no lograba comprender por qué, y ni la propia chica lo sabía. Debía romper la relación laboral con ellos, tenían las manos manchadas de la sangre. Se enfrascó en sus pensamientos hasta que unos nudillos en su puerta lo sobresaltaron. Era Lya.

—Hola, Alan. Voy a ir a la hemeroteca, y me preguntaba si querías venir conmigo.

—Sí, claro. Desconocía que hubiese una hemeroteca en el pueblo.

—Está en la capital. Necesitamos más datos para seguir investigando, y sinceramente, necesito alejarme de este sitio, aunque solo sea por unas horas.

El detective asintió y bajó a la oficina de alquiler de coches. La mujer que llevaba el negocio no pareció muy convencida al acceder a su historial. Alquilarle un coche a

alguien que lo devuelve calcinado y con un cadáver dentro no era una buena carta de presentación para nadie. Pero el hecho de que todos los investigadores hubiesen huido del pueblo había dejado el negocio en horas bajas hasta el inicio de la temporada turística, así que la empleada no tuvo más remedio que acceder a dejarle uno.

Fue a buscar a Lya al hotel, e hicieron el trayecto sin parar de hablar sobre el caso, que cada vez les estaba absorbiendo más. La terrible sospecha de que estaba ocurriendo algo grave se había visto amplificadas con la muerte de Teo. El detective le relató el contenido del vídeo a una atónita Lya, que confirmó las sospechas que tuvo con ese hombre desde el principio.

—Pobre chico. Creía que estaba haciendo un buen negocio y han terminado matándole por ello.

—Sí, y lo peor es que lo mataron cuando trataba de huir de aquí.

Llegaron a la enorme biblioteca acristalada de la ciudad, con una espectacular vidriera que ocupaba gran parte de la fachada con una escena del relato *El monte de las ánimas*, de Gustavo Adolfo Bécquer. Ascendieron por la escalera de mármol blanco hasta la tercera planta, y el olor a periódico antiguo les inundó las fosas nasales, llenando de recuerdos sus pensamientos. Pensaban indagar en las desapariciones que les había desvelado Elena, así como los grupos radicales que llevaron a cabo las protestas cuando la farmacéutica se instaló en el valle, además de crímenes por la zona, ataques de animales... Todo. Tenían que investigar cada línea que tenían abierta.

Pasaron el resto del día allí, intentando sacar algo en claro de todo aquello. En su mesa se iban apilando cada vez más libros y papeles, y la bibliotecaria chasqueaba la lengua cada vez que pasaba cerca de ellos, intuyendo todo el trabajo que tendría después de la hora del cierre ordenando todo aquello. Alan encontró varias noticias interesantes en relación con la farmacéutica.

La construcción de los laboratorios desató una oleada de protestas en toda la región que se había ido tensando con los días, hasta que acabaron debido a la muerte de una joven manifestante de apenas dieciocho años durante una de las protestas, tal y como recogían los periódicos de la zona.

FALLECE UNA MENOR EN SANDARA DURANTE LA MANIFESTACIÓN

La joven cayó al vacío al intentar colocar una pancarta en la fachada del edificio

Una adolescente resultó muerta ayer tarde durante los disturbios que se vienen produciendo desde que la empresa farmacéutica Klapperschlange, con sede en Zúrich, anunciara su implantación en el valle de Sandara. Esta es la primera víctima mortal desde que se iniciaron los enfrentamientos entre grupos opositores y la policía. Según fuentes policiales, y en voz de su portavoz, el inspector Ignacio Corso, la joven resbaló fortuitamente al encaramarse al edificio para colocar una pancarta y cayó desde una altura de diez metros, impactando contra el suelo. Las unidades médicas desplegadas no pudieron hacer nada por salvar su vida y ahora se teme que los grupos radicales...

«Corso otra vez. Siempre en medio de todo», pensó el detective.

Le hizo una señal a Lya, enseñándole la noticia. La joven la leyó y compuso una mueca de consternación.

—Dieciocho, Alan, dieciocho. La misma edad que tenían las chicas del cementerio y Elena cuando su padre se la llevó del pueblo. Y la misma edad con la que, según te dije ella, las jóvenes del pueblo desaparecen.

—Eso explicaría muchas cosas. Sin embargo, no entiendo por qué esos grupos radicales no van contra la farmacéutica y sí a por unas chicas que no tienen nada que ver. Y además piensa que si todas desaparecieran, no habría mujeres en el pueblo ahora mismo.

—Sí, en eso tienes razón.

—Además, cuando me entrevisté con el párroco me llamó la atención que casi las tres cuartas partes de las tumbas fueran de mujeres en el cementerio, y que casi en ninguna apareciera la fecha de su muerte.

La joven se quedó pensando varios minutos.

—Cuando volvamos al valle, tengo que llamar a unos contactos que tengo. Creo que podrán ayudarnos, pero he de ser discreta.

La italiana frunció los labios, pensativa, y una hoja amarillenta que llevaba en la mano se deslizó hasta el suelo. Alan reaccionó rápidamente y la capturó antes de que cayese, echándole una ojeada.

—¿Qué es esto?

—Es lo que iba a enseñarte. Solo he encontrado una noticia en relación con una desaparición, y es algo extraña y antigua. Mejor mírala tú mismo.

El detective se apoyó en la mesa y leyó la noticia que tenía entre las manos.

DESAPARECE UNA JOVEN EN ZUGATI

Fue vista por última vez cerca del bosque de Sandara mientras hacía deporte

La joven B. H. M., natural de Zugati, de veintidós años, falta del hogar familiar desde el día de ayer. Sus padre aseguran que la chica salió por la tarde para hacer *footing* por el bosque y desde entonces nada se sabe de su paradero. La policía ha peinado la zona sin hallar ninguna pista fiable, y varios grupos de voluntarios rastrean el valle sin que hasta el momento se la haya localizado. Su familia afirma que la joven vestía pantalón corto...

Alan se dejó caer en la silla ante la atónita mirada de Lya. B. H. M., Blanca Hidalgo Martín. Su madre. Aquella noticia significaba que ella fue de las primeras, si no la primera, que huyó de allí al percatarse del peligro. Probablemente se fue con lo puesto para no levantar sospechas entre los vecinos, y esa noticia vendría a ser una llamada de atención para que nadie hiciese lo mismo con sus hijas, en una forma de decirles que estaban controlando a cada oveja del rebaño.

Acababa de obtener la respuesta a todas las preguntas que siempre se había hecho. La falta de pasado de su madre, la negativa a viajar a España en vacaciones, cuando todos sus amigos lo hacían, la falta de contacto con su familia... Su madre se estaba ocultando. Sus abuelos, en previsión del peligro, mandaron a su única hija fuera del valle con un billete solo de ida. Nunca fueron a visitarlos, ni ellos fueron nunca a Londres. Su madre no volvió jamás a su pueblo natal, permaneció siempre en Gran Bretaña. Lástima que ya no pudiera preguntarle nada sobre aquello. Una enfermedad acabó con su vida cuando él

tenía veintidós años. Fue un año muy duro, ya que se quedó completamente solo. Ella era su única familia. Su padre había fallecido de un ataque al corazón muy joven, cuando él apenas era un bebé, y sus abuelos paternos murieron cuando él era adolescente. No tenía tíos ni primos, así que no pudo contar con nadie.

Alzó las cejas ante la coincidencia de los datos. Su madre fue la primera que huyó y Elena la primera que los desafió. Y en medio estaba él. Quizá el destino sí que estaba escrito y lo había puesto allí para acabar con toda esa espiral de locura.

Le explicó la historia de su madre a la detective italiana, que miraba la gastada hoja de periódico y a Alan de forma alternativa, alzando las cejas ante lo que le estaba relatando.

—Vaya, pues sí que es una casualidad.

—No fue la única. Según Somoza, hubo más chicas que huyeron del pueblo por eso entonces. Supongo que en este punto es cuando entró de lleno la banda de Corso.

—Eso me temo. Ellos controlarían a la población a base de miedo y amenazas, y no han dejado de hacerlo desde entonces —dijo, chasqueando la lengua.

Se miraron, torciendo el gesto. Ambos sabían que estaban en el camino correcto, y empezaban a temer hasta dónde los llevaría.

Eran las ocho cuando les avisaron que iban a cerrar. Salieron de allí con un buen fajc de información guardada en varios *pendrives*, y decidieron ir a cenar, ya que no habían comido nada desde el desayuno. Se subieron al coche y Lya fue dándole indicaciones de un restaurante que conocía. El tráfico a esas horas era algo denso y tardaron unos veinte minutos en recorrer unas pocas calles, mientras bromeaban sobre las diferencias entre la forma de conducir de los británicos y los italianos.

—Es que conducís por el lado equivocado, Alan. Ya sé que es muy tópico decirlo, pero es verdad.

—Bueno, yo no criticaría nuestra forma de conducir teniendo en cuenta que circular por Roma es casi un deporte de riesgo.

Ella lo miró con fingido enojo.

—¿Deporte de riesgo? Ir en el coche con mi abuela sí que es un deporte de riesgo. Esa mujer no conoce el peligro. Bueno, ni el peligro ni las señales de tráfico. Es un misterio cómo logró sacarse el *carnet* de conducir.

—Vaya, debe ser algo generacional. Mi abuela tampoco conocía el peligro —comentó, relatándole a la italiana aquella vez que la mujer decidió atajar por un carril en sentido contrario para llegar antes al supermercado, en pleno centro de Londres, con él, aún en pañales, dentro del vehículo.

—Creo que se habrían llevado bien. Incluso puede que hasta organizaran una carrera a lo autos locos en medio de una gran ciudad.

—No me cabe ninguna duda.

Al fin llegaron al restaurante y subieron al comedor que se hallaba en la segunda

planta. Había muebles hechos a medida imitando motivos de la naturaleza y vidrieras sobre los enormes ventanales, desde donde se veía el trasiego de la calle. Los detalles del enrejado de los balcones imitaban flores y hojas, dando la sensación de estar en pleno bosque. Las luces halógenas del techo variaban su gama de colores, creando una atmósfera muy íntima. Alan se entretuvo durante bastantes minutos en admirar la decoración. Parecía otro mundo. Se sentaron junto a uno de los ventanales y una camarera con un moño que desafiaba las leyes de la gravedad se les acercó con gesto amable y les tendió las cartas, tras repetirles de carrerilla los platos fuera de carta, tras lo cual se retiró, quedándose ellos a solas otra vez.

El detective ojeó por encima la carta y se decidió rápidamente por un plato de pasta. Miró a su nueva amiga, que parecía aún indecisa, y se giró hacia el comedor, buscando algo con lo que entretenerse. Aprovechó para curiosear al resto de comensales. Prácticamente todo estaba atestado de parejas jóvenes que compartían una cena entre arrumacos. Diana y él solían cenar cada viernes por la noche en el mismo restaurante cerca de su casa, en Londres, y después daban un tranquilo paseo, abrazados, resguardados de la lluvia bajo el mismo paraguas. Aún recordaba el menú de la última cena que disfrutaron juntos: Risotto de setas, vino rosado y tarta de manzana. Los recuerdos le pasaron por encima como una apisonadora, destruyendo todo a su paso. Miró a su compañera, iniciando precipitadamente una conversación que mantuviese su mente ocupada.

—Es un restaurante precioso, Lya.

—Sí, está un poco escondido, pero merece la pena, ya lo verás. Es uno de mis sitios favoritos cuando vengo a la capital.

—Solo por la decoración apetece cenar en el lugar. ¿Has estado aquí otras veces?

—Acompañada no. Suelo venir sola a esta ciudad por motivos de trabajo, y elijo otro tipo de locales para entrevistarme con mis fuentes, nunca nada tan íntimo. —Lo miró con una enorme sonrisa—. Conozco varios lugares coquetos aquí que estoy segura de que te encantarían.

—Vaya, cuando cerremos la investigación podrías llevarme de ruta turística. Las comidas y la gasolina corren de mi cuenta, por supuesto.

—Sí, es una gran idea. Conozco más sitios como este no muy lejos de aquí, además.

—¿Cómo encontraste este restaurante?

—Por casualidad cuando llegué, y desde entonces no he podido sacármelo de la cabeza —dijo con voz suave.

La italiana lo miró de forma intensa y por unos segundos el detective dudó sobre si se refería al restaurante o a él mismo. Por fortuna, en ese momento llegó un dispuesto camarero con los platos que habían pedido.

—Y, dime, Alan, antes de venir aquí, ¿en qué tipo de casos trabajabas?

—Espionaje industrial, más que nada. Las empresas me contratan para que le haga seguimiento a algunos empleados que sospechan venden secretos a la competencia.

—Vaya. La verdad es que me imaginaba que te dedicabas a espiar a maridos o mujeres infieles, o padres que quieren saber qué hacen sus hijos fuera de casa.

Alan negó con la cabeza, sonriendo levemente. Era algo bastante estereotipado. Tenía varias solicitudes sobre su mesa de ese estilo, pero nunca le habían atraído ese tipo de casos.

—No, los descarto al momento. ¿Y tú?

—Pues estaba trabajando en un caso de esos, precisamente. Una mujer me contrató para saber qué hacía su marido fuera de casa, y descubrí que estaba con su ayudante, lo típico. El hombre perdió en el divorcio la mitad de su fortuna.

—Vaya. Lo arriesgó todo por una aventura.

Lya le dedicó una mirada de fuego.

—Cuando deseas mucho algo, tienes que arriesgarte. La lujuria nos nubla la razón y nos enciende el corazón, si te atreves a abrirle la puerta.

Los dedos de la italiana estaban muy cerca de los suyos, y sus negras pupilas abarcaron casi todos sus iris, volviéndolos casi oscuros. En ese momento recordó otros ojos oscuros que lo habían fascinado desde que los vio en el bosque, y tuvo que desviar la vista hacia las cristaleras. Se giró otra vez hacia la chica y se aclaró la voz.

—Mañana voy a ir a casa de los Somoza Arvelo. He de devolverles el dinero, no puedo aceptar nada de ellos, y menos sabiendo todo lo que sé ahora.

—Sí, es lo mejor —dijo Lya, untando queso Brie sobre una rebanada de pan con albahaca—. Esa gente está metida en esto hasta el cuello y no podemos fiarnos de ellos. Debemos seguir tirando del hilo. Intuyo que aquí hay una historia muy turbia detrás.

—Sí, y la verdad es que me preocupa la siguiente pista que encontremos, porque estoy convencido de que será más siniestra que la anterior.

—Lo cierto es que esto ya está empezando a teñirse demasiado de oscuro.

Alan asintió y la miró. Su semblante serio empezaba a denotar miedo. Y tenía motivos para estar asustada. Suspiró y decidió relajar la conversación.

—Y ahora termina de cenar, o esos vestidos tan ceñidos que te pones te quedarán anchísimos, no te marcarán nada y harás a Manuela muy feliz.

—Ah, no, eso sí que no.

Ella se rio y siguió comiendo, mientras, el detective miraba por la ventana, observando a la gente que estaba a esas horas por la calle, paseando tranquilamente, ignorando que a apenas cuarenta minutos de allí asesinaban a personas carbonizándolas hasta los huesos.

Las luces del amanecer marcaban un nuevo día, con las últimas nevadas clavando aún sus garras en la aldea y en el bosque que lo rodeaba. Soplaban un viento helado y en el

cielo la tormenta hacía acto de presencia. El detective se levantó y bajó a tomar un café al restaurante del hotel. Fue la primera vez que pudo elegir mesa, ya que tan solo unos cuantos turistas extranjeros y algunos vecinos desayunaban a esas horas en el local. La muerte de Teo había sido una fuerte llamada de atención.

Tras despedirse de Lya, se encaminó a casa de los Somoza Arvelo. Mientras caminaba, revisaba una y otra vez que estuviese todo el dinero que le habían dado como adelanto, y callejó por Sandara hasta que llegó al umbral de la propiedad. Tras tocar insistentemente la aldaba de la puerta, al fin le abrieron. La dueña de la casa, Margarita, impecablemente vestida y maquillada, como siempre, fue quien lo recibió con una extraña sonrisa en su rostro.

—Buenos días. Qué sorpresa, señor Wood. Pase, pase, por favor, Jacobo está en la sala.

—Buenos días, señora Arvelo.

La mujer se encaminó por el pasillo, haciéndole un gesto para que la siguiese. Se dio la vuelta un par de veces para asegurarse de que caminase detrás de ella y prosiguió.

—Vendrá a despedirse, me imagino. Ya nos hemos enterado de lo que le ha sucedido a ese pobre chico, el investigador de sucesos paranormales. Pobrecillo, qué lástima. — Miró al detective fingiendo una sonrisa triste—. Nos entristece que se vaya. Le vamos a echar de menos, señor Wood, es usted encantador.

—No, no voy a irme. ¿Lo dice por la lluvia? Estoy más que acostumbrado a este clima ya sabe, a las molestias que trae consigo. Solo hay que buscar un lugar en el que refugiarse hasta que, ya sabe, escampe —le dijo, en un claro doble sentido.

—¿Cómo dice? —La mujer se giró y le dirigió una mirada siniestra.

—Que estoy más que acostumbrado a la amenaza que supone el mal tiempo.

Margarita siguió andando por aquel elegante pasillo y se detuvo al lado de un cuadro de enormes dimensiones, clavando su vista en un enorme lienzo de un ciervo siendo atacado por una manada de lobos. La mujer lo contempló con detenimiento.

—Pues tenga cuidado con las tormentas eléctricas, entonces —advirtió con sonrisa angelical—. Aquí son muy comunes, y más de uno ha muerto carbonizado cuando un rayo lo alcanza.

Al detective se le heló la sonrisa. El señor Somoza apareció entonces a su lado sigiloso, y lo acompañó al interior de la biblioteca, al fondo del pasillo. Cuando llegaron allí, el hombre se dirigió al ventanal, dándole la espalda, y permaneció en silencio mientras Alan extraía el sobre del interior de su abrigo. Se aclaró la voz, dirigiéndose al británico.

—Bueno, Alan, dígame, ¿cuánto tiempo piensa quedarse por aquí aún?

—Todo el que haga falta.

Jacobo lo retó con la mirada. Se giró, dándole la espalda, y comenzó a llenar su pipa.

—Vaya, vaya, y supongo que viene usted a arreglar cuentas, entonces.

—No, no. Nada de eso. Vengo a devolverles el dinero que me dieron.

Le entregó el abultado sobre marrón, y el hombre alargó la mano hasta el paquete, enarcando una ceja, confuso.

—Pero...

—No he podido encontrar ninguna pista fiable, y mis investigaciones han resultado ser muy decepcionantes, así que le devuelvo su dinero, y con ello le presento mi dimisión. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

—Siento que no quiera seguir trabajando para nosotros. Le echaremos de menos, créame. Era usted bueno en su trabajo, y encontró pistas, no podemos negarlo.

—Sí, quizá, pero no en la línea en la que me hubiese gustado hacerlo.

El hombre le dedicó una mirada fiera y se giró hacia el ventanal, visiblemente enojado. El detective enfiló hacia el pasillo, cuando el señor Somoza lo llamó otra vez, mirando aún hacia el exterior con gesto sosegado.

—Y, por cierto, una última cosa. Hay que tener cuidado en el bosque cuando se va a pasear, ya sabes que los ceptos para lobos están muy bien ocultos. Lo digo por si decides hacer otra excursión y te encuentres con otro.

Al detective se le escapó todo el aire de sus pulmones de golpe y algo frío le subió por cada vértebra de su espalda. Salió de aquella siniestra mansión dirigiéndose con paso firme hasta el pueblo, mientras marcaba sus uñas en la palma de su mano.

En el interior de la casa, la pareja observaba al detective alejarse por la calle. La mujer se atusó el pelo frunciendo los labios en una mueca de disgusto mientras su marido dejaba su pipa en la mesa y cogía el abultado sobre. Lo abrió, haciendo una rápida comprobación del importe e hizo un gesto positivo.

—¿Crees que sabe lo de Elena? —preguntó Margarita, colocándose *lapashmina* alrededor del cuello con delicadeza.

—No lo creo. Al menos, no toda la historia.

—Eso espero. Si empieza a indagar, descubrirá lo que le ocurrió a Amelia. Y eso no nos conviene, no para poder llevar a cabo nuestra tarea.

—Lo dudo mucho, querida. Tendría que escarbar demasiado en todo esto para que el nombre de Amelia saliera a la luz.

—Este no es como los demás, Jacobo. Este va a llegar hasta el final.

—No lo conseguirá. Ha conocido a la chica y quiere protegerla, es evidente. Eso es un inconveniente para nosotros, sí, no lo negaré. Pero ella también está intentando protegerlo a él, y eso, querida, podemos usarlo en su contra.

—Eso no significa nada. También intentó salvar a los otros.

—Pero a él lo fue a visitar al hotel después. Ese detective la ha sacado de su escondite, donde quiera que esté, dos veces en un día, y eso nunca lo había hecho hasta ahora. Para

ella este hombre no es otro investigador más, se está tomando demasiadas molestias para ponerlo a salvo. Y, gracias a él, la cazaremos.

—Ojalá tengas razón. No sueño con otra cosa desde hace años. Mientras esa chica continúe viva, ni tú ni yo podremos descansar tranquilos. Debe pagar por lo que le hizo a Amelia.

El hombre asintió, contemplando cómo Alan terminaba de atravesar la calle, perdiéndose su visión en una esquina. Ese hombre iba a ser algo más que una molestia para ellos, podía verlo. Quizá con un poco de suerte podrían acabar con los dos de una sola vez.

El detective se encaminó al pueblo, pensando en cómo darle las gracias a Samuel por haber avisado a Elena. Debía ser muy discreto, para que no estableciesen conexiones entre él y la chica. Al llegar a un estrecho callejón, se paró, fingiendo revisar papeles, y deslizó unos cuantos hacia el suelo. Se adentró en la callejuela para ir a recogerlos, y sacó su navaja multiusos, haciéndose un leve corte en el antebrazo, y expandió la sangre por toda la piel. Una vez satisfecho con su obra, Alan se alejó de allí con paso firme, hacia la clínica. Abrió la puerta y se encontró a Samuel ayudando a rellenar un formulario a una anciana. Al verlo, volvió a poner la expresión de fastidio que ya le había puesto la primera vez, hasta que se fijó en su antebrazo con expresión profesional.

—Discúlpame, Marieta, tengo una urgencia —dijo, a modo de disculpa.

Tomó a Alan del brazo y lo condujo hasta una sala de curas en uno de los extremos del blanco e impoluto pasillo, sentándolo en la camilla para examinarlo.

—Parece un corte superficial. Mi madre hoy no trabaja, pero están Gabriela y Luis. Espera aquí, enseguida los llamo.

El inglés lo detuvo por el brazo, enérgicamente.

—Ya sé que es superficial. Solo quería darte las gracias por lo de..., ya sabes —susurró.

El chico lo miró de forma tensa, y empezó a hablar en tono muy bajo, mientras sacaba gasas y esparadrapos de un cajón metálico cercano y le hacía un vendaje sencillo al pequeño corte.

—Bueno, no hacía falta que te mutilaras a ti mismo para agradecermelo. Fue ella la que se arriesgó a ir a buscarte, pero ni yo entiendo aún por qué lo hizo. Podían haberla capturado.

—Lo sé. —Permaneció en silencio varios segundos—. Samuel, quiero ayudarla, esto se está volviendo muy peligroso y debes hablar con ella para que huya de aquí cuanto antes.

—Ya lo sabemos, Alan, pero no es tan sencillo. Esta gente tiene los tentáculos bien metidos por todas partes, y ahora ni siquiera está su padre. Llevamos semanas buscando alternativas, pero no es fácil. Un paso en falso y nos matarán.

El detective se quedó pensativo. Quizá él podría ayudarlos. Miró hacia el chico, que

estaba terminando de poner la última cinta a su brazo, de forma deliberadamente lenta.

—Sé cómo conseguirle un pasaporte en poco tiempo. Llamaré a unos contactos que tengo en Inglaterra esta misma tarde para que agilicen los trámites y ella pueda irse de aquí cuanto antes. En otro país estará a salvo, y ellos no podrán capturarla.

El chico levantó la vista con los ojos muy abiertos y una expresión de evidente sorpresa.

—¿Harías eso por ella? ¿Vas en serio?

—Te he dicho que quiero ayudarla, porque ahora mismo es más vulnerable que nunca, y es cuestión de tiempo que la atrapen. Haré esas llamadas y los documentos deberían estar aquí en apenas unos días.

—Vaya, eso es... más de lo que podía haberme imaginado. Pero hay que tener cuidado, nos vigilan a todos constantemente.

—Lo sé. Tendré cuidado. Por favor, dile lo que te he dicho.

—No sé dónde está ahora, Alan. —Resopló—. Se suponía que debía estar en el refugio del pinar, pero está vacío. Ha variado el itinerario porque deben estar buscándola otra vez. Le he dejado varias notas, pero no las ha recogido. La gente de Corso se está multiplicando por el bosque, y no puedo acercarme de momento. En cuanto se despeje, se lo diré, no te preocupes.

Alan se dispuso a irse, antes de levantar sospechas por la demora en la cura. Antes de salir, el joven lo sujetó por el brazo.

—Gracias. Gracias, de verdad. Y... si quieres decirle algo a partir de ahora, puedes contármelo y yo se lo haré llegar. Si se tratase de una urgencia, vivo dos calles más abajo, en el número tres. Mi casa es la que tiene una horrible y enorme maceta azul con geranios en la entrada.

—Gracias, Samuel.

Salió de la clínica y se dirigió al hotel, sintiendo que las cosas empezaban a cambiar para bien. Subió a su habitación y fue a buscar a Lya. La encontró sobre la cama, con un moño sujeto con un lápiz y con el portátil sobre sus piernas.

—Oh, menos mal que llegas, estoy hambrienta. Ven, siéntate, he averiguado algo interesante.

Se sentó a su lado y ella se acercó en un solo movimiento, mostrándole todos los documentos que había recopilado y lo que habían conseguido sus contactos. Comenzó a hablar sin separar sus ojos de la pantalla:

—He seguido la pista de las tumbas que comentaste ayer. He revisado los anuarios desde hace varios años atrás hasta ahora. He descubierto algo importante, inglés. De la noche a la mañana, casi todas las chicas del pueblo desaparecen, pero no solas. Se esfuman en grupos de cinco o seis.

—¿Desaparecen en grupo?

—Sí. Se esfuman. Puf. No queda rastro de ellas. Pero lo más llamativo es que nadie denuncia, ni sus familias las buscan ni nada. Nadie mueve un dedo. No he logrado averiguar qué les pasa durante ese tiempo, ni mis contactos tampoco.

—¿Vuelven otra vez y ya está? ¿No dicen dónde han estado?

—No dicen nada, pero... cerca de la mitad de las chicas que desaparecen no regresan de donde quiera que estuviesen escondidas. —Permaneció unos segundos en silencio—. Mis contactos han consultado el registro civil del pueblo en la capital. Constan muchos fallecimientos de chicas jóvenes en el valle, pero nadie se ha molestado en investigar su muerte tampoco.

Alan torció el gesto. A aquello era mucho más oscuro de lo que jamás pudo imaginarse, y algo le decía que solo era el principio de un siniestro y lúgubre descenso a los entresijos de la crueldad humana.

Tras comer con Lya, se dirigió a la escuela. Si las chicas desaparecían de un día para otro, su ausencia debía notarse en más lugares que en sus propios hogares. Quería comprobar, además, si había algún nexo entre ellas, alguna característica importante que hiciese que esas chicas fueran especiales.

Se subió en el coche y en apenas diez minutos llegó hasta allí. Era un edificio de dos plantas de color rojo y blanco, con varios murales pintados por los propios escolares por toda la pared del patio, rodeado de árboles, en una especie de maqueta a escala del propio valle de Sandara.

Apenas había salido del coche, cuando una estruendosa sirena retumbó por todo el valle marcando el fin de la jornada. Contempló con una pizca de temor cómo una horda de niños salía en tropel del edificio gritando, corriendo y empujándose unos a otros. Tuvo que apartarse en el último segundo de un grupo de pequeños que rondarían los seis años ante la clara amenaza de ser arrollado. Pronto un pequeño tumulto se organizó en la puerta y el detective tuvo que intervenir. Varios niños habían atascado la salida por la emoción de ser los primeros en cruzar el umbral y se había formado un tapón humano. Consiguió solucionar aquel pequeño desastre mientras los gritos le retumbaban en los oídos. Cuando el último de esos pequeños salió, él pudo al fin internarse en el edificio, avanzando por el pasillo central hasta llegar a la que parecía ser la sala de profesores.

Tocó levemente la puerta y todos se giraron a la vez. Pudo comprobar cómo algunas mujeres lo estudiaban con detenimiento, sin molestarse en disimular, y se aclaró la voz, algo incómodo.

—Buenas tardes, soy Alan Wood. Tenía una cita con la directora.

Una de las mujeres que le había estado observando sin ningún tipo de recato se le acercó, visiblemente azorada y con las mejillas arrojadas.

—Sí, soy yo. Encantada de conocerle, señor Wood. Me llamo Gloria Gómez.

Se escuchó un leve coro de risas sofocadas tras ella. La mujer rondaría la cincuentena, y lo que más destacaba en su rostro eran unas gafas de concha de color verde. Su pelo rubio y rizado peinado en una cascada de tirabuzones le daban un aspecto desenfadado y alegre. El detective le estrechó la mano, sonriendo levemente.

—Gracias de antemano por su tiempo. En fin, hay una serie de cuestiones que me gustaría plantearle, y me gustaría empezar cuanto antes. Creo que hoy estaban algo atareados.

—Por supuesto. Tenemos una actividad extraescolar por la tarde, y los niños volverán en apenas unas horas. Pasemos a mi despacho, por favor.

Alan siguió a la mujer por ese edificio con las paredes atestadas de fotos y dibujos de los niños, mientras mantenía una breve charla con ella sobre las actividades que hacían en el colegio. Todos los dibujos estaban firmados por los pequeños y, bajo ellos, en una cartulina, figuraba el nombre, la edad del autor y el título de la obra. Avanzaron hasta el final del pasillo, entraron al despacho de la directora, y ella le hizo un gesto para que tomara asiento.

—Dígame, señor Wood, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, me consta que algunas jóvenes del valle dejan de asistir a clase repentinamente y me gustaría saber si tienen constancia de ello.

La mujer se revolvió incómoda en la silla, intentando disimular su nerviosismo redoblando la sonrisa que esgrimía.

—Supongo que se refiere usted a las chicas que seleccionamos para que tengan una formación especial en países extranjeros. No desaparecen, simplemente se van a estudiar fuera unos años y luego vuelven aquí, al valle, para aplicar sus conocimientos.

Alan sintió una profunda decepción. Otra aliada de Corso y sus secuaces. No iba a sacar nada en claro de allí tampoco.

La mujer siguió hablando de las ventajas de los cursos formativos que realizaban las jóvenes fuera del valle, mientras el detective paseaba su vista por el despacho con disimulo. Estaba decorado con dibujos de los niños, como los del pasillo. Los miró por encima con curiosidad, y volvió a girarse hacia la mujer, que seguía hablando y parloteando, mientras él asentía con expresión de hastío. Pronto empezó a hacer calor, la calefacción estaba demasiado alta. La mujer se remangó el suéter que llevaba mientras seguía hablando y el detective clavó los ojos en sus brazos, con profundas cicatrices de quemaduras. Las reconoció al instante, porque muchos de sus compañeros habían sufrido el mismo tipo de quemaduras graves cuando estaba en el ejército. La directora se dio cuenta y se tapó el brazo rápidamente, torciendo el gesto.

—Disculpe, señor Wood, es una cicatriz muy fea y a la gente no le gusta verla.

—No, no se preocupe, no me ha afectado. He tenido compañeros en el ejército con quemaduras iguales. Debió dolerle mucho. Lo lamento.

La mujer resopló, intentando controlar los nervios, y una alarma se encendió en la cabeza del detective.

—Perdóneme la indiscreción, señora Gómez, ¿cómo se hizo eso?

—Oh, no fue nada, un accidente doméstico.

—Un accidente doméstico, ¿eh? —Se inclinó hacia ella, con voz suave—. Conozco esas heridas, han requerido varios injertos de piel y hospitalización. O se le ha caído una olla tamaño industrial de aceite hirviendo encima, o...

—No, nada de eso, estaba experimentando en la cocina y la olla a presión explotó.

Alan la miró con gesto serio y siguió hablando en tono tranquilo, para que la mujer

no se asustara. No era el primer caso de violencia al que se enfrentaba, y sabía que para muchas mujeres dar el primer paso era tremendamente duro.

—Puede confiar en mí, puedo ayudarla, pero necesito que me cuente qué ha pasado exactamente.

—No pasó nada, ya se lo he dicho. No insista, fue un estúpido accidente.

Él esbozó una sonrisa que pretendía infundirle ánimos.

—Por favor, Gloria, confíe en mí. Puedo ayudarla, de verdad. ¿Fue su pareja, un familiar, un amigo?

—Le he dicho que no fue nada, no insista.

El detective torció el gesto y se aproximó a ella.

—No está sola, ¿de acuerdo? Hay gente que puede ayudarle a salir de esto. No tiene por qué vivir con miedo. —La miró con suavidad—. Puedo ayudarla, de verdad. Confíe en mí.

La directora se echó hacia atrás, estudiándolo, mientras retorció el puño de su suéter, y se levantó, yendo hacia la puerta. Se colocó en el marco, observando el exterior, por si había alguien más en el pasillo y se sentó otra vez frente a él.

—¿Puedo confiar en usted?

—Por supuesto, no se preocupe. Dígame, quien le hizo eso ¿sigue... agrediéndola?

La mujer negó con la cabeza, nerviosa.

—No, se equivoca. No fue nada de eso. —Resopló—. Tiene que disculparme, estamos todos atemorizados.

—¿Todos? —Se quedó confuso.

—¿Aún no lo sabe? —Lo miró, suspirando sonoramente—. Voy a arriesgarme con usted, parece de fiar, al contrario que los otros investigadores que han traído.

Él parpadeó sorprendido. Esa mujer sabía lo que ocurría en el valle, y sabía para qué le habían contratado.

—Siento haberle mentado antes, Alan. Las chicas sí desaparecen. No sé adónde van. No lo sé, créame. Pero muchas no regresan jamás. Pero las que vuelven, regresan cambiadas.

—¿Cambiadas? ¿A qué se refiere?

—He visto a muchas chicas brillantes, inteligentes, curiosas y con un talento increíble desaparecer misteriosamente durante años, y cuando me las he encontrado por la calle otra vez apenas sí sabían escribir su nombre. Muchas ni siquiera nos reconocen a nosotros, los profesores, ni a compañeros de clase. Como si les pusieran el contador de los recuerdos a cero. Es muy extraño.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. Pero lo que más raro es que cuando le he preguntado a sus familias por ellas, todos se inventan las mismas excusas: viajes al extranjero, familiares que necesitan

cuidados, que han decidido tomarse varios años sabáticos... Y nadie parece escandalizarse.

— ¿Está segura de todo lo que me está diciendo?

— Por supuesto. Esto no es nuevo, lleva años pasando.

— ¿Por qué nadie ha denunciado hasta ahora?

— Estamos todos aterrorizados. Yo pedí el traslado cuando supe lo que estaba ocurriendo aquí, e intenté denunciarlo, pero fue entonces cuando... cuando quemaron mi coche.

— Vaya, lo lamento.

— Conmigo dentro. — La mujer se quitó el suéter que llevaba, quedándose tan sola con una fina camiseta de tiras y el detective pudo ver que tenía cicatrices por todo el torso—. Tuvieron que hacerme injertos de piel por toda la espalda, ya que mi cuerpo absorbió el tapizado del asiento al derretirse.

Alan exhaló, conmocionado. Esa gente no tenía escrúpulos de ningún tipo.

— No puede imaginarse el miedo que pasé durante esos instantes, creí que iba a morirme allí dentro. Pero no soy la única, ha habido ataques similares a todos los que hemos intentado poner el grito en el cielo ante esta situación.

— Es decir, que ha habido más personas que han intentado parar esto.

— Por supuesto, pero a todos los han hecho callar. Intente encontrarlos, Alan. Solo ellos le hablarán claro de lo que está ocurriendo aquí.

«Un día los oprimidos se levantarán y el imperio caerá», recordó el detective.

— ¿Tiene idea de quién más está involucrado en esto?, ¿sospecha usted de alguien?

— No sé cuántos son exactamente, pero tenga cuidado con el inspector y con el Padre Tobías. Son los ojos y los oídos de esa gente en el pueblo.

El detective asintió, haciéndose a la idea de la magnitud de la situación. Aquello era más grave de los que llegó a imaginar siquiera. Iba a seguir preguntándole a la directora por las desapariciones, cuando algo le hizo quedarse sin habla. En una de las paredes del despacho, vio un dibujo de una niña y un niño cogidos de la mano frente a dos casas. Al lado de cada casa había pintados un hombre y una mujer. Sobre ellos, un precioso cielo estrellado, dibujado con mucho detalle. Destacaba sobre los demás dibujos por el trazo firme y la elección de colores. Pero no fue eso lo que le llamó la atención, sino la cartulina que había debajo, donde se leía perfectamente los datos relativos a la pintura.

Autora: Elena Celaya.

Edad: Ocho años.

Título de la obra: Mi familia.

Algo empezó a hacer acrobacias en su estómago. Ver algo suyo la hacía parecer más real, lejos de las visitas nocturnas y las apariciones en los sueños. Conocerla a través de esos detalles lo hizo sentirse más cerca de ella. Miró hacia delante y vio a la directora, que se había quedado callada, observándolo. La mujer paseó su vista del detective al dibujo.

—Elena Celaya. Supongo que conoce su historia. —Inspiró—. Tenía mucho talento para la pintura, ya lo creo que sí. Podría haber llegado lejos, lo sé porque le di clase de pequeña. Fue terrible lo que le ocurrió a Blasco, su padre. Espero que esté a salvo allá donde esté, y que pronto consiga huir de aquí. Pero esos bastardos no tardarán en encontrarla, estoy convencida.

—Lo sé, pero intentaré que eso no ocurra. —Se quedó en silencio—. Intento ayudarla Gloria, por eso estoy investigando todo esto.

—Ojalá pueda hacerlo. —Se levantó, quitó el dibujo de Elena de la pared y se lo llevó—. Lléveselo, no creo que a ella le importe.

Alan asintió y cogió el dibujo agradecido. La directora continuó, en voz baja.

—Tenga cuidado, esta gente es peligrosa.

—Lo sé. No se imagina lo consciente que soy de eso.

La directora le sonrió.

—Espero que usted sea lo que hemos estado tantos años pidiendo. Un final para todo esto.

En ese instante, Alan sintió pasos y se llevó los dedos a los labios, haciéndole una señal a la mujer, y señaló al pasillo. Ella le guiñó un ojo y sonrió de forma exagerada, haciendo aspavientos, y comenzó a hablar en tono demasiado alto en lo que parecía un discurso aprendido sobre el éxito de nuevas disciplinas académicas orientadas a la reeducación de los jóvenes, cuando una voz a sus espaldas tronó por toda la habitación:

—Buenas tardes, señora Gómez, veo que está usted bien acompañada.

El párroco. Alan se giró y allí estaba, en el umbral, tieso, observándolo con la misma mirada de depredador que la primera vez que lo vio.

—Vaya, señor Wood, nos volvemos a ver.

—Padre Tobías —la mujer casi exclamó—, qué alegría verle. No crea que nos hemos olvidado del taller que teníamos esta tarde con usted. El señor Wood ya se iba. Le hemos pedido que dé una clase de inglés y él ha accedido amablemente.

—Por supuesto —dijo el sacerdote—. Sería una pena que, estando por aquí, no le exprimamos entre todos al máximo.

—Sí, ya me iba. Gracias de antemano por su tiempo, doña Gloria. Dígales a los niños que no tendré ningún problema, y que estaré por aquí cuando me necesiten. Padre Tobías, es un placer coincidir con usted otra vez.

—El placer es todo mío. Vaya con Dios, y aproveche cada día como si fuera el último. Nunca se sabe cuándo nos llamará el cielo para hacerle compañía a los muertos. Aquí estaremos para lo que nos necesite. Recuérdelo, recuérdelo muy bien.

Alan salió de esa sala cruzando la mirada con el cura, que en ese momento parecía atravesarlo con puñales cada poro de su piel. Siguió avanzando por el centro para abandonar el edificio cuando vio que en uno de los pasillos había una galería de

imágenes de acontecimientos escolares. Se paró y fue avanzando por él, mirando las imágenes de diferentes concursos culinarios, acontecimientos deportivos, ferias y un sinnúmero de actividades. No había duda de que el centro mantenía ocupados a los escolares. Se acercó a las fotos, observando los rostros de aquellas chicas que habían ido desapareciendo con los años. Todas posaban sonrientes, ignorando que, en algún sitio, un grupo de dementes planeaba secuestrarlas con no se sabía qué fin. Siguió observando aquellos recuerdos impresos hasta que se topó con una foto de Elena, y su rostro esbozó una sonrisa sin proponérselo. Llevaba un vestido azul por la rodilla y el pelo recogido. Sus rasgos eran suaves, y su mirada desbordaba candidez. Nada que ver con la afilada expresión que tenía ahora. La recordó en el hotel y algo se le encogió en el interior. La dura vida que llevaba se había llevado todo lo que un día fue. Ahora parecía una persona distinta, más tensa, más seria, con una expresión grave que la acompañaba constantemente. Estudió atentamente la imagen, y le alegró descubrir que no le habían robado todo. Conservaba la misma sonrisa cálida que le había fascinado desde que la vio. Era lo único que no le habían quitado. Observó quiénes la acompañaban en la fotografía, y hasta el último vello de su nuca se erizó. Jacobo Somoza y Margarita Arvel custodiaban a la muchacha, que portaba el cheque de tamaño gigante que la acreditaba como ganadora del concurso literario del colegio. Leyó el texto que figuraba debajo.

La ganadora del certamen literario posa junto a los señores Somoza Arvelo, benefactores del concurso, con el cheque que le asegurará la compra de material escolar para el próximo curso. La obra de la joven, *La laguna del bosque*, conquistó al resto del alumnado, que votó masivamente para que esta pieza fuera la ganadora.

Miró otra vez la foto. Elena sonreía y saludaba al público, pero la pareja no. Estaban mirándola con una expresión de repulsión y rabia tan profundas que al detective algo denso, húmedo y frío empezó a subirle desde los pies hasta la nuca.

A la mañana siguiente, una potente ventisca que parecía haber escogido el valle como campo de pruebas despertó al detective a las seis de la mañana. Un golpe de viento contra los cristales hizo que prácticamente saltara de la cama, sobresaltado. Fuera, en la plaza, volaban paraguas, bolsas, hojas y algunas ramas. Tras maldecir en inglés mirando al cielo, bajó a desayunar a la cafetería del hotel y se dirigió hacia su coche, aparcado en la entrada. Mientras esperaba que el interior se calentara un poco y la calefacción hiciera su trabajo, aprovechó para mandarle un mensaje a Lya.

Alan:

Voy a Zugati, te veré a mediodía. Ten cuidado.

Ella respondió al momento.

Lya:

De acuerdo. Tengo dos entrevistas en el pueblo, así que terminaré pronto. Nos vemos a la hora del almuerzo. Cuidate, inglés.

Las palabras del día anterior de la directora del centro escolar lo habían dejado intrigado. La siniestra línea de investigación que les había dado Elena y los datos que había recopilado Lya eran ciertos. Las chicas desaparecían, y Elena había escapado, de

momento. Pero lo peor es que su instinto le decía que eso solo era el principio.

Ese día se había citado con uno de los directivos de la farmacéutica. Si los datos recopilados de la hemeroteca eran correctos, habría que ir buscando nexos también entre las desapariciones de las chicas y los grupos radicales que habían jurado venganza por la muerte de aquella joven durante las protestas, aunque solo fuera para descartarla.

Condujo por la carretera que separaba Sandara y Zugati a toda velocidad. Le gustaba la sensación de deslizarse vertiginosamente por el asfalto. Era casi como volar. Se sentía libre. En Inglaterra, solía perderse en sus días libres por las vías de todo el país y solo paraba cuando estaba próximo a quedarse sin gasolina. Pocas cosas le hacían disfrutar tanto como ponerse detrás del volante, con el acelerador y el rugido del motor como única compañía.

Redujo la velocidad al ir aproximándose al pueblo. Al pueblo de su familia, el sitio al que pertenecía. Su origen. Era diferente a Sandara, había edificios de cuatro plantas, más tiendas y más trasiego por sus calles, dando la impresión de pequeña ciudad. Carecía del encanto del otro pueblo del valle, y era menos turístico, pero, aun así, le pareció muy acogedor. Circuló por las calles observándolo todo con detenimiento, y pensó en su familia. Sabía que sus abuelos maternos habían fallecido hacía unos años, y decidió hacerles una visita al cementerio. Miró la hora en el cuadro de mandos del coche, comprobando que aún le quedara tiempo para su cita con el responsable de los laboratorios.

Siguió las indicaciones y pronto llegó al camposanto. Aparcó en un terraplén frente a la entrada y se adentró en el lugar, pisando con cuidado aquel empedrado cubierto de nieve, no fuera a resbalar. Había menos flores que en el cementerio de Sandara, pero en las lápidas figuraban las fechas de la muerte de los moradores de las tumbas. Frunció el ceño al darse cuenta de que había muchas chicas que apenas llegaban a la veintena allí enterradas, y se juró a sí mismo llegar al fondo de todo eso. Aquello era un feminicidio encubierto, estaba seguro.

Localizó la tumba de sus abuelos y se sintió sobrecogido. Habían muerto con solo dos meses de diferencia. Había una foto en cada lápida, y le sorprendió descubrir que su madre era igual que su abuela. Miró la foto de su abuelo, deteniéndose en la mirada triste que tenía, al igual que la de su esposa. No tuvo que ser fácil para ellos no volver a ver su hija nunca más. Sabía que su madre les enviaba correspondencia de forma discreta, incluso les había mandado varias fotos de él siendo un bebé, el día de su graduación y con el uniforme del ejército. Imaginó la escena de la pareja de ancianos recibiendo las cartas de su hija con las fotos de su único nieto, al que jamás llegarían a conocer, y la expresión que habrían puesto. Miró la fecha de su defunción. Justo un año después, murió su madre. Suspiró, recordando aquella difícil época.

Se encaminó a la salida, donde había una coqueta floristería atendida por una

entregada empleada. Alan pagó por adelantado un año entero de flores para la tumba de sus ascendientes, al igual que había hecho con la tumba de Diana y la de su madre.

—Cámbielas antes de que se marchiten, por favor.

—Descuide. Mucha gente hace lo mismo que usted, tanto aquí como en Sandara.

—¿El qué?

—Muchos no se atreven a ir a los cementerios a ver la tumba de sus familiares, y nos pagan a nosotros para que siempre haya flores en ellas.

—Vaya, no lo sabía.

—No debe ser agradable, lo entendemos. Es duro enfrentarse a esas situaciones.

Alan asintió y se alejó de allí hacia su coche. No, no era fácil. Era todo lo contrario a fácil. El primer año tras la muerte de su mujer visitó su tumba cada día. Lloviese, hiciese sol o tronase. Siempre pasaba horas frente a la lápida de Diana, sintiendo que bajo esa losa de mármol estaba enterrado él también. Pero algo estaba cambiando. Algo avanzaba sin detenerse en su interior, llenando los huecos vacíos de su alma sin retroceder ni un solo paso.

Callejeó por Zugati hasta que encontró la entrada de los laboratorios. Se trataba de un edificio de varias plantas, blanco y acristalado, que contrastaba con la arquitectura del valle, tan cálida y acogedora. Parecía más bien una enorme prisión de la que salían y entraban camiones que aprovisionaban de medicamentos a todo el continente. No dejaba de ser llamativo que una potente empresa como aquella hubiese elegido precisamente ese valle alejado para implantar su sede. Era algo ciertamente extraño, y se preguntó qué los habría llevado a elegir ese alejado rincón de la tierra para asentarse.

Se acercó al edificio con el coche. Los laboratorios estaban rodeados por un grueso muro de hormigón pintado de un impoluto color blanco. Ese color, que normalmente se asocia a la calma y al sosiego, a él le pareció estremecedor, y le transmitía cualquier cosa opuesta a la tranquilidad. Llegó a una caseta con una valla y pinchos en el suelo, donde se encontraba un hombre de unos treinta años que tenía aspecto de luchador de boxeo más que de guarda de seguridad.

—Buenos días. Tenía una cita con el señor Daniel Davies. Soy...

—Pase, señor Wood. Le está esperando.

Alan parpadeó, sorprendido, y supo entonces que allí también debía andarse con cuidado. Entró en el recinto y aparcó cerca de la puerta. Había una enorme cristalera en la entrada, y todos los empleados vestían de blanco, en consonancia con el edificio. Se acercó al mostrador, donde una eficiente empleada lo condujo hasta el ascensor y lo acompañó hasta la séptima planta, donde lo esperaban. Mientras ascendían, la joven empezó a enumerar los últimos logros de los laboratorios en una retahíla infinita a la que Alan respondió asintiendo por educación. Tras llegar, la chica extendió el brazo en un movimiento casi militar, y volvió a accionar el botón de la primera planta, dejando al

detective frente a un inmenso despacho, donde predominaba el mobiliario a base de cristal y metal blanco.

Las vistas desde allí eran impresionantes. La sensación de dominio que transmitía le hacían sentirse a uno dueño de todo el valle de Sandara. Situado frente al enorme ventanal, un hombre alto, que rondaría los cincuenta años, se adelantó para saludarlo. Era obvio que era extranjero, y lo recibió en un perfecto inglés. Sin embargo, el detective se dio cuenta enseguida de que no era británico, y se preguntó de dónde procedería. El resto de la conversación transcurrió en español, y no pudo evitar percatarse de que lo analizaba mientras hablaba con él, en un gesto que parecía ser una costumbre.

El doctor Davies lo invitó a sentarse en una amplia butaca de diseño que había en el despacho mientras le ofrecía un vaso de agua de una jarra de acero pulido.

—Es agua pura, la encargo cada mes a una empresa especializada. Es altamente costosa, pero merece la pena.

Alan probó un sorbo y una sensación de frescura impactó en su paladar. Sí que era excelente, era como tener un caudaloso río dentro de la boca. Davies lo invitó a sentarse en una butaca y el detective lo hizo, arrepintiéndose al segundo de haberlo hecho. Aquella butaca era francamente incómoda. Por educación, no se levantó de allí dando un respingo, aunque estaba desesperado por hacerlo. Parecía estar hecha de agujas candentes que traspasaban la piel, llegando casi hasta el músculo. El doctor se giró hacia él, observando por el ventanal.

—Según tengo entendido, señor Wood, lleva usted una investigación en el valle.

«Parece estar al tanto de todo lo que acontece por aquí. Debo tener cuidado».

—Sí, como veo que usted ya sabe, llevo a cabo una investigación relacionada con unos feroces ataques que se están produciendo sobre el ganado. Recientemente, también fue atacado un tendero de la zona, con resultado funesto.

—Oh sí, pobre hombre. Nuestro corazón está con su familia.

—Por supuesto. La pérdida de cualquier vida es una tragedia. Le he pedido una cita porque he estado indagando un poco sobre la historia de la empresa, su implantación en el valle, las protestas, en fin. Me preguntaba si siguen sufriendo amenazas por parte de grupos que se oponían a la instalación de la empresa en Zugati.

La silla sobre la que estaba sentado lo estaba desquiciando. Era como soportar descargas eléctricas. En un momento apoyó el codo sobre el reposabrazos y casi se le cae el bloc de notas del calambrazo que recibió. Se removió, inquieto, intentando centrarse en la conversación otra vez.

—Pues la verdad es que no hemos tenido molestias en los últimos años, aunque sí hubo una época bastante intensa en relación con esos... grupos retrógrados que, sin ánimo de ofender, pretenden que la medicina no avance y que volvamos todos a la edad de piedra. ¿Por qué me lo pregunta?

—Solo quiero descartar que sean esos grupos los culpables de los ataques en el bosque —mintió—. Tengo entendido, además, que falleció una muchacha durante las protestas, no sé si lo recuerda. ¿Han tenido noticias de su familia en los últimos años?

—No, les enviamos el pésame y nos ofrecimos a pagar el funeral, pero ellos declinaron nuestra proposición.

—No debió ser fácil para ellos, supongo. Entonces, ¿me confirma que ninguno de esos grupos se ha vuelto a poner en contacto con ustedes para protestar o provocarles?

La silla se le estaba clavando por todos lados, era como estar sentado sobre un montón de agujas. Le estaban dando ganas de sentarse en el suelo o romperla hasta hacerla añicos.

—Bueno, a veces recibimos alguna carta de alguna asociación provida natural que nos insta a abandonar nuestro trabajo con químicos y apostar por remedios naturales, como la reflexología, el reiki..., ya sabe. Luego están los otros, esos grupos de terapias alternativas que confían en las hierbas para sanar sus enfermedades.

—Una gran mayoría de compuestos químicos que se usan en las medicinas provienen de las plantas, si estoy en lo correcto.

—Por supuesto. Nosotros controlamos la mezcla entre ellas y la cantidad, además de su composición. Eso la madre naturaleza no lo puede hacer. Por ejemplo, nosotros nos especializamos en el estudio del cerebro, y los compuestos químicos que activan alguna de sus partes. Estamos trabajando ahora mismo en terapias y fármacos que consigan borrar los recuerdos traumáticos. —Se levantó de la silla y caminó hacia el ventanal—. Esto que le voy a decir es confidencial. Confío en que me dé su palabra.

—Por supuesto.

—Hace unos años centramos nuestro estudio en esa materia con el propanolol, un betabloqueante que produce que un recuerdo traumático no logre anclarse en la memoria debido a que interrumpe la síntesis de proteínas que producen que se quede fijado en la mente. Al principio los resultados eran prometedores, pero después comprobamos que era ineficaz, ya que las neuronas son inestables. Y, tras muchos experimentos, comprobamos que esos recuerdos traumáticos se reforzaban, se activaban o algunos incluso se eliminaban. Así que en estos momentos estamos probando con otras vías.

—Es decir, y corríjame si me equivoco, producían un trauma en alguna rata de laboratorio y luego le administraban el propanolol, que evitaba que ese mal recuerdo se anclara en la memoria. Algo así como una pastilla para olvidar.

—Exacto. Pero tras muchas pruebas, descubrimos que los resultados no eran los mismos en todos los sujetos, y que no era suficiente la sola aplicación de la sustancia. Así que probamos por otra vía. Hacíamos un escáner cerebral para ver qué partes del cerebro se activaban con algún hecho desagradable, y le administrábamos la medicina

directamente en esa zona. Pero los resultados aún no son tan buenos como esperábamos. Aunque a veces funcionan, pero de forma muy leve.

—Vaya, parece fascinante. Entonces, estudian cómo evitar que determinados recuerdos se queden anclados en la memoria mediante la aplicación de fármacos.

—No solo con fármacos. Estamos estudiando activar, mediante descargas eléctricas controladas, partes del cerebro para que bloqueen este hecho traumático. Esas descargas, junto a la inyección de una determinada proteína, podrían conseguirlo. Acabamos de descartar esta misma mañana otras sustancias, como la anisomicina, que podrían ayudarnos en nuestro estudio, pero... hemos averiguado que es tóxica en humanos.

El detective torció el gesto. Davies se explicó rápidamente:

—Contamos con laboratorios químicos en el edificio, que son los que estudian esas sustancias y cómo afectan a los humanos, además de tener médicos en nuestra plantilla, no se preocupe. Todo está medido a la perfección.

—Entonces, ¿pueden hacer que un recuerdo no se quede grabado en la memoria para siempre?

—Es lo que estamos intentando. Como sabe, existe la memoria a corto plazo y la de largo plazo. En esta última, el cerebro, o, más bien, el hipocampo, se encarga de seleccionar qué debemos recordar. Forma parte del sistema límbico, que es el que regula las emociones. Por así decirlo, ese sistema es el filtro por el que pasan todos nuestros recuerdos, y él es el que decide qué conservar y qué no.

—¿Cómo los selecciona?

—Por las emociones. El miedo es la emoción más fuerte. La amígdala es la encargada de controlar el miedo y la agresividad en los humanos. Cuando se sobrecarga, se bloquea, y el hipocampo se encoge. Es decir, que, tras un episodio de violencia y miedo muy fuerte, los recuerdos se bloquean, por eso muchas veces las personas no recuerdan nada de accidentes horribles o de hechos espeluznantes que les han ocurrido. El cerebro tiene una especie de escudo antitraumas. El problema reside en que a veces ese escudo no funciona y permite que ese recuerdo traumático se quede alojado en la memoria a largo plazo.

—Esto es... realmente interesante. Conocer la esencia biológica de los recuerdos. Entonces, entiendo que cuando el hipocampo se encoge afecta también a la memoria.

—Efectivamente. Al encogerse el hipocampo, ya sea por estrés o una depresión, la memoria se ve afectada, provocando que la creación de nuevos recuerdos sea muy difícil. Por eso estamos estudiando la enzima CDK5, que podría neutralizar el almacenamiento y la conservación de recuerdos. Pero, como le digo, todo está en fase de estudio aún.

Él asintió, fascinado. La imagen del cadáver de su mujer se le ancló en la cabeza unos segundos. Poder levantarse cada mañana sin la imagen del asesinato dando vueltas en su cabeza era casi un sueño. La voz del hombre lo sacó de su ensimismamiento. Se acercó

hasta él y le preguntó:

—Esa silla es realmente incómoda, ¿verdad?

—Cielos, sí. —Alan le sonrió, aliviado.

Davies lo miró, sonriendo también.

—Pues eso es lo que hacemos. Usted se ha sentado en esa silla que le ha estado lanzando descargas eléctricas durante toda la entrevista. Si yo ahora le diera unas descargas en ciertas zonas de su cerebro, unido al fármaco nuevo en el que estamos trabajando, usted mañana mismo volvería aquí y se sentaría en la misma silla, porque no guardaría ningún mal recuerdo de ella.

—Impresionante. Sinceramente, todo eso me sonó a ciencia ficción la primera vez que lo escuché, pero ahora creo que tiene un futuro prometedor.

El hombre sonrió con satisfacción.

—Pues eso es lo que intentamos, y cada vez estamos más cerca de conseguirlo.

—Ya lo veo. —Se quedó mirando a la butaca—. No tendrán más como esta, ¿verdad? Debería hacerme con un par para las visitas incómodas —le dijo el detective, bromeando.

—No, lamentablemente solo poseemos unas pocas. Es una de las sillas de experimentación de nuestro laboratorio —al decir esto, el detective frunció el ceño.

—¿Cómo ha dicho?, ¿silla de experimentación?, ¿hacen pruebas en humanos?

—Solo con voluntarios, y las pruebas son muy parecidas a la que acabo de hacer con usted. —Un escalofrío recorrió la espalda del detective. Sabía, con toda certeza, que ese hombre mentía.

Tras despedirse de él, volvió a Sandara con una bola en el estómago, mientras conducía veloz por la carretera, recopilando y encajando en su mente los datos que le había desgranado Davies en la reunión. No conseguía saber por qué, pero intuía que las muertes de las chicas del cementerio no fueron un asesinato a sangre fría, sino algo más oscuro y siniestro. Debía investigar a los laboratorios. Le había dado la sensación de que las pruebas que hacían allí no eran tan inocentes como sentarse en una silla incómoda mientras alguien se dedicaba a jugar a los enchufes. Allí había algo más. Empezaba a conectar las desapariciones con la farmacéutica, aunque no tuviera ninguna prueba. Conseguirlas iba a ser difícil en aquel pueblo donde todos callaban y guardaban secretos. El más oscuro de los pensamientos empezó a rondar por su cabeza, pero lo descartó. Era demasiado atroz e inhumano.

Aceleró, y a los pocos minutos divisó las primeras casas de Sandara, que ya no le parecía el lugar coqueto y agradable que le resultó la primera vez, cuando la pisó. Algo oscuro se movía entre sus calles, y, fuera lo que fuese, también se extendía en Zugati. Pudo percibirlo en cuanto puso un pie allí. Tenía que hablar con Lya sobre lo que acababa de escuchar. Quizá ella pensara lo mismo que él, o al menos aportaría otro punto de vista que le hiciese alejar un presentimiento macabro que se le estaba

formando en la cabeza.

Al volver al hotel, le extrañó no encontrar a su amiga en el restaurante, donde normalmente estaba, ni en su habitación, pese a que tocó la puerta insistentemente. Vio a Manuela tras la barra y le preguntó por ella. La mesera le aseguró que había llegado hacía unas dos horas y que no había bajado a comer. Alan resopló y se dirigió a su estancia. Quizá había vuelto a entrar en su habitación con su ganzúa y estuviese allí, enterrada entre papeles. No sería la primera vez. Abrió la puerta y entró, pero tampoco estaba allí. Frunció el ceño, extrañado. Si le hubiese surgido algún imprevisto, lo habría avisado. Una sensación fría le empezó a subir desde la espalda, temiendo que le hubiese ocurrido algo. Al fin y al cabo, en aquel sitio nunca se podía estar a salvo del todo.

Sacó su móvil del bolsillo y la llamó. Vivía pegada a su teléfono, y era imposible que no contestase. En eso se parecía a su amigo Josh, que también estaba obsesionado con la tecnología y devoraba catálogos, revistas y todos los artículos que salían en la red sobre nuevos aparatos con teclas y pantallas multicolores. A Alan aquellos largos monólogos sobre las características técnicas de un simple teléfono lo desquiciaban. Apoyó una mano en la pared y esperó paciente hasta que una voz mecánica le informó que el móvil estaba apagado. Colgó, mirando el aparato, con todas las alarmas de su cabeza encendidas. Ella jamás jamás, apagaba el teléfono. Si estaba fuera de cobertura, le enviaba un mensaje antes. Habían pactado esa medida como protección tras lo de Teo. Cada media hora se hacían una llamada perdida, para comprobar que estuviesen bien. Y ella lo había hecho.

Salió al pasillo y bajó las escaleras, dirigiéndose otra vez a la habitación de su amiga. Apenas faltaban un par de metros para llegar a la puerta, cuando oyó un quejido proveniente del interior. Todo su cuerpo se volvió frío y sus músculos reaccionaron al instante. Sacó su arma de la funda que tenía oculta debajo del brazo, se colocó al lado de la puerta, y volvió a escuchar el lamento. Su amiga estaba allí, y no estaba sola. Abrió de una patada, entrando como un ciclón al interior. Vio los muebles volcados y los cientos de papeles esparcidos por el suelo y la cama, y, como si una de sus peores pesadillas tomara forma, en el centro de la estancia había un hombre encapuchado que aferraba con una mano por el cuello a Lya y con la otra sostenía un arma contra su cabeza.

Miró a su amiga, que estaba aterrorizada, revolviéndose y sollozando con un esparadrapo en la boca y en las muñecas. Aquel salvaje le estaba apretando la garganta con demasiada fuerza. Si seguía presionando así, la chica iba a desvanecerse por la falta de oxígeno. Alan le apuntó a la cabeza directamente.

—Suéltala.

El hombre presionó con fuerza la pistola como única respuesta, y zarandeó a la joven.

—Suéltala.

El encapuchado rio de forma siniestra.

—¡Suéltala! —bramó esa vez.

El entrenado ojo del inglés vio cómo el asaltante empezaba a deslizar el dedo índice por el gatillo. Cuadró los hombros, reteniendo el aire en sus pulmones, flexionó los brazos hasta el ángulo indicado, bajó un poco el pulgar, para que el retroceso del arma no le pellizcara, le apuntó y disparó, sintiendo el estallido del arma entre sus manos. El hombre cayó desplomado hacia atrás, haciendo un golpe seco contra el suelo y con un agujero rojo en la frente. Estaba muerto.

Lya se precipitó al suelo llorando, en pleno ataque de pánico. Alan tiró la pistola sobre la cama y corrió hacia ella, hincando las rodillas en la moqueta, rodeándola con los brazos y apretándola fuerte contra él. Le retiró las cintas con cuidado, y la chica se acurrucó contra su cuerpo, hipando y sollozando. El detective mantuvo el abrazo hasta que su respiración se fue relajando y un ambiente de calma se instaló entre ellos.

—Tranquila, ya está. Ese hombre ya está muerto, ya no podrá hacerte daño.

—Si el disparo hubiese sido un poco más a la izquierda, yo...

—Nunca hubiera fallado el blanco, me entrenaron bien, créeme.

—Cielo santo, por poco, por poco..., ¡por poco me mata, Alan! —gritó al tiempo que sollozaba con fuerza, hundiéndose en el hombro del detective, que la estrechó contra él.

Se levantaron del suelo, dirigiéndose a la habitación del inglés, sin soltarse en ningún momento. Entraron y la sentó en la cama mientras le buscaba una botella de agua en la pequeña nevera, y se agachó frente a ella en cuclillas.

—Lya, ¿qué ha pasado?

Ella se limpió las lágrimas, y él apoyó sus manos en sus rodillas.

—Llegué de unas entrevistas que tenía concertadas y oí... oí ruidos en mi habitación. Creí que serían los de la limpieza, así que abrí, pero cuando lo hice, vi a ese hombre revolviendo todas mis cosas. Se abalanzó sobre mí y me inmovilizó. —Él la abrazó, calmándola, mientras ella volvía a llorar—. Me tiró al suelo y empezó a registrarlo y a romperlo todo. Absolutamente todo. Toda la información que hemos recopilado está destruida, no queda nada. Nada.

—Tranquila. He estado enviándolo todo diariamente por vía segura a mi despacho de Londres, por si ocurría algo. Le diré a mi amigo Josh que te lo envíe, es el único que tiene acceso.

Ella asintió, aún entre lágrimas.

—¿Por qué me han atacado, Alan?

Entonces un presentimiento repentino hizo que la sangre abandonara el cuerpo del detective, y sintió un escalofrío por la espalda que le llegó casi a la planta de los pies. Probablemente querían saber qué habían logrado averiguar para valorar el grado de amenaza que les suponían. Eso quería decir que serían los siguientes. Exhaló, sintiéndose culpable. Había colocado a su amiga en la diana de esos criminales.

—Lya, debes irte del valle cuanto antes.

—¿Irme? ¿Qué estás diciendo?

—Tienes que abandonar este sitio inmediatamente. Estoy convencido de que iban a matarte. No va a haber una próxima vez para ti, ¿lo comprendes? Debes irte.

—Pero... ¿cómo voy a dejarte aquí? Ven conmigo, seguiremos investigando fuera del valle. No puedes quedarte aquí, te matarán.

—No puedo irme, aún no. Quiero llegar al fondo de esto y, además, Elena...

En ese instante vio una expresión dolida en la cara de su amiga.

—Pero, Alan..., apenas la conoces, no es tu responsabilidad.

—Me salvó la vida, se lo debo. Esos indeseables van a ir a por ella con todas las armas de las que dispongan. Está en peligro, ahora más que nunca. No puedo dejarla a su suerte. No puedo hacerlo.

—Pero si saben que la estás ayudando, irán a por ti también con todo su arsenal.

—Lo sé, y tendré cuidado, te lo prometo. Pero... no puedo irme todavía. Tengo que llegar al fondo de esto, o seguirán matando chicas aquí de forma sistemática. —Inspiró hondo—. Por eso te voy a pedir que sigas investigando desde fuera. Recopila toda la información que puedas conseguir de esta zona: muertes, desapariciones, lo que sea. Si esos indeseables han estado asesinando a gente aquí, tiene que haber un rastro.

—Alan, por favor...

—Lo siento, pero no puedo irme.

La joven miró alrededor toda la habitación. Alan la observó con tristeza. Esa chica casi paga con su vida la ayuda que le estaba prestando, y sintió que todo su mundo se hundía. Había sido descuidado, y había arriesgado su vida de forma innecesaria. Le puso un dedo bajo la barbilla y la miró con ternura.

—Siento haberte puesto en peligro, de verdad que lo siento. Si te hubiese ocurrido algo, jamás me lo habría perdonado.

—No ha sido culpa tuya.

Él la miró, estirando la comisura de su boca, y le señaló hacia las cosas que se hallaban sobre el escritorio.

—Llévate mi portátil y esconde todos los *pendrives* con la información que hemos recopilado hasta ahora. Debemos reunir todas las pruebas que podamos antes de ir a la Policía, ya que de esta gente podemos esperararnoslo todo.

Su amiga asintió, nerviosa, y lo abrazó con fuerza. Intuían que iban a tardar mucho tiempo en volver a verse, ya que el más aciago de los caminos empezaba a abrirse ante ellos.

Tras asegurarse de que su amiga estuviese bien, volvió a la habitación de la chica, pese a que ya sabía lo que iba a encontrarse allí: Nada. Así que no le sorprendió no hallar cadáver alguno en la estancia ni marcas de sangre. Solo el revuelo quedaba como testigo mudo de lo que allí había ocurrido. Distinguió entonces algunas motas de sangre junto a

una de las salidas de emergencia del final del pasillo.

«Parece que no es la primera vez que se ocupan de un cadáver en tan poco tiempo».

Se acercó hasta allí, y pudo ver que la puerta aún estaba abierta. Salió al terraplén y pudo distinguir las marcas de las ruedas de un potente todo terreno. Se preguntó si ellos también habrían terminado así, siendo trasladados a la fosa del bosque que le mostró Elena en el sueño. La respuesta le hizo resoplar. Sí. Por supuesto que sí.

Ya era de noche cuando despidió a Lya en la estación. La iba a echar de menos. Desde que llegó al valle se habían hecho inseparables y se había acostumbrado a su compañía. Observó desde el andén cómo el resto de los viajeros se subían al autobús rumbo a la capital. La joven aún estaba algo afectada y sus ojos estaban de un vidrioso llamativo. La ayudó a embarcar sus dos maletas al vehículo y la miró, subiéndole las solapas del abrigo para que no se congelase por el frío viento. Ella lo miró con tristeza, tampoco quería despedirse de él.

—Alan, por favor, ven conmigo.

—Estaré bien, no te preocupes.

Ella se mordió el labio, preocupada, y miró al grupo de gente que estaba subiendo. Parecían turistas que habían pasado el día entre los viñedos del valle y ahora volvían a la capital.

—Por favor, no quiero que te ocurra nada. Vas a estar solo aquí, y si te pasa algo...

—Manuela te llamará enseguida, ya le he dado instrucciones. Recopila todo lo que encuentres sobre lo que sucede aquí, por favor. Necesito que lo hagas para poder acabar con todo lo que está pasando, sea lo que sea.

—Sí, claro que sí —dijo con voz afectada, y fijó sus ojos en él—. Prometo que lo haré, confía en mí. Cuídate mucho, inglés.

Él la rodeó con sus brazos.

—Y tú también, italiana. Sé cauta, ¿de acuerdo?

Ella asintió y se subió al vehículo, dedicándole una mirada cargada de preocupación. No quería dejar a su amigo allí, en medio de aquel pueblo siniestro, persiguiendo a una escurridiza chica del bosque y siendo el objetivo de una banda de criminales. Le hizo un gesto con la mano de despedida, y el autobús arrancó.

Alan vio alejarse a su amiga con una puntada de tristeza. Aquello era un punto de inflexión en aquella historia. Siguió observando cómo las luces del vehículo se alejaban entre las montañas, rumbo a la capital, donde ella estaría a salvo de todos esos dementes. Dentro del autobús, la chica lo miró con expresión triste, y algo en su interior comenzó a golpearle con fuerza, como la primera vez que vio sus oscuros ojos en el restaurante y sintió que sus caminos estaban entrelazados. Solo le bastaron unas horas más con él para saber, con toda certeza, que empezaba a sentir algo más que amistad por ese temerario inglés de voz suave y rostro perfecto.

—Ten cuidado, Alan. La muerte está rondando cerca de ti, lo presiento —dijo en voz baja la italiana, y un escalofrío respondió a su pensamiento.

Alan llegó al hotel y se recostó sobre los almohadones. El peso por la ausencia de su amiga empezaba a aplastarle. A hora estaba solo, intentando desentrañar un misterio que a nadie en aquel valle parecía preocuparle excepto a él. Era inaudito que nadie hubiese investigado nada antes, ni el crimen de Blasco, ni las desapariciones ni nada. ¿Por qué a nadie le importaba? ¿Por qué no habían ayudado a Elena, cuando sabían que la perseguían? Tan solo Samuel se había arriesgado a ayudarla, a pesar de poder perder su vida.

Cogió su móvil y envió la última información del día a su despacho. Le envió un correo a su amigo Josh, dándole instrucciones para que ayudara a Lya a partir de entonces. A continuación, comenzó a borrar toda la información que tenía en el dispositivo, por si entraban en su habitación. Estuvo casi dos horas limpiando a conciencia el contenido mientras repasaba la información, intentando que no se le pasara por alto ningún detalle. Fue eliminando todos los archivos, uno por uno. Cuando terminó, lo apagó y se acostó, cerrando los ojos, con la esperanza de que la chica acudiera a sus sueños esa noche para desvelarle más pistas. Las necesitaba, a partir de ese momento sí que las necesitaba. Sabía que en algún lugar del valle, alguien había activado un contador que marcaba las horas que le quedaban de vida.

La parte inconsciente del cerebro del detective estaba regalándole una noche de sueños grotescos, donde coches con calaveras carbonizadas en su interior se mezclaban con bestias que llevaban a chicas desvanecidas en sus fauces mientras una joven de ojos oscuros yacía en el fondo de una fosa rodeada de esqueletos. Estaba a punto de despertarse de esa pesadilla cuando notó una mano fría tocándole el hombro. No le hizo falta abrir los ojos para saber quién era. Se incorporó lentamente, apartando la gruesa manta, y la vio sentada junto a él. Vestía de oscuro, como siempre, y lo miraba con preocupación.

—Lo siento, ¿te he asustado?

—No, tranquila. —La miró fijamente—. No estaba seguro de si volvería a verte.

—Samuel me contó que tu amiga italiana se ha ido de Sandara, y, como está el hotel vacío, es más seguro que nunca venir hasta aquí. ¿Ha... ocurrido algo?

—Han intentado asesinarla esta tarde, en su propia habitación. —La joven se tapó la boca con la mano, asustada—. No pasó nada porque llegué justo a tiempo, pero podía haber ocurrido algo grave. —Suspiró, mirándola fijamente—. Esto ya es demasiado peligroso, y necesito respuestas, Elena, las necesito para acabar con todo de una vez.

Le rozó levemente el brazo sin darse cuenta y se percató de que estaba helada. No podía ni imaginarse la dura vida que llevaba esa chica en el bosque, y por las estrecheces que pasaba a diario. Justo en ese momento, la joven estornudó tres veces seguidas, pidiendo disculpas después con un tímido gesto, y él esbozó una leve sonrisa.

—Espera, te haré un té para que entres en calor, o acabarás enfermado —dijo, levantándose y dirigiéndose hacia la mesa.

Comenzó a buscar en la caja metálica los utensilios para hacerle una rápida infusión, mientras la chica lo observaba con detenimiento.

—Vaya, ¿viajas con un kit para hacer té? —preguntó con tono de sorpresa.

Él la miró y sonrió mientras vertía agua en el hervidor y sacaba una taza y una bolsita.

—Soy británico, ¿recuerdas? Para nosotros el té es un asunto de estado.

La chica rio brevemente, y Alan pensó que tenía una risa preciosa, de esas que llenan el espacio de cualquier habitación. Se acercó al termostato para subir la temperatura de la habitación, y le ofreció un jersey que estaba doblado sobre la silla mientras sentía los ojos de la chica clavados en él. Ella se lo puso, lo olió, cerrando los ojos, y le sonrió.

—Puedes quedártelo, no te preocupes, no me queda bien —mintió. De hecho, era su preferido—. Así estarás caliente.

—No te preocupes. Es demasiado bonito, y lo rompería enseguida al engancharme

con cualquier rama. Ya hace tiempo que me hice a la idea de no poder tener cosas hermosas —comentó con triste naturalidad.

«No te hacen falta. Tú sola ya eres preciosa», contestó una vocecita en la cabeza de Alan, y él se sobresaltó.

Por suerte, el agua comenzó a burbujear en ese momento y le preparó la bebida, tendiéndole la taza. La chica bebió a pequeños sorbos, rodeándola con las manos, y pronto sus mejillas empezaron a tener color otra vez. Depositó el té en la mesilla de noche mientras lo miraba.

—Gracias, hacía años que no me tomaba uno. Bueno, en realidad no recuerdo cuándo fue la última vez que tomé una bebida caliente. —Se quedó callada y se retiró el pelo, dejándolo caer sobre su hombro izquierdo—. Sé que necesitas información, Alan, es para lo que he venido. Te prometí respuestas y es lo que vengo a darte.

Él asintió. Había elaborado diferentes teorías y necesitaba que ella las confirmase. Se cruzó de brazos, dispuesto a escuchar, al fin, la historia de Elena. La chica inspiró y comenzó:

—Mis padres me adoptaron cuando era un bebé, como ya sabrás. Mi madre adoptiva murió al año siguiente, así que mi padre fue el que me crio. No estábamos solos, tenía a mis amigas y a Samuel, que ya lo conoces, y a Matilda. Vivíamos felices y tranquilos en el pueblo.

—¿Cuándo empezaron a torcerse las cosas?

—El día que mis amigas desaparecieron. Yo tenía casi dieciocho años. Las semanas anteriores, ellas estaban muy nerviosas y apenas salían de casa. Así que una tarde fui a ver a una de ellas, a Amanda, y le insistí para que me contase qué estaba pasando, ya que las respuestas demasiado vagas de su familia no terminaban de convencerme.

—¿Qué te decían?

—Que estaban preparándose para hacer un viaje al extranjero.

Alan exhaló, ya que era la misma excusa que le comentó la directora del centro. Sí que estaba ocurriendo algo, y que Elena se lo estuviese confirmando en ese momento, hizo que al detective se le crispara cada uno de sus nervios. Las chicas desaparecían y sus familias no hacían nada por evitarlo. Era más, lo alentaban. Miró a la chica, imaginándose el siniestro futuro que le hubiese esperado si su padre no hubiese huido con ella al monte.

—¿Pudiste hablar con ella?

—Sí. Estaba muerta de miedo, Alan, tenías que haberla visto. Dijo que desde hacía semanas los hombres de Corso las estaban vigilando de cerca. A ella, a Lili y a Estrella. Y que por eso pensaban huir del valle, porque temían que las secuestraran.

—¿Que las secuestraran?

—Así es. Las semanas anteriores habían desaparecido varias chicas del pueblo, y la

gente comenzó a comportarse de un modo extraño. Todos se volvieron más callados, y evitaban nombrarlas, como si todo se torciera y nadie quisiese enderezarlo.

—¿Quiénes eran las chicas que desaparecieron antes que ellas?

—No lo sé, porque apenas las conocía. Pero lo que sí sé es que una de ellas era mayor que mis amigas, porque había celebrado su cumpleaños unos meses atrás con una fiesta algo alocada que fue la comidilla del pueblo durante varias semanas.

—Quizá las chicas fueran secuestradas por orden de fecha de nacimiento.

—Es muy probable. El caso es que sus familias no las creían y no les ofrecieron ningún apoyo. No podían acudir a nadie, así que empezaron a guardar víveres, ropa y medicinas en el bosque para irse de aquí cuanto antes. Estuvieron un par de meses preparándolo todo, hasta que desaparecieron. Sus familias no se alteraron y a nadie pareció importarle, ni siquiera a la policía.

—¿Lograron escaparse?

—Lo intentaron. Una mañana, de repente, ninguna de las tres apareció por clase. Cuando Sam y yo llegamos a casa por la tarde, vimos que nos habían dejado una nota en la ventana en la que nos decían que iban a buscar un refugio seguro y que nos reuniéramos con ellas cuando nos avisasen.

—¿Tenían un lugar al que pudieran acudir fuera de aquí?

—No. La mayoría de nosotros apenas hemos salido del valle nunca, tan solo en contadas ocasiones. —Lo miró a modo de disculpa, algo avergonzada, y se explicó—: La carretera por la que llegaste a Sandara solo tiene dos años. Antes se tardaba casi tres horas en llegar a la capital, así que siempre hemos estado aquí encerrados, como en una pequeña burbuja.

Él le sonrió levemente, asintiendo, restándole importancia.

—¿Y qué ocurrió después?

—La mañana siguiente de su desaparición, el inspector de policía y Jacobo Somoza se presentaron en mi casa rojos de rabia, y empezaron a interrogarme sobre ellas. Corso daba puñetazos en la mesa de la cocina, y yo juré que no sabía dónde estaban, ni adónde habían ido. Amenazaron con llevarme a los calabozos y hacerme hablar, o lo lamentaría. Entonces mi padre intervino y los echó de allí, amenazándoles.

—Y abandonasteis el pueblo de inmediato.

—No. Mi padre me dijo que preparara la maleta, nada más. Pero después, casi por la tarde, mi tía Dora fue a casa y le dijo que Jacobo Somoza estaba dispuesto a ofrecer una cantidad de dinero exorbitada a mi padre para que me fuera a vivir con él a su casa.

La boca de Alan dibujó una mueca de asombro. Somoza estaba más que involucrado en todo aquello, es más, era uno de los jefes, estaba seguro. ¿Por qué querría que ella fuese a vivir a su casa y después ponía precio a su cabeza?

La chica continuó hablando, nerviosa:

—Ese mismo día, mi padre cerró su tienda y me llevó a la cabaña del bosque, sin darme ninguna explicación. Mientras íbamos hacia allí yo temblaba, muerta de miedo, recordando los ataques de la Bestia. Hasta que lo obligué a pararse en medio del sendero, incapaz de andar. Entonces él se acercó y me dijo que no había ninguna bestia, y que todo lo que debía temer estaba allí abajo, y señaló el valle. En ese instante lo comprendí todo. —Hizo una pausa—. No hay ninguna bestia en el valle.

—Creo que eso lo tuve bastante claro prácticamente desde que llegué aquí. —Suspiró—. ¿Qué... qué les ocurrió a tus amigas?

La chica guardó silencio y su rostro se ensombreció.

—Dos días después aparecieron sus cadáveres. Estaban huyendo, y las atraparon en medio del bosque.

—Son las chicas del cementerio —dijo, afligido—. Lo lamento mucho. Imagino lo que debiste sentir.

—Gracias. Sé que lo sientes. Eran unas chicas estupendas, te habrían caído bien, estoy segura. —Se secó una lágrima que descendía por su mejilla—. A chacaron su muerte a la Bestia. Según me dijo Samuel, se celebraron los funerales por las chicas y ya está, así se acabó todo. El pueblo entero parecía haberse vuelto loco.

—Y tú, ¿has estado todos estos años en la cabaña?

—No, claro que no. Mi padre y yo sabíamos que tarde o temprano vendrían a por mí. Pensábamos irnos, pero debíamos ser discretos. No sabíamos hasta dónde tenían extendidas sus redes, ni cuánta gente trabajaba para ellos, así que construimos una red de refugios secretos por el bosque para que no pudieran localizarme mientras estuviéramos aquí. Desde que mi padre... falleció, vivo en ellos de forma permanente. Antes solo pasaba algunas temporadas, cuando percibíamos que me buscaban con mayor intensidad.

—¿Cuántos escondites existen?

—Había ocho, pero tras las últimas lluvias y nevadas, solo quedan cinco. El del cañadón, el del Pinar, el de los Tilos, el del árbol cerca de la cabaña y el de Sandara.

Enumeró, con gesto firme, esperando que el detective no adivinase que mentía. Había un sexto refugio del que solo ella y su padre conocían su existencia, pero jamás pensaba revelar su ubicación a nadie. Era su último punto seguro en el bosque.

—¿Cómo sabíais cuándo estaban los hombres de Corso cerca?

—Teníamos distintas alarmas para avisarnos en caso de que se acercasen. Una noche saltó una de ellas cuando estábamos cenando. Pensamos que había sido un animal, pero apenas un minuto después sonó otra. No era casualidad. Salí al escondite más cercano y mi padre salió al otro. Trepé por el árbol y aguardé, tal y como él me había enseñado, mientras él corría a otro que estaba más alejado, pero lo atraparon antes de que se pusiera a salvo.

La chica comenzó a llorar en silencio. Él capturó varias lágrimas de su mejilla con los dedos y la miró con tristeza, acariciándole la espalda con suavidad, intentando reconfortarla. La rodeó con los brazos, en un gesto que le salió natural, como si lo hubiesen hecho cientos de veces, y la besó en la sien. Ella respondió al abrazo. Permanecieron así hasta que ella se separó, limpiándose con el dorso de la mano.

—Imagino que fue entonces cuando empezaron otra vez los rumores de que los ataques al ganado. Es decir, enmascararon los crímenes y los raptos con ataques de una bestia.

—Claro. El objetivo era que nadie se acercase al bosque, cuando en realidad es el único sitio seguro de todo el valle. Es lo suficientemente grande y tiene tantos escondrijos que cualquiera podría esconderse a salvo de ellos allí. Además, es lo que hace de frontera del valle, junto con las montañas. Si todas las chicas se hubiesen ido al bosque, podrían haber huido a la capital a través de él con relativa facilidad, y eso no les interesaba, así que imagino que por eso también se inventaron los ataques.

El detective asintió y fijó su vista en la moqueta, pensando en cómo se estaban confirmando todas sus sospechas en una sola noche. Miró a Elena con gratitud. Jamás hubiese conseguido esa información por sí mismo en ese valle donde todos callaban por miedo. La chica lo miró y se acercó hasta él.

—No solo por eso quieren tener a la gente alejada del bosque. —Se mordió el labio— Es porque allí está el bunker.

—¿Qué? ¿Hay un bunker en el bosque?

—Sí. No es fácil encontrarlo, está en una zona poco transitada por la parte oeste. Yo lo vi de casualidad una noche cuando sentí el motor de un furgón casi de madrugada por una de las pistas forestales del bosque más ocultas, y me extrañó, así que decidí seguir sus huellas para saber hacia dónde se dirigía, y llegué hasta allí. Está oculto tras la maleza, y da miedo solo con estar cerca. Tiene una puerta de acero y un tablero numérico a un lado. Parece de última tecnología.

—Vaya, qué extraño. —Torció el gesto.

—¿Extraño, solo? —Soltó una risa seca—. He rastreado los sistemas de ventilación y llevan directamente a los laboratorios de la farmacéutica, Alan. Eso sí que es extraño.

—¿A los laboratorios?

—Sí. No sé qué pensar sobre eso, la verdad. Quizá estén llevando allí a las chicas que desaparecen como conejillos de indias para medicinas o tratamientos, o quizá no tiene nada que ver, pero lo cierto es que eso daría un sentido a todo lo que está ocurriendo aquí.

El detective alzó las cejas. Eso daba un giro al caso completamente, confirmando sus sospechas sobre el paradero de las jóvenes desaparecidas, y daba por cierta la conexión que tenía sobre los laboratorios y la experimentación en humanos. Observó a la joven,

sintiendo que su pulso y todo su sistema nervioso habían variado su ritmo de una forma atronadora. El sexto sentido que tenía para los casos se aguzó, y supo, en ese momento, que Elena acababa de revelarle la verdad sobre el caso, el origen de todo lo que sucedía allí.

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo, Elena?

—Completamente.

—Eso es... Acabas de resolver el caso tú sola. —La chica esgrimió una extraña sonrisa.

—Eso es lo que les ocurre a las chicas, experimentación directa en humanos. Me he entrevistado con uno de los responsables de los laboratorios esta mañana, y me dijo que están trabajando en la investigación sobre eliminación de recuerdos traumáticos. No sé por qué, pero me dio la impresión de que allí están haciendo algo más siniestro. Y me lo acabas de confirmar.

Miró hacia su móvil. Tenía que decírselo a Lya inmediatamente, esa era la clave de todo. Esa pista les abriría una nueva línea con la que su amiga podría ponerse a trabajar de forma efectiva. Miró a la joven, con una duda aún bailando en su cabeza.

—Pero no logro comprender por qué las familias de las chicas no hacen nada para averiguar qué les ha pasado. Ni entiendo por qué solo quieren a chicas.

Ella le miró pensativa, con un dedo en los labios.

—Lo de solo a las chicas no termino de comprenderlo muy bien yo tampoco. Lo que sí es llamativo es que cada vez que nace una niña en el pueblo viene alguien de los laboratorios a regalarle una cesta de «bienvenida al mundo» con un montón de dinero. Solo a las niñas. Por eso no hay denuncias de desapariciones, ni investigación ni nada. Un pacto de silencio o algo así.

—Eso es —dijo mirándola fijamente—. Ya han pagado por ellas, las han comprado desde su nacimiento. Esas chicas solo son mercancía para ellos. Se instalan en una zona aislada, cuyos habitantes han pasado serias penurias económicas, y donde el silencio se vende siempre al mejor postor.

—Me temo que pueda ser así —dijo con tristeza.

—Mañana iré a explorar ese bunker. Quizá consiga más información que confirme o desmienta nuestras sospechas.

La joven lo miró preocupada. El plan de que él fuera hasta allí no debía parecerle muy buena idea. Chasqueó la lengua, en actitud reprobatoria, y giró la cabeza haciendo un gesto negativo.

—Ten cuidado, Alan, ten mucho cuidado.

—Lo tendré, tranquila.

Ella miró al exterior, donde había empezado a llover con fuerza, casi como cada noche. Alan la miró y una oleada de realidad se impuso en sus pensamientos. Elena debía volver al bosque a ocultarse y él debía seguir investigando todo eso, guarecido del

frío y la humedad entre las mantas. Estuvo tentado de pedirle que se quedara esa noche allí, pero era demasiado arriesgado, y sabía de sobra que la chica no aceptaría. En ese momento, ella lo miró, y supo que los dos estaban pensando en lo mismo. Que debían despedirse cuando apenas empezaban a conocerse.

—Bueno, creo que... eso es todo. He cumplido lo que te prometí, te he contado todo lo que sé.

—Gracias por cumplir tu palabra y darme toda esta información, Elena. No habría podido conseguirla solo.

—Gracias a ti por escuchar mi historia. Por eso, y por todo lo demás. —Lo miró fijamente—. No puedo volver al hotel otra vez de forma segura, lo siento.

El detective sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

—Has venido a darme respuestas... y a despedirte, ¿verdad?

Ella asintió, mirando fijamente la moqueta, sin atreverse a levantar la vista. Cuando alzó los ojos hacia él otra vez, le dedicó una sonrisa triste y el rostro del detective se contrajo. Se quedaron contemplándose en medio de un ambiente de despedida tan patente que ambos sintieron que les arrancaban algo en ese mismo instante. Finalmente, ella se levantó de la cama, dirigiéndose hacia la ventana. En ese momento él recordó el dibujo que le había dado la directora y la detuvo con un gesto.

—Elena, espera, tengo algo para ti.

Ya en el alféizar de la ventana, se giró hacia él, que se acercó hasta el aparador, cogió el trozo de cartulina y le tendió el dibujo. Elena bajó otra vez al suelo y lo miró emocionada.

—Ni me acordaba de él. Gracias, muchas gracias. No sabes lo que esto significa para mí.

El detective se dio cuenta de que él también estaba sonriendo cuando ella lo miró con la emoción apenas contenida y pudo verse reflejado en sus pupilas.

«¿Desde cuándo no sonríes así, Alan?».

Ella lo miró una vez más y lo abrazó por sorpresa. El cuerpo del detective actuó solo y la envolvió en sus brazos, llenándose de las miles de sensaciones que esa chica le transmitía. Ella se quedó algo cohibida al darse cuenta de su repentino y espontáneo contacto y se separó.

—Bueno, yo, en fin, he de irme —dijo de forma atropellada.

Hizo un rollo con el dibujo, se lo puso en la cintura de sus pantalones y subió ágilmente al borde de la ventana en un movimiento rápido y etéreo, como una bailarina, y se giró hacia él, estirando una leve sonrisa.

—Nunca creí que diría esto de alguien a quien habían contratado para matarme, pero la verdad es que me ha encantado conocerte. Eres diferente a todos los demás.

El detective la miró y esbozó una sonrisa apagada.

—A mí también me ha encantado conocerte, Elena. Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera.

—Sí, supongo que cualquier sitio sería mejor que este. —Suspiró—. En fin, adiós Alan. Te voy a echar... Te voy a echar de menos, de verdad. Y, por favor, piensa seriamente en abandonar el valle antes de que sea tarde.

Él negó con la cabeza y ella resopló levemente.

—Adiós, Elena. Cuídate mucho, por favor.

—Siempre lo he hecho.

Le hizo un gesto de despedida con la mano y saltó a la oscuridad de la noche. Él se acercó hasta la ventana y miró el exterior. Apoyó las manos en el alféizar y cerró las contraventanas, despacio, bajando los hombros, derrotado. Aquella enigmática chica se acababa de ir de su vida para siempre, y una sensación de vacío le llenó por completo. Su última oportunidad de conocerla más acababa de esfumarse. Volvió a la cama, escuchando cómo la lluvia descargaba con furia sobre el valle. Esa noche tardó mucho tiempo en volver a quedarse dormido.

Mientras, en el bosque, Elena se deslizaba con sigilo ocultándose entre los árboles, girándose hacia el pueblo de vez en cuando. Ver las luces siempre la reconfortaba, era como una señal de que algunas cosas permanecían inalterables en el tiempo, en su tranquila normalidad. Miró hacia la fachada de piedra del hotel.

«Nunca desapareceré de tu vida, Alan. Siempre estaré en tus sueños», pensó ella mientras avanzaba por el sendero que la llevaría al escondite de los Tilos, a salvo del aguacero.

La lluvia estuvo toda la noche golpeando la ventana del detective. Aún no había amanecido cuando varias ráfagas de gotas volvieron a golpear el cristal. Abrió los ojos, resignado a no conciliar más el sueño. Se dirigió al baño y se duchó preguntándose qué le depararía ese día y qué nuevas pistas encontraría, mientras los chorros de agua impactaban en su nuca y se deslizaban por su espalda. Fue hacia la ventana con una toalla anudada en la cintura, contemplando cómo el cielo iba adquiriendo el color del metal. El eco de las gotas cayendo sin cesar, como una cascada encabritada, le hizo pensar en Elena, allí fuera, empapada por la lluvia, con el frío y la humedad como único abrigo, escondiéndose de sus cazadores.

Esa mañana había planeado ir al bosque a buscar el búnker. Debía localizarlo para saber qué hacía esa edificación allí, y si había algún acceso, entrar y explorarlo. Quizá tenía algo que ver con la desaparición de las chicas, o quizá no, pero, si sus peores sospechas se cumplían, eso daría un tétrico giro a la investigación. Salió a la calle y entró en una cafetería cercana, donde desayunó café y tostadas mientras ojeaba el periódico. El mundo parecía seguir como siempre, sumido en el caos y la violencia. Tras pagar la cuenta y organizar mentalmente la agenda de ese día, se dispuso a salir cuando

distinguió al inspector Corso en el extremo de la barra mirando hacia él con una sonrisa torcida.

—¿Cómo le va, inglés? ¿Le tratan bien aquí? Eso me temo, porque no nos libramos de usted ni en broma. ¿No tiene familia en Londres? ¿No? ¿Nadie? —Le hizo un gesto de fingida tristeza—. Estoy seguro de que su mujer lo debe echar mucho de menos por las noches.

El detective le mantuvo la mirada varios segundos y se dirigió hacia la salida. Cuando se hallaba en el umbral de la puerta, oyó la voz del inspector tronando por todo el establecimiento.

—¡Ah no, claro! ¡Cómo lo va a echar de menos, si esa desgraciada lleva dos años alimentando a los gusanos del cementerio!

A quello fue la mecha que prendió la furia del inglés. Se giró y se abalanzó sobre él, propinándole un puñetazo en plena cara. El hombre empezó a sangrar, y se preparó para asestarle un golpe, pero el detective ya lo tenía inmovilizado por el brazo, tirándolo contra una mesa y golpeando su cabeza contra la superficie de forma contundente. Se acercó a su oído, mientras le retorció el brazo con fuerza.

—Como vuelvas a cruzarte en mi camino, Corso, juro que te vas a arrepentir.

Tras decir aquello, le dio un empujón y lo soltó. El inspector cayó al suelo estrepitosamente, sangrando por la nariz y la barbilla en medio del silencio más absoluto que se había instalado en el local, lleno de clientes a esa hora.

Alan salió a la calle lleno de rabia y se metió en el coche. Necesitaba salir de allí cuanto antes, o terminaría entrando otra vez en esa cafetería a terminar lo que empezó. Arrancó haciendo chirriar los neumáticos sobre la calzada y desapareció a toda velocidad de aquel lugar. ¿Cómo sabía ese despreciable policía lo de Diana? ¿Qué más cosas conocía sobre su vida?

Se fijó en la carretera, intentando centrarse otra vez, y se dirigió a la pista forestal que daba al lado oeste de la arboleda. Aparcó el coche en la orilla de la vía y comprobó su arma. Estaba cargada, lista para cualquier imprevisto. Salió y empezó a caminar por los senderos, esperando que el contacto del aire frío, la humedad y el característico olor a corteza ayudaran a templar sus nervios. Siguió andando hasta llegar a una cascada, la cruzó y se subió a una pequeña loma, desde donde estudió el terreno. Si no fuera por las terribles historias de ese sitio, le hubiese encantado pasear por aquella selva de árboles de hoja caduca. Elena tenía razón; había tantos rincones que cualquiera podría ocultarse allí durante años, como ella, sin levantar sospechas.

Observó la extensión a sus pies, trazando un plan. Primero iría hasta una zona de almendros muy tupida en la parte oeste. Luego, la peinaría palmo a palmo para descartar áreas. Si de verdad existía una conexión entre ese bunker y los laboratorios, sería la primera pista importante desde que estaba allí. La implicación de la farmacéutica en la

desaparición de las chicas sería una realidad que podría ser probada. Descendió la pequeña loma y comenzó a andar hacia allí. Entonces notó una presencia. No era Elena estaba seguro. Quien quiera que fuese, era corpulento, y no se movía con sigilo, como ella. Lo supo por el sonido que hacían sus botas, que se hundían bastante en la hojarasca. Suspiró aliviado al tocar el arma. Disimuladamente, la liberó y la cogió, camuflándola con la manga de la chaqueta. Sabía que tenía que ser más rápido que su atacante, o estaría perdido. Saltó a una roca que se hallaba a su paso y apuntó hacia donde estaba el que le perseguía.

Un cazador salió de su escondite abalanzándose sobre él, derribándolo de la roca en la que estaba subido, y cayeron al suelo. El contrario cogió su escopeta para dispararle, pero el detective realizó un rápido movimiento, se incorporó, apuntó al hombre y le disparó primero. Entonces volvió a oír más pasos corriendo por el bosque. Otro cazador venía a por él. Apenas había corrido unos metros cuando se le echó encima. El hombre consiguió dar un puñetazo a Alan en la mandíbula antes de que este se repusiera y le diera un rodillazo en la cara y le disparara. El detective resopló, intentando recuperar el aliento, limpiándose la herida de la mandíbula. Miró los cuerpos. Nunca había visto a esos hombres por el pueblo. Eran fornidos, y sus ropas delataban que habían ido a matarle casi de improviso. Uno incluso llevaba aún puesta una camisilla de tiras fina, del tipo que se utiliza para dormir.

Salió de aquella zona corriendo hacia su coche. No sabía cuántos más como ellos habría en el bosque yendo a por él. Apenas faltaban veinte metros para llegar, cuando un hombre le cortó el paso. Era muy alto, y lucía tatuajes de números romanos en cada uno de sus nudillos. Alan levantó el arma para dispararle, cuando otro cazador se le abalanzó por detrás y lo inmovilizó. El detective pudo ver calaveras y serpientes en las manos del que le sujetaba apenas un segundo antes de que descargasen el primer puñetazo contra su mandíbula. El que tenía delante siguió propinándole golpes por la cara y el estómago, y pronto sintió la sangre deslizarse por su nariz y su boca. Intentó defenderse, pero el de atrás lo sujetaba firmemente. Entonces el de los nudillos tatuados le arrebató la pistola. Miró a su amigo, carcajeándose, mientras le apuntaba a la cabeza. El inglés le dio un cabezazo al que le retenía desde atrás, haciendo que lo soltara y retrocediera unos pasos completamente aturdido. Aprovechó la confusión para ponerlo delante de su cuerpo, y el otro disparó, matándole en el acto.

El que había disparado se quedó conmocionado al darse cuenta de que había matado a su compañero y Alan se tiró sobre él, golpeándolo y haciendo que cayera al suelo. Recuperó su arma y le disparó en el pecho, haciendo que el hombre cayera muerto al instante. Se apoyó en un tronco cercano para recuperar el aliento, limpiándose la sangre con la manga de la chaqueta. No sabía de dónde habían salido, pero distaban mucho de ser como los sicarios profesionales del hotel.

Levantó la vista, escrutando los alrededores en busca de más atacantes, pero no percibió movimiento alguno. Se había acabado, de momento. Habían intentado matarle varias veces en menos de una semana, y esa vez habían enviado a cuatro hombres a por él, cuatro hombres sin nociones de combate y apenas de rastreo. No tenía ninguna duda de que la próxima vez mandarían a la artillería pesada.

Miró su arma. Tendría que llenar el cargador cuando llegase al pueblo otra vez. No contaba con aquel incidente, así que debía controlar a partir de ahora las balas que le quedaban. Se había aprovisionado a conciencia en Londres cuando preparaba el viaje, pero debía empezar a racionarlas. Podía hacerse una idea de a quién había cabreado esa vez, y algo le decía que iba a necesitarlas casi como respirar.

Se dirigió al coche para volver al pueblo cuando vio algo atado a un árbol dentro de la arboleda. Parecía un papel. Hubiera pasado desapercibido si un golpe de viento no hubiese levantado una de las esquinas. Le resultó extraño y se acercó, serpenteando entre los árboles y el sotobosque. Era una nota atada con una cinta marrón. La lluvia había borrado parcialmente su contenido, y tan solo se veían unas manchas violáceas. Aun así, pudo leer una fecha, lo único que había permanecido intacto en aquella hoja: Nueve de enero. El día que había llegado a Sandara. Abrió los ojos, sorprendido. Era una nota de Samuel para Elena.

«Le advirtió que había llegado. Por eso me miró de aquella forma en el autobús, ya sabía que me habían contratado para dar con ella y la alertó».

Cómo habían cambiado las cosas. No entendía aún la razón que había detrás de tanta ayuda, ni por qué le había salvado, confiando en él de forma casi ciega. Cogió el papel con una ligera sonrisa y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

Apenas se había girado para salir de allí cuando una explosión gigantesca y atronadora inundó el bosque. Buscó sobresaltado el origen y vio su coche en llamas, con trozos del chasis saltando por los aires. Le habían puesto una bomba. Vio cómo trozos del vehículo saltaban por todas partes y cómo la densa humareda se abría paso en el cielo. El olor a gasolina y goma quemada lo inundó todo rápidamente. Se quedó mirando los hierros retorcidos de la zona del conductor. Habían puesto suficiente explosivo para que no quedase nada a salvo. Se quedó anclado donde estaba por la impresión. Si no se hubiese desviado para ver la nota colgada en el árbol, ahora estaría allí, carbonizado. Elena le acababa de salvar la vida sin proponérselo. Se quedó mirando cómo ardían los restos del vehículo, mientras permanecía allí, de pie, apretando la nota que le había salvado la vida. Abrió la palma de su mano y la contempló. Primero una piedra, y ahora un papel. Parecía que algún espíritu del valle quería que él siguiese con vida para desentrañar el misterio de lo que ocurría allí y pusiese punto final a toda aquella siniestra locura. Con la imagen de las últimas llamas devorando el vehículo, el detective puso rumbo a Sandara, sin llegar a creerse la suerte que había tenido esa vez.

Llegó al hotel con costras de sangre seca, ante la cara de estupor de la dueña. Pasó el resto de la tarde y parte de la noche respondiendo a las preguntas de los bomberos y de un agente de Corso, que se había acercado hasta allí, más que para elaborar un atestado del incidente, para comprobar que Alan aún estuviese vivo. Los curiosos acudían en tropel a hacerle preguntas sobre la localización del coche carbonizado para hacerle fotos y llevarse un recuerdo.

Se apoyó sobre una de las mesas del restaurante tras terminar el examen médico que un sanitario realizó brevemente, frotándose los nudillos, y se quitó el abrigo, despacio. Le habían golpeado en las costillas y le dolía cada vez más. Se levantó la camiseta para examinar las magulladuras. Cuando alzó la vista, se encontró con la mirada de un joven bombero rubio que lo observaba con los ojos abiertos de par en par al percatarse de las manchas de sangre que tenía el detective por toda la ropa. El joven fingió seguir escribiendo en su informe, sin decir nada.

—¿No han encontrado nada más cerca del coche? —preguntó con disimulo.

—No, claro que no —dijo el joven, extrañado—. ¿Por qué lo pregunta?

—Me dejé mi linterna en el maletero.

—Pues siento decirle que a estas alturas debe estar más que chamuscada.

«Han hecho desaparecer los cadáveres de la misma forma que los demás. No debería extrañarme a estas alturas», pensó para sí.

El bombero terminó de rellenar varios papeles y volvió a acercarse a él.

—Lamento molestarle otra vez, señor Wood, pero...

—Solo Alan, por favor.

—Está bien. Verás, Alan, la deflagración indica que no fue un...

En ese momento, un policía se acercó hasta allí, apartándolo.

—Ya te hemos dicho que fue un cortocircuito, señor apagafuegos, así que sigue rellenando tus papeles y deja de molestar.

—¿Un cortocircuito? —El chico resopló—. Hemos encontrado el parachoques incrustado en un árbol a veinte metros del vehículo. Un cortocircuito no arranca de cuajo casi ocho kilos de metal y lo hace volar a esa distancia, por no mencionar que las llantas de acero salieron despedidas, y aún las estamos buscando por el bosque.

—¿No me has oído? Ha sido un cortocircuito, y estoy seguro de que el jefe de bomberos para el que tú trabajas avalará nuestro informe. ¿Tu hermana sigue trabajando en el aserrador, verdad, Velasco?

El bombero se dio la vuelta, apretando la mandíbula, y siguió rellenando el informe, mirando con disimulo al detective. Cuando el hombre Corso apenas se hubo alejado unos metros de ellos, el chico cogió una servilleta de una de las mesas y apuntó con el bolígrafo un número de móvil. El suyo, probablemente. Alan comprendió enseguida que el muchacho tenía información que quería compartir. Cogió la nota que le tendió y le

hizo un movimiento con la cabeza, en señal de que lo había entendido.

El chico se fue de allí, con el informe y las fotos que había hecho al vehículo y la zona de la explosión metidas en una carpeta, tras cruzar una breve mirada con él.

«Vaya. Al parecer no estoy tan solo como creía».

Cuando por fin lo dejaron tranquilo, distinguió al inspector, que permanecía lejos de la escena, apoyado en la pared, con la nariz hinchada y la barbilla amoratada, mirándolo con una rabia intensa. Había intentado matarlo y había fracasado. Otra vez. Levantó la vista y clavó sus ojos en los suyos. Corso compuso una mueca de asco y esbozó una siniestra sonrisa. Aquello no había acabado.

El británico se disponía a subir a su habitación cuando la dueña del local lo interceptó en las escaleras para hacerle un exhaustivo chequeo emocional sobre lo sucedido. Lo obligó a ir con ella hasta la cocina y tomarse una infusión que ella misma le había preparado, y que sabía a té verde y manzanilla. Solo con olerlo le recordó al bosque. Se la fue bebiendo a sorbos mientras charlaba con la mujer sobre el accidente. Tras varios minutos, el joven consiguió convencerla de que el coche había explotado porque él se había dejado la radio encendida, y la mujer respiró tranquila ante la confirmación de sus sospechas.

—Estos chismes diabólicos son obra del mismo Belcebú, se lo digo yo.

—Qué me va a decir.

—Y ya verá lo siguiente. Un día el Internet ese nos terminará convenciendo para que nos matemos unos a otros y entonces llegará el apocalipsis. Ya lo verá, tiempo al tiempo.

—Esperemos que no sea así, Manuela. En fin, me gustaría seguir hablando con usted pero de verdad que necesito descansar.

—Sí, claro señor Wood, no se preocupe.

La señora se puso detrás de la barra otra vez, y empezó a secar varios vasos que estaban en fila con un paño, quizá con demasiado frenesí, mientras le sonreía, infundiéndole ánimos.

—En inviernos tan duros como el que estamos teniendo, no es bueno pasar las noches en soledad.

—¿Qué?

—Mi sobrino estaba en el bar esta mañana, cuando el inspector dijo aquello tan horrible sobre su esposa. —Suspiró y lo miró—. Siento lo de su mujer, no lo sabía.

Alan inspiró con fuerza.

—Lo sé..., gracias.

El detective subió escaleras arriba con el corazón sepultado casi en el núcleo de la tierra.

En la mansión de los Somoza Arvelo, Jacobo miraba a través del ventanal mientras Margarita entraba en la estancia. Se acercó al retrato de Amelia que estaba sobre la repisa

de cristal, en un marco de plata con incrustaciones de oro, y encendió una vela, colocándola a su lado. Jacobo le pasó el brazo por el hombro a su esposa, por cuyo rostro ya rodaban varias lágrimas. Su marido se las secó con su pañuelo, y la mujer pareció calmarse. Se separó de él, acercándose hasta la foto. La cogió con cuidado en las manos, acariciando la imagen.

—Hoy era su cumpleaños, Jacobo, y por culpa de esa maldita chica ella ya no podrá celebrarlo. ¡Nunca más! —Rompió a llorar—. ¡Tiene que pagar por lo que hizo!

—Tranquila. Nuestra Amelia descansa en paz, y ella pronto hará lo mismo.

Margarita colocó la foto otra vez en su lugar y acarició con ternura la imagen.

Él asintió, abrazándola, mientras miraba el retrato de una sonriente Amelia con su uniforme escolar. Tenía una mirada llena de vida, y su sonrisa iluminaba los días más oscuros de sus padres. Su mujer volvió a hablar, en tono suave:

—Estoy segura de que el cielo nos recompensará lo que hagamos por limpiar su memoria.

—Así es, cariño, así es —dijo, mirando el retrato sonriente de su única hija con la ira llameando por cada poro de su piel, clamando venganza.

Esa chica del bosque no había acabado solo con la vida de Amelia, sino con la de todos.

En ese preciso instante, el detective estaba sentado sobre la cama de su habitación, con el móvil en las manos, enviándole un correo a Lya sobre lo ocurrido ese día y asegurándole que estaba bien. Dio el último sorbo a su taza de té y lo apagó, recostándose sobre las almohadas. Miró al techo unos segundos y se pellizcó el puente de la nariz, con los ojos cerrados. Otro asunto no le dejaba pegar ojo. Si el estruendo de la explosión se escuchó hasta en Zugati, gracias al eco del valle, como lo confirmaron los policías y los bomberos que habían acudido desde allí para interesarse por el estallido, Elena también debió oírlo. Al día siguiente tendría que hablar con Samuel. Tal y como estaban las cosas, lo mejor era que ella siguiera oculta y a salvo.

Se aproximó a la ventana y contempló las primeras gotas de lluvia caer. A los pocos minutos el viento empezó a sisear con fuerza, haciendo que un aire gélido penetrara por las rendijas de las ventanas en la habitación, aumentando la sensación de invierno que sentía él por dentro. Estaba a punto de darse la vuelta para acostarse, cuando escuchó un ruido fuera, un sonido apenas perceptible, y distinguió una familiar silueta deslizándose por el tejado.

Abrió la ventana inmediatamente y apagó la luz, para que no la descubriesen. Elena entró de forma sigilosa en la habitación, y él tuvo que frenar el impulso de abrazarla en ese instante. No era consciente de cuánto la había echado de menos hasta que la vio. Apenas se apreciaba nada, y solo la vio de pie, temblando —de frío, supuso— casi frente a él. Sin embargo, no fue una frase de gratitud ni de afectuoso saludo lo que salió de su

boca.

—No deberías estar aquí, Elena. Iba a avisar a Samuel para que te dijese que estabas bien, y que no te preocuparas. —Bufó, cruzado de brazos—. Vas a conseguir que te maten. Aunque hubiesen acabado conmigo en el bosque hoy, no deberías...

No pudo decir nada más porque la chica se abalanzó sobre él, hundiendo su rostro en el hueco de su hombro y comenzó a sollozar. La envolvió en sus brazos y la acarició con suavidad, aturdido como estaba por el repentino contacto, y sintió que, pese a la tensión de la situación, era increíble estar con ella así. Permanecieron varios minutos abrazados, mientras sentía el cuerpo de la chica pegado al suyo. Estaba helada, empapada de pies a cabeza, y las prendas se le pegaban como una segunda piel. Llevaba unos leotardos y una camiseta de manga larga demasiado finos para el frío que estaba haciendo fuera. ¿De dónde vendría esta chica? Iba a empezar a hablar, cuando ella se lanzó a una precipitada concatenación de frases nerviosas, entre hipidos y balbuceos.

—Oí... oí la explosión desde el refugio y... fui corriendo hasta allí para ver qué había ocurrido y vi... vi... a los hombres de Corso metiendo varios... cuerpos en unos Jeeps negros. Los iban amontonando en la parte trasera. Había... varios... pero solo se veía la suela de sus zapatos, y creí... creí...

Empezó a temblar, sin parar de llorar, tapándose el rostro con las manos. Apenas podía respirar por el estado de pánico en el que se encontraba, y Alan empezó a preocuparse. Estaba en pleno ataque de ansiedad. La apretó contra su cuerpo, intentando calmarla, mientras ella seguía estremeciéndose y deshaciéndose en lágrimas mientras balbuceaba de forma inconexa.

—Y he estado todo el día preguntándome... Y fui hasta... Temiendo si tú... si tú... Y no podía esperar a que Samuel... Así que decidí... venir y ver si estabas... Si estabas... — Se le quebró la voz y no pudo continuar.

—Elena, estoy bien, y tú también, y eso es lo único que importa. Tranquila —dijo, tomándole el rostro entre las manos.

La chica empezó a respirar de forma entrecortada, sin poder controlarse, y él la abrazó con más fuerza, sin dejar ni un centímetro de separación entre sus cuerpos, acariciándola, besándola en el cabello, susurrándole una y otra vez palabras que intentaban servir de consuelo, hasta que ella pareció calmarse, y el detective empezó a hablar, con ella aún entre sus brazos.

—Estoy bien. Estoy empezando a ser una molestia, y decidieron acabar conmigo de la forma más fulminante y brutal. Pero ya ves que no lo consiguieron. Estoy bien, ¿de acuerdo?

Ella lo miró, aún entre lágrimas, que él secó con la punta de sus dedos, conduciéndola hasta la cama, y sentándose junto a ella.

—Voy a buscarte algo seco o pillarás una neumonía.

Se levanto y buscó en el armario una camiseta térmica larga que a él le quedaba algo ceñida, suponiendo que a ella le iría bien. Cuando la encontró, se la tendió, y la chica se dirigió al baño a cambiarse con un leve temblor en el labio aún. No se molestó en cerrar la puerta, aturdida como estaba. Tras años en el bosque, cualquiera olvida ese simple gesto cotidiano. Él no pudo evitar observarla a través del reflejo del enorme espejo mientras subía la temperatura de la calefacción. Se quedó sin aliento al ver la sensual curva que dibujaban sus caderas bajo sus oscuros leotardos y la insinuante desnudez de su espalda. Se sentó en la cama y a los pocos segundos apareció ella, con una leve sonrisa.

—Gracias, estoy mejor. Siento lo de antes, es solo que...

Él le hizo un gesto con la mano, haciéndole entender que no tenía de qué disculparse.

—¿Un té?

Ella sonrió, asintiendo. Preparó dos infusiones y se sentó junto a ella en la cama, ofreciéndole la que tenía azúcar. Elena tomó la taza entre las manos sin apartar los ojos de los suyos y al detective se le llenaron los pulmones de algo distinto al aire. La chica miró la taza, haciendo una leve mueca de sorpresa, y esbozó una tímida sonrisa, aún con los ojos rojos del llanto.

—Vaya, no me imaginaba que te gustaran los gatos —dijo, dando ligeros toques con la uña del dedo índice a la cara de un felino grabada en la cerámica.

—Esa taza me la ha prestado Manuela, la dueña del hotel. —La miró con curiosidad—. Y no me gustan, me encantan los gatos.

—Yo también los adoro.

La miró con los ojos llenos de luz. Se dedicaron una sonrisa cómplice y comenzaron a charlar, con la sensación de que se veían por primera vez. Dos tazas de té más tarde, ya se sostenían la mirada sin inquietud, sin miedo, mientras hablaban de todo tipo de cosas mientras todo a su alrededor comenzaba a desaparecer. Alan pensó que todo por lo que había pasado desde que estaba en el valle había merecido la pena solo por disfrutar de esos momentos con ella. Cruzaron sus miradas, con la sensación de que a partir de entonces sus vidas transcurrirían por el mismo sendero.

En casa de Ignacio Corso, él y otros hombres estaban sentados sobre un sofá mientras recargaban sus pistolas y bebían *whisky*. El inspector miraba con orgullo su nuevo teléfono. Se lo había regalado un vendedor de artículos falsificados del mercadillo para que él hiciera la vista gorda ante su mercancía. Estaba investigando las funciones del dispositivo, cuando este empezó a sonar. El hombre bajó el volumen de la pantalla plana que ocupaba casi toda la pared de su sala de estar y les hizo un gesto a los demás para que guardasen silencio. Había apostado a dos de sus hombres frente al hotel del detective en espera de que apareciese Elena. Era de esperar que ella acudiera esa noche tras la explosión, y esa llamada no venía sino a confirmar sus sospechas. La chica estaba

allí, con él.

— ¿Qué quieres?

Desde la otra línea se oyó una voz grave.

— ¿Cuánto tiempo lleva allí?

Su interlocutor espetó unas cuantas frases que hicieron que el inspector se levantara de golpe y la emprendiese a patadas contra la mesa de centro, hasta destrozarla. Cuando acabó, se giró hacia sus hombres.

— ¡Id inmediatamente allí y traédmela de una vez!

— ¿Lo traemos también a él, jefe?

— ¡No! ¡Destrozaadlo, no quiero que siga con vida! ¡Llevad pistolas y puñales! ¡A cabac con él de una vez por todas! ¡No puede salir vivo! ¡Hacedle sufrir! ¡Que se retuerza de dolor!

Corso tiró el teléfono contra la pantalla, lanzando un rugido de rabia, mientras los demás salían corriendo de allí, preparándose para el asalto. Se encaminó hacia una de las esquinas, cogió un bate de metal de una estantería y empezó a destrozar todos los muebles de su casa mientras se dejaba los pulmones en cada grito que daba.

— ¡Dos horas! ¡Lleva dos horas con ella en esa maldita habitación! ¡Me está restregando que puede estar con ella en mi territorio sin que yo me entere! ¡Pienso colgar su maldito cadáver del árbol más alto del bosque para que todos lo vean!

Cuando terminó de romper los muebles, arrojó el bate a la pared, clavándose las uñas en las sienes, y comenzó a vociferar una sola palabra mientras daba patadas a las paredes. Un nombre. Un nombre de mujer.

Elena colocó su taza de té junto a la de Alan en la mesa auxiliar al lado de la cama, mirándolo mientras lo hacía. El detective desprendía una calidez y una seguridad magnéticas que dejaba embotados todos sus sentidos, y apenas era dueña de su cuerpo y sus emociones cuando estaba a su lado. Él rozó su mejilla, haciendo que el pulso de la chica comenzara a acelerarse en cuestión de segundos. Nada se comparaba a la poderosa sensación que tuvo en ese momento, una corriente abrasadora que la sacudió hasta los huesos. ¿Qué le ocurría? ¿Cómo podía afectarle tanto? Él la miró con detenimiento, frunciendo levemente el ceño.

— ¿Te encuentras mejor?

— Eh..., sí, gracias.

La observó unos segundos más y se levantó, cogiendo las tazas, dirigiéndose con ellas al baño para lavarlas. Regresó al poco tiempo y las colocó otra vez dentro de la caja metálica, mientras ella lo miraba con atención.

— Elena, tenemos que irnos de aquí cuanto antes. Quédate aquí esta noche, si quieres, o dime dónde puedo recogerte en el bosque mañana al alba.

— ¿Qué? No puedo irme así, sin más. Samuel se preocupará.

—Ya encontraremos la forma de decírselo de forma discreta, no te preocupes.

—Pero aún así... —ahogó sus nervios mordiéndose los labios—, no es tan fácil, Alan, ellos...

—Ellos te perseguirán hasta que acaben contigo y a mí ya han intentado matarme varias veces desde que estoy aquí. No puedes seguir ocultándote toda tu vida, Elena.

—Pero si me atrapan y tú estás conmigo, se librarán de ti de la peor forma posible. Deberías alejarte del valle cuanto antes, yo encontraré la forma de irme sin que ellos lo noten.

—No voy a dejarte aquí sola, ¿de acuerdo? No voy a hacerlo.

—Pero te matarán, Alan, lo harán. Corso ya te ha escogido como próximo trofeo, y yo..., yo no sé por qué sigues arriesgándote tanto.

—Me arriesgaré todo lo que haga falta hasta saber que estás a salvo, Elena, por eso.

Ella se levantó de la cama, resoplando enfadada, y se dirigió a la ventana para irse. Alan se interpuso en su camino y se quedaron frente a frente.

—Deja que me vaya.

—No, Elena. Esta vez no.

Él suspiró quedamente, diciéndole todo aquello que no se atrevía a decirle en voz alta. Y tuvo miedo, como nunca lo había tenido. Miedo a que esa chica se fuera de su vida otra vez, para siempre, y que no volviesen a encontrarse jamás. Puso las manos sobre sus mejillas, acariciándole el rostro, mientras sus ojos se movían veloces estudiando su expresión, intentando adivinar si ella podía sentir también esa corriente eléctrica que le estaba quemando cada una de sus células en ese instante. Buscó en sus ojos intentando encontrar algo, aunque fuera la más mínima señal de que ella sentía lo mismo. Las pupilas de la chica se dilataron de tal forma que formaron un oscuro espejo, y entonces lo vio. Un hermoso destello en sus ojos lo reveló, y sonrió. Posó su mano en su nuca y la atrajo hacia él, expectante. Ella le respondió hundiéndose por completo en sus labios, mientras Alan rodeaba su cintura, clavándola contra su cuerpo. Se lo habían dicho sin tener que recurrir a una sola palabra.

La comenzó a besar cada vez con mayor intensidad, sintiendo cómo algo fuerte como un lazo de acero los unía, y se perdieron en ese beso mientras los latidos de sus corazones les retumbaban en el pecho y en los oídos de forma atronadora. Se separaron, contemplándose varios segundos, con la respiración entrecortada y la sensación de que habían estado buscándose durante mucho tiempo y que al fin se habían encontrado. El inglés volvió a unir sus labios y fue entonces cuando tuvo la absoluta certeza de que no podría renunciar a esa chica jamás, porque aquella joven de oscuros ojos acababa de convertirse en el aire que llenaba sus pulmones.

Las manos de ambos comenzaron a deslizarse suavemente por la piel del otro en un primer tanteo, y Elena se mordió los labios, intentando detener esa oleada de fuego que

le subió desde el estómago cuando Alan ancló la boca a su cuello. Entonces se detuvo de forma repentina, haciéndole un gesto para que mantuviese silencio. Ella lo miró con extrañeza, hasta que también pudo oír las pisadas por el pasillo con claridad. Ya venían.

Se miraron, y cada uno de los músculos del detective se tensaron. El ruido de los pasos era cada vez más cercano. Habían enviado a varios hombres esa vez, cuya forma de moverse, con presteza, indicaba claramente que eran profesionales. Corso no quería errores, como en las operaciones anteriores. Elena miró a Alan, viendo cómo la expresión de su rostro se transformaba en feroz, clavando la vista en la puerta. El detective cogió su arma y derribó la mesa que había en la habitación como trinchera, tomando a Elena por el brazo y colocándose los dos detrás. Sus músculos parecían hinchados, como los de un animal a punto de atacar. Lo miró asustada y él la acercó, dándole un beso en el cabello al tiempo que la rodeaba por los hombros.

—No permitiré que te pase nada, Elena. Jamás.

Pudieron escuchar a los hombres del pasillo apostándose junto a la puerta, preparados para entrar. Elena empezó a temblar, presa del miedo.

—Intentaré darte todo el tiempo que pueda, pero tienes que esconderte. Sal por la ventana, ve al bosque y no salgas de allí, yo los distraeré. Ten cuidado, no sé si habrá más hombres fuera vigilando.

—No puedo dejarte aquí solo.

—Te encontraré. Ahora márchate de aquí.

Solo les bastaron dos patadas para abrir la puerta. A partir de ahí, solo hubo caos. Elena gritó cuando entraron como una apisonadora en la habitación, lanzando ráfagas de disparos. Eran cinco, armados y encapuchados.

—Márchate, Elena. ¡Ahora! —gritó Alan, y comenzó a disparar.

Ella saltó por la ventana en medio de una lluvia de cristales y aterrizó en el tejado de la entrada del hotel, reptando por él hasta la parte opuesta del edificio y saltó a la carretera, internándose en el bosque. Trepó al árbol más alto y cercano que encontró para ver lo que estaba pasando en el edificio, mientras las cortezas se le clavaban en las manos y las ramas le arañaban la cara y los brazos. Siguió ascendiendo rápidamente, sin detenerse, hasta llegar casi hasta la copa, donde se detuvo a observar la escena. Apenas podía respirar de la carrera, y el dolor sordo del flato empezó a extenderse por su cuerpo.

Los fogonazos de los disparos iluminaban la habitación del hotel y parte de la calle, y los gritos eran perfectamente audibles desde allí. No había dejado de escucharlos mientras escapaba. Reconoció los de Alan entre aquella algarabía, y tuvo que taparse la boca para no gritar su nombre. Fuera del edificio, por el lado contrario al que ella había escapado, pudo ver hasta tres todo terreno negros con las lunas tintadas, con tres hombres montando guardia. Miró hacia la calle, desierta, comprobando cómo nadie

había salido ante el estruendo que procedía del hotel. Nadie. Pudo vislumbrar varias siluetas en algunas ventanas de las viviendas cercanas, incluso con la luz apagada. Todos observaban, pero nadie actuaba. Volvió a fijar la vista en el hotel, desde donde salía un ruido ensordecedor. No supo cuánto tiempo había pasado desde que huyó de allí, pero le parecieron horas, horas en las que el ruido de disparos, alaridos y golpes no había cesado.

Empezó a temerse lo peor.

Él estaría allí dentro, enfrentándose solo a todos esos hombres, sin más apoyo que su arma, y comenzó a sollozar aferrada a su camiseta, aterrorizada, sintiéndose culpable por haberle dejado allí solo contra aquel grupo. Siguió oyendo toda aquella desigual batalla durante algún tiempo, no sabía cuánto. El sonido fue descendiendo hasta que solo se escuchó el agónico quejido de un hombre durante unos segundos y el eco de un disparo. El quejido cesó inmediatamente y un rayo abrasador atravesó el corazón de Elena en ese momento. Después, silencio. Esperó, intentando atisbar algún movimiento en la calle, mientras su cuerpo entero temblaba, y vio cómo los tres hombres que habían permanecido en el exterior vigilando entraban en el establecimiento. Tragó saliva para aclararse los oídos e intentar escuchar algo, pero no se oía nada. Sintió las lágrimas mojando sus mejillas cuando estas llegaron a la comisura de su boca, y rogó para que Alan estuviese bien, aunque era poco probable.

Vio a los hombres saliendo a la calle cargando con algo y lo arrojaron a la carretera. Parecía un fardo de ropa. Lanzaron el bulto y las prendas volaron trazando una hipnótica elipse antes de chocar con un sonoro golpe contra el suelo. Su cuerpo se paralizó al instante. Aquel bulto no era ropa, era un cuerpo, y probablemente era el de Alan. El aire se enrareció a su alrededor y algo denso empezó a correr por cada una de sus venas. Aquel joven inglés que se había interesado por su historia desde que llegó al valle, que había intentado ayudarla, estaba... muerto. Había dado su vida por protegerla, lo había hecho. Empezó a sollozar con violencia, tapándose la cara, mordiendo su camiseta para no hacer ruido. Estaba muerto, aquel grupo de sicarios lo habían matado. Supuso que el grito agónico que había escuchado minutos antes era el suyo, y no quiso imaginarse lo qué le habrían hecho sufrir antes.

Se apoyó en la rama más cercana y cerró los ojos. Tenía que acercarse, tenía que verlo por última vez. Puso un pie en una rama, y luego en otra, como una autómatas, y miró la carretera. Sobre el asfalto había cinco cuerpos. Su boca se abrió por la sorpresa al tiempo que una nueva lágrima cayó rodando por su rostro. Uno de aquellos hombres se aproximó al coche y usó un *walkie-talkie* para hablar con el jefe de la operación.

—Corso, aquí grupo C.

Corso. Él había planeado el ataque, estaba detrás de todo. Alan estaba muerto por culpa de ese hombre. Juró matarlo ella misma llegado el momento. Iba a acabar con ese

indeseable de una vez por todas.

—Han escapado.

—¡¿Quééé?! —La voz del inspector tronó en el *walkie*.

—La chica saltó por la ventana antes de que atrapáramos, y la estamos buscando por el bosque.

—¡Encontradla! No volváis sin Elena. ¿De acuerdo? ¡Id todos a por ella!

—No podemos, tenemos cinco bajas.

—¡¿Cómo que...?!

—Ese maldito inglés ha acabado con todo el grupo, pero no debe estar lejos. Ha dejado un rastro de sangre por todo el pasillo del hotel, así que debe estar desangrándose por algún sitio.

—Quiero a ese desecho humano muerto de una vez. ¿Entendido?

—Lo encontraremos. Corto y cierro.

Elena se tapó la boca para no llorar de alegría. Vivo. Alan estaba vivo. Sintió tanto alivio que suspiró, apoyada en una rama. No lo habían conseguido. Una vez más, Corso y sus hombres habían fallado, y ella podría volver a verlo. Pero para eso debía encontrarlo antes que ellos. Tenía que ser más lista que aquellos tipos. Ella lo conocía y podía anticipar sus movimientos. Estaba herido, sangrando profusamente y no podía fiarse de nadie en aquel pueblo. Entonces lo dedujo rápidamente. Matilda. Era enfermera, y madre de la única persona en la que confiaba ella plenamente. Alan habría acudido allí, estaba segura.

Saltó de rama en rama con sigilo, moviéndose con destreza entre aquella maraña de ramas y hojas que le dejaban arañazos en la piel. Llegó al suelo y se movió como había hecho tantas otras veces, aprovechando las sombras, pisando sobre las piedras para no dejar huellas en la poca nieve que quedaba, moviéndose con fluidez, ocultándose tras árboles que ocultasen su cuerpo. No se escondía en el bosque, era parte del bosque. Tardó diez minutos en llegar a la parte trasera de la casa de su amigo y caminó con cuidado por el cuidado jardín, esquivando aquellos grotescos gnomos de cerámica que Matilda había decidido empezar a coleccionar y colocar casi en cada centímetro del adoquinado camino. Tocó la puerta cómo habían pactado si ocurría una emergencia. Un toque lento, esperar unos segundos, tres toques más rápidos y repetición.

Escuchó ruido de pasos dentro y se ocultó, aprovechando una sombra que proyectaba la pared, esperando que su amigo apareciese por la puerta. Apenas tardó un minuto en hacerlo. Samuel abrió y la buscó con ansiedad, mientras retorció un paño ensangrentado entre las manos.

—Entra, date prisa. Tenemos problemas —susurró al aire.

La chica salió de su escondite y lo abrazó con fuerza.

—Sam, ¿está...?

—Está en el comedor, pasa, rápido. No tenemos tiempo.

Se internó en la vivienda que tan buenos recuerdos le había proporcionado. Recordaba perfectamente todos los rincones de esa casa, porque siempre la había sentido como propia. Seguía oliendo igual que siempre, desde la última vez que la pisó. A galletas y un sutil aroma a lavanda. Se sorprendió con la naturalidad con la que el hogar de su amigo la recibía de nuevo, como si no hubiesen pasado más que unos minutos desde que estuvo allí por última vez. Atravesó el pequeño recibidor, atestado de abrigos, botas, bolsos y mochilas, oyendo pisadas apresuradas en la sala, con la voz de la madre de Samuel, Matilda, maldiciendo por lo bajo. Antes de entrar, vislumbró las primeras manchas rojas en el suelo, pequeñas motas, como las bayas que cogía ella en el bosque. Pero algo le decía que aquellas motas eran el preludio de lo que iba a llegar después.

La gran mesa del comedor, que había sido testigo de los momentos más dulces de su infancia, servía ahora de improvisada mesa de operaciones de un hombre al que parecían haber arrojado varios cubos de sangre por encima. Estaba empapado de rojo de la cabeza a los pies. La sangre goteaba desde la superficie hasta el suelo, formando un siniestro lago de color rojo oscuro. La escena era mil veces peor de lo que se había imaginado corriendo hacia allí. El impacto de la sangre y la carne desgarrada hicieron que se tambalease hacia atrás y tuviera que apoyarse en la pared para no caer. Alan estaba inconsciente, con una mano colgando fuera de la mesa. Le habían quitado toda la ropa, dejándole solo el bóxer puesto, dejando al descubierto todas las cuchilladas que tenía por el cuerpo, provocadas por armas similares a las que se usan para la caza, con un borde afilado para cortar y otro para desgarrar. Lo supo por las heridas en forma de cola de pez que tenía por el torso y las extremidades. Le habían disparado, golpeado y apuñalado. Solo con las puñaladas habría sufrido lo indecible. Se abalanzó sobre él, acariciándole el rostro, y sus dedos se mancharon de una sangre espesa.

—Alan... Alan, estoy aquí. Alan...

Matilda la apartó suavemente. Llevaba en las manos unas tenazas quirúrgicas, manchadas de sangre, y tuvo que llamarla varias veces hasta que esta reaccionó.

—Elena, necesito que te alejes un momento de aquí. Ha perdido la consciencia. Voy a necesitar toda la ayuda que pueda para salvarlo, y así, en tu estado, no me ayudas. Aparta, cariño —le dijo en tono firme y dulce, como quien habla con un niño. La mujer le siguió hablando, preguntándole, pero ella estaba demasiado aturdida para responder. Ya no la escuchaba, solo miraba hacia la mesa y al hombre que yacía allí, próximo a la muerte. Al final Matilda desistió y metió las tenazas dentro de una de las heridas con decisión, sacando un objeto metálico del hombro del detective, cerca de la clavícula.

La chica caminó hacia atrás, tropezando con todo lo que encontró a su paso, mientras oía el trozo de metal cayendo al suelo del comedor, salpicando de pequeñas motas rojas todo a su alrededor. Entonces notó la mano de Samuel tocándole el hombro por detrás

Venía del sótano con gasas, y se colocó al lado de su madre, vendando, cosiendo y aplicando polvo cicatrizante en las heridas. Su amigo la miró mientras atendía al herido y, leyendo la expresión de su cara, decidió explicarle lo que había ocurrido.

—Oí cómo tocaban con golpes irregulares. Creí que sería alguna maceta que el viento habría arrastrado hacia la puerta, así que abrí para apartarla de la entrada. Entonces lo vi. Al principio no lo reconocí por el susto que me llevé, pero luego me fijé bien y supe que era el inglés. Estaba jadeando, cubierto de sangre y apenas se tenía en pie. Susurró «Elena» y se desplomó sobre el suelo de la entrada. Lo metí dentro antes de que nadie pudiese verlo y avisé a mi madre.

—Pero, Sam, ellos encontrarán el rastro de sangre y sabrán que está aquí. Lo están buscando por todo el pueblo.

—Tranquila, limpié todas las huellas que dejó por la calle. Suerte que no había nadie paseando cerca.

Elena suspiró, aliviada. Estaban a salvo, de momento. Miró hacia Matilda, que se afanaba sobre el cuerpo del detective, retomando el relato.

—Cuando lo tumbamos sobre la mesa para examinarle nos dimos cuenta de que, además de los golpes y cuchilladas, tenía dos impactos de bala.

—¿Dos? ¿Cómo que dos? —Elena casi gritó, con la mano sobre la boca.

—Dos, Elena, y ninguna con orificio de salida —dijo, levantando la vista del cuerpo del herido—. Ambas han desgarrado músculo, y una de ellas le ha astillado dos costillas, rozándole un pulmón. Esa ha estado cerca, muy cerca, de acabar con él. La otra ya la has visto. Ahora tenemos que coser el tejido dañado y rogar para que se ponga bien. Pero es difícil en estas condiciones.

«Balas, puñaladas y golpes. Aquello fue una auténtica carnicería», pensó Elena con una mano todavía en la boca, apretándola fuerte para contener el llanto.

Comenzó a temblar y a caminar a trompicones por la estancia. Necesitaba aire, no podía respirar. Fue deslizándose contra la pared de la cocina, dejando un rastro rojo hasta la esquina de la encimera, donde estaba la ventana que daba al jardín. La abrió e inspiró el aire gélido que el invierno llevaba hasta allí. Samuel volvió a hablar, en voz baja:

—Elena, no sabemos qué ha pasado. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero aparte de las balas, algunos cortes que presenta son de gravedad. Hay demasiados daños, y no estamos seguros de que su cuerpo pueda resistirlo.

Ella asintió despacio y juntó sus manos, apoyándolas en los labios y se echó a llorar. Matilda la miró con una expresión de tristeza infinita.

—Lo siento, cariño, lo siento.

La joven observó de pie durante las siguientes horas cómo madre e hijo vendaban y curaban cada una de las heridas del cuerpo del detective. Con cada nueva que

descubrían, ella se hundía un poco más en la culpa. Permaneció así, quieta, sin apenas pestañear, conteniendo toda la tensión que sentía sin desviar la mirada de Alan ni por un momento. Le parecía que todo era irreal, que aquello era una broma siniestra de su imaginación, y que el hombre que yacía allí, destrozado a puñaladas y disparos no podía ser él. Pero lo era. Miró la escena, con la angustia taladrándola. El joven inglés estaba a borde de la muerte por su culpa.

Samuel y a Matilda estuvieron hasta cerca del alba sobre el cuerpo del detective. La mujer suspiró resignada, quitándose los guantes de látex y secándose el sudor de la frente.

—Necesita sangre. Mucha, y no sé dónde puedo conseguirla sin llamar la atención. Quizá si voy hasta...

—No —la cortó Elena—. La mía servirá. Soy donante universal.

Era lo menos que podía hacer. Ella había provocado todo eso, así que lo justo era que fuera la primera voluntaria en paliar los efectos. La mujer suspiró.

—Espero que la suerte se haya despertado hoy a nuestro lado.

Entre Samuel y ella subieron una mesa de metal del sótano. La enfermera ya tenía todo el instrumental preparado para la transfusión. Esperaban que funcionase, ya que Alan cada vez tenía peor aspecto, y la situación podía tomar el peor rumbo posible en apenas unas horas. Elena se acostó y se remangó la camiseta hasta más allá del codo. Era la misma que le había dejado él, y aún olía al detective.

—Voy a extraerte un poco más de medio litro, porque ha perdido mucha sangre, pero no puedo ponerte a ti en peligro. Si en algún momento te encuentras mareada, debes avisarnos, ¿de acuerdo? —preguntó Matilda.

Elena asintió y la mujer le acarició el rostro.

—Sigues siendo mi niña valiente.

La mujer pinchó entonces los brazos de ambos y los tubos se llenaron del preciado líquido rojo, haciendo que la sangre fluyera de un cuerpo al otro. Después manipuló unos aparatos para controlar que todo se mantuviese en orden, y a los pocos segundos empezaron a hacer un ruido regular. Elena comenzó a cabecear. Samuel se acercó y se sentó en un taburete junto a ella, dispuesto a que le contase más detalles de lo ocurrido. Iba a empezar a hablar, cuando su madre lo reprendió.

—Sam, no. Vete a trabajar hoy, como normalmente, o levantaremos sospechas. Ya sabes cómo está la situación. Están al acecho, no podemos arriesgarnos. Diles a los pacientes que tengo hoy por la mañana que estaré en la consulta a partir de las diez, porque me ha surgido una urgencia relacionada con algún papeleo en Zugati. Alguna factura atrasada, un contrato erróneo... Invéntate algo convincente.

El joven miró a su madre y asintió.

—Sí, lo haré, tranquila.

Se giró hacia su amiga, hablándole en susurros.

—¿Qué ha pasado, Elena?

—Vinieron a por nosotros cuando estábamos en el hotel. Supongo que estaban vigilando fuera. Supieron que estábamos juntos y decidieron mandar a varios hombres para capturarme a mí y matarlo a él. Alan se quedó para distraerles y darme tiempo a escapar. —Miró hacia el techo, conteniendo las lágrimas—. Fue culpa mía, Sam. No deb permanecer más tiempo allí, pero bajé la guardia y ahora él..., ahora él... Se sacrificó por mí y mira cómo ha acabado.

—Nada de esto es culpa tuya, Elena, ya lo sabes. —Observó al detective—. Parece un hombre fuerte, y seguro que resistirá esto, ya lo verás.

Su amigo le dio un beso en la mejilla, secándole las lágrimas. La sensación de paz que tuvo Elena en ese momento fue desbordante. Samuel siempre le transmitía calma, era el pilar al que se agarraba siempre para no ahogarse. Miró a madre e hijo con un cariño inmenso. Hacían falta más personas como ellos en el mundo. Matilda siempre fue la madre que nunca tuvo y, cuando se fue al bosque, la echó terriblemente de menos. Y a Sam. Sobre todo, a Sam. Gracias a él, seguía viva. Era su apoyo, su mejor amigo, su confidente. Siempre había estado allí para ella, y tampoco le había fallado esa vez.

—Bueno, Elena, volveré sobre las siete o las ocho, depende de los pacientes. Te veré después, ¿vale?

Le apretó el brazo que no tenía la vía, murmuró una despedida y se alejó. Ella lo vio desaparecer por la puerta y se giró hacia la mujer.

—Gracias por ayudarme. No sé qué haría sin ti y sin Sam.

La mujer la miró por encima de sus gafas, escozando una leve sonrisa.

—Haríamos lo que fuera por ti, cariño, ya lo sabes. Para mí eres como una hija. —Miró al detective y luego se acercó a ella, agachándose a su lado, y empezó a hablar con voz suave y firme—: Cariño, esto es grave.

—Lo sé, Mati, lo sé.

—En cuanto se recupere un poco, tenéis que iros de aquí inmediatamente. No va a haber una próxima vez para él. Las puñaladas que recibió están muy cerca de órganos vitales, quienes lo atacaron sabían lo que hacían, sabían dónde podían hacer más daño. Estaban decididos a matarlo esta noche. Y no me quiero ni imaginar lo que hubiese ocurrido si llegas a estar tú allí.

Elena miró a Alan y se le encogió el corazón. Estaba lleno de vendajes y sus magulladuras empezaban a adquirir un tono violáceo. Distinguió marcas de dedos en sus brazos, que indicaban que lo habían inmovilizado desde atrás para golpearlo o apuñalarlo, o ambas cosas. Tuvo que desviar la vista, mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. No podía imaginarse por lo que había pasado en la habitación del hotel. Había reconocido sus gritos durante la reyerta, pero también sus

alaridos. Los había escuchado, aunque su mente se hubiese negado entonces a admitirlo. Lo había oído gritar retorciéndose de dolor por lo que le estarían haciendo en aquel momento. No podía ni imaginarse todo lo que soportó antes de llegar a casa de Samuel. Volvió a mirar al hombre que estaba tumbado a su lado casi muerto por protegerla. Cerró los ojos y visualizó a Alan, centrándose en él varios minutos.

«Por favor, resiste. Acabo de encontrarte, no puedes morirte ahora. Has sido muy valiente, y te lo agradeceré siempre, pero tienes que abandonar el valle cuando te pongas bien o te matarán».

Una voz masculina, con suave acento inglés llenó su cabeza, como un fogonazo en la oscuridad.

«No puedo alejarme de ti, Elena».

Ella abrió los ojos de par en par y lo miró. Permanecía con los ojos cerrados y parecía inconsciente. Pero le había hablado, acababa de comunicarse con ella. No entendía cómo. Aquello debía ser producto de la ansiedad en la que se encontraba. Él no podía estar hablándole. ¿O sí?

Ella era capaz de transmitir mensajes a otras personas a través de los sueños. Lo había probado antes con su padre, y con su amigo, cuando eran pequeños. Incluso con Alan, la misma noche que llegó, tras tener aquel extraño sueño.

Recordaba el momento en el que Samuel se había acercado hasta el refugio donde estaba ella de madrugada. Se asustó al oír ruido y se despertó. Fue hacia el extremo del escondite y vio cómo su amigo dejaba un papel en uno de los troncos cercanos, tras hacerle el sonido en clave, un breve silbido, similar al canto de un canario. Tras comprobar que no hubiese nadie alrededor, bajó rápidamente y leyó la nota redactada con los símbolos alfanuméricos que habían pactado y que la avisaba de la llegada de un nuevo investigador al valle.

Han traído a otro. Ten cuidado con él, es diferente a todos los demás. Lo observaré y te mantendré informada. Se llama Alan y es inglés, por cierto.

Se había asustado tanto con el hecho de que hubiesen llevado a alguien de otro país para acabar con ella que se le olvidó quitar la nota del tronco. Subió velozmente al refugio, preguntándose qué querría decir su amigo con eso de que era diferente a los demás, y los más horribles pensamientos la acompañaron hasta que se durmió otra vez, casi al alba. Esa misma noche lo vio en un sueño. Ella aparecía con un joven de ojos oscuros junto a la orilla de un río. Estaban haciendo un pícnic, y había gente chapoteando en el agua. La escena era relajada y tranquila, parecía un día de verano, y los rayos del sol le acariciaban la piel suavemente. Ella hundía sus dedos en el césped, cerrando los ojos, embriagándose de la calma que se respiraba. Él levantó la vista hacia ella, dedicándole una mirada llena de ternura.

—Te quiero, Elena.

—Y yo a ti, Alan. Con todo mi corazón.

La había cogido de la mano y había entrelazado los dedos con los suyos. Ella vio una alianza en su dedo anular, una esmeralda rodeada de brillantes, y después se despertó, sobresaltada. Así supo que era él y que iba a ser especial en su vida.

Estuvo dando vueltas por el refugio meditando qué hacer. Decidió ayudarlo enviándole esos sueños, para advertirle que se marchara del valle cuanto antes o iba a terminar muerto como los otros investigadores en aquella fosa del bosque. Pero entonces lo rescató aquella noche, y algo dentro de ella, simplemente, cambió. Ya no pudo alejarse de él.

Suspiró y lo observó en la camilla de al lado, preguntándose cómo era posible que hubiese podido escucharle.

«Él está inconsciente en estos momentos. Quizá por eso he podido acceder a esa parte de su cerebro, creando un canal de comunicación entre ambos».

La idea no era tan descabellada como pudiera parecer. Quizá él podría usarlo para comunicarse con ella a partir de entonces. Era solo una alocada teoría, pero en ese momento no sabía a qué atenerse. Acababa de ocurrir algo insólito, y ella no tenía una explicación plausible para lo que acababa de suceder.

«Solo quiero que estés a salvo. Por favor, sigue con vida».

No hubo respuesta.

Cuando hubo finalizado la transfusión, Matilda retiró las vías de los pacientes. Elena permaneció acostada varios minutos, hasta que la enfermera le trajo un par de tartaletas dulces, un zumo y un pequeño bocadillo de atún. Se incorporó lentamente y se sintió mareada. Devoró aquel pequeño banquete y se sentó junto a él, aferrada a su mano, observando cómo su torso ascendía y descendía de forma irregular. El pulso de su muñeca era cada vez más débil. A media tarde, su piel era de un color gris plomizo.

Samuel llegó de la clínica cuando los últimos rayos de sol desaparecieron, encontrándose a Elena en la misma posición en la que había permanecido todo el día. Tras saludarla brevemente, revisó las constantes del paciente y torció el gesto. Estaba preocupado, la situación era grave. El cuerpo de Alan había sufrido demasiados daños y estaba empeorando muy deprisa. Cuando la noche llenó todos los rincones del valle con su oscuridad, el detective respiraba de forma descompasada y apenas perceptible.

Lo supo desde el momento en que Matilda revisó la última tabla de datos con Samuel. Si bien la mujer sabía disimular mejor las malas noticias a los familiares de los enfermos o heridos tras años de experiencia, podía leer el rostro de su amigo como si fuera el suyo propio. Alan no sobreviviría. Había demasiados daños internos y las heridas habían comenzado a infectarse dentro de su organismo. Se les había acabado el nitrato de aluminio, los antibióticos y los antiinflamatorios para que sus heridas sanasen, y no podían conseguir más sin llamar la atención. Dos botes de tamaño grande de cada uno de estos medicamentos dos días seguidos era un cartel de neón para los hombres de

Corso. Nadie iba a ayudarlos, estaban solos.

El inglés no iba a resistir otro día más, su respiración era apenas un hilo de aire y su color empeoraba cada hora que pasaba. Elena ahogó un sollozo. Ese británico iba a morir lejos de su país y de su familia tras una agonía atroz. No se lo merecía. Vencida por la culpa y la tristeza, cerró los ojos, agobiada y agotada de todos los pensamientos y emociones que la habían estado ahogando todo el día, y se quedó dormida entre lágrimas, sintiendo una suave manta con olor a lavanda que unas manos le pusieron por encima, rogando encontrar una solución, aunque era casi imposible. Alan moriría el próximo anochecer. Aferró la mano del joven con fuerza y cayó en el abismo del sueño.

Comenzó a soñar poco después de haber caído en un profundo sopor. Estaba en el bosque con Samuel y sus amigas buscando un claro donde hacer un pícnic, como cualquier tarde. Estaban tal y como las recordaba. Estrella con su melena castaña por los hombros, agarrando con fuerza el manillar de la bicicleta de montaña de la que nunca se separaba, con la mochila de la comida y los refrescos colgando de su espalda. Lili charlaba con Samuel sobre un nuevo juego de móvil que se había descargado y que la tenía completamente absorta mientras el chico la miraba con fastidio, asintiendo. Él también se lo había descargado, y los dos sufrían por lo mismo. Al parecer, estaban perdiendo puntos a una velocidad de vértigo porque sus mascotas se negaban a hacer sus ejercicios. Ella estaba al final del grupo, junto a Amanda, charlando tranquilamente sobre lo que harían cuando se fuesen del valle. Entonces su amiga se detuvo y la tomó de la mano, haciéndole un gesto con el dedo en los labios para que mantuviese silencio, al tiempo que le mostraba un sendero entre los árboles, indicándole que la siguiese. Atravesaron la zona boscosa y se internaron en la parte norte. Su amiga la llevó de la mano hasta el conjunto rocoso que llamaban Montaña del Humo, por las perennes brumas que lo cubrían. Ascendieron por uno de los senderos, y le señaló una oquedad en la pared de roca, a unos cinco metros del suelo. La miró, guiñándole un ojo, y comenzó a escalar. Elena la imitó y llegó junto a ella a una pequeña cueva, quedándose sin hablar cuando vio lo que contenía su interior.

Era el lugar donde las chicas estuvieron guardando las provisiones que habían almacenado para llevarse en la huida. Al llegar, pudo ver que Lili y Estrella ya estaban allí, señalándole cada cosa. Había latas de comida, ropa de abrigo y... medicinas. Las jóvenes tenían un auténtico arsenal. Había antibióticos y antiinflamatorios, justo lo que necesitaban. Le acababan de enseñar el escondite con las medicinas gracias a las cuales podría salvarlo. Cuando fue corriendo a abrazar a sus amigas, no pudo. Las tres le sonrieron y se desvanecieron en el aire, flotando en una nube de polvo.

Se despertó de un golpe tan brusco que le faltó poco para caer del taburete en el que estaba sentada. Miró a Alan, cuyo aspecto seguía siendo alarmante. La joven observó el monitor que controlaba sus latidos y que hacía abandonar toda esperanza de que llegase

con vida a la próxima puesta de sol. Pero ahora se abría un rayo de esperanza, sus amigas le habían mostrado cómo salvarle. Le besó en los fríos labios, eufórica.

—Te voy a salvar, Alan, te voy a salvar.

Corrió escaleras arriba, hacia la habitación de Samuel, y lo encontró roncando plácidamente bocabajo, vestido solo con el pantalón de pijama. Se había dormido con la calefacción puesta, y en el suelo, cerca de la cama, había unos apuntes de medicina que alguien le habría dejado. Estaban subrayados con diferentes rotuladores. Había estado estudiando. Se puso de rodillas en la cama junto a él y lo zarandeó hasta que se despertó sobresaltado, dando un salto y echando a correr hacia la puerta.

—¡Avisa a mi madre, hay que reanimarlo!

—Quieto, Sam, espera. —Corrió detrás de él, agarrándole por el brazo—. Alan sigue vivo, tranquilo. Te he despertado porque ya sé dónde podemos encontrar las medicinas que necesita.

Su amigo la miró interrogante, arrastrando los pies por el suelo, y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Que sabes dónde podemos encontrar medicinas? —preguntó con incredulidad—. ¿Sin levantar sospechas?

—Eso he dicho. Las chicas escondían su botín de huida en la Montaña del Humo. Tenían provisiones y medicinas —le explicó, resuelta a no contarle lo del sueño, o su amigo la tomaría por una demente y la encerraría en el sótano de por vida.

El chico la miró pensativo y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Pero ¿cómo sabes tú...?

—Lo sé y con eso basta —lo cortó—. No tenemos más opciones, Sam.

Él descendió los hombros, vencido.

—No, lo cierto es que no. Él no resistirá otra noche, no en ese estado.

—Lo sé. Por eso tengo que ir hasta allí, es nuestra última oportunidad para salvarle. Por favor, ayúdame. No puedo dejar que muera después de todo lo que ha hecho por mí.

—Está bien, claro que te ayudaré. ¿Cómo vamos a ir hasta la montaña? Vigilan toda la zona, y te están buscando.

—Iré en los bajos del coche, atada con los arneses de escalada que te regalaron por Navidad. Tu conducirás hasta allí, fingiendo que vas a cazar al bosque.

Su amigo la miró y asintió, despacio.

—Esta parece otra de tus locuras, y yo, como siempre, te seguiré —dijo, poco convencido—. De caza esta vez, ¿no? Madre mía. Operación «pobre bicho muerto» en marcha, entonces.

El sol asomaba entre las montañas, empezando a derretir el duro invierno que se había aposentado en el valle. En casa de Matilda, los dos jóvenes estaban ultimando los últimos detalles para el viaje. Elena iría en los bajos del coche gracias a un anclaje que

habían fabricado Samuel y ella por la noche con unos cinturones y los arneses para escalada. Iría agarrada por varios puntos, para repartir el peso. Habían decidido trasladar a Alan al sótano, cuya entrada estaba oculta tras una estantería, para que no pudiesen encontrarlos. Blasco y Matilda habían acordado tener una habitación de emergencia en aquella casa por si ocurría cualquier incidente y necesitaban asistencia médica. Estaba acondicionada casi como un quirófano. Habían colocado, también, material aislante para amortiguar cualquier ruido que allí se produjese. Había una camilla e instrumental médico, además de una silla para el acompañante. Antes de Alan, solo la habían usado una vez, cuando Elena estuvo muy enferma durante un invierno.

Tras instalar al detective allí, la joven insistió en que bajaran también su pistola. Sabía que él dormía con ella bajo la almohada, porque la primera noche que lo visitó la encañonó con ella, y quizá tenerla cerca lo reconfortaría. Miró el arma, que aún tenía rastros de sangre. Su sangre. Y la cogió, temerosa. Era muy pesada y fría. Se imaginó a Alan empuñándola y disparando en el hotel, herido como estaba. Cogió un trapo y la limpió de forma compulsiva, intentando borrar de su mente el horror de aquella habitación, hasta que la dejó perfecta.

Oyó a Samuel arrancando el coche en la parte trasera de la casa, impaciente. Se acercó hasta el detective y le dio un beso en los gélidos labios. Hacía horas que no reaccionaba, y estaba de un color tan ceniciento que no podía soportar mirarlo más de dos segundos sin que las lágrimas salieran en cascada de sus ojos. Aquello tenía que salir bien, o él moriría.

La joven salió y amarró su cuerpo a los bajos del coche, consciente de que iba a ser un viaje muy incómodo. Oyó a su amigo metiendo la primera marcha y cómo se internaba en la carretera, con pocos coches a esa hora. Conducía despacio, evitándole baches y golpes innecesarios. Pudo ver decenas de botas caminando en todas direcciones por las calles adyacentes a la plaza, y tembló al pasar frente al hotel. Aún había cinco marcas oscuras sobre el asfalto, en el mismo lugar donde estuvieron los cadáveres de los asaltantes. Cuando apenas llevaban unos pocos kilómetros recorridos, su amigo frenó en seco. La joven giró la cabeza para ver qué ocurría y el aire se le escapó de golpe. Junto a la carretera de acceso al bosque, había montado un control policial con agentes, vallas y una barricada antifugas. El joven detuvo el coche junto a un agente que les dio el alto de forma brusca. Elena contó diez pares de botas, y Samuel pudo ver que todos estaban armados. Si conseguían salir de aquello, habría que ir planeando otras vías de escape para todos, las carreteras no eran seguras.

—Buenos días, agente.

—Documentación y destino —le espetó el policía, con acento extranjero.

Samuel se la tendió, pese a que tenía serias dudas de que aquel hombre fuera policía, igual que el resto del grupo, que más bien parecían matones a sueldo. Todos tenían

cicatrices en el rostro y en las manos, con tatuajes grotescos. Iban rapados al cero y llevaban ropa de color gris oscuro, en una suerte de uniforme que más bien parecía ropa carcelaria.

—Tome, aquí está la documentación y esta es la del coche.

—¿Adónde se dirige?

—Voy a cazar al bosque.

—Jum.

El hombre miró la documentación y se alejó hacia otro compañero que sostenía un fajo de papeles. El joven pudo ver cómo consultaban en una lista tanto su nombre como la matrícula del vehículo.

«Tienen una lista. Deben estar buscando algo. O a alguien», pensó Samuel para sí.

—No está en la lista —se oyó murmurar.

El chico respiró aliviado. Cuando las cosas empezaron a torcerse en el pueblo, y el ambiente era cada vez más extraño y siniestro, su madre y Blasco habían acordado fingir una enemistad profunda y así ser aliados en la sombra. Habían escenificado varias escenas, que llegó a su culmen con una sonora bofetada de la mujer al tendero en la plaza del pueblo. Gracias a eso, pudieron seguir en contacto sin levantar sospechas, y Elena y él pudieron seguir viéndose cuando ella se fue al monte. El hombre se acercó y le tendió la documentación.

—Continúe.

—Gracias, agente. Deséeme suerte con la caza.

—Nosotros también estamos de caza —respondió aquel presunto policía, con una risa siniestra que hizo que la temperatura corporal del chico descendiese varios grados del golpe. Los demás estallaron en una macabra carcajada.

Arrancó otra vez el motor y se alejó, vigilando por el retrovisor. No quería ni imaginarse lo que debía sentir su amiga en esos momentos. Él jamás hubiese podido controlar el miedo, la tensión y la sensación de huida constante con la que ella vivía desde que se fueron al bosque. Él todavía la recordaba de antes, cuando era una chica alegre, que gastaba bromas a diario y soñaba con irse del valle a estudiar a la capital. Incluso había solicitado una beca para irse a la universidad, que finalmente le habían concedido. Podría haber sido lo que ella quisiera, pero la vida le tenía preparado otro camino, al igual que a las demás chicas. Se sentía culpable, porque él también había cerrado los ojos cuando las demás chicas desaparecían. A nadie del valle se le pasaban por alto esas extrañas ausencias, y todos se esforzaban en fingir normalidad cuando eso ocurría. Ellas también lo habían hecho, quizá inconscientemente, incapaces de asumir lo que les esperaba, confiando en que ellas fueran la excepción. Aunque secretamente esperasen con el corazón en un puño que cualquiera de ellas también desapareciese. Se entristeció. Las echaba de menos cada día, al igual que a Elena. Todo su mundo se había torcido una mañana y no había vuelto a enderezarse.

Cuando se enteró que Blasco y Elena habían huido al bosque, supo que su amiga, la que conocía, jamás volvería porque la vida que le esperaba a partir de entonces la cambiaría por completo, como así fue. Pese a que su esencia seguía siendo la misma, la luz de sus ojos se había ido apagando poco a poco, al igual que su eterna sonrisa y la explosiva energía que desprendía. Él fue testigo de cómo la desesperanza le iba clavando sus garras hasta casi apoderarse por completo de ella. Con lo que no contaba es que él también terminaría cambiando a marchas forzadas. Tener el filo del cuchillo cerca constantemente le había hecho un chico reservado y demasiado serio para su edad. Con el tiempo, dejó de lado otras actividades, como salir con los chicos de la pandilla de fiesta e irse a la capital o a la playa durante el fin de semana. Saber que Elena dependía de él para cosas tan básicas como comer o vestirse le habían hecho desarrollar un sentido del compromiso que no había visto en sus otros amigos, que habían ido abandonando Sandara conforme llegaban a la veintena. Tan solo quedaban unos pocos de su edad, con los que a veces salía a tomar algo antes de hacer una discreta ronda nocturna por los escondites para dejarle víveres a su amiga.

Pero también era consciente de que la situación no podía alargarse mucho más. Eran demasiados años los que llevaba en el bosque, oculta, y todos en el pueblo terminarían sospechando que era él quién la estaba ayudando. Gracias a su trabajo en la clínica, podía enterarse de todo lo que ocurría, y se estremeció cuando escuchó que iban a traer a un

investigador de otro país para dar con la Bestia. El destino quiso que se lo cruzara en el mismo autobús. En ese momento, le dieron ganas de que tuvieran un accidente y que ese hombre jamás llegase al valle, pero empezaba a creer que era lo que llevaban tanto tiempo esperando. Alguien que pudiese acabar con todo esto de una vez, una solución a todo ese desastre. Una solución que estaba a punto de extinguirse.

Aceleró y el coche traqueteó un buen rato hasta llegar a un camino de tierra y comenzaron a descender por una pista. Cada piedra y cada rama de la carretera se le fue clavando a Elena en la espalda. Los baches más grandes provocaban que el vehículo brincase y que la frente de la chica golpease contra el metal.

—Maldita sea, Sam —refunfuñó, tras el vigésimo socavón.

El camino pareció aclararse y Samuel comenzó a aminorar al vislumbrar la mole inmensa de la montaña del Humo. El amanecer se reflejaba sobre la roca roja, haciéndola destacar en aquella espesura verde. La cantidad de cuevas horadadas la hacían diferente a las demás, ya que era la única que albergaba cientos de nidos de aves que usaban sus oquedades para resguardar a las crías, creando un atronador sonido que rebotaba en todo el valle.

Samuel aparcó en la orilla de la carretera, que finalizaba a escasos metros del inicio del sendero. Por el aspecto que presentaba, era obvio que nadie había pasado por allí en mucho tiempo, y eso le hizo respirar tranquilo. Al menos no tendrían testigos.

Elena vio las botas de su amigo descender del vehículo y trazar círculos de reconocimiento. Volvió al coche y se agachó a su altura.

—Puedes salir, parece que estamos seguros. ¿Cómo estás?

Ella se descolgó, rodó sobre sí misma y se incorporó, sacudiéndose el polvo de la ropa. Cuando acabó, puso las manos en su cintura, mirando a su amigo con fingido enojo.

—Podría estar mejor, la verdad. Eres un pésimo conductor en misiones arriesgadas. Creo que tengo clavadas en la espalda casi todas las piedras del valle.

Samuel esbozó una sonrisa de disculpa y empezaron a caminar entre la maleza hasta llegar a la base de la montaña. Elena miró hacia arriba, rogando para que las medicinas estuviesen allí, y que no fuese una broma macabra de su inconsciente.

—Vamos, Elena, yo estaré detrás, no te preocupes.

La ayudó a subirse y ella escaló, con algo de dificultad, hasta la oquedad que Amanda le había mostrado en el sueño, agarrándose bien para no caer. Al llegar allí, se impulsó levemente para acceder a ella y su boca dibujó un «Oh» por la sorpresa. Todo estaba cuidadosamente ordenado en diferentes cajas, con etiquetas: comida, ropa, medicinas, aseo... Observó con gesto melancólico todos esos enseres, y la emoción le hizo ponerse una mano en el pecho, sobrecogida. Las chicas se habían aprovisionado a conciencia. En ese momento Samuel llegó hasta allí, resoplando por el esfuerzo de la ascensión, y

contempló la escena con semblante triste. Se apoyó en una de las paredes de roca y se agachó, con las rodillas flexionadas sobre el suelo, en la misma posición en la que estaba ella. Observaron todos aquello, siendo conscientes de que era el botín de unas chicas muertas. Todos esos objetos debieron ser utilizados por ellas para comenzar una nueva vida lejos de aquel siniestro valle, y sin embargo llevaban varios años aguardando a sus dueñas, sin saber que jamás aparecerían para recogerlos. Ambos bajaron la vista y les dieron las gracias en silencio, pensando en lo diferentes que deberían haber sido sus vidas.

Recordaron los días posteriores a la desaparición, el velo de silencio que cubrió el pueblo y sus gentes. Todo parecía haberse detenido. Nadie hablaba, nadie las recordaba. Elena ya estaba en el bosque cuando aquello ocurrió, pero Samuel estaba allí y tuvo que vivirlo todo. La misma noche del funeral, ella se fugó del bosque y bajó hasta su casa, entrando a hurtadillas en su habitación a través de la ventana. No le dijo nada, solo se tumbó a su lado en su pequeña cama y entrelazó sus dedos con los suyos. Se miraron, con los ojos arrasados en lágrimas y se abrazaron, consolándose por el mundo que se desmoronaba ante ellos.

Samuel le hizo un gesto a su amiga y descendió, mientras ella esperaba aún en la cueva, tocando levemente aquellas prendas de abrigo y las latas de comida, como si se estuviera despidiendo de ellas. Ella misma podía haber sido una de ellas. Si se hubiesen fugado los cinco a la vez, Sam y ella estarían ahora en el cementerio, bajo una pesada lápida. Notó un ruido y vio a su amigo, que había vuelto con tres pequeños ramos de vistosas flores silvestres. Trazaron los nombres de las chicas en la tierra del suelo y colocaron un ramo en cada uno, en memoria de sus amigas. Él secó una lágrima de la mejilla de Elena y ella le abrazó.

—Elena, debemos irnos. Alan nos necesita.

A sintió, aún sobrecogida, y descendieron la montaña. Volvieron al coche apoyados el uno en el otro, sin cruzar palabra. Abrazó a su amigo por la cintura con las dos manos y él le pasó un brazo alrededor de los hombros, mientras apoyaba su mejilla en la sien de la chica, sintiéndose más unidos que nunca.

Decidieron cambiar de ruta para no encontrarse con el control de antes y responder preguntas incómodas. La joven decidió llevar las medicinas encima, por temor a perderlas. El coche se puso en marcha otra vez, y ella deseó poder llegar a tiempo, porque no tenían un plan B.

Durante el trayecto, las piedras del camino reanudaron su ataque contra la espalda de la chica, que en ese momento ni siquiera las sintió, pensando en cómo iban a poder salir todos del valle sin ser atrapados. El control de antes los había dejado preocupados, ya que confirmaba lo que ellos habían estado intuyendo semanas atrás: algo se estaba preparando, y lo peor, solo era el principio. Recordó que Alan le había propuesto huir la

noche del ataque. Él también había presentido que algo se acercaba, y que no era seguro que permaneciesen allí por más tiempo. Si los hombres de Corso no los hubiesen atacado, ella habría pasado la noche en el hotel y se habrían ido al amanecer. Ya a salvo, convencería a Samuel y a Matilda para que también se fueran. Pero el destino, cruel y caprichoso, les había trazado otro sendero.

Si todo hubiese salido bien, ahora estarían en cualquier lugar remoto donde esos dementes no pudiesen encontrarlos. Londres, quizá. Recordaba que su padre le había contado una vez un viaje que hizo a París, y ella se quedó mirándolo embobada mientras le relataba con todo detalle los museos que había visto, los principales monumentos y el paseo que habían dado su madre y él por la Isla de la Cité. Ella también quería viajar, ver mundo, salir del valle. Deseaba perderse entre las calles de una ciudad, sin rumbo fijo, solamente por el placer de pasear libremente, sin esconderse. Pero quería hacerlo con Alan. Quería conocerlo más, pasar más tiempo con él. Algo en su interior le decía que era lo que le faltaba, su mitad, lo que llevaba mucho tiempo esperando, y no estaba dispuesta a separarse de él después de haberle encontrado. Porque, al fin y al cabo, si no fuera por toda esa situación, ¿qué probabilidades tendrían de haberlo hecho? Él le había mencionado en el hotel, mientras tomaban aquella taza de té, que su madre era de Zugati, y que él, tarde o temprano, habría ido a visitar el valle.

Ella se había imaginado la escena en ese momento. Se cruzarían por alguna de las calles de Sandara, mientras ella caminaba de prisa hacia la clínica, lista para empezar un nuevo turno de trabajo junto con Samuel y Matilda, y él con una cámara de fotos en la mano. Se habrían mirado con curiosidad, y ella pensaría que era increíblemente atractivo. Se habría terminado dando la vuelta, para observarle bien una vez más, y habría preguntado por él en la panadería, disimuladamente. Y así habría acabado todo. Entonces un pensamiento cruzó por su mente y un fogonazo de lucidez la invadió, lejos de sueños románticos. Quizá esos no eran los planes que tenía el detective tras el episodio del hotel. Estaba tan ensimismada en lo que empezaba a sentir por él, que no se había preguntado qué decisión tomaría el detective tras la agresión. Bajó a la realidad de golpe.

Cualquier persona sensata, como parecía ser él, pensaría que se había arriesgado demasiado y que era hora de alejarse de ella antes de que lo mataran. Cerró los ojos ante aquella idea, que seguramente era la que terminaría cumpliéndose. Quizá estaba malinterpretando lo que él sentía por ella. La había protegido, sí, pero Alan llevaba el instinto de protección a los demás en la sangre, por eso la había salvado. A lo mejor solo era eso. Y a lo mejor, también, el beso del hotel fuera eso, solo... un beso. Un simple beso que le dio a una chica porque así surgió la situación. Quizá. Sintió que un agujero empezaba a abrirse en su interior, y su mente permaneció en silencio ante la reflexión que tuvo en ese momento.

«Estar a tu lado es prácticamente una condena a muerte. ¿Quién querría estar contigo bajo esas condiciones?».

Se mordió el labio inferior para contener el vacío que sintió en ese momento ante la certeza de que él terminaría yéndose de allí en cuanto se curase. No podía reprochárselo, no era la vida que él merecía. Nadie la merecía, en realidad. Volvería a Inglaterra conocería a una chica normal, que no fuera perseguida por una banda de criminales, y serían felices. El valle sería solo un mal sueño, una pesadilla que lo atacaría algunas noches, pero que, con el tiempo, terminaría desapareciendo, y ella también. Solo sería una chica a la que besó una vez en una habitación de hotel. Solo eso, y nada más. Era duro, pero era una realidad a la que debía empezar a enfrentarse, pese a la marea de sensaciones y emociones que ese inglés de voz suave le provocaba. Debía afrontar el final cuando ni siquiera habían comenzado. Entonces ¿Por qué le afectaba tanto? Sintió algo apretándole el pecho, dándose cuenta de que ese sería, casi con toda seguridad, el final de la historia. Él se iría y ella seguiría huyendo. Y no volvería a verlo jamás.

La realidad siempre se termina imponiendo a los deseos, por muy fuertes y nobles que estos sean.

Estaba ensimismada en aquellas tristes revelaciones que apenas se dio cuenta cuando les dieron el alto en otro control. Se giró, nerviosa, fijándose en unas bandas de metal en el suelo que le dejaron una sensación de zozobra que no pudo quitarse de encima. Había una barra de pinchos dobles por si alguien decidía saltarse el punto de inspección. Demasiadas molestias para un simple control de documentación en un valle pequeño. El agente se acercó al coche con paso firme, casi militar. Era más fornido y rudo que el anterior, y los tatuajes de sus brazos revelaban que había pasado por ejércitos de diferentes países.

—Documentación.

—Buenos días, agente. Tome.

El hombre revisó los papeles como la otra vez, consultó una lista y carraspeó, devolviéndole el fajo a Samuel.

El chico empezó a arrancar, cuando otro hombre le dio el alto.

—Deténgase. ¿De dónde viene?

—Del bosque. He ido de caza esta mañana, pero no ha habido suerte, ya ve.

El agente le echó un vistazo al vehículo. Empezó a caminar lentamente alrededor de él, parándose y mirando fijamente a Samuel. El chico tragó saliva imperceptiblemente. Algo iba mal, algo iba realmente mal, podía sentirlo. Comenzó a mirar cada centímetro del coche con una mueca extraña en el rostro, y se plantó delante de Samuel, haciéndole una ráfaga de preguntas sobre las características técnicas del vehículo, simplemente para ponerlo nervioso. Por suerte, sabía controlar los nervios en todo tipo de situaciones tensas. El supuesto policía asintió y le hizo un gesto a otro para que le dejara continuar,

mientras no le quitaba ojo de encima. Samuel arrancó y salió de aquel control lentamente, con la sangre helada. Elena había dejado de respirar y le costó casi un minuto volver a hacerlo otra vez. Intuía que algo había pasado, cuyas consecuencias averiguarían en breve. A los dos amigos les había dado el mismo escalofrío en la espalda. En el control, el hombre cogió un *walkie* y lo encendió, contemplando cómo el vehículo avanzaba por la carretera de acceso.

—Corso, grupo D. Positivo.

—¿Positivo?

—Debemos registrar la casa de Matilda Lezo. El detector de infrarrojos ha identificado algo en los bajos del coche.

—Está bien. Apuntadlo en la lista y esta noche haremos un registro. Ya es el sexto caso que nos encontramos en apenas dos horas. Mantenedme informado, ¿entendido?

—Entendido. Cierro.

Los habitantes del valle estaban intentando escapar a través de las carreteras sin éxito. La sensación de que algo estaba preparándose era tan evidente que estaba desencadenando un discreto éxodo por parte de algunos vecinos que intentaban sacar a sus hijas de allí como fuera. Sin embargo, al llegar a los controles les obligaban a dar vuelta con cualquier excusa.

El chico aceleró para llegar cuanto antes a su casa, ya que cada segundo perdido era una condena a muerte para el joven inglés. Aparcaron en la parte trasera y Elena rodó fuera del coche, entrando como una exhalación hasta el sótano, haciendo que Matilda brincara sobresaltada. Le dio las medicinas, casi lanzándolas al aire, y se colocó al lado de Alan, tomándole de la mano.

—Sam viene ahora, Matilda, no te preocupes, está bien. ¿Cómo está él?

La mujer la miró tensa, afanándose en extraer el líquido de los viales que habían llevado, inyectándolos en los goteros con el ceño tenso y preocupado.

—Está... está agonizando. Roguemos para que las medicinas que habéis traído funcionen, porque si no, ya no sé qué más puedo hacer. —Se quedó unos segundos en silencio—. Ha tenido un fallo cardíaco mientras estabais fuera.

—¿¿Qué?! —exclamó, girándose hacia ella—. ¿Ha sufrido un infarto?

—No, pero ha estado a punto. Ahora la mayor amenaza es un fallo multiorgánico que lo ataque de forma fulminante, que suele ser lo habitual en estos casos.

La enfermera miró de reojo a Elena, con la esperanza de que no se hubiese dado cuenta de que había mentido. Samuel entró en la habitación en ese momento y se colocó frente a los monitores, observándolos con gesto grave, pasando la vista por varios de ellos y estudiando las tablas. Tomó el electrocardiograma y clavó los ojos en su madre con los ojos abiertos mientras sostenía aquel gráfico de negras líneas que marcaba el historial de los latidos del corazón del joven inglés. La mujer lo miró significativamente,

y él asintió, preocupado. Alan empezaba a morirse, y él compuso una expresión funesta en el rostro.

Elena ni se dio cuenta de lo que ocurría alrededor. Permanecía al lado del detective, observándole con detenimiento, acariciándole el rostro y las manos. Parecía llevar varias horas muerto. Apenas respiraba y su torso seguía rígido. Lo besó con dulzura, susurrándole palabras de afecto, mientras las lágrimas caían por su rostro y resbalaban hasta la sábana. Se inclinó con suavidad sobre la camilla y le acarició la mejilla, dándole un suave beso en los labios. Matilda y Samuel contemplaron la escena en silencio, sobrecogidos. Su amigo subió a la sala de estar, le bajó una butaca acolchada para que pudiese sentarse junto a él, y se alejó sin decir nada.

Ella ni siquiera reaccionó a ese contacto, y empezó a llorar en silencio, ahogada por la culpabilidad de ser la causante de que esa vida fuera a extinguirse en breve. Había estado tan centrada en desechar los pensamientos más lúgubres con respecto a su relación con Alan, que al final una realidad peor aún se iba a terminar imponiendo. Siguió derrumbada a su lado, y perdió la noción del tiempo.

No sabía cuántas horas habían pasado desde que llegaron del bosque con las medicinas. Madre e hijo se turnaban para observar al paciente e intercambiaban unas palabras con ella, pero Elena apenas los escuchaba y respondía débilmente. Solo lo miraba a él y al monitor que debía empezar a trazar otra línea diferente o ella se moriría en ese sótano también. Se levantó y acarició su rostro otra vez.

—Acabo de encontrarte, Alan, no puedes morirte ahora, no puedes hacerlo. Sigue aquí, conmigo, por favor. Por favor, no te mueras... Sigue conmigo, aquí. —Le acarició el dorso de la mano y lo besó—. No puedes morirte, por favor, no. No...

Le besó la mejilla y apoyó la barbilla en la camilla, a su lado. En ese instante, sintió a Samuel entrando en la sala. Venía a controlar sus constantes. Le dio un toque en el hombro y le mostró un pequeño cuenco de pasta que había depositado en una de las mesitas. Era la cena, le dijo. Había permanecido allí todo el día.

—Come un poco, Elena. Si quieres, puedes ir a dormir arriba, yo me quedaré con él. Lo cuidaré, te lo prometo.

—No te preocupes, estoy bien. —Y le sonrió débilmente.

—Como quieras. Estaremos arriba por si nos necesitas.

El chico se dio la vuelta, rumbo a su habitación. Mientras subía las escaleras, ella lo llamó, con la voz rota.

—Espera, Sam. Quería darte las gracias por todo lo que habéis hecho.

—Sabes que no hay nada en este mundo que no haría por ti, Elena.

Ella intentó sonreír, pero no pudo. Solo un suspiro profundo salió de su boca.

—Y sabes que yo haría cualquier cosa por ti también.

Él asintió, mirando el cuerpo agonizante del detective y a su amiga. Era bastante

improbable que sobreviviera. Había muchos daños internos y la infección se estaba extendiendo. Ojalá las medicinas funcionasen, porque, en caso contrario, solo le quedaría una hora de vida, a lo sumo, antes de que su corazón fallase. Suspiró, abatido. No haber podido salvarlo. Siguió ascendiendo con el corazón encogido, con los sollozos de su amiga de fondo. Se sintió inmensamente triste por ella.

Lo supo desde la primera vez que ella nombró a Alan, tras ayudarlo a huir en el bosque. Su amiga le había relatado el episodio con un brillo en los ojos que él creyó que ya había perdido. Parecía feliz por primera vez desde hacía años. Se había alegrado por ella, aunque con la lógica inquietud de saber que le habían contratado para capturarla. Hasta que apareció aquella mañana en la clínica, dispuesto a ayudarles. Entonces pudo ver qué había visto Elena en él. Alan era leal y valiente, y no le importaba arriesgar su vida cuando encontraba un buen motivo para ello. Su sentido de la justicia iba más allá de lo profesional, era un estilo de vida, y no los iba a dejar en la estacada. Estaba realmente comprometido con acabar con todo aquello. Pero... al final él también iba a morir, como los otros investigadores. Aunque, al menos, tendría una muerte menos dolorosa que el resto. Su madre ya había apartado varios botes de morfina para ir poniéndoselos según empeorara, para que no sufriera en el tramo final.

Levantó la vista y miró a Elena, derrumbada sobre él en aquella camilla, acariciándole el rostro con suavidad, con tanta tristeza en el semblante que no cabía nada más. Sufría, su amiga, su hermana, su fiel compañera... sufría como nunca lo había hecho. Se había enamorado de ese detective inglés, y ahora iba a perderlo de una de las peores formas. Observó al herido. Ojalá sobreviviese, porque, si no lo hacía, ella se rompería en mil pedazos, y a él le tocaría pegar cada uno de ellos.

«Sobrevive, inglés. Hazlo por ella», pensó.

Suspiró y siguió subiendo las escaleras.

La joven permaneció todas las horas restantes pendiente de Alan, controlando sus constantes, administrándole medicinas, cambiándole el suero y observando cualquier variación en su piel. Le acariciaba el rostro de forma cariñosa constantemente y le hablaba, segura de que él podía sentirla cerca. Lo miró detenidamente, recordando cada instante a su lado. Le había fascinado desde el principio. Admiraba su determinación y su valentía, y cada nuevo detalle que le contaba Samuel no hacían sino acrecentar ese sentimiento. ¿Qué tenía él para haberle provocado tantas emociones en tan poco tiempo?

Recordó la primera vez que lo vio en el bosque. Tras despistar al hombre que Corsc había enviado para matarlo, llegó al refugio del árbol, sintiendo que tenía que verlo otra vez. Se pasó el resto de la noche dando vueltas en el reducido espacio, inquieta ante la sacudida en el pecho que sintió al ver sus profundos y oscuros ojos. Volvió al día siguiente al hotel para asegurarse de que estuviese bien y comprobar si lo que había sentido era producto de la adrenalina. Pero no. Se quedó profundamente turbada al verlo

dormido, y cuando habló con él, sintió que había encontrado lo que ni siquiera sabía que había estado buscando. Era lo que le faltaba, el pedazo de sí misma que no tenía. Cuando abandonó la habitación, lo hizo convencida de que iba a terminar enamorándose de él. Ese inglés había conseguido hechizarla por completo a la velocidad de la luz, y ahora estaba casi muerto por protegerla.

Siguió mirándolo hasta caer vencida por el sueño. Cayó en un profundo pozo de oscuridad hasta que una imagen comenzó a aclararse. Era un sueño.

Se vio a sí misma junto a Alan en una sala que parecía una de hospital, pero no terminaba de serlo. Había cristales por el suelo, camillas volcadas, monitores destrozados... Todo tenía una atmósfera extraña, pero no supo adivinar qué sitio era aquel. Solo estaban ellos dos, nadie más. Se tocó la nariz y vio que sangraba. A sus pies un charco de sangre iba expandiéndose sin detenerse. ¿Qué era aquello?, ¿qué estaba pasando? Se sentía inmensamente devastada, como si un ciclón acabara de romper todo su interior, y le dolía el pecho como si afilados cristales le atravesasen lentamente el corazón. Jamás había sentido tanta tristeza junta, nunca se había encontrado así, como si el aire estuviese encerrado en sus pulmones y no pudiese salir. Alan la observaba completamente abatido a unos metros, con una expresión de profunda tristeza en el rostro. Quiso ir hacia él, pero no pudo, era como si algo tirara de ella en otra dirección. Se dio la vuelta, yendo hacia la salida sin terminar de comprender qué ocurría. Fue entonces cuando escuchó el disparo. Se giró para ver qué había pasado, y contempló a Alan cayendo desplomado al suelo con un agujero rojo en el pecho. Corrió hacia él, pero varios brazos invisibles se lo impidieron. Entonces empezó a oír unas voces que le decían que él ya estaba muerto y que no habían podido salvarle.

«Está escrito que ocurra así, no puedes hacer nada. Está escrito. Está escrito», susurró una voz.

Entonces sintió la suave presión de una mano en su hombro, y una voz suave que susurraba su nombre, haciéndole cosquillas en el oído. Se despertó bruscamente, aún aturdida por el sueño. Parpadeó para enfocar la imagen y vio a Samuel.

—Elena, tranquila, soy yo.

—Sam —dijo, suspirando.

Miró a su amigo con la sensación del sueño aún muy presente, y observó a Alan con preocupación. Sentía la boca seca y los latidos de su corazón golpeándole el pecho con fuerza. Se cubrió el rostro con las manos, aturdida y asustada. Era la misma sensación que tuvo cuando soñó con él la primera noche, y sintió ganas de llorar, porque algo le decía que ese sueño había sido una premonición y que era lo que el destino les estaba preparando si no hacían nada para evitarlo.

—Elena, ¿estás bien?

—No, no me encuentro... Da igual. ¿Cómo está él?

—No lo sé aún, venía a comprobarlo. Tengo que ir a la clínica dentro de un rato, y quería pasarme antes por aquí.

Su amigo revisó al paciente y volvió a administrar más antibióticos al gotero, mientras ella intentaba reponerse de la escena que acababa de vivir. A partó esos pensamientos de su cabeza, estaba sufriendo una gran tensión y quizá su mente había estallado por ese lado. Samuel la miró, adivinando sus pensamientos.

—Estás muy nerviosa, deberías acostarte arriba, aunque solo sean unas pocas horas. Necesitas descansar.

—Estaré bien. ¿Puedes ocuparte de él unos minutos? Necesito tomar algo.

—Por supuesto, tranquila. Hay café recién hecho y tostadas.

Suspiró y decidió subir hasta la cocina siguiendo el olor del café, aún con el nudo en el estómago. Todavía sentía la pegajosa sensación del sueño colándose en su cabeza. Llegó a la cocina y se tomó una taza de café apoyada en la encimera. No podía acercarse otra vez a la mesa de pino, donde había varias tostadas esperándola. El recuerdo del cuerpo de Alan allí tendido era aún demasiado reciente. Parpadeó, intentando contener las lágrimas, alejando esos recuerdos, y decidió que necesitaba otro café. Llenó la cafetera y esperó que el líquido estuviese listo. Sirvió dos grandes tazas, bajó al sótano con ellas y le ofreció una a su amigo, después, se sentó junto al detective otra vez.

Mientras bebía a sorbos largos, observó a Samuel, que rellenaba tablas y comprobaba los monitores cada pocos segundos. Cuando estaba tan concentrado como en aquel momento, en lo que le gustaba, parecía una persona diferente. Él siguió observando la pantalla que tenía delante, y apuntó números en una gráfica. Tenía el cabello castaño aún mojado en las puntas, seguramente acababa de ducharse. Estaba cambiando, volviéndose más serio y reservado. A veces le costaba admitir cuánto habían cambiado los dos desde que aquella locura comenzó, y se sentía triste al hacerlo, porque creía que le había robado a Samuel los mejores años de su vida. Mientras sus amigos estaban divirtiéndose en la capital, llevando una vida normal, él se dejaba la piel para mantenerla a salvo y que los hombres de Corso no la encontrasen. Había períodos en los que parecían relajar su búsqueda, Elena podía salir de su escondite provisional y pasar al menos una hora con su amigo, charlando tranquilamente. Días antes de la llegada de Alan, los cazadores y los curiosos parecieron multiplicarse por el pueblo. Apenas pudo salir del escondite del pinar en una semana, y tuvo que permanecer en el del Cañadón más tiempo del necesario. Casi podía oler el peligro. Aquellos indeseables estaban haciéndose más fuertes en la sombra y la caza frustrada de su presa estaba agotando su paciencia. Samuel tenía que dar cada vez rodeos más largos para llegar a los lugares más alejados, y dejarle víveres y notas con información.

Pensó con nostalgia en cómo era la vida de ambos antes de esa locura, entre las clases, los pícnicos en el bosque, las partidas de dardos en los bares del pueblo con todos los

demás, las jornadas de escalada en la sierra de Sandara, las competiciones de kayak en verano... El mundo les pertenecía. Y las fiestas alrededor de la laguna del bosque. Tres veces al año se reunían los jóvenes de los dos pueblos del valle y el jolgorio culminaba con un chapuzón nocturno. La laguna. Pensó en sus baños nocturnos. Era lo único bueno de vivir en el bosque; disponer de una laguna entera para ella sola. Las noches de luna llena eran espectaculares desde allí, porque la luz se reflejaba en la superficie, y era el único momento de paz del día. Le gustaba sumergirse y nadar en ella de madrugada. Al principio tenía auténtico pavor, y se quedaba en la orilla, pero con el tiempo había terminado por adentrarse y nadar durante casi una hora. Pensó entonces en darse una ducha. Miró a Samuel, bostezando levemente.

—Voy a darme una ducha, Sam. ¿Puedes quedarte con él?

—Sin problema. En mi armario aún queda ropa tuya.

—Gracias.

La joven se encaminó al cuarto de su amigo, cogió unos vaqueros y una camiseta térmica y fue al baño. No se molestó en encender el grifo del agua caliente. El agua de la laguna del bosque siempre estaba fría, y había terminado por acostumbrarse a esa gélida temperatura. Notó los primeros chorros en su espalda y cerró los ojos, centrándose tan solo en el sonido del agua cayendo, y se relajó al instante. Salió del baño y se encaminó otra vez al sótano. Entró en la sala, con el cuerpo de Alan aún tumbado en la camilla y su amigo revisando monitores. Se acercó al detective, le acarició el rostro con suavidad y se perdió en sus pensamientos mientras le contemplaba.

—Elena, por favor, necesito que vuelvas a la tierra, estoy hablándote —dijo su amigo, con cara de fastidio. Parecía haber estado llamándola durante un buen rato, sin resultados.

—¿Qué? Oh, perdona. Lo siento, estaba en otra parte.

—Ya veo. Te decía que está respondiendo al tratamiento de forma satisfactoria, pero aún no está en la zona segura. —Ella abrió mucho los ojos—. Las medicinas que trajimos del bosque parecen estar haciendo su efecto. Podemos ser optimistas, siempre manteniendo la cautela. Pero... parece un hombre fuerte, no te preocupes.

Elena respiró aliviada. Sabía que aún quedaba mucho por delante, y que Samuel nunca se dejaba vencer por la adversidad, era un optimista nato.

A su amigo le apasionaba la medicina desde pequeño. Aquel era el cuarto año consecutivo que rechazaba inscribirse en la facultad. Cuatro años. Ya podía haber tenido media carrera hecha. Pero siempre encontraba una excusa plausible para rehusar la oportunidad de irse de aquel valle y empezar una nueva vida lejos de allí. Lo miró fijamente y movió la silla, haciendo ruido para que la mirase.

—¿Puedo preguntarte algo? —El chico la observó con desconfianza y asintió—. ¿Por qué no fuiste a la capital a estudiar medicina? Tenías la nota de corte.

Él desvió la mirada, simulando concentrarse en el monitor. Elena intuía la respuesta.

—Bueno, no sé si la medicina es lo mío, la verdad. Verás...

—No sería por mí, ¿verdad? —Lo miró severa—. Tienes que vivir tu vida, Sam. No puedes quedarte en este pueblo lleno de dementes para hacerme de chico de los recados. ¿Lo entiendes? No puedes renunciar a tu vida por mí.

Evitó mirarla y siguió con la vista clavada en las hojas que tenía delante. Elena pudo ver cómo una expresión melancólica se expandía en su rostro.

—Solo hasta que pudiéramos irnos los dos de aquí de forma segura. —Levantó la vista hacia ella—. Sé que no pude hacer nada para salvar a las demás, así que no podía permitir que también te ocurriese algo a ti.

—No murieron por culpa tuya, y tampoco eres responsable de mi vida. —Se recostó sobre el espaldar de la silla, torciendo el gesto—. Además, no creo que pueda huir de aquí, si he de ser sincera.

—¿Por qué dices eso?

—Soy la única que ha podido escapar, y eso los ha cabreado. He logrado esconderme de ellos en sus propias narices, sentando un precedente en el valle. Si yo lo he conseguido, significa que cualquiera podría hacerlo también, y eso les colocaría en una situación muy delicada. Fíjate en el despliegue que están organizando. No van a dejar que me vaya, Samuel. Soy una pieza de caza mayor.

—¿Y qué vas a hacer, entonces?

—Irme de aquí, lejos de todo esto.

El chico miró al detective con cautela. Aún no había podido decirle que Alan había gestionado un pasaporte para ella. Y, tal como se estaban sucediendo las cosas, con el trágico desenlace tan cerca, no sabía si nombrarlo sería una buena idea. Miró a su amiga, que en ese instante acariciaba la mejilla del inglés con ternura.

—¿Te irías con él?

—No lo sé, Samuel, no... lo sé.

Ella ya se había planteado qué pasaría cuando él se recuperara, y la opción más lógica era la que más miedo le daba. Alan se iría de allí y seguiría adelante con su vida, pero sin ella.

—Si no sé dónde estarás, ¿cómo podré encontrarte?

—Siempre hallaré el modo de llegar hasta ti. Siempre. Como cuando éramos pequeños y te fugaste porque no querías que te pusiesen una vacuna. Todos fueron a buscarte, pero fui yo quien te encontré. Sabía que estarías escondido cerca del lago del bosque y solté en la orilla varios barquitos de cartulina que había hecho en mi casa, con una nota dentro en la que escribí.

—No duele, no seas cobardica. Y después te dan helado —terminó él.

Se miraron y estallaron en una breve carcajada con aquella historia. Con todo lo que

estaba pasando, ambos sentían que eran su claro en el bosque, su apoyo entre tanto horror. Como cuando asesinaron a su padre. Él estuvo buscándola por todo el bosque y cuando la encontró, trepó hasta el árbol donde ella se escondía y la abrazó, sin decir nada, con una tristeza inmensa en su mirada. Permaneció con ella toda la noche en el incómodo escondite, envolviéndola en un abrazo, hasta que amaneció.

Cuando las primeras luces se abrieron en el bosque, la besó en la mejilla y descendió sin separar su vista de ella ni un solo segundo. Cuando tocó el suelo otra vez, le dibujó un corazón con las manos y ella unió las suyas, haciéndole otro. Podían hablar sin palabras. Su amigo se acercó hasta ella, apretándole el hombro con suavidad.

—Os dejo solos. Intenta descansar.

Samuel le dio un beso en la coronilla y se alejó escaleras arriba. Elena pasó el resto del día contemplando a Alan en la camilla del sótano. El monitor dibujaba una curva más optimista y su piel comenzó a adquirir un tono más saludable, así que empezó a tararearle una canción que le había enseñado Samuel unos meses antes. Quizá él podría escucharla y eso lo animaría. Durante la tarde, permaneció estable, y ella empezó a leerle un libro que su amigo le había prestado, pensando que quizá su voz podría reconfortarle. Cuando Matilda llegó por la noche, revisó los datos y dictaminó que había mejorado mucho en las últimas horas, pero que aún estaba débil. La infección había disminuido, y ya no tenía fiebre, pero aún quedaba tejido interno por cicatrizar.

—¿Se está... curando?, ¿va a salvarse? —preguntó muy nerviosa.

—Está respondiendo de forma positiva, y eso abre la puerta a la esperanza, no hay duda. —La mujer la miró y sonrió—. Sigue hablándole, seguro que agradece la compañía.

—Lo haré, claro que lo haré.

La joven sonrió y besó al detective en la mejilla, acariciándole el rostro con dulzura. Las cosas empezaban a ir bien, al fin. Quizá se despertara en las próximas horas, y volvería a ver sus oscuros ojos, rebosantes de vida, otra vez.

Siguió hablando con él, contándole lo que podrían hacer cuando se recuperara. Apoyó sus manos en las suyas y las besó. Alan iba a salvarse. Todo iba a salir bien.

Sin embargo, de madrugada algo empezó a ir mal. Muy mal. Todo pareció torcerse en un solo momento, cuando un sonido estridente proveniente del exterior la sobresaltó a ella y a todos los habitantes de la casa.

—¡Registro! ¡Abran ahora mismo o tiraremos la puerta abajo!

Se quedó sin respiración. Los habían encontrado.

El miedo es la sensación más poderosa que puede experimentar un ser humano. Un ser vivo sin miedo nunca será consciente de los peligros que lo acechan, haciendo que su supervivencia se vea gravemente mermada. El miedo, y no otra cosa, es lo que garantiza que una especie sobreviva. Cuando es percibido, el hipotálamo lateral del cerebro responde inmediatamente, provocando taquicardia, dilatación de las pupilas y una considerable subida de la tensión arterial, preparando al organismo para lo que viene a continuación. Nuestro cuerpo se convierte entonces en una explosión de adrenalina y noradrenalina, dos compuestos que preparan al sujeto para realizar esfuerzos físicos extraordinarios, ya que concentra el glucógeno en los músculos para llevar a cabo actividades como huir o pelear, y con ello, lograr salvar la vida. Porque, a fin de cuentas, la evolución no es más que eso: sobrevivir cada día cueste lo que cueste.

Eso es lo que le ocurrió a Elena cuando percibió que el peligro se acercaba. El miedo se apoderó de su sistema, lanzando una descarga de energía a cada una de sus células. Miró a Alan y subió las escaleras a una velocidad inhumana, consiguiendo mover ella sola la pesada estantería que mantenía oculto el sótano del resto de la casa. Casi había acabado cuando Matilda tocó su mano.

—Ya nos ocupamos nosotros. Enciértrate en el sótano y vigila a Alan —le ordenó.

Elena hizo lo que le había dicho y escrutó el exterior de la calle a través de la rendija camuflada como aire acondicionado que había en la casa. Vio dos potentes todo terrenos aparcados en la parte trasera de la casa y a varios hombres vestidos de negro vigilando el exterior, armados con pistolas. Se acercó a Alan, susurrándole:

—Los hombres de Corso están registrando la casa. Necesito que te quedes quietecito donde estás. —Y le besó en los labios.

Se acercó a la puerta, pero no consiguió oír nada. Solo pasos y voces amortiguadas. Después, silencio. Se quedó esperando hasta que unos pasos se apresuraron por la escalera, y oyó los toques que había pactado con Samuel. Abrió y vio a su amigo. El color se había esfumado de su rostro.

—Elena, soy sospechoso.

—¿Qué?

—¿Recuerdas el control? Nos dejaron ir, pero nos apuntaron en una lista. Van a volver, estoy seguro. Están coléricos. Van a montar más puestos de vigilancia hasta que den con vosotros. Tienes que irte de aquí, ya. Ahora, antes de que vuelvan. Llévate mi coche, es más rápido, y no creo que lo tengan fichado.

Aquello no podía estar pasando. La situación se retorció cada vez más, como una

serpiente atrapada en un cesto. Lo que tanto temió que ocurriera estaba sucediendo en ese preciso instante, justo en el momento que ella era más vulnerable, y con Alan herido, sin posibilidad de huida. Parecía que el propio destino hubiese sufrido un lapsus y se hubiera desordenado de repente.

—Pero... Alan...

—Nos ocuparemos de él, te lo prometo. No dejaremos que le ocurra nada.

—No puedo irme sin él, Samuel.

—Elena, por favor.

—No, Sam. No puedo irme dejándole herido, podría...

No pudo acabar la frase. Un golpe atronador se oyó desde el piso de arriba. Habían vuelto y acababan de derribar la puerta. Los dos jóvenes se miraron sumidos en el pánico mientras escuchaban las atronadoras voces de varios hombres.

—¡Tienen un sótano! ¡Bajad allí!

Dos guardias descendieron por las escaleras a toda velocidad hacia donde estaban ellos. Los iban a atrapar como a ratones allí dentro, y apenas les dio tiempo a reaccionar. Elena cerró la puerta del sótano, en un último intento de proteger a Alan. Hasta que recordó algo. Algo que supondría la muerte del hombre que yacía herido en aquella habitación. La puerta solo se abría desde dentro. Lo habían hecho así en previsión de una situación como esa, así nadie podría entrar y atacarles cuando estuviesen heridos. Pero había olvidado ese detalle, y ahora Alan estaba solo allí dentro. Se odió profundamente a sí misma por aquel error. Pero no pudo lamentarse demasiado, porque se les abalanzaron encima. Uno fue a por Samuel, descargándole varios puñetazos en el estómago que provocaron que el chico se doblara sobre sí mismo, y a Elena el otro le retorció el brazo de forma violenta. En ese instante bajaron dos hombres más, que intentaron abrir la puerta, sin éxito, y empezaron a darle patadas. A ellos dos los arrastraron escaleras arriba, hasta la sala de estar. Arrojaron a la chica al suelo de un empujón, y a Samuel lo empotraron contra la pared.

La joven alzó la vista y vio que habían apresado a Matilda también. Uno de aquellos despreciables hombres le estaba atando las manos y la tiró contra el sofá, donde la mujer permaneció sentada, temblando. Había al menos cuatro hombres allí dentro, y estaban armados. Los dos que habían estado dando patadas a la puerta del sótano se unieron a ellos. Uno se agachó donde estaba Elena y abrió los ojos, al tiempo que lanzaba un grito de júbilo.

—Pero ¡mira a quién tenemos aquí! ¡Es ella! ¡La tenemos, por fin!

Se escucharon varios vítores siniestros retumbando entre las paredes de la sala. El hombre que la había apresado la levantó del suelo por un brazo, poniéndola frente a él. Tenía ojos de serpiente y varias lágrimas tatuadas en sus mejillas. Daba escalofríos. Ella no supo qué la aterró más, su sonrisa de psicópata o la mirada de asesino que le dedicó.

—Te hemos encontrado, gatita. Nos van a dar una pasta gansa por ti.

Elena empezó a revolverse para zafarse. Él la agarró y se pegó a su oído, susurrándole:

—Aún buscamos al inglés, por cierto. Se ha cargado a varios de los nuestros, y eso nos ha cabreado mucho. No sabes cuánto y de qué manera. Espero que esté muerto, porque como esté vivo y lo encontremos, pienso atarle a una silla para que vea cómo el jefe acaba contigo. Y luego lo mataré yo mismo.

Ella se giró y lo miró con rabia.

—Eres una maldita alimaña.

El hombre levantó la mano para abofetearla, pero uno de los guardias lo detuvo.

—El jefe quiere hablar contigo por teléfono, ahora. —Y le pasó un móvil.

El hombre de los tatuajes empezó a hablar con el que parecía ser el superior mientras retorció el brazo de la chica. Parecía estar dándole instrucciones. Colgó y la miró.

—Corso viene hacia aquí. Hoy no es tu día de suerte, gatita. Entre el inglés y tú habéis logrado cabrearlo de verdad. Y no quiero ni imaginar lo que va a hacer contigo. Está en la capital, y tardará un poco en llegar, pero cuando lo haga vas a ver la puerta del infierno abierta solo para ti, te lo aseguro —dijo, deslizando un dedo por el escote de la chica.

—¡No la toques, pedazo de...! —gritó Samuel, antes de que le descargaran un puñetazo en el estómago, derribándolo sobre la alfombra.

—¡Déjalo en paz, escoria! —chilló Elena.

Se zafó y fue directa a socorrer a su amigo. Pero no pudo llegar, el hombre la interceptó y la empujó, derribándola. La sujetó por el brazo y la levantó del suelo con brusquedad, zarandeándola.

—Ya me tienes hartos, te voy a encerrar hasta que llegue Corso y de paso te voy a enseñar un poco de respeto.

—¡Como la toques juro que te voy a matar! —La voz de Samuel se apagó cuando dos hombres se abalanzaron sobre él.

Oyó los gritos de madre e hijo mientras aquel hombre la arrastraba escaleras arriba, y ella se revolvió cuando llegaron al pasillo. El hombre la arrojó al suelo y tiró de su brazo hasta el dormitorio de Matilda. Cerró la puerta tras de sí.

Elena se levantó rápidamente y le mordió la mano, intentando escapar, pero fue inútil. Sintió un golpe tremendo en la mejilla que la dejó embotada y un pitido agudo se instaló en sus oídos, haciendo que los sonidos le llegasen lejanos. El hombre la arrojó a la cama y la ató por las muñecas al cabecero. La presión de las ataduras dejó profundos surcos rojos en su piel, mientras ella intentaba defenderse a base de patadas, pero él se sentó sobre sus rodillas a horcajadas y se rio de forma siniestra, acercando su cara a la suya.

—Lo vas a pasar francamente mal, te lo aseguro.

Lo miró aterrorizada, con una parte de sí misma ausente, como si su cabeza se

estuviese protegiendo para lo que vendría a continuación. El hombre paseó su cuchillo por sus piernas mientras canturreaba una siniestra canción. Ella pudo sentir la hoja deslizándose sobre la tela mientras resoplaba por el esfuerzo de haber estado tirando de ella hasta allí. Se acercó, y Elena pudo sentir su fétido olor a tabaco negro y sudor, intentando trazar un plan para librarse de aquel hombre, golpearle o hacer algo. De repente cesó de cantar y levantó el puñal. Ella apenas pudo abrir la boca para gritar cuando le asestó una profunda cuchillada en la pierna, y algo estalló en su cabeza. Gritó, notando la carne desgarrarse, ardiendo en un agudo agujonazo. No había terminado de exhalar el grito por el dolor, cuando el hombre volvió a apuñalarla. Ella se arqueó, chillando con toda la fuerza que le permitían sus pulmones.

«No voy a resistir esto. Este animal va a matarme aquí mismo».

Boqueó, intentando coger aire, sin conseguirlo, con el miedo y el dolor mezclándose en un macabro baile por todo su cuerpo, temiendo lo que sucedería a continuación. Recordó las puñaladas de Alan, y supo lo que le esperaba. El hombre pareció leerle la mente y se sacó su pistola de la cintura del pantalón, paseándola por su sien y su escote.

—Deja de gritar o te meteré una bala entre las cejas.

Elena estalló en un sollozo ahogado, y pudo sentir el temor apoderándose de su mente, sin dejar espacio para nada más. Comenzó a gritar cuando el tipo le levantó la camiseta, descubriendo su vientre. Iba a apuñalarla en el estómago. El miedo copó todo su sistema, ahogando cada pensamiento, cada emoción. El miedo lo cubrió todo, y la imagen de su estómago apuñalado le hizo empezar a temblar de una forma violenta. Ahora llegaba lo peor, esta cuchillada le iba a doler de verdad. Y era el fin, este iba a ser su fin.

El hombre deslizó el puñal por su cuello y se detuvo cuando escuchó estruendo de disparos y gritos que llegaba del piso de abajo. Parecían ráfagas de proyectiles, como en una ejecución, y dejó de respirar. Entre aquella marea de ruidos distinguió los alaridos de Samuel y Matilda perfectamente, y un silencio denso se hizo en su cabeza, extendiendo una marea de hielo por sus venas. Estaban matándolos en ese preciso instante. Los que consideraba su familia acababan de morir acribillados.

«Matilda. Samuel. No, no, no».

A aquello no podía estar sucediendo, así no. No podía pasar, no podía. Ellos no podían estar muertos. Visualizó sus rostros y un torrente de recuerdos le llegó. Matilda, esa mujer a la que quería como a una madre, haciéndoles fotos, riéndose sin parar mientras ella y su amigo se bañaban en la piscina hinchable del jardín cuando eran pequeños. Y Sam, su amigo, su apoyo, su claro en el bosque. Acababan de asesinarlos. Habían pagado con su vida el querer ayudarla. Y Alan terminaría muriendo en aquel sótano por la falta de cuidados y medicinas, agonizando durante horas. Las lágrimas acudieron en cascada a sus ojos. Estaban todos muertos por su culpa. Miró al hombre que tenía sobre ella,

mientras él observaba la puerta con una sonrisa macabra en el rostro.

—Vaya, ya solo quedas tú, y ya habremos cumplido el trabajo. Ahora voy a tenerte para mí solo.

Se imaginó cómo iba a terminar su cadáver tras la sesión de puñaladas que le esperaba, y una arcada le subió desde el estómago. Así iba a acabar todo, con su familia muerta a balazos, Alan agonizando y ella siendo torturada hasta la muerte. Tanto sacrificio en balde. Habían ganado la partida, y ella también iba a pagar con su vida la derrota. De repente los gritos cesaron, al igual que los disparos, y solo se escuchó el pesado silencio ensordecedor que se instala en los oídos tras los actos más abominables. Cerró los ojos y empezó a llorar cuando oyó pasos por la escalera. El hombre la miró y sonrió.

—El jefe ya ha llegado, por fin. —Se inclinó sobre su rostro, rozando sus labios con los suyos—. Qué ganas tengo de probarte, gatita, no puedes ni imaginártelo. —Empezó a reírse de forma salvaje y a cantar mientras paseaba el cuchillo por su garganta—. Ya viene, gatita, ya viene el león, y ahora empieza, al fin, la diversión.

Ella estalló en llanto. No iba a poder soportarlo, no iba a poder aguantar lo que tuvieran planeado hacerle. Pensó en Alan, en Matilda, en Samuel y en su padre pidiéndoles perdón por haber dado sus vidas por tratar de salvarla. Una lágrima salió de sus ojos. Esa lágrima contenía todos sus recuerdos.

Su agresor se desabrochó los pantalones, ya excitado, y se tumbó sobre ella, deslizando sus manos bajo su camiseta. De la garganta de Elena salió un largo grito envuelto en llanto cuando ese despreciable hombre paseó su boca por su cuello mientras manoseaba y pellizcaba sus senos. Elena pudo escuchar los pasos que se acercaban corriendo por el pasillo. Corso ya estaba allí. Ella empezó a sollozar aterrorizada, cerrando los ojos con fuerza, rogando para que su mente se alejase kilómetros de allí, cuando ese indeseable empezó a tirar de sus pantalones para quitárselos, gritando a pleno pulmón.

—¡Corso, corre, o voy a empezar a divertirme con la gatita salvaje sin ti!

«Piensa en el bosque, en las hojas, en las ásperas cortezas de los árboles, en la laguna. Piensa en la laguna».

La puerta se abrió con un golpe fortísimo, casi incrustándose contra la pared, y tres atronadores disparos retumbaron por toda la habitación, creando un eco que golpeó los oídos de la chica varios segundos. El hombre se desplomó, golpeándola en el hombro, y cayó al suelo, haciendo un sonido sordo. Notó una respiración densa a su lado, resoplando. Corso la quería para él solo, al parecer. Sintió cómo se agachaba a su lado, aflojándole las ligaduras de las muñecas, acariciándole suavemente la pierna y el brazo heridos, mientras ella seguía con los ojos cerrados y gruesas lágrimas descendían de sus ojos a la almohada. Las manos recorrieron sus mejillas, capturando las lágrimas que

salían desbordadas de sus ojos, y una voz con suave acento inglés sonó a su lado.

—Elena, ya estás a salvo. —Se le quebró la voz—. Elena, mírame, por favor. Necesito que me mires.

Abrió los ojos de golpe y lo vio. Era Alan, y estaba vivo. Increíblemente vivo. Se abalanzó sobre él, que la envolvió en sus brazos, abrazándola muy fuerte. Era él, era él de verdad, y ella estalló en un llanto explosivo, fruto de toda la tensión de las últimas horas y días. Lloró por toda la culpabilidad que la había estado aplastando, por la inmensa alegría de saber que estaba vivo, por el miedo que sintió, por todo lo que no pudo decirle... Lloró por todo eso.

Abrió los ojos, nublados aún en lágrimas, y lo abrazó otra vez. Alan volvía a oler a vida, volvía a emanar fuerza y potencia por cada poro de su piel. Sintió la contundente solidez de su cuerpo junto al suyo, los fuertes músculos de su torso y sus brazos alrededor. No había nada comparado a estar con él de esa forma. Nada. Siguió sollozando sobre él, nunca se había sentido tan feliz como en ese momento, entre sus brazos. Puso la mano en su rostro, con las lágrimas rodando sin control y pudo leer en la mirada de angustia del detective el miedo que sintió al creer que no llegaría a tiempo de salvarla. La besó, sintiendo que solo existían ellos dos en el universo. Permanecieron anclados el uno en el otro, desbordados por las sensaciones de ese instante. Él la miró, sin dejar de abrazarla.

—Vámonos de aquí.

Sus brazos la izaron de aquella cama donde podría haber muerto acuchillada y ella se refugió en el hueco de su hombro, perdiéndose en su aroma. Nadie olía como él. Jamás habría otro como él. Salieron de la habitación y ella volvió a besarlo antes de bajar las escaleras, con las manos enlazadas en su nuca. No escuchaban nada, no veían nada, no existía nada, ni nadie, aparte de ellos dos en todo el planeta en ese momento. Se acurrucó contra él, apoyando la cabeza en su hombro. Llegaron a la sala de estar y el rostro del detective de repente se crispó, clavando los dedos en el cuerpo de la chica con fuerza.

—Alan, ¿qué...?

La miró con el rostro tenso, apretando la mandíbula, con expresión grave.

—Elena, quiero que me mires. No separes tus ojos de los míos, no mires a tu alrededor. No veas nada, solo a mí, clava tus ojos en mí.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—No dejes de mirarme, Elena, no dejes de hacerlo. Mírame, ¿de acuerdo? Mírame.

Ella asintió, nerviosa, enlazando sus manos tras su nuca con más fuerza, anclando sus ojos en los suyos. Empezaron a avanzar, mientras Alan la miraba fijamente. Atravesaron la sala de estar de la vivienda, y ella solo percibía cosas oscuras alrededor, e intentó hacer lo que él le había dicho, no mirar nada aparte de su rostro. Pero no pudo evitar que sus ojos se deslizaran hasta la habitación. Entonces vio el origen del estruendo que había

escuchado desde el dormitorio. Se llevó la mano a la boca, intentando controlar el horror que se apoderó de ella. La escena era dantesca. Había impactos de bala en las paredes, sangre por todo el suelo y varios cadáveres en la misma sala donde ella había jugado de niña. Los hombres de Corso yacían desmadejados sobre los muebles y la alfombra en posturas imposibles, con la mirada perdida y agujeros por todo el cuerpo.

—Cielo santo, están... Y sus cuerpos...

Elena se separó levemente de él, en una reacción automática, y notó cómo la respiración del detective cambiaba. Se giró hacia él, que desvió su mirada de la suya lentamente, y su rostro se ensombreció al darse cuenta de la reacción de la chica. Creía que ella lo despreciaba por haber matado a esos hombres. Intentó decirle que no era así, que en realidad los había salvado, y que le debían la vida, pero no pudo decir una sola palabra, aún impresionada con la escena que tenía a su alrededor.

Se dirigieron al exterior, donde Matilda y Samuel esperaban apoyados sobre el coche. Alan la depositó en el suelo con cuidado, sosteniéndola, ya que no podía apoyar la pierna herida. La mujer se llevó una temblorosa mano a la boca y empezó a sollozar al verla. Corrió hacia ella y la abrazó durante varios minutos, acariciándole la espalda y sollozando levemente. Se separó y le tomó el rostro con las manos.

—Cielo santo, te ha apuñalado —dijo, angustiada—. Elena..., mi niña.

—Tranquila, estoy bien.

La mujer la volvió a abrazar, presa de los nervios.

—Jamás había pasado tanto miedo, cariño, creímos que ese hombre iba a matarte, y que íbamos a tener que presenciarlo. No sabes la angustia que sufrimos. Menos mal que Alan llegó a tiempo.

—Puedo imaginármelo. Y tú, ¿estás bien?

—Ahora sí, cariño. Ahora sí.

—Siento que hayas pasado por todo esto, Matilda.

—Lo importante es que estamos todos vivos y bien.

Se separó y la miró otra vez, deteniéndose en sus heridas.

—Te traeré algo para curarte enseguida y ropa nueva. —La miró con media sonrisa—. Oscura, ya lo sé.

Elena sonrió levemente y le dio un beso en la mejilla. La mujer se fue de su lado hacia el interior de la casa. Entonces levantó la vista y contempló a Samuel. Ahogó un grito al ver los regueros de sangre por su nariz y su boca, y sus magulladuras. Sus manos también estaban rojas, con las pieles de los nudillos amoratadas. Había peleado. Se acercó hasta ella y la abrazó, hundiéndose en el hombro de la chica.

—Lo siento, intenté ayudarte cuando te oí gritar desde el piso de arriba, pero empezaron a golpearme. Logré escapar unos metros, pero cuando llegué al tercer escalón se abalanzaron más hombres sobre mí y no pude quitármelos de encima. Siguiéron

pegándome hasta que Alan apareció y, bueno, ya te puedes imaginar el resto.

—Lo sé, Sam, jamás podría culparte por ello.

El chico volvió a abrazarla, soltando todo el aire que llevaba conteniendo de una sola vez. Ella no pudo imaginarse por lo que había pasado. La miró, esbozando una breve sonrisa.

—Voy a por más provisiones a la casa, vendré ahora.

Ella asintió y él se alejó de allí, abrazándola una vez más. Le parecía increíble que aquello hubiese acabado bien. En esos momentos la historia podría haber sido muy diferente, y habría cuatro cadáveres más en la lista. Los suyos. Alargó la mano y tomó la de Alan, que la sujetó por la cintura y la sentó en el asiento trasero del coche, agachándose a su altura.

—¿Estás bien, seguro?

—Sí, tranquilo. Estoy bien.

Él miró hacia la puerta trasera de la casa, por donde habían salido, y después la miró a ella, tensando la expresión.

—Elena, siento que vieras lo de la sala de estar, de verdad, yo... Necesito que sepas que...

—Si no llegas a acabar con esos hombres, nos habrían matado a todos, Alan. Lo habrían hecho, ese era su plan. Nos has salvado. —Lo miró fijamente—. Lo entiendo. ¿Vale? No eres como ellos, lo sé.

—Elena...

Ella le dio un largo beso y le acarició el rostro, siguiendo la línea de su mandíbula.

—No eres un asesino, Alan, créeme que lo sé.

Él cerró los ojos unos segundos, respirando aliviado.

—Voy a coger armas y munición dentro. Serán solo unos minutos. Matilda y Samue están cerca, enseguida aparecerán por aquí, así que no vas a estar sola en ningún momento.

Ella asintió y se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro, enlazando sus dedos, diciéndose con la mirada todo lo que sus labios no se atrevían a pronunciar.

«Creí que ibas a morir en aquel sótano».

«Creí que ibas a morir en aquella habitación».

Se miraron, entendiéndose a la perfección.

—Por un momento pensé que iba a perderte para siempre.

—Yo también. —Suspiró—. No te haces una idea de lo cerca que han estado de acabar conmigo esta vez. —Se quedó en silencio unos segundos, mirando hacia la carretera, y volvió a fijar su vista en ella, con gravedad—. Elena, tenemos que irnos todos de aquí cuanto antes. Acaban de subir el nivel de amenaza. Esto es un punto de inflexión para ellos y para nosotros. No se van a quedar de brazos cruzados tras este episodio, ahora sí

que estamos en verdadero peligro.

—Ya lo sé. —Miró hacia la carretera—. Debemos irnos del valle cuanto antes. Se avecina algo, ya han cortado la carretera de acceso.

—¿La han cortado?

—Sí, los hombres de Corso están apostados allí desde ayer, o puede que desde antes, no lo sé. Han montado controles con infrarrojos, pinchos y un montón de agentes, aunque dudo mucho que lo sean.

Él asintió, mirando al suelo. La situación ya se había desbordado, y los había atrapado allí dentro.

—¿Sabes si hay alguna otra salida, una pista forestal, algún camino oculto por el bosque, algo por donde podamos salir de aquí, aunque sea a pie?

—Sí, por eso no te preocupes, tengo mi propia vía de escape del valle. La revisé la tarde anterior a la explosión del bosque, y estaba perfecta. Supongo que debe seguir estándolo.

—Está bien —dijo, sorprendido—. Tendré que hablar con los demás para que también busquen un refugio seguro tras salir de aquí. Debemos separarnos para que no nos encuentren a todos juntos una vez que estemos fuera del valle.

Elena asintió y pensó en ellos con nostalgia. Le hubiese gustado ir con Samuel y Matilda, pero tenía razón, debían separarse para despistarles. Alan y ella huirían a Inglaterra, allí estarían a salvo. Miró al joven inglés, que en ese momento la observaba con atención, como si quisiese decirle algo importante y grave, y se estuviese preparando para su reacción. Siempre supo que llegaría un punto en el que se tendría que separar de Matilda y Samuel para mantenerlos a salvo, ya lo había asumido desde hacía tiempo. ¿Por qué la miraba así, entonces? Bajó la vista al suelo, frunciendo los labios. Quizá él estuviese pensando lo mismo que ella en ese instante: No tenía pasaporte para viajar con él a Gran Bretaña, y no sabía cómo conseguirlo sin llamar la atención ni levantar sospechas, y eso sí que era un problema, y de los gordos. Quizá él supiera cómo. Podrían ocultarse en la capital unas semanas hasta que se lo dieran, o irse él primero y ella después. Tenían que planear bien qué iban a hacer a partir de entonces. Iba a preguntárselo, cuando Alan pronunció las palabras que la hundieron en el abismo más profundo:

—Lo siento, pero no puedo arriesgarme a que nos encuentren juntos. Separándonos estaremos a salvo para que no nos localicen. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella bajó la vista, sintiendo cómo puñales invisibles la atravesaban, y el eco de esa palabra retumbó en su cabeza sin cesar, en una violenta espiral que le golpeaba las sienes.

«Separándonos».

Eso significaba que ellos también tomarían caminos distintos. Sintió que se hundía en

un pozo. Había malinterpretado las señales, todas y cada una de ellas. Él volvería a Inglaterra, tal y como ella había supuesto en un principio. Alan no iba a seguir a su lado, era demasiado arriesgado. El cuento de hadas había llegado a su fin, la realidad se había impuesto, y era hora de despertar. La soledad la había encontrado finalmente, como tantas otras veces. Lo miró, sintiendo cómo algo le apretaba el pecho y la garganta. No lo vería nunca más. Se acababan de encontrar y ya se despedían para siempre. Parpadeó rápidamente al darse cuenta de que estos eran probablemente sus últimos minutos con el detective, que la miró en ese momento.

—Tranquila, ya verás que todo saldrá bien. Eres una chica fuerte y sé que podrás con esto también. Al principio será duro, lo sé, pero es lo mejor para todos.

—Sí, claro, no te preocupes. —Lo miró fingiendo su mejor sonrisa falsa—. Tengo unos ahorros escondidos en uno de los refugios del bosque. Alquilaré una habitación en la capital hasta que me pueda comprar un billete a alguna parte recóndita donde ellos no puedan encontrarme y desapareceré. Estaré bien. Sé... sé cuidarme sola.

Alan la miró estupefacto, con los ojos muy abiertos. Pero ella no se percató, había bajado la vista hacia la gravilla de la carretera, pensativa. Hizo un pequeño círculo en el suelo con la punta del pie, intentando disimular la tristeza inmensa que la estaba devorando por dentro antes de alzar sus ojos hacia él y que se diera cuenta. Tragó saliva con disimulo y continuó:

—¿Puedo llamarte alguna vez a Londres? Seré discreta, lo prometo, apenas te molestaré. Solo me gustaría saber si estás bien, y... oír tu voz de vez en cuando.

Él se quedó callado, observándola con expresión de incredulidad, incapaz de decir nada. Ella se aclaró la voz, con la vista fija en el suelo. El silencio del detective la estaba dejando sin apenas respiración. No solo la iba a dejar, tampoco quería mantener ningún contacto con ella. Algo la estranguló, y sintió una fisura en el pecho ante esa sensación tan dolorosa que iba trepando por su piel. Alan no sabía cómo decirle que no le importaba lo que le ocurriese de aquí en adelante, y por ello permanecía en silencio. Por unos momentos sintió que el suelo se hundía y solo quería salir huyendo de allí.

—Bueno..., si no quieres, no pasa nada. Era solo... Nada, no era nada —dijo tragándose las lágrimas a duras penas.

El detective quería pasar página y olvidarse del valle y de todo lo que lo rodease, incluida ella. Él estaría ya en Londres cuando los hombres de Corso la encontrasen y la matasen. Quizá leería la noticia en la prensa y se enteraría de esa manera de su muerte. Pero lo más probable es que hicieran desaparecer su cadáver y nadie sabría que la habían asesinado. Alan apoyó un dedo bajo su barbilla, y levantó su rostro hacia él, obligándola a mirarlo.

—Elena, te vienes conmigo a Inglaterra —dijo, vocalizando muy despacio—. Me refería a separarnos de Samuel y Matilda. Yo no voy a dejarte, ya te lo dije en el hotel.

Jamás voy a hacer eso, jamás te dejaré sola. He tramitado tu pasaporte, solo tenemos que recogerlo e irnos de aquí.

El detective la miró nervioso hasta que una sonrisa inmensa se abrió paso en el rostro de la joven. Se contemplaron el uno al otro, enlazando sus manos, experimentando de nuevo esa corriente eléctrica y esos chispazos que les quemaban la piel. Ella sintió que se había abierto un claro entre tanta tormenta. Él la miró y entrecerró los ojos.

—Nos vamos juntos, ¿de acuerdo?

Ella asintió, sonriendo.

—Juntos.

Él se levantó, despacio, sin dejar de contemplar a la chica que le observaba como si estuviesen en medio del paraíso. Se quedaron en silencio, volviendo a hablar sin palabras.

«No quiero alejarme de ti, Alan».

«No puedo alejarme de ti, Elena».

El inglés sonrió y desapareció por la puerta trasera de la casa de Matilda mientras Elena lo observaba con detenimiento, pensando que quizá la vida había decidido que ya había sufrido bastante y que merecía algo bueno. Y Alan era más que algo bueno. Era inmensamente perfecto. En ese momento apareció Samuel cargando varias mochilas, dirigiéndose hacia el coche, con expresión preocupada. Tras cargar el maletero, su amigo se acercó hasta ella, aún en las nubes mirando la puerta por donde tendría que aparecer su hombre perfecto. La voz de su amigo la bajó a la tierra de golpe.

—Tengo que hablar contigo.

Su cara no tenía ningún secreto para ella, y no le estaba gustando lo que estaba viendo. Tenía el ceño fruncido y las aletas de su nariz se movían imperceptiblemente.

—¿Qué ocurre, Sam?

—Mientras ese hombre te subía escaleras arriba, pude escuchar un fragmento de una conversación entre aquellos indeseables.

La alarma de la chica se activó al momento, mirando a su amigo, que hizo una mueca con los labios.

—Van a cerrar el valle entero y no quieren testigos. No sé cuándo van a empezar a ejecutar el plan, pero lo van a hacer pronto. Si queremos huir, este es el momento, antes de que todo empiece.

—Lo sé, se lo acabo de decir a Alan. Sé por dónde podemos huir, pero no va a ser fácil.

—Nunca lo es. —Resopló, esbozando media sonrisa.

«La única vía es la salida de la montaña, pero Alan y yo aún estamos heridos. Nosotros podemos quedarnos unos días en el refugio mientras los demás escapan. Espero que no se den cuenta y emprendan una búsqueda por todo el valle, porque si no,

estamos perdidos», pensó.

Se quedó callada, meditando una idea siniestra que acababa de cruzar por su mente y que se estaba aposentando. Miró hacia su amigo otra vez y un recuerdo le sobrevino.

—¡Tenemos que irnos ya, Corso viene hacia aquí! —gritó.

El chico se separó de su lado, dirigiéndole una mirada en la que se podía leer la gravedad de la situación y ocupó el asiento del conductor, girándose hacia ella.

—Elena, tenemos que pensar en algo.

Ella asintió y se giró hacia la ventana, viendo cómo Matilda salía de su casa y se giraba hacia su hogar, con nostalgia, cargada con varias mochilas, con la expresión triste de quien es consciente de no saber cuándo volvería a su casa. Lo sabía porque ella había puesto esa misma expresión cuando abandonó la suya para esconderse en el bosque.

La mujer terminó de cargar las últimas bolsas en el coche y acompañó a Samuel en la parte delantera tras limpiar rápidamente las heridas de Elena y aplicarle el vendaje. No había tiempo que perder. Alan llegó al coche, portando varias mochilas de acampada de Samuel, llenas de armas y munición, y se sentó junto a ella, pasándole el brazo alrededor de los hombros, acercándola hasta él en un gesto protector. Su amigo arrancó y la miró por el retrovisor.

—¿Adónde vamos?

—Al refugio de la montaña. Existe una cueva natural incrustada en la roca del pico de Sandara. Nadie sabe que existe, pero está allí. ¿Sabes cómo ir hasta la pista que va al lago Sam?

El chico asintió, mirando a su madre.

—Debemos abandonar el coche, mamá. Hay que ocultarlo o hacerlo desaparecer para no dejar pistas a los hombres de Corso.

—No, es vuestro coche... —empezó a decir la chica.

Matilda se giró hacia ella con expresión dulce.

—Lo hundiremos en el lago para que no lo encuentren. No te preocupes, cariño, solo es un coche —dijo, apretándole la mano.

Ella le sonrió agradecida. Quería inmensamente a esa mujer, siempre anteponía el bienestar de los demás al suyo propio. Se recostó sobre el detective y miró el exterior. Un nuevo día estaba despuntando, llenándolo todo de una nueva luz.

Mientras, en Zugati, varios técnicos de los laboratorios se encontraban alrededor de una gran mesa blanca rodeada de sillas giratorias. Era una de las salas de reuniones que albergaba el edificio. En la pared había grandes fotos de los productos de la farmacéutica. Un hombre, vestido de un blanco inmaculado, tomó la palabra:

—Los he convocado porque hace dos días di la orden para que cerrasen el valle de forma definitiva. Llevamos mucho tiempo aquí, y es peligroso permanecer anclados en un lugar, como ya sabéis. Debemos desmantelar esto.

—¿Desmantelarlo, Davies? —preguntó una mujer.

—Así es. Debemos irnos de aquí pronto. La junta ha acordado terminar los últimos experimentos con la población. Con todos. Someteremos a las últimas pruebas a todos los jóvenes que vivan en el valle, para tener al menos algún resultado con el que poder seguir investigando cuando nos vayamos de aquí y nos instalemos en otro lugar.

—¿En qué lugar?

—Aún no lo he decidido, pero ya tengo a mis hombres trabajando en ello.

—Y ¿qué haremos con los jóvenes cuando dejemos de experimentar con ellos? —quiso saber la mujer, otra vez.

—Lo mismo que hacemos cuando el cerebro de un sujeto es irrecuperable. Deshacernos del cuerpo.

—¿Y la chica?

—Es escurridiza, pero debemos capturarla cuanto antes, y, si las cosas se tuercen, llevárnosla a la base para experimentar con ella.

—Pero ¿y si no la encontramos? —preguntó uno de los técnicos.

—Quemaremos el maldito bosque con ella dentro hasta hacerla salir de su madriguera —sentenció Davies.

El traqueteo constante del motor del coche, unido al cansancio y el mareo que empezaba a sentir por la pérdida de sangre por la herida de la pierna, provocaron un profundo sopor en Elena, que se recostó sobre Alan, sintiendo todos los vendajes a través de la fina camiseta. Él la miraba en silencio de vez en cuando, pero la mayoría del tiempo escrutaba el exterior con una expresión fiera, alerta ante cualquier amenaza. Le recordaba a un puma. Miró a los ocupantes de los asientos delanteros. La madre de su amigo observaba el paisaje con inquietud, buscando posibles controles en la carretera. Las manos de Samuel estaban tirantes por la fuerza con la que sujetaba el volante y su expresión era tensa.

Bajó la vista y la levantó nuevamente, obligándose a observar bien a los pasajeros. Vio las señales rojas de las muñecas de Matilda, los rastros de sangre en el rostro de Samuel, la marca de un bofetón en la mandíbula de la mujer, los puños hinchados de su amigo, suponiendo las magulladuras que tendría por todo el cuerpo. Aquel pobre chico al que se aferraba cuando todo se desmoronaba a su alrededor había sufrido por su culpa. Recordó los gritos de su amigo mientras aquel hombre la subía escaleras arriba, y cómo le habían golpeado cerca del sótano, y sintió que algo le apretaba el corazón.

Y finalmente miró a Alan, con una gran bola en el estómago, imaginando lo que le había ocurrido en aquella habitación de hotel, en la historia que había detrás de cada alarido que había escuchado, el dolor de cada cuchillada, disparo y magulladura que vio en su cuerpo, los restos de sangre en su pistola. Recordó su ropa desgarrada, hecha jirones, en el suelo del comedor. Había recogido su camiseta y la había escurrido en el

fregadero, contemplando cómo un torrente rojo manchaba toda la pila.

Volvió a mirarlo mientras su cabeza seguía regalándole esas imágenes sin que ella pudiese hacer nada para detener esa cascada sádica de escenas que se sucedían sin control. Aquellas tres personas habían sufrido por su culpa, por intentar protegerla, por mantenerla con vida un día más, pero... ¿si hubiesen muerto? ¿Podría ella vivir con esa culpa? Su familia y Alan habían arriesgado su vida porque ella se negaba a entregarse. Y su padre había dado la vida por ella. ¿Cuántas vidas costaba la suya? ¿Cuántas? ¿Estaba dispuesta a seguir poniéndolos en peligro por seguir ella a salvo? Era una egoísta, eso es lo que era. Alan podía haber muerto por su culpa, Samuel había renunciado a su vida por ella y Matilda veía a su hijo jugarse la vida cada vez que iba al bosque a dejarle ropa y comida porque ella había antepuesto su vida a las personas que amaba. Era tan despreciable como los que la perseguían. Volvió a mirar a los pasajeros, y sus heridas, y sintió que se estaba asfixiando. Tenía que correr, tenía que escapar de allí.

—Para —ordenó con voz firme.

—Elena, ¿qué...? —la voz de Samuel sonó confundida desde el asiento delantero.

—Para.

—Elena, ¿te encuentras...? —preguntó Alan, girándose hacia ella con preocupación.

—¡Para de una maldita vez, Sam!

Samuel frenó en seco y ella se precipitó hacia la puerta. Salió del coche a la carrera sintiendo cómo unas agujas enormes le asaeteaban la pierna herida, pero en ese momento obvió el dolor y siguió corriendo deprisa por aquella pradera hacia unos árboles que la ocultaron en cuanto se internó entre sus enmarañadas ramas. No podía respirar, intentaba hacerlo, pero el aire no le llegaba. Comenzó a llorar, tapándose la boca para no gritar, como había hecho tantas veces, mientras las lágrimas caían en torrente desde sus ojos. Deseó que se llevaran los recuerdos de la muerte de sus amigas, de su padre, su solitaria vida en los escondites del bosque, la muerte de todos los investigadores que habían intentado capturarla, muriendo casi delante de ella, la agonía de Alan, aquellos hombres en casa de Matilda, golpeándoles. Pero no se llevaron ningún recuerdo. Todos y cada uno de ellos siguió allí, anclado en su memoria para siempre.

Llegó a un claro y cayó al suelo de rodillas, tapándose el rostro con las manos. No podía más. Había tenido que renunciar a todo para seguir con vida.

«Pero ¿qué vida? Esto no es una vida, solo es una huida constante. No puedo seguir así, alerta permanente por si consiguen atraparme. Esto se acaba aquí, todos deben alejarse de mí. Mientras permanezcan a mi lado estarán siempre en peligro. Solo tengo que entregarme para darles el tiempo suficiente para escapar, crear una distracción tan fuerte para que ellos puedan huir a un sitio seguro. Matilda y Samuel podrían viajar a cualquier lugar y Alan estará seguro en Inglaterra».

Se sentó en el suelo, con las rodillas flexionadas, y siguió llorando, doblándose sobre

sí misma, incapaz de controlarse. Era como si todas esas lágrimas de frustración llevasen años guardadas y estuviesen saliendo en ese momento sin ningún control. Distinguió por el extremo del ojo una presencia a su lado y se sobresaltó. Se secó las lágrimas para enfocar la imagen y vio que era Alan. Estaba sentado a su lado, mirando hacia los árboles, en silencio. No sabía cuánto tiempo había permanecido allí viéndola llorar. La miró con cautela y siguió observando la espesura verde, sin decir palabra. Ella hundió su rostro entre sus manos otra vez y las lágrimas siguieron rodando por sus mejillas. Dejó de llorar tras varios minutos. Se incorporó lentamente, y el dolor le clavó sus garras en la pierna con un agujonazo afilado. Ahogó un grito y sus piernas cedieron.

Alan reaccionó deprisa y la cogió en brazos antes de que cayese al suelo. La miró con gesto grave, pero no dijo nada. Regresaron al coche en completo silencio. Allí los esperaban los demás con expresión interrogante, sin entender qué estaba pasando. Matilda se acercó hasta ellos, preguntando qué ocurría, cuando un gesto del detective la reconvinó y la mujer se quedó callada, mirando a la chica con preocupación. Alan la colocó otra vez en el asiento, con suavidad, mientras ella sentía cómo clavaba sus ojos en los suyos, pero giró la cara hacia la ventana. A cababa de tomar una decisión que no iba a gustarle, y temía que, si lo miraba, él terminaría por averiguarlo.

Samuel la contempló por el retrovisor, pero ella esquivó sus ojos también. La conocía bien, y no podía permitir que leyera en su rostro lo que estaba pensando. Vio la expresión grave de su amigo, y cómo arrancaba el coche sin despegar su mirada de ella a través del retrovisor. Se pusieron en marcha otra vez, con los árboles de la carretera pasando veloces ante ellos. Los cuatro pasajeros se mantuvieron en silencio. Solo la voz de Samuel rompía el silencio de vez en cuando, preguntando por indicaciones, y Matilda se giraba con frecuencia a Elena y le acariciaba el dorso de la mano, con cariño. Ella le sonrió levemente.

El asfalto pronto se transformó en una pista forestal, y los árboles se multiplicaron por todas partes, al igual que las piedras. Habían llegado al bosque, al hogar. Llegaron al lago y todos bajaron del vehículo, descargando las mochilas. Samuel dejó el coche sobre una rampa arenosa que había en un extremo y soltó los frenos. El coche fue sumergiéndose lentamente, creando una cresta de burbujas mientras Matilda observaba la escena en silencio. Ella había llegado a Sandara montada en él, embarazada de siete meses, tras una dolorosa ruptura con el padre de su hijo. Blasco y su mujer, Verónica, la habían ayudado en todo, acogiendo a su bebé casi como suyo, hasta que llegó la pequeña Elena y los niños se criaron como hermanos. Ese coche había sido testigo de casi toda su vida, y ahora se despedía de ellos llevando a cabo su última misión, llevarlos al refugio más seguro del valle. La joven se acercó hasta ella, rodeándola con el brazo, y la mujer se apoyó en su hombro, viendo cómo una parte de su vida se iba hasta el fondo de ese lago. Un ligero temblor los sacudió a todos en el mismo instante.

La montaña de Sandara era una mole inmensa de roca que presidía el valle. Pese a que no llegaba a los dos mil metros de altura, muy pocos aventureros del pueblo se habían atrevido a subirla. Tenía aristas afiladas y profundas simas que habían provocado graves accidentes en el pasado, por lo que nadie iba allí. Había que ser un insensato para arriesgarse a subirla. Pero ella descubrió cómo hacerlo. El secreto de ese monte es que no se podía llegar a su cima en vertical, como lo intentaba todo el mundo. Si querías llegar hasta allí, cerca de dónde se hallaba la cueva, había que ir rodeando la montaña como si fuese una escalera de caracol. De esa manera se evitaban las paredes verticales y las peligrosas simas que existían en cada una de sus caras. Así, rodeándola, Elena descubrió un manantial de agua y una poza de azules aguas donde se bañaba a menudo. El refugio de la montaña era su escondite preferido, y era en el que más tiempo había permanecido. Desde allí se veía todo el valle y podía guarecerse en su interior cuando había tormenta. Era lo más parecido a una casa que tenía en el bosque.

Alan insistió en llevarla durante el trayecto para que no forzase la pierna herida. Pero ella no le permitió hacerlo, aludiendo que él aún estaría convaleciente. La dolida expresión del joven ante ese rechazo le hundió el corazón. Era evidente que quería hablar con ella cuanto antes de lo que le había ocurrido en el prado, y que el trayecto hasta el refugio sería la ocasión ideal, pero ella aún no estaba preparada para eso, aún no. Se acomodó en la espalda de su amigo e iniciaron el ascenso, posando sus ojos de forma alternativa en el valle y en el camino que tenían delante. Desde allí vieron varios furgones negros apostados en la carretera de acceso, una gran cantidad de agentes e incluso distinguieron barricadas. Se preguntó qué estarían planeando. Debían huir antes de que las cosas empezasen a ponerse más difíciles todavía, y Sandara era la opción más segura.

La vía de escape la había construido ella sola y después se la había enseñado a su padre, que la había mirado orgulloso. Cada mes, ella la revisaba concienzudamente. Era su seguro de vida, y si se bloqueaba, estaría perdida, jamás podría salir de allí. Su entrada se localizaba en la falda de la montaña y desembocaba hasta más allá del bosque, alejada de la carretera de acceso, cerca de otra vía secundaria que llegaba a la capital dando un rodeo.

Elena vio la pequeña torreta de piedras que marcaba que ya estaban cerca del refugio. La cueva estaba muy oculta en la roca, camuflada con un saliente y la sombra que proyectaba. Nadie pasaba por allí nunca. Esa zona de la montaña, vista desde la base, parecía una pared lisa de roca. Había que acercarse lo suficiente para saber que en realidad era una zona bastante amplia con una explanada que daba a la salida del valle.

—Es aquí, Sam. Justo donde está ese árbol con las ramas retorcidas —dijo apretándole el brazo—. Bájame, creo que puedo caminar. Esta parte es la más complicada, y a veces se necesitan las manos para trepar un poco.

—¿Seguro que vas a poder? Creo que no deberías forzar la pierna.

—Voy a intentarlo, no te preocupes. Gracias por subirme hasta aquí.

Su amigo refunfuñó y la bajó con sumo cuidado, para no hacerle más daño. Pese al delicado movimiento, ella lanzó un leve quejido al tocar el suelo.

—A partir de aquí la llevo yo —la voz de Alan sonó a su lado.

Ambos se giraron sobresaltados hacia él. Era increíblemente silencioso cuando se le proponía. Elena iba a empezar a farfullar alguna excusa, girando el rostro para no mirarlo, cuando sintió sus fuertes brazos rodeándola, en un movimiento tan ágil y rápido que apenas pudo darse cuenta de que ya la tenía subida a su espalda. Miró a Samuel y le instó a seguir, dejando que Matilda pasara primero, quedándose ellos al final de la fila. Pese a que era la misma postura que había mantenido con Samuel durante toda la ascensión, la sensación de intimidad con Alan se multiplicaba por mil. Elena escuchaba su profunda respiración mientras ascendían el último tramo, al tiempo que observaba las cuchilladas en sus brazos, que se estaban convirtiendo en cicatrices. Se las había hecho protegiéndola. Se dejó vencer por la oleada de gratitud que sentía, y apoyó sus labios en su cuello, justo debajo de su oreja, durante unos segundos, mientras apretaba suavemente sus brazos alrededor de sus hombros, embriagándose con el olor de su piel. El cerró los ojos despacio, respirando aliviado y relajando los hombros. Ese simple gesto acababa de arreglarle el corazón. La miró con cierta reserva y le susurró, en voz muy baja:

—Elena..., tú y yo, ¿estamos bien?

—Estamos bien, Alan. —Volvió a besarle en el cuello—. Estamos muy bien.

Él posó una mano en el brazo que ella tenía alrededor de su cuello con afecto y ella lo abrazó con más fuerza. Pudo verle sonreír, y sintió cómo hasta su corazón suspiró levemente.

Llegaron a la cueva entre suaves y tiernos gestos de afecto, sintiendo que habían vuelto a encontrarse. Alan la dejó sentada sobre una roca y ayudó a Samuel a retirar la gruesa rama y las piedras que había frente a la entrada como rudimentario camuflaje. Al hacerlo, descubrieron una estancia de ocho metros de largo, con dos pequeñas oquedades a los lados que ella usaba como dormitorios, ya que su padre había ido a visitarla allí en varias ocasiones. Los días de lluvia se había dedicado a ampliar la entrada de esas dos habitaciones y a labrar pequeñas estanterías en la roca, donde colocaba las escasas pertenencias que aún conservaba, dándole aspecto de auténtico hogar. Aún había bastantes enseres de la última vez que estuvo.

—Vaya, Elena, no sabía que estuviese tan bien —le dijo su amigo, entusiasmado.

La chica sonrió, orgullosa.

—Eso no es nada. ¿Recuerdas las pinturas que he estado pidiéndote todos estos años?

—Cómo olvidarlo. Creo que me he dejado la mitad del sueldo de la clínica en eso.

Ella le sonrió abiertamente.

—Mira al techo, Sam.

Los cuatro lo hicieron. El techo entero de la cueva estaba pintado y en él había dibujado estrellas, planetas y galaxias. Siempre le había gustado pintar, y durante esos seis años había perfeccionado su técnica. El techo de la cueva era su obra cumbre, por así decirlo.

Su padre le había regalado un pequeño telescopio en su decimonoveno cumpleaños. Apenas le duró unos meses, porque se rompió en uno de los traslados, pero gracias a él se hizo aficionada a la astronomía. Al no poder contar con él para seguir observando las estrellas, decidió pintarlas. Así siempre podría disfrutarlas.

Los días de tormenta, en los que no aparecía el sol y apenas podía salir del refugio, miraba al techo y, por unos momentos, conseguía evadirse de su propia existencia. Ver las estrellas que había pintado le hacía situarse en su lugar en el universo. Era consciente del pequeño lugar que ocupaba en algo más complejo e inmenso. Se sentía como una estrella, alumbrando con su luz, ayudando a crear vida en otros planetas, para, finalmente, terminar apagándose, sabiendo que su tarea había culminado. Y aún así, su estela seguiría brillando durante muchos años después de haberse extinguido. Le parecía poético.

—Es precioso, Elena. No sabía que pintarás tan bien —dijo Alan, mirando extasiado el techo.

La mirada del detective se detuvo después en el dibujo escolar que le había dado aquella noche en el hotel y que la chica tenía sobre la pared del refugio, al lado de una foto de sus padres, en una repisa de piedra.

—Bueno, hay muchas cosas de mí que no sabes.

«Y que, tristemente, ya no podrás saber», pensó ella.

—Tengo toda la vida para hacerlo.

Ella le dedicó una sonrisa triste. No sabía por qué, pero a él aquel gesto le inquietó profundamente, dejándole una extraña sensación en el pecho.

Estuvieron el resto del día observando cualquier movimiento extraño en las carreteras y trazando varios planes de huida. Elena los escuchaba fingiendo interés, porque ella ya había trazado su propio plan. Esperarían unos días allí, para que ella y el detective terminasen de curarse, y luego escaparían todos por la salida de la montaña, con rumbo a la capital, donde se reunirían con Lya e irían a la policía a denunciar lo que estaba ocurriendo.

Al atardecer, Elena se sentó en una roca de la explanada que había frente al refugio, planeando sus próximos movimientos. Debía ser sigilosa, nadie podía sospechar que

tenía un plan paralelo, o no podría llevarlo a cabo. Tendría que llevar armas y munición, por si acaso. Ya había separado una de las mochilas que Alan había cogido de casa de Matilda con disimulo y la había ocultado, además de unas pocas provisiones para llevarlas al refugio. Gracias al nuevo vendaje que le había hecho Matilda por la tarde, podía apoyar la pierna y caminar. Esa misma noche, mientras todos durmiesen, ella se iría, internándose por el sendero del norte, rumbo el último escondite. Era el único refugio que ni Samuel ni Matilda conocían. Su padre le había advertido que siempre mantuviese la ubicación de uno en secreto, por si ellos eran interrogados no pudiesen desvelar su existencia, y ella pudiese permanecer a salvo en él. Y ese es precisamente al que ella acudiría, al último de los refugios, al último de sus pequeños fortines defensivos. Desconocía en qué estado se encontraría, pero confiaba que hubiese aguantado las últimas lluvias y nevadas, o estaría perdida.

Siempre dejaba en todos los escondites el mismo paquete básico; agua, una manta, un impermeable, una linterna y pilas, un cuchillo, jabón, desinfectante y vendas. Cada dos meses, su padre y ella hacían una ronda para aprovisionarlos, costumbre que no había perdido. Además, había añadido a ese kit de supervivencia un libro, para amortiguar la sensación de soledad y vacío que la atacaba la mayor parte del tiempo. Perderse entre aquellas páginas la reconfortaba y la hacía sentirse acompañada en medio de la arboleda. Esperaba que aún estuviesen allí, y que no se hubiesen estropeado con las últimas lluvias. Suspiró al darse cuenta de que el final del camino, su camino, se acercaba. Jamás pensó en llegar a utilizarlo, pero ahí estaba, trazando un plan para dirigirse a él, abandonando a su familia y a Alan para mantenerlos con vida.

Pensó en el detective y algo empezó a hundirle el pecho con lentitud, y suspiró, cerrando los ojos. El final de su vida se acercaba, y por unos segundos se alegró de haber conocido el amor, esa sensación poderosa como un tornado que se adueña de todo cuando aparece, arrasándolo todo a su paso, y que, cuando se aleja, solo deja devastación. Lo había conocido, ya sabía lo que era. Y ahora tenía que decirle adiós.

Oyó pasos a su espalda y una sonrisa apareció en su rostro de forma instantánea al reconocerlos. Su cuerpo siempre parecía llevar su propio camino cuando se trataba de él. Alan llegó y se sentó a su lado. Se quedaron mirando el valle hasta que empezó a anochecer, apoyados el uno en el otro, en un ambiente de calma absoluta.

— ¿Puedo preguntarte algo, Alan?

— Lo que quieras, ya lo sabes.

— ¿Te arrepientes de haber venido?

— ¿Qué? — Se giró hacia ella, sorprendido.

— Me refiero a que, si pudieses dar marcha atrás, ¿te habrías quedado en Londres?

— No me he arrepentido ni por un momento de haber venido hasta aquí. Si no lo hubiese hecho, no sabría las razones reales de por qué mi madre se fue sola a Inglaterra

ni todo lo que ha estado pasando en este valle.

—Pero tampoco habrías estado a punto de que te mataran tantas veces.

—Si no hubiesen intentado matarme, no te habría conocido.

Ella lo miró con expresión dolida, bajando la vista, consciente de los problemas que su mera existencia arrastraba a su paso. Él se dio cuenta y le acarició la mejilla suavemente.

—Conocerme ha sido una de las mejores cosas que me han ocurrido, Elena. Sé que todo ha ocurrido demasiado rápido, pero ya casi ha acabado. Cuando salgamos de aquí, las autoridades tomarán cartas en el asunto. Podremos apartarnos al fin de todo esto y podrás empezar una nueva vida, lejos del valle.

Se quedaron varios minutos en silencio, observando cómo el sol se ocultaba detrás de las montañas y las primeras luces iluminaban el valle.

—Alan, tengo que decirte algo —inspiró—. Fui... fui yo quien te envió esos sueños, desde el principio. —Guardó silencio—. Es una habilidad que tengo, no sé por qué, ni cómo lo hago, pero puedo hacerlo desde que era niña. —Se quedó en silencio, y al ver que él no la interrumpía, continuó—: Lo hice porque necesitaba que esto parara de una vez, necesitaba decirte que no había ninguna bestia en el bosque, que solo era yo, y que si no tenías cuidado, terminarían matándote como a los otros investigadores.

Se quedó callada, esperando su reacción. No podía decirle que se los envió a raíz del primer sueño que tuvo con él. Prefería guardarse ese secreto para sí.

—¿Se los enviaste también a los otros investigadores?

—No, eres el único con el que lo he hecho. Decidí arriesgarme con la esperanza de que tú fueras diferente. Y parece que no me equivoqué. Sí que lo eres.

Alan estiró la comisura de la boca y permaneció en silencio. Él ya lo sabía, de alguna manera. Le habría gustado preguntarle por la imagen de la alianza del primer sueño, pero la cara de la chica indicaba que aquella era una conversación difícil para ella y no quiso presionarla.

—No me preguntes por qué, pero lo sospeché desde el principio. Sabía que eras tú quien me los enviaba porque querías decirme algo. Gracias a ellos supe que algo extraño estaba ocurriendo aquí, y empecé a plantear la investigación desde otra perspectiva que resultó ser la correcta. —Le sonrió—. Pero lo más importante es que gracias a ellos, pude conocerte un poco más.

—Bueno, tampoco me conoces tanto, en realidad —dijo con una sonrisa de suficiencia.

Alan la miró con gesto grave, y miró hacia la sierra de Sandara.

—Te conozco más de lo que crees.

La joven lo miró con extrañeza y tiritó al sentir una repentina corriente de aire frío. Alan la ayudó a levantarse, sin dejar de observarla. Ella se preguntó qué habría querido

decir él con eso. ¿Lo sabría? Era imposible, ni siquiera Samuel, su amigo de siempre, que la conocía desde pequeña, se había dado cuenta. Ni Matilda, con quien se había criado, podía sospecharlo. ¿Era posible que él intuyera algo? Se adentraron en el escondite de la montaña y se reunieron con los demás, que habían preparado una succulenta cena a base de raviolis enlatados y unas latas de postre que Samuel creyó melocotones en almíbar y cuando las abrieron resultaron ser callos. El color de la cara de Alan se volvió casi transparente cuando la mujer le explicó qué era aquello en realidad. Elena tuvo que morderse la mejilla por dentro para sofocar la risa. Su amigo no fue tan discreto y estalló en una carcajada, ante la cara de estupor del detective. Tras recogerlo todo, se metieron en los sacos de dormir que habían llevado para descansar.

Habían acordado por la tarde que Matilda y Samuel durmiesen en una de las habitaciones, y la pareja, en la otra. Entendían que los últimos días habían sido muy difíciles para ellos y que necesitarían estar juntos para hablar sobre lo que había sucedido. Eso, y que, tras el incidente de la carrera de Elena por el prado, supusieron que Alan podría hablar con ella sobre lo que le ocurría. La cara de profunda preocupación del detective al llegar al coche les había dejado inquietos, y esperaban que, fuera lo que fuese, pudiesen solucionarlo.

Se despidieron, deseándose buenas noches, y se retiraron a descansar. Elena cerró los ojos, dispuesta a fingir que dormía, cuando notó la mano del detective acariciándole el brazo.

—¿Qué ocurre, Alan?

—Necesito hablar contigo, pero cuando los demás duerman.

—¿Por... qué? —La joven se empezó a temer lo peor.

Él suspiró y la miró torciendo el gesto.

—Tenemos que hablar. A solas.

Media hora más tarde, le tocó el hombro y salió, haciéndole un gesto para que se reuniera con él en la pequeña explanada. Ella se puso una manta por encima y salió a la noche, que la recibió con una ráfaga de aire helado. Lo encontró sentado en una roca, mirando el valle. Solo las luces del pueblo, como una pequeña constelación, destacaban sobre la negrura. Se sentó a su lado observando las estrellas que cubrían el cielo. Miró a Alan, preguntándose qué querría decirle que los demás no pudiesen escuchar.

Quizá simplemente quería estar a solas con ella. Pensó en los pocos chicos con los que había estado antes de la huida al bosque. Pero esto era diferente, sentía algo por Alan. Algo que electrificaba cada una de sus terminaciones nerviosas.

Pero quizá no era eso. ¿Qué querría decirle entonces? ¿Habría alguna amenaza más acechándolos? ¿Habría visto algo en el sendero de la montaña que le hiciese pensar que iban a atacarles allí? Desechó esa idea de la cabeza rápidamente. Sandara era como un fortín, quien quisiese atacarles, debía conocer la montaña, y los hombres de Corso

apenas sabían andar por el bosque sin delatarse. Se sentó junto a él, que miraba hacia el infinito, con los codos apoyados en sus rodillas, inclinado hacia delante.

—¿Por qué estás pensando en entregarte, Elena?

A ella se le escapó todo el aire de los pulmones. Era verdad, la conocía mejor de lo que ella pensaba. ¿Desde cuándo lo sabría? ¿Por eso había permanecido en silencio con ella durante la puesta de sol, para ver si lo confesaba? Sí, seguro que sí. Estaba tan sorprendida y absorta en sus pensamientos que ni siquiera pudo responderle. Alan la miró y continuó:

—Lo supe desde el claro del bosque, cuando echaste a correr. Vas a sacrificar tu vida por la nuestra. —La taladró con la mirada—. Eso es lo que estabas planeando, ¿verdad?

Ella frunció el ceño, pensando qué responder. Inspiró, dispuesta a explicarle que debía hacerlo así por el bien de todos, cuando vio la mirada de angustia del detective.

—Así que es verdad, ibas a abandonarme aquí —dijo en apenas un hilo de voz. Se pasó la mano por el pelo y la dejó sobre la nuca—. Maldita sea, Elena.

Se levantó y empezó a dar vueltas en la explanada, intentando calmarse, recordando la torturada mirada de la chica en aquel prado, cuando la vio llorar con desesperación. Supo en ese momento que ella iba a entregarse para salvarlos, y que era consciente de que él no iba a permitirselo. Podía comprender la culpa que debía sentir por todo lo que estaba pasando, porque creía, de verdad, que era culpa suya, cuando habían sido esos indeseables los que habían hecho de su vida un infierno. Sabía perfectamente de lo que eran capaces, y, aún así, iba a entregarse. Porque así era ella, generosa y valiente. Pero si lo hacía, si llegaba a entregarse a esos psicópatas, él no podría seguir adelante. Era ella o volver al abismo en el que vivía antes de conocerla. Tenía que hacerla entrar en razón, debían trazar un plan, pero juntos, tenían que hacerlo juntos, no podían separarse. Si lo hacían, estaban perdidos. Se giró hacia ella, que seguía sentada y lo miraba mordiéndose las uñas, nerviosa, y se acercó, arrodillándose a su lado.

—Elena, escúchame, no puedes entregarte. Crees que es la única salida, pero te equivocas.

—No, Alan, no lo entiendes...

—Sí, sí que lo entiendo. Sé que lo haces porque crees que es lo que tienes que hacer para salvarnos, pero te equivocas. Ya se nos ocurrirá algo. Trazaremos un plan entre los dos. Todo saldrá bien, ya lo verás —le dijo, desesperado.

—¿Un plan? No hay ningún plan posible. Si conseguimos escapar de aquí, en unas semanas se darán cuenta de que no estoy y comenzarán la búsqueda con todos los recursos que dispongan, y os matarán a todos de la forma más cruel posible.

—Pensaremos en algo, ya lo verás.

—No, Alan, no. No sabes lo que yo sé de ellos. Tienen a gente metida en la administración, en la policía, en hospitales... Están en todos lados. Si salgo del país

enseguida me detectarán e irán a por mí y a por todos los que estén conmigo.

—Todo saldrá bien. En unos días estaremos los dos mejor y podremos salir de aquí, y todo habrá acabado. No volverás a este valle nunca más. Nos iremos a un sitio seguro y ya podrás pasar página.

—Con ellos no hay ningún sitio seguro. —Empezó a llorar, presa de los nervios—. ¿Te crees que mi padre y yo no intentamos salir de aquí? La última vez emprendimos una huida por toda la capital rumbo al aeropuerto. Llegamos hasta allí, y justo cuando salíamos, la azafata cogió nuestras tarjetas de embarque y las rompió, espetándonos un «Recuerdos de Corso». Una azafata de un vuelo intercontinental, ¿lo entiendes? Hasta una maldita azafata estaba implicada. No hay sitios seguros, no los hay.

Él se quedó estupefacto. Siempre se había preguntado por qué ella y su padre no habían huido de allí, y acababa de obtener su respuesta en aquel refugio de montaña, mientras ella se deshacía en lágrimas. Lo habían intentado, jamás se habían rendido.

—Pero ahora estoy yo, ¿de acuerdo? Avisaré a mis contactos en la policía para que nos den prioridad en un vuelo seguro y ya no tendrás que temerles nunca más. —Inspiró—. No podemos rendirnos ahora, no después de todo esto. Tienes toda una vida por delante, Elena. Tenemos toda una vida por delante. Tú y yo. Si aún quieres, claro.

—Claro que quiero estar contigo, Alan, por supuesto que quiero estar contigo, y no sabes cuánto, pero no puedo ponerte en peligro, no puedo. Casi te matan, y si te hubiese pasado algo, yo, yo...

—Pero no acabaron conmigo, no lo hicieron —le tomó el rostro entre las manos—. Elena, escúchame. Conozco los riesgos de estar contigo, los conozco, créeme. Los conozco y los asumo. Todos y cada uno de ellos. Los asumí desde que te vi en el bosque, y no he cambiado de parecer.

Lo miró, y supo entonces que él se estaba enamorando de ella tanto como ella de él. Y por esa razón, más que ninguna otra, debía salvarlo. Tenía que sacrificarse, tenía que hacerlo. El merecía ser feliz, lejos del torbellino de problemas que ella arrastraba a su paso. No había otro plan posible, no lo había.

—Elena, estoy aquí. Estoy y estaré aquí para ti. No voy a dejar que te ocurra nada. —La besó suavemente—. Te lo prometo. Te sacaré de aquí y estarás a salvo.

Ella se acercó y lo besó, rodeándole el cuello con los brazos. Él se colocó casi entre sus piernas, sin dejar de besarla, y dejaron que sus cuerpos llevaran su propio ritmo hasta que se separaron, sin aliento. Él la cogió en brazos y la llevó dentro del refugio, tumbándola suavemente en el suelo, y se acostó a su lado. Elena apoyó su cabeza en su pecho y empezó a trazar líneas por su torso, mientras él la contemplaba, deseando que al día siguiente ella viera las cosas con más claridad. Había sacrificado todo para seguir con vida, y estaba dispuesta a echarlo todo por tierra ante el temor de que pudieran atraparlos. Se quedaron observando la bóveda estrellada que ella había pintado, dejando

que sus manos hablaran por ellos. Elena sintió que era una hermosa despedida. La luz de la luna dejaba ver lo suficiente para que pudiesen hacerse la idea de que tenían el universo entero sobre sus cabezas. Pasaron mucho tiempo así, despiertos, entrelazando sus dedos, dándose dulces besos hasta que el sueño la venció. Él la besó suavemente y le acarició la mejilla, observándola mientras dormía, sintiendo que se disolvía en el aire.

Elena era su nuevo comienzo, el sol que sale tras la tormenta. Desde el crimen de su esposa, no había sentido nada por ninguna mujer. Era como si su interior se hubiese vaciado por completo, cubriéndose con un pesado telón que impedía que nadie entrase. Hasta que la conoció a ella, y su corazón fue llenándose poco a poco, sin descanso, hasta desbordarse. La miró, y una sensación de sosiego y tranquilidad le invadió por completo. Quería retener ese momento en su memoria para siempre. Los dos, abrazados, en calma, con la tenue luz blanca de la luna llenando aquel espacio. En ese preciso instante una enorme oleada abrasadora le incendió el corazón y supo que se había enamorado de esa chica hasta los huesos.

Tarde o temprano, tendría que hablar con ella sobre Diana. No sabía cómo contarle esa parte de su vida, y eso lo inquietaba. No era fácil, pero debía hacerlo si quería que su relación funcionase. Y quería, nunca había querido tanto algo. Quería estar junto a esa chica del bosque todos los días que le quedasen de vida. La besó suavemente en los labios y se quedó dormido a los pocos minutos. El sueño le llegó varias horas después, cuando la fría noche acariciaba con su helado velo todas las estrellas.

Paseaban al lado de un río en una ciudad. Hacía un día espléndido y las calles estaban llenas de gente. Iban charlando tranquilamente sobre lo que iban a hacer ese fin de semana. Elena llevaba puesto un vestido rojo veraniego y él iba en pantalón corto, portando una cesta. Llegaron a una zona de césped y desplegaron una manta. Sacaron sándwiches, una botella de vino, dos copas y un pequeño recipiente con fresas de la cesta. Ella llenó las copas mientras parloteaba sobre una comedia que le habían recomendado y que quería ir a ver al cine. Cuando terminaron de comer, ella se quitó la ropa, quedándose en bikini y lo arrastró al río, atestado de veraneantes y niños que jugaban a la pelota. Comenzaron a chapotear, riendo divertidos y nadando de orilla a orilla. Parecían felices. Estuvieron así durante un buen rato. Cuando los bañistas comenzaron a abandonar el río para tumbarse sobre el césped y tomar el sol, ella se encaramó a sus caderas, rodeándole con las piernas, y le abrazó. Se miraron con ternura y se besaron, y se sintió inmensamente feliz. Ella lo miró, dedicándole después una sonrisa traviesa y nadando velozmente hacia la otra orilla, como si quisiera jugar al gato y al ratón. Él decidió darle unos metros de ventaja, divertido, hasta que ella se detuvo en mitad del río y se giró hacia él. Ya no sonreía. Hizo un gesto de despedida con la mano, cerró los ojos y se sumergió. La sangre del detective se convirtió en escarcha. Nadó hacia allí y se zambulló, buscándola bajo el agua, que se había vuelto completamente turbia,

sin poder encontrarla. Salió a la superficie, desesperado, y se sumergió una y otra vez, sin resultados. Miró a su alrededor, pero el césped y las calles estaban desiertas de gente. Alzó la vista al cielo y un manto de nubes negras lo tapó todo, dejando un velo gris y nublado por todo el sueño.

Se despertó sobresaltado y abrió los ojos, palpando a su alrededor, sin encontrarla, y vio que su saco estaba vacío. Se levantó y la buscó en la oscuridad del refugio, pero no estaba allí. Salió, desesperado, descendiendo por el sendero, por si pudiese alcanzarla, pero ella había desaparecido.

«No, no, no, por favor, no».

Fue a buscar una de las linternas para bajar por la montaña en su busca, cuando se percató de que una de las mochilas no estaba. Registró el contenido de las que había dejado, temiéndose lo peor, y exhaló, angustiado. Faltaban dos pistolas y munición. Salió otra vez a la explanada y contempló la oscura silueta de la cadena montañosa que rodeaba el valle. Elena iba directa a una muerte atroz y él no podría protegerla.

Cayó al suelo de rodillas.

Segunda parte

Los pasadizos del bunker

Todo parecía estar bajo el gobierno del caos. Era el séptimo día que la tormenta descargaba su ira sobre el valle, sin descanso. Varios árboles habían caído y los truenos hacían retumbar las rocas de la montaña, que parecía a punto de quebrarse. El río se había desbordado, arrastrando coches y todo lo que encontraba a su paso, sembrando el pánico en las dos aldeas. Un rayo había fulminado la central eléctrica, dejando a sus habitantes a oscuras e incomunicados. Desde la montaña de Sandara, un hombre vigilaba la escena, impertérrito, bajo la lluvia. Sus ojos oscuros se detuvieron en esa imagen tan solo unos segundos, antes de volver a clavarse en el bosque.

Habían pasado dos semanas desde que Elena se había ido del refugio. Desde entonces, Alan pasaba cada hora del día escrutando aquel paisaje, buscando algún indicio que pudiera decirle dónde podría encontrarse ella. Pero no había atisbado la más mínima señal, era como si se hubiese desvanecido. Ni siquiera se le aparecía en sueños, y eso lo mantenía al borde del colapso nervioso.

Cada día rogaba para que no se hubiese entregado. Sabía que no estaba en peligro, porque no había sentido el rayo abrasador que lo atravesó aquella vez en el sótano de Matilda, cuando aquel hombre la estaba acuchillando. Se había levantado de aquella camilla como una bala, había cogido su arma y subido las escaleras a toda velocidad. Cuando llegó a la sala de estar escuchó el primero de sus gritos, y su cuerpo entero respondió tensándose. Entonces vio a los hombres de Corso golpeando a Samuel y abofeteando a Matilda. No le hizo falta más, y su mano comenzó a disparar sola. Y a partir de ahí no se detuvo, con los alaridos de Elena de fondo. Cerró los ojos, intentando olvidar la imagen de la chica maniatada a aquella cama, herida y con aquel indeseable encima de ella, tocándola.

Se giró hacia el desierto refugio. Hacía dos días que Samuel y Matilda se habían ido en busca de ayuda exterior a través de la salida de emergencia de la montaña. Al día siguiente de su huida, descubrieron que Elena les había dejado varias hojas con la localización de todos los escondites, así como del bunker y el pasadizo. Tras esperar una semana a que las heridas de Alan terminasen de sanar, él y Samuel exploraron todos esos puntos, descubriendo, con sorpresa, que la vía de escape de Sandara era una gruta. Elena había descubierto una gruta en el bosque que había permanecido oculta debido a la estrechez de la entrada. A simple vista parecía la madriguera de algún animal, pero, si se exploraba su interior, se descubría un amplio pasadizo cubierto de estalactitas, que poco a poco se iba ensanchando hasta llegar a una amplia cavidad que llegaba en algunos puntos a los seis metros de altura. En un punto se cruzaba con un río subterráneo que

podía atravesarse por las pasarelas de madera que ella había instalado por encima. Había, además, pasamanos hechos de cuerdas durante todo el recorrido, por si tuviese que huir en plena noche a oscuras. Era sencillamente impresionante. Debió llevarle meses hacer aquello. Los jóvenes no pudieron menos que mirarse, sin poder decir palabra, ante la belleza de aquel lugar, imaginándose cómo debió sentirse ella al descubrir uno de los mayores atractivos naturales del valle, hasta entonces oculto.

La noche antes de que sus nuevos amigos se fueran a través de la gruta, Alan había pedido a Samuel y a Matilda que localizaran a sus compañeros en Inglaterra. Estaba convencido de que irían a ayudarlo, como siempre habían hecho, y sabía que tampoco le fallarían esa vez. Los había dejado a cargo, además, de contactar con Lya. Estaba seguro de que, a esas alturas, su amiga habría recopilado bastante información que, unida a la que habían puesto en común con anterioridad, llevaría a la policía a investigar todo lo que sucedía allí. Tuvo que emplearse a fondo para convencer al chico para que no se quedase en el valle para buscar a Elena. Era su mejor amiga, y quería protegerla, era perfectamente comprensible, pero lo que necesitaba Alan en ese momento era a sus compañeros, gente entrenada y familiarizada con las armas. Se avecinaban días difíciles y violentos, y no podría garantizar la seguridad de Samuel. El joven había terminado claudicando, con gesto de derrota.

«Está bien, pero, por favor, prométeme que harás lo imposible por protegerla».

«Sabes que daría mi vida por ella, Samuel».

Gracias a las conversaciones nocturnas alrededor del fuego durante esas últimas dos semanas, se habían conocido un poco mejor. Madre e hijo les habían desvelado, además, varios detalles sobre Elena que él desconocía. Antes de que esos dementes acabaran con sus amigas, su familia y su vida, tenía proyectos, como cualquier chica de su edad. Su sueño era ser enfermera y trabajar con ellos en la clínica del valle. Quería viajar, participar en una exposición de pintura, visitar un observatorio astronómico, perderse por las calles de una gran ciudad, aprender a bucear e incluso batir algún absurdo récord mundial. Pero todos esos sueños quedaron atrás, y ella tuvo que vivir escondida en un bosque, con el frío, el hambre y la soledad como compañeros. Miró una vez más la masa arbolada, observando, inquieto, cómo una larga fila de coches se detenía en la única carretera de acceso al valle. Volvió al refugio y revisó las mochilas con la munición y las armas, confiando en que fueran suficientes, ya que no estaba muy seguro de lo que iba a encontrar al internarse en los laboratorios. Después examinó sus heridas de la forma en la que le había enseñado la enfermera, comprobando que estuviesen cerradas. Terminó de limpiarse con la última de aquellas gasas, y miró el bosque una vez más. A partir de ahora empezaba la búsqueda.

En la otra parte del valle, una joven de ojos y cabellos oscuros miraba cada día hacia el monte de Sandara. Algo en su corazón le decía que Alan seguía allí. Desde su huida

sentía un cordón invisible que tiraba de ella hacia la montaña, cada vez con más fuerza, intentando llevarla hasta aquel lugar. Hasta él. Recordaba la noche de su fuga, cómo había fingido estar dormida hasta que la respiración de Alan se volvió más densa. Se había incorporado lentamente y le había acariciado el rostro con suavidad.

«Perdóname».

Lo había contemplado varios minutos más, siendo consciente de que era la última vez que lo vería. Apenas pudo respirar cuando se levantó de su lado, sintiendo que estaba dejando una parte de sí misma allí, con él.

Miró hacia Matilda y Samuel, que también estaban dormidos. Eran la única familia que le quedaba, y el corazón se le encogió por la culpa al saber lo que iban a sufrir al descubrir que ella se había marchado. Recogió la mochila y caminó por el sendero con cuidado, para no delatarse. El suelo estaba lleno de ramas que crujían al mínimo contacto, y debía tener cuidado para no pisar ninguna.

Fue apartando maleza hasta que llegó a la base de la montaña. Miró hacia arriba, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y cerró los ojos, mandándole el sueño que nunca quiso enviarle. El de despedida. Cuando terminó de hacerlo, cerró los ojos otra vez y se secó las lágrimas, sintiendo que su corazón se astillaba hasta convertirse en pequeñas virutas. Enfiló monte abajo, serpenteando a través de los árboles hasta llegar al bunker para entregarse, tocando, casi acariciando cada tronco que se encontró a su paso, despidiéndose del bosque, hasta que llegó allí. Inspiró con fuerza, dispuesta a entregar su vida por la de Alan y su familia. Pero entonces escuchó el ruido de un motor.

Se ocultó tras unos árboles, y vio cómo tres furgones paraban frente a la puerta y de ellos empezaron a salir chicos y chicas de diferentes edades. Parecían narcotizados, y avanzaban como autómatas mientras los hombres de Corso los vigilaban. Se incorporó, incrédula ante lo que veía. Estaban raptando a todo el pueblo. Por eso habían blindado el valle, iban a someter a los experimentos a la mayoría de los habitantes. La tormenta eléctrica que había estado ensañándose desde hacía una semana en esa zona los había dejado incomunicados, así que la población no podría pedir auxilio ni escapar de allí. Era el momento perfecto. Se ocultó cerca de la entrada, para estudiar bien la situación y decidir qué hacer. Uno de los guardias marcó un código en la puerta, y la compuerta se abrió de forma automática. Los hombres empezaron a empujar a los jóvenes hacia dentro y cerraron la puerta tras de sí.

Elena se dio la vuelta, con un fogonazo de lucidez traspasándola. Tenía que salvarlos y acabar con todo aquello. Alan tenía razón, no podía entregarse, no podía rendirse después de todo por lo que había pasado. No podía permitir que ellos terminasen ganando la partida. Se giró y se encaminó al escondite del árbol, resuelta a acabar con todo esto de una vez por todas. La furia que sentía contra todos ellos era un aliciente más que suficiente para arriesgarse, para presentar batalla, aunque tuviese todas las de

perder.

Pero aún no estaba lista. Las heridas de las puñaladas recibidas aún no se habían curado y tuvo que guardar reposo en el escondite del árbol, así que aprovechó para anotar los días y las horas en que los hombres de Corso llevaban a los jóvenes al bunker. El nuevo retén de rehenes llegaría ese mismo atardecer, momento que ella aprovecharía para internarse con el grupo y llegar así hasta los laboratorios. Metió en su mochila las dos pistolas que se había llevado del refugio, la munición, y se puso en marcha.

Descendió por el tronco de forma sigilosa, tras asegurarse que no hubiera cazadores cerca, y caminó por el bosque hasta que llegó hasta el bunker y se agazapó, esperando. Apenas llevaba media hora tras unos matos, cuando un enorme furgón llegó hasta allí. Cuando las puertas se abrieron, vio cómo salían chicos y chicas de su edad, también bajo los efectos de alguna sustancia, y se internaban en la siniestra mole gris. Los guardias que los custodiaban se dividieron en dos grupos; dos entraron para escoltar a los jóvenes, y los demás se dieron la vuelta, caminando hacia el furgón otra vez para volver al valle. Elena observó la puerta. Sabía que tardaba aproximadamente cinco minutos en cerrarse, así que debía ser rápida, y rogar para que esos hombres se fueran pronto de allí. Uno de ellos comenzó a hablar por el *walkie-talkie* mientras estaba apoyado contra el vehículo.

—Corso, aquí equipo F. Nuevo retén ya entregado.

—De acuerdo. ¿Alguna pista sobre los fugitivos?

—Negativo. ¿Hay variación en las órdenes?

—Negativo. Capturad a la chica y eliminad a los demás.

Elena cerró los ojos con fuerza, rogando para que todos estuviesen ya a salvo, lejos de allí. Miró hacia aquellos corpulentos hombres, cuyo aspecto de asesinos a sueldo era más que evidente, y se estremeció, imaginando lo que ocurriría si la capturaban. Siempre se había preguntado de dónde habían sacado a semejante ejército de hombres armados. En el pueblo siempre se rumoreó que Corso tenía contactos en los bajos fondos de varios países. Asesinos a sueldo, matones, reclusos por delitos de sangre fugados... Esos eran los guardianes de la farmacéutica. Gente sin escrúpulos a los que no les importaba asesinar, secuestrar y torturar a quien fuera por un fajo de billetes. Aquellos hombres se subieron al vehículo y se alejaron de allí, levantando una nube blanca con un denso olor a gasolina tras ellos.

Sin pensárselo mucho más, echó a correr hacia el búnker antes de que la puerta de metal se cerrara, notando su corazón galopar sin control y las manos sudorosas. Se quedó en el umbral, mirando el bosque que había sido su hogar por última vez, despidiéndose de aquella masa arbolada que la había mantenido a salvo durante tantos años. Inspiró el olor a corteza y a fría humedad, y miró hacia la montaña de Sandara. Cerró los ojos, lanzándole un mensaje, mirando hacia la parte donde estaba el refugio, sintiendo que algo le aplastaba el corazón, y fue realmente consciente de que jamás volvería a verlo.

Recordó cada detalle de su rostro, y su voz, su increíble voz, le taladró las sienas. Se internó en el oscuro pasadizo como una autómatas, con el miedo pegándose a su piel, y a los pocos segundos la puerta se cerró creando un extraño eco metálico que adoptó los acordes de un réquiem. Supo en ese momento que jamás saldría de allí con vida.

En ese mismo instante, el detective miraba hacia el bosque desde el refugio de la montaña, viendo cómo un furgón negro abandonaba la zona del bunker, y un escalofrío le recorrió la espalda minutos después. Aquella había sido una mala señal, no tenía ninguna duda. Retorció una brizna de hierba, inquieto, mirando cómo la noche avanzaba en el valle. Cuando la oscuridad llenó todo el cielo, se retiró al interior del refugio, frunciendo el ceño, preocupado, con un presentimiento clavándose en cada centímetro de su piel.

Una hora después de que anocheciera, volvió a la explanada. A penas se veían algunas luces de las casas que contaban con motores independientes. Estaba a punto de darse la vuelta para entrar al refugio, cuando escuchó voces que salían del pasadizo de la montaña. Retrocedió, alerta, por si era resultado del eco, pero lo descartó. Allí había alguien.

Sus músculos se tensaron y fue en busca de su arma al interior del refugio. Comprobó que el cargador estuviese lleno y se acercó hasta la entrada de forma sigilosa. Todo parecía en silencio otra vez, pero se quedó allí, sabía perfectamente que no había sido su imaginación. Había distinguido las voces de al menos dos hombres.

Resopló al darse cuenta de que si los hombres de Corso estaban en la gruta, significaba que habían interceptado a Samuel y a Matilda mientras huían. Los habría capturado en la carretera mientras caminaban hacia la capital, estaba seguro. Maldijo mentalmente. Eso cambiaba por completo los planes. Apuntó otra vez hacia la salida de aquel pasadizo, y esperó, paciente. Les dispararía en cuanto los tuviese a tiro, no podía permitir que lo atraparan, o lo usarían como cebo para Elena. Se colocó en posición y esperó en silencio. Quienes fueran, se movían con dificultad por el último tramo, el más estrecho. Apretó la mandíbula y tensó los hombros de forma casi automática, y apuntó al primero que se acercaba, fijando el blanco. Lo tenía a tiro. Entonces el desconcierto le hizo bajar el arma y soltar una carcajada seca.

Un hombre fornido y con tatuajes en casi cada rincón de sus brazos se abrió paso, resoplando. Era Rocco, amigo y compañero de Alan de su época como militar. El detective se sentó delante de la salida, observando cómo su amigo intentaba salir de allí. Elena no había previsto cuando amplió la entrada de la gruta que un inglés de más de dos metros y musculoso como un luchador de lucha libre se arrastraría por él algún día. Lo miró con cara de circunstancias al llegar hasta él.

—Maldita sea, Alan, ya puede ser guapa esa chica, porque llevo tragando tierra de este maldito túnel desde que me metí —dijo, dedicándole una amplia sonrisa.

—¿Guapa? En absoluto. Es más fea que un dolor de muelas, en realidad.

Rocco se levantó y se abrazaron efusivamente. No había pasado ni un minuto cuando otra figura emergió del túnel.

—Por un momento creí que no saldría vivo de aquí y que la última imagen que vería en esta vida sería la del trasero de Rocco reptando delante de mí. —Era la voz de Ethan.

Alan se rio, tirando de su brazo para sacarlo de allí. Ethan había participado en la última misión como militar del detective. Se llevaron bien desde el principio, habían hecho guardia juntos muchas veces y habían aprovechado para conocerse mejor. Fue él, precisamente, quién lo encontró herido cuando le alcanzaron en el costado en aquella aldea perdida. Cargó con él varios kilómetros por el desierto, él solo, hasta que un convoy los recogió. Le debía la vida. Estuvo varios meses en el hospital, en estado grave, y casi pierde un riñón. Tras ese incidente, decidió hacerse policía. Hasta que la muerte de Diana lo hizo abandonar el cuerpo.

Se acercó hasta su amigo y le estrechó con fuerza.

—Gracias por venir, te lo agradezco profundamente.

—No tienes que darlas, ya lo sabes. —Y le sonrió.

En ese instante una tercera figura se hizo visible. Un joven rubio y atlético salió de aquel agujero, visiblemente agobiado, y sonrió al ver a Alan. Josh y él eran amigos desde el instituto, y fue él quien lo había convencido para que se hiciese policía, como él. Era su mejor amigo, y había sido su gran apoyo cuando Diana fue asesinada. Permaneció con él las dos primeras semanas tras su muerte, sin separarse de su lado. No lo había dejado solo ni un momento, se había quedado junto a él todas las horas en las que Alan estuvo sentado en el suelo de su dormitorio con las fotos de su mujer desperdigadas por el suelo, completamente abatido. Y lloró con él, haciendo de su dolor el suyo también. Siempre le estaría agradecido por eso. Lo ayudó a levantarse y se dieron un largo abrazo. Los había echado de menos, sus amigos habían estado con él en infinidad de momentos delicados de su vida, y siempre habían respondido. Y aquella vez tampoco le habían fallado.

—Supongo que os avisó Samuel, ¿no?

—Sí —fue Josh quien tomó la palabra—. Acababa de cruzar el umbral de casa al llegar de la comisaría cuando sonó mi móvil. En cuanto me explicó la situación, hice unas llamadas y me vine en el primer vuelo. Me encontré con Ethan en el avión, de hecho Rocco se reunió con nosotros horas después en la capital, y nos citamos con Samuel y Matilda en un hotel cercano, donde nos lo contaron todo.

—Siento que todo haya sido tan precipitado.

—No te preocupes, sabes que puedes contar con nosotros.

El detective miró a aquellos hombres y puso su mano en el hombro de Ethan, que le escrutó con sus oscuros ojos y estiró la comisura de la boca levemente, con gesto

preocupado.

—Por lo que nos contó el chico y su madre, esta gente no se anda con juegos, Alan, son profesionales. Tenías que habernos llamado antes. Esto es muy peligroso y te has enfrentado tú solo a ellos, podían haberte matado.

—Creí que podría con esto, pero la situación cada vez fue haciéndose más y más peligrosa, hasta que me sobrepasó.

—Nos contó que estuviste agonizando en el sótano de su casa varios días —dijo Rocco, con voz afectada—. Ni ellos mismos sabían cómo saliste de aquella.

—Ni yo tampoco, créeme. —Suspiró.

Lo miraron con un nudo en la garganta. Podían haber perdido a su amigo a manos de esos criminales sin haber podido hacer nada para salvarle. Josh lo contempló largamente.

—Siento haberte recomendado coger este caso. De verdad que lo lamento.

—No podías saber nada de esto.

Cuando al detective le ofrecieron el insólito encargo de atrapar a una bestia en otro país, estuvo a punto de rechazarlo. Había llamado a Josh y habían quedado en un *pub* cercano a su casa, donde estuvieron casi dos horas sentados en una mesa, argumentando los pros y los contras de aceptar el caso, con dos enormes pintas delante, a las que siguieron dos rondas más. Alan no estaba nada convencido, ya que la historia le sonaba bastante insólita y extraña, pero fue precisamente su amigo el que le animó a aceptarlo, aludiendo a la astronómica cifra que le iban a pagar por localizar a ese animal salvaje, hecho que al detective le inquietaba bastante, y que así podría visitar el pueblo de donde procedía su madre.

—Lo siento, Alan. No soy famoso por dar buenos consejos, al parecer —dijo el policía, compungido.

Él le sonrió, pensando en Elena.

«Fue el mejor consejo del mundo, en realidad. No te haces una idea».

—No podías saber cómo iba a acabar esto, Josh. Nadie podría haberlo hecho. —Miró al resto— ¿Sabéis si Samuel y Matilda han acudido ya a la policía?

Sus compañeros se miraron entre ellos, con gesto cómplice.

—Más que eso. Han ido, pero no solos. Tu amiga italiana los acompañó. —Alan esbozó una sonrisa—. Esa mujer manejaba tal cantidad de información que la policía se quedó apabullada. Lo tenía todo: datos, fechas, nombres... Llevaba solo media hora hablando, cuando empezaron a organizar el dispositivo.

—¿Van a intervenir? ¿Tan rápido?

Alan abrió los ojos de par en par. No podía creer lo que acababa de escuchar, y resopló, aliviado. No estaban solos, ya no. Desconocía qué tipo de información habría conseguido su amiga, pero debía ser muy contundente para que la policía actuase con semejante rapidez.

—Así es. —Josh le sonrió, asintiendo—. Al parecer, la policía ya tenía a la farmacéutica en el centro de una investigación paralela, y secreta.

—¿Los estaban investigando? ¿La policía ya sabía que estaba ocurriendo todo esto?

—No, los estaban siguiendo por evasión de impuestos, ya ves. Imagínate la cara que se les quedaría cuando Lya le empezó a desgranar todos los datos, más el testimonio de Samuel y Matilda. —Soltó una carcajada—. Los iban a detener por burlarse del fisco cuando de lo realmente gordo no tenían ni idea.

—Me imagino lo que habría pasado por sus cabezas. Esto parece una historia de ciencia ficción. ¿Sabes cuándo van a llegar?

—No, aún no. Al parecer, el operativo será a gran escala, y tienen que estudiarlo todo antes. Por cierto, tu amiga me envió un archivo con información al móvil que dijo que deberías ver. Lo descargué justo antes de venir. Desconozco su contenido, solo sé que está relacionado con la investigación que realizaban los laboratorios.

—Está bien, después lo veré. Además, tengo que hacer recuento de las armas y munición que tengo con vosotros. Conseguí hacerme con un pequeño arsenal, y espero que sea suficiente, porque esta gente parece multiplicarse, y puedo hacerme una idea de lo que nos espera. —Resopló, mirándolos—Y, bueno, estaréis hambrientos, así que entrad al refugio.

Ellos asintieron, sonriendo levemente, y se adentraron en el escondite de piedra. Cuando pusieron un pie en el interior, Alan se adelantó y les señaló el techo. Se quedaron en silencio, contemplando la bóveda pintada sobre sus cabezas. Al detective le seguía impresionando como la primera vez que la vio. Por eso no le extrañó ver en el mapa que les dejó Elena la anotación que hizo para aquel lugar. «La casa de las estrellas» Era el escondite en el que más tiempo había permanecido y lo convirtió en su hogar. Habría sido una pintora excepcional si se hubiese dedicado a ello.

—Vaya, es impresionante. Hay dibujados conjuntos de perseidas también, es de un realismo sorprendente —dijo Ethan, sin dejar de mirar hacia arriba.

—Lo pintó todo Elena —aclaró Alan—. Le gustan la astronomía y la pintura.

—Pues no podía haberlo hecho mejor, la verdad. El conjunto es equilibrado, y no está recargado por ninguna parte, es todo simétrico. Es excepcional.

Josh y Rocco miraban de un lado a otro, observando aquel enorme mural y señalando hacia varios puntos, entusiasmados, y el detective sonrió, con una punzada de orgullo. Claro que era excepcional. Elena era única.

Tras cenar, estuvieron charlando un rato, poniéndose al día de todo lo que habían hecho desde que él estaba allí, hasta que la noche empezó a ser muy fría. Apagaron el pequeño fuego que habían hecho tras un muro de piedras, para que no pudieran localizarlos, y se retiraron a dormir. Alan miró hacia sus compañeros y se sintió reconfortado. Ya no estaba solo. Esos tres hombres fuertes y leales estaban dispuestos a

arriesgar su vida para ayudarlo. Antes de cerrar los ojos, miró hacia el exterior.

«Voy a encontrarte, Elena, te lo prometo».

Suspiró y se quedó dormido, dejándose vencer por la oscuridad. A los pocos minutos empezó a soñar con Elena. Había vuelto a sus sueños, tras dos semanas de ausencia, y sintió que la esperanza llenaba sus pulmones. Eso confirmaba que seguía viva. Estaba frente a lo que parecía ser la entrada del bunker, vestida de oscuro, como siempre, mirando hacia el interior con preocupación. Se giró y lo miró directamente.

«No trates de encontrarme esta vez, Alan. Yo ya estoy condenada. —Suspiró—. No me olvides nunca, por favor».

Después dirigió su mirada hacia la montaña de Sandara, diciéndole con ese gesto que sabía que él estaba allí. El bunker estaba abierto y ella entró en su interior, decidida. La puerta se cerró poco después de forma estridente, creando un extraño eco en su sueño que le dejó inquieto hasta que se hizo de día.

La mañana despuntó con unos tímidos rayos de sol, haciendo visibles los estragos que el temporal había dejado sobre el valle. La crecida del río había extendido una capa de lodo sobre sus calles y había ramas y objetos tirados por todos los rincones. Varios árboles del bosque estaban carbonizados, creando un paisaje desolador. Desde la montaña de Sandara, sin embargo, lo que más llamaba la atención a sus huéspedes era la larga fila de vehículos que se detenían en la única carretera de acceso al pueblo, donde diminutos coches oscuros bloqueaban la salida a sus habitantes. El ruido creciente de los cláxones era rápidamente silenciado con otro sonido más atronador. El de disparos. Ya era una realidad, habían blindado el bosque.

Alan contemplaba la escena, inquieto. Antes de que llegaran sus compañeros, había observado con preocupación como la parte oeste, donde se hallaba el bunker, era visitada con más frecuencia que antes por furgonetas negras. Josh le había mencionado la noche anterior que Lya había recopilado nueva información que, estaba seguro, le iba a poner los pelos de punta. El detective se dirigió con el móvil del policía a la explanada frente al refugio y empezó a pasar las páginas en el dispositivo con celeridad, buscando algún dato nuevo, hasta que encontró el archivo «Primeras pruebas», y comenzó a leer.

Según los datos de la investigación de su amiga, la farmacéutica lideraba a nivel europeo los estudios en relación con la eliminación de recuerdos traumáticos. Antes de instalarse en el valle, habían logrado resultados muy prometedores y estaban ansiosos para que nadie les quitase la exclusividad. Entonces llevaron a cabo un tratamiento basado en descargas eléctricas e inyecciones que bloqueaban determinadas enzimas, como la CDK5, responsable de fijar en la memoria los recuerdos del miedo. Para bloquearla, se administraba a los pacientes la llamada butirrolactona-1, que provocaba que el miedo ante determinados recuerdos dolorosos se borrara más rápidamente. De esa forma, una persona que hubiese sido atacada por un perro podía volverse a acercarse

a uno en relativamente poco tiempo, ya que había olvidado el ataque.

El problema es que dicho tratamiento no había pasado la fase de experimentación en humanos, previo soborno a las autoridades sanitarias en los países en los que lo comercializaron, y algunos pacientes comenzaron a tener unos extraños efectos secundarios. Olvidaban absolutamente todo lo que rodeaba ese recuerdo, incluidas familia, amigos y determinados hechos en su vida. Tras una larga batalla legal, condenaron a la empresa a pagar multas estratosféricas a las víctimas, lo que provocó que la farmacéutica quebrara, cerrara sus puertas y no se volviera a saber nada de ella durante años. Hasta que reaparecieron en el valle. Con otro nombre, otra imagen, pero el mismo equipo de la vez anterior. Tras varias intensas jornadas de protestas de grupos opositores, la empresa se instaló finalmente en Zugati. Lya había acompañado la información con fotos de la apertura. A Alan no le sorprendió ver en ellas a un joven Jacobo Somoza, entonces alcalde del pueblo, junto al dueño de los laboratorios, posando con una sonrisa siniestra frente a la gigantesca puerta acristalada del edificio.

Siguieron con sus investigaciones en torno a la psique humana, retomando los estudios sobre la eliminación de recuerdos traumáticos donde los habían dejado. Tan solo unos años después, empezaron los primeros resultados positivos. Por esa misma época empezó en el pueblo un silencioso éxodo de chicas jóvenes, según el registro de los ayuntamientos de Sandara y Zugati.

«Como mi madre, que se fue a Londres huyendo para que no la asesinasen aquí».

Las que se quedaron desaparecieron de la faz de la tierra durante unos años, hasta que reaparecían otra vez, de la noche a la mañana, sin más explicaciones. Otras aún constaban como desaparecidas en la actualidad, sin que sus familias se hubieran interesado por saber su paradero.

«Porque la farmacéutica ya había pagado a sus familias una buena cantidad de dinero por ellas, según concluimos Elena y yo aquella noche en el hotel, y por tanto, tampoco estaban interesados en descubrir la verdad».

Entonces recordó la fosa del bosque que le había mostrado Elena. Tuvo el lúgubre presentimiento que las chicas desaparecidas también estaban allí, junto a los investigadores y cazadores. El pecho entero se le encogió ante aquello.

Sin embargo, algunas de las que volvieron murieron a los pocos meses, sin realizársele ninguna autopsia. Según pudo averiguar la investigadora, el párroco intermedió con las familias para que no se las practicasen, aludiendo a que eso podría corromper el descanso de las chicas y que sería mejor que yaciesen cuanto antes en el camposanto del pueblo.

«Por eso cada tumba del cementerio de Sandara estaba llena de flores. Es la forma que tienen sus familiares de expiar la culpa por permitir que mataran a las chicas», concluyó el detective, con tristeza.

Siguió pasando un archivo tras otro. La mayoría era información que él ya conocía sobre los laboratorios. Pero sabía que su amiga no lo defraudaría.

—Vamos, Lya, sorpréndeme. Sé que siempre te guardas lo mejor para el final —dijo a media voz, sin apartar la vista del móvil.

Y lo sorprendió. Al parecer, una de las chicas murió en la capital mientras estaba de visita en casa de unos parientes. Fue precisamente por eso, por fallecer en la ciudad de forma sorpresiva, por lo que se le realizó la autopsia. Según el informe del forense, la muchacha había muerto a consecuencia de la masiva destrucción de tejido cerebral. Le habían aplicado tantas descargas que era irrecuperable. Aquella información le hizo apartar la vista de la pantalla y clavarla en sus compañeros, que aguardaban pacientes a que él terminara de leer para que les hiciera una traducción completa.

Inspiró y comenzó aquel espeluznante relato. Tras terminar la siniestra exposición, todos lo miraron consternados, dándose cuenta del trasfondo de la historia, que era mucho peor de lo que se habían imaginado. Era inaudito que aquello estuviese sucediendo en aquel valle idílico y aparentemente tranquilo.

—Pero ¿qué demonios ha estado ocurriendo aquí? ¿Por qué nadie ha denunciado nada hasta ahora? —preguntó Ethan.

—Los tenían a todos engatusados, según me contó Elena. La farmacéutica lleva «comprando» a las chicas del pueblo para hacer sus experimentos desde hace años —explicó Alan, mirando fijamente la pantalla—. Imagínate la cantidad de jóvenes que han muerto aquí sin que nadie moviese un dedo por ellas.

—Si todo esto es tan terrible como parece, podríamos estar hablando de cientos de chicas, Alan, cientos de muchachas a las que han raptado y sometido a todo tipo de experimentos. Y como estudian la eliminación de recuerdos traumáticos, me juego lo que quieras a que después les lanzaban cuatro descargas y las dejaban en estado casi vegetal para que no recordasen nada del encierro.

—Y a las que lo hacían, las amenazaban para asegurarse de que mantuvieran silencio, estoy seguro —dijo Rocco, torciendo el gesto—. Eso, sin mencionar a las que mataron. —Miró a Alan con gesto serio—. Esto es un feminicidio en toda regla, me temo.

El detective asintió con pesar y abrió el último archivo. Era un vídeo titulado «Pendiente de investigación», y tardó varios segundos en abrirse, hasta que la imagen de su amiga apareció. Seguía igual que siempre, con sus rizos cayendo por sus hombros y su intensa mirada gris capaz de atravesar a alguien. Sin embargo, sus gestos delataban nerviosismo y movía mucho las manos, demasiado. Estaba nerviosa.

—Hola, Alan, tal y como te prometí, te he enviado todo lo que he logrado reunir desde que me fui del valle. Sin embargo, he encontrado una documentación relativa a las últimas investigaciones de la farmacéutica que creo que son interesantes y podrían ayudarnos en la investigación. Me ha costado mucho dar con ellas, he tenido que

contactar con los dos mejores *hackers* que conozco para descryptar el código de los ordenadores de la farmacéutica, que estaban increíblemente blindados. Te he dejado esa información en formato de texto, para que lo revises tú también. —Se quedó unos segundos en silencio, esbozando una mueca—. Así que ya me debes una cena, y de las que incluyen un vino que cueste al menos tres cifras, inglés.

Alan sonrió levemente y se aproximó más a la pantalla. Su instinto le decía que iba a escuchar el corazón de aquel turbio asunto, la razón de toda aquella locura. La chica se colocó el pelo y continuó:

—Pues bien, la investigación de la farmacéutica se está centrando en el estudio de la parte inconsciente del cerebro, la que controla los sueños. ¿Por qué? Pues muy sencillo. Primero estuvieron evitando que ese mal recuerdo se anclase en la memoria. Pero el problema era que a veces los resultados variaban mucho de un sujeto a otro. Así que ahora están probando a que sea la parte inconsciente del cerebro la que lleve la batuta de la situación.

A Alan se le empezó a secar la boca. Entrar en el inconsciente de las personas para experimentar en él podría dejar graves secuelas en las chicas, como trastornos psiquiátricos serios de por vida. Volvió a clavar la vista en la pantalla, donde su amiga continuaba hablando.

—Me explico con un ejemplo. Imagínate que salgo a la calle y observo, horrorizada cómo atropellan a alguien delante de mí. Ese mal recuerdo va a estar persiguiéndome durante mucho tiempo, creándome un trauma con respecto al tráfico, a salir de casa, etcétera. Pero si los laboratorios me programan una serie de descargas en el cerebro, volcando ese recuerdo en la parte inconsciente, cada vez que ese recuerdo aparezca, mi mente me convencerá de que eso no pasó nunca y de que solo lo soñé.

Alan le dio al botón de *stop*, paseando su vista sobre los demás, traduciéndoles lo que acababa de ver. Al terminar de hablar, vio cómo sus compañeros se miraban unos a otros, desconcertados. El detective volvió a mirar el dispositivo, preparado para seguir escuchando los resultados de las investigaciones de Lya, cuando se dio cuenta de algo. Algo que explicaría toda aquella locura. De repente dejó de oír la voz de sus amigos, que le hablaban, y el refugio pareció desvanecerse ante aquella revelación. Una idea se fue abriendo en su mente, cegando con su luz todos los demás pensamientos. La verdad, el origen de todo aquello acababa de ser desvelado. Se giró hacia Josh lentamente, que le hablaba haciendo gestos, pero él ya no lo escuchaba. Se levantó y salió del refugio, con un puño sobre los labios y la mirada perdida, trazando líneas irregulares con su paso.

«El inconsciente. Esa parte del cerebro incontrolada y caótica que nadie puede dominar, excepto Elena. Ella lo conoce, lo controla y lo usa a su antojo. Fue capaz de conectar mi inconsciente al suyo cuando estaba agonizando para que pudiésemos comunicarnos y me envió aquellos sueños para advertirme».

Entonces recordó la anécdota que le había relatado Samuel. Cuando eran pequeños, habían ido de excursión escolar a la farmacéutica. Tras enseñarles las instalaciones, habían escogido a varios alumnos al azar para mostrarles el funcionamiento del cerebro con unos monitores. Entre ellos estaba Elena, con apenas seis años.

«Los técnicos los metían en unos tubos con escáneres. Esperaban a que los niños se quedasen dormidos y empezasen a soñar. Entonces les conectaban unos sensores y nosotros observábamos el movimiento del cerebro cuando ellos empezaban a soñar. Todo era muy aburrido, hasta que observaron los monitores a los que estaba conectada Elena. Empezaron a dibujarse destellos de todos los colores, llenando la pantalla, como una traca de fuegos artificiales. Los niños aplaudíamos entusiasmados ante tantos colores y formas. Recuerdo que los técnicos se miraron entre ellos con los ojos abiertos y llamaron a una mujer, que revisó las gráficas y terminó quitándose las gafas, contemplando a Elena estupefacta. Era tanto el griterío que al final ella se despertó asustada, empezó a llorar y tuvieron que parar».

Se detuvo y miró al bosque, con la angustia empezando a escalar por su sistema. Elena no podía estar más en peligro que en ese momento.

«A eso se debe su obsesión por capturarla, por eso es prioritaria. No es porque los haya desafiado o porque sea la primera que se les ha escapado, es porque ella es la única que puede mostrarles cómo dominar el inconsciente para que sus investigaciones funcionen. Por eso han empleado tanto dinero y tiempo en localizarla. La quieren viva para experimentar con ella».

Todas las incógnitas que se había planteado tenían por fin respuesta. Por eso nunca la habían acosado por la fuerza, por miedo a que resultara herida. Simplemente estaban intentando capturarla de una pieza sin que sufriera daños. Hasta que se les agotó la paciencia.

Alan se introdujo otra vez en el refugio, interrumpiendo la charla que mantenían sus amigos en ese momento, que se quedaron mirándole, confundidos.

—Ya sé por qué quieren a Elena. Aún a riesgo de pareceros un demente, os voy a explicar por qué la necesitan solo a ella.

Se sentó junto a ellos en el suelo, con las piernas cruzadas y les contó todo desde el principio, desde el primer día que pisó aquel recóndito valle y ella le empezó a enviar los extraños sueños, hasta cuando abrió un canal de comunicación cuando él estuvo agonizando. Sus amigos mantuvieron un silencio absoluto durante toda la exposición. Cuando terminó, todos fijaron su vista al suelo, atónitos tras lo que acababan de escuchar.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, Alan? —preguntó Josh.

—Completamente. Jamás he estado tan seguro de algo. Sé lo que vi y sé lo que oí.

—Pero eso cambia completamente la historia. Si se ha entregado, está perdida, y no

solo ella. Todas las chicas, porque abrirá nuevas vías para nuevos experimentos.

Alan sintió que se asfixiaba en ese momento.

—Lo sé. —Inspiró—. Por eso hay que dar con ella.

—Y no solo eso. —Josh lo miró alarmado—. Si tienen éxito, la eliminarán para que no sea una incómoda testigo de sus pruebas.

Sus amigos se quedaron en silencio otra vez, reflexionando. Rocco los miró, estirando sus tatuados brazos y poniendo cara de fastidio. Cogió un palo cercano, empezó a trazar líneas en el suelo, junto a sus pies, y clavó sus azules ojos en Alan.

—Siempre supe que debí presentarte a mi prima Debbie. Es cierto que ahora pesarías cuarenta kilos más y te pasarías todos los domingos viendo los partidos de alguno de tus cinco críos, pero tu máxima preocupación sería cómo meter otro barril más de cerveza en la nevera, y no cómo enfrentarte a una banda de criminales para rescatar a una chica que, no te ofendas, parece la protagonista de una maldita película de terror.

En la otra parte del bosque, y bajo un techo de dos metros de hormigón, Elena seguía internándose a través de los pasillos de aquel túnel. Debía darse prisa, o no conseguiría alcanzar al resto de jóvenes. Siguió avanzando y observando, hasta que un ruido de murmullos se hizo cada vez más audible. Eran los jóvenes secuestrados. Escondió su pistola en la cintura del pantalón y ocultó su pequeña mochila bajo el jersey, mezclándose entre las chicas, imitando su gesto obnubilado. Siguió avanzando con ellas hasta una sala en penumbra donde había un grupo de unas treinta jóvenes en estado casi catatónico, mirando al techo, con dos guardias que las dividieron en dos grupos.

Uno de ellos se llevó a la mitad por uno de los largos y oscuros pasillos de aquel sitio, y el otro las custodió por el segundo pasadizo, el de la derecha. Se preguntó qué habría en el de la izquierda, pero no tuvo tiempo a pararse a averiguarlo, porque una marea de muchachas narcotizadas estuvo a punto de arrollarla. Tropezaban unas con otras, como autómatas, arrastrando los pies, hasta que llegaron a una sala iluminada y pintada de blanco, donde el guardia las detuvo.

Ese pasillo era el que conectaba los pasadizos del bunker con la farmacéutica. Esa era la puerta del horror, la entrada al infierno. El guardia se acercó y la abrió. Era de cristal, y se podía ver el interior del estrecho y largo pasillo, con azulejos hasta el techo de color blanco. El hombre fue llevando a las jóvenes en grupos de tres hasta la entrada, donde tecleaba un código en la pared y esperaba a que se abriese desde dentro. De esa forma, nadie que consiguiese huir de las salas de los laboratorios podría escapar por el bunker.

Elena miró con disimulo a su alrededor, trazando un plan. Esperaría a que la pusiesen delante de la cámara, asegurándose de taparse la cara con el pelo, para que no la reconociesen, y en cuanto se abriese la puerta, apresaría al guardia y lo obligaría a desconectar las puertas, para que esas chicas pudiesen huir mientras ella se internaba hacia los laboratorios. Empezó a morderse el labio inferior, como cuando pensaba con intensidad, cuando la voz de una joven, hablando en susurros, la asustó.

—No te muerdas el labio o te descubrirán.

Una chica rubia, alta, de ojos claros miraba al techo y a ella alternativamente. Debía rondar los veinticinco años. La imitó y le susurró también:

—¿No estás narcotizada como las demás?

—No. Disimula, seremos las siguientes.

Los ruidos que hacían las otras chicas subieron de tono. Era como oírlas gritar a plenc pulmón de forma amortiguada. Estaban aterrorizadas, pidiendo auxilio, sin que sus cuerpos respondiesen. Elena rozó a la chica rubia y susurró:

—Quédate a mi lado, tengo un plan.

—Vale, pero no estoy sola —dijo, señalando con un movimiento de ojos a una chica que estaba a su lado.

Elena observó con cautela. Otra chica, rubia, con el rostro dulce y redondeado, un poco más pequeña que ella, la miraba de reojo. Tampoco estaba narcotizada. Se preguntó qué hacían esas chicas ahí, fingiendo estar bajo los efectos de alguna droga.

—Es mi hermana —murmuró.

Elena asintió.

—Quedaos a mi lado y fingid. Cuando yo os lo diga, salid corriendo.

La chica fue a responderle, pero no pudo, porque les tocó el turno a ellas tres. El guardia las tomó de forma brusca del brazo y las colocó frente a la cámara. La joven se ocultó tras una cortina de pelo hasta que oyó el chasquido que hacía la puerta al abrirse. Debía ser rápida o aquel guardia la desarmaría. Se giró, sacando su arma de la cintura del pantalón y apuntó al hombre.

—¡Dame tu arma! ¡Ahora!

El guardia trastabilló hacia atrás. Lo había cogido por sorpresa y apenas pudo reaccionar. La miró, atónito y le tendió su pistola, deslizándola en su mano. Ella la cogió y la guardó, mientras seguía apuntándole.

—Desconecta la puerta para que ellas escapen. ¡Rápido!

El guardia pulsó varias teclas bajo la atenta mirada de la joven, que pudo escuchar ruidos en la lejanía. La puerta del bunker se había abierto. Las dos chicas rubias comenzaron a empujar al resto y las muchachas empezaron a avanzar hacia la salida. En pocos minutos estarían a salvo, el efecto de la droga se habría disipado y podrían ocultarse en el bosque, donde estarían a salvo.

Elena empujó al hombre por el pasillo del laboratorio y lo encerró en una de las primeras salas que encontró.

—Ni se te ocurra hacer ningún ruido.

Cerró la puerta y rompió la cerradura para que no pudiese escapar, rogando para que las cámaras no hubiesen grabado nada y diesen la voz de alarma. Miró a las dos chicas rubias.

—¡Ahora! ¡Salid!

Se giró y echó a correr por el pasillo del laboratorio, hasta que una de las chicas la alcanzó y la agarró del brazo con fuerza, obligándola a detenerse. Ella se giró rápidamente, creyendo que era una emboscada, y encañonó a la rubia.

—¡Suéltame ahora mismo!

La joven la soltó, asustada, enseñando las palmas de las manos. Su hermana pequeña, que estaba detrás, retrocedió con expresión de pánico.

—No dispires, por favor. Han secuestrado a nuestro hermano, se llama Erik y hemos

venido a rescatarlo. Lo separaron de nosotras cuando bajamos del furgón, y no sabemos adónde se lo han llevado.

Elena bajó el arma, aún indecisa, y las observó apenas unos segundos, decidiéndose. La cara de desesperación de las muchachas hizo que confiara en su palabra. Nadie en su sano juicio se metería en ese edificio infernal si no fuera por una razón de peso, y si lo que decían era cierto, no había mejor razón que salvarle la vida a su hermano.

—Está bien, seguidme, rápido. Hay que salir de aquí antes de que activen la alarma.

Como si la hubiese conjurado, una estruendosa sirena empezó a sonar de forma repetitiva y estridente. Elena empezó a maldecir y les tendió la pistola que le había quitado al guardia.

—Cogedla. No creo que lleguéis a usarla, pero es solo por precaución.

La hermana mayor retiró la mano instintivamente, asustada, pero la otra la cogió, decidida, y la preparó rápidamente, ante la atónita mirada de Elena. Era obvio que tenía experiencia con armas. No tuvieron tiempo de hacer preguntas, había que huir de allí inmediatamente o las encontrarían. Empezaron a correr por el pasillo con la molesta alarma de fondo. Mientras avanzaban buscando un lugar seguro, Elena escuchó cómo las chicas comenzaban una discusión.

—¿Quién demonios te enseñó a manejar un arma, Rebeca?

—Me saqué la licencia de armas hace tres meses, y Erik y yo hemos estado yendo a un campo de tiro a hacer pruebas.

—¿Pruebas? ¿Para qué?

—Nos estamos preparando para ser policías.

—¿¿Cómo que policías?!

—Sí, policías. Las pruebas son antes del verano, y queríamos estar bien preparados. Estamos entrenando a diario, y vamos a una academia en la capital tres veces por semana para las clases teóricas.

—¿¿Cómo?! Y ¿por qué no me dijisteis nada?

—Erik dijo que...

—Claro, Erik —la interrumpió—. Cómo no. Fue él el que te convenció, ¿verdad? No no me lo digas. Sí, seguro que sí. Donde hay peligro, ahí está él, como siempre. Existe algo con riesgo de muerte, y él va el primero, y de cabeza, sin pensárselo. Vais a acabar conmigo, de verdad.

La joven del bosque se giró inquieta hacia ellas. Siendo hija única, ese tipo de situaciones la desconcertaban bastante, y nunca sabía cómo actuar ni cuándo interrumpir. Rebeca continuó hablando, con el ceño fruncido:

—No queríamos decirte nada todavía porque te pondrías histérica, como siempre, así que decidimos esperar un poco.

—¿Esperar?, ¿hasta cuándo? Y ¿cómo que histérica?

—Contigo no se puede hablar nunca porque sacas todo de quicio y te subes por las paredes con cualquier cosa.

—¿Qué? Bue... bueno, si no dejarais de meteros en problemas todo el día, yo no estaría al borde de los nervios siempre. —Bufó—. Cuando no es un dedo roto, es una articulación dislocada, y si no, ya tengo a un vecino tocando en la puerta para quejarse por algo que Erik ha roto en su jardín.

Elena se detuvo cuando creyó que ya era suficiente.

—Esto..., si aún queréis que Erik pueda ser policía, tenemos que rescatarlo primero.

—Sí, claro. Perdona. Y... yo soy Elba, por cierto, y mi hermana pequeña es Rebeca.

Elena asintió. No iba a decirles aún su nombre, por seguridad.

—Pues a correr, Elba y Rebeca, o nos matarán aquí.

Siguieron avanzando por los pasillos mientras el estridente zumbido no paraba de sonar. Elena las miró de reojo. Si era cierto lo que decían, como parecía ser, tendría que ayudarlas a rescatar a su hermano y luego se dirigiría al corazón de los laboratorios. Inspiró, dándose cuenta, y no por primera vez, de la locura que había cometido al internarse por esos pasadizos ella sola.

En el otro lado del valle, Alan daba vueltas al teléfono de Josh. Deslizó el dedo por la pantalla, con suavidad, hasta que encontró el número de alguien a quien había echado de menos esas últimas semanas y que contestó al segundo tono.

—Hola, Josh.

—Hola, Lya.

—¿¿Alan?! ¿¿Eres tú?! —exclamó aliviada—. Cielo santo, no sabes cuánto me alegra oír tu voz al fin. Me tenías muy preocupada. He intentado llamarte como un millón de veces desde que me fui del valle.

—Yo también me alegro mucho de oír tu voz. Mi móvil quedó completamente destrozado y he estado incomunicado en el refugio, por eso no he podido contactar contigo antes.

—No te preocupes, ya me lo había imaginado. —Permaneció unos segundos en silencio—. Samuel me contó que te atacaron en el hotel y que estuviste agonizando en su casa varios días. —Suspiró—. Estuvieron muy cerca de acabar contigo esta vez, Alan.

—Sí, fue... no te haces una idea de lo que fue aquello. Al menos tú ya no estabas aquí, porque no quiero imaginar lo que habría pasado entonces.

Aún tenía pesadillas por el ataque. Recordaba los golpes, cada puñalada que le habían asestado mientras lo tenían inmovilizado desde atrás, cómo retorcieron los puñales dentro de su cuerpo, rasgándole la carne, y el dolor de los disparos. Aún no se explicaba cómo había conseguido acabar con todos. Solo recordaba al último asaltante al que disparó. Ese hombre fue precisamente el autor de la mayoría de las puñaladas, y lo había matado con su propia arma tras una violenta pelea.

Ni él mismo sabía cómo había llegado a casa de Matilda en ese estado, solo recordaba ir arrastrándose por el pasillo del hotel, dejando un rastro de sangre por la pared, y caminar por las calles casi inconsciente hasta llegar a su casa y golpear con la cabeza la puerta de la entrada. Cuando Samuel abrió, intentó decirle que Elena estaba en peligro pero se desplomó y todo se fundió a negro. Después, solo sintió dolor, un dolor insoportable tumbado en aquella mesa de comedor, hasta que escuchó la voz de Elena, lejana, diciendo su nombre, y todo se detuvo al sentirla cerca. A partir de ese instante, el dolor se volvió más leve.

—Estuve inconsciente casi todo el tiempo y apenas recuerdo nada de aquellos días, tan solo dolor y un frío intenso, hasta que poco a poco fui recuperando la conciencia. Gracias a Matilda y a su hijo estoy vivo.

—Y a Elena. Fue ella la que te donó su sangre y la que fue a buscarte medicinas para que te curaras. Eso al menos es lo que me contó Samuel.

Alan se quedó sobrecogido al escuchar aquello. Sabía lo de las medicinas porque Samuel y Matilda se lo habían contado, pero desconocía lo de la sangre. Tener una parte de ella corriendo por su sistema lo hizo sentirse más cerca de su chica e inmensamente agradecido. Cambió la línea de pensamiento, porque pensar en ella le hacía recordar el abandono, y le seguía doliendo como la primera noche.

—Gracias por toda la documentación, por cierto. Has hecho un gran trabajo, como siempre. Estoy seguro de que la información que recopilaste va a ayudar a acabar con esto de una vez por todas.

—Eso espero, la verdad, porque es terrible. No sabes lo difícil y duro que fue encontrar todos esos datos, e imaginarte todo lo que les hicieron a esas pobres chicas. —Resopló—. Nadie alzó la voz por ellas, Alan. Nadie. Es increíble.

—Lo sé. —Se quedó unos segundos en silencio—. Pero confío en que esto acabe de una vez. —Se aclaró la voz—. Lya, le estoy dando vueltas a algo y desde aquí no voy a poder encontrar información, no sé si podrías ayudarme.

—Lo que sea. ¿Qué necesitas?

—Verás, Elena me dijo que había sido adoptada cuando era un bebé. Sin embargo nunca mencionó que sus padres recibieran una «bonificación» de la farmacéutica, y me pregunto por qué. Sería a la única a quién no se la hubiesen dado, y eso es muy llamativo.

—Sí, la verdad es que es algo que no encaja con lo que estaba ocurriendo por allí.

—También mencionó que Jacobo Somoza estuvo a punto de comprarla cuando ella tenía dieciocho años, y ese dato me dejó desconcertado. Se estaba poniendo demasiado en evidencia. ¿Por qué molestarse en pagar él mismo por ella, cuando ni siquiera la farmacéutica lo había hecho? Si los laboratorios pensaban capturarla de todas formas, ¿por qué tomarse la molestia él mismo de asegurarse que la atraparan?

—Investigaré a ese hombre. Oculta algo, estoy segura. Recuerdo que cuando estaba

en el valle y preguntaba por él, nadie respondía. Había un pacto de silencio en todo el pueblo, y eso es muy raro. —Suspiró—. ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Es que nada de esto tiene sentido. Cuando la adoptaron, la farmacéutica no pagó por ella. Cuando tuvo dieciocho años, Somoza estuvo dispuesto a hacerlo él mismo, poniéndose en una situación muy delicada. ¿Por qué no la raptaron como a las demás? Es como si Jacobo, en persona, quisiera asegurarse de que la capturaran, como si fuera algo personal. Aquí hay un dato fundamental que desconocemos, y necesitamos saber qué es. Nos falta la pieza que haga que todas las demás encajen.

—De acuerdo. Veré qué puedo averiguar.

—Cualquier dato nos será útil. Gracias de antemano. Y de verdad que espero verte pronto.

—Y yo a ti. Y, por favor, extrema las precauciones. Tengo un mal presentimiento con todo esto, y no quiero que te ocurra nada.

—Lo tendré. Gracias por todo, y ten cuidado. Adiós, italiana.

—Adiós, inglés. Y, Alan...

—¿Qué?

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, Lya. No sabes cuánto.

Colgó y sostuvo el aparato entre sus manos durante unos segundos. Después se le tendió a Josh, mirándolo detenidamente. No solo Lya tenía un mal presentimiento. Él también empezaba a tener un mal presagio con todo aquello, y nunca se había equivocado.

Al otro lado del valle, Elena y las chicas estaban corriendo por los pasillos cuando se quedaron repentinamente a oscuras. Se detuvieron, desconcertadas, hasta que a los pocos segundos unas luces anaranjadas del techo se encendieron, parpadeando débilmente al principio, creando una sensación claustrofóbica. Siguieron avanzando de forma sigilosa hasta llegar a una sala donde había camillas con correas, varios goteros y monitores. Ninguna de ellas quiso imaginarse los experimentos que se hacían allí, ni cuánto dolor habían albergado esas paredes. Se deslizaron por los pasillos hasta que se toparon con una estancia con varios ordenadores, donde dos guardias miraban nerviosos las pantallas. Uno de ellos hablaba por teléfono mientras el otro estaba con el rostro casi pegado a los monitores. Elena les hizo un gesto para que se ocultasen en una sala cercana para escuchar. El que estaba al teléfono se dirigió a su interlocutor:

—Deben estar en el ala este ahora mismo. Hemos podido reconocer a dos de ellas, Elba y Rebeca Velasco, pero la otra no está fichada, no sabemos cómo se ha colado aquí.

Al otro lado de la línea se oyó una estruendosa voz.

—Enseguida, señor. Daremos un aviso general a todo el laboratorio.

El guardia colgó y tiró de la manga a su compañero.

— ¡Ja! ¡No te vas a creer quién era la otra chica fugada! ¡Es Elena Celaya!

— ¿Qué? ¿A la que llevan buscando desde hace años?

— Sí. — Jadeó—. Se ha colado en los laboratorios, ¿te lo puedes creer?

— Se ha metido en la boca del lobo ella sola. Puf, como la encuentren, ya te digo que yo que esa no sale viva de aquí, ya lo creo que no.

— Ya te digo. Y ahora levanta, vamos al sector E, que creen que puedan estar por ahí.

Los hombres se levantaron y salieron de forma precipitada de aquella sala, hablando entre ellos. Elena se recogió el pelo en una coleta alta y se giró hacia las hermanas, que la miraban con la boca abierta. Debían haber oído hablar de ella. Al parecer, su historia había llegado a todo el valle, muy a su pesar.

— ¿Eres esa... Elena? — preguntó Rebeca, parpadeando varias veces.

— Sí, soy esa Elena.

— Vaya..., pensábamos que no existías en realidad, que solo eran habladurías de la gente.

— ¿Habladurías?

— Sí, es que no somos de aquí, somos de la capital. Cuando llegamos y nos contaron que había una chica viviendo en el bosque no nos lo creímos, nos pareció una locura, y siempre nos imaginamos que eran rumores infundados. Hasta lo de... tu padre — dijo, compungida.

— Lo sentimos mucho. No lo conocimos, pero todo el mundo hablaba muy bien de él.

Elena esgrimió una sonrisa triste y bajó la vista, mordiéndose los labios, intentando controlar el dolor que empezaba a abrirse en su pecho una vez más. Echaba de menos a su padre cada día, y su ausencia la había dejado completamente perdida. Él había sido el faro que había guiado su vida, la luz en medio de la oscuridad. Sentía que su mente había bloqueado esos días hasta que fuese capaz de gestionar ese dolor, pero cada vez que se abría mínimamente esa brecha, ella creía morir. Desvió ese profundo pozo de tristeza antes de caer en él. Si caía, sabía que no podría volver a la superficie.

Se levantó y les hizo un gesto a las chicas para que la siguieran, sintiendo una pesada losa en el corazón. Se adentraron en la sala donde los técnicos habían estado antes vigilando los monitores, y ella les señaló un área de aquella estancia.

— Ayudadme a buscar en esa sala algún mapa de este sitio, tiene que haber alguno que nos ayude a situarnos aquí dentro. Esto es un laberinto, y necesitamos saber dónde estamos.

Ellas asintieron y comenzaron a buscar frenéticamente, sin hallar nada. Mientras lo hacían, miró las pantallas de las cámaras de vigilancia, que devolvían imágenes de pasillos vacíos, salas de experimentación, laboratorios químicos y un despacho grande y blanco con un hombre rubio, sentado delante de una mesa de cristal. Un escalofrío le recorrió la espalda. Ese hombre era el jefe de todo aquello, estaba segura. Elba se subió a

una silla para inspeccionar el último estante de una de las librerías y habló en tono triunfal, señalando con el dedo un enorme papel.

—¡He encontrado un mapa!

Tiró del enorme rollo de papel, con el tamaño de un póster, y una caja llena de grapadoras metálicas cayó con estrépito al suelo, haciendo que el rostro de las tres demudara rápidamente.

—¡Salgamos de aquí, rápido! —gritó Elena.

Salieron corriendo veloces por el pasillo, sin apenas respirar, con la sangre galopando fría por su sistema ante el temor de ser capturadas, girando en varias intersecciones, y se detuvieron en una de las salas, aguantando la respiración, oteando en busca de guardias, pero estaba desierto. Estaban a salvo, de momento. La joven de cabello oscuro se giró hacia las chicas.

—Debemos estudiar el mapa para trazar un plan. Rebeca, vigila la puerta mientras Elba y yo estudiamos el plano. Hay que empezar a buscar a Erik urgentemente antes de que nos encuentren.

La chica montó guardia mientras Elena y su hermana estudiaban el plano. Distinguieron el pasillo por el que las introdujeron en el bunker, los pasadizos, la sala que se dividía en dos pasillos gigantescos, la sala que conectaba con los laboratorios, y desenrollaron más el plano para situarse. Se quedaron sin habla al hacerlo. Aquello era gigantesco, incluso con plantas subterráneas. Allí habría al menos quince salas para experimentos en cada planta. Y estaban en la primera. Miró a las hermanas con gesto preocupado.

—Voy a liberar a las chicas que hay aquí dentro. No tenéis que acompañarme, podéis coger el plano e ir a por vuestro hermano. Tenéis la pistola y os dejaré munición. —Las miró, nerviosa—. Lo siento, pero no puedo dejarlas aquí a su suerte, tengo que ayudarlas. Hace dos semanas vi que metían a chicas muy jóvenes aquí, no debían tener ni quince años.

Las hermanas la escucharon en silencio.

—Vamos contigo. Si los pasillos están conectados, desde que las liberemos podremos ir a por Erik. Si estamos juntas, lo haremos más rápido. No podemos dejar que las maten.

La joven asintió, satisfecha. Cogieron los planos y se escabulleron de allí. Aquello acababa de empezar.

A varios kilómetros de allí, Alan observaba cómo la fila de coches que se reunía en la salida del valle se iba haciendo cada vez mayor. Descubrió, apesadumbrado, que había figuras inmóviles en el suelo. Los hombres de Corso habían abierto fuego contra todos los que intentaban escapar del valle. Josh estaba sentado junto a él en la entrada del refugio, haciendo balance de todas las armas que llevaban. Habían llenado las mochilas con bastante munición y botes de humo, pero aun así confiaban en conseguir más en el

bunker y los pasadizos.

—Avisa a los demás, tenemos que organizarnos.

—No hace falta, ya están aquí.

Oyó pasos a su espalda, y se giró hacia sus compañeros, que aguardaban impacientes.

Rocco se aclaró la voz y comenzó a hablar:

—Hemos decidido que seas el jefe de equipo. Eres el único que tiene experiencia militar y policial, y estamos seguros de que organizarás el plan de asalto con garantías, minimizando los riesgos para todos. Eso, y porque al ser tu chica la que está ahí dentro, tú, mejor que nadie, nos conducirás hasta ella.

El detective lo miró con gesto serio y paseó su vista por los demás.

—¿Estáis todos de acuerdo?

Todos asintieron. Alan fue consciente de que a partir de ese momento las vidas de sus amigos y la de Elena caían sobre sus hombros, que se tensaron en respuesta a la responsabilidad que iba a asumir a partir de ese momento. Supo entonces que todos sus músculos iban a permanecer así, contraídos, durante mucho tiempo.

—Bien. Por lo que Elena me contó, sabemos que los pasadizos conectan el bunker y la farmacéutica. Hará mucho calor allí dentro, ya que lo lógico es que desconecten la luz y el circuito de aire en cuanto nos detecten, así que ya sabéis que tenéis que fijar el blanco un poco más arriba de lo normal, porque con el ascenso de la temperatura la trayectoria de la bala desciende, y el objetivo en este caso es eliminar al enemigo en caso de encontrarlo, no dejarlo herido. ¿De acuerdo?

—¿Cómo nos repartiremos? —preguntó Josh.

—Ethan y yo seremos el equipo de asalto. Erramos menos blancos y debemos aprovechar al máximo la munición. Rocco y tú formaréis el grupo de apoyo. En caso de enfrentamiento, debéis proporcionarnos fuego de cobertura para que nosotros podamos avanzar allí dentro.

—De acuerdo. Esos hombres tienen nociones de combate, ¿verdad?

—El grupo al que me enfrenté aquella vez conocían técnicas de lucha cuerpo a cuerpo y están familiarizados con las armas. Son militares, no os quepa ninguna duda. Entonces ya sabéis, en caso de enfrentamiento por los pasillos deberíamos posicionarnos cubriendo flancos y retaguardia. Josh, tú cubrirás al equipo desde atrás en todo momento cuando estemos avanzando por los pasadizos. De esta manera, garantizaremos la seguridad en trescientos sesenta grados a nuestro alrededor. Yo iré delante, de hombre punta, y aseguraré una vía de escape en caso de retirada.

—¿Has pensado en planes concretos? —preguntó Ethan.

—Sí. Si se produce un choque con un grupo pequeño, podemos ocultarnos, dejándolos avanzar hasta que tomen una posición en la que tomemos ventaja y abriremos fuego. En caso de enfrentamiento con dos grupos, debemos separarnos para

evitar que ellos consigan unirse.

—Si llegado el momento, debemos separarnos, ¿cómo lo haremos?

—Al estar separados, tú, Ethan, irás con Rocco, que te cubrirá, y yo iré con Josh, que hará lo mismo conmigo. Además, haremos puntos de chequeo durante la ruta, para reorganizarnos y conseguir información. —Miró al policía—. Recuerda llevarte los *walkies*, son importantes.

Su amigo asintió. Era un enamorado de la tecnología y se encargaría de las comunicaciones. El detective siguió espetando instrucciones unos minutos más, dibujando sobre el suelo varias posibles incidencias que podrían ocurrir y cómo solucionarlas en aquellos pasadizos.

—No podemos dejar que nos acorralen ni que nos hagan retroceder. El terreno que vayamos ganando es nuestro, y debemos defenderlo. Si no, estaremos perdidos. Tenemos que conseguir que ellos mismos vayan replegándose, o nos acribillarán.

—No va a ser fácil, Alan.

—Lo sé, de verdad que lo sé. —Tras quedarse en silencio unos segundos, se incorporó, mirando a sus amigos—. En caso de choque con un grupo muy numeroso, nos batiremos en retirada hasta el último punto seguro en el que hayamos estado. Yo me quedaré para evitar que puedan seguir el rastro y después me reuniré con vosotros. En caso de que no vuelva —se hizo un pesado silencio—, o tarde en hacerlo, Ethan asumirá el mando.

—Pero, Alan...

—Yo me reuniré con vosotros cuando sea seguro hacerlo.

Todos asintieron, casi a la vez, alzando las cejas, mirando las líneas cruzadas en el suelo que el detective había estado dibujando para apoyar sus explicaciones. Estaban a punto de levantarse, cuando un gesto de Alan les indicó con un gesto que esperaran.

—Y, para finalizar, una última orden como jefe de equipo. —Los miró a todos, que habían vuelto a sentarse—. En cuanto sospeche que peligra de forma grave vuestra seguridad, abandonaréis los pasadizos inmediatamente y yo seguiré solo.

Sus amigos se quedaron en silencio. Era obvio que no estaban de acuerdo.

—No, Alan. No vamos a dejarte... —empezó a decir Ethan.

—Sois mi responsabilidad y tengo que protegeros. No puedo permitir que uno de vosotros caiga abatido allí dentro.

Rocco y Ethan terminaron por asentir, tras mirar largamente al detective. Sabían que nada iba a detenerlo. Josh no dijo nada. No pensaba abandonarlo jamás. Conocía a su amigo lo bastante bien para saber que siempre anteponía la seguridad de los demás a la suya propia, y aquella vez era otra de esas ocasiones. Él y Alan se miraron, intuyendo qué pensaban uno y otro de todo aquel plan, y el policía se dio cuenta entonces que su amigo estaba dispuesto a dar su vida por esa enigmática joven porque se había enamorado

profundamente de ella.

«¿Cómo ha conseguido hechizarte de esa manera, y tan rápido, Alan?», se preguntó.

Elena y las hermanas seguían deslizándose en silencio por los pasillos. La jover miraba a las chicas de reojo, intentando estudiarlas brevemente. Al fin y al cabo, eran las primeras con las que se relacionaba en años, y tenía curiosidad por conocerlas un poco más. El solo hecho de haber ido hasta allí a salvar a su hermano demostraba que eran muy valientes. Casi nadie se hubiese atrevido a hacer lo que ellas habían hecho. Elba parecía más seria y reservada, al contrario que su hermana, cuya expresión denotaba que era una persona que sonreía a menudo, más abierta y decidida. Se preguntó cómo sería Erik. Quizá no se pareciese a ellas en absoluto. O tal vez sí.

Avanzaron por uno de los pasillos hasta una de las salas de experimentación, descubriendo, con horror, que estaba llena de chicas y chicos atados con correas. Aquello era real, estaban experimentando con ellos. La sangre abandonó su cuerpo al ver aquella escena, y la imagen de sus amigas muertas se empezó a formar en su mente sin dejarle un solo espacio para pensar en nada más. Así habrían acabado ellas, y ella misma. Atada a una camilla mientras unos psicópatas experimentaban con su cuerpo.

Extendió el brazo de repente, haciendo que Rebeca chocara contra él, y les hizo un gesto para que retrocedieran, o las descubrirían. Echó un rápido vistazo a la sala, evaluando la estrategia. Habría más de treinta jóvenes allí dentro, pero solo un técnico del laboratorio, preparando varias inyecciones. Se asomó con cautela y se giró hacia las chicas:

—Hay que liberarlos. Yo retendré al técnico mientras los soltáis, ¿entendido? ¡Venga, vamos!

Disparó a la puerta, creando un estruendo de cristales que hizo a todos allí dentro se girasen, y entró como una exhalación, apuntando al técnico, al que se le cayeron varios émbolos al suelo por la sorpresa.

—Pero ¿qué...?

—Métete en esa sala. ¡Ya!

El hombre levantó las manos y la miró desconcertado. Ella se aproximó, decidida, y el técnico retrocedió hasta una de las estancias, tropezándose con todo lo que encontró a su paso. Lo encerró mientras el hombre no le quitaba el ojo de encima y se dirigió a las chicas, que ya habían liberado a casi todos los rehenes. Las ayudó a terminar la tarea mientras intentaba tranquilizar a los jóvenes al tiempo que les quitaba las correas. Estuvieron preguntando por su hermano a todos los que iban liberando, sin hallar respuesta, ya que muchos apenas se conocían entre ellos. Había jóvenes de los dos lados del valle, así que coincidir con alguien que supiese quién era Erik y supiese adónde se lo habían llevado era complicado.

—¿Sabes si hay aquí alguien llamado Erik?

—No, lo siento —dijo una chica rubia antes de echar a correr.

—Busco a Erik. ¿Lo has visto?

—No, no lo he visto, ni sé quién es. ¡Suéltame! —gritó un chico pelirrojo, muy nervioso.

—Por favor, buscamos a un chico que se llama Erik.

—No lo sé, lo siento —contestó un muchacho de pelo rizado.

—¿Has visto a un chico que se llama Erik? ¿Sabes si está aquí?

Una chica negó con la cabeza, mirándola con tristeza. Elena observó con desesperación a las hermanas, que tampoco habían tenido suerte. Entonces notó cómo alguien le tocaba el brazo. Se giró y se encontró con una melena y unos ojos castaños.

—Se lo han llevado al ala oeste. Lo sé porque me trasladaron hasta aquí desde allí.

—¿Estás segura de que es él?

—Por supuesto, va a natación conmigo.

—Gracias. Y ahora sal corriendo de aquí. Diles a los demás que la puerta del bunker está abierta y que podéis huir por allí. Corred la voz.

La chica la miró agradecida y desapareció. Elena buscó a las hermanas y las localizó al fondo de la sala, terminando de desatar las correas de la última chica de aquel grupo.

—Elba, Rebeca, ¡tenemos que salir de aquí, tienen a Erik en el sector oeste! ¡Vamos no hay tiempo que perder!

Las hermanas se miraron, esperanzadas, y se encaminaron corriendo al pasillo, viendo, a lo lejos, cómo las chicas y chicos rescatados empezaban a correr hacia el bunker, buscando una salida. Una enorme sonrisa cruzó el rostro de las tres. Los habían salvado.

Alan estaba repasando el contenido de las mochilas de las armas y la munición por última vez, consciente de que debía encontrar a Elena antes de que llegase la policía. Si se producía un enfrentamiento entre la farmacéutica y los agentes, aquello iba a ser un caos, y las posibilidades de hallarla con vida serían escasas debido al fuego cruzado. Se giró hacia la explanada del refugio, viendo cómo Rocco estaba cargando unas barritas plateadas de proteínas en una de las mochilas. Lo miró, recordando cómo se conocieron. Estaban en uno de los aviones rumbo a una misión en la que debían reconocer el terreno en una aldea, aparentemente tranquila, y les tocó sentarse frente a frente. El tatuado joven estuvo observándole fijamente todo el tiempo de forma intimidante. Alan le observó con tranquilidad unos segundos, sin inmutarse. No le acobardaba aquel musculoso soldado al que todos evitaban. Cuando llegaron al poblado, descendieron de la aeronave y el detective pudo sentir los ojos de Rocco en él. Preparó su arma y empezaron a explorar las casas y las calles de forma sigilosa. Parecía no haber nadie, todo estaba demasiado tranquilo, y esa no era buena señal. Se suponía que hasta el día anterior era un punto estratégico para el enemigo, pero las viviendas parecían desiertas, al igual que las calles. Sin embargo, los vellos de la nuca del detective se habían erizado, marcándole de forma clara e inequívoca que no estaban solos. Siguieron inspeccionando casa por casa. Parecía no haber civiles tampoco, era un pueblo fantasma. Sintió un leve escalofrío, señal de que algo se avecinaba.

Entonces oyó los primeros disparos. Les habían tendido una trampa. Ellos respondieron con fuego también y pronto las balas comenzaron a volar indiscriminadamente. Localizó a uno de los francotiradores en una pequeña vivienda. Había que abatirlo de inmediato antes de que siguiese eliminando a su unidad. Se deslizó por un muro para fijar el blanco, cuando un brazo lo derribó hacia atrás de forma contundente. Entonces oyó una ráfaga de disparos en el punto donde él había estado medio segundo antes. Se giró, para ver quién le había salvado la vida y allí estaba Rocco.

«Maldita sea, Wood, si dejas que te maten tan pronto, me voy a quedar sin nadie con quien hablar».

Desde aquel día, se habían vuelto inseparables. Miró hacia su amigo, que se había girado hacia él con una sonrisa socarrona. Las mochilas ya estaban preparadas, con las armas, la munición, los botes de humo, un pequeño botiquín, las barritas de proteínas y los tubos fluorescentes. Estaban preparados. Todos iban vestidos de oscuro, para pasar desapercibidos, con ropa de tipo militar que había llevado Ethan. Miró hacia su amigo e inspiró.

—Rocco, avísalos, salimos ya.

Alan echó un último vistazo a la bóveda pintada y después al bosque. Hizo una señal a los demás, que ya esperaban en la explanada. Se colgaron las mochilas y descendieron por la montaña, sorteando árboles y arbustos, hacia el bunker, cuya localización conocía perfectamente gracias al plano que les había dejado Elena. La nieve ya se había derretido casi por completo y era más fácil avanzar por esa zona. El detective corría delante del grupo, despejando el camino y guiándolos.

Una vieja sensación de adrenalina e incertidumbre volvió a adueñarse de él. Tras más de media hora de carrera por el bosque, llegaron a aquel siniestro lugar. La lúgubre edificación estaba realmente bien camuflada. Sus paredes eran de hormigón oscuro y una gruesa capa de musgo lo rodeaba, sirviéndole de camuflaje natural. Les sorprendió ver que la puerta metálica estaba abierta en ese momento, con muchas huellas de pisadas cerca de la entrada. Rocco se agachó junto a ellas, estudiándolas.

—Las huellas salen del bunker y se adentran en el bosque. Parece que se ha producido una fuga masiva.

Alan supo inmediatamente que Elena había tenido algo que ver con eso. Quizá estuviese liberando a los rehenes de los laboratorios. Inspiró, intentando serenarse. Si estaba haciendo eso, como así se temía, los de los laboratorios iban a ir a por ella sin piedad. Tenía que encontrarla antes que ellos.

Observaron con cautela el interior y se introdujeron con sigilo. Todo estaba a oscuras, salvo por unas luces anaranjadas en el techo. Siguieron a través del conducto hasta que llegaron a una bifurcación y decidieron ir por el de la izquierda. El pasadizo se iba volviendo cada vez más estrecho, hasta llegar un punto en el que solo podían avanzar de uno en uno. Alan iba delante del grupo, observando cualquier amenaza. Era un lugar que destilaba muerte desde que se ponía el pie en él. El fuerte olor a humedad y la atmósfera claustrofóbica hacían que respirar se convirtiera en algo difícil de llevar a cabo sin esfuerzo. Tanto él como sus compañeros se imaginaron, mientras avanzaban por ese pasadizo lúgubre, a los cientos de chicos que atravesaron, a lo largo de los años, esos túneles del horror atenazadas por el miedo y por la incertidumbre de lo que les iba a ocurrir allí, y algo se les encogió en el pecho.

A los pocos minutos desembocaron en una sala con una puerta acristalada con una cámara en la entrada y un teclado numérico. Parecía ser la conexión entre los laboratorios y los pasadizos del bunker. Disparó a la puerta de cristal, que se rompió en añicos, y se adentraron por un pasillo de color blanco, con azulejos también de ese color. No se veía a nadie, estaba extrañamente desierto. Siguieron avanzando, cruzando salas y pasillos. Aquel edificio era gigantesco, más de lo que parecía desde el exterior. Encontraron una bifurcación y el detective inspeccionó ambos lados, buscando cualquier presencia enemiga, y siguieron deslizándose, en posición de alerta, hasta que Alan percibió un leve

sonido tras una columna, un leve clic. El sonido de un arma.

—¡Posición! —gritó.

Apenas habían terminado de colocarse para repeler el ataque, cuando un grupo de guardias abrió fuego contra ellos. El silbido de las balas, junto al de los proyectiles incrustándose en la pared, no cesaron a partir de ese momento. Eran militares, no cabía duda, se movían de forma similar a ellos, y sabían disparar. La trifulca fue subiendo de intensidad y los disparos rebotaban por todos lados. El grupo se resguardaba unos segundos para recargar munición y continuaban abriendo fuego.

—¡Avanzad! —bramó el detective.

Los tres hombres se posicionaron y él siguió adelante, sin retroceder, cercando a aquellos guardias que les disparaban a quemarropa en ese momento. Se refugió tras una columna y efectuó una rápida ráfaga de disparos para abrir paso a sus compañeros, que lograron llegar hasta aquellos hombres, arrinconándolos en una esquina. El silbido de los proyectiles entonó una siniestra melodía hasta que el último de aquellos guardias cayó abatido. Miró a sus amigos apenas unos segundos para comprobar que estuviesen bien, cuando una nueva ráfaga de disparos se oyó por toda la sala. Un grupo de hombres armados irrumpió en aquel lugar, disparándoles a discreción.

Josh lanzó los botes de humo justo en el momento en el que un nuevo grupo de guardias entraba, empezando a disparar sin fijar ningún blanco, cegados como estaban por la humareda. El detective y sus compañeros se subieron las bandas del cuello a la altura de los ojos, protegiéndose del humo, y abrieron fuego. Ethan logró acertar de lleno a tres de ellos, antes de que empezasen a taladrar a balazos el pilar tras el que se cobijaba. Alan salió de la esquina y consiguió derribar a varios antes de ocultarse otra vez, para darle tiempo a su amigo a encontrar otra columna tras la que refugiarse. Los hombres comenzaron a cercarles, y ellos tuvieron que retroceder ante la contundencia de los disparos. Estaban en minoría, y los estaban llevando al límite. La situación empezaba a tornarse peligrosa y había que cambiar de táctica.

—¡Separáos! —rugió el detective.

Rocco cubrió a Ethan para que siguiese disparando y avanzando, y Josh hizo lo mismo con Alan. El ruido y el caos por los disparos era ensordecedor. Apuntó hacia los guardias a la cabeza, y Josh lo imitó, disparando tan rápido como pudo, pero parecía no ser suficiente. Una bala rozó al detective en la pierna, llevándose un trozo de carne con ella y dejando una roja estela que empezó a sangrar. Resopló, aguantando el dolor, y siguió apretando el gatillo. Consiguieron rodearlos, y a partir de ahí el baile de proyectiles se convirtió en una oleada de metal sobre aquellos hombres. Pasaron varios minutos antes de que el último guardia de ese segundo retén cayese abatido.

—Creí que no se acababa nunca —dijo Josh, pasándose el brazo por la frente, limpiándose el sudor.

El detective frunció el ceño y abrió la mochila para vendarse la herida de la pierna con una de las gasas. Había sido un tiroteo bastante intenso y habían tenido que emplearse a fondo.

«Elena no habría sobrevivido a esto. Debe estar escondida en otra parte del edificio, y por eso de momento se ha salvado. Pero la encontrarán, y cuando lo hagan, puede que no llegue viva hasta los laboratorios», pensó.

Les hizo una señal a sus compañeros para que recargasen las armas y saliesen de allí antes de que llegasen más hombres. Si eso era lo que les estaba esperando a partir de entonces, debían ser rápidos y contundentes en cada ataque o morirían allí.

En ese preciso momento, y unas cuantas plantas por encima, Elena y sus compañeras abandonaban uno de los pasillos para dirigirse al lado oeste. La joven se giró para comprobar que no hubiese guardias, y les hizo una señal de asentimiento. Se pegaron a las paredes y fueron deslizándose por ellas, en silencio. Antes de cruzar una nueva intersección, algo la golpeó desde el interior. Un latigazo cálido, el mismo que la envolvía cuando Alan estaba cerca, y se detuvo, haciendo que Elba tropezase con ella. La joven no se percató del golpe que se dio contra el cuerpo de la otra chica. Estaba aterrorizada ante lo que aquello podía significar. Él estaba dentro de los laboratorios. Pero no podía ser, aquello no podía estar ocurriendo.

«Debe ser la tensión. Él debe estar lejos del valle, como le pedí, a salvo. No, no puede estar aquí. —Inspiró—. Alan está bien, a salvo, seguro. Ha sido mi imaginación, tiene que serlo», se dijo a sí misma para tranquilizarse.

—Elena, ¿te encuentras bien? —susurró Elba, preocupada.

—Sí, sí, tranquila, es solo que... Solo que... Nada, no es nada. Sigamos, no tenemos tiempo que perder.

Continuaron avanzando, pero aquella mano invisible seguía tirando de ella hacia la parte trasera de los pasadizos, diciéndole, sin palabras, algo que ella se negaba a aceptar. Alan había ido a buscarla.

Caminaron por un estrecho pasillo que llegaba a otra sala, más grande, con dos niveles. Había algunos jóvenes en camillas, y, al igual que en la anterior, tan solo había un técnico preparando instrumental en una de las esquinas. Rebeca la agarró del brazo y le señaló a un joven de pelo rubio que estaba en la sala acristalada de la planta superior, con una mujer. Elena la miró y asintió, comprendiendo. Era Erik, su hermano.

—Por favor, ve tú a rescatarlo. Nosotras nos ocuparemos de liberar a los chicos.

Elena asintió y se adentró en la sala, mientras Rebeca recluía al técnico del laboratorio y ella subía a por Erik, avanzando por la pasarela metálica hasta la sala donde lo tenían apresado. Entró rápidamente, dando un golpe a la puerta. Apenas pudo ver nada, solo las piernas de un chico que estaba inmovilizado en una camilla con varios cables a su alrededor y con vías conectadas a goteros. Una mujer con ojos de serpiente estaba junto a

él, con una bata con el emblema de los laboratorios bordado. Al verla, agarró un bisturí y lo acercó al cuello del muchacho.

—Baja el arma o lo lam...

No la dejó terminar. Le disparó, sintiendo la rabia subiéndole por el estómago. La bala le rozó el brazo y ella gritó. Elena le apuntó, obligándola a levantarse.

—Aléjate de él o serás tú la que lo lamente. Vamos, muévete.

Tiró de la mujer y la condujo a otra sala, casi empujándola, sin dejar amenazarla con el arma. La técnica se giró hacia ella, casi escupiéndole de la rabia.

—Te vas a arrepentir de lo que estás haciendo, ya lo creo que sí.

Ella la ignoró y bloqueó la puerta. Vio a través del cristal cómo se pegaba a una de las paredes, metiéndose la mano en el bolsillo, palpando algo. Se inquietó ante aquel gesto, pero apenas pudo prestarle más atención, ya que Erik necesitaba ser liberado de inmediato. Se giró y volvió a la sala donde estaba el muchacho, que parpadeó varias veces desconcertado al verla entrar otra vez. Había estado tan centrada en la mujer, que no se había fijado bien en él. Miró aquellos ojos, idénticos a los de sus hermanas. Pero percibió algo más, había una fiereza que no halló en la mirada de las chicas. Tenía el pelo rubio en ligeras capas y se podía distinguir el borde de un tatuaje tribal bajo la manga de su camiseta y en el borde del cuello, donde líneas finas se mezclaban en un llamativo diseño. Debía ser al menos dos años mayor que ella. Se quedó algo turbada al verlo, pues esperaba rescatar a un pobre muchacho atenazado por el miedo, pero lo que se encontró fue la firme mirada del joven.

—Si vienes a matarme, hazlo ya —dijo, alzando la barbilla.

—He venido con Rebeca y Elba a buscarte. ¡Muévete rápido, están abajo!

El chico la miró con extrañeza. Parecía no creerse del todo la historia, pero acabó asintiendo, dubitativo.

—Vale... Tú...

—Soy Elena.

—Entonces, Elena, ayúdame con esto, me han metido vías por todos lados. Deprisa.

Se acercó hasta él y le retiró las vías con cuidado, tal y como le había visto hacer a Matilda y a Samuel cuando Alan estuvo herido en su casa, y presionó las pequeñas punciones varios segundos con la sábana, para que las heridas se cerrasen, mientras el chico la miraba agradecido. Cuando retiró la última aguja, él puso su mano sobre la suya. Era cálida y fuerte, y Elena se sobresaltó levemente.

—Gracias, Elena. Ya puedo solo.

La joven lo ayudó a levantarse de la camilla, y se dio cuenta de que era más alto de lo que le había parecido tumbado. Casi tanto como Alan. Se asomaron al borde de la sala estudiando el área. Ella abrió su pequeña mochila y le dio el arma que le habían quitado al guardia de la entrada.

—Rebeca me ha dicho que sabes disparar.

El chico asintió, frunciendo el ceño, y salieron de aquella sala para reunirse con las chicas. Había que salir de allí cuanto antes. Saltó las escaleras de dos en dos, sintiendo la presencia del chico tras ella, pero cuando acababa de pisar el último escalón de aquella escalera metálica, sintió un fuerte golpe que la tiró al suelo. Era un guardia, que se sentó sobre su espalda, intentando detenerla. Levantó la vista desde allí y vio a las hermanas revolviéndose entre los brazos de otros que las habían apresado. Miró hacia arriba, viendo cómo la técnica de antes les sonreía de forma siniestra, mostrándoles un mando con un botón rojo. Tenían sistemas de alarma individuales. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

En ese instante, oyó gritar a Erik y lo vio enzarzado en una pelea con otros dos guardias que intentaban inmovilizarlo. Se giró hacia el hombre que tenía encima y le dio una fuerte patada en el abdomen. El guardia se desplomó, retorciéndose, y ella aprovechó para levantarse, recogiendo su arma del suelo para defenderse. Apuntó al guardia que la había detenido y tembló al ver lo que había al fondo de la sala. Al menos diez guardias más se dirigían hacia ella, con una sonrisa feroz en sus rostros. Retrocedió unos pasos, asustada. Estaban perdidos, los habían atrapado y eran demasiados. Tenían bloqueadas las salidas, imposibilitando la huida. Ya no había nada que hacer. Miró su pistola y se estremeció. Vio cómo uno de ellos sacó unas esposas para apresarla y se sintió como un ciervo segundos antes de ser cercado por los lobos. Uno de los hombres gritó a los demás.

—¡Ya la tenemos! ¡Avisa a Davies y llama a Corso para que venga a buscarla!

Todo el arrepentimiento de haberse internado en los laboratorios le pasó por la cabeza. ¿Cómo había podido ser tan inconsciente para hacerlo? Apenas sabía disparar, tan solo había hecho pruebas en el bosque contra algunas piñas de pino, y solo había conseguido acertar la mitad de las veces. Miró a los guardias, que se colocaron frente a ella, creando un muro para que no pudiese huir, y pensó en Alan. Pensó fuertemente en Alan. Ojalá estuviese allí.

«Ayúdame».

Elena estiró el brazo y apuntó al grupo de guardias. Quizá con un poco de suerte consiguiera herir a algunos para darles el tiempo suficiente a los hermanos para escapar de allí. Ella no tendría ninguna oportunidad, así que al menos debía asegurarse de que los demás pudiesen salvarse. Empezó a deslizar el dedo por el gatillo, temblorosa, con el miedo apoderándose de todas sus terminaciones nerviosas ante el siniestro futuro que le esperaba. Por fin la tenían, después de tantos años de persecución. Apuntó a las piernas y escuchó varias risas siniestras.

—Déjalo, gatita. Ni lo intentes —dijo uno de ellos.

Se mordió el labio y se dio cuenta de que estaba temblando. Era verdad, era inútil

mostrar cualquier resistencia. Debía entregarse. Empezó a bajar el arma, derrotada. Entonces un abrazo cálido la envolvió por completo y la mano que sostenía la pistola cobró vida propia, como si alguien dirigiera sus movimientos, tomando su arma y apuntando hacia el grupo de guardias. Era una sensación de protección inmensa, como si se hubiese materializado una burbuja a su alrededor en la que estaba a salvo. Comenzó a disparar a la velocidad del rayo, acertando de lleno a cada uno de los objetivos, que se fueron desplomando contra el suelo, como fichas de un macabro dominó. Todo sucedió muy deprisa, demasiado. Cuando cayó el último de aquellos hombres, el abrazo cálido se desvaneció y tuvo la sensación de que le habían arrancado algo del interior, casi provocándole dolor físico. Miró a su alrededor y exhaló, sorprendida. Había acabado con todos, incluso con los que estaban en plena pelea con Erik y las hermanas. Bajó la vista, contemplando el arma y después hacia los demás, que la miraban confundidos mientras se levantaban del suelo en completo silencio.

—¿Qué...? Pero ¿qué demonios ha sido eso? —gritó Rebeca.

—No... no sé qué ha pasado —balbuceó—. La adrenalina, supongo.

—Cielo santo, están todos muertos. Todos. Los has matado a todos —dijo Elba, con la mano en la boca.

—Madre mía —intervino Rebeca—, ¡Nunca había visto a nadie disparar a esa velocidad y con esa precisión!

Erik no dijo nada. Se quedó observándola, con desconfianza. Elena supo inmediatamente que él sospechaba que no había sido la adrenalina. El joven paseó su vista por todos los guardias abatidos y después volvió a mirarla a ella. La chica se dio la vuelta, fingiendo recargar munición, con los murmullos de las hermanas de fondo. No quería que los demás viesen la expresión de su cara, porque ella sabía exactamente qué había pasado allí. Esa sensación de protección y esa forma de disparar ya la había sentido y visto antes.

«Alan. Ha sido Alan. Como si me dirigiera desde la distancia, guiándome. Así es como dispara él, esa forma de abrir fuego es la suya. Sabe que estaba en peligro y ha acudido a protegerme, como ha hecho siempre».

Iba a darse la vuelta para decirles que debían ponerse en camino cuanto antes cuando un sollozo la detuvo. Se giró y vio a los hermanos fundidos en un abrazo. Se quedó sin palabras ante la ternura de la escena. Las chicas lloraban abrazadas a Erik, que las rodeaba con sus brazos, susurrándoles algo al oído de forma alternativa. El chico hundió el rostro en el hombro de su hermana menor, Rebeca, y esta estalló en llanto. La atmósfera estaba cargada de tanta emoción que tuvo que desviar la vista. Fue consciente de lo cerca que habían estado de no poder abrazar a su hermano nunca más, si ella no hubiese aparecido en el bunker justo en ese momento.

—Por un momento creímos que... —dijo Rebeca hipando.

—Estoy bien, Reb, estoy bien. Tranquila.

—¿Te han herido? —preguntó Elba.

—No. No llegaron a hacerme nada grave.

Erik levantó la vista en ese momento y miró a Elena directamente, sin decir nada, durante unos segundos, dándole las gracias sin palabras. Ella asintió y le sonrió, apartándose para darles más intimidad. Empezó a registrar a los guardias, recopilando un arma para Elba, que era la única que iba desarmada, y más munición, mientras escuchaba a los hermanos hablar en susurros y a Rebeca sollozar levemente. Miró el cadáver del guardia que tenía las esposas. Fue hasta él y las cogió, para recordarse a sí misma lo cerca que habían estado de capturarla. Esas esposas podían haber significado el fin de su vida, y tenía que grabárselo a fuego en la memoria. Las miró con detenimiento y las guardó, cerrando los ojos. A partir de entonces debía ser más cauta, porque cualquier error podría suponer la muerte allí dentro, y quería cumplir su plan. Si la atrapaban, todo por lo que había luchado sería en vano. No podía olvidar su objetivo, no podía hacerlo. Se dio la vuelta hacia los demás y dijo en tono de disculpa:

—Lo siento, pero debemos salir cuanto antes. No podemos quedarnos más tiempo aquí, es peligroso.

Ellos deshicieron el intrincado abrazo y pusieron rumbo a los pasadizos otra vez. Antes de cruzar la puerta, la joven vio cómo el chico le pasaba un brazo por encima a su hermana mayor, besándola en la mejilla, con ternura.

Elena se guardó la pistola en la cintura del pantalón y miró hacia los cadáveres de los guardias por última vez. Se estremeció al recordar la imagen de los cuerpos tiroteados en casa de Matilda, y la de los guardias en esa sala, con una alfombra de sangre debajo de ellos. Tuvo que recordarse a sí misma que Alan lo había hecho para protegerla, intentando de esa forma neutralizar el miedo que empezó a trepar en ella al empezar a tomar conciencia de la parte violenta que vivía en el interior del detective. Desde que Samuel le dijo que era exmilitar y expolicía, ella siempre creyó que lo que le atraía era el peligro, pero... ¿y si no era eso, sino la violencia lo que dominaba su personalidad? Volvió a mirar aquellos cuerpos tiroteados y una conocida sensación le trepó por la espalda: Miedo. Una parte de Alan le daba miedo, tenía que admitirlo. Inspiró con fuerza y levantó la vista, cruzándose con la mirada de Erik, que no dejaba de observarla. Salieron a los pasillos, con sigilo, y el chico se puso a su lado, mientras las hermanas iban detrás, hablando entre susurros. El joven tenía una energía tranquila, segura e intensa al mismo tiempo. Él volvió su vista hacia ella en ese momento y Elena se inquietó ante la fascinante profundidad turquesa de su mirada.

El equipo de Alan estaba aún reorganizándose en la sala donde se había producido el tiroteo con los dos grupos de guardias. El detective observó a sus compañeros mientras evaluaba cómo debían actuar a partir de entonces, ya que aquellos pasadizos empezaban

a ser un laberinto, y las emboscadas podían resultar letales, así que debían moverse con cautela. Alzó la mirada hacia sus amigos.

—Hay que establecer rutas cortas. En cuanto entremos en otra sala, Rocco, haz una rápida inspección de posibles amenazas, sin exponerte. En cuanto des la señal, avanzaremos. Si ves enemigos, retírate, y Ethan y yo entraremos primero, ¿de acuerdo? —preguntó el detective.

El tatuado militar asintió. Alan decidió que seguirían avanzando por ese pasillo hasta que encontraran el punto de conexión con la planta superior y, a partir de ahí, irían barriendo piso por piso. Aquel edificio tenía más plantas de las que supusieron en un primer momento. Levantó la mano para dar la orden para continuar, cuando la aterrorizada voz de Elena irrumpió en su mente con solo una palabra:

«Ayúdame».

Cada una de las células del detective se volvió de hielo y el pánico le trepó por la espina dorsal. La habían atrapado, seguro. Iba a empezar a correr desesperado por los pasillos para intentar dar con ella, cuando se produjo un fundido a negro y todo desapareció a su alrededor. Entonces pudo verse a sí mismo en una sala blanca donde dos chicas estaban tiradas en el suelo, mientras unos guardias las golpeaban y otro chico se defendía de otros dándoles puñetazos y patadas. Miró rápidamente alrededor y su corazón se detuvo al ver a Elena. Estaba en un extremo de la sala y un grupo de guardias la estaba cercando para capturarla. Pudo ver que uno ya había sacado las esposas para apresarla, mientras ella apuntaba hacia el grupo con la pistola, pero en el ángulo equivocado. Apenas acertaría a la mitad de ellos y tampoco tenía experiencia como para disparar tan rápido. No tenía ninguna oportunidad. Oyó a uno de esos hombres decir que Corso iría ahora a por ella para llevársela a Davies, y los puños del inglés se cerraron en respuesta. La miró tan solo un segundo y vio la derrota en sus ojos cuando empezó a descender el arma. Iba a rendirse.

Se colocó a su lado, envolviendo la mano en la que llevaba la pistola con la suya. La rodeó con un brazo, presionándola contra él, intentando decirle con ese gesto que estaba allí, con ella, en ese momento. Guio el cañón y abrió fuego contra aquellos hombres de la misma manera que habría hecho él mismo de haber estado allí. Sin respirar, apuntando y disparando sin detenerse ni un segundo. Todos fueron cayendo, uno por uno, mientras sentía el cuerpo de su chica pegado a él. Cuando el último de esos guardias fue abatido, el lapso se cerró y la imagen de Elena se disolvió como gotas de agua. Sintió entonces que le arrancaban algo del pecho, y una sensación de vacío lo llenó por completo. Poco a poco empezó a oír voces que fueron subiendo de volumen y parpadeó para enfocar la imagen. Estaba otra vez con sus compañeros, que lo observaban con extrañeza.

—Alan, ¿estás bien? —preguntó Rocco.

Apenas pudo balbucear «Elena» y salió corriendo por el pasillo, sin parar, sin vigilar

la presencia de enemigos, sin asegurar la zona, nada. Las imágenes volvían a su cabeza sin cesar. Ni siquiera miró hacia atrás, a los demás, para saber si le seguían. Sabía que sus compañeros iban detrás de él. Se giró y pudo leer sus expresiones interrogantes antes de darse la vuelta y seguir corriendo por esos pasillos apenas iluminados, con el corazón martilleándole en el pecho con violencia.

En el despacho principal de los laboratorios, Corso y Davies observaban con atención en un monitor lo que acababa de suceder en la sala donde se había producido el tiroteo. El inspector dio un puñetazo en la mesa cuando vio al último de aquellos guardias caer al suelo por un disparo. Davies no dijo nada, solo se acercó hasta uno de los monitores y habló, sin mirarlo:

—Se ha escapado otra vez, Corso. ¿Cómo es posible que una sola chica haya podido abatir a todo un grupo en cuestión de segundos?

—No... no lo sé... señor —dijo, aturdido.

—¿Qué no lo sabes? Vas a pagar con tu vida el fracaso de este plan, puedo asegurártelo.

—No fallaré, Davies, no lo haré.

—Eso espero, porque ya estoy harto de tus errores. Esto se tiene que acabar, hay que dar con ella. Ve con tus hombres al sector B y tráemela de una vez. He mandado a dos grupos de guardias a buscarla por los pasillos, pero, te lo advierto, no debe sufrir ningún daño. Hay que capturarla viva.

—De acuerdo.

El inspector se alejó de aquella lujosa sala con la cabeza baja, pensativo. Tenía que encontrarla, y tenía que hacerlo ya. Pensó en Elena, en esa chica que se había interpuesto entre él y la fortuna que iban a pagarle por capturarla tantas veces que había perdido la cuenta. Recordó la primera vez que la había visto en el bosque. Estaba cerca de esa colosal pared de roca vertical que era la montaña de Sandara. Él había frenado en seco el todo terreno en el que viajaba y había obligado a los dos hombres que le acompañaban a perseguirla, yendo él detrás.

«No te vas a escapar esta vez, Elena, ya lo creo que no».

Estuvieron a punto de alcanzarla varias veces, pero era demasiado rápida y sabía moverse por el bosque, ocultándose. Había enfilado por uno de los desfiladeros de roca, casi volando sobre las piedras. Sus hombres apenas pudieron atravesar ese tramo a gatas mientras esa chica parecía estar en medio de una hermosa danza, moviendo los pies con ligereza por los guijarros. Se les iba a escapar, lo sabían, así que empezaron a dispararle, desesperados, obligándola a desviarse hacia un pasadizo rocoso. La joven llegó hasta allí, intentando huir, pero era un callejón sin salida. No tenía escapatoria. Él había llegado jadeando por la carrera, dispuesto a atraparla de una vez por todas. Pero algo ocurrió en ese instante, algo completamente imprevisto.

Había levantado la vista hacia ella y se había quedado sin aire. Hacía años que no la veía, desde aquel día en la cocina de su casa. Recordaba su cara de niña y su cabello recogido con pasadores. Pero la joven que tenía delante no se parecía en nada a aquella chiquilla. Su cuerpo se había endurecido por la dura vida del bosque y lucía unas contundentes y definidas curvas. Sus rasgos se habían tornado angulosos y su mirada oscura no le restaba protagonismo a sus carnosos labios. Tenía una exótica mezcla de rasgos que le concedían un toque fascinante. No era guapa, era... diferente, llamativa. Había dejado a una niña en aquella cocina y el bosque le había devuelto a una mujer a la que él quería poseer de todas las formas posibles. La miró otra vez y una intensa oleada de deseo lo envolvió por completo, haciendo que su corazón y la parte baja de su abdomen empezasen a palpar frenéticamente, haciendo que su tono de voz se volviera ronco.

«Ya eres nuestra».

Ella los había mirado desafiante, mordiéndose sus gruesos labios, y él sintió que su piel ardía en llamas. La chica compuso una sonrisa torcida, se giró hacia la pared de roca y la escaló en cuestión de segundos, ágilmente. Sus hombres y él lo intentaron, sin lograr pasar de la mitad. Cuando llegó arriba, los observó con desprecio. Después lo miró a él directamente con un odio tan evidente que sus ojos parecían echar chispas. Pero él no sintió lo mismo. Elena lo había excitado hasta niveles insospechados.

La había empezado a seguir por el bosque, sin que nadie, ni siquiera sus hombres, lo supieran. Así fue cómo descubrió que ella se bañaba de madrugada en la laguna. Esperaba agazapado entre las sombras verla aparecer y se deleitaba con la imagen de la joven desnuda, en medio del agua, con la luz de la luna iluminando cada curva de su sensual cuerpo. Desde ese día, no había podido sacársela de la cabeza. Pensaba en ella a todas horas. Y no solo por la recompensa, quería tocar cada centímetro de su piel, besarla, disfrutarla. Hacerla suya de todas las formas imaginables.

Hasta que Somoza empezó a llevar a los cazadores y ella dejó de acudir a la laguna. Él seguía yendo allí cada noche, pero Elena no aparecía, y eso lo estaba volviendo loco. Tenía que verla, su cuerpo ya no aguantaba más su ausencia. Hasta que una noche, preso de angustia y cegado por el alcohol y por unos cuantos gramos del polvo blanco de los ángeles, decidió ir en su busca. Pero todo se torció, y su padre murió. Tuvo que llamar al carnicero para que se ocupase del cuerpo del tendero, porque oyó el grito de Elena cuando el hombre cayó muerto y algo le atravesó de lado a lado. Por un instante sintió el dolor de la chica como el suyo propio y tuvo que salir huyendo de allí.

Había llegado a su casa, con la certeza de que ya no era deseo lo que sentía por ella. Esa chica había conseguido llegar hasta el fondo de su oscura alma. Entonces todo empeoró. Ella prácticamente se volatilizó y no hubo forma de encontrarla. Hizo una mueca, recordando el día que le dijeron que habían contratado a un detective inglés para

dar con ella.

«Hemos decidido prescindir de tus servicios y otorgarle la recompensa a ese joven, que, estamos seguros, logrará lo que tú hasta ahora ni siquiera te has acercado a conseguir».

Esa noche había roto toda la vajilla de su casa, y juró matar a ese inglés desde que lo vio por primera vez y tuvo la osadía de desafiarle. Pero lo peor, lo que realmente hizo que perdiera los nervios, fue cuando sus hombres le dijeron que ella y el detective habían estado juntos en ese hotel. La rabia empezó a devorarlo ante la incertidumbre de saber si ese despreciable detective la había tocado antes que él. Ni un solo mueble de su sala de estar sobrevivió esa noche a su furia. Se imaginó a ese inglés acariciándola y casi explota de cólera. Elena era suya, de nadie más, ni siquiera de Davies. La apresaría y la encerraría en el sótano de su casa, para disfrutarla a todas horas, y ella terminaría amándole ciegamente, estaba seguro. Nadie se iba a interponer en sus planes. Nadie.

Volvió a imaginarse a ese indeseable de Wood con ella. Desechó de su cabeza las imágenes de ellos juntos en aquella habitación de hotel, pero fue imposible. Su mente empezó a atosigarle con las infinitas posibilidades de lo que allí podría haber ocurrido. La habría besado, acariciado, y quién sabía qué más. La imagen del detective hundiéndose en el cuerpo de Elena mientras ella se arqueaba de placer gimiendo el nombre de Alan le estalló en la cabeza y apagó el cigarrillo que había encendido en su pierna, retorciéndolo, de la rabia que sintió. Entonces sonó el *walkie* que tenía para comunicarse con sus hombres y lo cogió casi de un zarpazo.

—Curso, grupo D. Hemos localizado intrusos en el sector B. ¿Avisamos a Davies?

—Voy para allá. No, aún no lo avises hasta que estemos seguros de qué se trata.

Cortó la comunicación, presintiendo a quién se referían con los intrusos.

«Voy a matarte de una vez, Wood, el juego se termina aquí y ahora. No volverás a tocarla nunca más».

Mientras tanto, Alan seguía corriendo por los pasillos con sus compañeros detrás, tras el episodio del lapso. Ni él mismo comprendía qué había ocurrido, solo sabía que había disparado usando la mano de Elena porque ella estaba en peligro. Quizá había sido fruto de la tensión, tenía que serlo. Pero algo en su interior le decía que aquello había sido real, que no era una alucinación. Las preguntas se agolpaban en su cabeza, sin poder hallar una respuesta a aquel hecho insólito. Corrieron durante mucho tiempo por aquel laberinto, subiendo y bajando escaleras, inspeccionando cada uno de los habitáculos, buscándola sin cesar, con el corazón a punto de reventar, acelerado.

Llegaron a una habitación enorme, de dos niveles, con una escalera de caracol en la esquina que subía a otras salas de experimentación. Se quedaron aturdidos ante lo que contemplaron al entrar allí. Había varios cadáveres que yacían desmadejados sobre el suelo. Alan reconoció el escenario enseguida y a los guardias a los que había disparado.

A aquello había sucedido de verdad, había abierto fuego contra aquellos guardias a través de ella. Fue real, increíblemente real. Eso implicaba que Elena y él estaban conectados, de alguna extraña forma, a nivel físico. La ansiedad comenzó a correr por sus venas. Si los laboratorios lograban averiguarlo, las posibilidades de experimentar con ella serían infinitas.

«Si la capturan, averiguarán su potencial y será el fin».

La buscó por la sala con desesperación, pero no había rastro de ella, ni de aquellos jóvenes. Se dirigió hacia el cuerpo del guardia que había visto portando las esposas durante el lapso. Él aún las tenía en las manos cuando él le disparó. Empezó a registrarle una y otra vez, de forma compulsiva, mientras sus compañeros lo observaban confundidos. Rocco se agachó a su lado, preocupado.

— ¿Qué ocurre, Alan?

— Buscad si alguno de estos guardias tiene unas esposas — dijo, sin mirarlos, y sin dar más explicaciones.

Sus compañeros se pusieron a la tarea rápidamente. Registraron cada bolsillo de aquellos guardias buscando algunas esposas, o algo que se le pareciese, pero no hallaron nada, sin dejar de observar de reojo al detective, que parecía estar a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Tras varios minutos, negaron con la cabeza. No encontraron esposas ni nada que pudiera ser utilizado para ese fin. Él resopló, nervioso, mirando hacia sus amigos, pasándose la mano por el pelo, con rabia. Si no estaban, solo podía significar que habían conseguido apresarla cuando aquel paréntesis se cerró.

«Quizá un grupo de guardias llegó después, consiguiendo su objetivo».

Se puso el puño sobre los labios, pensativo. Alzó la vista y vio a dos técnicos encerrados en unas salas. Debían haber estado en el otro extremo de esas estancias, ocultos. Quizá ellos pudiesen decirles qué habría ocurrido. Miró a sus compañeros, haciéndoles señas.

— Liberadlos, debemos interrogarlos.

En unos segundos aquel hombre y aquella mujer estuvieron sentados en unas sillas, mientras ellos los encañonaban. Eran delgados y las batas del laboratorio les colgaban de los hombros. El hombre golpeaba el suelo, nervioso, casi temblando. Al contrario que la mujer, que observaba al equipo del detective con gesto altivo, con una mueca tan evidente de desdén en su rostro que a Alan le dieron ganas de volver a encerrarla inmediatamente. Se dirigió a ella, apuntándole.

— ¿Dónde está la chica de pelo negro que disparó a los guardias?

— No lo sé.

— No tengo todo el día, así que dime por dónde se ha ido.

— Aunque lo supiese, jamás te lo diría — dijo, alzando la barbilla.

— Jamás me lo dirás, ¿eh? — Se agachó a su altura y le puso el cañón en la sien—. No

tengo tiempo para estupideces, así que dime por dónde se han ido.

—No, no te lo diré. —Lo miró con una sonrisa de suficiencia—. Por tu acento deduzco que eres el inglés que ha cabreado tanto a Corso. Espero que te dé tu merecido cuando te encuentre. Será increíblemente cruel contigo, no te quepa ninguna duda.

—Está bien, ya que hablamos de crueldad, voy a comprobar de qué pasta estás hecha.

El detective se dirigió hacia una de las mesitas auxiliares, donde había una extensa colección de jeringuillas, émbolos y varios viales de suero. Sobre la pared, una pequeña vitrina de cristal, cerrada con una combinación, contenía varias sustancias letales cuyos nombres conocía él perfectamente. Se dio la vuelta, cogió un trozo de sábana, se envolvió el puño con ella y lo estrelló contra la puerta, que se hizo añicos. Extrajo varios viales del interior, percibiendo cómo la respiración de la mujer variaba perceptiblemente, y los mezcló con los otros, cuidando de apartar uno en particular sin que nadie se diese cuenta. Cogió una de las inyecciones y la rellenó con un líquido que escogió al azar de toda aquella extensa colección. Se dio la vuelta y se dirigió hacia ella.

—Pues si no quieres hablar, entonces jugaré contigo un rato.

Le tiró del brazo con fuerza, poniendo la aguja sobre su piel.

—La chica de pelo negro, ¿fue apresada por los guardias, sí o no?

—Puede que sí, puede que no. Nunca lo sabrás.

Alan la miró con rabia y le inyectó el contenido del vial en el brazo de la mujer mientras ella clavaba sus ojos en los suyos. Cuando lo vació, lo tiró al suelo, y le pegó el cañón del arma a la sien, acercándose a centímetros de su rostro.

—¿¿Dónde está?!

—No vas a sacarme nada en claro, así que puedes inyectarme cosas hasta que te aburras.

—Está bien, porque es lo que pienso hacer.

—Espero que esté muerta, es lo único que te voy a decir.

Se giró a sus compañeros, que empezaban a fruncir el ceño. Se acercó hasta la mesa otra vez, escogió otro vial y lo insertó en una jeringuilla, acercándose a la mujer con una mirada cargada de furia. El hombre empezó a balbucear.

—Por favor, no nos hagan da...

—Guárdate las ganas de hablar. Cuando acabe con ella empezaré contigo.

Sabía que en esos casos lo mejor era siempre presionar al sujeto más fuerte para que el débil terminara confesando, ante el temor de que le ocurriera lo mismo que al que estaban atosigando. Y sabía perfectamente que al hombre le quedaba poco para confesar. Volvió a ponerle el cañón del arma a la mujer en la sien.

—¿Dónde está la chica de pelo negro? ¿Los guardias la han capturado?

—¡Espero que Corso la mate cuando la encuentre!

—Está bien. Voy a inyectarte otra cosa —dijo, dirigiéndose otra vez hacia la mesa y

tomando otra inyección.

—Puedes inyectarme lo que te apetezca, jamás hablaré.

Alan se agachó a su altura, con el rostro contraído.

—Te lo preguntaré por última vez, ¿dónde está Elena?!

—¿A estas alturas? O muerta o con Corso en alguna de estas salas... Ya sabes..., ¿solas. He oído decir que estaba desesperado por estar con ella —espetó con malicia.

El detective resopló y tomó la inyección que tenía en la mano, haciéndola girar entre los dedos.

—Está bien, tú lo has querido. —Inspiró, mirando la jeringa—. Batracotoxina, crec recordar que ponía en el envase. Supongo que no es agua, así que voy a comprobar qué efecto produce en ti.

La técnica se revolvió en la silla, alarmada, mientras el hombre empezaba a suplicar por su vida. El detective inyectó profundamente la aguja en el cuello de la mujer y esta empezó a chillar horrorizada, mientras su compañero sollozaba. Vacío el contenido, retiró la aguja y arrojó la inyección al suelo con furia, encarándose con la mujer.

—No tengo todo el día, y ahora tú tampoco. ¿Dónde está la chica?!

—Maldito bastardo, vas a pagar caro lo que acabas de hacer.

La mujer rompió a llorar y el detective se acuclilló a su altura, mirándola con gesto glacial.

—Son tus últimos minutos, así que puedes amenazarme todo lo que quieras. Dentro de unos segundos, tendrás problemas para respirar. Intentarás coger aire, pero apenas te llegará nada a los pulmones, hasta que finalmente no lo consigas. —Cambió la posición de las piernas, acercándose más a ella—. Vamos, vamos, inténtalo. Inspira, espira, inspira... Inspira otra vez. Vaya, no puedes, te cuesta. Lo sientes ya, ¿verdad? Intentas respirar, pero apenas te entra aire.

La mujer lo miró con cara de pánico, empezando a respirar de forma entrecortada e irregular. Alan retomó la conversación, acercándose más a su cara, hablando lentamente.

—En unos minutos tus bronquios se cerrarán y tendrás que respirar por la boca, pero ni siquiera así conseguirás que tu respiración se normalice. Ya lo notas, ¿no es cierto? —Por el rostro de la mujer empezaron a correr las primeras lágrimas—. Cada vez te costará más hacerlo, puedes estar segura.

El detective comenzó a girar el cañón del arma sobre la piel de la mujer y se siguió acercando a ella.

—Llegados a este punto, vendrá la arritmia cardíaca. —Puso su boca cerca de su oído, susurrando—: ¿La sientes? ¿Notas cómo tu corazón empieza a marcar un ritmo diferente, desacompasado?, ¿oyes los latidos?, ¿los escuchas retumbar en tu cabeza?

Alan vio cómo la mujer se empezaba a doblar sobre la cintura, boqueando, conteniendo un llanto explosivo, mientras él seguía hablando con calma.

—Después vendrán los dolores de cabeza, el entumecimiento de los músculos, el edema pulmonar y finalmente la muerte, así que... volveré a preguntártelo, ¿dónde está?!

El hombre gritó en medio de un sollozo.

—Se han ido por la izquierda, no sabemos dónde, lo juro, pero, por favor, hay que ponerle un antídoto cuanto antes o morirá. Por favor...

—A la izquierda, ¿seguro?

—Sí, a los laboratorios centrales, donde están todas las salas de química.

—¿La han capturado?

—No lo sé, juro que no lo sé.

—Está bien.

Miró a sus compañeros, que habían torcido el gesto.

—Encerradlos otra vez en aquella sala.

Sus amigos hicieron lo que les pidió mirándolo de reojo. Salieron de aquella estancia mientras oían los gritos de aquellos dos técnicos de fondo, y empezaron a correr en posición de alerta por los pasillos. El detective iba delante del grupo, con el rostro en tensión, al igual que todo su cuerpo. Josh lo detuvo por el hombro antes de subir por unas escaleras metálicas, haciéndole girarse. El detective se encontró con las inquisitivas miradas de sus compañeros.

—Creo que deberíamos volver y darle el antídoto, Alan. Puede morir.

El detective lo miró y esbozó media sonrisa.

—Solo le he puesto suero, Josh. Lo único que ha sufrido esa mujer es un ataque de ansiedad. Y ahora vamos, hay que encontrar a Elena.

—Maldito español —dijo Rocco, soltando una carcajada, negando con la cabeza.

El grupo de Elena seguía avanzando por el laberinto de los pasadizos, buscando una salida para los hermanos. Llevaban mucho tiempo andando y habían conseguido ocultarse de dos grupos de guardias casi de casualidad. El calor cada vez era cada vez más asfixiante y les dolía la garganta por la falta de líquido. No sabían cuánto tiempo habían estado deslizándose por esos pasadizos, pero calculaban que más de veinte horas. Estaban cansados y sedientos. Querían descansar, aunque fueran solo unos minutos.

Erik vislumbró una rejilla y las hizo detenerse. Parecía un conducto de ventilación en desuso. Quizá llevase a alguna salida exterior, así que quitaron la trampilla con cuidado y él se subió de un salto para inspeccionar. Tras unos minutos, el chico asomó la cabeza otra vez.

—Podemos ir por aquí. Es seguro.

—¿Vamos a ir reptando por ahí? —preguntó Rebeca, algo temerosa.

—Hay demasiados guardias rondando por los pasillos y pueden encontrarnos —explicó Elena.

Las chicas asintieron. Estaban demasiado nerviosas y agotadas como para seguir alerta. Erik bajó de un salto y las ayudó a subir. Él subió al final y se deslizaron con cuidado por el conducto. Solo cuando escuchaban pasos acercándose, se detenían y se mantenían en completo silencio, para no ser descubiertos. El conducto se estrechó y avanzaron con dificultad, hasta que se toparon con una sala de descanso que llevaba años abandonada. Había pequeños electrodomésticos en una encimera, una mesa con sillas, una nevera antigua y dos puertas con dibujos. Debían ser los aseos. Allí podrían estar a salvo.

—Espero que las cañerías funcionen, necesito beber algo —dijo Elba, mirando la sala con emoción.

Elena observó la sala con atención. Parecía segura. Allí podrían estudiar el mapa del habitáculo de los guardias con detenimiento para planear qué iban a hacer a partir de entonces. Erik saltó desde el conducto y ayudó a sus hermanas a descender. Cuando llegó el turno de Elena, la bajó con delicadeza mientras la observaba con atención.

—¿Estás bien por lo de antes? ¿Seguro? —susurró, preocupado.

—Estoy bien, de verdad —dijo, esbozando una breve sonrisa sin mirarlo.

—¡Madre mía, esto está lleno de polvo, qué asco! —exclamó Rebeca, pasando un dedo por encima de la mesa.

—Nadie ha pasado por aquí en años, por lo que parece. Bueno, tenemos que asegurar la puerta primero y comprobar que no haya cámaras aquí dentro —ordenó Elena,

poniéndose inmediatamente a la tarea.

Los cuatro rastrearon concienzudamente aquella habitación. Parecía un sitio seguro para descansar. Les pareció extraño que no hubiese cámaras, pero, al ser la parte antigua, quizá no las necesitasen en esa época. Abrieron el grifo cruzando los dedos y varias sacudidas dieron paso a un denso lodo, que les hizo contener la respiración a todos, hasta que un torrente de agua clara inundó aquel fregadero, provocando un coro de suspiros de alivio. Se turnaron para beber mientras sonreían entusiasmados. Estaba limpia y fresca, con un ligero sabor a herrumbre que ellos obviaron. Se sentaron alrededor de la mesa, con el plano abierto y Rebeca sirvió té caliente utilizando un destartalado hervidor y unos sobres que llevaban algún tiempo caducados. Los hermanos charlaban sin parar, trazando posibles vías de escape sobre aquel mapa de los pasadizos mientras Elena los observaba con atención. Debía ayudarles a escapar y después iría a por el hombre rubio que había visto en la sala, convencida de que era el jefe de los laboratorios.

Miró a los tres jóvenes haciendo planes para salir de allí para seguir con sus vidas y una oleada de tristeza la arrastró, y sus hombros descendieron lentamente. Ella no iba a salir con vida de allí, debía empezar a asumirlo de verdad. Su triste existencia estaba llegando a su fin. Apenas la había disfrutado, además. Su vida había transcurrido entre salir de la adolescencia y vivir oculta en un bosque siendo perseguida por unos criminales que contrataban a asesinos a sueldo para dar con ella. Pensó en su padre, que había dado su vida por salvarla, y bajó la vista al suelo, a punto de llorar. En ese instante notó la mano de Erik sobre su brazo, y comenzó a hablar en voz baja, acercándose a su oído:

—El té que ha hecho Rebeca es horroroso, pero no sufras. Intenta fingir que te lo bebes, como hago yo. —Le guiñó un ojo—. Es tan malo que dan ganas de llorar, lo sé, pero no creas que las comidas que prepara son mejores que este mejunje.

Elena lo miró divertida y se rio, haciendo que las hermanas, que estaban enfrascadas hablando entre ellas, se quedaran calladas en el acto. Rebeca miró la intacta taza de su hermano y lo fulminó con la mirada.

—No te estarás metiendo con mi exquisito té, ¿verdad?

—Cielo santo, claro que no. Si no nos matan los guardias de este horrible sitio lo haré esta agua rancia que nos has preparado con tanto esmero.

Los jóvenes estallaron en una sofocada carcajada. Elba siguió rememorando las hazañas culinarias de Rebeca, que la miraba con el ceño fruncido. Elena comenzó a reírse tras escuchar el episodio de cómo un grupo de cangrejos vivos se escaparon de su cocina sembrando el pánico en el vecindario, y fue a parar al hombro de Erik. Se irguió rápidamente, notando los ojos del joven clavándose en ella con curiosidad.

—¿Y a ti, Elena?, ¿se te da tan bien la cocina como a mi hermana?, ¿también obligas a

tu familia a comerse tus experimentos, o eres de las que casi incendia la casa cuando haces café?

Las chicas enmudecieron al momento.

—Erik..., ella es Elena, la hija de Blasco, la chica del bosque.

El joven la miró incrédulo, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Tú eres esa Elena? ¿De la que todos hablan?

Ella bajó la vista durante unos segundos, pero volvió a alzarla. Ella no había hecho nada malo de lo que tuviera que avergonzarse.

—Sí, soy la chica que tuvo que ocultarse en el bosque para que no la mataran.

—Vaya... No... no me lo creía hasta lo de tu padre —dijo, mirándola con tristeza.

Se hizo un pesado silencio. Elba la miró y habló con voz dulce, intentando sonar amable:

—Sería muy difícil dejar todo atrás.

—No te haces una idea.

Elena recordaba perfectamente el día que tuvo que irse del pueblo. Parecía que apenas había pasado tiempo desde aquello. Recordó lo asustada que entró en su cuarto tras la discusión con Somoza y Corso en la cocina, con los gritos de su padre de fondo. Se había asomado a la ventana para ver cómo aquellos dos hombres se alejaban por la calle, mirándola desafiantes, hasta que su padre entró en su cuarto como una exhalación, con el miedo surcando cada pliegue alrededor de sus ojos.

—Eli —dijo, usando el apelativo cariñoso que usaba cuando era pequeña para convencerla para ir al médico o al dentista—, cariño, recoge tus cosas y prepárate.

—Pero... Papá, ¿qué ocurre?, ¿por qué han venido esos hombres?

—Haz lo que te digo, por favor.

Ella abrió su armario y apenas pudo coger unas cuantas cosas. Miró su estantería de libros, pero solo pudo llevarse unos cuantos de los cientos que tenía. Pasó de largo por el armario donde tenía colgados todos sus vestidos, y cogió una foto de sus padres, de sus amigas y otra que les habían hecho en una excursión escolar a un museo en la capital dos días antes. Bajó al comedor y esperó allí durante horas, hasta que oyó cómo llamaban a la puerta. Se levantó para abrir, pero su padre se lo impidió y la envió a su habitación, sin darle ninguna explicación. Fingió subir las escaleras, se quitó las botas y volvió a bajar de forma sigilosa para averiguar qué estaba pasando. Esperó sentada en las escaleras, expectante, intentando captar todo lo que ocurría al otro lado de la pared. Aquello era demasiado extraño y no entendía por qué su padre no le daba ninguna explicación al respecto. Siempre se lo contaban todo, no había secretos entre ellos. ¿Por qué había ido Corso a su casa? Y ¿por qué Somoza lo acompañaba?

Entonces escuchó la voz de una mujer en la cocina. Se levantó, creyendo que era Matilda, pero el tono agudo de su tía Dora la hizo sentarse de nuevo. Nunca le había

gustado esa mujer. Siempre la había despreciado, desde que era pequeña, y nunca entendió el motivo. Si ella estaba allí, es que la situación era grave. Normalmente solo iba a pedir dinero y después se iba, tras hacer un comentario soez o dedicarle una mirada de repugnancia a ella. ¿Qué estaría haciendo allí precisamente ese día? Cruzó las manos sobre las rodillas, dispuesta a escuchar la conversación.

—Blasco, Jacobo acaba de triplicar la oferta por ella. ¡Triplicado! ¡Eso son cinco ceros ¡Cinco, Blasco, cinco!

—¡He dicho que no!

—¿Qué?, ¿por qué no? ¡Esa maldita niña no es nada para ti!

—¿Que no es nada? ¡Es mi hija!

—¿Tu hija? No me hagas reír. No tiene nuestra sangre, no nos pertenece. Te has encariñado con ella porque Verónica murió, pero ya verás que pronto se te pasa y te olvidarás de ella. Tienes que dársela a ellos, lo sabes.

—He dicho que no.

—¡Ya sé por qué! ¡Planeabas huir con ella de aquí, ¿verdad?! ¡Delante de las narices de todos!

Elena se había tapado la boca con la mano, para no gritar. Hacía un mes que su padre le había dicho que la iba a llevar a un colegio en el extranjero.

«¿Por qué no puedo ir al que van todas las chicas del valle? Apenas me quedan unos meses para cumplir los dieciocho», le había preguntado ella.

«Jamás, mientras yo viva, irás a ese sitio, Elena. Jamás», le había respondido.

La chillona voz de su tía la bajó de su nube de recuerdos.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? Contaba con el dinero que nos diesen por ella para mi jubilación. Por eso lo arreglé todo, por eso me tomé tantas molestias.

«¿Arreglar? ¿De qué está hablando?», pensó ella para sí misma, intentando encajar las piezas.

—¿Tu jubilación? ¿Mi hija a cambio de tu jubilación? Pero ¿es que te has vuelto completamente loca?

—¡Entrégasela, Blasco, ese era el trato! ¡Lo prometiste!

Blasco se quedó mirando a su hermana con todo el odio que era capaz de reunir llameando en sus ojos. Sí que era cierto que lo prometió, pero solo lo hizo al saber el funesto futuro que le esperaba a esa pobre criatura en manos de quien solo albergaba oscuridad en su corazón. Convenció a Verónica, su esposa, para que la adoptaran. Ella se había negado, porque se hallaba ya muy enferma y no se veía con ánimos de cuidar a nadie, y menos a un bebé. Pero él insistió y no cesó hasta que la tuvo entre sus brazos. Su mujer la había mirado cuando Dora la trajo a casa y ya no pudo separarse de ella. Aún recordó la mirada de amor que le dedicó a la pequeña Elena cuando la vio por primera vez. Había alzado sus ojos, enmarcados en profundas ojeras, y había esbozado una

sonrisa. La primera en tres años, desde que le detectaron la enfermedad.

«Es... perfecta, un pequeño ángel de ojos oscuros —había dicho, besando la cabecita del bebé—. Protégela con tu vida, Blasco. Prométemelo», le pidió, mirando embelesada a la niña.

Y él se lo prometió.

El tendero miró a Dora, que aún gritaba colérica en medio de la cocina, e inspiró, tomando aire para lanzar una atronadora frase.

—¡Diles que jamás la entregaré, la protegeré con mi vida! ¡Largo de aquí, Dora, vete de aquí antes de que... Antes de que...!

—¡Te arrepentirás! ¡Vas a pagar el amor que sientes por esa hija del pecado con tu vida! ¡Con tu vida lo pagarás!

Segundos después oyó un portazo y su padre fue a buscarla con expresión de enfado y las aletas de la nariz dilatadas.

—Vámonos, cariño, no hay tiempo que perder. Coge la maleta de tu habitación y nos vamos.

Ella subió corriendo hasta allí, tomó su pequeña maleta por el asa y miró su habitación por última vez, con una sensación de miedo y tristeza tan mezclados que apenas podía contener las lágrimas. Cerró la puerta tras de sí, sabiendo que jamás volvería allí porque su vida se iba a transformar en un infierno a partir de ese momento. Y así fue. Gracias a Samuel pudo recuperar varias cosas más de su casa, antes de que un incendio «fortuito» convirtiera en cenizas su hogar días después. Su padre y ella habían contemplado cómo su casa ardía desde el bosque. Esa fue la única vez que lo vio llorar.

—Menos mal que tu madre no está viva para ver esto.

—Lo siento, papá.

—Nada de esto es culpa tuya, cariño —dijo, mirándola con ternura.

El rostro de su padre ocupó toda su mente y sus recuerdos hasta que la voz de Rebeca la hizo volver.

—Y ¿cómo recuerdas el día de la huida?

—Mi padre casi me arrastró por los senderos hasta que llegamos a la cabaña que mis abuelos tenían en el bosque. Esa misma noche, mientras yo dormía, él construyó los dos primeros refugios. Llegó exhausto al amanecer y me envió a uno de ellos, mientras él se escondía en el otro. Cuando regresamos, tras una semana de ausencia, estaba destrozada. Nos habían dejado una nota con una amenaza de muerte clavada con un enorme cuchillo de caza sobre la mesa. Y eso solo fue el principio.

Los hermanos permanecieron en silencio. Ninguno podía imaginarse siquiera por lo que había pasado esa chica. Jamás podrían ponerse en su piel. Erik la miró, frunciendo levemente las cejas.

—Nosotros llegamos a Zugati hace dos años. Mi padre era de aquí, y heredó la casa de

sus padres. Tras debatirlo con nosotros y con nuestra madre, nos vinimos todos a vivir aquí, porque el valle quedaba relativamente cerca de la capital por la nueva carretera y, aunque estaba algo alejado, tampoco suponía un problema serio, así que hicimos las maletas y nos instalamos. Elba trabaja como administrativa en el aserrador, yo soy bombero y Rebeca estudiaba empresariales, hasta que decidimos prepararnos para policías.

Elena asintió, animándolo a continuar. Quería escuchar la historia de los hermanos.

—Hace unos meses, mientras entrenaba por el bosque, vi un furgón oscuro circulando por la pista forestal. Me extrañó y lo seguí. Entonces observé cómo sacaban a varias chicas de su interior y las introducían en el bunker. Hice fotos con el móvil del lugar, de la matrícula del coche, de los hombres que estaban allí, de todo, y acudí a la policía. Tanto en Zugati como en Sandara los policías me ignoraron. Me enfadé y me encaré con el inspector. Esa misma noche, mientras volvía a casa, dos hombres se abalanzaron sobre mí y me golpearon, rompiéndome dos costillas. Cuando estaba en el suelo, uno se acercó y me dijo: «Recuerdos de Corso».

Elena se estremeció levemente. No era la primera vez que oía esa frase.

—Lo siento mucho.

Rebeca miró a su hermano directamente.

—Nos asustamos mucho cuando Erik llegó esa noche a casa, tras la paliza. Sangraba y tenía magulladuras por todas partes. Lo llevamos a la clínica al día siguiente, donde lo curaron sin hacernos preguntas, porque creo que ellos también intuían lo que había ocurrido.

Elena se imaginó la cara de Samuel cuando Erik llegó con esos golpes a recepción. Tristemente, no era la primera vez que pasaba. La gente del pueblo sabía que, en esos casos, podían confiar en el personal de la clínica. Tanto Matilda como sus compañeros habían aprendido a ser muy discretos, y para los habitantes del valle era un alivio saber que las redes de Corso, al menos allí, no habían encontrado donde agarrarse. Miró al chico, que continuó hablando:

—Días después, cortaron los frenos del coche de Rebeca y a Elba por poco le caía encima un tronco entero de un árbol al salir de la fábrica. Habían cortado las cuerdas que lo sujetaban, y se salvó por poco. Así que planeamos huir de aquí, pero debíamos ser cautos, porque percibimos que había hombres a diario vigilando por las calles, no solo nuestra casa, sino todas las del barrio.

Elena asintió.

—Son los hombres de Corso. Son los encargados de que todo se rija bajo las órdenes del inspector.

—Sí, la verdad es que antes apenas nos habíamos fijado en ellos, hasta el incidente. Siempre habíamos visto a tipos fornidos caminando por el valle, pero creímos que eran

cazadores de paso, por el caso de la Bestia del bosque.

Elena soltó una carcajada seca ante la expresión sorprendida de los demás, y se señaló a sí misma, dando a entender que a la que buscaban era a ella. Los hermanos asintieron, torciendo el gesto, y se quedaron en silencio. Ya lo habían supuesto. Todo el valle, en realidad, lo había supuesto. Elena se inclinó hacia ellos, con curiosidad.

—Y ¿por qué no huisteis de aquí?

—Cuando ya lo teníamos todo preparado, cerraron el valle. Intentamos ir por la carretera, pero fue imposible. Había un control con hombres armados que no dejaban que nadie entrase ni saliese. Buscamos una alternativa por el bosque, hasta que nos topamos con varios furgones negros que nos bloquearon el paso. Volvimos a casa para trazar un plan y huir de aquí, aunque fuera a pie, a través de la sierra de Sandara. —Se quedó en silencio—. Esa misma noche entraron en casa varios guardias y me apresaron.

—Nosotras acabábamos de llegar —intervino Rebeca—, y vimos desde la otra punta de la calle cómo lo metían en un furgón. Así que lo seguimos, manteniendo la distancia, y cuando se pararon para recoger a más jóvenes, conseguimos mezclarnos entre ellos y fingimos estar narcotizadas como las demás. Hasta que nos separaron por los pasillos, y... te encontramos.

—Entiendo vuestra angustia perfectamente. A Alan también estuvieron a punto de matarle cuando...

Se mordió la lengua al momento, arrepentida de haberlo nombrado. Un agujero en el pecho empezó a abrirse, revelando su infinita profundidad, y vio cómo los hermanos la miraban con gesto de estupefacción.

—¿Alan? —preguntó Erik, sobresaltado, como si hubiese visto a un fantasma— ¿Alan Wood?

—¿Es tu novio? —preguntó Rebeca, curiosa.

—Eh..., algo así —dijo, azorada.

—Y ¿cómo lo conociste?

—Lo contrataron para capturarme, pero decidió investigar por su cuenta lo que ocurría en el valle y empezó a hacer preguntas incómodas, intentando llegar al fondo de todo esto. Fue entonces cuando lo intentaron asesinar en el bosque. Llegué justo a tiempo para salvarle, nos vimos y, bueno, supongo que estaba escrito.

Las chicas la miraron con emoción, mientras su hermano la miraba cruzado de brazos, sin decir nada. Rebeca se aproximó más a ella y esbozó una sonrisa cómplice.

—Y ¿vas a verle cuando salgamos de aquí?

—Supongo... que no. Ahora debe estar en Londres, lejos de todo esto, y a salvo. Lo advertí que era peligroso y habrá escapado de aquí.

—No, no lo creo —dijo Erik, observándola fijamente.

—¿Cómo?

—Digo que no creo que se haya ido de aquí, como dices. Cuando trabajaba de bombero en Zugati, lo conocí, y no me dio la impresión de que fuera alguien que se asustara a la primera amenaza.

—¿Qué? ¿Cómo que lo conociste?

—Una mañana recibimos un aviso porque un coche estaba ardiendo en el bosque. Cuando llegamos, el vehículo estaba completamente calcinado. Por la forma en la que ardió, con los hierros retorcidos en la zona del conductor, era obvio que habían colocado un artefacto para hacerlo explotar. Incluso había piezas del coche incrustadas en los árboles. Encontramos la palanca de cambios a casi cien metros, así que os podéis imaginar la potencia de la explosión. Afortunadamente, no había ningún cadáver dentro. Después nos llamaron desde Sandara porque el conductor se hallaba en el pueblo, aparentemente sin daños. Solo tenía golpes y sangraba por la nariz, pero parecía más bien por el resultado de una pelea.

Elena lo miró, sorprendida. Alan no le había mencionado nada sobre ningún ataque.

—¿Estaba herido?

—Sí. Él no quiso decir nada, porque Corso y uno de sus hombres estaban cerca, pero yo lo intuí en cuanto lo vi. Tenía rastros de sangre en la boca, la nariz y en la chaqueta que llevaba puesta. Eso, y que tenía los nudillos morados e hinchados. Fue precisamente el inspector el que firmó el informe oficial que aseguraba que había sido un cortocircuito y no una bomba. Yo estaba seguro de que mentía, y él también, pero no dijo nada, aunque era obvio que pensaba lo mismo que yo. Así que... —le dedicó una mirada de circunstancias—, si no se fue aquella vez con todo lo que ocurrió, no creo que lo haya hecho ahora.

—No, no puede ser. —Negó la joven con la cabeza—. Abandonaría el valle, como le pedí.

—Claro, porque estoy seguro de que él hace todo lo que le pides. —Enarcó una ceja— Elena, él debe estar buscándote. Si permaneció a tu lado pese a todos los intentos de asesinato que sufrió, seguirá aquí, estoy seguro. No te habría dejado a tu suerte. Y me juego lo que quieras a que se ha internado en los pasadizos para intentar localizarte.

La joven abrió la boca para replicar, pero no emitió ningún sonido. Erik tenía razón, él no la habría dejado a su suerte, estaba demasiado implicado en todo aquello. Recordó el latigazo cálido que sintió en los pasillos, marcándole el instante en el que Alan había entrado a los pasadizos para buscarla. Tenía que dar con él antes de que fuera demasiado tarde, porque si lo encontraban, lo matarían de la peor forma posible, estaba segura. Cerró los ojos y se miró las manos, que habían empezado a temblar. Aquello iba a ser una carrera contrarreloj para encontrarle antes que los laboratorios.

Unas plantas por debajo, el detective resoplaba inquieto, cada vez más tenso, más inseguro de que aquello fuera a acabar bien. No sabía dónde estaba ella, ni lo que le

estaría ocurriendo ni si la habrían capturado o no. Nada. No sabía nada, y eso le estaba sumiendo en un estado de angustia frenética. Hacía horas que habían apagado los sistemas de ventilación y el calor era asfixiante conforme ascendían por las plantas superiores. Tenían que dar con ella cuanto antes. Ya se habían enfrentado al menos a cuatro pequeños grupos de guardias que se habían encontrado por los pasillos, y ese parecía ser solo el principio. Tenía que centrarse o alguno de esos hombres la encontraría antes que él. Desconocía, además, si estaba sola o no. En aquel lapso aparecía con más jóvenes, rehenes de la farmacéutica, probablemente. Habrían huido tras el incidente de los disparos, estaba seguro, y ella habría seguido sola con su misión.

Se preguntó qué la habría hecho cambiar de idea. Cuando abandonó el refugio, le hizo convencida de que debía entregarse, sacrificarse por los demás, pero su expresión en aquella sala decía lo contrario. Estaba armada, y su primera reacción había sido apuntar a los guardias, dispuesta a abrir fuego contra ellos. Iba a luchar, lo que implicaba que... En ese instante sus pensamientos se detuvieron y un recuerdo le sobrevino.

«Yo ya estoy condenada», había dicho en el sueño.

Alan dejó de respirar al ser consciente de los nuevos planes de Elena.

«No va a entregarse, va a acabar con ellos, va a por todas, porque sabe que... no va a salir viva de aquí».

El detective desaceleró el ritmo significativamente al darse cuenta de lo que iba a suceder, y sintió cómo su corazón dejaba de latir. Debía encontrarla, no solo para salvarla de los guardias y los laboratorios, sino de ella misma. Tenía que hablar con ella, hacerla entrar en razón, porque iba directa a la peor de las muertes. Notó cómo sus compañeros bajaban el ritmo también, y en ese momento llegaron a la que parecía ser una de las intersecciones principales del edificio. Les hizo un gesto y avanzó delante del grupo, escrutando, atisbando cualquier mínimo sonido, hasta que oyó pasos de guardias. Señaló una puerta abierta donde podrían refugiarse, y entraron en otra de las salas, con cautela, vigilando. Parecía un auditorio de conferencias. Debía medir unos siete metros entre el suelo y el techo. Tenía varios ventanales gigantescos que daban a un patio interior donde un tupido jardín de plantas y palmeras exóticas recreaban la sensación de jungla. Pero ellos apenas se detuvieron en ese detalle. Debían cruzar aquel auditorio cuanto antes porque había demasiadas puertas a los lados por donde podrían entrar guardias. Debían seguir avanzando y encontrar a Elena. Estaban a punto de hacerlo cuando una bala pasó rozando a Ethan. El detective se giró, localizando junto a una de las puertas al tirador que había disparado. Abrió fuego contra él y empezó el caos. Comenzaron a llegar hombres armados por cada una de aquellas puertas. Los habrían visto por las cámaras caminando por los pasillos y les habían tendido una emboscada.

—¡Posición! —bramó.

Abrieron fuego a discreción, guareciéndose para recargar munición cada pocos

segundos. Los proyectiles de uno y otro bando parecían chocar entre ellos. Siguieron disparando, sin pausa, hasta que el silbido de las balas empezó a disiparse. A Alan comenzaron a dolerle las muñecas por la fuerza con la que presionaba el gatillo, pero no podía detenerse, era el tirador principal del grupo, y no podía dejar a sus compañeros expuestos. Estaban en serio peligro, esos guardias los cercarían en cuestión de minutos. Tenían que abatir al mayor número de ellos antes de que llegase un nuevo retén, o aquello sería el fin.

Se giró para disparar a un nuevo grupo que había conseguido reagruparse, cuando vio un arma tirada en el suelo, posiblemente de uno de aquellos hombres. Se acercó, sin dejar de abrir fuego, la cogió y empezó a disparar con las dos manos. Los demás lo imitaron. Pero los guardias también. Las balas empezaron a volar por la habitación y a los pocos segundos ya no quedaba ni un solo mueble ni un cristal en pie.

Miró a su equipo. Rocco y Josh se habían recubierto detrás de una mesa a la que apenas quedaban dos tablones, y Ethan se había posicionado tras una columna a la que estaban haciendo añicos las ráfagas de disparos. Él mismo estaba en una situación muy comprometida, tras una esquina, con una puerta a escasos metros, por donde podrían entrar más guardias. Se volvió para seguir disparando cuando, en medio de aquella lluvia de proyectiles, lo vio.

Corso le observó con una mueca soberbia. Estiró la comisura de sus labios, dejando a la vista un canino de oro que relucía bajo los focos de aquella sala, y las pupilas del detective se dilataron y sus puños se crisparon, en reacción automática ante aquel hombre. Estaba allí, en los laboratorios, y se jugaba lo que fuera a que había ido a acabar con él.

El detective apretó la mandíbula y dio órdenes a su grupo para que se dividieran y cercaran a los guardias o estarían perdidos. Los demás se movieron de sus puestos defensivos, adentrándose en la sala sin dejar de disparar, moviéndose rápidamente para no ser alcanzados. Alan fue directo hacia el inspector, guardándose una de las pistolas en la cintura del pantalón y apuntándole con la otra, colocándose casi frente a frente.

—¿Cuántas veces tengo que intentar matarte para que te largues de una vez, maldito inglés? Creí que ya habrían acabado contigo a estas alturas, pero ya veo que mala hierba nunca muere. Por qué sigues aquí, ¿eh?

El detective inspiró con fuerza, fijando el blanco en la cabeza de Corso, que torció el gesto al darse cuenta y corrió hacia una columna, resguardándose del ángulo de tiro del británico. Alan no le respondió. Le apuntó, preparándose para disparar, y el inspector continuó hablando, escondiéndose tras el pilar:

—Entonces, déjame adivinar, es por una chica, ¿verdad? —Estiró la comisura de la boca—. No has encontrado a Elena aún, ¿verdad?

El inspector disparó y la bala se incrustó en una de las paredes. El detective lo miró,

haciendo rápidos cálculos.

«Tengo que hacer que se aproxime tres metros. El tiro no es limpio desde aquí, y no puedo exponerme. Solo tres metros más y caerás de una vez».

—Elena, Elena, Elena... —Movi6 la cabeza, mirando a Alan, con la melodía de los silbidos de las balas de fondo—. Has venido a buscarla, ¿no es verdad? Pues lamenta decirte que la capturamos hace dos horas, mientras tus amiguitos y tú estabais dando vueltas por los pasillos.

—Mientes —dijo el detective, entre dientes.

—No, inglés, no lo hago —contestó, negando con una sonrisa torcida.

Alan lo miró, intentando atisbar cualquier gesto que corroborara que ese hombre mentía, pero no pudo hacerlo. Un tipo como él estaba acostumbrado a mentir y a engañar de tal forma que la barrera entre lo ficticio y lo real era demasiado fina. Corso lo encañonó y siguió hablando:

—Es como una muñequita, ¿no te parece? Con esos labios y esas curvas... La parte que más disfruté fue cuando le dije que te habíamos capturado. Pobrecilla, no sabes cómo suplicó para que no te hiciésemos daño. Le prometí que si se portaba bien, te dejaríamos libre. —Inspiró, cerrando los ojos, haciendo una mueca de placer—. Se lo tomé en serio, te lo aseguro, estaba desesperada por protegerte.

—Cierra la boca o lo haré yo.

—No, Wood, no lo harás, porque soy el único que sabe dónde está ella ahora.

El detective empezó a deslizar el dedo por el gatillo, resuelto a matarle, convencido de que ese hombre mentía. Elena aún estaba por esos pasillos. Tenía que estarlo. Hasta que algo le cruzó veloz por la mente. Faltaban las esposas del guardia. En el lapso, había escuchado que Corso era precisamente el encargado de llevarla hasta Davies.

«Y ¿si está diciendo la verdad?, y ¿si los guardias la capturaron al final? —Las dudas empezaron a instalarse en cada rincón—. La habrían llevado a los laboratorios junto a Davies, pero ¿y si en el trayecto Corso hubiese decidido...? La técnica de aquella sala insinuó algo así, pero, ¿este miserable hubiese sido capaz de...?».

Miró la lasciva sonrisa del inspector y una inmensa explosión de terror se produjo dentro de su cabeza provocada por una sola palabra. Una palabra que arrancó absolutamente todo de su interior e hizo que una gran bola de acero le subiera desde el estómago. Miró al policía, que siguió hablando y observándolo con desdén, mientras una atmósfera de irrealidad empezó a apoderarse de su alrededor.

«No, no puede ser. Elena está a salvo, tiene que estarlo», pensó, desesperado.

—Como te decía, inglés —continuó—, ahora que ya la he probado, puedo entender por qué te tiene sorbido el cerebro completamente, vaya que sí. Aún me parece oír la gemir de esa forma tan suave y condenadamente erótica que tiene, ¿sabes a cuál me refiero? Te enciendes solo con escucharla. —Lo miró de soslayo y dejó de hablar cuando

leyó algo en la expresión del detective que lo hizo sonreír—. Vaya, vaya, no lo sabes — dijo con malicia—. No lo sabes porque aún no la has tocado, ¿no es así? No sabes qué sabor tiene su piel.

Una inmensa oleada de satisfacción atravesó al inspector al darse cuenta de que no había ocurrido nada en el hotel entre el detective y Elena, como él temía. Ella seguía siendo suya, y decidió jugar con eso.

—Entonces... Vaya. Así que la disfruté antes que tú. —Vio al detective tensar la mandíbula con rabia, casi haciéndola crujir, y su cuerpo crisparse. Corso se carcajeó. Ya lo tenía donde quería—. Te puedo asegurar que su piel es... —hizo una mueca de deleite—, es como una explosión de sabores. Y su boca... Su boca es capaz de llevarte adonde no creías que era posible, te lo juro.

El británico apuntó, fijando el blanco en la cabeza del inspector, lleno de rabia, y deslizó el dedo por el gatillo, preparado para acabar con él, pero... no pudo disparar. No pudo. Exhaló, angustiado, y bajó la vista hacia sus manos. Estaba temblando. Pero no solo sus manos, su cuerpo entero se sacudía en fuertes espasmos. ¿Qué estaba pasando? Intentó equilibrar el arma, pero era imposible, no lograba contener el aire en los pulmones el tiempo suficiente. Bajó los brazos, resoplando.

—Alan, Alan, Alan... —chasqueó la lengua el policía—. ¿Te encuentras bien? No claro, que no. Normal, te debe estar volviendo loco al imaginar todo lo que hice con ella durante esas horas que la tuve solo para mí. —Ladeó la cabeza—. Lástima que ella no se lo pasara tan bien como yo. Nada bien, me atrevería a decir. —Chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. Incluso con el rostro empapado en lágrimas es una belleza. ¿No piensas lo mismo?

El detective comenzó a estremecerse por la furia que sentía y que amenazaba con estallar en su pecho como un volcán, intentando desechar de su mente las imágenes de lo que habría ocurrido entre Corso y Elena. Pero no pudo, lo imaginó todo. Todos y cada uno de los detalles de aquella escena. Intentó abrir fuego otra vez contra él, pero fue inútil, sus manos vibraban de tal forma que era imposible tener ningún control sobre ellas. Escuchó el ruido de disparos incrementarse, al igual que los gritos, pero apenas les prestó atención, cegado por la cólera contra el inspector, y volvió a intentar dispararle, sin conseguirlo. Era incapaz de levantar siquiera el arma. Su cabeza le estaba torturando sin descanso con una ráfaga de imágenes de lo que habría sucedido, y todo su cuerpo estalló en una llamarada. Soltó un profundo grito de rabia. En ese momento, Corso le hizo un gesto de despedida con fingida tristeza y salió corriendo de allí. Alan iba a empezar a correr detrás de él cuando un grito de Josh lo detuvo.

—¡Alan! ¡Ayúdanos!

Se giró y se quedó sin aliento. La situación era de extrema gravedad. Estaban arrinconados. Su mejor amigo se agazapaba tras una columna mientras un grupo de

guardias intentaba acribillarle por todos lados. Tenía sangre en la pierna, lo habían alcanzado. Se odió profundamente a sí mismo en ese momento. Era el tirador principal, y ese despreciable inspector había conseguido distraerlo, haciendo que dejara expuestos a sus compañeros. Echó una rápida ojeada alrededor para evaluar el plan de ataque. Ethan y Rocco estaban enzarzados en un tiroteo con otro grupo de guardias. Se tensó y actuó como un autómatas, disparando sin cesar, guareciéndose, recargando munición mientras se aproximaba a Josh sin dejar de observar a su equipo, actuando por reflejo y memoria física, tras años de entrenamiento y combate. Apretó la mandíbula y empezó una rápida y contundente ráfaga de disparos con las dos armas que tenía contra aquellos guardias hasta que llegó donde estaba su compañero, que lo miró, asintiendo, y cubrió al detective para que él pudiera seguir avanzando en la sala, arrinconando a aquellos hombres. No falló ni un solo objetivo. Su cuerpo volvía a responder como siempre. Tras varios intensos minutos, lograron abatirlos a todos, dejándose casi la piel allí.

Cuando todo hubo terminado, se giró hacia los demás, preparado para enfrentarse a su furia por haberlos puesto en peligro, pero lo que vio lo hundió completamente. Lejos de estar enfadados, lo observaban con expresión triste. Habían escuchado la conversación que mantuvo con Corso y guardaban un respetuoso silencio, temiendo que fuese cierto lo que había dicho sobre su chica. Alan los miró, con expresión herida, y bajó la vista al instante.

—A los laboratorios. Ahora.

Elena se tapó la boca con la mano. Si lo que sospechaba Erik era cierto, y estaba convencida de que así era, en ese instante Alan estaría buscándola por los pasadizos, enfrentándose solo a todos esos guardias. Tenía que encontrarle, tenía que hacerlo. Pero no podía exponer a los hermanos, debía dar con él ella sola.

—¿Te ocurre algo? —La voz del joven sonaba preocupada.

La expresión de alarma y angustia de la chica fue su única respuesta. Él asintió, adivinando sus pensamientos.

—Hay que salir de aquí cuanto antes. Reb, Elba, coged las armas, que nos ponemos en marcha —dijo, con voz grave.

Salieron de aquella sala y caminaron por los pasadizos, deslizándose con cautela hasta que desembocaron en la parte nueva de los laboratorios. Parpadearon, sorprendidos. Esa puerta no aparecía en el plano que habían cogido. Quizá habría otros accesos que tampoco estuviesen señalizados. Eso abrió una puerta a la esperanza de salir de allí con vida. Siguieron por el pasillo hasta llegar a una sala de dos niveles, con unas pasarelas en sus extremos, y empezaron a avanzar por ella hasta que se percataron de que no estaba desierta. Se estaba produciendo una reunión en esos momentos. Debían ser muy silenciosos para que no los vieran, así que fueron avanzando de uno en uno. Rebeca y Elba, que iban primero, llegaron al otro extremo sin dificultad, moviéndose con

lentitud, como les había aconsejado Elena para pasar desapercibidas. Ella y Erik comenzaron a reptar, cuando una voz familiar hizo detenerse a la chica en medio de un movimiento. Se giró y miró hacia las figuras que estaban en la planta inferior. Eran Jacobo Somoza y su mujer. Les hizo una señal a las hermanas para que continuasen sirviéndola. Se agazapó tras una de las barandillas de cristal opaco, lista para escuchar.

«¿Qué hace ese hombre aquí con su mujer?», se preguntó, extrañada.

Se levantó unos centímetros, cuando una mano en su hombro la hizo descender bruscamente. Vio a Erik, que le puso un dedo en los labios, para que permaneciese sin hacer ruido, y señaló el techo. Había una cámara. Si se levantaba, saldría en la imagen y los descubrirían. Miró a su nuevo amigo y asintió. Se inclinaron para comprobar qué estaba ocurriendo debajo de ellos y vieron cómo Somoza se aproximaba al doctor con paso tranquilo, pero destilando tensión en su voz.

—Me alegro de verte, Davies. Hacía tiempo que quería reunirme contigo para tratar unos asuntos.

—Jacob, aunque siempre es un placer tenerte por aquí, lamento decirte que en estos momentos estamos algo ocupados.

—Sí, lo sé. He oído que tienes... ratones en la casa, por así decirlo, y hemos venido a cerciorarnos de que todo estuviese bien. Eso, y a liquidar nuestras cuentas.

—¿Liquidar cuentas?

—Sí, eso me temo. No creerá que la policía no llegará hasta aquí haciendo preguntas incómodas.

—Sabemos cómo tratar con la policía de aquí. Un fajo de dinero será suficiente.

—No, a los que vienen, no. Tengo un contacto trabajando en la capital, y me acaba de decir que no son los de aquí los que van a venir. Va a llegar toda la caballería. Ha sido descuidado, Davies, y nosotros no queremos vernos involucrados. Tenemos una reputación que defender, como usted puede imaginar.

Somoza empezó a pasearse por la sala, observándolo todo, mientras su esposa le dedicaba una sonrisa de arpía al hombre, apoyada contra el enorme ventanal, y tomó el hilo de la conversación.

—El caso es que planeamos irnos de aquí antes de que esto empiece a ponerse difícil y querríamos nuestro dinero ahora mismo, o, ya sabe, le daremos... problemas.

—¿Problemas? Por culpa de ustedes y sus torpes secuaces estoy en una situación límite ahora mismo. Elena ha estado liberando a los jóvenes antes de que pudiésemos llevar a cabo ningún experimento con ellos. Si se hubiesen atendido a lo que habíamos pactado, y ya está, no habría ocurrido nada. Pero no, se embarcaron en ese obsesivo plan para atrapar a esa chica y todo se empezó a desmoronar. Y ahora ella está aquí, en mis laboratorios, destruyéndolo todo en el momento menos oportuno.

—¿Obsesivo plan?

—Sí, así es. ¡Solo tenían que habérsela dejado al tendero hasta que cumpliera los dieciocho y traerla aquí! Y ¡eso es todo lo contrario a lo que han hecho!

Margarita empezó a vociferar, fuera de sí:

—¡Eso hicimos! ¡Se la dimos a esa pareja con una condición y con un buen fajo de billetes! ¡Nos la tenían que devolver cuando cumpliera los dieciocho y les pagaríamos la otra mitad del dinero! Pero ¡ese malnacido de Blasco no cumplió su palabra! ¡Fue por su maldita culpa!

—¡Si no se hubiesen presentado con ese matón de Corso en su casa, nos la habríamos podido llevar sin ningún problema!

Elena se tapó la boca con las manos, entendiendo, de golpe, la conversación entre su padre y su tía Dora. Habían puesto un precio por ella, y su padre se negó a cambiarla por dinero. Si hubiese sido otro padre sin escrúpulos como los del valle, lo habría hecho. Somoza habría pagado, y ella estaría ahora muerta, o casi catatónica, como muchas mujeres del valle. Pero no. Su padre confiaba en sacarla de allí antes de que cumpliera los dieciocho para que no le ocurriese nada. Al final, había pagado con su vida el amor que sentía por ella, tal y como predijo Dora. Había dado su vida por la suya. Miró hacia abajo a punto de romper a llorar, cuando Margarita estalló en una oleada de gritos histéricos y ella alzó la vista, sobresaltada por tan brusca intervención.

—¡Por culpa de Elena nuestra hija está muerta ahora!

Erik y ella se miraron, confusos. Elena desconocía a qué se referían. Que ella supiese nunca habían tenido hijos, y mucho menos por qué la culpaban a ella de su muerte.

—¡Esa malnacida tiene que morir, tiene que morir para que nuestra Amelia descanse en paz! Esa endemoniada chica es hija del pecado de su madre. Si nuestra niña no se hubiese ido con aquel hombre, jamás se habría quedado embarazada. Menos mal que pudimos encerrarla en casa hasta que tuvo a esa... cosa que la mató desangrada.

El joven tocó a su amiga en el hombro, pero ella no se movió. Estaba tan aturdida por lo que acababa de oír que en ese momento era como si no estuviese allí. Estaba en *shock*.

«Así que era eso. La adopción, la huida del pueblo, todo. Los Somoza tuvieron una hija, que se quedó embarazada de mí y murió al darme a luz».

—Soy... soy su nieta —dijo, balbuceando, sin poder creerse lo que estaba oyendo—. Por eso toda esta locura, Erik, por venganza.

Davies miró hacia la pareja con rostro severo. Empezó a hablar, destilando ira en cada palabra.

—Pues tendrían que haber controlado mejor la situación y así no tendríamos que estar lamentándonos ahora por todo esto. —Inspiró, y siguió, furioso—: ¡Ahora tengo a su nieta aquí, en mis laboratorios, descontrolada!

—Pues atrápela aquí, en su laboratorio, y yo mismo la mataré si hace falta —dijo Jacobo, empezando a enfadarse.

—¿Matarla? ¡Necesito a esa maldita chica viva para que el experimento funcione!

Los jóvenes se miraron interrogantes.

—¿Sin mí no funcionará? ¿A qué se refiere? —le susurró al chico, que se encogió de hombros, haciéndole un gesto negativo con la cabeza. Estaba tan confundido y perdido con toda esa historia como ella.

En ese momento sonó un móvil, y Davies les hizo un gesto a los Somoza Arvelo retirándose hacia uno de los extremos de la sala. Empezó a espetar varias órdenes, enfadado. Estaban teniendo problemas en los pasadizos, y a juzgar por la cara del siniestro doctor, eran graves. El hombre colgó el teléfono, tirándolo contra la mesa de cristal, que tembló, y miró a la pareja con enojo.

—No solo ella nos está dando problemas. El detective que ustedes mismos contrataron para buscarla también está aquí, disparando a todos los que encuentra en su camino. Por si fuera poco con ella, ahora lo tengo a él. No podían haberlo hecho peor ni aunque lo hubiesen planeado.

Elena posó una mano en el brazo del chico para no caer desplomada allí mismo cuando todo lo que temió empezó a suceder. Alan estaba buscándola por los pasadizos, y en grave peligro.

—¿Qué? ¿Qué hace ese hombre aquí, en medio del laboratorio? —chilló Margarita.

—Quizá viene a acabar con los laboratorios, querida.

—No. —Se quedó pensativa, mordiéndose la uña del dedo índice, y Elena tragó una bocanada de aire, porque ella hacía lo mismo cuando estaba nerviosa—. No, querido, no es eso. No viene a acabar con los laboratorios. Tenía que habérmelo imaginado. —Se dio un leve golpe en la frente—. Cómo no me había dado cuenta antes. ¡Esa desvergonzada y el detective inglés están liados, Jacobo! ¡Por eso ese canalla se quedó en el valle! ¡Se quedó por ella!

—Cariño, cálmate, no te pongas nerviosa, tu corazón...

—¡Es igual que su madre! ¡Le ha faltado tiempo para meterse en la cama con el primer hombre de fuera que se le cruza en el camino! ¡No hemos podido salvarla, Jacobo!

—Solo piensa en todas las Amelias que hemos logrado salvar de las garras de los foráneos trayéndolas a los laboratorios, donde Davies ha podido... reconducirlas. Elena es un error, y como error que es, ha caído en las redes de un hombre extranjero. Está en su naturaleza, lo lleva en la sangre. Esa chica es una equivocación que pronto se subsanará, así que respira tranquila.

«Están completamente locos. Soy la nieta de unos dementes».

Miró a su amigo, que aún intentaba encajar las piezas.

—La farmacéutica necesitaba gente joven con la que experimentar y ellos querían ocultar a todas las chicas del pueblo de los foráneos, para que no corrieran la misma suerte que mi madre. Así que establecieron un siniestro negocio por el que los

laboratorios les pagaban por secuestrarlas, y ellos pagaban un porcentaje a las familias de las chicas para que guardasen silencio —le explicó Elena en voz baja al joven, que la miró estupefacto ante aquella revelación.

La voz de Somoza se alzó en la sala, mientras Davies se giraba hacia su mesa buscando algo en los cajones.

—Queremos nuestro dinero, Davies. Le hemos estado suministrando chicas de todas las edades que nos ha pedido todos estos años. Dinero a cambio de silencio, ese fue el trato con las familias, y ese fue también el trato que hizo con nosotros. Contamos con ese dinero para desaparecer de aquí, además. Esto se va a poner muy feo, y no queremos vernos involucrados.

El doctor se acercó a ellos, con algo en la bata, disimulando.

—No. Esto se acabó —dijo, sacándose un arma del bolsillo y apuntando a Jacobo— Estoy harto de sus exigencias absurdas y de su espiral de locura, que ha terminado por explotarme en la cara.

—¡Ni se le ocurra apuntarme con esa pistola, Davies! ¡Baje esa arma o lo lamentaré!

—¿Qué voy a lamentar?, ¿que por su culpa todo esto esté a punto de desmoronarse?, ¿que todo por lo que he luchado y trabajado tanto se venga abajo por los trapos sucios de una familia? No han sabido manejar una rencilla doméstica y ahora la suciedad también me ha salpicado a mí.

—Maldito canalla, todo el mundo sabrá lo que ha estado haciendo aquí, y cuando eso pase, me alegraré verlo entre rejas.

—No creo que eso suceda nunca.

Davies disparó a Jacobo y el hombre cayó desplomado, con una gran mancha roja en su costosa y exclusiva camisa. El ruido del disparo retumbó por la habitación, creando un eco metálico. Margarita empezó a gritar y fue corriendo hacia él dando alaridos. Davies la miró con frialdad y volvió a abrir fuego. La mujer cayó al suelo con el puño en alto antes de impactar contra las frías baldosas. Erik le tapó la boca a Elena para que no gritara, pero ella no lo hizo. Se había quedado muda, contemplando cómo aquellos dos cadáveres, que eran la única familia que le quedaba, yacían en aquel impoluto suelo blanco con dos charcos de sangre alrededor, que terminó uniéndose en uno solo. Se giró hacia Davies, que observaba los cuerpos con cara de repulsión. Tras unos segundos, se dio la vuelta, cogió el teléfono sobre la mesa de cristal y marcó un solo número.

—Sala de reunión tres. Necesito limpieza. Sí, dos —dijo, dando pequeños golpecitos con el pie a la mujer.

Colgó, tras mirar los cadáveres, y salió de aquella sala, pasándose la mano por el cabello, visiblemente alterado. Los jóvenes esperaron agazapados hasta asegurarse de que ese hombre no volvería, y salieron de allí, a gatas, hasta la salida. Antes de abandonar la sala, Elena dirigió una última mirada a los dos cuerpos que estaban

inmóviles en el suelo y miró a Erik.

—Nadie debe enterarse de esto. Prométemelo, por favor.

—No te preocupes, nadie lo sabrá nunca.

—Esto destrozaría a mi familia, a la de verdad. Nadie debe enterarse de que me vendieron. —Se le quebró la voz—. Como si yo fuera... Como si fuera...

El chico la rodeó con el brazo y la besó en el cabello, ella se quedó callada al instante, solo sintiendo el abrazo que necesitaba más que nunca. El chico la mantuvo así, contra su cuerpo, y tiró de ella suavemente para salir de allí y reunirse con sus hermanas. Mientras salían, Elena volvió a mirar los cadáveres. Eran su familia, se suponía que debía sentir algo en esos momentos. Pero lo único que le subió desde el estómago fue rabia. Rabia por todo el mal que habían creado, por tanto sufrimiento, por tanto dolor. Habían destrozado la vida a tantas personas por su locura y su avaricia, que al final la vida se lo había devuelto. Ellos eran el origen de todos los problemas que habían sucedido en el valle. Y ella, su nieta, iba a ser parte de la solución.

Los cuatro británicos corrían por los pasillos a toda velocidad, sin detenerse. Alan inspiró, lleno de ansiedad, y aceleró el ritmo, con las imágenes de Elena y Corso dando vueltas en su cabeza, torturándole constantemente, imaginándose los gritos desesperados de su chica pidiendo auxilio mientras él corría por ese maldito laberinto, ajeno al infierno que ella estaría viviendo en ese instante. Y lo peor es que no estaba seguro de si el inspector le había mentado o no. Se puso el puño en los labios, intentando controlar la rabia que sentía. Una fuerte mano lo detuvo y casi cae hacia atrás por la inercia. Se giró y vio a sus amigos, que lo miraban preocupados. Rocco retiró el brazo, resoplando aún por la carrera.

—Alan, ese tipo habrá mentado, ¿vale? Seguro que ella está bien, no te preocupes. La encontraremos.

El detective clavó la vista en el suelo, con expresión derrotada. Necesitaba creerlo. Necesitaba creer que ese inspector mentía más que respirar. Estaba a punto de explotar, y no sabía cuánto podría aguantar sin venirse abajo. Miró a sus compañeros, que no le quitaban ojo de encima. Estaba demasiado tenso, y era solo cuestión de tiempo que cometiese un error. Era el jefe del equipo y cualquier equivocación supondría la muerte para ellos o para él mismo. Si tomaban el pasillo equivocado porque él estuviese poco concentrado o atento a la presencia de enemigos, serían prácticamente fusilados. Si hacía un mal recuento de la munición restante, se quedarían sin balas antes de tiempo y no podrían defenderse en caso de un enfrentamiento imprevisto. Si memorizaba mal una intersección o un pasillo en aquel edificio, los estaría obligando a retroceder para tomar el camino adecuado otra vez, exponiéndose a un ataque. No podía permitirse un solo error. Su tarea era guiarlos y minimizar los daños que pudieran sufrir. Bajó los hombros, derrotado.

—Punto de chequeo en ruta. Debemos reorganizarnos y trazar un plan. Rocco y Josh vigílad.

Los tres asintieron y comenzaron a buscar una sala rápidamente. Al fondo de uno de los pasillos, localizaron una estancia que parecía segura. Les hizo una señal y todos se encaminaron hacia allí, para planear qué iban a hacer a partir de ahora. Antes de llegar, Josh lo detuvo por el brazo.

—Ninguno podemos ni imaginarnos por lo que estás pasando en estos momentos, de verdad que no. Sabes que nos tienes a tu lado pase lo que pase. ¿De acuerdo? Estamos aquí.

El detective asintió, estirando la comisura de su boca. Entró en la sala y empezó a

trazar un plan con Ethan, haciendo mapas invisibles sobre una mesa de los pasillos que ya habían recorrido, los que habían visto y las posibles conexiones entre plantas, profundamente concentrados.

Rocco vigilaba la puerta junto a Josh. Fuera no se percibía ningún ruido. El milita tatuado observó al detective unos segundos y torció el gesto. Alan no estaba bien, era más, estaba lejos de estar bien. Nadie en su situación lo estaría. Ninguno quiso decírselo, pero había sembrado la duda en ellos también. Rogaban para que ese inspector estuviese mintiendo, porque, de lo contrario, no sabían qué consecuencias podía tener en su amigo aquello. Tan solo lo habían visto una vez fuera de control, cuando asesinaron a su mujer, y se pudieron hacer una idea de lo que ocurriría si a esa chica le pasaba algo. Miró a su amigo. Lo conocía bien, habían estado juntos en combate, y fuera, en la vida real. Sabía de qué pasta estaba hecho. Era una de las mejores personas con la que se había encontrado, y siempre había estado ahí para él. Rocco miró hacia el interior de la sala, viendo cómo Alan y Ethan señalaban puntos sobre la mesa que habían marcado con trocitos de hojas de una palmera artificial, y susurró al policía:

—Después de lo de Diana, te juro que llegó un momento en el que creí que lo iban a enterrar con ella. Era como, no sé, como si su vida también se hubiese terminado aquel día.

Josh se quedó en silencio. Recordaba aquellos días con todo detalle. Rocco continuó hablando:

—Me alegro de que se haya enamorado otra vez, pero, teniendo en cuenta todo lo que esté pasando, no estoy muy seguro de que esa chica sobreviva a esto. Y no quiero ni imaginarme cómo será el momento en el que tengamos que decirle que la han asesinado. Ese día, Josh, ese día, lo perderemos para siempre.

El policía asintió y miró hacia el pasillo, con el recuerdo de Diana envolviéndole por completo. Nunca se lo había dicho, pero él ya la conocía cuando Alan se la presentó.

Alan lo había citado en su casa para presentarle a su novia durante una cena. Parecía entusiasmado, y él sentía curiosidad por conocer a la mujer que había conseguido que su mejor amigo al fin sentara la cabeza. Por lo que le había contado era la definitiva y estaba profundamente enamorado de ella. Él había acudido esa noche con su amiga Alice, de la comisaría, para conocerla.

—Tráete a tu amiga, no habrá problema. Hemos preparado comida de sobra. Tienes que conocerla. Es... es increíble Josh. Ya me entenderás cuando la conozcas —le había dicho Alan, entusiasmado.

Alice y él se presentaron en su casa a las ocho en punto, llevando una botella de vino. Su amigo les abrió la puerta con una gran sonrisa en el rostro, recogiendo sus abrigos y hablando con ellos sobre lo terrible que era el tiempo en esa ciudad. Jamás lo había visto tan ilusionado. Los condujo al comedor, pero en ese momento la alarma de humos

empezó a sonar, y una pequeña nube gris comenzó a salir de la cocina. Alan había soltado varios improperios en español y había enfilado hacia allí para solucionar aquel pequeño desastre.

—Pasad al comedor. Diana está allí, terminando de colocar la mesa.

«¿Diana? Vaya, que mala suerte, no podía tener otro nombre», había pensado él.

Entraron y la botella que había traído casi se estrella contra el suelo. Alice reaccionó deprisa y la capturó en el aire, mirándolo confusa. Entonces se percató de la forma en la que se miraban uno al otro, sin color en el rostro, y lo captó todo rápidamente.

—Voy a la cocina a ayudar a Alan. —Y se retiró, silenciosa.

Diana y él se quedaron mirándose largamente, sin decirse nada. Permanecieron así el resto de la noche, con fingidas sonrisas y falsa amabilidad. Y de esa misma manera continuaron los años siguientes, hasta aquella tarde en el callejón donde la asesinaron.

Diana y él se habían conocido unos meses atrás, en la boda de una amiga común. Habían coincidido en la cola de la fuente de chocolate y habían empezado a charlar. Tuvieron que esperar bastante, porque uno de los niños había decidido lanzarse al interior y había roto el mecanismo, así que habían podido hablar sin prisas. Cuando uno de los camareros anunció que la fuente tardaría media hora en volver a estar operativa, Diana lo miró divertida y le cogió de un brazo, yéndose con él hacia la barra, donde cogió dos botellas de champán rosado de una de las cubiteras con disimulo para que no la descubrieran. Le tomó de la mano y corrieron hasta un lugar apartado de uno de los jardines que rodeaban aquel enorme hotel, tirándose sobre el césped. Pasaron casi toda la noche, bebiendo, hablando y riendo sin parar. Cuando la música y las voces de los invitados se habían casi extinguido, ella se incorporó y lo miró.

—Creo que ya es hora de irse. La boda ha acabado —le dijo, con un deje de tristeza.

La magia había llegado a su fin. Caminaron hacia el hotel en completo silencio. Él la acompañó hasta su habitación, le dio un beso en la mejilla de buenas noches y después fue hasta la suya. Abrió la puerta y se giró. Ella seguía en el otro extremo del pasillo, con los tacones en la mano, mirándolo fijamente. Le hizo una señal de despedida y desapareció. Él se metió en su dormitorio también y se tumbó en la cama, aún vestido, sobre aquel horrible edredón estampado. Miró hacia la ventana unos cuantos minutos y se levantó de un salto, decidido a volver a la habitación de Diana. Quizá querría una última copa. Nunca hacía nada impulsivo, pero necesitaba estar con esa chica solo un poco más. Agarró el pomo y, cuando abrió, ella ya estaba allí. Solo llevaba una camiseta de algodón extragrande que le llegaba hasta casi la mitad de los muslos.

—Eh... Hola. Sé que aún estoy demasiado bebida, pero me preguntaba...

Él la besó, sin dejarla terminar. Sus labios eran increíbles. Ella le rodeó el cuello con los brazos, y él la alzó hasta sus caderas, conduciéndola hacia el interior de su habitación, donde pasaron el resto de la noche entre sábanas revueltas. Se quedaron dormidos al

alba, con sus cuerpos enlazados, con el olor de su piel mezclada con el del otro. Al día siguiente, aprovechando que aún estaban en el hotel, decidieron saltarse las actividades que los novios tenían planeadas y siguieron conociéndose dando un paseo por los alrededores. Fue uno de los días más felices de su vida. Cuando anocheció, se despidieron de los recién casados y él la llevó hasta su casa. Ella se había bajado del coche y lo había mirado con expresión insegura.

—¿Te volveré a ver, Josh?

—No pienso separarme de tu lado, Diana.

Durante los seis meses siguientes, se vieron mucho. Demasiado. Josh pasaba cada noche con ella y ella pasaba cada día con él. Eran inmensamente felices, y él terminó enamorándose de ella con todo el corazón. Pero algo empezó a ir mal. Casi de la noche a la mañana, ella empezó a responderle con escuetos mensajes, nunca podían verse porque siempre estaba ocupada y cuando hablaban por teléfono parecía estar en otra parte, así que empezó a temerse lo peor.

Una tarde lo llamó al salir del trabajo porque necesitaba hablar con él y se citaron en su casa. Se retorció las manos de forma frenética mientras la esperaba dando vueltas por la sala de estar. Cuando abrió la puerta y la vio en el umbral, lo supo al momento. Leyó en sus ojos que se había enamorado de otro hombre. Se sentaron en el sofá y ella apenas pudo sostenerle la mirada cuando se lo dijo.

—No sé cómo ha pasado, Josh, lo siento, pero no pude evitarlo. Te quiero, siempre te he querido, pero con él es... diferente. Apenas llevamos tres semanas viéndonos, pero siento que es el definitivo. Lo lamento. —Empezó a llorar—. Siento haberte hecho esto. Si no lo hubiera conocido, yo...

Él la había mirado y se había levantado sin decir una palabra, dirigiéndose hacia la ventana con las manos enlazadas en la nuca, en silencio, y miró hacia el exterior, con el reflejo de Diana sobre el cristal. La había perdido. Lo había dejado sin darle la oportunidad de luchar por ella. Había elegido a otro hombre sin dejar que él la convenciera de que nadie iba a quererla jamás tanto como él la amaba.

—Por favor, Josh, dime algo... Lo que sea, pero no puedo soportar este silencio. —Volvió a sollozar—. Lo siento, lo siento de verdad. Nunca planeé que esto pasara así.

Él la había mirado, contemplando a aquella mujer maravillosa que lo estaba abandonando para siempre sin que él pudiese hacer nada para evitarlo.

—¿Qué quieres que te diga, Diana?, ¿qué me acabas de romper el corazón?, ¿quieres que te diga eso?, ¿es eso lo que quieres oírme decir?

—Josh...

—¿Cómo has podido hacerme esto? Te quería, Diana, te quería. Maldita sea, estoy loco por ti, y te vas con el primero que se te cruza en el camino. ¿Qué he hecho mal? Dímelo, necesito saber qué demonios he hecho tan mal para que me vayas a abandonar

de esta forma.

—¡No has hecho nada mal! Lo siento, Josh, perdóname.

—Vete, por favor.

—Josh...

—Márchate, te lo suplico.

Él se giró de nuevo hacia la ventana, la oyó levantarse del sofá, sollozando, y cerró los ojos. No quería ver a través del cristal que tenía delante cómo ella se alejaba hasta la puerta, yéndose de su vida para siempre, convirtiéndose en un simple recuerdo. La escuchó acercarse y notó que lo abrazaba por la espalda. En ese instante sintió cómo su corazón se astillaba en un millar de trozos. Se giró y abrió los ojos lentamente, acariciándole el rostro con las manos, contemplándola por última vez. Ella le dio un beso muy suave en los labios, y él la tomó en brazos y se dirigió con ella al dormitorio, donde sus cuerpos se despidieron entre lágrimas durante varias horas. Cuando se despertó, ella ya se había marchado, dejando su perfume impregnado en sus sábanas y en su piel, para siempre.

Recordó todo a cámara lenta. Cómo tuvo que presenciar la manera en la que ella y su mejor amigo se juraban amor eterno en el altar tragándose las lágrimas, todas las fotos de la luna de miel, todas las cenas en su casa evitando mirarla. Cómo Alan había detectado que algo extraño pasaba entre ellos y estuvo intentando convencerlo de lo increíble que era Diana. No entendía que su mejor amigo no soportara estar en la misma habitación que la mujer que amaba.

—Dale una oportunidad, Josh. Diana es maravillosa, no entiendo por qué la evitas de esa manera. Por favor, intenta conocerla. Seguro que os caéis bien, estoy convencido.

Él fingió durante una temporada por su amigo, pero sabía que Diana lo pasaba francamente mal. Estaba seguro de que aún sentía algo por él, y verlo le traspasaba el corazón. Lo sabía porque era lo mismo que le ocurría a él. A Alan lo amaba, sí, pero a él también. Solo que un poco menos. Decidió ir alejándose de ellos progresivamente. No podía seguir viéndola o terminaría consumido por la melancolía.

Hasta aquella tarde. Recordó su cuerpo tirado en aquel callejón, y cómo fue él precisamente el que acudió a ese aviso. Tenía grabado cada detalle de lo que encontró al llegar allí antes de que llegaran las ambulancias, los médicos, más policías y un sinfín de curiosos. Evocó el alarido desgarrador que salió de su garganta mientras la sostenía entre sus brazos, antes de que llegara Alan. Cómo su amigo se rompió en pedazos cuando se le dijo, cómo tuvieron que detenerlo entre él y varios compañeros más para que no viese cómo se la llevaban de allí cubierta por una sábana manchada de sangre. Las lágrimas los desbordaron a los dos en el funeral y guardaron luto por ella dos semanas sin salir de su casa, con todas sus fotos en el suelo de su casa. Evocó cómo había acabado con casi todas las existencias de alcohol de todos los *pubs* que encontró, perdiéndose después en los

labios de todas las mujeres que se cruzaron en su camino, intentando borrar el recuerdo de Diana durante meses.

Suspiró, intentando eliminar aquello de su memoria, y miró hacia Alan. Su amigo lo observaba fijamente con expresión interrogante, comprobando que estuviese bien. Le hizo un gesto afirmativo, y le dedicó media sonrisa tirando de la comisura de la boca. El detective le sonrió, tranquilo, y volvió a enfrascarse en los mapas invisibles que trazaba junto a Ethan en la mesa.

A varios cientos de metros de allí, Elena y Erik abandonaban aquella sala de reuniones con los cadáveres de los Somoza Arvelo aún calientes. Mientras avanzaban, la mente de la joven repetía sin cesar la conversación que acababan de escuchar. El origen de todo era más retorcido de lo que imaginó jamás. Toda aquella espiral de violencia, muerte y locura lo habían iniciado las mismas personas cuya sangre corría por sus venas. Era inaudito lo que había estado ocurriendo a sus espaldas, sin que ella supiese o siquiera sospechase algo. Siempre se había preguntado quiénes podrían haber sido sus padres biológicos, y ahora lo sabía. Era hija de un foráneo y de una Somoza Arvelo. Sus abuelos siempre supieron quién era ella.

Si las cosas no se hubiesen torcido, habría llevado una vida muy diferente, viviendo en aquella mansión, con una madre y unos abuelos que la quisiesen. Podría haber sido lo que ella hubiese querido. Pero en cambio, se había visto obligada a vivir en un bosque, aterida por el frío del invierno, sintiendo tanta hambre que a veces creía que iba a desmayarse de dolor, siendo perseguida por un grupo de asesinos a sueldo, y sola. Completamente sola la mayoría del tiempo. Esa había sido su triste existencia.

Pensó en su madre. Según lo que había escuchado, se había enamorado de un extranjero, como Alan. Esbozó una sonrisa triste ante la casualidad. Ambas le habían entregado su corazón a hombres que no pertenecían al valle. Pero su madre había muerto encerrada en aquella enorme mansión. Agachó la cabeza, consumida por la melancolía. Nadie se merecía algo así. Levantó la vista del suelo y vio a Erik observándolo con atención. Intentó esgrimir una sonrisa, pero solo alcanzó a esbozar una extraña mueca. El chico leyó en su mirada que no se encontraba bien y dejó de caminar, haciéndoles un gesto a sus hermanas para que se detuviesen. Las jóvenes lo miraron sin comprender, hasta que repararon en la expresión de Elena, y asintieron.

—Buscad una sala que os parezca segura, hay que hacer una parada.

Ellas asintieron. Rebeca fue hasta Elena, acariciándole levemente el brazo, y la rodeó apoyando su cabeza en su hombro. Erik y Elba localizaron una estancia que parecía segura y se dirigieron hacia allí. La joven miró al chico agradecida y le sonrió con los ojos. En cuanto entraron en aquella habitación, le dio un breve abrazo a Rebeca y se dirigió a los baños de la sala que parecía ser de reuniones.

En cuanto puso un pie en el aseo, se apoyó en la encimera y empezó a llorar

descontrolada, vertiendo lágrimas por su madre, por la crueldad de sus abuelos, por todas las vidas que había destrozado su familia, por la vida que podía haber llevado, por la que finalmente había tenido que sufrir y por todos los que habían sufrido y muerto por su culpa. Tanta sangre, tantas lágrimas y tanto sufrimiento, en balde. Estuvo mucho tiempo así, desahogándose, hasta que escuchó unos discretos toques en la puerta y Erik entró, mirándola con cautela. Se acercó hasta ella, le secó las lágrimas con los dedos y la abrazó hasta que ella se calmó.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza y lo abrazó más fuerte, sintiendo la calidez de su cuerpo, mientras él la rodeaba con sus brazos y le susurraba palabras que buscaban reconfortarla. Poco a poco, la calma fue invadiendo cada uno de sus pensamientos, y empezó a soltar el abrazo. Él le puso una mano en la mejilla.

—¿Estás mejor?

—Sí. Gracias... Y gracias por quedarte a mi lado mientras escuchaba todo aquello.

—No te preocupes por eso. —La miró con detenimiento—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, estoy... —suspiró—, estaré bien.

Erik esbozó una sonrisa de consuelo y una chispa salió de su mirada.

—Todas las chicas que conozco estarían llorando desvanecidas si hubiesen oído solo la mitad de todo ese discurso.

—Sí, bueno. Para ser sincera, creo que todas las chicas que conoces no han visto ni la mitad de cosas que he visto yo.

—Cierto. —Le puso un dedo bajo la barbilla, levantando su rostro hacia él—. Y a mí me gustaría recordarte que ahora mismo estás entre mis brazos, un famoso casanova cuya fama de seductor nato le precede, así que, si quieres desvanecerte, Elena, este es el momento perfecto.

Ella sonrió ante el paréntesis amable que el chico estaba intentando crear entre tanto horror.

—Oh, vaya. Teniendo en cuenta que llevo viviendo escondida en un bosque varios años, deberías perdonarme por no haber oído hablar antes de tu legendario embrujo.

—Lo pensaré. Eres muy afortunada de estar aquí conmigo, de verdad. Soy un objeto de deseo muypreciado por las mujeres del valle. —La joven lo miró negando con la cabeza y sonriendo entre lágrimas—. En serio, no estoy de broma. Las chicas corren a mis brazos en cuanto me ven.

—Bueno, siendo bombero como eres, si corren hacia ti es que estarán huyendo de un algún fuego, supongo. Siento decírtelo, pero es la verdad.

Él la miró con gesto de sorpresa y una sonrisa de suficiencia iluminando cada recoveco de su risueño rostro.

—Vaya, no me había dado cuenta hasta ahora. Eso explica lo de aquel gato...

Elena parpadeó varias veces.

—¿Qué... gato?

—Bueno, en realidad era una gata, pero ya da igual. Fue un romance breve y con muchos altibajos, ya sabes, ratones de peluche, celos, latas de atún de por medio... En fin, ya te puedes imaginar. Fue bastante intenso todo, hasta que al final ella me rechazó.

—¡¿Qué?!

Elena se separó de él de un empujón y empezaron a reírse. Erik la miró destilando suavidad en la mirada y se giró hacia el otro extremo del baño.

—Espera, voy a traerte unos pañuelos de papel, debe haber varios por aquí. Y voy a tener que limpiar mi camiseta, porque me la has puesto perdida de lágrimas y mocos. Espero que al menos no me hayas babeado también. Supe que debí detenerte en cuanto te vi sonándote en mi manga, pero me pudo la emoción del momento, supongo. Soy un sentimental, qué le voy a hacer.

Ella lo miró, aún cegada por las últimas lágrimas.

—Pero si no me he sonado en tu camiseta. Tú sí que sabes cómo tratar a una chica. ¿Mocos? ¿Babas? Anda, cállate.

El chico se alejó hacia el otro lado de la estancia, riéndose aún, internándose en los cubículos más alejados, de donde volvió con varias servilletas de papel.

—Vamos, antes de que sigas soltándome fluidos corporales por todo el cuerpo.

Ella le dio un manotazo con fingido desdén y salieron del baño. Las hermanas los miraron, algo desconcertadas. Mientras ella iba a sentarse a una esquina, Erik les contó que habían presenciado un asesinato sin dar más detalles, y que la joven se había quedado afectada. Las chicas se acercaron hasta ella con palabras de ánimo y se sentaron a su lado, mientras su hermano las observaba desde la distancia, aproximándose poco a poco hasta Elena, que levantó la vista hacia él, sonriéndole.

—Bueno, no la agobiéis más, que sois unas pesadas.

—¿Qué? No somos unas pesadas. El único incordio que hay aquí eres tú —respondió Rebeca.

—No, tranquilas. Estoy bien. —Suspiró Elena—. Gracias. Ahora creo que deberíamos estudiar el mapa para que salgáis de aquí cuanto antes.

Erik y Rebeca asintieron y se pusieron a la tarea rápidamente, junto con Elena. Desplegaron el mapa por el suelo de aquella sala, intentando trazar posibles vías de escape, mientras Elba montaba guardia. La hermana mayor miró a la chica del bosque ladeando la cabeza. Su reacción no le había pasado desapercibida, allí había sucedido algo más que un asesinato. Había reconocido la voz de Jacobo Somoza cuando salía de aquella sala cruzando la pasarela. Era uno de los dueños del aserrador, y en ocasiones se paseaba por allí para vigilar que todo estuviese organizándose tal y como él quería. Se preguntó qué habrían escuchado para alterar a la joven de esa forma, y por qué su

hermano también había llegado con el rostro afectado. En ese instante, los miró, y se detuvo en la expresión de Erik. Miraba a Elena como si el universo entero empezase a desplegarse frente a él.

En el valle de Sandara, el Padre Tobías metía ropa sin cesar en varias maletas mientras un cigarro descansaba entre sus labios. Su primo Rafael, que era policía en la capital, le había dicho que iban a cercar a la farmacéutica en unas horas. Él no se lo había pensado dos veces, y empezó a preparar la huida. Si empezaban a tirar del hilo, descubrirían su implicación en el turbio negocio de los laboratorios. Debía huir de allí, y pronto. Estaba completamente convencido de que si llegasen a capturarles a todos, Corisco desaparecería de la prisión al que la enviasen en cuestión de minutos, gracias a sus múltiples contactos, al igual que los Somoza Arvelo, que tenían dinero para pagarse una buena defensa y comprar cualquier prueba que demostrara su inocencia. Pero él no contaba con eso, era un simple sacerdote al que le había tocado una mano afortunada en la baraja de cartas que era la vida, y se había gastado todo el dinero en excéntricos y lujosos caprichos.

En ese momento oyó unos nudillos tocando a su puerta, y se alarmó. Bajó las escaleras y observó a través del ventanuco. Era Dora Celaya. Resopló, molesto. Esa mujer era una pesadilla, llevaba años chantajeándole. Abrió la puerta y se quedó en el umbral.

—Lárgate de aquí de una vez, Dora, estoy ocupado —le espetó con brusquedad.

La mujer lo apartó de un empujón y entró con arrogancia en la casa parroquial.

—Yo decidiré cuando me voy. Vaya, vaya, vaya... ¿Adónde vas, Tobías, si puede saberse?

—Padre Tobías.

—No me hagas reír.

El sacerdote bufó. Esa mujer había estado a punto tantas veces de desvelar su secreto, que más de una vez había pensado en asesinarla él mismo.

—No voy a ninguna parte, simplemente hago limpieza.

—No me lo creo. Los Somoza Arvelo sospechan que algo se está preparando en la farmacéutica, y ellos también están preparando las maletas. Van a venir desde la capital para detenerlos a todos y ya están preparando la huida, como veo que estás haciendo tú.

—Dora, necesito que te vayas —dijo, cogiéndola del brazo, empujándola hacia la puerta—. Estoy ocupado.

La mujer se zafó del párroco con un contundente movimiento y se encaró con él.

—Me iré a cambio de que me des mi dinero.

—¿Tu dinero?

—Sí. O le contaré a los señores que fuiste tú el que mató al foráneo que dejó embarazada a Amelia, la niña de la casa. No recuerdo su nombre, porque era bastante extraño. ¿Lo recuerdas? Aquel joven de ojos oscuros, pelo negro... Pobrecito, enamorado

hasta el fondo del alma de esa cría. Iban a casarse, ¿verdad?

Las aletas de la nariz del párroco se dilataron en respuesta a sus palabras. El cura recordaba aquel episodio como si hubiese ocurrido el día anterior. Amelia era una belleza, una chica dulce y guapa de cara a la galería, y una auténtica fiera indómita cuando nadie la veía.

Él se había enamorado de ella hasta los huesos desde la primera vez que la vio, cuando era un joven párroco al que habían destinado a un valle remoto. La había observado sentada junto a sus padres en la primera misa que dio y cuando ella alzó sus ojos hacia él, su mundo se detuvo. Apenas era una niña, y sabían que aquello era un delito, pero no pudieron evitar verse todo lo que pudieron durante varios meses. Él estaba dispuesto a abandonar el sacerdocio por ella hasta que llegó aquel hombre, que fue la comidilla del pueblo durante semanas. Las mujeres lo devoraban con la mirada a cada paso que daba por las calles del pueblo, al igual que había ocurrido con ese maldito detective inglés desde que puso un pie en Sandara. Ese maldito extranjero podía haber tenido a cualquier chica del valle, podría haber elegido una diferente para cada día, incluso. Pero no, tuvo que posar sus ojos en la mujer que él amaba. Lo supo cuando ella dejó de acudir a sus citas y a la misa de los domingos.

Entonces los descubrió paseando una tarde por el pueblo. Ella había cruzado una mirada con él, había esbozado una sonrisa burlona y le había girado la cara. Esa noche vació dos botellas de *whisky*, bebiéndose todas las lágrimas que le había provocado el rechazo de Amelia, confiando que el alcohol la borrara de su memoria para siempre. Pero no lo hizo. Esa joven se había anclado con fuerza a su piel, a su corazón y a su alma. Los rumores en el pueblo siguieron extendiéndose, y cada uno peor que el anterior.

«Los han visto en el río».

«Se dice que se citan en la cabaña abandonada de los Celaya en el monte».

«Van a irse del valle, están planeándolo todo».

Se convenció a sí mismo que ese extranjero era un capricho pasajero y que ella terminaría volviendo con él, porque en el fondo sabía que se pertenecían el uno al otro, y que él era lo que ella necesitaba para ser feliz. Hasta que una tarde encontró al foráneo esperándole en el banco fuera de su despacho, con una enorme sonrisa en el rostro. Tras hacerle pasar, el joven le explicó, bastante azorado, que había conocido a una chica en el valle y que quería dar un paso más en su relación. El paso definitivo, en realidad.

—Verá, Padre Tobías, es que no soy cristiano, y desconozco qué tipo de rituales y documentación son necesarias para... para casarse por la iglesia.

—¿Casarse? —Al párroco se le paró el corazón—. Pero...

—Sí. Estoy enamorado de Amelia Somoza, y... —inspiró—, me gustaría formalizar nuestra relación.

—Pero ella es muy joven, y usted...

—Lo sé. Soy diez años mayor que ella, y apenas nos conocemos, y... y... también sé que todo es muy precipitado, pero es que...

—¿Qué ocurre?

—Es que esperamos un hijo, y quiero hacer las cosas bien. La amo, y quiero pasar el resto de mi vida con ella. Esperaba que usted me orientase en los pasos que tengo que dar, ya que, en fin, esto es nuevo para mí y no sé bien cómo podría...

El joven siguió hablando, pero el párroco ya no lo escuchaba. Nunca recordó bien qué ocurrió después. La ira lo cegó y todo se tornó de un color rojo fuego, con líneas negras. Apenas podía coger aire ante la oleada de furia que consumió su mente, y su cuerpo actuó en consecuencia. Tardó más de una hora en volver en sí. Cuando lo hizo, su despacho estaba destrozado y el cadáver del pobre extranjero enamorado yacía con el abrecartas clavado en el corazón. Todas las paredes y el suelo tenían marcas de sangre, al igual que sus manos, su cara y su sotana, que además estaba destrozada y desgarrada. Justo en ese momento, había llegado de improviso Dora Celaya, la mujer que venía a limpiar tres veces por semana su casa, y había gritado al ver la escena y reconocer al joven que se citaba con la hija de sus jefes. Ese fue el principio de su infierno personal. Ella lo había limpiado todo y había hecho desaparecer el cadáver sin hacer preguntas por una cuantiosa suma de dinero. Y así continuó los años siguientes.

—Dora, tienes que irte de aquí, o también te detendrán por tu implicación. No tengo más dinero que darte.

—Sí, sí que lo tienes. Dame ese dinero o le contaré a todos lo que hiciste. Porque yo sé por qué lo hiciste. ¿Creíste que estaba tan ciega para no saber que estabas enamorado de Amelia? Te abandonó en cuanto se enamoró de otro mejor que tú y el odio te cegó.

—Cierra la boca.

—No, no lo haré, sabes que no lo haré.

El párroco la miró con furia y fue hasta uno de los cajones, de donde sacó un sobre con dinero que prácticamente le arrojó a la cara. La mujer lo cogió en el aire y sonrió satisfecha.

—Lárgate de una maldita vez. Eres una serpiente, y espero que desaparezcas de mi vida.

Ella lo miró con desdén, y se dio la vuelta, encaminándose hacia la puerta. Cuando apenas le quedaban unos metros para cruzar el umbral, se giró, con gesto burlón.

—Menuda pareja que hubieseis hecho. Ella, la niña rica destinada a triunfar en la vida, con un cura de pueblo. ¿En serio creíste que ella te quería? Menudo ingenuo. El pobre párroco enamorado hasta los huesos de una chiquilla para la que solo eras un entretenimiento hasta la hora de la cena. Hay que ser iluso. ¿Quién eras tú, al lado de ese joven extranjero?

—He dicho que te calles.

—Sí, me callaré. —Lo miró son una sonrisa burlona—. Yo vivía en la mansión, ¿Sabes? Tras estar contigo e irse a casa a cenar como una santurrona, iba a su dormitorio y esperaba a que Pedro Velasco entrase por su ventana. Ese chico era su perdición. Madre mía, aún recuerdo los golpes del cabecero de la cama contra la pared de la habitación. Lo sé, porque yo dormía en la planta de abajo. —Miró hacia el párroco entrecerrando los ojos—. Se burló de ti, al igual que se burló de todos con los que estuvo. Ella jamás te quiso, Tobías, nunca fuiste nada para ella.

El sacerdote la miró cerrando los puños, con la furia instalándose desde la punta de sus dedos hasta lo más remoto de su conciencia.

«Nunca fuiste nada para ella».

Eso fue la última frase que recordó el párroco salir de la boca de Dora, porque esas fueron las últimas palabras de aquella mujer. La oscuridad y la ira lo cegaron y se abalanzó sobre ella, despertando de su letargo al monstruo que había permanecido agazapado en su interior durante tantos años. La estranguló con la cinta de su propio bolso, apretándola con fuerza contra él, cada vez más fuerte, cerrando los ojos, visualizando cada detalle del rostro de la chica de la que se había enamorado, hasta que notó cómo la mujer dejó de moverse. Dora cayó a plomo contra el suelo, y él se derrumbó a su lado, jadeando. La había matado, y su secreto estaba a salvo.

Se incorporó, secándose el sudor de la frente, dispuesto a desaparecer de allí. Colocó sus últimos enseres en la bolsa de viaje y comprobó en Internet que el vuelo que había reservado no estaba retrasado. En apenas dos horas, se iría de allí rumbo a la libertad y al anonimato. Metió sus maletas y el cuerpo de aquella odiosa mujer en el coche y se dirigió a través de las pistas de tierra hacia el bosque, para abandonar su cadáver en la fosa. Condujo en medio de la arboleda, pensando que había terminado en el bosque que tanto odiaba, porque en él se ocultaba la joven que había sido el resultado de la aventura de Amelia con aquel hombre. La odiaba. Esa chica era el recordatorio constante de que su vida, sus sueños y su amor habían sido despedazados. Y por eso tenía que morir. Para que la situación volviese a restaurarse.

Todo en la naturaleza es equilibrio. La cadena alimenticia, el círculo de la vida. La naturaleza lo controla todo de una forma sutil pero eficaz. Vida y muerte. Cuando un depredador se excede, la naturaleza crea otro cazador para él, y así el verdugo se convierte en víctima. Es cruel, pero necesario. Cuando se crea mucho mal, se debe poner orden. La rana se come a la mosca, y la serpiente a la rana. Siempre ha ocurrido así, porque la naturaleza, en su esencia más profunda, es cruel, y siempre se pone del lado del depredador más fuerte. Aunque a veces hay excepciones y percibe que un depredador no merece más su favor. Eso es lo que le ocurrió al párroco cuando se internó por el corazón del bosque con su potente vehículo, rompiendo ramas, aterrorizando a la pequeña fauna y destrozando todo a su paso hasta llegar a la fosa con los cadáveres para

deshacerse de Dora. Pasó que algo falló en sus cálculos. Una piedra. Una simple piedra puntiaguda que provocó un reventón en una de las ruedas, haciendo que el vehículo diera bandazos durante varios metros, hasta llegar a una zona enfangada justo antes de un precipicio, y el coche cayó al vacío, provocando una pequeña explosión que mató a su único ocupante vivo. Pero como todo plan que consta de varias partes, el estallido y las primeras llamas fueron sofocadas por una repentina y contundente lluvia que estuvo descargando, de forma sorpresiva e ininterrumpida, en el valle de Sandara durante varias horas.

Y de esta manera la naturaleza, a través del bosque, restauró el equilibrio que fue alterado.

En el edificio de los laboratorios, Elena y los demás decidieron ir hacia las plantas superiores, con la esperanza de poder encontrar alguna salida. Se prepararon y salieron, vigilando el exterior. Subieron dos plantas a través de unas escaleras metálicas y el calor les cayó a plomo en cuanto pusieron un pie allí. El bochorno era tan agobiante que resoplaban cada pocos pasos. La joven se giró hacia Erik, que se había remangado la camiseta hasta el hombro, dejando ver parte del tatuaje. Él se dio cuenta de que ella estaba mirándole en ese instante y se levantó la prenda, enseñando el tatuaje que cubría parte de su costado y su torso. Elena vio las líneas que se entrelazaban en su definido abdomen y desvió la vista unos segundos. Había una leve llama en la piel, y no por la elevada temperatura del pasillo.

—Vaya..., es precioso, Erik. ¿Qué significa?

—Es un dibujo maorí. Los dientes de tiburón simbolizan la orientación y el coraje de llevar a cabo tus decisiones. La verdad es que me quedé muy satisfecho con el resultado, y sé que lo tendré siempre sobre mi piel.

—Samuel y yo siempre hablamos sobre hacernos uno, pero al final... las cosas salieron de otra manera.

—¿Samuel? ¿El de la clínica?

—Sí, es mi mejor amigo, y me ha estado ayudando todos estos años.

—Vaya —dijo con expresión de sorpresa—, así que él era «el cómplice en la sombra».

—Miró a la chica y se explicó—: La gente del valle no sabía quién te estaba ayudando, aunque creo que todos lo sospechaban.

—¿Qué? —Se tapó la boca con las manos, asustada—. ¿Todos lo sabían?

—Sí, creo que sí, aunque nadie dijo nunca nada, tranquila. Supongo que pensarían que, ya que era demasiado arriesgado ayudarte, la única forma en la que podrían protegerte sería precisamente esa, manteniendo en secreto la identidad de Samuel.

La chica se quedó en silencio, dándose cuenta de que no había estado tan sola como creía. Pensó en su amigo. Echaba de menos a Samuel cada día. Tenía que haberse despedido de él, y ahora ya era tarde. Erik la miró, leyéndole el pensamiento.

— Cuando salgamos de aquí, podrás verlo otra vez, no te preocupes.

«Yo no voy a salir de aquí. Al menos viva», pensó.

— Si, supongo que tienes razón. — Enarboló una sonrisa falsa —. Pronto lo veré.

— Es normal que lo extrañes. Yo también dejé a mis amigos en la capital cuando vinimos a vivir al valle, pero los sigo viendo con frecuencia. Aunque, tarde o temprano, sé que cada uno tomará su camino y nos iremos separando paulatinamente. Es parte de la vida.

— Pero Samuel es más que un amigo, es casi mi hermano, mi familia.

— Vaya, sí que estáis unidos.

— Le debo la vida. Lo arriesgó todo para ayudarme, y fue mi único contacto con el resto del mundo durante años. Gracias a él no acabé loca de remate.

El joven la miró con expresión divertida.

— Pues, yo no estaría tan segura de que no estés un poco chiflada.

— ¿Qué?

— En fin, no te ofendas, pero te has metido en unos pasadizos siniestros tú sola para acabar con unos doctores dementes. Lamento decírtelo, pero no es el concepto que tengo de persona equilibrada, la verdad.

Ella lo miró con la boca abierta, con los brazos en jarra.

— Bueno, y ¿qué me dices de ti? Te lanzas al fuego y ahora te preparas para ser policía, no sé qué pensar sobre eso tampoco. Y, por si fuera poco, tienes debilidad por los felinos.

— Soy culpable, lo admito, pero tú estás infinitamente peor que yo. Aunque creo que tu novio nos supera a los dos juntos.

— ¿Perdona?

— Sí, ya sabes, tu novio. Ese guaperas masoquista con tendencia a lanzarse a catástrofes de todo tipo, y que tiene una preocupante inclinación a enfrentarse a asesinos de la peor calaña, sin importarle si sale indemne o no. — Se rascó la barbilla, pensativo —. Sí, creo que él nos gana por goleada, Elena del bosque.

Ella le dio un manotazo, fingiendo estupor ante sus palabras, y se rio. Sin embargo, algo en su interior permaneció con un gesto preocupado. Erik en parte tenía razón. No conseguía averiguar qué llevaba al detective a arriesgarse tanto para protegerla, una y otra vez. Incluso se había internado en aquellos laboratorios para ir a buscarla cuando ella lo había abandonado. Cualquiera la habría dejado a su suerte, pero él no. ¿Era amor o era otra cosa? Quizá era un adicto al peligro y había encontrado en ella a su alma gemela. Pero ella no era una adicta al peligro, solo le había tocado una vida difícil y se había visto obligada a lidiar con ella. Eso la hizo comenzar una reflexión que temía. Y ¿si lo único que le atrajo de ella fue precisamente eso, el riesgo, la incertidumbre de saber que en cualquier momento podían perder la vida?, ¿era eso?, ¿por eso había permanecido a su lado, pese a todos los intentos de asesinato? En ese instante, la voz de Erik la retornó

al presente, alejándola de sus pensamientos.

—Erik llamando a Elena... Por cuarta vez.

—¿Qué? Oh, perdona, es que a veces desconecto totalmente.

—Ya veo. Un día vas a pasar tanto tiempo en las nubes que no vas a poder bajar después.

—Bueno, para eso están los bomberos con sus escaleras. —Lo miró divertida—. Para hacer bajar a chicas de las nubes y, en tu caso, a gatitas de los árboles.

Erik la miró con un destello en los ojos.

—Muy graciosa —dijo con socarronería—. Y para tu información, no me interesan solo las gatas. Es solo que no me ha atraído nadie del valle. Consideraba esto un sitio de paso, hasta que volviese a la capital, y no pensaba anclar nada de mí a este lugar. Y ya ves que me equivoqué, si no hubieses acudido en mi ayuda, habría terminado mis días aquí.

Elena iba a contestar, cuando el chico le puso un dedo en los labios. Había escuchado un ruido. Se giraron hacia las hermanas y les hicieron un gesto para que permaneciesen completamente quietas y calladas. Se quedaron unos minutos en silencio, sin mover un solo músculo, oyendo pisadas en los pisos superiores y voces en varios idiomas. Se estaban alejando.

—¿Adónde se dirigirán? —preguntó Elba en voz baja.

—Ni idea, pero eran demasiados. Tenemos que seguir andando con cuidado, algo se está preparando. Antes caminaban por todas partes, pero ahora están yendo solo hacia una zona concreta. Debemos salir de aquí cuanto antes —dijo Erik.

Elena pensó en Alan. Tenía que encontrarlo tras buscar una salida para los hermanos, no podía dejarlo solo allí dentro. El joven la miró y le rozó el hombro.

—Seguro que tu chico está bien, no se expondría al peligro a ciegas, así que tranquila, ¿de acuerdo?

Ella asintió, no muy convencida, y se pusieron en marcha otra vez. Erik la observó y su mente se perdió recordando las motas color avellana que salpicaban sus oscuros iris cuando estuvo cerca de ella. Elena tenía una belleza diferente a todas las demás chicas del valle. No era guapa en el sentido estricto, era... exótica. Más que exótica, cautivadora. Tenía algo, no sabía el qué, que hacía que no pudiese dejar de mirarla. Lo estaba hechizando. Exacto, esa era la palabra: Hechizar. Elena hechizaba por la fascinante energía que desprendía. Era fácil suponer que al inglés le habría pasado lo mismo con ella. Caería rendido a la profundidad de sus ojos negros y después no encontraría el camino de vuelta, como le estaba empezando a ocurrir a él mismo.

«Lástima no haberte encontrado antes que ese detective, Elena, porque empieza a gustarme demasiado estar a tu lado».

En ese instante, la mente de Elena viajaba paralela a la de Erik, pero en diferente dirección. La joven lo miró de reojo, examinando otra vez los tatuajes sobre su piel.

«Marcas. Erik las lleva de tinta y Alan de piel cicatrizada. Ambos llevan huellas de su paso por el dolor, aunque sea de diferente forma».

No pudo evitar recordar el torso de Alan y las cicatrices que ella había acariciado en casa de Matilda mientras le cambiaba los vendajes. Recordó la que tenía en el costado, preguntándose cómo se la habría hecho. Empezaba en el riñón, giraba en el abdomen y seguía bajo su ropa interior. Debió ser muy dolorosa. Se lo imaginó herido e inspiró, intentando no imaginar esa escena, y miró otra vez a Erik. Eran muy parecidos, los dos tenían la misma forma de moverse: decidida, ágil, segura. Desprendían la misma energía, fuerte y serena. Pero las coincidencias no acababan ahí. Ambos procedían de Zugati, fueron, o querían ser policías, eran capaces de entregar su vida por las personas que querían con los ojos cerrados, tenían la misma sonrisa socarrona, esa chispa en la mirada y esa obsesión por el peligro que llevaban al límite en cuanto podían.

Observó al chico, convencida que Alan a su edad debía ser exactamente como él. Se preguntó a sí misma qué habría pasado si en vez de al detective hubiese conocido primero a Erik. Pensó otra vez en Alan, y una corriente de electricidad la sacudió por completo, creando una intensa oleada ardiente en su estómago que subió hasta su pecho y la dejó sin aire. Su cuerpo acababa de contestar a esa pregunta por ella. Nadie podría llenar cada hueco de su alma como ese inglés de ojos oscuros. Nadie.

Alan y sus compañeros aún estaban en aquella sala donde habían parado para reorganizarse. El detective era consciente de que debían cambiar de estrategia o aquello no acabaría nunca. Volvió a mirarlos. Rocco bebía agua de un bidón que estaba en una esquina, Ethan comprobaba la munición y Josh lo miraba fijamente, con expresión preocupada. Era el que mejor lo conocía, y el que más cerca estaba de comprender el estado de ansiedad en el que se hallaba en aquel momento. Levantó la vista hacia él, temiendo que su amigo fuera a iniciar una charla trascendental para la que aún no estaba preparado, pero solo se cruzó de brazos.

—A tu señal, como siempre —Dijo, haciendo crujir el cuello, preparándose para correr otra vez.

El detective negó con la cabeza.

—Necesitamos información. Josh, escucha el *walkie*, tenemos que saber qué está ocurriendo en el otro bando. Ethan y Rocco, vigilad. Yo trazaré un plan, porque ya nos hemos recorrido casi todos los pasillos de este maldito laberinto sin encontrarla. Tiene que estar en alguna parte.

«O la han capturado y ya está en los laboratorios, como aseguró ese despreciable de Corso».

Los demás asintieron, y él comenzó a trazar líneas sobre el polvoriento suelo otra vez, mientras los lo observaban trazar enormes equis, flechas y espirales. Sus compañeros contemplaron con asombro cómo el detective fue capaz de recordar cada uno de los

pasillos, escaleras e intersecciones por los que habían pasado. Al fin se levantó y se giró hacia ellos.

—Debemos seguir avanzando por el ala oeste. Todas las pisadas de los guardias se dirigen hacia esa dirección.

—¿Qué crees que está ocurriendo?

—No lo sé, Rocco, pero habrá que acercarse para saber por dónde tendremos que actuar si ellos ocupan toda esa zona. No creo que se estén reorganizando, parece otra cosa.

—Y ¿qué plan propones?

—Debemos seguir adelante, cruzar estas dos intersecciones. —Marcó dos enormes equis en el suelo—. Y luego subiremos estos tramos de escaleras. Girando en estos puntos —volvió a marcar— a la izquierda, después derecha y otra vez a la izquierda. Tiene que estar por aquí, es ya casi lo último que nos queda por registrar.

Josh se apartó del grupo tras escuchar las indicaciones y se enfrascó con el *walkie*. Tras unos minutos, se acercó hasta ellos, con las cejas alzadas.

—¡No os lo vais a creer! ¡La policía ya ha entrado en el valle!

Todos se giraron hacia él, con los ojos como platos. El detective no daba crédito. Su amigo continuó hablando, sin dejar de agarrar el *walkie* como si fuese un lingote de oro.

—Han acordonado toda la farmacéutica. Están negociando con el mediador la entrega del personal y de los guardias. Parece ser que han llegado con un plan de ataque a los laboratorios contundente.

Alan miró a los demás, con el ceño fruncido.

—No van a entregarse, ten eso por seguro. Van a presentar batalla, aunque les cueste la vida. —Bufó—. Debemos encontrarla antes de que empiece el enfrentamiento, o estaremos perdidos.

Se miraron preocupados. Su peor temor acababa de hacerse realidad. En breve, e fuego cruzado comenzaría y ellos estaban en una situación muy peligrosa, en el centro del huracán, en medio de la batalla que se estaba gestando. Debían encontrar a Elena de inmediato y salir de allí, o en apenas unas horas estarían todos muertos. Estaban a punto de salir hacia los laboratorios cuando oyeron gritos y ráfagas de disparos cerca de ellos.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Parece un tiroteo —dijo Alan—. Voy a ver qué ocurre. Rocco, cúbreme.

Se deslizaron por los pasillos hasta que llegaron a una escalera de caracol metálica, y subieron por ella agazapados. Cuando llegaron arriba, observaron cómo medio centenar de policías disparaban contra un numeroso grupo de guardias que les hacía frente en el otro extremo del *hall* de la entrada. Parecía que los iban a cercar en breve. Corrieron escaleras abajo, para advertir a Josh y Ethan, cuando una gigantesca explosión los derribó hacia atrás. El enorme estruendo creó un eco atronador en el edificio que hizo que los

cristales y los cascotes les golpearan, provocándoles cortes y contusiones. Los oídos les pitaban, y una gigantesca nube de polvo estuvo a punto de asfixiarlos. Alan se levantó del suelo, donde se había tirado con las manos anudadas en la cabeza para protegerse, y buscó a Rocco entre los escombros. Suspiró aliviado al distinguirlo ileso cerca de él. Bajaron las escaleras a toda velocidad, cuando una segunda explosión los derribó otra vez. Esa había sido más fuerte que la anterior y la nube de polvo casi los atrapa. El detective le gritó a su amigo bajo la sordina del ruido, y él levantó el pulgar. Entonces pudieron escuchar gritos y sonido de ametralladoras, además de un intenso olor a fuego inundándolo todo, y salieron corriendo de allí. Ethan y Josh se encontraron con ellos en mitad del pasillo. Habían salido de la sala al escuchar los estallidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Josh.

—Los de la farmacéutica y la policía han tenido un encontronazo en el hall. Tienen más efectivos de lo que pensábamos, habría más de cien guardias en la entrada, pero debe haber más en el edificio, estoy seguro. Estaban cercando a la policía cuando estábamos allí. Íbamos a bajar a avisaros cuando han hecho volar todo por los aires —explicó Rocco.

Alan se quedó pensativo. Tenía el rostro lleno de polvo y sangre, como su compañero, y se empezó a limpiar con el borde de la camiseta mientras hablaba.

—La bomba es solo una distracción, han dinamitado parte del edificio al verse cercados para eliminar las pruebas, y ahora aprovecharán para escapar de aquí, estoy seguro. —Resopló—. Y lo van a hacer con Elena. Hay que dar con ella. Ya se nos ha acabado el tiempo.

En ese instante, en el centro de mando de los laboratorios, Corso, Davies y Cerenka observaban inquietos las cámaras exteriores. Una marea uniformada de policías rodeaba el edificio, y un segundo retén de agentes esperaba agazapada en la parte trasera, por si decidían escapar de allí. La mujer se inclinó sobre una de las pantallas.

—Ignoran que tenemos un helipuerto en una de las azoteas del edificio.

En ese momento dos helicópteros aparecieron por otra de las pantallas, aterrizando justo delante de la entrada del edificio. Eran modelos veloces, aunque incapaces de interceptar el Mi-35M que poseían y en el que huirían en cuanto la situación se complicase. Pero con Elena a bordo.

—Corso, hay que capturar a esa chica de una vez, se nos ha agotado el tiempo.

—Lo sé. No hemos conseguido localizarla. Se ha metido en la parte antigua de edificio, donde no hay cámaras, con los otros tres jóvenes.

Cerenka observaba las pantallas.

—Va armada, Corso, y temo que cuando se vea cercada haga alguna locura. Da órdenes a tus hombres para que la capturen viva.

—Está bien, pero tenemos otro problema. El inglés está causando complicaciones en

los pasadizos. Ha venido con tres hombres más que deben ser militares, como él, y están acabando con mis hombres.

Davies se quedó pensativo.

—Debemos capturarlo.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Hay que matarlo! —gritó, girándose hacia él con furia—. ¡Está acabando con mis guardias!

—¿Tus guardias? —casi le escupió—. Soy yo el que paga a esa panda de criminales que prefiero no saber de dónde han salido. Lo que le ocurra a esa escoria me importa más bien poco, Corso. Si no podemos dar con ella, atraparemos al detective y ella vendrá, no tendrá más remedio. Así que sal ahora mismo ahí fuera y tráeme a Wood.

El inspector apretó los puños y salió de aquella estancia dando un portazo, encolerizado. No pensaba seguir sus órdenes. Tenía que atrapar a Elena y llevarla al sector A, cerca de la entrada del bunker, a una sala que ya tenía preparada para ocultarla y llevársela a su casa. Ya había espetado instrucciones a dos hombres de su confianza para que la recluyeran allí hasta que él llegara. Ni Davies ni ese despreciable inglés iban a tocarla. Elena era suya. Solo suya.

Elena miró a su alrededor, tensa. Tenía que ayudarlos a escapar de allí cuanto antes.

—Erik. Debéis iros, tenemos que buscaros una salida de inmediato.

Ella comenzó a moverse, pero él la detuvo.

—Espera. Yo..., me quedaré contigo, voy a ayudarte a encontrar a tu chico, no puedo dejarte aquí sola, te debo la vida.

—No, es demasiado peligroso.

—Nosotras también te vamos a ayudar. No lo dudes ni por un segundo —dijo Rebeca en tono firme—. Tienes más aliados de los que crees, Elena.

La joven bajó la vista, indecisa. Tenía que ayudarlos a escapar, aunque también necesitaba ayuda para dar con él. Pero retiró enseguida ese pensamiento. Debía salvarlos y encontrar a Alan ella sola.

—Bueno, yo... Yo creo que lo mejor será...

De repente el suelo vibró. El sonido del eco de un intenso estruendo les llegó con claridad y supieron al momento que se trataba de una explosión y que estaba demasiado cerca.

—¡Vámonos de aquí!

El techo empezó a desmoronarse mientras los cuatro abrían a empujones la pesada puerta de metal y se internaban por los pasillos, ya desiertos. Escucharon un segundo estallido poco después que casi los tira al suelo. Los cascotes empezaron a volar por todas partes, y se agazaparon como pudieron contra las paredes. Dieron media vuelta y llegaron al *hall* de los laboratorios para observar de cerca el origen de todo aquel estruendo, y retrocedieron horrorizados. Elena vio un helicóptero lanzando ráfagas de

disparos contra el enorme ventanal de la entrada, haciendo que gran parte de la cristalería se rompiera y los pedazos volaran, sembrando el suelo de cristales. Había guardias y policías por todo el recibidor, enzarzados en un intenso tiroteo. Les hizo una señal a los demás para que se retiraran de allí o los atraparían en el fuego cruzado.

—¡Por aquí! ¡Vamos! —exclamó Erik, señalando un pasillo.

Empezaron a correr por uno de aquellos pasadizos oscuros, casi a ciegas. La situación era muy peligrosa. Tenía que dar con Alan ya, era cuestión de vida o muerte. Cerró los ojos y pensó en él. Pensó fuertemente en él hasta que se mareó y tuvo que apoyarse en la pared.

«Ayúdame a encontrarte, Alan».

Mientras, el detective y sus compañeros avanzaban a toda velocidad por los pasadizos. Él iba primero, con todos los músculos y los nervios en tensión. Tenía que hallarla entre aquel laberinto de túneles, pasillos interminables y salas de experimentación, porque el peor de los escenarios posibles sería que la atraparan y se fugaran con ella como prisionera hacia un destino desconocido donde él no pudiera encontrarla. Se le había agotado el tiempo, y sus últimas esperanzas de volver a verla se esfumaban a la velocidad de la luz. Rocco iba detrás de él, casi a la misma velocidad. Ethan y Josh estaban unos metros por detrás, con las armas en las manos, preparándose para cualquier asalto. Entonces sintió una oleada cálida en el pecho que iba abrasándole el interior de forma paulatina, y todo se fundió a negro, pero esta vez no la vio, solo escuchó una voz que inundó su cabeza. Su voz.

«Ayúdame a encontrarte, Alan».

Se paró al instante, provocando que Rocco casi chocara con él. Estaba buscándolo Elena estaba buscándolo. No la habían capturado, estaba aún por esos pasillos. Corsc había mentido. Exhaló un suspiro de alivio tan profundo que tuvo la impresión de que se había quitado varias toneladas de encima. Se giró hacia sus compañeros, viendo cómo Ethan le señalaba un pasadizo que terminaba en una intersección, a varios cientos de metros de ellos.

—Alan, por aquí he visto algo. En ese pasillo hay algo moviéndose. Un grupo. —Su voz sonaba tensa.

Se acercó hasta allí y los distinguió, eran cuatro. No eran fornidos, parecían personal de los laboratorios, seguramente, intentando huir aprovechando la confusión del enfrentamiento con la policía. Les hizo una señal a sus compañeros para que se ocultaran y poder tenderles una emboscada, cortándoles el paso.

El grupo de Elena se pegó a la pared de un pasadizo ancho. La situación era complicada, y ni ella misma sabía cómo iba a encontrar a Alan sin morir antes por aquellos pasillos. Siguieron avanzando con sigilo, hasta que se encontraron de repente un grupo de figuras oscuras que les impidió seguir avanzando. Eran cuatro hombres,

corpulentos y armados. La joven tragó saliva. Estaban perdidos. Les hizo una señal a los hermanos para que se colocaran detrás de ella.

—Yo los distraeré, y así podréis huir de aquí.

—Elena, no... —empezó a decir Erik, que se quedó en silencio al ver que los cuatro hombres les apuntaban directamente, y siguió hablando entre susurros—: No voy a dejarte aquí sola, ni lo sueñes.

—Erik...

—No.

El grupo de Alan se dirigió hacia el grupo del pasadizo. El pasillo en el que se encontraban estaba a oscuras, apenas iluminado por las anaranjadas luces de las salidas de emergencia. Era imposible distinguir nada. El detective se puso delante, detrás Ethar y Rocco, cubriendo los flancos, mientras Josh vigilaba sus espaldas al final del grupo. Les hizo una señal para que no disparasen. Si eran personal del laboratorio, debían interrogarlos para conocer el paradero de Elena.

Los dos grupos se colocaron frente a frente, a una distancia de diez metros. La figura que estaba delante del equipo se adelantó unos pasos y apuntó a Alan directamente. Detrás, tres figuras más. Apenas se vislumbraba ningún rasgo, estaba demasiado oscuro.

—¡Soltad las armas! —La voz de Rocco tronó por el pasillo.

El otro grupo no reaccionó. Siguieron apuntándolos, desafiantes, y Alan resopló augurando que aquello no iba a acabar bien.

—¡No! ¡Soltad las vuestras! —gritó un chico.

Rocco miró a Alan, esperando una señal. Él movió discretamente la cabeza con un gesto negativo. No debían abrir fuego hasta que él lo hiciera.

—¡Desarmáos! —bramó Rocco, otra vez.

—¡Hemos dicho que no!

Su amigo volvió a mirar al detective, que resopló y movió la cabeza de forma negativa otra vez.

En la otra parte del pasillo, Elena miraba a los hermanos con preocupación cada pocos segundos. Se aclaró la voz y susurró:

—Cuando os lo diga, dad la vuelta y huid. Voy a empezar a disparar para distraerlos. Corred lo más rápido que podáis, yo os alcanzaré.

—No voy a dejarte sola, Elena, no voy a hacerlo, ¿de acuerdo? —susurró Erik, y ella se estremeció al escucharle decir lo mismo que le había dicho Alan una vez.

La joven iba a contestar cuando vieron cómo el hombre que estaba delante de todo el grupo empezaba a flexionar los brazos, preparándose para abrir fuego de forma inmediata. Se estremeció al darse cuenta de que el blanco era ella.

Alan estaba a punto de perder los nervios. Aquella situación le estaba robando demasiado tiempo, Elena estaba buscándolo por los pasillos a oscuras, mientras él perdía

el tiempo con ese grupo. Inspiró y les hizo una señal a sus compañeros. Iban a abrir fuego.

Elena apuntó al hombre que la encañonaba, preparada para disparar, y sintió el miedo pegándosele a la piel. Aquello era real, iba a empezar el tiroteo, y era más que probable que terminara herida... O muerta. Intentó tragar saliva, pero no pudo, tenía la boca seca, y temblaba. Vio cómo el hombre que estaba apuntándole equilibraba el arma con seguridad y sintió pánico. Entonces una potente voz sonó por todo el pasillo, golpeándola, embotando todas y cada una de las células que la componían, y en ese instante sintió que realmente el universo tenía un plan para ella.

El detective centró el blanco en la primera figura, e inspiró con fuerza, soltando un grito que retumbó en aquel pasadizo.

—¡Basta ya, maldita sea! —rugió—. ¡Os voy a freír a tiros como no bajéis las malditas armas de una vez!

Bufó enfadado y vio cómo la figura que estaba delante, apuntándole desde el principio, ahogaba un grito, tiraba la pistola al suelo y echaba a correr hacia ellos a toda velocidad, sin detenerse. Su primera reacción fue empezar a deslizar el dedo por el gatillo. Alguien del otro grupo soltó la pistola también y corrió tras ella. Era un chico, gritando desesperado.

—¡Elena! ¡Para! Pero ¡¿qué haces?!

Se quedó sin aire.

—¿Elena?

El arma del detective cayó al suelo cuando la vio. Era ella. Era Elena. Todo comenzó dar vueltas a su alrededor, sin cesar, y se dio cuenta de que él también estaba corriendo cuando la contundencia del impacto de uno contra el otro hizo que cayeran al suelo de rodillas. Los fuertes sollozos de la chica se mezclaron con la fuerte respiración de él, que rodeó con los brazos el cuerpo de la joven a la que segundos antes había estado a punto de matar, mientras pronunciaba su nombre una y otra vez. Se separaron e intentaron decirse algo, pero las palabras morían en sus gargantas antes de ser pronunciadas. Solo se miraban unos segundos y volvían a fundirse el uno en el otro, absolutamente arrasados por la tormenta de emociones que se sucedía en su interior, incapaces de separar sus cuerpos ni un milímetro. Se besaron con la sensación de estar a solas y no en un espeluznante edificio donde asesinaban y experimentaban con personas. Ella se acurrucó entre sus brazos, incapaz de creer que se hubiesen encontrado al fin. Varias presencias se congregaron a su alrededor, murmurando, pero ellos no levantaron la vista. Estaban a kilómetros de allí en ese momento. Alan hundió su rostro en el hombro de la chica, sintiendo que el mundo empezaba a girar otra vez. Se miraron, sintiendo que todo iba desapareciendo a su alrededor. Hasta que una voz los sacó de su letargo:

—Entonces, ¿esta es tu chica? —preguntó Rocco.

—Sí. Ella es mi chica —dijo, mirándola y sonriendo.

El ahora numeroso grupo avanzaba por los pasillos de los laboratorios con el sonido de las pisadas de los guardias en los pisos superiores y el eco del combate del *hall* resonando lejano. Sin embargo, en el ambiente reinaba cierta distensión. Ethan había tomado el liderazgo del equipo temporalmente y hablaba animadamente con Erik, que estaba situado justo detrás. Los otros cuatro también charlaban entre susurros en una mezcla de inglés y español bastante cómica, y Elena pudo ver que Rebeca posaba su mano en el brazo musculoso y tatuado de Rocco con demasiada frecuencia, y que él le sonreía cada vez que ella lo hacía. Rio para sí ante semejante estampa.

Alan y ella caminaban abrazados, en silencio, hablando con caricias, incapaces de creer aún que lo que hasta hacía unas horas parecía un milagro imposible, se había producido, haciendo que sus caminos volvieron a encontrarse. Cruzaron sus miradas, pensando que era increíble volver a estar así, juntos otra vez, aunque fuera en aquellos infernales laboratorios. La chica aspiró el aroma del detective, apretándose contra su cuerpo para sentir su calor. Lo había echado de menos cada segundo que había estado alejada de él, completamente segura de que él había pasado por lo mismo. Se quedó observándolo fijamente y entonces frunció el ceño.

—Estás sangrando otra vez, Alan. ¿Por qué siempre estás sangrando, magullado o a borde de la muerte? —dijo, limpiándole con la manga de su camiseta una fisura que tenía en la frente.

Él la miró sorprendido y soltó una breve carcajada. Ella se rio también y en ese momento se dio cuenta de que nunca había escuchado su risa. Todo había sido tan difícil para ellos, habían sufrido tanta tensión, siempre rodeados de un ambiente siniestro que incluía intentos de asesinato y agresiones varias, que a la joven aquella sencilla risa, en tono musical, la hizo llenarse de ternura.

—Es una de las desventajas de estar conmigo, así que vete acostumbrándote.

—Pues entonces tendré que replantearme mantener una relación contigo.

Él le dedicó una sonrisa traviesa que hizo que el corazón de la chica se iluminase por completo. Jamás lo había visto así, parecía más joven e infinitamente feliz. Notó cómo se derretía por momentos al cruzarse con los ojos que tanto había echado de menos contemplar.

—Y ¿eso por qué?

—Es que, ya sabes, no estoy acostumbrada a las emociones fuertes, y temo que te aburras conmigo.

—¿Aburrirme contigo? —Negó con la cabeza, en una carcajada—. No creo que es

palabra entre siquiera en tu vocabulario, Elena.

—Está bien. Yo te ofrezco la posibilidad de no aburrirte jamás a mi lado. Y tú, ¿qué me ofreces?

—Bueno, tengo algunos puntos fuertes, ¿sabes?

—Estoy completamente segura de ello. Es más, me imagino el anuncio que habrías terminado poniendo en alguna página de contactos si no me hubieses conocido. «Atractivo detective inglés con obsesiva fijación por el peligro busca pareja a la que preferentemente persigan un grupo de psicópatas para vivir un apasionado romance».

—¿Apasionado romance?

—El encanto británico, ya sabes —dijo, pestañeando de forma seductora.

—No, la verdad es que no. —Se rio—. Y ¿qué era eso de «atractivo detective inglés»?

—Eh..., sí... —farfulló, sintiendo cómo la temperatura de su cuerpo subía varios grados de golpe—, es que bueno, verás...

Se interrumpió cuando él pegó su boca a su oído y le soltó la goma del pelo, provocando que sus cabellos cayesen en cascada por su espalda.

—¿Qué pasa, Elena?

Ella intentó hablar, sin conseguirlo, y clavó la vista en las paredes de los pasadizos, incapaz de decir nada mientras él deslizaba una mano por su espalda, dejándola en su cintura. Era cierto que era atractivo, más que atractivo, de hecho. No sabía si era su rostro, su profunda mirada o la contundencia de su cuerpo, pero ella creía disolverse cuando estaba a su lado. Aunque al parecer no era la única. Samuel le había contado los estragos que la presencia del detective había creado en Sandara, creando acalorados debates en la sala de espera de la clínica. Incluso Elba y Rebeca le habían observado detenidamente, quizá demasiado, cuando se hicieron las presentaciones. Suspiró y empezó a retorcerse el bajo de la camiseta, para intentar calmarse, y él le pasó el brazo por los hombros, esbozando una sonrisa.

—Así que atractivo, ¿eh?

Elena compuso una mueca de circunstancias, y siguió andando, azorada. Se giró hacia el detective, con disimulo, y él empezó a trazar con el dedo índice símbolos invisibles en su espalda mientras sonreía. Eran sus nombres, enlazados.

Tras varios minutos, Elena volvió a mirar al frente, dándose cuenta de que en ese momento Rebeca caminaba muy pegada a Rocco, y que Erik iba ahora delante de ellos dos, a unos cuantos metros, girándose con cautela y con gesto serio. Ella entrelazó automáticamente sus dedos con los de Alan, sin saber muy bien por qué, y se sorprendió por la forma en la que había reaccionado su cuerpo, pegándose más a su chico. Vio por el extremo del ojo cómo el joven comenzaba a alejarse de forma paulatina de ellos, y sintió una extraña mezcla de alivio, confusión y culpa. Alzó la vista y observó al detective. La expresión divertida se había esfumado, siendo sustituida por un rostro preocupado y

unos hombros en tensión.

—¿Qué te ocurre, Alan?

—Llegó un momento en el que creí que no iba a encontrarte.

Ella inspiró profundamente y lo miró con expresión triste, apretándose contra él. A ún no estaban preparados para hablar sobre el abandono del refugio, ninguno podía afrontar esa charla todavía. El dolor y la culpa eran demasiado recientes, y siguieron andando, en silencio, alejando la tempestad que sabían que llegaría en cualquier momento, arrasándolo todo, y la evitaron.

—Elena, tengo que decirte algo.

—¿Qué pasa?

—Mientras estaba buscándote, tuve una... especie de paréntesis contigo. Fue muy extraño. Parecía un sueño, pero todo era demasiado real. Oí tu voz resonando en mi cabeza pidiendo ayuda, y todo se tornó a negro.

—Y ¿viste algo más?

—Sí. Apareciste en medio de una sala rodeada de guardias que iban a capturarte. No tenías escapatoria, así que me coloqué a tu lado, dirigí tu arma y disparé contra aquellos hombres. —Ella tragó saliva al darse cuenta de que aquello había sido real y no lo imaginario. Fue Alan el que había abierto fuego contra aquellos hombres—. Creí que había sido un sueño, hasta... hasta que vi aquella sala con los cadáveres. A quello pasó de verdad, Elena.

Ella no pudo decir palabra en varios minutos y, cuando lo hizo, su voz fue apenas un hilo quebradizo.

—Sí, sí que ocurrió. —Tragó saliva, estremeciéndose—. Yo... Cuando estabas casi agonizando e inconsciente en casa de Samuel, abrí, sin pretenderlo, una línea de comunicación para que pudieras escucharme. Necesitaba decirte que yo estaba allí, contigo, que no iba a separarme de ti en ningún momento. Creo que, por alguna razón, esa conexión no se cerró cuando despertaste, y tu mente y la mía siguen... conectadas, por así decirlo.

Él la miró con gravedad, ya se había imaginado algo así. Cuando estaba herido, había oído la voz de Elena dentro de su cabeza, y eso le había marcado el sendero de la luz otra vez. Fue su voz la que lo trajo del mundo oscuro y de dolor en el que estaba sumido. Su voz. Eso era lo que lo había salvado. Si la conexión que mencionaba era cierta, eso significaba que el excepcional don de Elena aún deparaba muchas sorpresas, y que solo era cuestión de tiempo que la farmacéutica lo supiera. Y entonces sería el fin, y no solo el de ella. El de todas las futuras víctimas de los experimentos. Recordó la información de Lya y sopesó si revelársela o no. La tomó de la mano y la hizo avanzar, junto a él, para frenar el impacto. Debía saberlo.

—Elena —comenzó, con voz ronca—, también tengo que contarte algo más. Ya

sabemos por qué te han estado buscando todos estos años.

Ella lo miró con temor. Quizá había conseguido averiguar la relación de parentesco que la unía a los Somoza Arvelo, y la razón por la que habían puesto precio a su vida. Lo observó, temiendo su reacción al descubrir que ella era la nieta de unos asesinos.

—¿Ya lo sabes... todo?

—Sí, tristemente, sí. —La chica suspiró, afectada—. Los laboratorios están estudiando la eliminación de recuerdos traumáticos, como ya te dije en el hotel aquella vez. Lo que desconocía entonces es que están orientando sus experimentos a la parte inconsciente del cerebro.

—¿El... el inconsciente? —preguntó, casi temblando. Eso sí que no se lo esperaba, aquello era peor de lo que había imaginado, incluso peor que lo de su familia, y el miedo empezó a instalarse en el ambiente—. Y ¿qué tengo yo que ver con todo eso?

—Tú dominas esa parte del cerebro. Envías sueños, creas lapsos, eres capaz de conectar tu mente con la de otras personas... Por eso han intentado capturarte desde hace años. Necesitan saber cómo lo haces, por eso eres prioritaria.

—Pero ¿cómo saben ellos que...? —empezó, y se quedó callada, con un recuerdo abordándola.

«Claro, la excursión. Por eso Jacobo Somoza le dijo a Davies que sin mí el experimento no funcionaría, porque ellos ya saben lo que soy capaz de hacer. Lo han sabido todos estos años. Por eso todo esto».

Se giró hacia él alarmada, casi temblando.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes, Alan. Si me atrapan, esto no acabará nunca. Seguirán con los experimentos, bajo otro nombre, otro equipo, pero siempre bajo las mismas ideas, porque ya habrán sentado un precedente conmigo. Si descubren cómo lo hago, su línea de investigación cambiará, pero el método seguirá siendo el mismo. Secuestrar, torturar y, si ya no les vales o les molestas, hacerte desaparecer.

Él la apretó con fuerza contra su cuerpo y sintió cómo ella se estremecía. Estaba asustada, muy asustada. Y tenía motivos para estarlo.

Siguieron caminando, reflexionando sobre todo aquello y las siniestras posibilidades que se acababan de abrir ante ellos, hasta que Ethan hizo detenerse al grupo porque había detectado guardias aproximándose. Debían esconderse. Rocco se adelantó y localizó una sala vacía que tenía una salida hacia uno de los pasillos, dos intersecciones más adelante, y todos corrieron hacia allí, introduciéndose sigilosamente en ella. Alan apoyó su mano en la espalda de Elena para hacerla pasar, entrando el último. Chasqueó los dedos, haciéndole una señal a sus compañeros para que adoptaran posición de alerta junto a la puerta, con las armas preparadas, mientras Elena y los hermanos se colocaban en el otro extremo. Se quedaron varios minutos así, sin apenas respirar.

Los guardias corrían por el pasillo, dirigiéndose hacia la entrada del hall, donde

estaba la policía, pasando de largo por la sala en la que ellos estaban. Esperaron a que se alejaran, y se escucharon varias respiraciones de alivio por toda la estancia. Alan se dio la vuelta, dirigiéndose al grupo:

—A sumo el puesto de jefe de equipo otra vez, si todos estáis de acuerdo, claro. —Sus compañeros y los hermanos asintieron, mientras que Elena le dedicó una mirada preocupada—. Tenemos que salir de aquí antes de que la situación se torne más peligrosa de lo que ya es.

Los amigos del detective lo miraron significativamente. Aquello no iba a ser nada fácil, ya que la única salida, el recibidor de la entrada, estaba tomada por el enfrentamiento entre los guardias y la policía. Parte del edificio se estaba viniendo abajo por las explosiones de antes y los hombres de la farmacéutica estaban multiplicándose por los pasillos. La salida del bunker estaba demasiado alejada, y no era seguro ir hasta allí. Estaban en un buen aprieto, y con varios civiles a su cargo. Alan miró a los hermanos y sintió que sus hombros se hundían un poco más. En ese momento era responsable de la vida de aquellos jóvenes, la de sus compañeros y la de su chica. Una pequeña tenaza le apretó el corazón brevemente y se quedó sin aire varios segundos. Tuvo que apoyarse en la pared para disimular ante todos.

Cuando Elena y Samuel fueron a buscarle las medicinas al bosque, él había sufrido un infarto en el sótano de Matilda. La enfermera se lo había confesado en el refugio. No había querido asustar a la chica y le había asegurado que solo fue un susto, cuando en realidad había tenido que usar el desfibrilador varias veces porque su corazón no respondía.

«Ten cuidado, Alan, padeces una cardiopatía congénita que puede atacarte en cualquier momento, así que, por favor, sé precavido», le había advertido.

Respiró hondo hasta que su pecho dejó de dolerle, mientras miraba a Elena, que había empezado a observarlo con expresión intranquila, acercándose hasta él.

—Alan, ¿estás bien?

Él no pudo hablar y la besó suavemente en el cabello hasta que su corazón volvió a la normalidad. Le sonrió y dio un paso para reunirse con sus compañeros, pero ella le detuvo por el brazo, haciéndole volverse.

—¿Seguro que estás bien?

—Si, no te preocupes —carraspeó—. Estoy bien.

—Si te encuentras mal, yo me quedaré contigo aquí mientras los demás buscan una salida. —Lo miró fijamente—. Yo me quedaré a tu lado, no...

La frase «No te abandonaré esta vez» se quedó flotando en el aire, mientras se mantenían la mirada, conteniendo la respiración, conscientes de que la tormenta estaba cerca y que en algún momento tendrían que hablar sobre ello. Él le puso una mano en la mejilla y le apartó un mechón de pelo con suavidad.

—Estoy bien, de verdad, tranquila. Además, tengo que buscar una salida para todos cuanto antes, no hay tiempo que perder.

Ella lo miró ceñuda, sin terminar de creerse del todo la respuesta, y lo abrazó, pegando su boca a su oído, susurrando para que nadie les oyese:

—Creo que no hay salidas, Alan.

Él asintió y se acercó a su oído.

—No es que lo creas, Elena, es que no hay salidas. Pero no podemos seguir aquí dentro. Con la policía y los guardias enzarzados en un tiroteo y las explosiones, nuestras posibilidades de sobrevivir son escasas. Estamos en medio del fuego cruzado y podemos caer en cualquier momento por un error.

—Lo sé —dijo, aún con su boca cerca de él—, por eso he estado buscando alguna vía de escape antes en el mapa, pero no encuentro forma de salir de aquí.

—¿Tenéis un mapa? —preguntó él, sorprendido, separándose levemente de ella.

—Sí, lo cogimos antes de una de las salas de los guardias para poder orientarnos aquí dentro.

—Y ¿aún lo conserváis?

La chica asintió, buscando en el interior de la mochila, donde lo guardaba, y se lo tendió. Él lo estudió brevemente, pensativo. Reconocía la mayoría de los pasillos.

—¿Crees que te puede ayudar?

—No lo sé, pero ya es algo por dónde empezar. —La miró con firmeza y posó su mano en su mejilla—. Voy a sacarte de aquí, Elena. Te lo prometo.

—Sé que lo harás. —Le dio un breve beso—. Jamás has incumplido una promesa que me hayas hecho.

Él sonrió y la besó muy suave, viendo cómo ella se alejaba, dirigiéndose hacia donde estaba Erik, que la observaba desde la otra esquina. Alan esbozó una sonrisa, con el sabor de los labios de su chica aún sobre los suyos, y la miró unos segundos antes de girarse hacia sus compañeros, sintiendo que en ese momento no querría estar en ningún otro sitio de la tierra.

—Rocco, Ethan, venid conmigo. Josh, vigila la entrada mientras trazamos un plan. Elena nos ha dado un mapa.

Ethan suspiró aliviado, y Rocco por fin empezó a relajar la expresión de su rostro. Ya podrían empezar a buscar una salida con garantías. Alan volvió a mirar a Elena antes de empezar a trazar líneas por el plano. La joven estaba junto a Erik, que en ese momento la rodeaba con el brazo y le daba un beso en la sien, tal y como él acababa de hacer con ella. Frunció levemente el ceño y se giró hacia Josh, dándole instrucciones:

—Mantente alerta. Esta sala no tiene salida segura, y temo que las que nos encontremos a partir de ahora sean así. Ni Elena ni los hermanos deben saberlo, pero estamos en uno de los peores sitios. Esta parte de los pasadizos son perfectos para que

nos hagan emboscadas de las que no vamos a salir vivos.

El policía asintió, observando a su amigo alejarse hacia Rocco y Ethan. Adivinó por su expresión que no sabía muy bien cómo iba a sacarlos a todos vivos de allí, y que eso lo estaba atormentando. Se volvió hacia la entrada, con el arma preparada. Tenía que existir una maldita salida por algún sitio, tenía que haberla. Si no, ya podían darse por muertos. Mientras buscaban a Elena por los pasillos apenas se lo planteó, pero empezaba a tener conciencia de lo difícil que iba a ser salir de allí. Ya no contaban con el factor sorpresa, y además la presencia de la policía en el edificio los colocaba en una difícil situación. Miró al detective, que marcaba puntos en el mapa con rotulador mientras discutía con Ethan y Rocco. Si alguien podía sacarlos de allí, sería él, sin duda. Pero la cuestión era que el tiempo ya se les había agotado. Si no lo hacía en pocas horas, estarían muertos. Todos.

Bufó y siguió observando la puerta, alerta ante cualquier ruido. A los pocos segundos escuchó una voz a su lado.

—¿Puedo ayudarte? Soy... soy Elba. Lo siento, mi inglés no es muy bueno.

Se giró y se encontró con unos ojos azules que lo miraban curiosos. Era una de las hermanas. Apenas había cruzado palabra con ella por los pasillos, porque su hermana pequeña, Rebeca, había monopolizado la conversación. La rubia melena de la chica estaba algo despeinada, y tenía un par de magulladuras, pero lo que le dejó impactado fue la enorme sonrisa angelical que destacaba en su rostro.

—Eh..., no, tranquila. No te preocupes, todos hablamos un poco de español. Alan es un profesor terrible, como comprenderás, así que tendrás que disculparnos si decimos algo sin mucho sentido.

Ella rio tímidamente.

—Yo también digo cosas sin sentido, y en todos los idiomas, seguramente.

Josh le sonrió.

—Como todos, alguna vez. —Se quedó callado unos segundos—. Y ¿qué hacíais aquí?

—Vinimos a rescatar a nuestro hermano. Lo capturaron y vinimos a buscarle antes de que pudieran hacerle nada.

—Poca gente sería capaz de hacer algo así.

—Sí, supongo que sí. Pero uno tampoco sabe lo que es capaz o no de hacer hasta que se ve en una situación límite, como la que tuvimos que sufrir nosotras.

—Me lo imagino. ¿Llegaron a hacerle algo?

—No, menos mal. Fue una suerte encontrarnos con Elena, si no, nos habrían matado y a él también.

—Sí, la verdad es que tuvisteis suerte.

La joven se quedó en silencio, mirando hacia la chica del bosque.

—Decidió ayudarnos sin pedir nada a cambio, arriesgando su vida. ¿Quién hace eso?

—Sí, Alan nos ha hablado de ella. También le salvó a él de morir asesinado en el

bosque. —Los dos miraron a Elena en ese momento. Estaba sentada en el suelo charlando con Erik, con la mano en la boca, sofocando una carcajada por algo que él le estaría diciendo—. ¿Vuestros padres saben que estáis aquí?

—No lo creo. Habían ido a pasar unos días a la capital cuando cerraron el valle. Así que no saben nada de esto, y tampoco creo que hayan podido llegar hasta aquí aunque quisieran. Los hombres de Corso han cerrado los accesos.

—Sí, Samuel, el amigo de Elena, ya nos advirtió que iban a cerrar el valle.

—Pero, entonces ¿cómo habéis llegado vosotros hasta aquí?

—Por una gruta natural en la montaña de Sandara.

—¿Hay una gruta en el valle? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Ya lo creo, y es preciosa. Hay hasta un río subterráneo.

—Vaya, no lo sabía —dijo la chica, con una chispa inmensa de luz en los ojos—. La verdad es que apenas conozco el valle, porque vinimos hace solo unos años.

—Cuando salgamos de aquí te la enseñaré, si quieres.

—¿Como... una cita o algo así?

—Sí, algo así.

—Está bien, pero entonces voy a tener que enseñarte algo de tu propia ciudad que desconozcas.

—Soy policía, así que no creo que haya muchos sitios que desconozca de Londres.

—¿Eres policía?

—Sí. Pero últimamente el trabajo que más tiempo me ocupa es el de ser amigo de Alan.

—Vaya, debe ser muy duro. —Enarcó una ceja con expresión sonriente—. Espero que al menos te pague bien.

—Es un tacaño miserable en realidad, no te haces una idea.

Elba se carcajeó brevemente. A Josh le gustó su risa y la imitó. En ese instante escucharon ruidos en el pasillo y Josh le hizo una señal para que permaneciese en silencio hasta que los sonidos se amortiguaron. Estuvieron atentos a cualquier sonido sospechoso, hasta que los ruidos desaparecieron. Ella bajó el tono de voz.

—Bueno, no quiero molestarte más. ¿Necesitas que haga algo por ti? ¿Cómo puedo ayudarte? —cuestionó, señalando la puerta.

—¿Recuerdas haber visto otra entrada, salida, algo que podamos usar para sacaros de aquí mientras os metían en el bunker?

—No. La verdad es que no. —Se quedó pensativa unos segundos—. Pero encontramos la parte antigua de los pasadizos. —El policía la miró con sorpresa—. De hecho, veníamos de allí cuando nos cruzamos con vosotros. Son pasillos con salas de reuniones y pequeños habitáculos de descanso, pero no sé si puede haber una salida por ahí. No sale en el mapa que cogimos de una de las salas.

Josh la miró, frunciendo el ceño, pensando. No les quedaban muchas opciones, así que debían inspeccionar la zona antigua. Si había salas de reuniones, significaba que esa parte era para el personal exclusivamente. Y debía haber salidas de emergencia para ellos en caso de que algo sucediera, para garantizar la evacuación de aquellos técnicos y guardias. Quizá la salida que estuviesen buscando se hallase en esa zona.

—Elba, Alan tiene que saber esto.

Ella asintió, y se acercaron hasta el detective, que levantó las cejas al escucharlos y empezó a hacerle señas a Rocco y a Ethan, señalando puntos en el plano. Elba se inclinó y apuntó una zona con el dedo.

—Justo aquí —señaló un punto— hay un conducto de ventilación por el que nos colamos. Esa parte no sale en el plano, así que estábamos a ciegas allí dentro y apenas recuerdo nada de los pasillos por los que estuvimos caminando. Pero está conectada a la parte nueva por esta puerta —señaló otro punto—, cerca de este pasillo.

El detective sacó otro rotulador de la mochila y empezó rápidamente a trazar líneas por él.

—Vamos a la parte antigua. Si hay una salida segura, debe ser esa, y en este momento, es la única opción que tenemos.

—Y ¿cómo vamos a esquivar a los guardias?

—Podemos ir por este lado —trazó una línea en uno de los pasadizos—, y después girar aquí, y aquí. Apenas estaremos expuestos. Hay que evitar esta zona —señaló otro punto en el mapa—, o nos acribillarán a todos. Si tenemos algún problema antes de llegar, nos refugiaremos en estos sectores C, D y E.

El detective alzó la vista hacia la chica, sonriendo, y siguió hablando con sus compañeros. Elba y Josh se miraron satisfechos. Hacían un buen equipo.

Alan terminó de organizar el itinerario de huida y la munición que les quedaba para ponerse en marcha cuanto antes. Cuando terminó, se acercó hasta Elena, que seguía sentada en el suelo hablando con Erik. Recordaba al chico perfectamente, fue el bombero que le atendió cuando los hombres de Corso le pusieron aquella bomba en el bosque, mientras buscaba el bunker. El joven había insistido en que examinaran el coche a fondo, y no se creyó la versión oficial de que había sido un cortocircuito, hecho que a Alan le pareció un rayo de esperanza en aquel torbellino de locura. Siguió avanzando hacia ellos y vio cómo Elena apoyaba su cabeza en su hombro brevemente mientras él la miraba con intensidad. Inspiró y se agachó junto a ella.

—Ya está todo preparado, enseguida saldremos de aquí. ¿Necesitas algo?

—No, solo necesito... —empezó ella, aproximándose a sus labios.

—Si necesita algo, yo me encargaré de dárselo —la interrumpió Erik—. No te preocupes..., Albano. Creo que ese era tu nombre, ¿No? Sí, seguro que sí. —Alan lo miró fijamente durante unos segundos sin decir nada—. Pues como te decía, Albano, yo la

cuidaré a partir de ahora. Así que tranquilo, puedes seguir pintando dibujitos sobre el mapa. Parece divertido, en serio.

El detective clavó los ojos en los del chico y se giró hacia la chica otra vez, con expresión tranquila.

—Tengo que ir delante del grupo, pero me pondré a tu lado otra vez en cuanto estemos en una zona segura. ¿De acuerdo?

—Sí, tranquilo, lo entiendo —dijo, sonriendo y frunciendo los labios, pidiendo un beso—. No te preocupes.

—Estaré a tu lado en cuanto sea posible, para que así estés más segura.

—Vaya —volvió el chico a la carga—, eres de extremos, ¿eh? Primero permites que ella se entregue a una panda de sádicos asesinos para que la maten, y ahora finges que la quieres proteger casi con tu vida.

El inglés clavó sus ojos durante unos segundos en Erik de una forma tan intimidante que la joven empezó a alarmarse.

—Parad ya, es...

—Por cierto, Albano —continuó Erik—, ¿qué hacías cuando ella venía corriendo hacia aquí, directa a una muerte segura? Algo importante, supongo, ¿no? Ya me lo imaginaba.

—Basta, Erik, para de una vez.

—¿Quieres que pare, Elena? —preguntó Erik, sin despegar sus ojos del detective.

—Sí, Erik, para.

El joven asintió, mirando al británico, que se puso en pie, y él lo imitó. Elena parpadeó rápidamente al darse cuenta de que ambos eran de la misma estatura. Y no solo la altura, incluso la fisonomía de sus cuerpos era similar. Pese a que el británico tenía el cuerpo más trabajado, eran muy parecidos. Tan parecidos y tan diferentes a la vez. Como el oro y el azabache. Como la luz y la oscuridad.

—Entonces, quieres que pare... —dijo Erik, mirando al detective—, Vaya, vaya. No me dijiste eso cuando estábamos en el baño de aquella sala y clavabas tus dedos en mi espalda para que no me separara ni un centímetro de tu cuerpo.

—¿¿Cómo?! —exclamó Alan, como un latigazo, mirándola directamente.

—Yo... Yo... quería explicártelo después, porque...

—¿Explicarme el qué?

—Yo... iba a contártelo después.

—¿Qué me ibas a contar exactamente, Elena? —preguntó, con una expresión en el rostro tan tensa que la joven retrocedió un paso hacia atrás.

—Alan, yo... Yo... —balbuceó, incapaz de decir nada ante la mirada del detective—. Yo, verás...

—Tranquilo —interrumpió Erik—. Tú no estabas cerca, ella se sentía sola..., ya sabes. Así que la consolé. Y la consolé muy bien, Albano, no te preocupes.

—¡Es Alan! —exclamó Elena, apartando levemente a los dos jóvenes, y miró hacia su chico—. Presenciamos el... —inspiró— el asesinato de los Somoza Arvelo y me quedé algo traspuesta. Erik estuvo conmigo hasta que me encontré mejor.

La expresión del detective cambió por completo, parpadeando varias veces, atónito, y miró al joven, que asintió y continuó el relato:

—Planeaban huir y empezaron a discutir por un asunto de dinero, hasta que Doctor Siniestro les metió dos balazos, y esos indeseables dementes —se dio cuenta de la mirada de la chica y rectificó—: Quiero decir que...

—Los asesinó a sangre fría —terminó Elena por él, mirando a su amigo significativamente.

A Alan no se le pasó por alto la mirada que cruzaron los jóvenes. Había algo que estaban ocultando.

—Elena, en cuanto estemos en una sala segura, hablaremos con más calma, ¿de acuerdo? Necesito saber qué ocurrió, qué oísteis..., cualquier detalle es importante.

Ella asintió con firmeza. El detective tenía el presentimiento que los Somoza Arvelo deparaban más sorpresas incluso después de muertos. El hecho de que Davies los matara podría significar que estaba deshaciéndose de todos sus cómplices por algún motivo, y tenía que averiguar por qué. Volvió a mirar a su chica y suspiró. No había estado allí para ella tampoco esa vez. Le acarició la mejilla con suavidad, deseando en ese instante que estuviesen solos. Necesitaba hablar con ella, a solas, de cientos de cosas, consolarla, ser su refugio.

—Pues, volviendo a lo que hablábamos, Elena —irrumpió Erik—, cuando salgamos de aquí podrás volver a tu vida de antes. Puedes quedarte con mis hermanas y conmigo en nuestra casa, aquí, en el valle, el sitio al que perteneces. No te preocupes, pronto conocerás a alguien que no te obligue a trasladarte a otro país desconocido para estar con él.

—¿Qué? Pero si yo...

—No deberías renunciar a nada para estar con alguien a quien —le lanzó una mirada al detective—, en fin, es obvio que no le importas mucho.

—Erik, no...

—Porque eso no es amor, Elena, no lo es.

La chica miró con gesto de enojo a su amigo y se giró hacia Alan, temiendo su reacción, pero el detective no miraba al chico, sino a ella.

—Alan, yo...

—Te veré después —dijo con una leve sonrisa.

Ella le sonrió y estiró el cuello para darle un breve beso, intentando arreglar esa tensa situación. Pero esos no eran los planes del detective, que clavó sus ojos en Erik apenas unos segundos y luego en ella. Puso sus manos alrededor de su nuca y la atrajo hasta él,

posando sus pulgares en su barbilla, obligándola a separar los labios, y se enlazó con ella en un beso tan profundo e íntimo que la dejó sin respiración. Ella le respondió de la misma forma, anudando sus manos alrededor del cuello del detective, perdiéndose en esa cálida sensación que se estaba expandiendo en todos sus sentidos, y se dejó llevar al compás que él le marcó, clavándose contra su cuerpo, enredándose en su boca. Jamás la había besado así, de una forma tan... sensual, haciendo que todo desapareciera a su alrededor. El beso fue tornándose más intenso por momentos, y Elena perdió la noción del espacio y el tiempo, sintiendo que solo existía ese instante, y ellos dos enlazándose en esa tormenta de llamas. Ronroneó suavemente y sintió cómo Alan exhalaba en su boca y la incrustaba contra sus caderas en respuesta. Iban a perder el control, podía verlo, pero no le importó, inmersa como estaba en esa marea imparable de calor que le subía desde el estómago. Entonces él se separó lentamente, mordiéndole con suavidad el labio inferior, y ella dejó de respirar al cesar el contacto.

Cuando abrió los ojos otra vez, aturdida aún, Alan ya estaba en la otra punta de la sala, hablando con Rocco con el ceño fruncido. Parpadeó para centrarse e inspiró levemente, girándose hacia Erik, encontrándose con la expresión dolida del chico. Elena se dio cuenta en ese preciso instante de que él había empezado a sentir algo más por ella, y notó que el suelo se hundía bajo sus botas. Disimuló rápidamente y le dedicó una sonrisa apagada.

—Erik, yo lo...

Se interrumpió al ver que todos se dirigían a la puerta, listos ya para salir de aquella estancia, y se levantó, apoyándose en el polvoriento suelo. Miró hacia Erik y caminó junto a él hasta colocarse junto a las hermanas. Alzó la vista y observó a Alan, sintiendo un pinchazo de rabia. Había intuido lo que sentía su nuevo amigo por ella y lo había utilizado para hacerle daño, y ella, ingenua, se había dejado embaucar en el juego.

«Maldita sea, Alan».

Debía hablar con él cuanto antes. Inspiró y vio que Ethan estaba cerca de la puerta gesticulando, y se centró en el militar de ojos oscuros que les explicaba el plan mientras intentaba que el chico la mirase y leyese la culpa en sus ojos.

—Saldremos por nuestra izquierda, hasta que encontremos los conductos que conectan la parte antigua y la nueva. Alan irá delante y Josh detrás. Rocco y yo cubriremos los lados, así que colocaos entre nosotros.

Se cargaron al hombro las mochilas con la munición y se pusieron las armas en la cintura del pantalón. Si se encontraban a más guardias, el tiroteo estaba asegurado, y más valía ser precavidos y tenerlas cerca. El detective salió por la puerta, con todo su cuerpo en tensión, sin cruzar una sola mirada con nadie. Rocco se colocó en el umbral, esperando, hasta que el detective le hizo un gesto, indicándole de que el camino estaba despejado, y todos fueron saliendo de uno en uno, con sigilo. Elena notó la mano de Erik

en su espalda, empujándola suavemente para salir de aquel lugar, y se giró hacia él. Si en algún momento Alan y él le habían resultado parecidos, ahora no lo tenía tan claro.

El eco del tiroteo del *hall* se escuchaba desde casi cada rincón de los pasadizos y los ruidos de pisadas en los pisos superiores eran cada vez más numerosos. Estaban movilizándolo a todos los guardias para que defendieran la farmacéutica hasta que los técnicos consiguiesen escapar. El grupo caminaba pegados unos a otros, excepto Alan y Josh, que iban más distanciados. Elena se giró hacia Erik, que avanzaba con la vista clavada en el suelo, mirándola de vez en cuando, con una sonrisa apagada.

—Erik, lamento lo de antes. Siento no haber detenido la situación a tiempo. Lo siento.

—No tienes que disculparte porque tu novio sea un cretino.

—¿Qué? Bueno, tú también lo has atacado. No tenías que haber sido tan borde, le hiciste daño usándome a mí como lanza de batalla.

—Está bien, perdona.

—A mí no. A quien le debes una disculpa es a Alan.

—Ni en broma, olvídale.

—Tienes que pedirle perdón, lo has atacado de forma injustificada, sin que él te haya hecho nada.

—Sí, sí que lo... —musitó, en un hilo de voz—. Lo siento, es solo que... —empezó a decir el muchacho.

—Erik...

—Déjalo, da igual.

Ella lo miró, intentando encontrar las palabras que hicieran que su amigo no se sintiese mal, pero él recompuso la sonrisa traviesa que, intuitivo, estaba acostumbrado a usar en ese tipo de situaciones como escudo para protegerse.

—No, no da igual. Alan te ha herido y tienes todo el derecho del mundo a enfadarte.

El chico la miró con gesto burlón, enarcando una ceja.

—Sabes muy poco sobre hombres, Elena del bosque.

—¿Qué... Cómo que sé poco sobre hombres?

—Verás —la rodeó con un brazo—, desde el principio de los tiempos, nosotros arreglamos nuestros problemas así. Variamos el método a lo largo de los siglos, es verdad, pero siempre se reduce a lo mismo, ya sea con un mazo en la entrada de una cueva, a caballo y con una lanza, o un duelo de espadas al amanecer.

—¿Duelo de espadas al amanecer? Cielo santo, has perdido la cabeza —dijo, poniendo los ojos en blanco, suspirando.

—Puede ser, teniendo en cuenta dónde estamos ahora mismo, pero el caso es que siempre resolvemos las cosas así, con una demostración de fuerza.

—¿Fuerza? Pero si Alan ni siquiera te ha tocado.

—No siempre se usa la violencia, mi campestre damisela. Aunque tengo que

reconocer que tu novio, Albano el guaperas, ha introducido una variante que no había visto hasta ahora.

—¿Una variante?, ¿de qué estás hablando?

—Sí, una nueva modalidad. En su caso, su método es meterte la lengua hasta el fondo de la garganta para dejarme bien claro que eres suya.

—¿Qué estás diciendo? Yo no soy propiedad de nadie. —Bufó, molesta—. Y ¿qué.. qué has dicho de la garganta?

—Sí, ahora mismo debes tener su ADN hasta en el alma, a juzgar por lo que he tenido que presenciar. Además de lanzarme el mensaje claro y directo de que solo él es capaz de encenderte de esa manera.

—¿Qué demonios...? ¡Eres un grosero!

—¿Grosero, yo? Madre mía, tenía que haberlo grabado y venderlo como pornografía.

Elena arrugó la nariz, dispuesta a contestarle, cuando de repente las luces se apagaron y ella tropezó. Hubiese caído de frente si los brazos de Erik no la hubiesen rodeado como un sólido lazo para evitarlo. Ella se apoyó y se inclinó hacia él, para equilibrarse. Entonces su cuerpo decidió seguir su propio rumbo, haciendo que sus manos permaneciesen más segundos de los necesarios allí posadas, sintiendo su cálido aliento sobre su rostro. Una leve corriente aleteó por su piel, haciendo que se sintiese extrañamente cómoda. De repente la luz anaranjada volvió a encenderse y a torturar sus retinas. Elena parpadeó con fuerza y se cruzó con la mirada del detective, que se había girado para comprobar que ella estuviese bien. Al verlos abrazados, volvió a mirar al frente tras observarlos varios segundos.

Se desembarazó del abrazo y siguió caminando. Pocos minutos después, Alan lo hizo detenerse y se quedó observando el pasillo que tenían delante con el arma preparada, en tensión, y sus compañeros lo imitaron, yendo hacia él rápidamente. Fue entonces cuando todos oyeron un chasquido que reconocieron al instante, después de escucharlo en infinidad de ocasiones en las últimas horas. El seguro de un arma. Y siempre, siempre, iba acompañado de más. Elena miró hacia el detective, que le hizo una señal con la mano a Josh, haciendo la letra C con el pulgar y el índice. El policía tocó a Elena en el hombro, antes de echar a correr al lado de sus compañeros.

—Id al sector C, es el más seguro. Poneos a cubierto, rápido.

No lo tuvo que decir dos veces. Echaron a correr por el pasillo cuando oyeron los primeros disparos. Elena se giró y observó a Alan, viendo cómo su cuerpo se tensaba por completo y la expresión de su cara cambiaba al oír los primeros gritos y disparos de los guardias que llegaban desde todas partes para sumarse al primer grupo que ya estaba allí, observando los definidos músculos de su brazo moverse por el retroceso del arma. Siguió avanzando, con la voz del detective de fondo, dando órdenes en inglés. Erik llegó a su lado y tiró de ella para que corriera más rápido cuando el eco de los proyectiles

incrustándose en la pared se hizo más intenso y los gritos se incrementaron, junto con los alaridos. Se giró antes de cruzar una de las intersecciones, para ver qué ocurría en el otro lado del pasillo.

En ese instante vio a Josh lanzando varios botes de humo para crear confusión, y a Alan subiéndose la banda del cuello hasta los ojos. Parecía otro cuando estaba así, resguardado tras una columna, abriendo fuego de forma ininterrumpida, convertido en una máquina letal con un arma en la mano. Esa era su otra mitad, la más contundente y violenta, la amante del peligro. Recordó la escena del lapso y la forma en la que había disparado a través de ella en aquella sala, alcanzando objetivos sin detenerse, como un autómatas, y se estremeció. Estaba tan acostumbrada a ver solo su lado más tierno que se olvidaba a menudo de la otra mitad que lo componía. Y tenía que aceptar esa parte de él, le gustase o no. Pero al verlo así se le hacía difícil y tenía que convencerse de que el corazón de Alan seguía siendo puro, que no era un asesino. Tenía que creerlo, tenía que hacerlo.

Notó a Erik tirando de ella con fuerza y volvió a la frenética carrera, girando en varias intersecciones, hasta que llegaron a una sala. Al entrar vio a las chicas en el otro extremo, intentando alcanzar uno de los conductos de ventilación, buscando una salida, mientras ellos dos permanecían cerca de la puerta, con las armas preparadas, por si la situación se complicaba.

—Por aquí no hay salida —dijo Rebeca con voz preocupada—. El conducto está tapiado, estamos encerrados. Si las cosas se tuercen ahí fuera, estamos perdidos.

—No se torcerán —la alentó Elena en un intento de calmarse ella misma.

El tiroteo del pasillo no cesaba, oían disparos y gritos lejanos que llegaban desde allí. Elena se retorció las manos, nerviosa. Los impactos de bala eran estremecedores. Ahí fuera estaba Alan, y no sabía qué le estaría pasando. Tenía que salir, tenía que ayudarlo de alguna manera. Miró a los hermanos, analizando posibles estrategias si la situación se complicaba. Rebeca y Erik tenían experiencia con las armas, y podrían defender a Elba en caso de que ella decidiese salir ahí fuera con los demás. Pero no eran sigilosos andando por los pasillos. Ella estaba acostumbrada a orientarse rápidamente en cualquier espacio, como en el bosque, y a pasar desapercibida. Pero ellos no, y los guardias los detectarían enseguida. Estaba en una encrucijada y no sabía qué hacer.

Entonces oyeron unos pasos que se acercaban por el pasillo donde estaban ellos y contuvieron la respiración. En ese instante escucharon un quejido familiar y Elena abrió la puerta de inmediato, haciendo una señal a Erik para que la ayudara. Rocco estaba en el otro extremo del pasillo, tambaleándose, con heridas en la pierna y en un brazo. Entre los dos pudieron llevarlo a la sala para examinarle, cargando con aquel corpulento inglés como podían. Apenas habían cruzado el umbral, cuando Rebeca se abalanzó sobre él.

—¡Cielo santo, estás herido!

Él la miró con expresión de dolor. Elena lo hizo sentarse en una de las sillas y rompió su pantalón y su camiseta hasta las heridas, rogando para que no fuera nada grave. No tenía instrumental para atenderlo, y las condiciones eran de todo menos las idóneas para evitar una infección. Las estudió con detenimiento y respiró tranquila.

—Tienen orificio de entrada y salida, eso es bueno. Aprieta aquí, Rebeca. Necesito coger unas cuantas cosas de la mochila. Te haré un vendaje de compresión para detener la hemorragia, te pondré desinfectante y algo para cerrar la herida, para evitar que se produzca una sepsis.

Los cuatro la miraron con las cejas alzadas ante la seguridad que desprendía la chica. Gracias a los días que había pasado en el sótano con Alan, era casi una experta en curas. Se acercó hasta las mochilas, buscando el material. Sonrió para sí al descubrir el botiquín que había llevado Alan del refugio. Tenía el sello inconfundible de Samuel. Había colocado las gasas y el desinfectante atados con un elástico ancho que podía ser usado para hacer un torniquete. Cogió el pequeño kit y se acercó hasta ellos, comenzando con la labor, ayudada por Rebeca, que no dejó de acariciar al paciente mientras lo miraba con preocupación. Elena alzó la vista unos segundos hacia ellos, contemplando cómo se miraban el uno al otro, como si estuviesen destinados a encontrarse, y siguió trabajando con media sonrisa en el rostro.

El amor encuentra siempre cómo abrirse paso, aunque sea en los lugares más espeluznantes.

Realizó una concienzuda cura al militar y le sonrió cuando acabó.

—Así debería ser suficiente.

—Vaya, gracias, está... perfecto.

Elena estiró la comisura de la boca y suspiró nerviosa.

—Rocco, ¿Sabes si él...?

—La situación es ahora mismo complicada. Son demasiados, y están llegando más. Se dirigen hacia algún lado, y nos los hemos encontrado de frente.

Erik y ella se miraron, leyéndose el pensamiento. El chico le hizo un gesto a sus hermanas y salió corriendo al pasillo, con el arma ya en la mano. Elena lo siguió, sin pararse a meditarlo mucho más, con la pistola preparada. Avanzó, pegándose a las paredes hasta la esquina del pasillo donde se producían los disparos, y llegó a la batalla. Se quedó sin aire, y una oleada de miedo la sacudió por completo. Era peor de lo que había imaginado.

Alan estaba delante del grupo, guarecido tras una columna a la que los proyectiles estaban haciendo añicos, con los hierros de la estructura ya al aire y con el rostro desencajado. Buscó a Erik y lo encontró agazapado, disparando tras una mesa de metal volcada que tenía ya varios impactos de bala. Josh y Ethan estaban tras dos columnas, recargando las armas. Ninguno de ellos se percató de su presencia, enzarzados como

estaban en aquel desigual enfrentamiento. Elena volvió a evaluar la situación. No iban a salir vivos de allí, los estaban acorralando y eran demasiados para ellos solos. Estaban en serio peligro.

Se ocultó tras una esquina para advertirles que debían iniciar la retirada cuanto antes, cuando lo vio. Dentro de uno de los conductos de ventilación, un guardia avanzaba sigiloso, reptando. Pudo verlo cuando pasó por dos orificios enrejados que había en el tubo. El hombre apoyó el cañón del arma en uno de esos huecos y apuntó. Elena siguió la trayectoria del blanco y sintió como toda su sangre se evaporaba de su cuerpo. El blanco era Alan. Sabían que él era el tirador principal y debían eliminarlo. El detective estaba tan centrado en el tiroteo que no se percató de la presencia del hombre. Tenía que intervenir, o lo matarían en unos segundos, delante de ella. Apuntó y disparó varias veces contra el conducto, haciendo que se rompiera. El guardia cayó casi a los pies del detective, que le apuntó y disparó, tras mirarle durante un escaso segundo, desconcertado. Miró hacia todos lados, desesperado, hasta que la vio. Elena no entendió la expresión de pánico que puso el detective hasta que ella misma se percató de su error. Había desvelado su posición al abrir fuego, saliendo varios centímetros de la esquina donde estaba resguardada. Justo entonces los oyó gritar.

—¡Está ahí! ¡Es ella!

Empezaron a entrar más guardias por las diferentes puertas que existían en el pasillo.

—¡Salid de aquí! ¡Retirada! —gritó Alan.

Todos empezaron a correr por los pasillos hacia la sala, para avisar a los demás. Elena salió casi volando de allí, con sus pies apenas tocando el suelo. Se dio la vuelta buscando a Alan, pero solo vio a Josh y a Ethan. Se detuvo y comenzó a retroceder cuando Erik la agarró del brazo, tirando de ella hacia adelante. Se giró varias veces hacia atrás mientras corría, pero no había rastro de él. El ruido de disparos continuaba a lo lejos, y se temió lo peor. Dio un tirón a su amigo y salió veloz hacia atrás, a buscarlo. Quizá lo habían capturado, o necesitaba su ayuda. Avanzó de forma desesperada, sin verlo por ninguna parte. Seguía oyendo los proyectiles silbando por los pasadizos. A lo mejor lo habían acorralado. Siguió corriendo, con el corazón martilleándole el pecho. Notó la mano de Erik cerrándose sobre su brazo, con expresión severa.

—¡Vamos!

—¡No, él está allí!

Él volvió a tirar de ella con fuerza, mientras la chica intentaba librarse, desesperada. Logró hacerlo y salió corriendo hacia el pasillo donde habían estado antes. Vio los fogonazos de los disparos y escuchó los gritos del detective. Solo unos metros más y llegaría. Y allí estaba, con dos armas en las manos esa vez, disparando sin cesar a un grupo de guardias, moviéndose en círculos. Fue a colocarse a su lado para empezar a abrir fuego también, cuando un golpe la detuvo. Era Erik otra vez. La agarró del brazo

con mucha fuerza, de forma casi violenta. Alan la miró un solo segundo antes de que el chico la arrastrara introduciéndose en uno de los pasillos, tirando de ella casi con violencia. Le chilló por encima del estruendo de los proyectiles.

—¡Suéltame, Erik! ¡Suéltame, tengo que ayudarlo!

—¡Él vendrá! ¡Salgamos de aquí!

El chico siguió halando de ella, casi empujándola. El brazo de Elena ya tenía una magulladura roja por la presión. Seguían oyendo los disparos y los gritos que llegaban desde allí. Reconoció los de Alan entre aquel estruendo, y los recuerdos de los alaridos de la noche en la que casi acaban con él en el hotel la golpearon como un mazo en el pecho. Volvía a suceder, y volvía a dejarlo solo. Empezó a sollozar mientras su amigo tiraba de ella por los pasillos, sintiendo que estaba traicionando a su chico y que quizá no saliese con vida de allí. Entraron en la estancia donde estaban los demás y, cuando apenas habían cruzado el umbral, le dio un manotazo en el brazo, espetándole furiosa:

—¡Él está aún ahí fuera! ¡Tenemos que volver o lo matarán!

—Elena, no puedes salir o nos pondrás en peligro a todos.

—¡Has sido tú el que me ha arrastrado hasta aquí, Erik! ¿Por qué lo has hecho?, ¿por qué no me has dejado allí para ayudarlo?

—Es el jefe de equipo, y ha ordenado retirada. No podemos dar vuelta atrás. Se habrá quedado para despistarlos y que no nos encuentren. Volverá cuando crea que estamos a salvo. No podemos movernos de aquí.

—¿Qué...? ¡Está en peligro y lo he dejado solo por tu culpa!

—No, te equivocas. Él volverá, ya lo verás.

—Y ¿si no lo hace porque necesita ayuda? —Lo miró con rabia—. Claro, a ti te da igual lo que le pase porque lo detestas. Y si le pasa algo ahí fuera, mejor para ti, ¿no? —dijo, y se arrepintió por la crueldad del comentario—. No tenías derecho a alejarme de él. ¿Por qué lo has hecho?

—No puedes ponernos a todos en peligro a todos para salvarlo a él —le contestó con expresión torturada.

Ella exhaló y retrocedió, con la ira llameando en la punta de sus dedos. Josh se acercó hasta ellos para intervenir.

—Elena, Erik tiene razón. Alan se ha quedado porque tiene que asegurarse de que los guardias no nos encuentren. No podemos ir a buscarlo, sois cuatro civiles con escasa experiencia en armas. Somos un grupo demasiado numeroso, y mis compañeros y yo no podemos garantizaros la seguridad al cien por cien. Si sufrimos una emboscada ahí fuera, moriréis acribillados, y él lo sabe, por eso se ha quedado para despistarlos.

Ella asintió lentamente, dándose cuenta de la situación.

—Pero está solo, Josh, puede ocurrirle algo...

—No le ocurrirá nada. Además, debe buscar una salida segura, no podemos

permanecer aquí mucho más tiempo. No es seguro. Así que debemos esperarle aquí hasta que vuelva o Ethan dé la orden para que nos pongamos en marcha otra vez.

—¿Ethan?

—Es el segundo al mando, en caso de que Alan no vuel... no esté, él será el encargado de dirigir al grupo.

Ella bajó la vista, asintiendo, tragándose las lágrimas que iban a desbordarla de un momento a otro. No podía dejarlo a su suerte, otra vez no. Los demás la miraron con expresión preocupada y volvieron a donde estaban antes. Josh fue hacia donde estaba Elba, apoyando una mano en el hombro de la chica.

—Volverá, Elena, no te preocupes.

Ella lo miró, pero no tuvo ánimos para asentir ni hacer ningún gesto que no fuera descender la vista al suelo. Sintió cómo el policía se alejaba y notó la presencia de Erik a su lado.

—Lo siento, Elena.

—Siento haberte gritado, Erik. Es solo que...

—Lo sé, estás preocupada por él. —Suspiró—. Ya lo sé. Tranquila, vendrá, ¿de acuerdo? Estaré por aquí si... me necesitas.

Ella esbozó una mueca de asentimiento y fue hacia el centro de aquella sala, sentándose en una de las sillas giratorias, frente a la puerta, y miró a su alrededor, observando a los demás. En todos los rostros leyó preocupación. Flexionó sus rodillas y las pegó al cuerpo. Lo esperaría todo el tiempo que hiciese falta.

En la otra parte de la sala, Elba observaba el rostro de la joven. Estaba angustiada y le dolió verla así. Le había tomado mucho cariño a esa misteriosa chica del bosque, y sabía que ahora estaba sufriendo. Gracias a ella su hermano seguía con vida, y ellas también.

—Voy a hablar con ella, Josh. Está muy nerviosa.

—Sí, ve a tranquilizarla, lo debe estar pasando bastante mal.

Se levantó y se acercó hasta la chica, suspirando. Elena se mordía las uñas. Cuando la vio acercarse, resopló, a modo de saludo.

—¿Cómo estás?

—Mal, no sé dónde puede estar ahora mismo, ni si estará herido, o...

—Volverá, ¿de acuerdo? Si ha logrado encontrarte en este laberinto, lo hará otra vez. Josh me ha dicho que tiene bastante experiencia en situaciones complicadas y sería raro que no pudiera con esto también.

—Lo sé, Elba, es solo que...

—La incertidumbre mata, sí, es verdad. —Elena la miró, asintiendo lentamente— Cuando se llevaron a Erik por el otro túnel, antes de que nos encontraras, creí que iba a morirme, de verdad. No saber dónde estaba ni lo que estaría ocurriendo es lo peor que puede sentir alguien. Por un momento me llegué a plantear seriamente que mi hermano

no sobreviviría y que no llegaríamos a tiempo para salvarlo. Pero, por fortuna, te encontramos a ti.

—Y yo a vosotras. No habría sobrevivido a todo esto yo sola.

—Sí, sí que lo hubieses hecho, estoy convencida. —Inspiró—. Lo sé porque eres una superviviente. Si has logrado sobrevivir hasta ahora, no habrá nada que pueda pararte. Así que... tranquila. Sus compañeros están convencidos de que volverá, no le pasará nada, ya lo verás. Han estado con él en este tipo de trances otras veces. Si él no vuelve, Josh irá a por él, no lo dejará solo.

—Quiero creerlo, Elba. Quiero hacerlo, pero... —miró hacia la puerta—, pero es que no lo entiendes. No puedo... No puedo dejarlo otra vez. Cuando le atacaron en el hotel lo dejé solo, después lo abandoné en el refugio, y ahora esto...

—Pero ahora no le has abandonado, ¿vale? Has hecho lo único que podías hacer. —Se miraron y ella apoyó su mano en sus mejillas, dándole ánimos—. Volverá a por ti, ya lo verás.

Elena desvió la vista, mordiéndose el labio. Elba le dio un beso en la mejilla.

—Volverá, Elena. Lo hará —susurró.

—Ojalá lo haga, porque si no, yo... —suspiró—, no sé qué voy a hacer.

—Irás a buscarlo y nada te detendrá.

Elena le sonrió, y la joven le guiñó un ojo antes de alejarse con un gesto de la mano y mirarla con detenimiento, con un pensamiento rondando en su mente.

«Algo me dice que los astros te deparan un papel fundamental en toda esta historia, Elena, pero desconozco cuál. Lo supe desde que te vi en los pasadizos».

Varias plantas por debajo de donde estaban ellos, Ignacio Corso observaba las pantallas junto a uno de sus hombres. Vio la secuencia en la que el detective abatía al último de los guardias que habían enviado para acabar con ellos, y dio un puñetazo en la mesa. Ese maldito inglés era algo más que un estorbo a esas alturas, y ya no tenía tiempo ni paciencia para aguantar más el desafío. Uno de los guardias estudiaba las pantallas con detenimiento, y sus gruesas y tatuadas manos se movían rápidas por los teclados que había instalados en esa sala, buscando al grupo de Elena, hasta que los localizó en el sector C.

—Jefe, ¿mandamos a otro grupo a por los demás?

—No, quiero ver qué planean. Es obvio que van a centrarse en buscar una salida, y ahí será cuando atraparemos al inglés y haremos que ella se entregue.

—Pero... ¿y si escapan antes?

—No lo harán, no hay salidas en el edificio, están todas bloqueadas. Pueden pasarse toda la vida buscándolas, pero no las encontrarán. No tendrán más remedio que salir por la entrada del *hall*, y allí los mataremos a todos. Excepto a ella, claro. Y al inglés. De ese indeseable me ocuparé yo personalmente.

El inspector siguió observando las pantallas, torciendo el gesto, pensativo.

—Dile a Estévez y a Guzmán que vengan conmigo, voy a acabar con esto de una vez.

—Pero Davies dijo... —El hombre se encogió en la silla ante la mirada del policía—

Nada, no dijo nada.

—Exacto. Nada.

Corso salió de aquella sala, resuelto a acabar con el detective. Si ese miserable encontraba la salida antes de que él pudiese dar con Elena y llevar a cabo su plan, ella jamás sería suya. Se imaginó a ese despreciable de Wood llevándosela a Inglaterra, lejos de él, y algo le subió por el estómago. No podía perderla. No podía hacerlo. Era ella c
nada.

Mientras tanto, Elena seguía dibujando estrellas invisibles sobre la tela de sus vaqueros. Exhaló, desesperada. La espera la estaba consumiendo. Miró a su alrededor dándose por vencida. Tenía que buscar una distracción, o terminaría volviéndose loca. Rocco, Rebeca y Erik charlaban en voz baja en una esquina, sentados en unas butacas. Josh y Elba se miraban en silencio, apoyados en la pared, cerca de un dispensador de agua. Elena se fijó en ellos, dándose cuenta de la burbuja que estaban creando a su alrededor, como si no existiese nadie más en el planeta aparte de ellos dos.

Ethan estaba apartado en una esquina, con el mapa que habían cogido de la sala de los guardias ella y las chicas cuando se internaron en el edificio. Parecía profundamente concentrado. En ese momento, levantó la vista hacia la puerta, frunció el ceño y luego la miró a ella. Elena le sonrió levemente y decidió acercarse. Era el único con el que no había hablado hasta ahora, pero, por la forma en la que lo trataba Alan, supo que lo apreciaba. Era a él al que llamaba cuando había que hacer planes, y el detective lo había dejado al mando la vez anterior. Confiaba en él lo suficiente como para hacerle responsable de la vida de todos allí dentro. Tenía el pelo y los ojos oscuros, como Alan, y una mirada limpia. Llegó hasta él y le señaló el mapa.

—¿Puedo ayudarte?

—No, no te preocupes. Estoy revisando el itinerario que trazamos Alan y yo, para ver si puedo hacer alguna variación.

—¿Alguna variación?

—Sí. Hay dos puntos conflictivos que él quería evitar, pero no sabía cómo, y yo tampoco he dado con la solución. No son muy peligrosos, pero si sufrimos una emboscada en ese sitio, la retirada y la huida serán complicadas.

El joven desplegó el mapa frente a ella, y Elena pudo ver todas las posibles vías de escape que había trazado Alan sobre el plano que ella le había dado. Habría más de cincuenta, y la mayoría descartadas después.

—Todas están tachadas, Ethan. ¿Por qué?

—Porque ninguna es completamente segura.

—¿Ninguna?

—No. Somos demasiados, muy vulnerables, y Alan lo sabe —dijo, en voz muy baja— Estuvo a punto de hallar la solución antes, trazando un itinerario casi seguro, pero los guardias podrían hacernos una emboscada aquí —señaló un punto con el dedo— y no podríamos huir, hay demasiadas escaleras.

Elena volvió a mirar el mapa. Eso es lo que había estado haciendo Alan en la otra sala

dejándose la piel buscando una salida para todos mientras ella charlaba con Erik tranquilamente. Le exasperaba que se guardase todas esas cosas, que no compartiese con ella sus preocupaciones. Como los golpes que recibió antes de la explosión en el bosque. Si no llega a ser por el joven bombero, tampoco se habría enterado de que lo habían atacado también. Y quizá tampoco de que le habían puesto una bomba en el coche si no hubiese escuchado el estallido. ¿Cuántas cosas más se estaría guardando? Probablemente esperaba a salir de allí para desvelarle más datos de su vida y conocerse mejor. Habían podido charlar bastante aquella noche en el hotel, pero a ella le dio la impresión de que el detective se estaba dejando cosas en el tintero, piezas fundamentales que aún guardaba con celo. Elena descendió la vista, así que Ethan decidió cambiar de tema para tranquilizarla.

—Alan me contó que te gusta pintar. Hemos visto la cueva de las estrellas que hiciste en Sandara. Es increíble, te quedó realmente bien.

La chica le sonrió, dándose cuenta de lo que pretendía hacer.

—Bueno, gracias, me alegra que te haya gustado. Supongo que ahogué mi frustración entre esos botes de pintura y esos pinceles.

—Cuando salgamos de aquí, te enseñaré a hacer fotos. Estoy convencido de que se te daría bien.

—Vaya, te lo agradezco. —Se quedó en silencio—. Antes era aficionada a la fotografía, tenía una cámara bastante buena, y me pasaba tardes enteras haciendo fotos y retocándolas, pero, en fin, con todo lo de la huida..., tuve que abandonar eso también.

—Lo lamento. Pero podrás retomarlos cuando salgamos de aquí. —La miró pensativo—. Recuerdo una foto que le hice a Alan en medio del desierto del Kalahari.

—¿Alan ha estado en África? —preguntó, fascinada—. Vaya, no lo sabía. Bueno, supongo que el hecho de que hayamos estado huyendo de un grupo de asesinos desde que nos conocimos no ayuda mucho a que salgan determinados temas de conversación.

Ethan la miró levantando una ceja, divertido.

—No, supongo que no. Pero bueno, tenéis todo el tiempo del mundo para conoceros. Os habéis encontrado, y eso es lo más importante.

—Eso espero —dijo, algo dubitativa.

Cada vez se preguntaba con más frecuencia si la relación con el detective funcionaría fuera de allí, ya que se estaban moviendo básicamente entre la supervivencia y la adrenalina. Quizá en un ambiente más sosegado empezasen a notarse más sus diferencias, y eso la inquietaba cada vez más. Ethan la miraba con curiosidad.

—Vaya, eres como Alan. Te abstraes totalmente en medio de una conversación y te cuesta aterrizar después.

—¿Qué? Oh, lo siento. Perdona —dijo, ruborizada—. Es uno de mis grandes defectos.

—No te preocupes, tu chico ya nos tiene acostumbrados. Pues, como te decía, fuimos

de viaje tras una campaña bastante demoledora, y estuvimos cerca de una semana en Botswana. En el desierto se alzan cuatro montañas con unas pinturas rupestres antiquísimas. Son los montes Tsodilo. Deberías decirle que te lleve a verlas, son fascinantes. Tengo una foto que le hice cuando estábamos allí, justo al atardecer, cuando el color rojo del ocaso se refleja en la piedra.

—Y ¿cómo es la foto?

—Alan está sentado en una piedra, con las rodillas flexionadas, mirando hacia el infinito. Ese día amenazaba tormenta, así que el cielo era de un profundo color violeta, creando un contraste muy fuerte. Esa imagen transmite calma y fuerza a la vez. La verdad es que me sentí muy orgulloso cuando la hice, porque capté el momento perfecto.

—Te entiendo. Para atrapar un momento no basta solo con fotografiarlo o pintarlo, tienes que capturar su alma. —se quedó callada unos segundos—. Y... ¿aún la tienes?

—La imprimí a tamaño póster y se la regalé. La tiene en la sala de estar de su casa. Ya la verás, es preciosa.

—Estoy convencida de que me encantará. ¿Y qué más recuerdas del viaje?

—La reserva natural del Okavango. Es una de las últimas reservas vírgenes que quedan en el planeta. Con cada estación el paisaje cambia por completo, y es tanta la riqueza natural que tiene que te harían falta décadas para hacerte una ligera idea de toda la belleza que encierra. Me gustaría volver allí, sentí que me había dejado un pedacito de mí mismo en aquel sitio.

—Te entiendo. Muchas veces creemos que solo las personas se llevan trozos de nosotros, pero los lugares también lo hacen—dijo ella, pensando en el bosque—. ¿Habéis viajado a otros lugares?

—Pues solo escapadas cortas, el único viaje largo fue ese. Antes de que viniese aquí, pensábamos viajar a la isla de Socotra, en Yemen. Ha estado aislada del resto del mundo, y tiene una diversidad biológica fascinante. Queríamos visitarla.

—Pues, como me has avisado con antelación, supongo que haré las maletas desde ahora. Aunque teniendo en cuenta que en realidad apenas tengo nada, iré con lo puesto.

—Ya te comprarás algo cuando lleguemos, no te preocupes —dijo, sonriendo.

—Olvidas que he vivido en un bosque, así que ahora mismo soy algo así como la máxima autoridad mundial en el diseño y confección de vestidos hechos de flores y setas.

—Cierto, tienes toda la razón —soltó una leve carcajada—. Bueno, tengo que seguir mirando los mapas para terminar de trazar una ruta viable.

—De acuerdo. Gracias por intentar tranquilizarme, Ethan. Me ha sorprendido bastante hablar contigo, eres una caja de sorpresas. —Lo miró con cariño—. Ahora entiendo por qué eres uno de sus mejores amigos.

—Me ha encantado charlar contigo también. Tenéis muchas cosas en común, Alan y tú.

— ¿Por qué lo dices?

— Él también se quedó huérfano a la misma edad que tú.

Elena se quedó atónita. Él no le había dicho que sus padres estuviesen muertos, y menos aún que se hubiesen quedado huérfanos a la misma edad.

— Sí, claro. Ya..., ya lo sabía — mintió.

— Sí, me imagino que ya te lo habrá contado. Fue muy duro para él también. — Le dedicó una sonrisa triste —. Siento mucho lo de tu padre, Elena.

— Gracias. Sé que lo sientes. — Bajó la cabeza, con tristeza, intentando detener las lágrimas.

— Algunas heridas tardan mucho en cicatrizar, pero lo hacen. Lo hacen, y poco a poco, aprendes a respirar otra vez.

— Gracias, Ethan.

El chico le sonrió levemente, y ella se alejó, respondiéndole con una sonrisa también. Estaba totalmente convencida de que iban a ser amigos una vez que saliesen de allí. Le recordaba a Samuel, era más de lo que parecía a simple vista. Se sentó otra vez frente a la puerta, sacó la pistola y la preparó. Siguió esperando al detective mientras pensaba en lo que le acababa de decir Ethan sobre él, y tuvo la creciente sensación de que era prácticamente un desconocido para ella.

«¿Podré llegarte a conocerte del todo alguna vez, Alan, o eres de los que se ocultan tras capas y capas bajo la superficie?».

El detective avanzaba por los pasillos escrutando, con todo su cuerpo alerta. Algo estaba pasando, aparte del asalto policial. Los guardias que protegían esa área del edificio parecían estar mejor entrenados que el resto que se habían encontrado, y eso solo podía significar que estaban protegiendo algo importante. Se les estaba acabando el tiempo. El hecho de que estuviesen destinando tantos guardias a los pasillos, pese al enfrentamiento del *hall*, implicaba que estaban buscando a Elena con desesperación.

Casi se le paró el corazón cuando la vio en aquel pasillo, en pleno tiroteo. Había vuelto a buscarlo y podían haberla atrapado. Estaba tan desesperada por protegerlo que siempre se olvidaba de su propia seguridad, como cuando fue al hotel de noche, arriesgándose a ser capturada, tan solo para asegurarse de que él estuviese bien, o cuando volvió para darle información, cumpliendo su palabra. Una de esas veces casi lo paga con su vida, de hecho. Resopló angustiado ante la idea de que pudiesen atraparla.

Llegó hasta el sector C, y estuvo buscando al grupo sala por sala, intentando ser lo más sigiloso posible. Cuando abrió la quinta puerta, la imagen de Elena sobre una silla frente a la entrada con el rostro lleno de preocupación le impactó de lleno y se quedó sin aire. Lo había estado esperando. Echó un vistazo por encima de ella y vio a los demás al fondo de la sala. Le dedicaron una mirada de alivio tan evidente que el detective suspiró. Ella se levantó de la silla como un resorte, aproximándose hasta él con una sonrisa, pero

algo en la mirada del detective la hizo detenerse. Él saludó brevemente a los hermanos y miró a sus compañeros, que leyeron la expresión grave en su rostro. Sabían que la situación estaba a punto de desbordarse, y que no podían seguir en el edificio.

—Tengo que reunirme con vosotros. Esperadme, vengo enseguida.

Se acercó hasta Elena, que lo miraba confundida, y la tomó de la mano, llevándosela a una sala anexa. Entraron en aquella pequeña estancia, que parecía un pequeño almacén de útiles de oficina, y él cerró la puerta con brusquedad.

—¿Qué... qué te ocurre, Alan? —preguntó ella, apoyándose en la pared, con los brazos cruzados.

—¿Que qué me ocurre? ¿Por qué demonios has salido? Podían haberte matado.

—Erik salió y...

La joven se arrepintió al segundo de haber dicho eso. Alan crispó el rostro y frunció el ceño, apretando la mandíbula.

—Ah, claro, cómo no, debí imaginármelo. Te has puesto en grave peligro, arriesgándote a ser capturada, solo porque Erik salió.

—Pero ¿qué estás diciendo? Solo intentaba...

—¿Intentabas qué? ¿Que te mataran? Porque casi lo consigues —cortó él.

—Si no hubiese salido, a ti te habrían matado. Y volví a buscarte cuando vi que no nos seguías. ¿Es que eso no significa nada para ti?

—Claro que significa algo. Significa que has desobedecido la orden de retirada que di. Has hecho volver a Erik a por ti, poniéndolo en peligro también. Cuando ordeno retirada es retirada, Elena, no puedes desobedecer las órdenes del jefe de equipo cuando te venga en gana, maldita sea.

—Creí que necesitabas ayuda.

—¿Necesitar tu ayuda?, ¿me lo dices en serio? —soltó una carcajada seca que golpeó el ego de la joven—. ¿Crees de verdad que necesito que me ayudes? Pero ¿sabes a cuántos guardias hemos tenido que abatir hasta encontrarte?, ¿sabes cuántas veces hemos estado a punto de que nos matasen mientras te buscábamos? Si te hubiesen capturado, mis compañeros habrían arriesgado su vida para nada.

—Lo lamento, creía que...

—Me da igual que lo laments. No tienes ni idea por lo que hemos pasado para llegar hasta aquí.

Ella lo miró con rabia, alzando el rostro.

—No, Alan, no sé por todo lo que has pasado porque nunca me cuentas nada. Apenas sé nada de ti, en realidad, y empiezo a pensar que no te conozco en absoluto.

Él la miró sorprendido, retrocediendo dos pasos, casi chocando contra la pared. No esperaba aquel reproche, y lo peor era que tenía razón. Sabía que en algún momento tendría que derribar el muro que había construido a su alrededor para dejar que ella

entrarse. Hablarle de Diana, de las pesadillas y de la soledad que lo ahogaba cuando no estaba a su lado. Pero, una vez más, su boca decidió seguir su propio camino.

—Está bien. ¿Qué quieres saber, Elena? ¿Mi horóscopo? ¿Mi comida preferida? Preguntando, preguntando de una vez, vamos, no seas tímida. Tenemos todo el tiempo del mundo, tranquila, no hay prisa —dijo con sorna.

Ella le dedicó una mirada cargada de furia y negó con la cabeza.

—Olvidalo. Siento haber retrocedido por el pasillo, no volverá a ocurrir.

—Eso espero, porque estamos en peligro y no tengo tiempo ni ganas de estar arreglando todos los desastres que creas a tu alrededor, así que deja de crear problemas, porque desde que te conozco mi vida es un maldito caos.

—¿Un caos? ¿Eso soy para ti?

—Sí, Elena. No haces otra cosa que llevarme al límite una y otra vez, sin descanso. Y ya estoy más que harto de que no hagas otra cosa que pensar en ti misma siempre.

—¿Pensar en mí misma? Pero ¿qué estás diciendo?

—Solo actúas siguiendo tus planes, sin importarte a quién le haces daño, y ¿sabes por qué? Porque en tu mundo solo existes tú y nadie más, por eso. Te da igual todo, mientras tú consigas lo que te propones. No te preocupa lo más mínimo los efectos que tus decisiones provocan en la vida de los demás.

La joven inspiró con fuerza, clavándose las uñas en la palma de la mano, con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

«El abandono del refugio. La conversación que estábamos evitando ya está aquí. La tempestad ha llegado y lo va a devastar todo», pensó, horrorizada.

—Creí que así te mantenía a salvo.

—¿Pretendes ahora que crea que lo hiciste por mi bien? ¡Me abandonaste, Elena! ¡Me abandonaste, maldita sea! ¡No te importó dejarme en aquella montaña, imaginándome todas las atrocidades que te estarían haciendo en los laboratorios para mantener tu conciencia limpia mientras la mía se hundía en un pozo de desesperación!

La joven se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, incapaz de frenar el torrente que se empezaba a deslizar por sus mejillas.

—¿Mantener mi conciencia limpia?, ¿cómo te crees que me sentí cuando te vi en casa de Samuel medio muerto? Estuve contando cada latido, cada respiración, cada leve movimiento que hacías con los dedos, temiendo que cualquiera pudiese ser el último. No sabes cómo fueron esos días. —Resopló, entre lágrimas—. Te vi agonizar durante horas, Alan. Lamento haberte dejado allí aquella noche, pero lo hice creyendo que así te salvaba.

—No sabes cómo me sentí esa noche, Elena. No lo sabes, y no puedes llegar a imaginártelo siquiera.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes?

—Sí, lo siento. Cometí un enorme error por las razones equivocadas, pero no puedo retroceder en el tiempo, no puedo hacerlo, así que solo me queda pedirte disculpas por el daño que te hice y esperar que algún día me perdones. Yo... yo solo quería protegerte.

Él la miró mientras escuchaba la disculpa que había querido oírle decir desde aquella noche. Pero ahora que la había escuchado, no sentía el alivio que se suponía debía sentir en ese momento. Solo podía ver las lágrimas de Elena y la desesperación en su voz, y se hundió al darse cuenta del daño que le estaba haciendo. La había llevado al límite y ahora estaba frente a él, rompiéndose en pedazos. Ella también había sufrido con la huida, no solo él. ¿Cómo había podido estar tan ciego para no verlo? Ella había salido destrozada de aquel refugio. La imagen de la chica abandonando Sandara bañada en lágrimas se aposentó en su memoria como si ese recuerdo lo hubiese vivido. Se dio la vuelta, agarró el pomo de la puerta y salió dando un portazo, odiándose a sí mismo por haber sido tan egoísta como para empujarla a ese extremo.

Sin embargo, al otro lado de la puerta, Elena solo escuchó el portazo que les marcaba que estaban en la línea roja. Se apoyó en la pared y siguió llorando desconsolada, hasta que unos leves toques en la puerta la hicieron girarse. Era Erik, que entró de forma silenciosa, observándola. Había adivinado lo que ocurría allí e iba a interesarse por ella. La miró con expresión triste al verla así. Se acercó y ella se refugió en sus brazos sintiendo que era una náufraga en medio de una tempestad.

—Me detesta, Erik.

—No lo creo. Creo que siente de todo por ti, menos eso, hazme caso.

La joven iba a contestar, pero no le salió la voz, y se quedó abrazada a su nuevo amigo. Era la segunda vez que la consolaba en poco tiempo, y temió que eso se transformara en una costumbre. Sintió cómo él le acariciaba el pelo, suavemente, y una oleada de tranquilidad la invadió. Ese chico rubio y tatuado se estaba convirtiendo en su claro en el bosque allí dentro.

El detective resopló, nervioso, y llegó hasta donde estaban los demás, que lo esperaban impacientes.

—¿Dónde estabas, Alan? Estaba a punto de dar la orden para irnos —dijo Ethan.

—Tenía que despistar a esos guardias. No debisteis esperarme tanto tiempo aquí, no es seguro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Josh cruzándose de brazos y mirándolo con expresión grave.

—Se están reorganizando, han intensificado la búsqueda. Están protegiendo un sector en especial, pero desconozco la razón. Ethan, hay que trasladarse a la parte antigua, ahora mismo es la única segura.

—Sí, por supuesto. ¿Vendrás con nosotros?

—No, iré a buscar una salida, pero solo. Somos demasiados y es muy peligroso movernos por estos pasillos. Tengo la corazonada de que debe haber alguna salida por las plantas superiores. Tiene que existir algún punto de conexión con el exterior; alguna puerta de emergencia, algún conducto de ventilación, una trampilla... Algo, tiene que haber algo en este maldito sitio por el que podamos salir.

Sus amigos lo observaban inquietos. El nerviosismo del detective solo podía responder a la certeza de que el más grave peligro estaba cerca, y lo peor es que ellos también podían percibirlo.

—Sí, no te preocupes, los conduciré hasta allí.

—De acuerdo. Tened cuidado. —Miró hacia el pequeño almacén—. Y... cuidado de Elena, por favor.

—Tranquilo, lo haremos.

Alan se alejó de ellos, con la tensión alojada en sus hombros, y fue hasta la pequeña sala donde estaba Elena. Tenía que pedirle disculpas de inmediato y cruzar los dedos para que ella lo perdonase. Había sido cruel y no se lo merecía. ¿Por qué siempre le hacía daño? Se quedó mirando el pomo, incapaz de entrar.

«Eres un caos, Elena. Un hermoso y fascinante caos que me lleva al límite y me empuja a seguir hacia adelante. Eso es lo que eres para mí, y eso es lo que tenía que haberte dicho».

Posó la mano en el picaporte y empezó a girarlo, cuando la oyó sollozar y se quedó petrificado. Entonces escuchó la voz de Erik, pausada, repitiendo una y otra vez las mismas frases que se usan para consolar a cualquiera que tenga el corazón hecho pedazos en ese instante. Apartó la mano al instante, sintiendo que algo lo aplastaba contra el suelo. Recordó su rostro bañado en lágrimas y decidió dejarla tranquila. Tendrían tiempo de hablar después con calma, y él le pediría perdón de todas las formas posibles. Se giró hacia las chicas, haciéndoles un gesto con la cabeza de despedida, y desapareció por la puerta. Ellas se miraron confundidas y vieron a Ethan acercándose.

—¿Adónde ha ido Alan? —preguntó Elba.

—Ha ido a buscar una salida. ¿Podéis avisar a los demás? Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Rebeca asintió y fue hasta la pequeña sala. Al abrir, encontró a Elena secándose las lágrimas y a su hermano mirándola con expresión triste. Erik y ella siempre habían sido uña y carne, y sabía, con total certeza, que a su hermano esa misteriosa chica le atraía cada vez más. No le sorprendió, ya que eran parecidos, y la química entre ellos era evidente. Estaba segura de que el detective también se había dado cuenta de eso.

—He venido a buscaros porque nos ponemos en marcha, nos cambiamos de sala.

—De acuerdo, gracias.

Rebeca la miró y se aclaró la voz, hablando casi en susurros.

—Alan no está, tranquila, se ha ido.

La miró, creyendo que se encontraría con el rostro de alivio de la joven, tras la discusión que todos habían intuido que se había producido entre ellos, pero lo que encontró fue pánico en sus ojos.

—¿Cómo que se ha ido?!

—Sí, acaba de irse. Está buscando una salida para todos, pero se reunirá con nosotros en la otra sala. Debemos irnos inmediatamente, llevamos demasiado tiempo aquí y es peligroso.

Elena se llevó la mano a la boca, para controlar el sollozo ante el miedo que la atenazó. Estaba solo por esos pasadizos otra vez. Miró a los hermanos, que compusieron el mismo gesto de preocupación que ella, y salieron de allí. Ethan se acercó hasta ella con expresión afectuosa.

—Iré delante, así que puedes venir junto a mí si quieres, ¿de acuerdo? Los demás irán detrás, no te preocupes. —Le guiñó un ojo—. Necesito una ayudante.

Ella asintió. Ese chico cada vez le caía cada vez mejor. Quería mantenerla ocupada para que no pensara en Alan, y en el puesto delantero iba a estar algo más que ocupada, entre los guardias, vigilar el área por el que pasaban y al grupo. Lo miró y asintió con aplomo. Se miraron, infundiéndose ánimos, y partieron rumbo a la última sala, antes de la libertad. O eso esperaban.

Dos plantas más arriba, Alan seguía avanzando, recorriendo aquellos pasadizos sin encontrar nada que le pudiese servir para escapar, así que decidió seguir ascendiendo en medio de aquel laberinto endemoniado que parecía cerrarse más sobre sí mismo. Empezó a subir tramos y tramos de escaleras hasta que no hubo más plantas. Estaba en la cúspide del edificio, casi a oscuras. Era un lugar fantasmal. El impoluto suelo de las plantas de abajo contrastaba con el de esa planta, que estaba llena de polvo y olía tanto a cerrado que le recordó al olor de los pasadizos del bunker. Se preguntó qué sentido tendría construir una planta entera para terminar abandonándola de esa forma. ¿Qué tenían planeado hacer con ella?

Miró las salas a los lados, acristaladas, pero sin las camillas. Eran más salas de experimentación. Siguió caminando, abriendo más puertas, y se encontró con varias estancias similares a enormes congeladores. Entró en una por curiosidad y retrocedió. No eran congeladores, eran morgues. A los lados, había enormes estanterías de acero retráctiles, como las que se usaban en los institutos forenses. Pensaban congelar cuerpos, pero no lograba comprender el porqué. Se imaginó esas salas llenas de cuerpos inertes de chicas y se estremeció. Aquellos psicópatas no tenían límites de ningún tipo.

Salió de allí y fue palpando las paredes hasta que su vista se acostumbró a la penumbra. La imagen de aquellas salas aún se repetía en su cabeza, sin lograr comprender para qué querían conservar los cadáveres de los jóvenes a los que

asesinaban. Era de sentido común deshacerse de los cuerpos cuanto antes, más que conservarlos. Exploró cada pasillo, cada intersección, cada sala de ese último piso, sin resultados. Estaban atrapados allí dentro, y se les había acabado el tiempo. Había un reloj dentro de su cabeza que no cesaba de recordárselo.

Enfiló hacia la primera intersección que había tomado, cuando distinguió a alguien por el pasillo en el que se encontraba. Alguien que hizo que su corazón se detuviese al instante y sus puños se cerraran. Corso venía por el otro extremo, caminando despacio hacia él, con su perenne sonrisa macabra y su mirada de asesino. Era lo último que le faltaba en aquel momento, a ese demente persiguiéndolo mientras estaba desesperado buscando una salida. Se quedaron casi frente a frente, y la respiración del detective se volvió densa. Ese miserable había conseguido que saliera lo peor de sí mismo.

Corrió por el pasillo, dispuesto a terminar con él, cuando notó unos brazos por detrás inmovilizándolo con fuerza, casi arrancándole la piel. Como no. No había venido solo, ese hombre no sabía lo que era un combate limpio. Alan se impulsó con las piernas hacia arriba, trazando una voltereta sobre el cuerpo del guardia que le apresaba desde atrás, y en apenas un segundo se colocó a su espalda, girándole el brazo y disparándole con su propia arma. El hombre cayó desplomado. En ese momento sintió a alguien abalanzándose sobre él por el lado derecho, tirándolo al suelo. Era otro guardia, que empezó a descargarle puñetazos en la cara mientras él se defendía. Tumbado como estaba, vio a Corso a apenas tres metros de él, sacando su arma para dispararle. Se impulsó y golpeó al que tenía encima en la nariz, oyendo el crujido del hueso rompiéndose. El tipo trastabilló, y él le disparó sin vacilar. Ahora ya solo quedaba el inspector. Se incorporó, limpiándose la sangre, y se giró hacia Corso, que observaba los cadáveres de sus hombres haciendo crujir los nudillos.

—Se acabaron los juegos, Wood. Voy a acabar contigo de una maldita vez.

—Y como siempre, Corso, no lo conseguirás.

Se miraron desde la distancia, siendo conscientes de que uno de los dos no iba a sobrevivir a ese último enfrentamiento. Alan apretó la mandíbula y corrió a por él como si no existiese nada más que ese instante, sintiendo que su misión en la vida, su destino, pasaba por acabar con ese despreciable policía. El inspector lo miró con desdén y huyó, girándose para dispararle varias veces sin llegar a alcanzarlo. La persecución fue subiendo de velocidad, y el detective apenas sentía sus pies sobre el suelo. Jamás había corrido tanto. La adrenalina que tenía acumulada en el cuerpo lo impulsaba como si de una potente ventisca se tratase. Corrieron uno tras otro hasta que llegaron a una zona del edificio en obras. Corso bajó por unas escaleras metálicas que parecían enganchadas solo con alambres, compuso una sonrisa torcida y le hizo un gesto con las manos, vocalizando despacio.

—Atrápame si puedes.

El detective esprintó tras él a toda velocidad para alcanzarlo, cegado por la ira contra aquel hombre. Tenía que atraparlo, solo le importaba eso. Apenas saltó dos escalones y aterrizó en el suelo, casi volando, con la furia y la rabia como único motor, hasta que el inspector alcanzó una pasarela de cristal, a unos diez metros de altura, que conectaba las dos partes del edificio. Se abalanzó sobre él, pero el policía hizo un giro inesperado, provocando que el cuerpo del detective golpeará el pasamanos de cristal de la pasarela, sembrando de cristales el suelo, y se quedó colgando, aferrándose como podía a los hierros y a los trozos de vidrio que no se habían roto por el impacto. Consiguió apoyar la palma de las manos y miró hacia abajo. Una caída desde allí lo mataría, estaba seguro. Corso se fue acercando hasta él, despacio, con expresión de triunfo, y le pisó las manos, provocando que los cortes fueran más profundos. Alan gritó y el inspector lo encañonó, agachándose a su altura.

—Como ya sabrás a estas alturas, antes te mentí. —Se carcajeó—. Solo por ver tu cara valió la pena. Pero ahora te digo la verdad: No vais a salir vivos de aquí. Sabemos exactamente dónde estáis y simplemente vamos a esperar el momento oportuno para capturaros. Excepto a ti, que ya estarás muerto.

—Voy a matarte yo antes, juro que lo haré.

—No, Wood, no lo harás, porque yo acabaré contigo primero. —Se acercó a su cara presionándolo con su peso, cortándole las manos, mientras el detective resoplaba por el dolor—. Y ¿sabes por qué? Voy a matarte, maldito inglés, por tocar lo que me pertenece.

—¿Qué? —Una bola se hizo en el estómago del detective, temiendo la respuesta.

—No volverás a poner tus sucias manos encima de Elena porque es mía. ¿Lo entiendes? Y por eso voy a cortártelas cuando te mate.

Alan se quedó sin aire al comprenderlo todo de golpe. Por eso ese indeseable quería capturarla, no porque Somoza se lo hubiese encargado o para dársela a Davies para los experimentos. Quería a la chica solo para él, por eso había intentado asesinarlo tantas veces. No porque él le hubiese desafiado, o porque intentara llegar al fondo de todo el oscuro asunto de los laboratorios, no. Era algo más simple. Algo más simple, pero infinitamente más poderoso. Quería matarlo porque él era el único hombre por el que Elena había mostrado verdadero interés. El único de todos los que había en el valle. Corso vio en él al único rival capaz de arrebatársela, y por eso se obsesionó con matarle de todas las formas posibles, bomba incluida. Por eso mandó a todo un grupo aquella noche al hotel, supo que estaban juntos y se imaginó lo que estaba ocurriendo allí.

—Ella... —Apretó los dientes, aguantando como podía para no caer—. Ella jamás será tuya porque eres un maldito bastardo.

El inspector torció el gesto.

—¿Te crees mejor que yo? Tus manos están tan manchadas de sangre como las mías. ¿A cuántos hombres has matado en toda tu vida? A decenas de ellos. Y ¿a cuántos

guardias has abatido desde que te metiste en este edificio? —Esbozó una sonrisa macabra—. No eres mejor que yo, Alan. Eres un vulgar asesino que necesita la adrenalina que produce disparar un arma para encontrarle un sentido a la vida. No somos tan diferentes.

—No, no soy como tú, Corso.

—Lo eres, pero no quieres admitir que tienes a una criatura deleznable viviendo en tu interior. ¿Crees que ella seguirá a tu lado cuando conozca al monstruo que vive dentro de la gente como nosotros? No lo hará, inglés. No lo hará porque le darás miedo.

Incluso en esa situación, uno de los mayores temores de Alan salió a la luz. Recordaba la cara de pánico de la joven durante el lapso, cuando abatió a todos aquellos guardias, y cuando eliminó a todos aquellos hombres en casa de Matilda. Estaba aterrorizada. Y la expresión de horror que había puesto cuando lo había visto en pleno enfrentamiento en los pasillos. La había observado temblar levemente mirándolo desde aquella esquina, antes de que Erik se la llevara de allí. Había leído el miedo en sus ojos, lo había hecho. Una parte de Elena le tenía miedo, tenía que admitirlo. Ese maldito valle lo había convertido en un maldito asesino, y ella temía que esa parte de él, la más violenta, fuera la real. Pero no lo era. No podía serlo. Era un adicto al peligro, sí, pero no a la violencia. Ojalá ella lo supiese ya a esas alturas, pero tenía sus serias dudas. Quizá Corso tenía razón, pero no le iba a dar ese placer.

—Ella... —cada vez le costaba más agarrarse a la pasarela— ya sabe cómo soy. Y ¿sabes qué? Sigue, y seguirá a mi lado, Corso. Con o sin monstruo.

—Pues cuando acabe contigo, inglés, le voy a presentar a la Bestia que vive aquí dentro. —Se carcajeó en un espasmo siniestro—. Me la llevaré a una de estas salas, pondré tu ensangrentado cadáver al lado y la obligaré a contemplarlo mientras la disfruto de todas las formas que me apetezca, porque llevo años soñando en cómo voy a hacerla mía. Voy a hacer que me recuerde, que me recuerde bien, y me beberé cada una de sus lágrimas mientras lo hago.

La cólera impulsó a Alan hacia adelante y se abalanzó sobre el inspector, estrellando su puño contra su mandíbula, haciendo que cayera al suelo. Se enredaron en una violenta pelea, hasta que el policía agarró una esquirla de cristal de la pasarela y se la clavó al detective en el brazo, que gritó y lo soltó, momento que aprovechó para zafarse y echar a correr. El británico salió tras él, arrancándose el trozo de cristal que tenía clavado en el brazo con un gruñido de dolor y lo tiró con furia al suelo. La herida le ardía, pero estaba demasiado centrado en que ese hombre no escapara como para ocuparse de nada más. Siguió corriendo hasta que llegó a una compuerta de seguridad. Si lograba cerrarla, jamás podría cogerlo. A aquel despreciable inspector se iba a escabullir, jamás pagaría por sus crímenes, y Elena nunca estaría a salvo. No podía fallarle, no podía dejarla a merced de ese hombre.

El policía alcanzó la puerta, tirando del pomo para cerrarla, y el detective pudo ver su infame sonrisa de triunfo al saberse a salvo. Gritó de rabia. Si ese hombre escapaba, ella jamás estaría a salvo. Tenía que acabar con él. Se detuvo, flexionando los brazos, apuntándolo, fijando el blanco, y disparó. Una sola vez. La bala salió del cañón del arma con una pequeña explosión, cruzando el aire, atravesando la distancia que le separaba de su objetivo. El proyectil voló a la velocidad de trescientos metros por segundo por toda la estancia, cortando el aire que se cruzaba en su recorrido, esquivando la puerta y alcanzando su objetivo. Corso cayó desplomado hacia atrás con un boquete en el torso. Se había acabado, el inspector estaba al fin muerto, y Elena un poco más a salvo.

Alan se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas, jadeando y limpiándose la sangre de la pelea con la manga de la camiseta. Se acercó hasta allí y se quedó observando el agujero donde había impactado la bala, y miró el cuerpo. Aún tenía una sonrisa torcida en el rostro. Ese hombre era el responsable directo e indirecto de tantas muertes. Tantas chicas habían muerto por su culpa, que al detective se le hizo un nudo en las entrañas. Y no solo ellas: Blasco, Teo, el sepulturero, los investigadores, las amigas de Elena, casi lo consigue con Lya... La lista era interminable. Incluso planeaba abusar de ella cuando la capturase. Se imaginó entonces todo lo que ese indeseable podría haber llegado a hacerle a la mujer a la que él amaba más que a su propia vida. Se imaginó cada uno de esos momentos, y el rostro de Elena empapado en lágrimas tras la discusión que habían mantenido se mezcló con las retorcidas imágenes que le regalaba su mente del inspector forzándola en alguna de aquellas salas. Una enorme ola de furia le subió por el estómago, arrasando todo su interior, pero no la detuvo. Inspiró, apuntó con su pistola y vació el cargador sobre el cuerpo de Corso, hasta la última bala, arrojando el arma contra la pared con violencia cuando se agotó, al tiempo que un potente alarido de rabia salía desde lo más profundo de su garganta.

Hacía más de dos horas que Elena y los demás estaban esperando en aquella nueva sala por el detective, sin tener noticias de él, y la inquietud empezaba a hacer mella en el grupo. La luz fluorescente empezaba a molestar a la chica en las retinas. Había pasado demasiado tiempo al lado de esa puerta, esperando. Necesitaba distraerse con algo o se volvería loca. Rocco se revisaba los vendajes de las piernas, y Rebeca estaba a su lado, mirándolo con abnegación. Decidió acercarse hasta ellos. Apenas conocía a ese musculoso hombre, pero le caía bien. Tenía una sonrisa afable y sincera y miraba a Rebeca con ternura, como si fuese la única mujer sobre la faz de la tierra.

—¿Cómo te encuentras, Rocco?

—Mejor, gracias a que tengo una enfermera increíble que cuida de mí —le dijo, señalando a Rebeca, que enrojeció. La aludida se levantó de su lado y se dirigió hasta Elba y Josh.

—Sí, sí que lo es. Tienes suerte.

—¿Cómo estaba lo de ahí fuera antes, por cierto? Te vi salir cuando llegué herido.

—Mal. Los estaban acorralando. —Se quedó unos segundos en silencio—. Estamos en un buen aprieto, ¿verdad?

El tatuado inglés abrió mucho los ojos y susurró:

—Sí, lo cierto es que sí. Se nos agota el tiempo, no hay salidas seguras, y Alan lo sabe. Si la farmacéutica se ve cercada, pueden hacer estallar el edificio entero con nosotros dentro, y eso lo está matando. —Ella asintió, también lo había pensado. Eran ratones en un laberinto que pronto ardería en llamas—. Pero estoy seguro de que Alan dará con una vía de escape para todos, tranquila. Si él no puede, nadie podrá hacerlo.

La chica se quedó en silencio unos instantes.

—Gracias por venir a rescatarme con los demás, por cierto. Jamás podré pagártelo.

—Alan nos necesitaba, y acudimos, como siempre. Y no tienes que agradecermelo, ya lo has hecho, en realidad —le dijo, mirando hacia Rebeca, que en ese momento se giró hacia ellos y les sonrió.

—Vaya, parece que has encontrado tu propia luz en este oscuro sitio.

—Nunca hay que dejar que la oscuridad nos envuelva, Elena. Si dejas que se interne en tu vida, no se irá, y quién sabe qué traerá con ella.

«Monstruos y bestias del bosque. Eso es lo único que encontrarás en la oscuridad» pensó ella.

Alan jadeó y se dio la vuelta, dejando atrás el cadáver de Corso, con la cólera aún llameando en la punta de sus dedos, resuelto a buscar una maldita salida de una vez por

todas. Empezó a correr, esquivando material para la construcción cada pocos metros. Desconocía que esa parte del edificio existiese, al no salir en los planos. Supuso que sería porque estaba en obras. Entonces se detuvo y observó bien todo a su alrededor. Las herramientas estaban casi nuevas y apenas había polvo. Era como si se hubiesen detenido hace poco tiempo. ¿Por qué lo harían? Un pensamiento lúgubre cruzó su cabeza y aceleró el paso, temiendo tener razón.

«Planeaban irse de aquí. Deben tener otra sede. Eso explicaría el parón en las obras y el estado de la última planta del edificio. A eso se debía su precipitación por experimentar con toda la población y esa desesperación por buscar a Elena. Van a marcharse de aquí, por eso blindaron el valle, para que nadie lo supiese y no pudiesen saber a dónde irán».

Recordó las bombas que habían puesto en el edificio, y la triste certeza de que iban a escaparse de allí dinamitando el valle entero se le apareció como una lúgubre realidad. Entonces le llegaron a la mente los planos del edificio. Había un tramo de azotea con una explanada desierta, sin torres de refrigeración, ni extractores ni... nada. Era un trozo donde no había absolutamente nada, y eso era muy extraño. Y ¿si pensaban fugarse por la azotea del edificio en helicóptero o algo parecido? Era una suposición cogida con pinzas, pero tenía cierto sentido con todo lo que estaba ocurriendo. Esa gente siempre siempre tenía un plan B. No se iban a dejar atrapar tan fácilmente por la policía. Estaba seguro de que tramaban algo.

La tensión abrazó cada uno de sus músculos y terminaciones nerviosas. Corrió casi una hora por aquel pasillo, examinando cada rendija y cada intersección, hasta que descubrió un conducto de ventilación, otro más. Apenas era perceptible entre tanta penumbra, pero allí estaba. Decidió que ya no tenía nada que perder y dio un salto, enganchándose a la rejilla, que cedió y cayó al suelo. Se subió y empezó a reptar por aquel estrecho tubo, convencido de que debía llevar a algún sitio. Pasó por varias salas de reuniones y de descanso ya vacías y polvorientas. Una tras otra. Aquello era inmenso y perdió la noción del tiempo. Se encontró una bifurcación y decidió ir por la izquierda, cuando una voz lo hizo tomar el otro conducto. Una voz que ya había escuchado antes, cuando investigaba los ataques de la Bestia. Era la voz de Davies, no tenía ninguna duda y hablaba con una mujer. Empezó a avanzar deprisa hasta el punto donde el sonido era más perceptible, y se mantuvo en silencio.

—Davies, hay que huir de aquí, no podemos arriesgarnos más. —La voz de la mujer tenía acento extranjero.

—No podemos irnos ahora, la tenemos casi localizada, Cerenka. Está en la parte antigua, y ahora solo debemos cercarla y atraparla.

Al detective se le heló la sangre. Los tenían localizados, Corso no había mentido.

—No está sola, y es impulsiva. Temo que, si se ve cercada, haga alguna estupidez y

adiós experimento.

—La atraparemos, no te preocupes. Mataremos a los demás, enviaré a tres grupos hacia allá cuando sea el momento. ¿Está todo listo?

—Aún no, faltan unos detalles importantes. La explosión de antes ha estropeado los aparatos, pero tengo a los técnicos trabajando en ello. Deberían estar listos en poco más de media hora.

—Está bien, esperaremos que todo esté preparado y enviaré a los guardias. Hay que atraparla antes de que la policía se nos eche encima. Vamos a llegar hasta el final con ella, Cerenka. Tenemos que explotar el maldito inconsciente de esa chica si hace falta. Hay que preparar las máquinas para mantenerla con vida de forma artificial si la cosa se tuerce. Es nuestra última oportunidad. Diles que enciendan los congeladores para cadáveres de la última planta. Quizá los necesitemos.

Alan dejó de respirar. Iban a matar a Elena y a los demás. Retrocedió y volvió a tomar el conducto de la izquierda, mientras su corazón golpeaba su pecho con contundencia con cada latido, retumbándole en las sienes. Reptó con más rapidez por aquel conducto que parecía un callejón sin salida. No veía nada allí dentro, cada vez era más oscuro y el calor estaba empezando a ahogarlo.

«Esto tiene que llegar a algún maldito sitio», pensó, con rabia.

Habían recorrido todos los pasadizos y todas las salidas estaban bloqueadas por guardias. La puerta del bunker estaba demasiado alejada desde donde se encontraban ellos en ese momento. Los atraparían si intentaban salir por allí. Y la entrada del edificio estaba ocupada por el combate entre la policía y los guardias. Estaban perdidos, y el tiempo se les había agotado. Iban a morir allí dentro. Pensó en Elena y en las palabras de Davies. Planeaban asesinarla durante el experimento, ya lo tenían todo planeado. Y él y los demás morirían acribillados a balazos en alguno de esos pasillos. No había podido sacarlos de allí. Los hermanos, sus amigos y su chica iban a morir por su culpa. Debieron dividirse en cuanto se encontraron. En ese momento le pareció una mala idea seguir todos juntos, pero no pudo renunciar a estar todo el tiempo que pudiese con Elena, y ahora la iban a matar por eso. Se giró y golpeó con el puño el techo de aluminio que estaba sobre él, en busca de algún punto débil que se abollase fácilmente. Era un conducto de ventilación antiguo, así que debía pasar por algún punto en el exterior.

Siguió avanzando, pegando puñetazos, levantándose la piel de los nudillos, durante al menos doscientos metros, según calculó, hasta que oyó un sonido de vacío. Miró hacia arriba. Una pequeña fisura había dejado al descubierto un hilo de luz. Golpeó el metal con el codo, pero no cedió. Siguió golpeando, ya que la estrechez no le permitía subir las piernas. La sangre le salpicó la cara, pero sus codos y sus puños siguieron impactando contra el metal, hasta que al final cedió. Entonces notó una brisa. Una fría y ligera brisa. Inspiró aire puro y una intensa luz le cegó. Abrió la oscuridad, haciéndose pequeños

cortes en los dedos con el borde afilado, pero no le importó, desesperado como estaba. Se incorporó rápidamente, escrutando a su alrededor, y sonrió, limpiándose la sangre. Había encontrado la salida. Y era perfecta.

En la sala, Elena se sentó frente a la puerta, esperando al detective. Sabía de sobra que él apenas repararía en su presencia, pero necesitaba verlo llegar, para asegurarse de que estuviese bien. Erik se agachó a su lado y le ofreció un vaso de agua que ella se terminó de un trago. Había estado tan nerviosa que apenas se había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Miró a su amigo, que la miraba compungido.

—Gracias, Erik. ¿Qué... te ocurre?

—Vaya, esa agua era para los dos. —Le señaló el bidón vacío de la sala.

—Oh, vaya, perdona.

Él negó con la cabeza, con gesto de fastidio.

—Si al menos te lo hubieses echado por encima, en plan concurso de camiseta mojada, yo podría...

Ella se rio, inclinándose hacia él para taparle la boca, y justo en ese momento un portazo los alertó a todos. Se giraron sorprendidos hacia el estruendo y vieron a Alan en el umbral, con el rostro descompuesto por la tensión, con un reguero ya seco de sangre en la nariz, marcas de golpes en el rostro, profundas brechas en los codos y las manos ensangrentadas. Tras clavar los ojos en los jóvenes con gesto serio, se dirigió hacia sus compañeros.

—Tengo que hablar con vosotros tres. Ahora.

Ellos asintieron, mirándolo con preocupación. Sabían que ocurría algo que no podía contar a todos, y eso solo podía significar una cosa: Problemas. Su demora y su aspecto no eran una buena señal, y estaban próximos a conocer el motivo. Elena fue hacia las mochilas, sacando gasas para vendarle las heridas al detective cuando lo vio agachándose a su lado y abriendo otro de los bolsos, ignorando las vendas que ella le tendía en ese momento. Ella se acercó con el bote de desinfectante, pero él ni siquiera levantó la vista hacia ella. Se vendó las heridas él mismo con otro de los botiquines, con rapidez, y se retiró junto a sus compañeros a un rincón de la sala, mientras los hermanos y ella se dirigían a la otra, hablando inquietos entre ellos. La joven se mordió el labio con fuerza, mirando hacia el suelo, intentando mitigar la sensación de rechazo.

—¿Habrá visto algo? —preguntó Rebeca.

—No lo sé, pero algo está ocurriendo, seguro —contestó Elba—. Fíjate cómo está parece que se haya peleado con un león. Me pregunto qué habrá visto fuera.

—Nada bueno, Reb, me temo que nada bueno —respondió Erik—. Se va a romper los dientes como siga apretando la mandíbula así.

Elena no dijo nada, tenía la cabeza en otra parte. Las heridas que presentaba eran resultado de una violenta pelea. Algo había pasado en los pasillos, pero eso, junto a otro

centenar de cosas más, permanecería en el baúl de los secretos de Alan. Era verdad, estaban en la maldita línea roja. Observó la conversación entre ellos, con una expresión tan melancólica en el rostro que Rebeca le cogió la mano y le dio un beso en la mejilla. Ella la miró, agradeciéndole que no le dijera que todo iba a salir bien y que no se preocupara. Lo último que habría necesitado en ese momento sería que le mintiesen.

Los cuatro empezaron a hablar entre susurros en inglés, mientras los hermanos y ella observaban. Según avanzaba la conversación, el rostro del detective fue demudándose por la tensión. Parecía enojado y hacía continuamente aspavientos con las manos. Josh empezó a hacer gestos también, enfadado, mientras los demás negaban con la cabeza. La discusión fue subiendo de intensidad, los susurros pasaron a media voz, y Ethan tuvo que advertirles varias veces para que bajaran el tono. Empezaron a hablar entre murmullos otra vez. El detective tenía una expresión torturada, y se estaba empleando a fondo en discutir con sus compañeros. El qué, era algo que desconocían. Los hermanos y ella no podían imaginarse qué les estaba llevando a mantener esa disputa de esa forma. Se giró hacia Erik, que tenía un buen nivel de inglés, y le preguntó:

—¿Sabes qué está ocurriendo?

—No lo estoy entendiendo todo, pero lo que he logrado comprender es que vamos a tener que salir de aquí inmediatamente porque nos tienen localizados.

—¿Qué? —susurró, alarmada.

—Eso es lo que he entendido.

Siguieron escuchando con atención, intentando capturar trozos de la conversación. En un momento, Rocco les dijo algo, mirando hacia donde estaban Elena y los hermanos, y se giraron hacia ellos, en silencio. El detective fue el único que no lo hizo. Tan solo se cruzó de brazos, clavando la vista en el suelo. Las voces fueron subieron de tono otra vez, hasta que Alan gritó, y levantó la barbilla. Todos se quedaron en silencio. Los miró, diciéndoles algo con expresión severa. Rocco y Ethan lo miraron enojados y asintieron lentamente. Josh no lo hizo. El detective miró a Elba y luego al policía, que resopló y asintió, mirando hacia la chica y fulminando a su amigo con la mirada. Cuando terminaron, se acercaron lentamente hacia ellos mirando hacia el suelo, y el detective comenzó a hablar, con la voz aún ronca por la discusión con sus compañeros:

—Siento haber tardado tanto. —Se aclaró la voz e inspiró profundamente—. Os vamos a sacar de aquí, he encontrado la salida. —Los hermanos lo miraron aliviados—. Vamos a tener que reptar un poco, pero saldréis sanos y salvos, y os cubriremos en todo momento. En cuanto lleguemos hasta allí, Ethan irá delante con Elena, y yo iré con Erik detrás. Los demás iréis en el centro. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, excepto Elena, que no comprendía el cambio de puestos. La asignación del grupo era inexplicable, algo estaba ocurriendo. Quizá Alan quería estar alejado de ella tras la discusión, pero no tenía sentido, no en ese momento en que el

peligro era mayor que nunca. Se trataba de su seguridad, y él no relegaría ese aspecto a los problemas personales que tuvieran entre ellos.

—¿Por qué vas a ser tú el que vigile nuestras espaldas? Siempre lo hace Josh.

—Porque es mejor así —dijo sin mirarla.

—No me lo creo. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—No ocurre nada, hemos cambiado los puestos por cuestiones técnicas de seguridad.

—¿Cuestiones técnicas de seguridad?

—Sí, cuestiones técnicas de seguridad.

—Pues entonces iré contigo detrás.

—No, irás delante. —El detective clavó la vista en la joven, y ella se la mantuvo.

—¿Por qué? —lo retó, tanteando el terreno.

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta.

—Es mejor así, Elena, créeme.

—No, no lo creo. No tiene ningún sentido la distribución de puestos que has hecho. Tú eres el mejor detectando el peligro y eres el mejor tirador. ¿Por qué te has puesto detrás?

Alan la miró largamente sin contestar, y a ella no se le pasó por alto la mirada que le dirigieron sus compañeros. Allí estaba pasando algo. Él la observó con una expresión que no le había visto nunca, y no supo descifrarla.

—Porque lo he decidido así en vista de las circunstancias.

—¿Circunstancias? ¿Qué circunstancias? Has visto o escuchado algo fuera que te ha hecho cambiar los puestos. Tenemos derecho a saber qué ocurre.

—No ocurre nada, ya te lo he dicho.

—¿Ah, no? Nos tienen localizados y ¿tú dices que no ocurre nada? Cambias los puestos sin sentido alguno, y ¿tampoco ocurre nada?

—No, Elena, no ocurre nada, déjalo ya.

Los demás observaban inquietos la conversación, mirando temerosos hacia la pareja, de forma alternativa, con la sensación de que un volcán estaba a punto de estallar entre ellos, dejando un torrente de destrucción a su paso.

—No, no lo dejas. ¿Qué demonios está pasando aquí en realidad?

—No pasa nada, no ocurre nada, todo está en orden.

—Está bien, pues si no ocurre nada, iré contigo detrás, y si me atrapan, pues entonces...

—¡Basta, Elena, basta de una maldita vez! —rugió, y todos se quedaron en silencio. Ella retrocedió, perpleja, y el detective se pellizcó el puente de la nariz, inspirando, y cerró los ojos—: Por una vez en tu vida, haz lo que te pido, por favor —pidió en tono cansado, y se alejó de allí.

Elena se quedó observándolo, inquieta, con una marea de pensamientos rondándole por la cabeza hasta que Ethan tomó la palabra, devolviéndola a la realidad.

—Yo asumo el mando en esta última parte. Vamos a ir reptando por un conducto, así que debemos ser sigilosos. En cuanto salgamos de aquí, Rocco, Josh y yo iremos con vosotros. Alan irá directo a advertir a la policía. Sabe dónde están Davies y su equipo y debe decirles por dónde pueden entrar para capturarlos. Bueno... eso es todo. Pongámonos en marcha.

Los hermanos se levantaron, dirigiéndose miradas interrogantes. Ellos también sabían que estaba ocurriendo algo extraño. Recogieron las mochilas y las armas en medio de leves murmullos. La sensación de huida final era patente, el fin estaba cerca, todos podían sentirlo, y eso los hacía sentir aliviados y temerosos al mismo tiempo. Se colocaron frente a la puerta, y Rocco rodeó a Rebeca con el brazo, Josh se colocó junto a Elba y Ethan se aproximó a Elena.

—Iremos juntos hasta la salida, no te preocupes. Te cubriré para que no te ocurra nada.

—Gracias, Ethan.

Antes de salir, Alan apartó a Erik a un rincón, ante la cara de confusión del chico. El detective se cruzó de brazos y miró a Elena, que los observaba junto a la puerta con inquietud, y bajó mucho el tono de voz.

—Erik, necesito que me hagas un favor. He puesto a Ethan con Elena porque ellos irán delante. Tú y yo iremos al final porque yo me quedaré aquí.

—¿Qué?, ¿por qué? —El chico parpadeó rápidamente.

—Tengo que atrapar a Davies, o escapará, estoy seguro. Pero no puedo ir a por él sin saber que ella estará a salvo, fuera de aquí. ¿De acuerdo? Tienes que ayudarme, por favor.

—Y ¿qué se supone que tengo que hacer yo?

—Asegúrate de que abandone este sitio cuanto antes o la matarán. Ella jamás se irá de aquí si sabe que yo me quedo, ya viste lo que ocurrió en los pasadizos. Volverá a por mí. —Miró hacia la chica—. Siempre lo hace.

—Pero el plan que habéis trazado antes no era así.

—Mentimos. Rocco y Josh irán con tus hermanas, asegurándose de que lleguen a una zona segura. Ethan será el que vaya a advertir a la policía, ya le he dicho dónde están Davies y los demás y cómo llegar hasta allí. Tú irás con Elena, poniéndola a salvo. Ella confía en ti. Sé que la protegerás y necesito que me ayudes con esto.

—Creo que eso lo tendría que decidir ella, ¿no crees?

El detective dio un paso atrás, exhalando con desesperación.

—¿No vas a ayudarme?

—Y ¿si te ocurriese algo, Alan? ¿Sabes cómo se sentiría ella? Eres su pareja, y vas a una muerte segura para protegerla. Ella debería tener derecho a decidir. Es su vida, al fin

y al cabo.

—¿Te crees que no lo sé? He escuchado antes a esos criminales por los pasillos, Erik. Nos tienen localizados, piensan acribillarnos a nosotros y experimentar con Elena hasta matarla.

El joven miró al detective, que parecía desolado. No había sido una decisión fácil para él, y por la expresión de su rostro supo que estaba suplicando ayuda.

—Está bien, no te preocupes, te cubriré.

El detective asintió, aliviado. Había visto cómo se comportaba Erik con ella. Elena lo atraía, era más que evidente, y por esa razón, él, más que ningún otro, la protegería. Se había arriesgado a ir a buscarla a los pasadizos, y le había echado en cara que ella se fugase del refugio por su culpa. Por eso lo dejó a él a cargo, porque era el único que no daría la vuelta para buscarlo.

Se encaminaron juntos hacia la puerta para reunirse con los demás. Elena no apartaba los ojos de Alan, que no la miró en ningún momento. Estaba absorto observando el suelo, pensativo. Vio cómo Erik se acercaba a él y hablaban entre susurros. La sensación evidente de que algo grave estaba ocurriendo empezó a asfixiar a la joven. Se giró hacia ellos, pero solo pudo escuchar una sola frase.

—Al menos debes explicárselo, Alan. Tiene que saber por qué vas a...

No pudo oír más porque Ethan la tomó del brazo y avanzaron los primeros por aquel pasadizo. A los pocos minutos oyeron ruidos de disparos en la planta de arriba y aceleraron el ritmo. Bajaron dos tramos de escaleras y giraron en dos intersecciones, casi corriendo. Había que salir de allí cuanto antes, la batalla del *hall* se estaba recrudeciendo, a juzgar por los ruidos que se escuchaban. El final estaba cerca también para ellos. Encontraron una trampilla y Ethan les indicó el sitio por donde tendrían que deshacerse de las armas. Si se encontraban con la policía, no podrían ir armados, o tendrían un problema bastante serio. Elena tiró la suya a aquel conducto y siguió avanzando, oyendo cómo los demás también lo hacían. Contó cinco golpes, más el suyo. Dos de ellos no habían tirado sus pistolas.

«Habré contado mal, el sonido del eco es muy confuso», pensó.

Tras más de media hora en la que estuvieron subiendo escaleras y atravesando pasillos, llegaron a una zona en obras desconocida. Siguieron avanzando, sorteando todo tipo de material, hasta llegar a un conducto donde el detective los hizo detenerse. Aquel pequeño agujero era su última oportunidad para salir de allí, y por fin se habría acabado todo. Ethan ascendió primero y extendió los brazos hacia Elena, para ayudarla a subir. Ella se giró al detective antes de saltar, en un tímido intento de acercamiento, pero él le giró el rostro. Entonces notó los brazos del militar izándola y se internó en el túnel metálico de un salto, con el pecho empezando a resquebrajarse y las lágrimas al borde de las pestañas.

Alan resopló aliviado al verla desaparecer por el tubo metálico. Ella estaría a salvo en pocos minutos, la salida no estaba lejos y desembocaba en una zona segura, cerca del bosque que ella conocía muy bien y lejos de las garras de la farmacéutica. Eso era lo único importante. Miró a sus compañeros, que lo observaban con un gesto de tristeza tan evidente que se le formó un nudo en el pecho.

—Por favor, cuidad de ella. Es lo único que tengo.

Elba y Rebeca lo miraron con los ojos como platos.

—¿Qué?, ¿no vienes con nosotros?, ¿por qué? —Rebeca casi gritó.

Rocco le acarició la espalda y le susurró algo al oído. La joven lo miró incrédula y se dirigió hacia donde estaba el detective y lo abrazó. Elba hizo lo mismo.

—Cuidaremos de ella, no te preocupes. Ten cuidado, por favor —dijo la joven, y volvió con Rocco, que le pasó el brazo por el hombro.

—Vuelve, ¿de acuerdo? —le rogó Elba, al borde de las lágrimas.

Empezaron a subir, uno por uno. Rocco le dio un largo y fuerte abrazo antes de saltar al conducto. Josh lo miró con el rostro desencajado y lo abrazó con fuerza también. Para él, Alan no solo era su mejor amigo, era como un hermano, y habían pasado por casi todo juntos. Siempre habían estado ahí cuando se necesitaban, y ahora, cuando la situación era más peligrosa que nunca, lo dejaba solo en un siniestro edificio lleno de psicópatas, con la incertidumbre de si volvería a verlo otra vez.

—Ten cuidado, Alan.

—Lo tendré. Acuérdate de lo del refugio, y cuida de ella.

—Confía en mí.

Se miraron fijamente. Josh recordó el momento en el que supo que su amigo estaba dispuesto a morir por proteger a esa chica, y acababa de confirmarlo. Iba a morir por ella. Le hizo una señal de despedida, y saltó al tubo de metal, tras ayudar a Elba a subir. Erik fue el último. Le cedió su arma al detective y toda la munición que había podido reunir.

—Mantente a salvo, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Aleja a Elena de aquí todo lo que puedas.

—No te preocupes. La protegeré.

El detective compuso una expresión triste y suspiró, susurrando:

—Lo sé, Erik. Sé que lo harás.

En ese momento oyeron a un grupo de guardias por los pasillos. Alan le hizo un gesto con la cabeza de despedida y preparó las dos pistolas. Erik saltó ágilmente al pasadizo, colocando la rejilla en su sitio otra vez para no dejar pistas que pudiesen delatar por dónde estaban huyendo, y empezó a deslizarse velozmente, dejando atrás de una vez ese edificio infernal. Pudo oír los primeros disparos y los gritos desde donde estaba. Rogó para que el inglés saliese vivo de todo aquello, aunque era una posibilidad remota. Suspiró y siguió avanzando.

Elena se movía con dificultad junto a los demás por el estrecho tubo. La sensación de claustrofobia era agobiante y la oscuridad no ayudaba a disipar ese efecto. Se preguntó cómo podía haber estado reptando Alan por allí sin perder el conocimiento. El conducto se estrechó un poco y avanzó, casi sin aire, hasta que notó una fría brisa. Se incorporó sobre sus codos y vio una fina línea de luz. Era la luz del sol, casi se había olvidado de ella. Una sonrisa se abrió paso en su rostro. Ethan se giró hacia ella sonriendo también. Estaban casi a salvo.

Avanzaron los últimos metros y respiró aire puro, por fin. El joven salió y la ayudó a subir. Elena cerró los ojos, dejando que los cálidos rayos acariciasen su cara, al tiempo que la brisa helada de los últimos coletazos del invierno la despabilaban completamente. Lo habían conseguido, habían escapado. Miró a su alrededor y respiró aliviada al ver que estaban cerca del bosque. Inspiró profundamente el olor a corteza y a bruma que tanto había añorado allí dentro. Cuando se internó en el bunker, creyó que jamás saldría de allí con vida, pero se equivocaba. Había vuelto al hogar.

Sin embargo, su sonrisa se esfumó al ver el rastro de sangre de Alan en los afilados bordes del boquete. Ese rastro sangriento era la prueba de la desesperación de su chico por sacarlos a todos vivos de allí. La tocó con los dedos, comprobando que aún estaba fresca. Recordó las heridas en sus manos y en sus codos, y algo se hizo diminuto en su pecho. Su compromiso hacia los demás no tenía límites. Miró hacia el túnel prometiéndose a sí misma que, en cuanto saliesen de allí, tendrían que hablar y arreglar todo lo que estuviese quebrado entre ellos. No podía perderlo, no podía dejarlo ir sin antes haber luchado por él. Tendría que esperar a que volviese de hablar con la policía para saber qué iba a pasar entre ellos a partir de ahora. Allí dentro estaban demasiado tensos y desbordados, por eso habían explotado, eso era todo.

Observó todo lo que la rodeaba. La salida daba a uno de los montes que rodeaban el valle, ahora solo tenían que caminar por el borde del edificio y saltar por uno de los extremos. Esa parte estaba casi incrustada en una pared rocosa de la montaña. Era un salto de apenas dos metros, y con un poco de impulso bastaría para salvar ese último escollo. Se incorporó y avanzó con los demás por el borde del rascacielos con Ethan y Rocco flanqueándola de cerca, hecho que le inquietó. Llegó al lado boscoso, tras saltar, y cerró los ojos, inspirando con fuerza, contemplando cómo la luz se colaba entre las hojas. Sonrió.

Todo había acabado al fin. Davies y sus secuaces serían detenidos en apenas unas horas y ellos ya estarían lejos de todo aquel horror. Miró hacia los demás, que ya habían salido y la observaban con cautela, sacudiéndose el polvo de la ropa.

Algo hizo que se tensara.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Miró hacia el hueco de metal por el que habían huido y vio a Erik saliendo. Solo

faltaba Alan. Estaría asegurándose de que no los siguiesen, seguramente. Siguió mirando hacia el edificio, esperando que a que saliera, pero no lo hizo. Esperó un poco más, pero no aparecía. En ese momento recordó el incidente de las dos armas que no escuchó caer, y una alarma en su cabeza la golpeó como mil martillos a la vez. Por eso él iba al final del grupo, para que ella no viese cómo se quedaba dentro de los laboratorios. Le habían mentido. Se giró hacia todos, furiosa.

—¿¿Dónde está?! —rugió.

—Elena... —empezó Rocco.

—¿¿Qué dónde está?! —gritó, histérica.

—Se ha quedado para acabar con ellos de una vez. Tenemos que ponerte a salvo, es lo que él nos ha pedido —le dijo Erik con voz suave.

Elena echó a correr hacia el conducto, pero su amigo la detuvo. Ella se liberó de sus brazos, consiguiendo avanzar unos metros más hasta que Rocco y Josh la sujetaron. Echó de menos su arma en aquel momento y gritó, revolviéndose todo lo fuerte que pudo, sin conseguir nada. Empezó a suplicarles, desesperada.

—¿Por favor, soltadme, no lo entendéis, no puedo volver a abandonarlo, así no, por favor... Por favor!

—Lo siento, pero no podemos dejar que vayas a buscarlo. Tampoco es fácil para nosotros. Le dijo Josh con la voz afectada.

—No puedo abandonarlo otra vez, así no. Por favor..., Alan... Os lo suplico.

Erik se acercó y la observó afligido, mirando cómo su amiga se deshacía en lágrimas mientras la sujetaban, ya sin oponer resistencia.

—Cuando me metí en el conducto venía un grupo de guardias. Nos tendrían localizados, y él desapareció por uno de los pasillos para darles esquinazo. —Guardó varios segundos de silencio—. Oí disparos mientras me deslizaba por el tubo.

Ella lo miró y cayó de rodillas al suelo, donde empezó a llorar, desconsolada. El chico se agachó a su altura y la abrazó, haciéndoles una señal a los demás con la mano.

—Yo me ocupo de ella.

Elena oyó cómo los demás se alejaban de allí caminando despacio y en silencio. Josh la miró con expresión afligida, viendo cómo la joven se encogía cada vez más entre los brazos de Erik, deshecha en llanto, y recordó las palabras de su amigo. Alan lo había dejado a él a cargo de arreglar los trámites en caso de que él no saliera vivo de allí, algo que cada vez se hacía más evidente. Cuando estaban en el refugio de Sandara, antes de ir hacia el bunker, su amigo le había hecho grabar su testamento vital. Todo lo que él poseía debía traspasarse a Elena; el contenido de sus cuentas, su casa, su coche, absolutamente todo sería para ella.

«Asegúrate de que empiece una nueva vida en Londres, a salvo de todo esto, por favor, Josh», le había dicho su amigo.

Parecía que su destino y el de Alan volvían a aproximarse. Habían vuelto a encontrarse el amor casi a la vez, en el mismo sitio, en ese valle recóndito. Pero su amigo no iba a poder disfrutarlo. La vida volvía a golpearlo otra vez. Había estado tan hundido como él con lo de Diana, y justo ahora, que veía algo de luz en su vida, esa llama se iba a apagar de la peor forma posible. Era injusto, era tremendamente injusto. El policía miró a Elba y le rodeó los hombros con el brazo, contemplando los ojos azules de la chica, que no habían dejado de fascinarle desde que la vio por primera vez. Esos iris, casi turquesa, marcaban su nuevo inicio.

Mientras, en la explanada, Elena seguía sollozando. Miró a su amigo, que la mantenía entre sus brazos.

—Por favor, Erik. Por favor.

—Lo siento, pero tengo que ponerte a salvo.

Tiró de ella y la chica se levantó, viendo, a lo lejos, cómo Ethan enfilaba hacia la entrada del edificio, seguramente para avisar a la policía. Desde donde estaban se podían observar los helicópteros, las ambulancias, los furgones policiales y el ruido de los disparos. Era una batalla cruenta en medio de aquel tranquilo valle, y la sensación de irrealidad se multiplicaba. Se quedó mirando el túnel de salida. Iba a morir, Alan iba a morir allí. Miró a su amigo, adivinando por su expresión que él también sabía que el detective no saldría de allí con vida. Empezó a caminar junto a él, sin decir una sola palabra.

—Lo siento, Elena, pero él quería que estuvieses a salvo, y ya oíste la conversación que tuvo aquel tipo con tus... abuelos. Van a capturarte, eres prioritaria, y si lo hacen, te matarán. Le prometí a Alan que te alejaría de aquí. No fue una decisión fácil para nadie...

El muchacho siguió hablando, pero ella ya no lo escuchaba. Estaba trazando su propio plan de huida. Su capacidad para abstraerse en plena conversación era algo a lo que había terminado sacándole provecho. Podía concentrarse profundamente en algo, olvidando todo a su alrededor. Y eso era lo que estaba haciendo en esos momentos. Sonrió para sí al hallar la solución.

Las esposas del guardia de la sala donde retuvieron a Erik. Las había mantenidas durante todo aquel tiempo dentro de su mochila, sin deshacerse de ellas. Solo debía despistar a su amigo y ponérselas, así que empezó a ralentizar el ritmo hasta que los demás se perdieron de su campo de visión.

—Elena, ¿te encuentras bien?

—Pues no mucho, la verdad. Estoy algo mareada, supongo que será por la tensión. — El chico paró y la obligó a sentarse—. ¿Podemos ir hasta los árboles, por favor? Me vendrá bien algo de sombra.

—Sí, claro. Ven, vamos.

Se desviaron apenas unos metros hasta allí y su amigo se adelantó para alisarle una zona de hojas, mientras ella fingía estar indispuesta, apoyada contra un tronco. Con disimulo, sacó las esposas del bolsillo delantero de su pequeña mochila y las ocultó en la cintura de sus vaqueros. Miró al joven y gimió sonoramente. El chico se aproximó hasta ella con una mirada preocupada. Esperó que estuviese lo suficientemente cerca y, cuando lo hizo, ella se incorporó rápidamente, lo agarró por las muñecas y lo encadenó a un árbol. La cara de desconcierto de Erik fue inmensa. Se había quedado tan atónito que no pudo articular ningún sonido durante varios segundos.

—¡Por todos los demonios, Elena! ¡Pero ¿qué haces?!

—Volverán a por ti en cuanto se den cuenta de que no los seguimos. Lo siento, pero tengo que ir a buscarle.

—¿Que lo sientes?! ¡Me has encadenado a un maldito árbol!

—Lo sé, y lo lamento, pero... no puedo dejarlo solo, tengo que ir a por él.

—¿Qué? ¡No puedes volver allí!

—Tengo que hacerlo, sé que no lo entiendes, pero tengo que hacerlo.

—Pero, Elena... —dijo, desesperado—. Te matarán si te encuentran, lo harán, y Alar lo sabe. Si vuelves allí estás muerta, ¿lo entiendes?

—Sí. —Lo miró e inspiró profundamente—. Lo sé. Pero... pero lo quiero, Erik. Por encima de todo, y de todas las cosas, incluso de mi vida. Lo quiero, y por eso tengo que ir a buscarlo.

Él asintió, estirando la comisura de la boca, en una mueca triste.

—Lo sé. —Suspiró—. Créeme que lo sé.

Ella lo miró una vez más, pidiéndole disculpas con los ojos antes de salir corriendo hacia el edificio.

—¡Elena, espera!

—¿Qué pasa?

—Debes ir al sector G. Si quieres encontrarlo, estará allí.

—¿Sector G? No hay ningún sector G.

—Solo se accede a él a través del F. Eso al menos es lo que escuché durante la conversación que tuvieron en la sala. ¿Sabes cómo llegar?

La joven había estado estudiando el mapa del edificio durante bastante tiempo en una de las salas de descanso de los antiguos pasadizos.

—Sí, sabré llegar. —Lo miró y le sonrió—. Gracias por todo, Erik. Espero que algún día te des cuenta de lo increíble que eres.

—Sí, bueno, eso ya lo sabía. Y gracias por lo de las esposas, por cierto, la verdad es que ya había tenido fantasías contigo esposándome, pero has superado todas mis expectativas, como siempre.

Ella se rio brevemente y le dio un largo beso en la mejilla, echando a correr después

hacia los laboratorios. Él la vio alejarse y sintió cómo se quebraba en su interior. Su amiga iba directa a una muerte segura para salvar al detective, y él no había podido detenerla. Un mal presagio cubrió la mente del muchacho, que observó cómo la joven salvaba la distancia entre la roca y el edificio trazando un bello salto para desaparecer en las entrañas de aquel edificio siniestro.

Apoyó la frente en la corteza del árbol, abatido.

Tercera parte

Los laboratorios del valle

El aire frío cortaba los pulmones de Elena tras cruzar la barrera de sus labios, pero no podía detenerse. La adrenalina que activaba su cuerpo y sus neuronas la mantenían corriendo sin descanso. Los árboles parecían mecerse en un compás agitado, alentándola con sus ramas a llegar cuanto antes al boquete. Se giró hacia el bosque antes de internarse en el pasadizo, despidiéndose por segunda vez de aquella masa verde, con la firme convicción de salir de allí con vida y de la mano de Alan.

Con el corazón desbocado por la carrera, saltó al interior y empezó a reptar deprisa por el conducto, avanzando a gatas mientras trazaba un plan para llegar hasta el sector G. Debía salir, descender dos tramos de escaleras y cruzar dos intersecciones críticas. Tras ese punto, no sabía qué le depararía, era territorio desconocido.

Terminó de deslizarse por el canal y saltó hacia el pasillo de los laboratorios otra vez. Corrió hacia las escaleras, casi saltándolas. Sabía que Alan era rápido, y ella había perdido demasiado tiempo ahí fuera. Llegó a la segunda intersección y siguió avanzando deprisa por aquel laberinto que parecía cerrarse cada vez más, hasta llegar a una parte cada vez más oscura de los pasadizos, sumida en la penumbra, consciente de que era demasiado vulnerable allí. Tenía que empezar a buscar otros caminos más seguros hasta el sector F, que, además, desconocía dónde se encontraba. Mientras caminaba en aquella oscuridad, se preguntó qué habría alarmado tanto al detective como para exponerse a una muerte casi segura permaneciendo en la farmacéutica.

Llevaba mucho tiempo corriendo y estaba demasiado nerviosa. El silencio plomizo y la soledad la envolvieron. Estaba perdida, completamente perdida. Debía centrarse, como cuando en el bosque tenía que hacer cambios de escondite en plena noche cuando percibía que los hombres de Corso se aproximaban peligrosamente a la zona donde ella estaba. Tenía que ser sigilosa al máximo, era la única forma de percibir la presencia enemiga. Esa era la diferencia entre estar viva y muerta. Inspiró y espiró varias veces y abrió los ojos, viendo un largo pasillo oscuro que se abría ante ella.

«Jamás lo voy a encontrar, y es cuestión de tiempo que otro grupo de guardias me encuentre».

Cerró los ojos y repitió lo que hizo cuando estaba rodeada de guardias. Pensó fuertemente en Alan, visualizando todo a su alrededor para que él acudiera a ayudarla. Recordó cada detalle de lo que la rodeaba, hasta que la imagen del pasillo empezó a amplificarse y a vibrar en rápidas ondas, que estallaron, haciendo que un dolor agudo la atravesase desde la nuca hasta las sienes, y todo cesó. Abrió los ojos, sintiéndose levemente mareada, como la vez anterior, y se apoyó en la pared hasta que el suelo dejó

de dar vueltas, rogando para que él acudiera a su llamada, porque esa vez no las tenía todas consigo.

No muy lejos de allí, el detective resoplaba tras una carrera frenética por los pasadizos para dar esquinazo al tercer grupo de guardias que se había encontrado. Se guardó la pistola en la cintura del pantalón, esperando no tener que volver a usarla nunca más. Ya había perdido la cuenta de todas las veces que la había utilizado desde que llegó al valle. Ahora debía centrarse en localizar a Davies, el hombre que estaba detrás de toda espeluznante historia, y evitar que escapara. Tenía que asegurarse de que lo atraparan, o ella jamás estaría a salvo. Ese era el punto final a aquella historia. Siguió corriendo, recordando cada pista que le había llevado hasta allí y cada paso que había dado para resolver aquel misterio. Con los Somoza Arvelo y Corso muertos, tan solo le quedaba el párroco y el psiquiatra para acabar con esa cúpula del terror.

Llegó a otro cruce y preparó el arma para vigilar la presencia de guardias, cuando todo se fundió a negro y dejó de respirar. Elena estaba en peligro. La habían atrapado fuera del edificio. Sus pulmones dejaron de capturar oxígeno al darse cuenta de que eso solo podía significar que en ese instante estarían asesinando al resto del grupo. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer, con los rostros de sus compañeros y los hermanos pasando veloces ante sus ojos. Estaba demasiado lejos del conducto como para llegar hasta allí y ayudarlos. No había podido mantenerlos a salvo, habían muerto por su culpa.

Entonces la negrura se disipó, mostrando uno de los pasillos de los laboratorios, y él lo reconoció al instante, ya que no hacía mucho que había pasado por allí, corriendo después de ocultarse de un grupo de agentes de los laboratorios. Vio a Elena apoyada en una de las paredes, levemente mareada. Apenas se había cerrado el paréntesis cuando el detective echó a correr, incapaz de asimilar que el peor de sus pensamientos era una realidad. Se había escapado, estaba seguro. Erik jamás la hubiese dejado ir a buscarlo, no lo habría hecho. Había leído en la mirada del chico un rayo de esperanza cuando él le dijo que se iba a quedar en los laboratorios. Había compuesto una expresión que solo podía compararse a la de un náufrago al ver llegar a un barco. La inmensa esperanza que trae la segunda oportunidad. En ese instante, él había sentido cómo algo se rompía en su interior al imaginárselos juntos. Había caminado junto a Erik por los pasadizos sin separar sus ojos de ella ni un solo instante, esperando que Elena se volviese en algún momento y pudiese leer en su mirada lo que no se atrevía a decirle.

«Perdóname, Elena. Perdóname por todo lo que te he hecho y por todas las lágrimas que has derramado por mi culpa. Te prometo que volveré a tu lado cuando todo esto acabe. Te lo prometo».

Pero no había podido mantenerle la mirada cuando ella se internó a través del conducto. Se había girado en el último momento para no verla, o no podría llevar a cabo lo que planeaba. Un solo segundo después se arrepintió y miró hacia ella, pero ya no

estaba. Solo encontró un pasillo vacío, y su corazón se rompió con un crujido seco al tener la absoluta certeza de que no volvería a verla nunca más. Pero ahora estaba allí otra vez, firmando su sentencia de muerte al ir a buscarle. Siguió corriendo hasta que distinguió su silueta a lo lejos. El detective tensó la mandíbula, dispuesto a discutir con ella hasta quedarse sin voz.

—¿Qué haces aquí?!

—¿Si quieres gritar, adelante, hazlo, porque no pienso irme! ¡Así que venga, suelta toda tu furia, que la estoy esperando!

—¿Intento protegerte! ¡Van a por ti, piensan matarte, y te acabas de entregar! Pero ¿qué demonios te pasa?!

—¿Protegerme? ¡Es mi maldita vida la que está en juego, no la tuya! ¿Qué cuernos te pasa a ti también?

—¿Necesito que estés a salvo! ¿Es que no te das cuenta?

—Y ¿crees que yo no necesito que estés a salvo también? ¡Tenías que habérmelo preguntado, maldita sea, es a mí a quién quieren!

—¿Preguntarte?, ¿el qué?, ¿que si quiero que te maten?

—¿Esa decisión me corresponde a mí, no a ti!

—Pero ¿por qué no puedes hacer por una sola vez en tu vida lo que te pido, Elena? ¿Por qué? ¡Por una maldita vez, solo por una!

—¿Tú no me das órdenes! Pero ¿quién te crees que eres?

Alan iba a contestarle cuando oyó algo, y todos los músculos de su cuerpo reaccionaron al oír las pisadas. Miró a Elena, que seguía discutiendo con él, gesticulando enfadada, pero él ya no la escuchaba. Fue corriendo hacia ella y la arrastró hasta una de las salas del pasillo, cerrando y asegurando la puerta. La tomó de la mano y casi la empotró contra una columna, ocultándola con su cuerpo. Le puso un dedo en los labios, para que guardara silencio, y ella asintió, parpadeando lentamente. Un grupo de guardias cruzaron el pasillo a la carrera. La pareja contuvo la respiración y el detective la presionó con más fuerza contra la pared. Ella le rodeó instintivamente la cintura, palpando las dos pistolas. Él la apartó con suavidad, en señal de que permaneciese quieta. Se quedaron así, sin moverse, mientras las pisadas continuaban allí fuera. Eran muchos, más de lo que ellos pudieron llegar a imaginarse. La capacidad de reclutamiento de los laboratorios era apabullante, y se preguntaron de dónde habrían sacado a tantos criminales. Elena empezó a temerse lo peor, y hundió el rostro en el torso del detective para intentar calmar el miedo que empezaba a asfixiarla. Se concentró en sus respiraciones amortiguadas, lentas y profundas, en cómo latía su corazón y en el calor que emanaba mientras aquellos hombres seguían pasando a apenas unos metros de ellos. Alan se dio cuenta de la angustia de la chica y le dio un silencioso beso en la frente, intentando calmarla. Ella cerró los ojos con fuerza y lo abrazó. El ruido de botas se fue disipando,

hasta que desapareció, y ellos respiraron aliviados al saberse a salvo de momento. Elena exhaló todo el aire que había estado conteniendo en sus pulmones y alzó la vista, encontrándose con los ojos del detective, que la miraba con gesto grave.

— ¿Por qué has vuelto, Elena?

Ella permaneció en silencio, diciéndole con la mirada todo lo que nunca se había atrevido a decirle, y la expresión del rostro de Alan cambió por completo al leer en sus ojos lo que hacía tiempo que necesitaba escuchar de sus labios. Desde su primer encuentro en el bosque, los dos se habían implicado completamente, arriesgando su vida una y otra vez para protegerse, respondiendo siempre con una entrega absoluta sin pedir nada a cambio.

Él se acercó lentamente y hundió sus labios en los suyos, dándose cuenta de lo mucho que le había dolido separarse de ella. Se perdieron en ese beso, sintiendo que nada más importaba, solo la intimidad que tanto habían echado de menos desde aquella noche en el hotel. Ese momento les pertenecía por completo, y querían sentir todo como si fuese la primera y la última vez que lo hacían. Se fundieron el uno en el otro, y Elena comenzó a acariciar el cuerpo del detective, sintiendo el calor de su piel y sus sólidos músculos, casi de acero. Él la alzó hasta sus caderas, presionándola contra la pared, creando una conexión entre sus cuerpos absolutamente perfecta. Las manos de ambos comenzaron a recorrer el cuerpo del otro lentamente, hasta quedarse turbados y sin respiración. Pero no se detuvieron, continuaron con el baile de manos y el sensual balanceo entre sus cuerpos hasta que sintieron que poco a poco dejaron de ser dueños de sí mismos. Los besos fueron volviéndose más profundos, y las caricias, ardientes, desgarradoras. Siguieron sumergiéndose en ese océano de sensaciones que los envolvía con solo rozarse la piel, hasta que cada caricia, cada beso y cada roce se convirtieron en algo casi doloroso.

Alan la llevó en brazos hasta la mesa central de aquella sala, donde se despojaron de hasta la última prenda que llevaban puesta completamente cegados por el deseo. Se necesitaban. Más que nunca, más que a nada, y sus cuerpos y sus corazones se reclamaban con voracidad. Rodaron sobre aquella mesa y se enlazaron en un baile desenfrenado, jadeando fuego en cada respiración, hasta que el detective se detuvo, con la respiración desbocada.

— Elena...

— Hasta donde se acaben las estrellas.

Alan la miró destilando amor por cada mota de sus oscuros ojos, y se hundió profundamente en ella sin apartar los ojos de los suyos, absolutamente enamorado, rendido y desarmado ante ella, y Elena pudo leer todo el amor que había en su rostro, pensando que el universo, su universo, se concentraba en esos iris de azabache. La erótica danza continuó, y entrelazaron sus dedos cuando sintieron cómo una oleada abrasadora ascendió imparabile por todas sus venas, haciendo que las primeras corrientes

de electricidad erizaran cada uno de los átomos que los componían, sacudiendo sus sentidos, encendiendo cada poro de su piel, con la sensación de que nunca habían estado más cerca el uno del otro. Perdieron completamente el control y se dejaron arrastrar por esa corriente de caótico deseo, prometiéndose todas las estrellas del firmamento cuando estallaron al mismo tiempo en una explosión brillante y el cielo entero se tiñó de un nuevo y vibrante color.

El detective se desplomó sobre el hombro de su chica con la respiración entrecortada, mientras ella sentía las lágrimas agolpándose en sus pestañas, a punto de desbordarse por las emociones que sentía en ese momento. Y se miraron con la certeza de que se amaban como nunca habían amado a nadie, y que ambos sentían lo mismo. Se lo acababan de demostrar de la forma más bella que podía existir.

En medio de ese caos de disparos, gritos, explosiones y helicópteros ametrallando cristales, ellos sintieron que estaban a solas. Permanecieron así, abrazados, acariciándose, dándose dulces besos que demostrasen todo el amor que fluía por su sistema en ese momento. Ella yacía de lado, trazando líneas invisibles por su torso, de forma pausada, besándole el cuello, mientras las manos de Alan recorrían la espalda desnuda de la chica lentamente, y sus miradas volvieron a encontrarse. El detective la observó con detenimiento, acariciándole una mejilla, y la besó suavemente.

—¿Estás bien?

Ella asintió y besó a ese inglés de rostro perfecto, sintiendo que era el mejor regalo que le había hecho la vida. Se separó levemente, completamente segura de que no existía otra persona en el mundo más feliz que ella en ese instante. Se vistieron el uno al otro sin dejar de contemplarse, absolutamente arrobados. Él frotó la punta de su nariz con la suya y se besaron con una sensación de felicidad tan patente que apenas podían respirar.

Enlazaron sus manos y salieron de aquella sala donde el tiempo parecía haberse detenido, internándose en la realidad de los pasadizos durante mucho tiempo, cruzando intersecciones, subiendo y bajando escaleras, atravesando pasarelas de metal, sin separar sus manos, en una suerte de lazo inquebrantable. Antes de sumergirse en uno de los pasillos, Elena tiró de él, haciéndole girarse.

—Vendrás... Vendrás conmigo, ¿verdad? Quiero decir, que no te quedarás aquí para atrapar a Davies.

Él se detuvo y ella sintió que toda la magia estaba a punto de desaparecer.

—Ya sé que no lo entiendes, pero tengo que atraparlo.

—Alan, por favor...

—Elena—resopló—, cuando estaba en el conducto escuché cómo planeaban mantenerte con vida de forma artificial para poder seguir experimentando contigo incluso aunque fallezcas durante las pruebas.

—¡¿Qué...?!— Se tapó la boca con la mano, aterrada.

—Por eso me quedé aquí. Planean asesinarte, y si él escapa, volverá a por ti, porque eres la única que necesita para el experimento, viva o muerta. Por eso tengo que impedir que huya —la cortó, con el rostro tenso—. Hasta que ese psicópata no esté entre rejas, tú jamás estarás a salvo. Por eso tengo que dar con él, porque yo empecé esto y yo tengo que terminarlo.

—No voy a irme de aquí sin ti.

—Elena...

—No. Ya he perdido a demasiada gente, y no me iré hasta que tú no lo hagas. —Lo miró con firmeza—. No lo haré, sabes que no lo haré.

Él le dedicó una expresión atormentada ante la firme determinación de la chica. Estaba contra el espada y la pared. La conocía lo suficiente para saber que no saldría de los laboratorios sin él, y torció el gesto.

«Maldita sea, Elena, ¿por qué me lo tienes que poner todo tan difícil?».

La miró con gesto de derrota. Tenía que sacarla de allí cuanto antes, y confiar que Davies no consiguiera huir antes de que lo atraparan. Clavó la vista en el suelo, intentando trazar una vía de escape. Tras unos segundos, exhaló, agobiado. Solo la entrada del edificio era una salida segura, la parte antigua había sido dinamitada con la explosión de antes, y tanto el conducto, como el bunker, estaban demasiado lejos. Había un conducto en el sector B que les podría servir, pero era demasiado peligroso ir hasta allí en ese momento. Apretó su mano con fuerza, señalándole un pasadizo.

—Por aquí, vamos, no hay tiempo que perder.

Tan solo habían recorrido unos metros cuando algo llamó su atención. El detective chasqueó los dedos y le señaló a Elena con discreción una cámara que estaba en el techo del pasillo. Tenía el piloto rojo encendido. Los hombres de Davies sabían que estaban allí y estarían yendo a por ellos en esos momentos.

Alan tiró de ella y se deslizaron veloces, subiendo y bajando escaleras por aquel laberinto hasta que llegaron al *hall* de la entrada, completamente desierto, con restos de la batalla esparcidos por cada centímetro de superficie. Había cadáveres de guardias en el suelo, cristales, sangre, mobiliario destrozado, marcas de fuego. Aquello había sido una auténtica masacre. Elena desvió la vista ante la imagen de los cuerpos inertes de aquellos hombres, aún no había logrado acostumbrarse a verlos, y deseó no hacerlo nunca. Distinguieron la enorme puerta acristalada por la que podrían escapar. Solo debían llegar hasta allí y ya estarían a salvo.

—Apenas hay veinte metros de aquí a la entrada. Camina despacio, el suelo está lleno de cristales que nos delatarían.

—Lo sé. —Lo miró con una leve sonrisa—. Vivía en un bosque, ¿recuerdas?

Él la besó en la sien antes de soltarle la mano.

—Estaré detrás de ti, ¿de acuerdo?

Avanzaron con sigilo sorteando cristales y trozos de mobiliario hechas. A penas quedaban unos metros para la salida, y ya podían ver parte del *parking* exterior y las barricadas de la policía. Escucharon con alivio el sonido de un helicóptero y los gritos de la gente. Ya podían sentir que estaban casi a salvo. Ella se giró y le sonrió, sintiendo la brisa del exterior. Agarró la mano de Alan con fuerza, dispuesta a correr hacia la salida, cuando percibió varios clics y un frío glacial azotó su columna, desde la base hasta el cráneo. Un numeroso grupo de guardias había llegado hasta allí por uno de los pasillos laterales y les apuntaba, como un pelotón de fusilamiento. Miraron hacia aquellos hombres armados que les observaban con la misma mirada feroz que todos con los que se habían encontrado hasta el momento, y la rabia les inundó. Habían estado tan cerca de conseguirlo, tan cerca.

Alan tiró rápidamente de ella hacia una columna para ponerla a salvo y empezó a abrir fuego, aun sabiendo que tenían todas las de perder. Eran demasiados y apenas les quedaba munición. Él siguió disparando con el rostro desencajado por la tensión. Elena salió apenas unos centímetros para observar la escena y sintió la afilada guadaña de la muerte más cerca que nunca. No iban a salir de allí con vida. Alzó la vista, viendo la desesperación en el rostro del detective cuando tomó el último cargador que les quedaba y lo agotó a los pocos segundos.

Cuando la última bala salió del cañón de la pistola, miró hacia ella con expresión de derrota, en una suerte de mueca de disculpa por no haber podido sacarla de allí. No habían podido escapar, los habían atrapado. Esa realidad, les cayó como una losa a los dos. Tiró las armas vacías al suelo, abatido, mientras de fondo escuchaban los gritos triunfales de aquellos guardias.

—Lo siento, Elena.

—Alan... —dijo ella, acariciándole la mejilla.

—¡Rodeadlos! —gritó uno de los guardias.

Fueron aproximándose con lentitud, disfrutando del momento de la captura. Les rodearon en un instante, apuntándoles con las armas. Elena miró al detective, que la observaba con el rostro demudado en sombras. Un denso silencio se instaló en el ambiente mientras los guardias les apuntaban, trazando círculos a su alrededor. Uno de ellos cogió el *walkie* y fue llamando a todos los grupos, uno por uno, para decirles que los habían atrapado. Los siniestros vítores no cesaron en varios minutos, en los que los pulmones de Elena apenas respondieron, del miedo y la rabia que sentía.

El que estaba al mando, un hombre fornido con uniforme gris oscuro, se fijó en las manos enlazadas de la pareja y esbozó una sonrisa torcida.

—Avisad a Davies. Ahora sí que podéis avisarlo. Decidle que tenemos a la chica y —señaló a Alan con la pistola— al inglés que mató a Corso.

Ella se giró hacia el detective, sorprendida, comprendiendo, de golpe, la razón por la

que había llegado herido y sangrando a aquella sala. Se había encontrado al inspector por los pasillos y había acabado con él tras un violento enfrentamiento.

—¿Por qué no me lo dijiste, Alan? —susurró.

—No quería preocuparte. —Suspiró, bajando la vista al suelo—. Siento no haberlo hecho.

Ella le rodeó la cintura, y él le pasó el brazo por los hombros, besándola en el cabello. Permanecieron así, enlazados, en un nudo invisible, diciéndose todo lo que no podían expresar en voz alta en esos momentos. Los guardias empezaron a posicionarse y Elena asumió el terrible hecho de que ahora los llevarían a los laboratorios para experimentar con ellos. Notaron los brazos de aquellos hombres separándoles con brusquedad. Ella rogó mentalmente para que al menos les pusiesen en la misma sala. Necesitaba ver su rostro por última vez cuando decidiesen acabar con ella. Dos hombres la esposaron y la apartaron varios metros de él, empujándola hacia uno de los pasillos. Se giró para ver hacia dónde se llevaban al detective y sintió cómo le aplastaban los pulmones, dejándola sin aire. Un grupo de hombres estaba rodeándola en ese momento.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que iba a suceder en realidad. No iban a apresarlos para hacer pruebas con ellos, los guardias habían recibido otras macabras órdenes. Solo la querían a ella. Clavó sus ojos en su chico, que la miraba con expresión abatida, y supo que él ya sabía el funesto final que le esperaba si los capturaban juntos. El más oscuro y siniestro de los senderos acababa de abrir sus puertas. La atmósfera se enrareció y, cada sonido, cada respiración, cada movimiento, se volvió más amortiguado, más lento.

Se revolvió entre los brazos de aquellos guardias mientras veía cómo ponían a Alan de rodillas en el suelo, con las manos enlazadas en la nuca. Le apuntaron a la cabeza, y ella gritó al comprender que iban a ejecutarle allí mismo, sin más preámbulos ni ceremonia. Siguió gritando su nombre, desesperada, mientras intentaba zafarse de aquellos hombres de todas las formas posibles, pero fue inútil, eran demasiado fuertes. La voz del jefe de ese grupo tronó por todo el recibidor, y su universo comenzó a desmoronarse.

—A mi señal.

El inglés los miró desafiante y alzó la barbilla. El jefe compuso una sonrisa torcida, mientras los demás le jaleaban para que acabase cuanto antes y hacían macabras apuestas sobre su muerte. El hombre se giró hacia dos guardias con tatuajes en el rostro.

—Guzmán, López; deshaceos del cuerpo en el bosque después, ya sabéis cómo.

Les arrojó una caja de cerillas y Elena comenzó a chillar, fuera de sí.

—¡Alan! ¡Alan! ¡No, por favor, no! ¡Alan! ¡Por favor, no!

Él la miró por última vez, viendo cómo la chica más hermosa de la tierra se deshacía en lágrimas. Inspiró y utilizó el mismo tono suave que usaba cuando estaban a solas.

—Cierra los ojos, Elena. Que no te hagan ver esto.

—Alan...

—Estaré esperándote al final del camino. Te quiero. Siempre. Ahora, cierra los ojos cariñoso, ciérralos.

El británico inspiró profundamente mientras la veía cerrar los ojos con varias lágrimas deslizándose por sus mejillas, y el ritmo pareció detenerse. Pudo escuchar el sollozo desesperado de Elena, la respiración densa, satisfecha, del que estaba al mando, y pensó en ella, cuando estaban en el refugio de Sandara, durmiendo juntos en absoluta calma. Era la última imagen que quería llevarse de este mundo. El amor tan inmenso que sentía por ella. La miró una vez más, entre los brazos de aquellos guardias, y pensó que esa chica de manos frías que vivía en un bosque había obrado un pequeño milagro sin apenas darse cuenta. Había irrumpido en su vida, uniendo todos los pedazos de su destrozado corazón, y se había convertido en el centro de su mundo. Amaba, quería a Elena por encima de cualquier cosa.

Exhaló y cerró los ojos, preparado para enfrentarse al final de su vida, con las imágenes pasando veloces en su mente. Sintió el frío cañón de un arma apoyándose en su nuca, e inspiró. Justo en ese momento empezó a oír estruendo en el exterior que se fue volviendo más y más alto conforme pasaban los segundos. Abrió los ojos y vio cómo medio centenar de policías entraban en los laboratorios. Los hombres de la farmacéutica empezaron a disparar a los agentes y pronto el baile de proyectiles llenó el acristalado *hall*.

Se puso de pie de un salto, le arrebató el arma a uno de aquellos hombres y disparó en el pecho al jefe, que cayó al suelo con un agujero en la frente. Se giró hacia los que retenían a Elena y abrió fuego contra ellos también, agarrando a la chica en el aire.

—Corre.

La tomó del brazo y corrió con ella hacia la gigantesca puerta del edificio entre el tiroteo, cubriéndola con su cuerpo para que los cristales que caían desde todas partes no impactaran contra ella mientras huían. Solo unos metros y saldrían de allí, los dos juntos, a salvo, lejos de todo eso. Le apretó la mano con fuerza y entonces la oyó gritar su nombre y desplomarse en el suelo con un golpe seco.

—¡Elena! —bramó.

No pudo ver qué le había ocurrido. Notó algo doloroso y frío en el brazo y todo se fundió a negro.

El detective se despertó sobresaltado y necesitó varios segundos para ubicarse. Estaba de nuevo en aquella aldea del desierto, en uno de los barracones de la base. Se giró y vio a un soldado a su lado, sentado sobre su catre, terminando de atarse las botas.

—Ya han dado la señal, ¿a qué esperas?

Saltó de la cama y se preparó en cuestión de segundos. Cogió su fusil, su equipo, y se

dirigió junto al resto de sus compañeros a los vehículos militares. Esa mañana iba a ser intensa, ya que debían vigilar la presencia de enemigos en una de las aldeas, evacuar a la población civil, en caso de hallarla, y seguir avanzando. Se subió a uno de los camiones, refunfuñando mentalmente. Ni a él ni a ninguno de sus compañeros le gustaba ir en esos gigantescos monstruos con ruedas, porque eran claustrofóbicos y apenas podían moverse. Él se colocó entre dos corpulentos hombres como pudo y miró al frente. Conocía a varios de otras misiones, y entre ellos reconoció a Sophie.

—Casi se te pegan las sábanas, bello durmiente. Ya había más de uno deseando despertarte con un beso.

—Pues suerte que he despertado yo antes, Stone.

La joven se rio, y él también. La chica y él habían empezado juntos en el ejército y habían coincidido en varias misiones. Se llevaron bien desde el principio, a Alan le gustaba su tono mordaz y a ella lo noble que era él en combate. Jamás la había dejado a su suerte. Miró hacia la base y distinguió a Ethan Jackson. Le saludó cuando pasó cerca de él, y empezó a decirle algo sobre una partida de dardos para esa noche que él no terminó de escuchar porque el vehículo vibró y se pusieron en marcha, en medio de un calor asfixiante, pese a que apenas eran las seis de la mañana. Le hizo un gesto indicándole que hablarían más tarde, y él levantó el pulgar. Avanzaron por esa maltrecha carretera, con el zarandeo constante de los baches, hasta que el olor a goma quemada les alertó. Segundos después visualizaron escombros a los lados de la carretera por la que transitaban. Varios convoyes aliados habían sido alcanzados. La imagen era dantesca, y muchos tuvieron que desviar la vista. Los cadáveres se apilaban unos sobre otros entre aquel enorme acordeón metálico en el que se había convertido uno de los camiones.

«La guerra es el lugar donde el infierno abre sus puertas en la tierra. He escuchado esa frase cientos de veces, y cada vez estoy más de acuerdo con ella», pensó, apesadumbrado, contemplando todo el horror que el hombre podía llegar a causar contra sus propios iguales.

Se detuvieron cerca de la aldea y descendieron del vehículo. El desierto los saludó con una oleada de aire abrasador que les quemó la piel y los pulmones al instante. Alan miró alrededor y sintió cómo empezaban a cuartearse sus labios por el calor. El pueblo que debían inspeccionar estaba a media milla de allí, podían verlo. Debían llegar cuanto antes para unirse al resto del equipo, ya que el sonido de los proyectiles ya se escuchaba desde donde estaban, y no podían perder ni un solo segundo. La batalla había comenzado.

Mientras Alan sentía la fatiga, el calor y la sed del desierto, detrás de una cristalera de los laboratorios, Cerenka y Davies observaban los monitores, verificando que la prueba se fuera desarrollando con normalidad.

—Es una maravilla este *software* que has traído de Estados Unidos, Davies. Recre:

todo con tal realismo que solo hacen falta una serie de sencillos estímulos y que guiemos su recuerdo para que podamos controlarlo.

—Sí, lo mejor es que es interactivo. Hemos tardado un poco en que se reconociese a sí mismo en aquellas literas, pero al final lo ha hecho y podemos visualizar el trauma que hemos recreado para él. Gracias a que conseguimos su historial, hemos podido conocer este episodio de su vida y recrearlo en el programa informático.

—Menos mal que pudimos capturarlos a tiempo antes de que escapasen del edificio, pero faltó poco. Si no hubiese estado ese segundo grupo de guardias allí, jamás lo habríamos conseguido.

—Sí, suerte que pudimos intervenir antes de que la policía tomara todo el edificio. En cuanto vi por las cámaras a todos esos agentes tomando posiciones fuera, mandé a los grupos para neutralizarles y a ese segundo pelotón para que los capturaran.

—Sí, tuvimos suerte. Pero sigo sin entender qué tiene de especial este inglés, Davies.

—Hemos indagado bastante en su historial, y por lo que hemos averiguado, fue militar, policía, se quedó huérfano joven y su esposa murió asesinada a los tres años de casados.

—Vaya, la mala suerte lo persigue.

—Eso parece. Estuvo acudiendo a varias terapias por estrés postraumático tras venir de varias misiones, y hasta hace unos meses acudía a otra tras el asesinato de su mujer.

—Su hipotálamo debe ser como ir de excursión para nosotros. Tiene bastante material con el que trabajar.

—Y no solo eso. Algo me dice que podemos usar la relación sentimental que los une en nuestro beneficio.

Cerenka lo miró interrogante, y él asintió, de forma enigmática. Ella siguió estudiando las gráficas y las imágenes que estaban sucediéndose en la pantalla, mirándolo de reojo, sin comprender del todo lo que se proponía hacer el psiquiatra.

Alan seguía avanzando con sus compañeros hasta que alcanzaron la aldea. El ruido de disparos se oía desde lejos, habían encontrado al enemigo, y la lucha ya estaba en pleno apogeo. Se introdujeron en aquel pequeño reducto de calles y casas hechas de adobe hasta que localizaron el epicentro de la batalla a los pocos minutos. Un grupo de encapuchados disparaba indiscriminadamente contra sus compañeros, que se guarecían donde podían. La situación se tornaba más difícil por momentos. El enemigo conocía técnicas de combate avanzadas, y parecían estar entrenados a conciencia. Alan se replegó junto a Sophie tras los muros de una casa, y los otros soldados se unieron al resto del equipo. Se giró, intentando localizar el origen de los disparos, estudiando cada ventana que se veía desde su posición. Había un francotirador oculto entre aquellas casas que les estaba poniendo en una situación límite, abatiéndolos a una velocidad asombrosa. Estuvo observando cada ventana, cada resquicio, cada brecha..., hasta que lo encontró. Se

ocultaba en una estrecha vivienda de dos plantas y con las puertas y con casi todas las ventanas tapiadas. Era rápido y muy bueno. Más que bueno, su puntería era excelente. Había que detenerlo, o acabaría con toda la unidad en menos de una hora.

—Stone, cúbreme, uno de los tiradores está en esa casa de allí agazapado. ¿Lo ves?

—Sí, vamos, hay que ir a por él.

Se dirigieron a la casa donde estaba el tirador abriéndose paso como podían, entre aquella cruel y desigual batalla, adentrándose en las callejuelas, ocultándose. La mayoría de las viviendas estaban tan pegadas unas a otras que había que extremar las precauciones, por temor a que más francotiradores estuviesen apoyando al principal desde alguna de aquellas ventanas. Dieron varias vueltas por aquella zona, resguardándose de los disparos, y vigilando la presencia de enemigos hasta que la encontraron. Sophie clavó sus grises ojos en él al ver que habían tapiado la puerta.

—¿Cómo entraremos, Wood? Es imposible, está todo bloqueado.

—Tenemos que entrar por esa ventana del segundo piso, Stone, es nuestra única opción —dijo, señalando un ventanuco diminuto.

Ella asintió y él la ayudó a subir, impulsándose él detrás tras escalar por la fachada, y entraron con sigilo. Era una vivienda sencilla, apenas había mobiliario y los pocos enseres que sus dueños no se habían llevado en la huida estaban hechos añicos en el suelo.

Fueron deslizándose hacia la segunda planta, donde estaba el tirador, mientras los disparos seguían oyéndose sin cesar conforme ascendían. Al llegar al piso de arriba, Sophie se detuvo y le tocó el brazo, mirándolo atemorizada. Alan siguió el recorrido de sus ojos y a ambos se les congeló la sangre. Había un misil junto a la ventana donde se guarecía el francotirador. Miró a su compañera, y ambos sintieron erizarse hasta la última de sus células. Tras el tirador, había dos hombres más. Eran los encargados de localizar objetivos y dar instrucciones al que disparaba.

Miraron el misil otra vez, sin llegar a comprender qué demonios hacía un arma de ese tipo en medio de aquella aldea. Estaba protegido por varios sacos de arena y tenía algo escrito en un costado, pero no pudieron descifrar el qué. Probablemente lo custodiaban allí hasta que lo transportaran a otro lugar. Alan tragó saliva, estaban en un problema de los gordos, y no sabía cómo solucionarlo. Se posicionaron para disparar, pero ya era tarde. El francotirador los había visto deslizarse por el suelo y abrió fuego contra ellos. El detective notó una detonación a su lado y apuntó, abatiendo a aquellos hombres de forma fulminante antes de que los mataran, activaran el misil o diesen la voz de alarma. Cuando el tercer hombre cayó abatido, miró a sus pies y vio su dispositivo de comunicación destrozado, y lanzó una maldición. Ahora debían buscar a su superior para advertirle de que había que evacuar aquello urgentemente, o morirían todos allí. Se levantó de un salto y gritó a su compañera.

—¡Maldita sea, Stone, muévete o nos matarán aquí!

Pero ella no se movió. Retrocedió, enfadado, dispuesto a arrastrarla de allí si hacía falta, cuando vio el charco de sangre. Cayó de rodillas a su lado, dándole la vuelta. La chica tenía la mirada perdida y un boquete en el pecho. Ya no se podía hacer nada por ella, estaba muerta. Retiró la mano del cuerpo de Sophie y miró el rastro de sangre que había dejado en su piel y en su ropa. Era la sangre de una compañera, de una amiga.

Se quedó allí, de rodillas, con el cadáver de aquella valiente mujer entre sus brazos.

Con cuidado, le vació uno de los bolsillos, donde todos llevaban la foto de algún familiar o de su pareja. Ella portaba una foto en la que posaba en una playa abrazada a un chico de ojos risueños y amplia sonrisa. Le dio la vuelta y leyó la inscripción. «Gregory y Sophie, primer aniversario». Recordaba al joven cuando salieron de la terminal rumbo hacia esa misión. Sophie y él se habían dado un largo beso y se habían abrazado con fuerza.

Su madre también había acudido a despedirle ese día. Durante todo el trayecto hasta la terminal estuvo interrogándolo, como siempre hacía cuando le enviaban a alguna de las campañas, sobre las razones que empujaban a su único hijo a arriesgarse con un trabajo tan peligroso. Cada semana elaboraba una extensa lista de profesiones que él podría desempeñar y se la recitaba mientras él conducía. Esa mañana estaba especialmente insistente, y el viaje se había convertido en una agonía. Ni siquiera se había dado por vencida cuando él subió el volumen de la radio varias veces para no escucharla, agobiado ante los catastróficos datos que ella había estado recopilando sobre el índice de mortalidad de cada uno de los trabajos en los que él había mostrado algún interés la semana anterior. Esas últimas semanas, además, se había dedicado en cuerpo y alma a elaborar otra lista paralela de las parejas que él había tenido y cada noche le sometía a un cuestionario exhaustivo sobre las razones que le habían llevado a romper con aquellas chicas hasta que él salía huyendo con cualquier excusa. Supo después que por ese entonces ella ya sabía que estaba enferma y quería asegurarse que su hijo no estuviese solo cuando ocurriese el fatal desenlace. Pero él estuvo solo cuando todo eso ocurrió.

La sala donde esperaban para embarcar en el avión estaba repleta esa mañana de gente. Su madre estaba esperando junto a él cuando habían contemplado cómo se despedían Sophie y su pareja. La mujer se quedó mirando hacia ellos y después se giró hacia su hijo.

—Ojalá un día encuentres al amor de tu vida, Alan. Espero que te enamores y seas muy feliz.

—¿Una pareja? ¿Para qué?, ¿para que me vuelva loco como tú? No, gracias. Contigo tengo bastante. —Se carcajeó él.

Ella le había dado un leve golpe en el brazo, haciendo tintinear la colección de

pulseras que tenía en sus muñecas, y había resoplado, divertida.

—Deberías empezar a tomarte en serio alguna de tus relaciones, cariño.

—Por favor, no empieces. Ya encontraré a la chica perfecta para mí, no te preocupes.

—¿A la chica perfecta? Y si no la encuentras o no existe, ¿qué harás?

—Pues la seguiré buscando hasta que aparezca. Tarde o temprano aparecerá en mi vida, y sabré que es ella.

Su madre había ladeado la cabeza, con una sombra de preocupación.

—Pero, Alan, cariño..., es que no quiero que te obsesiones con alguien que quizá no existe. No te hagas daño a ti mismo de esa manera.

—No lo haré, te lo prometo.

—Es que quiero que seas feliz, hijo. ¿Por qué no seguiste con Melissa?

—Porque no era la mitad que me faltaba para sentirme completo. Necesito alguien que me empuje hasta el límite, que me haga sentir que estoy vivo. Eso es lo que necesito, mamá. Y..., por cierto, no se llamaba Melissa, sino Samantha. Melissa era su hermana.

—Claro, es verdad —dijo, poniéndose la palma de la mano en la frente—, siempre las confundo. Eran gemelas, ¿no?

—Sí, eran gemelas. —Miró a su madre con una sonrisa traviesa—. Y yo también las confundí una vez, no creas. —Se quedó pensativo—. Si no llega a ser por el *piercing*, ni me hubiese enterado de que no era Samantha. La verdad es que esa pequeña bola de acero me dejó bastante desconcertado. Bueno, desconcertado al principio... y encantado después.

Su madre le hizo un gesto, sin comprender, hasta que Alan le sacó la lengua, con gesto burlón. La mujer abrió mucho los ojos, riéndose escandalizada, mientras su hijo estallaba en carcajadas ante su cara de estupor.

—Vas a acabar conmigo, de verdad.

—Es que es muy fácil tomarte el pelo, mamá. —Negó con la cabeza—. Jamás he estado con Melissa, tranquila. Aunque su *piercing* es legendario, eso sí. Josh salió con ella varias veces y me contó que...

La mujer le dio un manotazo en el brazo para que se callara y Alan se puso el petate a la espalda, riéndose aún, mientras ella miraba hacia todas partes, azorada, temiendo que alguien los hubiese escuchado. En ese momento avisaron que iban a salir y le dio un abrazo muy fuerte.

—Adiós, Alan. Ten mucho cuidado, por favor. Eres lo único que tengo, recuérdalo.

—Volveré, mamá, te lo prometo.

Su mente se fundió a negro durante unos segundos y visualizó una habitación de hospital y a su madre tendida en una cama, moribunda. Estaba demacrada, la enfermedad había devorado su organismo y apenas quedaba nada del cuerpo vigoroso que un día la caracterizó. Se empezó a angustiar ante el recuerdo. Habían sido unos

meses devastadores. El proceso había sido fulminante, y eso lo había sumido en un estado de angustia que no remitía, viendo cómo ella se consumía y él no podía hacer nada para evitarlo. Recordó las visitas a los especialistas, las sesiones con fármacos experimentales, las noches en vela, las visitas nocturnas a urgencias... Fue una época terriblemente dura. Prácticamente cada semana le hacían un diagnóstico peor que el anterior, hasta que se abría un rayo de luz y un medicamento parecía funcionar. Entonces se llenaban de proyectos y esperanzas, hasta que volvían a caer en el abismo cuando su cuerpo no respondía como se esperaba.

Una tarde su madre le había tomado del brazo al salir de una de las consultas mientras él le explicaba una nueva técnica que se estaba llevando a cabo para atacar las células que la aniquilaban por dentro. Le había puesto el dedo en los labios y dado un beso en la mejilla, apoyando la cabeza en su hombro.

—Vamos a disfrutar el tiempo que nos quede juntos, cariño.

Y eso hicieron. Disfrutar cada segundo como si fuese el último, hasta aquel atardecer.

Se vio a sí mismo sentado en el hospital junto a ella, tomándola de la mano mientras un equipo de médicos entraba en aquella habitación.

—Lo siento, ya es la hora. Procederemos a desconectarla, según sus deseos.

Él asintió y agarró la mano de su madre con fuerza, mientras lloraba en silencio, asumiendo que en unos minutos ella dejaría de existir y él estaría completamente solo en el mundo. A carició con suavidad la mano de la mujer que le había dado la vida y musitó, aún sabiendo que ella ya estaba lejos de allí:

—Te quiero, mamá.

Volvió a sentir la oleada de tristeza y pérdida que ella le dejó, e inspiró profundamente, preparado para lo que vendría a continuación. El pitido que marcaría el final de su vida, los sanitarios llevándose su cuerpo. El funeral, las palabras de pésame, las coronas de flores, gente hablando a su lado sin cesar, mientras él sentía que el mundo se hundía bajo sus pies. Pero en ese preciso instante ocurrió algo extraño. Notó un abrazo cálido envolviéndole y la oscuridad lo invadió todo, evitando que él tuviese que revivir la escena otra vez, y oyó la voz de Elena, lejana:

—No tienes que volver a pasar por esto, cariño.

La imagen de su madre desapareció, diluyéndose como gotas de agua.

En el laboratorio, Cerenka se tapó la boca con la mano, observando el monitor de Alan. Davies se acercó hasta ella, y estudió las pantallas.

—¿Qué ocurre?

—No puede ser. Iba a probar con el detective la terapia de reorientación de las emociones a través de los movimientos oculares, y algo ha fallado.

—¿Cómo que ha fallado?

—Sí, había conseguido detener el recuerdo del combate para centrarme en la pérdida

de su madre. Le había sonsacado mediante hipnosis los aspectos que le habían afectado más. Quería interrumpir los movimientos oculares que hacía cuando recordaba esa escena y orientarle a procesar ese trauma, pero algo lo ha interrumpido. No sé qué ha podido ser.

—¿Has probado el experimento por las tres vías?

—No, estaba probando solo la visual. Estaba a punto de que los dos hemisferios del cerebro se conectaran para disminuir la carga emocional de esa escena, cuando todo se ha detenido de forma repentina. No sé qué ha ocurrido, Davies. Es como si su inconsciente se hubiese cerrado para nosotros.

—Sigue probando con el recuerdo del combate, y probaremos la desensibilización por saturación de imágenes. Por lo que sabemos, aquel misil estalló y murieron varios hombres. Alan estuvo dos meses en el hospital en estado grave y estuvo a punto de perder un riñón. Veamos qué podemos recrearle.

—¿Estás seguro de que guarda un trauma con eso? En los informes leí que el ejército llevó a cabo con él una terapia de conducción de las emociones y que había logrado neutralizar esos recuerdos.

Davies no le contestó, solo siguió observando los monitores de ambos. Borrar el recuerdo traumático del detective no le preocupaba en absoluto en ese momento. Él estaba pensando otra cosa, tenía una corazonada y quería comprobar si estaba en lo cierto.

Alan volvió de la negrura que lo había envuelto y apareció otra vez en la aldea, aturdido, sin saber qué estaba ocurriendo. Entonces vio el cuerpo de Sophie sobre sus piernas y el misil a sus espaldas. Salió sigilosamente de allí, cuidando que no lo descubrieran, y saltó por la ventana, andando por aquellas estrechas calles. El enemigo y su unidad libraban una brutal batalla cuerpo a cuerpo. Mientras intentaba localizar a su superior para advertirle que evacuaran cuanto antes, se topó con los cadáveres de los hombres que iban esa mañana en el camión con él. Los habían acuchillado, y su sangre se mezclaba en la arena en una alfombra siniestra. Localizó a su superior cerca de la plaza central, espetando órdenes a un grupo de soldados que no cesaban de abrir fuego. Empezó a avanzar para advertirles, debían desactivar aquella arma o volarían todos en pedazos. Buscó a su superior, que, bendita suerte, miraba hacia él en ese momento, y le gritó, tan fuerte como pudo entre aquel estruendo de balas:

—¡Misil! ¡Hay un maldito misil aquí! ¡Hay que evac...!

No pudo decir más porque en ese instante sintió una enorme bola de fuego abrasando la aldea y un calor inmenso le atravesó el cuerpo. El misil había explotado, y las llamas fueron abriéndose paso, destrozando todo lo que encontraban en su camino. Alan notó un aguijonazo afilado que le atravesó el costado izquierdo y siguió hurgando dentro de su cuerpo, mordiéndole los órganos. Un potente grito salió de su garganta. Se

subió la chaqueta, resoplando, para examinarse la herida, y todo empezó a dar vueltas al ver un boquete en forma de media luna que iba desde el costado hasta el abdomen y terminaba en la ingle. Era peor de lo que se había imaginado. Le habían dado en el riñón, estaba seguro, y cerró los ojos para mitigar aquella espantosa agonía. Le dolía. A aquella herida le dolía muchísimo, y apenas podía respirar. Sabía que no podía gritar o lo descubrirían. Pronto el sudor perló su frente y su nuca. Se quitó una manga de la chaqueta y la mordió con fuerza cuando algo ardiente, como un metal al rojo vivo, le taladró el interior. Cerró los ojos, concentrándose en su respiración, intentando engañar a su mente para que su cuerpo aguantara un poco más, pero fue inútil. No iba a aguantar mucho tiempo así, se estaba muriendo. En ese momento vio dos aviones sobrevolando la zona, pero no supo distinguir si eran británicos, aliados o enemigos. La oscuridad empezó a adueñarse de él, y supo que iba a perder el conocimiento. Resopló, aguantando otra punzada de dolor, consciente de que iba a morir allí, en esa polvorienta calle, apoyado en un muro destruido por las balas, lejos de casa y completamente solo. Pensó en su madre, pidiéndole perdón porque esta vez no volvería a casa, como le prometió. Miró hacia el frente, y empezó a cerrar los ojos. Hasta que algo le hizo abrirlos de golpe.

En medio de aquella aldea recóndita, caminando entre aquel caos de explosiones y fuego, apareció Elena. Él no supo reaccionar mientras la veía avanzar hacia él sin molestarse en protegerse de las llamaradas. Cuando se acercó, se agachó a su lado, contemplando sus heridas. Sus ojos se detuvieron en el agujero del costado y se tapó la boca, asustada. Acababa de descubrir el terrible origen de la cicatriz que ella había recorrido con los labios sobre aquella mesa en la sala de reuniones.

—Cielo santo, Alan...

—¿Elena?, ¿qué haces aquí?, ¿qué es... Qué es todo esto?

—Nos atraparon en los laboratorios antes de que pudiésemos cruzar la puerta de cristal. Nos han capturado y han empezado los experimentos con nosotros.

—¿Qué? ¿Esto es una prueba? —preguntó, confuso.

—Sí. Han recreado este recuerdo traumático para ti.

Miró a su alrededor, contemplando soldados heridos, enfrentamientos, gritos desesperados, y volvió a clavar la vista en ella.

—Pero esto es real, Elena. Todo esto ocurrió de verdad.

—Lo sé, claro que es real. Están dirigiendo ese recuerdo para saber cómo reaccionas. Te lo van a mostrar cuantas veces quieran para desensibilizarte ante esas escenas. Vas a tener que ver morir a tus compañeros y a volver a revivir la agonía de cuando te hirieron todo el tiempo que a ellos les apetezca, pero no lo conseguirán. Mientras yo esté aquí, contigo, no pueden hacer nada para herirte.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy dentro de tu inconsciente gracias al canal que creamos. En cuanto percibo que

pueden herirte, te aparto del escenario, haciéndote despertar dentro de tus sueños para que el experimento no avance. Son sueños lúcidos. Es la única forma que existe para que detengan la prueba.

Alan asintió, con gesto grave, y ella miró hacia su costado.

—Desde que aparecí ya no te duele, ¿verdad?

Él se quedó estupefacto al darse cuenta de que no sentía dolor alguno. Se levantó la camiseta y observó su herida, ya cicatrizada. Miró a su alrededor, y la aldea en llamas desapareció en leves motas de arena. Ya no había fuego, ni explosiones, ni cadáveres ni soldados gritando de dolor. En su lugar apareció el bosque de Sandara, y ellos se vieron rodeados de árboles, con una suave luz bañándolo todo y los sonidos de la arboleda como escenario. El efecto fue deslumbrante.

—Elena... ¿Qué...?, ¿cómo has conseguido que?

—No conseguía que te despertaras, como hiciste antes con el experimento del recuerdo de tu madre, así que he creado una especie de urna protectora dentro de mi mente y te he metido dentro para protegerte. —Le mostró una amplia sonrisa—. Estás en mi inconsciente, no en el tuyo. Aquí no pueden herirte, Alan, estás a salvo. No sé cómo lo he hecho, pero lo importante es que puedo hacerlo. Eso significa que, aunque nos hayan capturado, podemos seguir haciéndoles frente. Aún podemos vencerles, Alan, aún podemos hacerlo.

Él posó una mano en su nuca, atrayéndola hacia él, y la besó. Nunca la había querido tanto como en ese momento. Era asombrosa, no había otra como ella.

—Elena, tenemos que trazar un plan, hay que salir de aquí.

Oyeron chasquidos amortiguados, y ella compuso una expresión de alerta.

—Sí, y de prisa. Tengo que irme, es mi turno para el experimento. —Inspiró—. Sé que te van a atacar por varios frentes, así que estaré atenta para que no te ocurra nada, pero no puedo asegurarte que no sufras. Todo esto es nuevo para mí, y no sé hasta dónde seré capaz de protegerte.

Se levantó y se separó unos metros de él, con una leve sonrisa, empezando a desvanecerse.

—Alan... —Se quedó en silencio, mirándole con ternura—. Siento no habértelo dicho antes. Yo también te quiero. —Sonrió—. Y con todo el corazón.

El detective sintió cómo la última pieza de su corazón acababa de colocarse en su lugar. Ella le sonrió y le hizo una señal de despedida con la mano y se disolvió en una nube de motas. Antes de que se desvaneciera, él exclamó, por encima del ruido de las motas:

—Te quiero, Elena. Que no te hagan dudar de eso. No lo olvides jamás.

Confió en que escuchara esa última frase. Si habían caído en manos de los laboratorios, podrían esperar cualquier cosa, y a ella la iban a atacar por ese lado, estaba

seguro. El bosque se fue diluyendo ante sus ojos poco a poco, y en su lugar apareció una densa oscuridad. El experimento de Alan había concluido, y los laboratorios no habían conseguido su propósito.

Tras la cristalera, los técnicos no daban crédito. Cerenka y Davies revisaban los monitores que controlaban la actividad cerebral de la pareja.

—¿Estás viendo esto, Davies? Es como si ella se hubiese conectado a la parte inconsciente de él. La mente de Alan se ha parado y la de ella estaba registrando una actividad atípica. ¿Qué significa todo esto?

—Elena se ha introducido en su inconsciente y ha detenido, no solo la recreación, sino el propio sueño de Alan. —Se quedó pensativo unos instantes—. A caba de mostrarnos el camino, Cerenka. Sé exactamente por dónde podemos colarnos en su mente —dijo, esbozando media sonrisa.

El detective se despertó y se encontró atado a una camilla en una sala blanca. Movié los brazos, pero fue inútil, lo habían atado con correas para impedirle cualquier movimiento. Parpadeó, acostumbrándose a las luces de los potentes fluorescentes que lo cegaron durante varios segundos. Miró hacia todos lados, y sus ojos se posaron en una enorme cristalera circular tras la cual se hallaban Davies y más técnicos. Se quedaron mirándose en un claro desafío. Se giró y vio a Elena a su lado, inconsciente, con un grueso hilo de sangre brotándole de la nariz y del oído. Debajo de su camilla, un charco rojo no cesaba de crecer. Un grito se abrió paso en él al darse cuenta de la realidad. No iban a poder vencerlos, como le había dicho en el sueño. Ella iba a morir allí, y él iba a tener que presenciarlo.

La prueba de Elena estaba a punto de comenzar. Un técnico le pinchó algo frío que le subió por el brazo y se quedó dormida en el acto. Davies sería el encargado de dirigir el experimento, ya que quería comprobar hasta dónde podía protegerse si se estimulaban repetidamente los puntos que ella había guardado en su memoria de recuerdos traumáticos. Cerenka se colocó a su lado.

—¿Qué vas a hacer?

—Estoy buscando su peor recuerdo. Sé que asesinaron a su padre, así que espero poder experimentar con eso.

—Quizá lo haya borrado de su memoria, sabes que, ante los recuerdos de mayor violencia, el cerebro se protege bloqueándose.

—Lo sé. El estrés provoca que la atención y la percepción disminuyan, y por ello muchos sujetos no fijan esas imágenes en su memoria de forma correcta. A veces, simplemente, encajan las piezas de forma equivocada, mezclando datos del antes y el después, creando una especie de historia paralela al suceso, para no tener que vivirla una y otra vez en su cabeza.

—Y vas a intentar averiguar si eso ha pasado con su padre, haciéndole sacar ese recuerdo a la luz, ¿no es así?

—Exacto. Necesitamos que su inconsciente funcione a plena potencia.

La prueba comenzó. Estaba en el bosque. Hacía una semana que los hombres de Corso parecían haber relajado su búsqueda, y ella aprovechó para hacerle una visita a su padre a la cabaña, ya que hacía casi dos meses que no se veían. Se habían echado mucho de menos. Su padre la había abrazado con fuerza en cuanto la vio llegar, y entraron juntos a la vivienda. A ella le reconfortó ver que todo estaba tal y como lo recordaba. Aprovechó para coger unas cuantas cosas y, cuando volvió, vio a su padre preparando un revuelto de setas que había cogido esa misma tarde como menú de bienvenida. Era su plato favorito, y sonrió agradecida.

Se sentó a la mesa y se sirvió un vaso de limonada, mientras él terminaba de dar varias vueltas en la sartén al revuelto mientras le anunciaba que iban a salir del bosque en breve. Había conseguido que alguien en la capital les falsificara los pasaportes y debían planear la huida con cuidado. Ya lo tenía casi todo preparado, ella se iría primero y él se quedaría para despistarlos. Estaban emocionados con todo aquello, por fin se veía la luz al final de aquel oscuro túnel.

—Elena, la próxima semana saldrás por la salida de la montaña y nos reuniremos en la capital.

—De acuerdo. ¿Adónde iremos, papá?

—A cualquier sitio, cariño. Cualquier sitio será mejor que esto. ¿Recuerdas el lugar que trazamos la otra vez?

—Sí, claro. Alquilaré una habitación en aquel hostel, esperaré unos días e iré a objetos perdidos en la estación de trenes. Preguntaré si alguien ha encontrado una vieja máquina de escribir y la recogeré.

—Exacto. Escribiré en el rodillo la dirección, el día y la hora en la que nos encontraremos. Te he dejado dinero suficiente en el refugio del pinar para que puedas pagar la habitación y hacer frente a pequeños gastos esos días.

—Sí, no te preocupes, me las apañaré. —Suspiró—. Entonces..., ¿es cierto?, ¿nos vamos de verdad?

—Sí, Eli, sí.

El hombre la miró emocionado, y ella se acercó a abrazarlo, pero se quedó a apenas un metro de él, porque en ese instante oyeron una de las alarmas. Se miraron, algo inquietos, pero sin sobresaltarse. Los animales solían accionarlas cuando pasaban cerca de ellas para curiosear. Elena le hizo un gesto, quitándole importancia, y abrió el cajón de los cubiertos para poner la mesa.

—Habrá sido un animal, papá, no te preocupes. Nunca vienen de noche, es demasiado arriesgado.

Él no dijo nada, solo se quedó con la sartén en la mano, mirando hacia la ventana. Su intuición nunca le fallaba, y se le había puesto la piel de gallina. Entonces sonó el segundo aviso. Padre e hija se quedaron sin una mota de oxígeno en ese instante, aquello no era una casualidad. Arrojaron todo sobre la encimera, la sartén, los cubiertos y los vasos, y salieron corriendo.

—Al refugio, Elena. Deprisa.

La chica salió como una exhalación de la cabaña y empezó a correr por el bosque. Tenía que llegar al refugio de los Tilos antes de que la atraparan. Era un conjunto de árboles que medían casi veinte metros de altura. Estaban unos junto a otros, de una forma tan enmarañada que ella había podido instalar una pasarela entre ellos, ampliando el escondite. La altura y lo intrincado del ramaje hacían casi imposible que se distinguiera nada desde el suelo. Al llegar allí, su padre la hizo detenerse.

—Sube, corre. Yo los distraeré. Toma, coge la escopeta, llévatela.

—Pero, papá...

—Haz lo que te digo.

La joven subió agarrándose a unas muescas disimuladas que le había hecho al tronco y llegó arriba con el arma a cuestas. Observó a su padre, que aún corría para ponerse a salvo. Oteó alrededor, y lo vio. Era Corso, acompañado de dos hombres más. Quiso advertirlo, pero no podía hacerlo sin descubrirse. Empezó a temblar, tapándose la boca, rogando para que llegase a tiempo, aunque ya sabía que no lo lograría. Esos indeseables estaban demasiado cerca y eran veloces. La voz del inspector tronó por la arboleda:

—¡Blasco! ¡Detente!

Los hombres se abalanzaron sobre él, y Corso empezó a golpearlo. Pudo oír los alaridos de su padre desde la copa del árbol.

—¡Basta! —gritó ella.

El policía empezó a emitir una carcajada siniestra, mientras movía la cabeza en todas direcciones, buscándola.

—No vamos a parar, gatita salvaje. Vamos, sal de dónde estés, o lo lamentarás.

Empezaron a golpear a su padre con más fuerza, y pudo ver el destello de un cuchillo de caza.

—¡Sal de tu escondite, Elena, o degollaremos a tu papáito!

Ella no se lo pensó. Cogió la escopeta y apuntó al policía a la cabeza, temblorosa, y disparó, pero la bala se incrustó en un árbol cercano. El hombre se quedó traspuesto, y le asestó una puñalada a su padre en la pierna, haciendo que gritara, doblándose por el dolor. A partir de ahí, el sueño empezó a vibrar, y la mente de Elena se fundió a negro. En el laboratorio, Cerenka observaba los monitores con gesto de enfado.

—Lo ha bloqueado. Aquí hay algo, hemos seguido la conexión y algo ha fallado.

—Volvamos a soltar una descarga en esa zona hasta saber qué ocurre.

—Podemos causar un grave daño, y ella puede defenderse.

—Nunca lo sabremos si no lo probamos.

En la camilla, Elena empezó a revolverse nerviosa, aún inconsciente. Un técnico se acercó y empezó a darle descargas, mientras ella mordía el protector bucal y se revolvía con furia. El sueño volvió de nuevo, en el mismo punto, y tuvo que ver la cuchillada a su padre una vez más.

—¡Tengo toda la noche, Elena, te lo advierto!

Empezó a sollozar, incapaz de pensar con claridad. Aquello no podía estar pasando, no podían estar matando a su padre delante de ella. A puntó otra vez y volvió a disparar. Aquella vez le acertó en una pierna al inspector, que soltó un alarido, tapándose la herida, maldiciéndola. Había estado cerca, solo tenía que afinar un poco más la puntería y acabaría con él.

«Vamos, apunta otra vez y dispárale», pensó para sí.

Los otros hombres empezaron a buscarla con desesperación, apuntando y disparando a varios árboles cercanos. Se estaban aproximando demasiado, era cuestión de minutos que la localizaran. Ella les apuntó y les disparó, alcanzando a uno en la espalda, cerca del hombro, y al otro en la pierna. Los tipos gritaron y salieron corriendo de allí. Pero Corsc no lo hizo. Se quedó mirando fijamente un punto del bosque, creyendo que ella estaría allí. Tomó el puñal y se lo puso a su padre en el cuello, amenazante, y ella tembló. Entonces comenzó a interponerse una imagen en su cabeza, a gran velocidad, como si su mente no quisiese revivirla otra vez. Notó una descarga y la imagen volvió a su cabeza, ralentizada. Su mente estaba intentando bloquearla, mientras el laboratorio se empeñaba en enseñársela, hasta que las imágenes empezaron a superponerse. Gritó, revolviéndose en la camilla con cada nueva descarga eléctrica. Notaba las gotas de sudor resbalando por su frente. El dolor era insoportable, y un torrente de bilis le subió desde el estómago.

—¡Soltadle las correas y dadle la vuelta! —gritó alguien en la lejanía.

A flojaron las correas, ella se giró rápidamente hacia un lado y vomitó sobre el charco de sangre del suelo. Vio la sábana manchada de sangre también, y se tocó la nariz, que goteaba en un continuo torrente. Estaba mareada, muy mareada, y con los sentidos entumecidos. Apenas podía respirar y tenía arcadas. Bajó la cabeza, controlando su respiración. Inspiró y espiró despacio, con lágrimas en el borde de las pestañas. Tenía frío, mucho frío, y le dolían los músculos, su cuerpo entero temblaba en sacudidas involuntarias. Levantó la vista y vio a Alan a unos metros, inconsciente y atado a la camilla. Intentó llamarlo, pero volvió a marearse y cerró los ojos. Bajó la cabeza, y su brazo se deslizó, balanceándose. Un técnico se acercó hasta ella, obligándola a beber agua con limón, y las arcadas cesaron. Alzó la vista hacia el detective, pero volvió a marearse. Descendió la cabeza en el momento en que un pequeño torrente de sangre salpicó el suelo, y pudo hacerse una idea de cómo iban a ser sus últimas horas.

—Quizá deberíamos parar, está bastante indispuesta —dijo un técnico desde la cristalera.

—No. Solo se ha mareado, hay que seguir. Dejadla sin las correas, por si acaso —ordenó Davies.

Notó cómo volvieron a pincharle algo en el brazo y la oscuridad reinó de nuevo. La escena volvió casi donde la había dejado, y siguió superponiéndose, mientras seguían las descargas y dos pares de brazos la inmovilizaban. Su inconsciente seguía negándose a visualizar aquella terrible escena. Las descargas cada vez iban aumentando de intensidad, y notaba su corazón palpar con furia. Intentó conectar su inconsciente al de Alan, para refugiarse allí, tal y como había hecho antes con él, pero cada vez que veía el canal abrirse, una nueva descarga la sacudía por completo.

«Alan, por favor, ayúdame».

Una nueva descarga.

«Alan, por favor...».

Más descargas.

«Alan...».

Se desmayó. Entonces notó una descarga fortísima, un dolor en la cabeza intenso y agudo y la imagen volvió con toda su fuerza. Se hizo un inmenso silencio en su cabeza. Ahora lo recordaba todo. Pudo verse a sí misma en la copa de aquel árbol. Tomó la escopeta y apuntó al pecho de Corso, disparando una sola vez. Pero el proyectil que debía haber matado al inspector se desvió su objetivo por cuestión de centímetros y fue a parar al pecho de su padre, que cayó desplomado, con una herida roja en el corazón.

Un grito desgarrador se abrió paso en ella, desvelando aquella verdad que su mente se había negado a aceptar. Había matado al hombre que la había protegido y querido desde niña, por error. Intentó matar al inspector y falló el tiro. Su mente no pudo recordar aquella escena y la relegó a un lugar remoto, pero ahora aquella verdad había salido a la luz en toda su inmensidad. Ella era la asesina de su padre, no Corso. Ella. Ella fue la asesina de su padre.

Su mente se bloqueó y volvió a fundirse a negro. Oyó sus propios gritos de fondo, en el laboratorio. Se le estaba pasando el efecto del tranquilizante. Abrió los ojos y vio a Davies y a un grupo de técnicos tras la mampara, hablando entre ellos. Miró al guardia que tenía a su lado, distraído, mirando hacia los técnicos. No se lo pensó dos veces. Se incorporó de un salto, le arrebató el arma y apuntó a la cristalera, soltando una ráfaga de disparos contra ella. El cristal se hizo añicos mientras los técnicos se guarecían como podían. Cuando terminó con la munición, arrojó el arma contra Davies y su equipo, que la miraban atónitos, mientras los guardias se abalanzaban sobre ella.

—¿Cómo habéis podido? ¡Malnacidos! ¡Juro que voy a acabar contigo, Davies!, ¡voy a matarte con mis propias manos!, ¡voy a ir a por todos vosotros!, ¡os mataré uno a uno! ¡Lo

juro por mi vida!, ¡os voy a matar a todos!

Entraron más técnicos en la sala y la inmovilizaron en la camilla, inyectándole un calmante, y la chica cayó rápidamente en un profundo sopor, mientras los técnicos se miraban unos a otros, alarmados. Excepto Davies, que volvía a contemplar los monitores, con expresión airada, sin poner atención a nada más. Uno de los técnicos miró hacia Cerenka, que aún estaba conmocionada por los disparos. La mujer salió de detrás de la columna, haciendo un gesto de calma al grupo para que retornasen el trabajo cuanto antes.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó un técnico.

—Elena había almacenado un recuerdo traumático en una parte de la memoria donde permanecía inaccesible. Es la amnesia psicógena. Su mente no podía soportar la carga emocional de ese hecho y lo ocultó. Estoy seguro de que ha guardado más, y vamos a forzarla para que los vaya sacando, tenemos que ver cuántos son para que luego los vaya eliminando uno a uno —intervino Davies.

—¿Crees que lo hará?

—Tenemos que probarlo.

En la negrura en la que se hallaba, Elena pudo tomar el control de su mente otra vez, sin perder un solo segundo. Sabía que iban a buscar más recuerdos traumáticos en su cabeza para forzarla a borrarlos. Pero decidió que no iba a hacerlo. No podía permitirlo. Eran sus recuerdos, su vida, lo único que le quedaba, y ellos no iban a manipularlos. Visualizó todos los recuerdos que ella consideraba importantes y los apartó para blindarlos en la parte más remota de su mente y que ellos no pudiesen acceder a ellos.

Localizó todos, uno por uno, y empezó a protegerlos. La primera noche sin su padre, a Samuel, a Matilda, la muerte de sus amigas. Fue cubriéndolos con una espesa pátina blanca. Después buscó todos los relacionados con Alan. Esos eran los que debían ser escondidos con mayor cuidado, así que protegió todo lo relacionado con él. Las noches en el hotel, el encuentro en el bosque, la noche que durmieron juntos en el refugio de Sandara, abrazados, antes de que ella se fuera. Todos los besos, las miradas, las caricias... Todos los sueños que le envió. Aquel mágico momento en la sala de reuniones. Todos esos recuerdos eran privados, les pertenecían a ellos, solo a ellos. A nadie más.

Ocultó celosamente el primer sueño que tuvo con él, la misma noche que llegó al valle. Ese era el más importante. Gracias a ese sueño empezó todo. Era el más personal y el que mayor protección merecía. Se preguntó a sí misma qué habría pasado si no lo hubiese soñado. Seguramente ni siquiera lo habría salvado en el bosque aquella noche, porque a raíz de aquel sueño fue cuando ella decidió ayudarlo, y a preguntarle insistentemente a Samuel por él.

Lo cubrió hasta que le dolió la cabeza. Capa tras capa, hasta que comenzó a sangrar copiosamente por la nariz.

En el laboratorio, Cerenka martilleaba el suelo con sus tacones, nerviosa.

—Está haciendo algo. Algunas conexiones neuronales se están bloqueando. ¿Qué rayos está haciendo?

—No lo sé, pero fíjate cómo está brillando el hipotálamo. Está en medio de algo, y lo está haciendo a conciencia. Hay que despertarla. Interrúmpela.

Un técnico se acercó y le pinchó epinefrina. Ella se despertó sobresaltada, mirando hacia todos lados, confusa, limpiándose la sangre de la nariz con la manga hasta que su mirada y la del psiquiatra se cruzaron.

«Ya no podrás tocarme. Puedes intentarlo hasta matarme, pero jamás jamás, conseguirás lo que quieres», pensó para sí.

Davies se inclinó, mirando hacia la sala de experimentación y fijando la vista en Elena, meditando. Una idea estaba formándose en su mente. Algo que le había visto hacer antes, mientras experimentaban con el detective. Elena lo miró con desconfianza. Algo en sus ojos le decía que planeaba algo. No sabía qué se proponía, pero no podía ser nada bueno. El psiquiatra se dirigió a Cerenka sin despegar sus ojos de la chica.

—Vamos a acceder a su inconsciente, Cerenka. Ya nos ha mostrado el camino antes, lo haremos a través de Alan. Al protegerle en su experimento anterior, nos ha demostrado que su inconsciente y el de él están conectados.

La mujer lo miró curiosa.

—¿Es eso posible?

—Creo que la mente de esta chica es capaz de hacer lo que hasta ahora era imposible. Y lo está logrando sin apenas esfuerzo. Estamos escribiendo la historia, compañera. Esto es algo que nadie ha hecho hasta ahora, y lo vamos a hacer nosotros. Nuestros nombres estarán grabados en la historia de la psiquiatría para toda la eternidad.

—Entonces, empecemos, no hay tiempo que perder.

El tranquilizante inundó el sistema nervioso de Elena en cuestión de segundos, apartándola de la rabia y el inmenso dolor que sentía tras descubrir la terrible verdad que su mente había guardado para protegerla de ella misma. Antes de caer en la inconsciencia, se giró en el último instante hacia el detective, que reposaba en la camilla de al lado, e intentó llamarle, pero solo alcanzó a decir la primera letra de su nombre antes que la oscuridad lo invadiera todo y ella cayera en el abismo de los sueños.

Tras la cristalera, Davies contemplaba la escena con expectación. Querían probar hasta dónde podía llegar la conexión de la pareja. Indujeron al detective al sueño y esperaron hasta que empezó a haber movimiento en el cerebro del detective. Ya estaba soñando. Esperaron varios minutos y el de la chica también respondió de la misma manera. La conexión ya estaba hecha, y Davies se giró hacia su equipo.

—Hemos descubierto en el historial de Alan que estuvo casi un año asistiendo a terapia para superar la muerte de su mujer. En el informe, se decía que el detective aún

tenía pesadillas recurrentes con aquel suceso cuando abandonó las sesiones. Estoy convencido de que aún sigue teniéndolas, y vamos a usarlo en su contra.

—Y supongo que vas a recrear el escenario del asesinato.

—Algo así. —La miró de forma enigmática—. Ya lo verás.

Uno de los técnicos se colocó al lado del detective, susurrándole para guiar su sueño en la simulación:

—Estás en Londres, Alan. Has salido temprano de la comisaría y te has citado con tu esposa para comer en un restaurante cercano. Hace frío, y la lluvia te empapa el uniforme. Ves algo en un callejón y te acercas para observar.

El monitor de Alan comenzó a moverse, al igual que sus ojos, tras los párpados. Cerenka tomó la palabra.

—Ya está, Davies. Los técnicos han inducido a Alan para que recree el escenario de la muerte de su esposa, y Elena se ha metido en el sueño para protegerlo. Cree que es su propio sueño, cuando en realidad es el de él.

—Brillante. Y ahora veamos hasta dónde puedes llegar, Elena. Conectadme e micrófono, el distorsionador de voz y acercádselo. Voy a hablarle para introducir mi voz en su sueño. Voy a sembrar la duda en ella a base de preguntas sencillas.

Elena se introdujo en el sueño de Alan sin notarlo. Volvió de la oscuridad y se vio en medio de una ciudad desconocida bajo un cielo gris metálico, casi cubierto de nubes. Las calles estaban llenas de transeúntes que caminaban deprisa para guarecerse de la intensa lluvia que descargaba en ese momento sobre la urbe. Se abrazó para protegerse del intenso frío, y pudo ver cómo pronto el vaho empezó a salir de su boca. Se sentía agotada. El experimento anterior había sido devastador, y aún percibía los músculos de su cuerpo agarrotados tras las descargas. Apenas tenía fuerzas para aguantar una prueba más, pero sabía que debía estar preparada. Davies y su grupo de técnicos no tenían límites en su crueldad, y temía que siguiesen sacando secretos de su cabeza que ella ni siquiera recordaba.

Se preguntó de qué trataría esta nueva prueba. No sabía dónde estaba, y supuso que quizá estaban recreando un escenario nuevo. Aquel sueño era más oscuro y los detalles menos definidos, y se preguntó por qué.

—¿Tú eres Elena? —irrumpió una voz en el sueño.

Ella asintió, buscando el origen, sin hallar a nadie.

—Y tú ¿quién se supone que eres?

—¿Ves a alguna mujer cerca de ti?

Miró a su alrededor e intentó localizar a alguna mujer entre esa marea de transeúntes con aspecto grisáceo. Frunció el ceño. Iba a ser imposible encontrar a nadie entre todas esas personas que parecían oscuras. Era imposible distinguir sus rasgos, parecía que les hubiesen puesto un velo negro por encima.

Siguió avanzando, mirando hacia todas partes, sin hallar a ninguna mujer que pudiera ser a la que se refería la voz. Pero, de repente, como si se abriese un claro en mitad de una tormenta, la localizó. Tenía un aura de luz alrededor que hacía que brillase de una forma absolutamente deslumbrante, destacando entre aquel mar de figuras grisáceas. Era ella, lo sabía.

Elena la miró y esbozó media sonrisa. Era realmente guapa, tenía esa expresión feliz de las personas que sonríen a menudo, y sus ojos azules destilaban confianza. Su pelo castaño estaba sujeto en un desenfadado moño, y caía en suaves ondas al agua alrededor de su rostro. Llevaba varias carpetas bajo los brazos y pequeños rollos de diferentes telas, que intentaba manejar como podía, sin que nada cayese al suelo. Se preguntó a qué se dedicaría. Llevaba un precioso abrigo azul que se ceñía a su silueta como un guante y un paraguas del mismo color la resguardaba de aquel clima. Sus botines marrones martilleaban el suelo con seguridad. Elena miró el cielo, buscando la voz.

—Sí, claro que la veo. ¿Por qué? ¿La conozco?

—Ella es la esposa de Alan, se llama Diana.

A aquella fue la yesca que necesitaba para prender su enfado. Bufó, enfadada, harta de la falta de escrúpulos de Davies y sus secuaces.

—Oh, madre mía, esto es increíble, no sabéis ni qué inventaros ya. ¿De verdad pensáis que voy a creerme eso?

«Intentan separarnos de la forma menos imaginativa que se les ha ocurrido hasta ahora. Pensarán que si consiguen que me crea que tiene una esposa esperándole en Inglaterra, dejaré de protegerle, con lo que él quedará completamente expuesto a los experimentos».

Se giró hacia la mujer otra vez. Se la imaginó casada con Alan, y algo electrificó cada una de sus terminaciones nerviosas, y negó con la cabeza, desechando esa idea. Ella era la única que ocupaba su corazón. Sonrió al recordarlo y observó a la mujer nuevamente. Quizá él hubiese terminado con una mujer así si no la hubiese conocido a ella. Quizá. Una pequeña pregunta surgió en su cabeza durante unos breves segundos.

«¿Y si fuera verdad?».

La ignoró al momento, era demasiado disparatado. Él se lo habría dicho, estaba convencida. Pese a que aún guardaba secretos para ella, le habría contado algo así. No jugaría con ella de esa forma. Aunque..., eso explicaría otras muchas incógnitas. Torció el gesto, convenciéndose a sí misma de que era una trampa de los del laboratorio y que debía estar alerta. Se cruzó de brazos, dirigiéndose a la voz, en tono grave:

—Estás mintiendo. ¿De verdad pretendes que crea algo así?

La voz volvió a retumbar en el sueño, siguiendo su propio rumbo en la conversación, como si no la escuchase.

—La asesinaron durante un atraco. ¿Lo sabías?

—¿Cómo que la mataron...?, ¿de qué estás hablando? —Un músculo tembló en la comisura de su boca.

—¿No lo recuerdas? Lo hiciste tú misma.

—Pero si yo nunca...

Frunció el ceño, dispuesta a terminar con los juegos de Davies, cuando vio un arma tirada en el suelo. Un arma que antes no estaba. Se preguntó qué pretendían realmente con este experimento. Estuvo a punto de despertarse, cuando se detuvo. Con todas las pruebas que estaban haciendo estaba descubriendo su potencial y tenía curiosidad por saber hasta dónde era capaz de llegar para poder enfrentarse a Davies. Planeaba colarse en su inconsciente, como había hecho con Alan, y una vez dentro, arrasaría con la mente sádica de ese hombre de un plumazo.

La voz volvió a surgir de la nada:

—¿Quieres que el sueño acabe de una vez? Pues aprieta el gatillo para que todo termine y podrás despertar.

La joven dudó por unos segundos. Por un lado, quería acabar cuanto antes con la prueba, pero por otro sabía que debía probarse a sí misma, descubrir sus límites.

«Voy a seguir en el sueño un poco más, necesito saber en qué termina todo esto».

En el laboratorio, el psiquiatra apagó el micrófono y empezó a observar los monitores. Si tenían éxito con el experimento, tal y como esperaba, ellos dos serían unos testigos demasiado incómodos del increíble tratamiento. Además, Elena no se merecía una muerte dulce, no, no se la merecía, ni él se la iba a proporcionar. No después de todo por lo que les había hecho pasar, y de todo el dinero que habían invertido en capturarla. Para él se trataba de algo personal, de algo que tenía que hacer por amor propio. Y la iba a hacer sufrir de la forma más retorcida que se le ocurrió. Que fuera el propio Alan el que la matase. Implantarían, mediante la inducción, un recuerdo falso en el detective. Si conseguían que él creyese que fue Elena la que mató a su esposa, él mismo acabaría con ella al despertarse. Uno de los guardias le dispararía tras asesinar a la chica, las cámaras de la sala lo grabarían todo y no los podrían culpar de sus muertes.

—Dos pájaros de un tiro —susurró a media voz.

Mientras tanto, en el sueño, Elena seguía observando la pistola en el suelo. Alzó la vista y vio a la supuesta mujer de Alan, mirándola aterrorizada. Aquello se estaba volviendo más extraño por momentos. Diana comenzó a llorar, suplicando que no la matase, y cayó de rodillas, provocando que los bordes de su precioso abrigo se mancharan por la suciedad del callejón. Elena suspiró, hastiada del sadismo de Davies y del personal de los laboratorios. Dio un leve puntapié al arma, deseando que ese extraño sueño acabase de una vez, y alzó la vista hacia la mujer, que no paraba de sollozar.

Entonces vio algo que no debería estar allí. Diana lucía en su dedo anular una alianza con una esmeralda rodeada de brillantes. La misma que apareció en el primer sueño que

ella tuvo con el detective. La recordaba porque se había visto a sí misma portando esa joya mientras entrelazaba sus dedos con los de Alan. Nunca entendió la presencia de aquel anillo en su primer sueño, y por eso decidió mostrárselo a él, con la esperanza de que tuviese alguna explicación para eso. Pero al final nunca se lo había preguntado, y él tampoco se lo había mencionado, así que se limitó a olvidar ese pequeño detalle. Pero, entonces, ¿qué hacía allí ese anillo?

La existencia de esa alianza en esa escena era inaudita, no había ninguna explicación. Ella misma la había guardado celosamente en la parte más oculta de su cerebro. Ese fue uno de los recuerdos que había protegido con mayor cuidado. Esa alianza estaba blindada, nadie, ni siquiera ella, podía haber sacado esa joya a la luz otra vez, era imposible. ¿Qué ocurría?, ¿habrían conseguido acceder a la parte que ella había acorazado en su mente? Solo Alan sabía que existía esa joya gracias al sueño, pero...

En ese instante una alarma sonó en su cabeza y se detuvo en medio de la reflexión, dándose cuenta de lo que estaba pasando. Ese no era su sueño, habían conectado al detective. Por eso todo era más oscuro y menos definido. Él había empezado a soñar y ella se había introducido después, lo que implicaba que estaban accediendo a su inconsciente a través de la mente de él. Habían manejado el sueño a su antojo, sin que ella se diese cuenta del engaño.

«Cómo he podido no darme cuenta», pensó con rabia.

El detalle del abrigo, el bolso tirado, la alianza... Esos recuerdos eran reales, había demasiados detalles que ella desconocía. Fue Alan el que les había mostrado ese recuerdo, y con él, la alianza. Miró el arma tirada en el suelo del callejón, y otra verdad se abrió paso. Si él había recreado esa escena, eso solo podía significar que había sucedido de verdad, que era un recuerdo real. Diana era real, o más bien..., lo había sido. Lo había sido. Algo la golpeó en el pecho, extendiendo hielo por todas sus venas. Alan era... viudo. Su mujer había muerto, y él jamás se lo había mencionado, como tantas otras cosas.

Se dio la vuelta rápidamente. Si aquel era su sueño, debía estar allí cuando la escena del asesinato alcanzaba su apogeo. Lo buscó en aquel callejón hasta que lo encontró con una mano apoyada en la pared, uniformado, observando aquella escena con una expresión tan triste que ella sintió que le abrían el pecho con un cuchillo. Le hizo un gesto, pero él ni siquiera la miró. Sus ojos estaban posados en la mujer que estaba en el suelo, sollozando.

«De esto constaba realmente el experimento, intentaron implantar en su mente la idea de que yo era la asesina de su esposa».

Alan quitó la mano de la pared y corrió hacia Diana, cayendo al suelo de rodillas junto a ella, y la abrazó. Se acariciaron el rostro bañado en lágrimas y ella envolvió el cuello de su marido con los brazos, fundiéndose los dos en un beso cargado de tanto amor que

Elena terminó apartando la mirada para no seguir contemplando aquel momento de intimidad ante la enorme carga emocional de la escena.

Se dio la vuelta y caminó hacia la salida sin girarse una sola vez. Sabía que él no la seguiría, no cuando podía estar con ella, con Diana, otra vez. Recordó la forma en que la había abrazado, la inmensa ternura con que la besó. Alan jamás podría querer a otra mujer, jamás podría volver a hacerlo porque todo su amor se lo había dado a Diana.

Una idea cruzó su mente, aposentándose. Las preguntas que siempre se había hecho en relación con ellos acababan de obtener su respuesta. Por eso siempre había permanecido a su lado, pese a todas las agresiones e intentos de asesinato. Fue a buscarla a los pasadizos, arriesgándose a una muerte segura y, cuando no lo consiguió, se quedó en los laboratorios, dejándola a ella atrás porque ya no le servía para conseguir su propósito. No porque la quisiera, o para protegerla. No. Alan quería morir cuanto antes para reunirse con Diana, el amor de su vida. Y ella, Elena Celaya, era su pasaje directo a la muerte. Era perfecta para eso, ya que todos los que la rodeaban habían terminado muertos, y él confiaba en ser uno más. Por eso apenas le había contado nada sobre él mismo. No tenía sentido que ella le conociera en profundidad, ya que no iban a estar juntos jamás. No había un futuro para ellos porque él nunca sintió nada por ella, todo había sido falso.

Le había entregado su corazón en cada beso, mientras él la besaba con la seguridad de sentir cerca el final del túnel oscuro en el que vivía. Poco a poco, un inmenso silencio fue llenando su cabeza, y un profundo agujero empezó a abrirse en su pecho al ir dándose cuenta del trasfondo de su historia con el detective. Nada había sido real, nada. Cada palabra, cada caricia, cada beso habían sido meros adornos para crear un falso cuento de hadas para que ella se lo creyese y poder seguir a su lado. Recordó cómo se había entregado a él en aquella sala de reuniones. Alan la había hecho suya de la forma más íntima y más absoluta. Evocó cómo se habían mirado, sintiendo cómo exponían sus corazones por completo, con la sensación de que se estaban entregando el último pedazo de sí mismos en aquel momento, y en cómo la contempló después, como si realmente estuviese enamorado de ella hasta lo más profundo. Pero fue la única que había entregado hasta el último pedazo de su alma en aquel momento, porque él ya no tenía nada más que dar.

Las primeras lágrimas empezaron a descender por sus mejillas y no se detuvieron. Un frío glacial le azotó el interior, y se hundió completamente. Jamás había sentido nada tan intenso por nadie, y cuando lo había hecho, había descubierto que todo había sido mentira, nunca fue nada para él, nada. Solo el plan al que un hombre desesperado se aferró para volver a reunirse con su esposa muerta. Eso y nada más.

Materializó una celda de cristal en el sueño, y se metió dentro. Allí no podría introducirse nadie para seguir dañándola. Se sentó y unió sus rodillas a su pecho,

hundiendo el rostro sin dejar de llorar. Necesitaba quedarse a solas con su tristeza, dejando que la melancolía la cubriera con su helado manto. Permanecería allí, resguardada en aquel refugio a salvo de la gente de los laboratorios, para que no la atacaran ahora, cuando todo su mundo se desmoronaba. Tenía que aislarse de todos, pero sobre todo de Alan. Necesitaba protegerse de él para que no pudiese encontrarla y le siguiese rompiendo, aún más, el corazón.

En el exterior, los técnicos corrían de un lado a otro detrás de la cristalera. Los pitidos de alarma de los monitores se sucedían a intervalos de medio segundo, causando un sonido tan agudo que taladraba los oídos. Los gritos, el desconcierto y las órdenes se escuchaban en todas direcciones. Varios golpeaban con insistencia una de las pantallas, con la esperanza que fuera un simple bloqueo lo que había causado esa situación, pero no era así. La mente de la joven había entrado en hibernación. No respondía a estímulos ni a descargas eléctricas, era como si hubiese muerto. Se había cerrado tanto su parte consciente como la inconsciente, la que a ellos les interesaba.

Davies resoplaba, dando vueltas de lado a lado de la sala, encolerizado, incapaz de creer que Elena hubiese podido blindarse de esa manera. Aquello demostraba que la mente de esa chica era más que interesante, era única. Habían intentado probar el límite de ella, y ahora ella estaba probándolos a ellos. Pero no tenían tiempo de ensayar nuevas vías de acceder a ella. La policía estaba casi encima de ellos, y cada segundo contaba. Se masajeó las sienes, intentando calmarse. Solo podía hacer una cosa. Miró al detective. Solo él podría traerla de vuelta, era el único que podía conseguirlo. Y sabía exactamente cómo hacerlo.

—Cerenka, vamos a probarlo otra vez. Vamos a recrear el asesinato de su esposa en toda su magnitud para que Elena acuda a protegerlo y podamos recuperarla. No va a borrar ningún recuerdo traumático para nosotros, jamás ha borrado ninguno de todos los que ha sufrido, pero con él puede que lo haga. Es más, estoy seguro. Solo tenemos que forzarle y ella acudirá.

—Está bien. ¿Te traigo el micrófono y el distorsionador de voz?

Davies asintió y se apoyó en uno de los monitores.

—Ya te tengo, Elena. Por fin.

Los técnicos se acercaron hasta el detective para colocarle los dispositivos para la prueba. Debían darse prisa, la policía no tardaría mucho en llegar, y aquella era su última oportunidad. Uno de ellos levantó el pulgar hacia arriba cuando estuvo todo preparado, y le inyectaron más tranquilizante en el brazo. Alan comenzó a soñar apenas dos minutos después, mientras en la sala todos contenían la respiración.

El detective se encontró en Londres otra vez, con el uniforme de policía, intentando resguardarse de la lluvia que en esos momentos azotaba la ciudad. El agua resbalaba por la ropa. Había salido de la comisaría un poco antes de lo que había calculado y se dirigía

al restaurante en el que se había citado con Diana. Varias gotas le mojaron el rostro, pero no le importó. La mañana había sido inusualmente pacífica, y eso lo había puesto de buen humor. Avanzó por la calle, sorteando transeúntes con aparatosos paraguas, cuando de repente oyó una voz.

—¿Ves a tu mujer, Alan?

Se giró hacia todos lados, buscando a Diana, sin hallarla. Siguió andando, buscándola por todas las calles, hasta que la distinguió. Llevaba el abrigo azul que él le había regalado por su cumpleaños y el paraguas que habían comprado aquella lluviosa mañana en el mercado de Camden Lock. A él le había parecido horrible, pero a ella le había entusiasmado descubrir que alguien había escrito con tinta imborrable en el mango «¡Qué asco de clima!», que era exactamente la misma frase que decía él cada vez que llovía y tenía que coger un paraguas para salir a la calle.

—Mira, Alan, hay más gruñones como tú en el mundo —dijo riéndose—. Qué mala suerte, justo hoy que no he traído mi cartera me encuentro con el paraguas de mis sueños. ¿Me prestas ocho libras, cariño?

—No pensarás comprarte eso, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Porque está rayado, Didi. Te compraré otro mañana en el centro, si quieres.

—Pero este me recuerda a ti, así te llevaré cerca de mí cuando llueva.

Él negó con la cabeza y ella había hecho un mohín, poniéndolo otra vez en su sitio. Habían ido a tomar algo caliente después a una cafetería y él se había escabullido con alguna excusa para ir a comprárselo. Cuando terminaron la mañana de compras y llegaron al coche, él se lo tendió y ella sonrió emocionada con su nueva adquisición. Le dio un largo y dulce beso, y él pensó que le compraría todos los paraguas del mundo con tal de verla sonreír así todos los días.

La volvió a mirar a lo lejos, caminando con todos sus papeles y telas en delicado equilibrio, como siempre. A él le exasperaba que se negase a llevar un maletín con ruedas para meter todas sus cosas del trabajo, que cada vez eran más numerosas conforme el número de proyectos que le encargaban iba aumentando. La semana anterior su jefa le había asignado, junto con dos compañeros más, rediseñar la decoración de un hotel y la casa entera estaba plagada de fotos, trozos de telas, moquetas y muestrarios de pinturas. Era imposible caminar por allí sin tropezarse con algo.

Vio cómo ella seguía alejándose y se perdía tras una esquina. En ese momento un semáforo se puso en rojo y él se detuvo. Aquella señal era una pesadilla lenta. Estuvo más de cinco minutos para poder cruzar la calle. Cuando al fin pudo hacerlo, enfiló hacia donde la había visto torcer, pensando en llamarla al móvil para que le esperase. Lo sacó del bolsillo y en ese preciso instante una llamada de su agente inmobiliaria copó la pantalla. Dos semanas atrás, Diana se había sentado con él en la sala de estar para

mostrarle un listado de pisos y casas en las afueras con más de un dormitorio, alegando que necesitaban más espacio. Él le había sonreído, asintiendo, entendiendo perfectamente lo que ella le quería decir sin decírselo. Todas las casas del listado tenían, sospechosamente, colegios y parques cerca. Contestó al tercer tono y estuvo charlando con aquella insistente mujer cerca de veinte minutos. Él fingía escucharla, más bien, ya que su atención se centró en la ambulancia y los dos coches de policía que se dirigían a toda velocidad hacia la calle donde había girado Diana, y torció el gesto.

«Otro accidente de tráfico en el cruce de siempre, estoy seguro. La gente es incapaz de respetar esa maldita señal. Me juego lo que quieras a que es un sexagenario cabezota el que ha terminado empotrándose contra la acera, como ayer. Ahora tendremos esa calle bloqueada toda la tarde y un abuelo con un chichón en la cabeza», pensó, con gesto de fastidio.

Despidió a la mujer de la inmobiliaria para dirigirse hacia el lugar del accidente, cuando otro semáforo lo hizo detenerse, mientras sentía como algo le estaba aplastando el interior, alertando a cada una de sus terminaciones nerviosas. Un presentimiento siniestro empezó a instalarse en su cabeza.

Vislumbró cómo un grupo de gente corría hacia la calle por dónde había ido Diana, y todas sus alarmas se activaron. Se saltó el semáforo y corrió entre el denso tráfico hasta allí, con una tenaza de acero apretándole la garganta. En la esquina de la calle distinguió los dos coches patrulla de la policía y la ambulancia que había visto antes. Torció en la esquina para averiguar qué había ocurrido, cuando vio un muro humano. Había una multitud de gente mirando algo que hacía que muchos se diesen la vuelta con la mano en la boca, con expresión horrorizada.

—Policía. Dejen paso, por favor.

Un médico de emergencias pasó por su lado, hablando con otro sanitario.

—Está muerta, ya no se puede hacer nada por ella.

Escuchó el eco de esa frase a través de las paredes y todo lo que ocurría alrededor se ralentizó. Apartó a una señora con un abrigo gris para ver de qué se trataba, cuando notó unas manos contra su pecho, empujándolo hacia atrás con fuerza. Era Josh, con la vista clavada en el suelo.

—No, Alan, no.

—¿Josh, qué...?

—Por favor, retrocede —dijo su amigo, con la voz quebrada—. No la veas así.

—¿Que no la vea? ¿A quién...?

Su amigo alzó el rostro y vio un reguero de lágrimas por sus mejillas, a continuación, notó un par de brazos sujetándole desde atrás, y luego sintió otros dos más. Se giró y vio a Richard y a Patrick, compañeros suyos de la comisaría, agarrándole con el rostro desencajado. Algo estalló en su cabeza, dándose cuenta de lo que había ocurrido, y

empezó a temblar. Entonces sintió más y más brazos sujetándolo, mientras él intentaba zafarse, rugiendo el nombre de su mujer, y de repente, todo, absolutamente todo, se detuvo. Un pájaro que volaba cerca paró su vuelo, quedándose suspendido en el aire, al igual que las hojas que caían de los árboles y la gente por la calle. Nada se movió. Nada. Todo permaneció estático. El universo entero se había detenido. Escuchó cada uno de los sonidos de aquel lugar, sintiendo el asfalto duro bajo sus pies, inspirando el aroma de la muerte.

Se zafó de los brazos de sus compañeros sin saber cómo y fue hacia allí, empujando gente sin cesar, a una velocidad lenta, muy lenta, como si sus zapatos pesasen toneladas. Se acercó hasta la esquina y pudo ver su reflejo en la sangre de ella. Apoyó la mano en la pared de ladrillo, sintiendo su tacto áspero, y su mente intuyó lo que iba a encontrar a continuación. Casi podía sentir el calor abandonando el cuerpo de Diana. Ella ya estaba muerta, y él, en segundos, también lo estaría. Cerró los ojos unos segundos, siendo consciente de que cuando los abriese su vida habría llegado a su fin. Dio un paso más e inspiró, sintiendo sus pulmones llenarse de aire, preparándose para el alarido que pronto saldría de su garganta, desgarrando y rompiendo su alma al mismo tiempo. Abrió los ojos, preparado para enfrentarse a aquella escena una vez más. Pero cuando lo hizo, tuvo que retroceder varios pasos, desconcertado ante la imagen que le devolvieron sus pupilas. No había rastro de Diana, ni de la sangre ni de sus cosas tiradas por el suelo. Era Elena la que estaba en medio del callejón, mirándolo de una forma extraña.

—¿Elena?

Ella no le respondió, tan solo miró alrededor, y todo se empezó a consumir en una nube de polvo y humo, disolviéndose lentamente en espirales negras que llegaban hasta el cielo. El callejón, los coches, los edificios, todo empezó a desaparecer lentamente, sin pausa. Las débiles nubes de polvo comenzaron a arder, como lenguas de fuego, transformándose poco a poco en llamas que comenzaron a devorar todo lo que encontraban. Todo quedó abrasado en apenas unos segundos.

Alan la miró e intentó cogerle la mano, pero ella materializó una urna alrededor de él para que no pudiese acercarse y siguió arrasándolo todo. Pronto el fuego se intensificó, creando ardientes oleadas anaranjadas que fueron quemando la ciudad. Se giró hacia ella, aturdido. Estaba empezando a perder el control, y eso era justo lo que querían los laboratorios, que perdiese la concentración, que bajara la guardia para poder atacarla.

—¡Para, Elena, están haciendo que pierdas el control! ¿No te das cuenta?

Ella lo miró y siguió arrasándolo todo. Pequeñas motas negras y naranjas empezaron a volar por el aire, y las llamas se convirtieron en una ola gigantesca de fuego.

Davies y los técnicos la estaban presionado demasiado y estaba quebrándose. En ese momento, enormes bolas ardientes empezaron a impactar contra la urbe, sin descanso, como una lluvia de letales meteoritos, y todo explotó en llamas, en un potente rugido de

fuego. Estaba completamente fuera de control.

—¡Para de una vez! ¡Pretenden que tú misma te hagas daño! —gritó, intentando centrar su atención—. ¡Despierta, cariño, despierta!

Pero ella ni siquiera lo miró esta vez. Resopló, desesperado, sin saber qué hacer. Tenía que conseguir que se metiera en la celda de cristal con él, solo allí estaría a salvo de los laboratorios.

«Soy su punto débil, pero su punto fuerte a la vez. Soy lo único a lo que se puede anclar con seguridad. Tengo que hacer que venga a mí».

Apoyó una mano en la pared de cristal.

—¡Vuelve a mí, cariño, solo vuelve a mí!, ¡ven conmigo!, ¡yo jamás te haré daño, Elena, jamás!

Ella se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar, cayendo al suelo. Entonces la oscuridad lo invadió todo.

Alan miró alrededor, y el bosque de Sandara fue creándose poco a poco, detalle a detalle. Estaban en la mente de Elena, por fin a salvo de toda aquella locura de fuego. El ruido de los edificios derrumbándose fue sustituido por los trinos de los pájaros y el sonido de las hojas cayendo. Solo había calma en medio de la arboleda. Una fina llovizna refrescaba la escena, y el sonido de la brisa chocando con las ramas creaba una sensación de hipnótica tranquilidad.

Él suspiró, aliviado, y entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido. Nunca le había hablado de Diana, jamás se la había mencionado. Aún no había derribado esa barrera para ella y se había enterado del asesinato de su esposa por los experimentos. Le habían arrebatado el recuerdo que más daño podría hacerle y lo habían usado contra ella. Tenía que habérselo contado, tenía que haberlo hecho, y ya era tarde. Intentó hablar, pero no pudo vocalizar ni una sola palabra.

«No estaba preparado aún para hablarte de Diana, no quería herirte con esa parte de mi vida. Era mi dolor, no el tuyo. He estado a punto de decírtelo tantas veces que he perdido la cuenta, pero no lo hice. No pude hacerlo porque no sabía cómo. Perdóname, por favor. Lo siento, Elena, lo siento tanto...».

Eso es lo que quiso decirle, pero no pudo articular ni una sola palabra ante la expresión dolida de su rostro y la visión de las lágrimas rodando sin control por sus mejillas, y sintió que se caía a un pozo oscuro y profundo. La había herido, había vuelto a hacerle daño. Siempre lo hacía. Ella se secó las lágrimas y se dio la vuelta, descendiendo por uno de los senderos de la arboleda, y comenzó a volatilizarse, mezclándose con las hojas que caían desde los árboles mientras Alan la miraba desolado, intentando decirle algo otra vez, sin conseguirlo.

Intentó seguirla, pero ni uno solo de sus músculos respondió. Ella siguió desvaneciéndose hasta que se disolvió en una lluvia de hojas, y él tuvo el triste

presentimiento de que ese sueño era una despedida.

Elena se despertó en la sala de experimentación, parpadeando varias veces para que los fluorescentes del techo no la deslumbraran con su molesto brillo. Tenía las mejillas empapadas, había estado llorando de verdad, no solo en el sueño. Inspiró y notó una tenaza apretándole el pecho que le impedía coger aire, y se alarmó.

«No te ocurre nada, así es como se respira cuando se tiene el corazón roto», le dijo una vocecita en su interior.

Un técnico del laboratorio estaba a su lado, mirándola con desdén, mientras controlaba sus latidos en uno de los monitores. Miró el gráfico, observando las líneas que había trazado el aparato minutos antes. Había sobrepasado el límite de las doscientas pulsaciones por minuto. Giró el rostro y vio al detective a su lado, aún dormido.

Mientras estaba en la urna de cristal que había construido en el sueño para protegerse, había abierto una brecha para observar el inconsciente de Alan y saber qué prueba le estarían haciendo en ese momento. Se quedó sin respiración cuando volvió a ver el callejón y se dio cuenta de lo que pretendían hacer Davies y su equipo. Rompió la barrera inmediatamente y se introdujo en su sueño justo antes de que él volviese a pasar por aquella experiencia. Pero no pudo detenerse ahí, destruyó todo el sueño que había creado, detalle por detalle, haciéndolo trizas. Jamás lo había hecho hasta entonces y desconocía que tuviese esa capacidad. Y ¿si era capaz de borrar recuerdos también?, ¿podría hacerlo? Su mente estaba trabajando a plena potencia, y todo era nuevo para ella.

En ese instante, una idea se abrió paso como un conjunto de pétalos que estallan a la vez, desvelando una verdad que ella ya sospechaba, y que, a estas alturas, era una realidad que se revelaba con toda su crudeza: No iba a salir viva de allí. Tras conseguir descifrar su cerebro, los técnicos de los laboratorios iban a matarla. Estaba segura de que dejarían de experimentar con Alan para centrarse en ella, ya que la policía los estaba cercando y no les quedaba mucho tiempo. Eran sus últimos momentos de vida, de su triste vida. Iba a morir sabiendo que ella era la asesina de su padre, que sus abuelos eran unos criminales que no dudaron en dejar morir a Amelia, su madre, para proteger su reputación, que no había conseguido acabar con Davies y que el único hombre al que había amado la había utilizado para reunirse con su esposa muerta. Ese era el resumen de toda su existencia.

Miró hacia las luces del techo, mordiéndose los labios para no estallar en llanto, y contempló al detective con detenimiento, recordando cada momento que habían pasado juntos. El dolor le atravesó con su frío acero. Él había sido lo mejor que le había pasado nunca, y ahora era lo peor que le había ocurrido jamás. Lo observó, perdiéndose en su perfecto rostro, y los recuerdos de todos los momentos que habían pasado juntos y todas las emociones que la desbordaban cuando estaba con él le pasaron por encima, aplastando todo lo demás. Entonces tuvo que aceptar lo que su corazón estaba rugiendo

a plena potencia en ese momento. Lo amaba. Pese a que él le había mentado, el amor que ella había sentido había sido real. Le había entregado cada pedazo de su corazón porque realmente creyó que había un futuro para ellos. Y en el fondo eso era lo único que importaba. Debía intentar borrar el asesinato de su esposa para siempre, o ese recuerdo terminaría por consumirlo. Los laboratorios conseguirían lo que siempre habían ansiado, pero él podría vivir sin ese recuerdo torturándole cada día durante el resto de su vida. Si ella iba a morir de todas formas, debía hacer algo bueno antes de expirar.

Notó la aguja en su brazo y miró la magulladura púrpura en su piel, resultado de todos los brutales pinchazos, asumiendo que dentro de unas horas todo su cuerpo estaría de ese color, cuando estuviese muerta. Cerró los ojos, cayendo en la inconsciencia en el mismo momento en el que Alan se despertaba. El detective parpadeó y se giró hacia Elena, viendo el rastro de lágrimas en sus mejillas, y su alma empezó a quebrarse en finos trozos. Miró hacia los técnicos y se dio cuenta de que algo horrible estaba a punto de suceder cuando vio a Davies sonriendo. Habían conseguido que ella estuviese con la guardia baja, y él completamente desprotegido. Ahora llegaba lo peor, estaba seguro. Llamó a Elena a gritos, intentando desasirse de las correas, pero ella no respondió. Entonces uno de los técnicos le pinchó algo en el brazo y cayó al abismo.

En la cristalera, Davies y su equipo observaron que los monitores que controlaban la actividad neuronal de Elena empezaban a sobrecargarse. Había llegado el momento. Las conexiones neuronales de la joven estaban a pleno rendimiento y brillaban como fuegos artificiales.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Cerenka.

El hombre la miró y esbozó una gran sonrisa torcida.

—Esto, Cerenka, es lo que hemos estado buscando durante décadas, y ella lo va a hacer delante de nosotros. Elena va a eliminar un recuerdo traumático de la mente de Alan.

La mujer lo miró con expresión de incredulidad, y se ajustó las gafas.

La negrura que envolvía a Alan desapareció de repente. vio imágenes de su madre, de sus abuelos paternos, de sus amigos del colegio, del instituto. Era como una galería de fotos que iba sucediéndose a una velocidad media. Su primer beso, su primera novia, sus primeras fiestas, corriendo con su coche por una carretera solitaria, con la mano por fuera del vehículo, acariciando la brisa. Pudo revivir esa sensación de libertad una vez más. Estaba pletórico. Visualizó las maniobras militares en las que participó, su primera misión. Los combates, todos los cadáveres, los meses en el hospital. Su madre moribunda, su funeral y los días posteriores. La academia de policía, los duros entrenamientos. Se vio patrullando con el uniforme.

El día que conoció a Diana. A partir de ahí, el ritmo de las imágenes se ralentizó. Se contempló a sí mismo entrando en aquella atestada cafetería para pedir un café, cuando una chica con el pelo castaño tropezó con él y le derramó encima una taza enorme de ardiente *capuccino*. Levantaron la vista al mismo tiempo y se quedaron sin respiración. El detective pudo sentir otra vez esa lanza ardiente que le atravesó el pecho al contemplar aquellos ojos azules. Pudo visualizar otra vez la primera cita, los primeros paseos, las primeras cenas, las primeras noches que se quedó en su casa, los alocados viajes que hicieron. La tarde que fue hasta una joyería a comprar la alianza, su temblorosa voz cuando pidió su mano en aquella playa, y el largo beso que ella le dio tras decirle que sí. La boda, con Josh a su lado. La luna de miel, la reforma de la casa. La noche que tuvieron aquella enorme discusión y él se marchó de casa dando un portazo. La reconciliación y todas las flores que hicieron falta para que ella lo perdonase. Las noches en las que se les hizo de día en el dormitorio. Y la lluviosa tarde en la que encontraron su cuerpo tirado en un callejón.

Esa imagen permaneció haciendo un bucle durante un tiempo indefinido, hasta que empezó a dolerle la cabeza, y se detuvo. Pero volvió otra vez, con más intensidad y a mayor velocidad, como si rebobinasen un vídeo insistentemente. Entonces empezó a distinguir detalles que antes no estaban. Las imágenes se sucedían sin cesar, pero con variaciones. Vio a Diana cambiar, el callejón desaparecer y todas y cada una de las cosas que hacían a esa escena espeluznante, disolverse. Siguieron sucediéndose, en bucle, una y otra vez, de forma repetitiva, hasta que detuvieron el ritmo, transformándose en algo completamente diferente, y una sensación de calma la envolvió. Él abrazaba a Diana en su dormitorio, acostados en la cama, rodeados de cojines y suaves mantas. Ella lo miró dulcemente, acariciándole el rostro.

—Te quiero, Alan. Jamás he sido tan feliz como ahora, en este momento. Nunca nadie

me hizo sentir un amor tan intenso y tan hermoso como el que tú me has hecho sentir, y necesitaba decírtelo antes de irme.

—Siempre estarás en mi corazón, Diana.

Permanecieron abrazados hasta que ella se quedó dormida y exhaló su último aliento. Esa escena se repitió en su mente de forma rápida e ininterrumpida. Las imágenes se sucedían sin parar, haciendo un sonido estridente y metálico. Entonces notó un latigazo en algún punto de su mente, y la imagen del dormitorio se ancló en sus recuerdos. Recordaba haberlo vivido, era real. Ese recuerdo existía en su cabeza, haciéndole sentirse en paz consigo mismo. Diana se había muerto en sus brazos, en calma, sin sufrir.

Davies obvió todo lo que ocurría a su alrededor y se inclinó sobre los monitores para ver cómo ocurría el milagro, profundamente concentrado. Ya había dado el primer paso, la creación del recuerdo sustituto. Ahora tenía que eliminar el recuerdo traumático. Se preguntó cómo lo haría. ¿Lo sustituiría sin más?, ¿lo modificaría?, ¿lo borraría? Fue entonces cuando oyeron golpes en los pasadizos que daban a la sala de experimentación. Cerenka miró a los guardias, furiosa.

—¿Cómo es posible que hayan llegado hasta aquí?! ¿Quién les ha dicho dónde estamos?

Ellos se miraron, confundidos, y después a los técnicos, que se encogieron de hombros, desconcertados. Si la policía llegaba hasta allí antes de que se terminase el experimento, todo su trabajo habría sido en vano. La mujer se aproximó a dos guardias de su confianza y les susurró algo al oído, y después se dirigió al resto.

—¡Hay que contenerlos!, ¡debemos ganar tiempo!

La policía empezó a golpear la puerta, intentando tirarla abajo. Los guardias comenzaron a posicionarse, mientras el psiquiatra observaba los monitores con el rostro crispado, mirando alternativamente las pantallas, y a la pareja, sin prestar atención a nada más. Ahora llegaba lo importante y debía centrarse al máximo.

En la mente de Alan, la imagen del callejón y la nueva imagen del dormitorio se superponían a una velocidad cada vez mayor. Le empezó a doler la cabeza otra vez de forma intensa, notaba una presión fortísima en la frente y en la nuca. Las imágenes seguían sucediéndose, una sobre otra, emitiendo unos ruidos metálicos desagradables.

—¡Basta! —gritó en el sueño.

Pero el proceso no paró. Las imágenes del callejón empezaron a repetirse, girando, como en una ruleta. Todo se fundió a negro durante unos segundos, y la escena del asesinato volvió otra vez, deslizándose por cada rincón de su mente, sin parar. Estaba agotado. Parecía que llevaba horas en ese sitio oscuro viendo esas imágenes, con la cabeza a punto de entrar en erupción. Se agarró las sienes con fuerza y todo se tornó negro. Resopló, aliviado. Pero de nuevo volvió la secuencia del callejón, emitiendo un sonido agudo que iba creciendo por momentos, como si apretasen un metal contra una

roca, y se tapó los oídos. Las imágenes volvieron con ese chirrido insoportable otra vez. Alan creyó que iba a perder el conocimiento por la intensa jaqueca que le estaba produciendo. Y entonces ocurrió. Un enorme estruendo metálico lo llenó todo, inundando cada hueco de su mente, volviéndolo todo blanco. Vio cómo la secuencia del asesinato de su mujer iba borrándose de sus recuerdos mientras de fondo escuchaba los gritos de una chica, muy lejanos, gritando a pleno pulmón. La imagen siguió eliminándose mientras el atronador ruido metálico se iba apagando, los alaridos de la chica se extinguieron, y todo acabó. Un enorme silencio se hizo en su cabeza y la imagen del dormitorio lo envolvió como un cálido abrigo.

En ese mismo momento, la policía entró con contundencia, reduciendo al personal del laboratorio. Buscó a Cerenka con la mirada en la sala, dándose cuenta de que había desaparecido. Había aprovechado el caos para fugarse. Él no consiguió escapar y entre varios agentes lo apresaron. Empezó a revolverse con furia, tenía que detener a Elena, tenía que parar ese experimento para controlarlo y desvelar el funcionamiento del cerebro de la chica. La pantalla que controlaba el cerebro de Alan detectó movimiento neuronal anómalo. Los monitores mostraron cómo nuevas conexiones se abrían paso en él, aposentándose en su cerebro, para siempre, y otra conexión desaparecía de forma fulminante, brillando de forma intensa, para luego extinguirse sin dejar rastro.

Elena comenzó a sangrar por los oídos y la nariz, en un continuo torrente, que no hizo más que acrecentar el charco que había en el suelo. Uno de los agentes dio la orden para que los médicos entraran cuanto antes, mientras sus compañeros se llevaban a los detenidos, Davies incluido, que miraba atónito cómo una simple chica había obrado un milagro sin medicinas ni descargas. Miró con rabia al suelo. Habían estado tan cerca de conseguirlo, tan cerca. Habían matado a tantos sujetos experimentales intentando encontrar una solución, habían gastado tantos millones, para nada. Aquella chica acababa de hacerlo delante de sus narices. Si la hubiesen podido capturar antes, solo unas horas antes, todo estaría solucionado. Miró hacia Elena, que parecía inconsciente. Juró vengarse de ella por haber acabado con su carrera, con sus sueños y con su vida.

Los compañeros de Alan entraron a la sala cuando los agentes les hicieron una señal. Habían venido con la policía para ayudarlos a encontrar ese sector escondido dentro del laberinto de los laboratorios, y habían permanecido fuera, en el pasadizo, hasta que les dieron permiso para entrar. Josh miró hacia las camillas donde estaba la pareja, alarmado por la hemorragia de Elena.

—¿Qué ha pasado aquí?

Uno de los técnicos, que parecía estar en *shock*, y que estaba siendo esposado, les contestó:

—La chica ha tomado un recuerdo traumático del chico y lo ha eliminado. Ha sido asombroso. Ha creado uno nuevo y ha fulminado el otro. Fulminado. Cero. No queda

nada. No lo ancló al inconsciente, ni lo camufló por otro ni nada. Creó uno nuevo y destruyó el anterior. Jamás nos hubiéramos imaginado que eso se pudiera hacer de forma tan radical.

—¿Un recuerdo traumático? —preguntó Josh.

—Sí, el que le habíamos programado, el asesinato de su esposa.

Los tres se miraron interrogantes y algo en el pecho del policía inglés se rompió, desvelando una herida que aún sangraba. Alan no sabría nunca cómo había muerto Diana, no tendría que ver esa imagen nunca más en su cabeza. Levantó la vista y vio al técnico hablando con otro hombre con gafas de pasta que también estaba siendo detenido. Estaban tan impactados con aquello que apenas eran conscientes de que los estaban deteniendo para llevarlos a prisión en espera de que los juzgaran.

—Ni descargas ni pastillas. Con la mente, lo aniquiló todo con la mente.

—Increíble. —Miró hacia Elena—. Increíble.

Los británicos miraron hacia la pareja, torciendo el gesto al ver las marcas amoratadas de pinchazos en sus brazos. Unos policías les habían quitado las correas y se disponían a despertarlos cuando Ethan les hizo una señal para que desistieran. Lo harían ellos. Los policías les hicieron un gesto afirmativo, y los tres ingleses se acercaron hasta allí.

—¿Ha borrado el asesinato de Diana de la mente de Alan?, ¿lo ha hecho de verdad? —preguntó Rocco, con los ojos abiertos de par en par.

—Eso parece —dijo Ethan—. Él no tendrá que vivir con ese recuerdo cada día de su vida, entonces. Es precioso lo que ha hecho esta chica por él. Ya lo creo.

Josh fue directo hacia Elena. Le acarició el rostro con afecto, limpiándole la sangre con el borde de la sábana.

—¡Un médico!, ¡esta chica necesita atención médica! —pidió a gritos.

—¡Ya vienen! —gritó uno de los agentes.

Elena parpadeó varias veces y se despertó. Miró hacia él, confundida.

—¿Josh? ¿Qué... qué ha pasado, qué haces aquí?

—Sí, soy yo, tranquila. Hemos llegado con la policía, estás a salvo.

—¡Alan! ¿Dónde...?

La chica se incorporó lentamente, sujetándose la cabeza con una mano, mientras el joven la ayudaba para que no sufriera un desvanecimiento.

—Está bien. Míralo, está a tu lado. ¿Lo ves? Ya se ha acabado todo, os vamos a sacar de aquí. —La rodeó con los brazos, susurrando—: Un técnico nos ha dicho lo que has hecho.

Ella sonrió levemente y miró hacia el detective, que aún yacía en la camilla.

—Si tú pudieses, también lo habrías hecho.

Él sonrió. Los demás se acercaron hasta ella, susurrando palabras de alivio, y contándole lo que había ocurrido mientras ellos estaban en aquella sala. Elba y Rebeca ya

estaban a salvo, y la policía les estaba tomando declaración. Lamentablemente, Erik seguía encadenado al árbol porque no encontraban nada con que pudiesen romper las esposas sin tocar el tronco. Al parecer, era uno de los más antiguos del bosque, y su corteza no podía ser dañada de ninguna forma, ya que era bastante delicada. Elena abrió mucho los ojos, lamentándose por el chico, y miró hacia Josh.

—Matilda y Samuel han venido en cuanto les informaron que ponían en marcha el operativo, y han estado aguardando fuera. Y no solo ellos, hay cientos de personas fuera. Muchos están hablando ya con las autoridades para denunciar a la farmacéutica.

—Ya están todos arrestados —dijo Ethan—. Solo faltan los que están aquí, y ya todo se habrá acabado.

La joven miró alrededor, incapaz de creerse que todo hubiese al fin terminado. Le parecía increíble presenciar el punto final de tanta locura. Una oleada de íntima satisfacción le sobrevino al ser consciente que ella había ayudado a que el reinado del terror de la farmacéutica terminase de una vez. Ojalá estuviesen su padre y sus amigas para presenciar lo que ella estaba viendo en estos momentos; a los técnicos siendo apresados y la farmacéutica acordonada por la policía.

Agradeció al destino el haber puesto en su camino a tanta gente comprometida, como ella, a que todo acabase de una vez. Personas que aportaron su grano de arena para que todo se terminara, y que ella y todas las chicas del valle pudiesen recuperar su vida.

Rocco la miró con ternura.

—Estaremos fuera, con los demás. Están muy preocupados, así que vamos a tranquilizarlos y a decirles que os hemos visto y que estáis bien.

—De acuerdo. Nosotros saldremos ahora, no te preocupes.

Ethan y Rocco la abrazaron con afecto y se retiraron, mientras la policía se llevaba abundante material y a los últimos detenidos. Solo se quedó Josh, que miró a su amigo, que se empezaba a despertar.

—Bueno, yo ya me voy, y os dejo a solas.

Elena le dedicó una sonrisa triste, y el joven se inquietó, frunciendo levemente el gesto.

—Elena, ¿va todo bien?

—No... no lo sé. —Suspiró—. Tengo... que hablar con él. Han ocurrido demasiadas cosas.

—Lo sé, pero estoy seguro de que lo podéis arreglar. —Le guiñó un ojo—. Eres todo lo que él necesita, y no te va a dejar escapar, hazme caso.

«Lo que él necesita. Un billete a la muerte, eso es lo que soy», pensó para sí.

—Sí..., claro.

El policía la miró con una sombra de preocupación. Había leído en la expresión de la chica que el detective y ella iban a romper cuando saliesen de allí, y rogó para que no

ocurriera. Alan no podría soportar algo así, después de lo de Diana. Estaba enamorado de Elena, ella era lo que todos habían estado rogando para él. Una segunda oportunidad, un nuevo camino, una nueva esperanza. No podían separarse tras apenas encontrarse. Él no lo soportaría, volvería al profundo pozo en el que llevaba dos años. Miró a la chica a los ojos y su ánimo se quebró al tener la absoluta certeza de que sus caminos se separaban en esa sala. La abrazó con fuerza y se alejó de ella, acariciándole la mejilla. Se giró antes de desaparecer por la esquina, mirándola por última vez. Ella le hizo un gesto de despedida y él le hizo otro con la mano.

—Elena...

—¿Qué ocurre, Josh?

—Si las raíces son fuertes, no importa cuántas veces cortes una planta. Siempre crecerá.

Ella lo miró, comprendiendo lo que trataba de decirle, y giró el rostro hacia Alan, ese británico que había cambiado completamente su vida, y sintió que se caía a una enorme fosa. Si él no hubiese llegado a Sandara, todo seguiría igual, ella huyendo y siendo perseguida, las chicas secuestradas y asesinadas, Samuel y Matilda jugándose la vida para ayudarla... Y nadie, absolutamente nadie, sabría lo que ocurría allí. Él había sido la pieza fundamental para que toda la maquinaria que había destruido a la farmacéutica comenzase a girar, y le estaría eternamente agradecida por ello.

Lo observó despertarse y notó una sacudida en su interior. Ya solo faltaban segundos para que sus vidas se separasen. El fin había llegado, la verdad se había impuesto y no tenían mucho más que decirse. Así había acabado todo, con una mentira y un adiós, como tantas historias. Ahora ella tendría que seguir adelante, no sabía muy bien cómo, y él buscaría otra forma de llegar hasta Diana.

Mientras Elena estaba sumida en sus tristes pensamientos, Davies la observaba desde la cristalera, pensando que él había sacrificado todo para encontrar la respuesta, y a esa chica parecía no importarle haber llevado a cabo el extraordinario milagro que acababa de hacer. Estaba distraída mirando hacia la camilla del chico con una expresión melancólica en el rostro.

El detective empezó a moverse lentamente. Abrió los ojos poco a poco, con el impacto de las luces castigando sus pupilas y se giró, buscando a Elena por toda la sala hasta que la localizó y respiró aliviado. Se levantó y se sentó en la camilla, posando una mano en su nuca. Ella se acercó con cautela, manteniendo la distancia.

—Alan, ¿estás bien?

—Sí, tranquila. Me duele la cabeza y estoy algo mareado, pero estaré bien. ¿Y tú?

—Solo tengo magulladuras en los brazos por los pinchazos, como tú, pero ya vienen los médicos. Pronto... pronto podremos irnos de aquí.

—¿Qué ha pasado?

—Tus compañeros han guiado a la policía hasta aquí, y han detenido a todos los técnicos. He hablado con ellos, están bien y te esperan fuera. Ya se ha terminado todo.

Él la miró, asintiendo, y bajó la vista, soltando en una frase toda la tensión que lo estaba asfixiando.

—Elena, tenemos que hablar.

Ella le dedicó una mirada triste, negando con la cabeza.

—Ya es tarde para eso, Alan, ya nos lo hemos dicho todo —susurró, dándose la vuelta.

Él se levantó de un salto y la sujetó por una de las muñecas.

—No, yo aún no te lo he dicho todo. Lamento no haberte contado lo de Diana, pero yo mismo estaba preparado para hablar de ello. Te he herido y lo lamento, siento muchísimo haberte hecho daño.

—Esto no es por lo de Diana. Lamento profundamente que la perdieses de esa manera, y me figuro el infierno por el que pasaste, debió ser terrible. —Lo miró con tristeza—. También han asesinado a gente que yo quería, y sé lo difícil que es hablar de ello. Supongo que es lo que te ocurrió a ti, y por eso no me lo contaste. Lo entiendo, lo entiendo perfectamente.

Alan la miró confuso.

—Pero, entonces...

—Por favor, deja que me vaya.

—No, no voy a soltarte hasta que me digas qué está pasando. No puedes irte sin más y no explicarme por qué.

Ella iba a contestarle, pero no pudo. Estaba a punto de romper a llorar en ese momento y se mordió el labio con fuerza, conteniendo un sollozo. Él clavó la vista en Davies, que miraba la escena mientras esperaba su turno para que se lo llevaran detenido.

—Elena, ¿han llegado a hacerte algo?

Ella lo miró y desvió la vista, mientras él la seguía sujetando firmemente. No podía mirarlo, no podía hacerlo, o volvería a perderse en sus oscuros ojos, creyéndose sus mentiras otra vez. Se apartó, con las lágrimas empezando a rodar por su rostro. La expresión tensa del detective se transformó en pánico y la sujetó con más fuerza por la muñeca, acercándose hasta ella, con la respiración al límite.

—¿Qué te han hecho? —Bajó el tono de voz, mientras miraba a Davies—. Sea lo que sea, puedes decírmelo, ¿de acuerdo? Elena, cariño, ¿Qué... qué te han hecho?

—No me han hecho nada, Alan —dijo, con la voz quebrada—. Vi cómo mirabas a tu mujer en el sueño y lo comprendí. Lo comprendí todo.

—¿Qué?

—Pude ver cómo la besabas, cómo la abrazabas... Y supe que jamás sentirás eso por

mí. Nunca lo harás, Alan, lo sé. —Inspiró—. No... Sé que no me quieres, lo supe al verte con ella.

—Pero ¿qué...? —La soltó de golpe—. Pero ¿qué estás diciendo, Elena?

—Estabas tan desesperado por reunirte con Diana otra vez que me hiciste creer que me querías para permanecer a mi lado y así garantizarte una muerte segura. Para ti yo solo era el puente que te llevaría a tu verdadero destino, a Diana. Solo fui eso. Solo... eso.

Elena se dio la vuelta y avanzó hacia la salida. No podía quedarse más allí, no podía seguir explicándole de cuántas formas le había roto el corazón. Alan la detuvo, cogiéndola por el brazo.

—Elena, para, por favor. —La hizo girarse hacia él—. Estás... Estás equivocada. Nunca podría herirte y utilizarte de esa manera, jamás.

—Pero lo hiciste, Alan. Me heriste con cada uno de tus silencios. Ahora sé que apenas me contaste nada sobre ti mismo porque nunca creíste en un futuro para nosotros.

—Lo sé y lamento, pero eso no cambia nada lo que siento por ti, y la forma en que lo siento. —Inspiró profundamente—. He permanecido a tu lado porque me enamoré de ti, Elena. Me enamoré como jamás lo había hecho por nadie. Y claro que creo en un futuro para nosotros, por supuesto que creo en él. Es la verdad, por favor, tienes que creerme.

—No puedo creerte, Alan, ¿No lo entiendes? No puedo hacerlo porque ya no sé ni quién eres. Lo siento, pero no puedo seguir siendo lo que tú necesitas.

Ella se apartó y se fue de su lado, deshecha en lágrimas, con el corazón rompiéndose en pedazos. Tenía que alejarse de él, salir corriendo, lejos, muy lejos, a lo más profundo del bosque, donde él no volviera a encontrarla jamás. Él volvió a interponerse en su camino y le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarlo.

—Lo siento, siento no haber confiado en ti para contártelo todo, pero necesito que sepas que te quiero, Elena, jamás te he mentado en eso. He creído en la verdad de esas palabras cada vez que te las he dicho. Y sé que tú sientes lo mismo por mí, puedo leerlo en tus ojos.

Ella se apartó con suavidad, sin contestarle, mirándolo por última vez con una tristeza tan profunda en la mirada que ambos sintieron que algo en su interior comenzó a quebrarse al mismo tiempo.

—Elena, por favor, Elena...

Ella se encaminó hacia la salida, sin mirarlo, con el corazón y el alma destrozados. Antes de salir, se giró hacia la cristalera y vio por el extremo del ojo a Davies, que le sonreía de forma siniestra, y un escalofrío la sacudió por completo al darse cuenta de lo que iba a hacer. Entonces recordó el extraño sueño que tuvo con una sala igual que esa y se quedó sin aire al recordar la secuencia en la que vio a Alan desplomándose con un disparo en el pecho, y todo encajó. Al igual que el primer sueño que tuvo con él, aquello era una premonición. Miró al psiquiatra y comprendió que planeaba matar al detective

delante de ella por venganza. Aquello no había acabado, ni mucho menos.

Todo ocurrió en apenas unos segundos, pero ella lo contempló a cámara lenta. Las imágenes se ralentizaron, creando una especie de halo. Se giró y pudo ver cómo Alan la miraba completamente devastado. Por esa razón no se percató de que Davies le quitaba su pistola a aquel policía, la colocaba entre sus manos, apuntándole, y cómo sus dedos se deslizaban por el gatillo y lo apretaban, provocando un chasquido y una nube de humo apenas perceptible del cañón del arma. El proyectil destinado a atravesar su corazón cruzó velozmente los últimos metros para terminar con su vida, sus sueños, sus proyectos y con todos esos momentos que ya no iba a poder vivir. Ni una mota de polvo se movió en aquella sala, todo permaneció en perfecta quietud en espera de la tragedia que se avecinaba. Así se acabaría todo. La vida del detective se truncaría por una bala, como la de Diana, y ambos acabarían de la misma forma trágica, con un trozo de metal en sus cuerpos. Davies asestó su golpe final, ese era su as en la manga, y la muerte abrazaría una nueva alma en cuestión de segundos. Los malos presagios se iban a cumplir finalmente. Alan iba a morir en ese edificio.

Pero en ocasiones el destino olvida otros factores que entran en juego, haciendo que los acontecimientos se desencadenen sin control, bajo el paraguas del libre albedrío. Eso fue lo que ocurrió en aquel caso. Porque ni el destino, ni la muerte ni el camino trazado por los astros contaban con Elena. Ella apenas tuvo unos segundos para advertir los planes del psiquiatra y salvarle la vida a Alan, corriendo hacia él, chocando contra la sólida pared de su torso, abrazándole en el último instante e interponiéndose en la trayectoria de la bala que tendría que haber acabado con su vida.

Ese era el nuevo destino escrito para aquella chica del bosque, ese era el nuevo camino que trazaron los astros para ella en ese instante, variando el plan inicial. Lo supo mientras ese pequeño objeto de metal fue perforándole la piel, los huesos, los músculos, desgarrando y rompiendo su interior hasta que no pudo avanzar más y se quedó allí alojado. Su nueva misión en la vida pasaba por salvar la de Alan. Ese fue su cometido, unir los pedazos del destrozado corazón de aquel británico y evitar que aquella bala acabase con su vida. Así era como debía acabar todo, ese era el auténtico final de aquel hermoso y cruel cuento de hadas. Una inmensa sensación de paz la embargó cuando supo que había cumplido su destino. Se convertiría en una estrella cuya luz seguiría iluminando otras vidas incluso después de extinguirse. Ahora ocuparía un lugar en el firmamento y allí permanecería hasta el final de los tiempos. Exhaló su último aliento, despidiéndose de aquella difícil existencia que le había tocado vivir y su cabeza se inclinó hacia un lado. La última imagen que vio aquella valiente chica fueron los oscuros ojos de Alan, que la miraban alarmados.

Después, la nada más absoluta.

El caos que se organizó a su alrededor tuvo como punto de salida el largo alarido del

detective al ver a Elena entre sus brazos, con una mancha roja de sangre expandiéndose.

—¡Ayuda! —vociferó.

Cuando el equipo médico entró raudo en la sala para reanimarla, la chica ya colgaba inmóvil entre sus brazos. Entre varios sanitarios la tumbaron en el suelo, para ponerle una mascarilla de oxígeno y evaluar los daños. Unos brazos apartaron de allí al inglés mientras él seguía con su mirada clavada en el cuerpo de Elena, que yacía sobre aquel impoluto suelo de mármol blanco. Vio cómo los médicos le extrajeron la bala que la había alcanzado, escuchando, como si de un sueño se tratase, el sonido metálico y pesado del proyectil cuando cayó ensangrentado sobre las baldosas, y una sensación de irrealidad le rodeó. Aquello no podía estar pasando.

—¡Tiene el pulmón perforado! Meted un catéter de aspiración, ¡ya! —gritó una mujer.

El charco de sangre que se iba formando debajo de su cuerpo iba aumentando sin que los médicos lograsen detener la hemorragia. Intentó acercarse otra vez, pero en ese momento los gritos de los sanitarios se incrementaron y varios agentes lo apartaron.

—¡Parada! ¡Ha entrado en parada!

Se acercaron con las palas del desfibrilador, aplicándole varias descargas, pero ella no reaccionó, seguía quieta, sin moverse. Lo intentaron otra vez, y otra, y varias veces más, sin resultados. Los médicos no cesaban con las maniobras de reanimación, desesperados. Las primeras expresiones de derrota empezaron a extenderse entre ellos, y uno negó con la cabeza, abatido. El aire que rodeaba al detective se volvió denso y frío, y notó unos brazos alrededor mientras gritaba el nombre de Elena, que yacía inerte, con los ojos cerrados. Aquello no podía ser real, no podía serlo.

Observó, como en una pesadilla, cómo varios agentes lo arrastraban por los pasillos de los laboratorios hacia el exterior, hasta que llegaron a la entrada de los laboratorios, y la luz del sol lo cegó mientras el ruido de las hélices de los helicópteros le taladraba la cabeza. Un médico acudió a su encuentro para revisarlo. Miró alrededor y vio a la policía tomando el control de la situación y llevándose a los últimos detenidos. Sus compañeros se acercaron hasta él con expresión de alarma.

—¿Qué ha pasado?, ¿dónde está Elena? —preguntó Josh.

—Davies ha intentado matarme y ella se ha cruzado en la trayectoria de la bala —dijo, de forma atropellada—. Ha sucedido todo muy deprisa, y los médicos están ahora con ella.

—La salvarán, ya lo verás.

—No me di cuenta de que ese... —Se llevó el puño a la boca, cerrando los ojos con rabia.

—No es culpa tuya. Ella se pondrá bien, y ese psicópata acaba de aumentar otro delito a la larga lista que ya tiene.

Observó al grupo de gente que se agolpaba tras el cordón policial. Prácticamente todo

el valle esperaba tras esas cintas blancas con el emblema de la policía. Distinguió a Matilda y a Samuel junto a los hermanos, que los miraban angustiados. La ausencia de Elena era todo lo que necesitaban para comprender que algo había ocurrido allí dentro. Rocco le tocó el hombro.

—Iré a hablar con ellos, están muy nerviosos y preocupados.

Él lo miró agradecido y se sentó dónde le indicó aquel médico que revisó sus constantes básicas. El hombre empezó a preguntarle algo, pero él no lo escuchaba. Solo observaba la enorme puerta de los laboratorios, por donde tendría que salir ella en cualquier momento rumbo al hospital. Esperó. Y esperó. Y Esperó un poco más, por si acaso, pero no salía nadie de allí.

El sanitario se marchó de su lado cuando terminó el examen, pero apenas le prestó atención. Solo escuchaba su respiración angustiada y sentía su boca secándose por momentos. Se levantó de la parte trasera de la ambulancia y se aproximó hasta la entrada. vio cómo introducían a Davies en el furgón policial, esposado y custodiado por varios agentes, pero apenas le dedicó unos segundos de atención, no podía apartar los ojos del edificio.

«¿Por qué tardan tanto? Deberían llevarla a un hospital cuanto antes, allí podrán salvarla, es de una urgencia extrema, no sé a qué esperan», pensó alarmado.

Decidió que ya había aguardado demasiado tiempo. Saltó el cordón policial y corrió los metros que lo separaban de la puerta, con una alfombra de cristales bajo sus pies. La sacaría él mismo de allí en brazos, si era necesario. Se detuvo al ver al grupo de sanitarios de antes empujando una camilla con una sábana cubriendo un cuerpo. Sintió los brazos de sus compañeros sujetándole desde atrás como una tenaza en el momento en que una mano se deslizó fuera de la tela y distinguió los lunares en forma de diamante de su muñeca. La chica que yacía en aquella camilla era Elena. Y estaba... muerta.

«Muerta. Está muerta. Elena está muerta».

—Vamos, Alan —dijo Josh, que ya estaba a su lado, con un nudo en la garganta—. No tienes que ver esto, no lo veas. Por favor, no...

Empezó a llamarla a gritos antes de que su cerebro procesase la orden de abrir la boca. Intentó librarse de la prisión de los brazos de sus amigos mientras contemplaba cómo metían su cuerpo en la ambulancia. Su inerte mano ondeaba fuera de la sábana, y varias gotas de sangre mancharon el suelo. Ella estaba muerta, y él no había podido hacer nada para salvarla. Bajó la cabeza, intentando controlar su respiración. A quello no podía ser real, no podía serlo. Debía haberse salvado mientras él esperaba fuera del edificio, eso es lo que tenía que haber ocurrido. Estaría unos días en el hospital, recuperándose, y arreglarían sus problemas, porque ella se daría cuenta de que él la quería con toda su alma. Después se irían a casa, a Londres, juntos, y empezarían una nueva vida, sin más secretos. Miró la ambulancia y un frío latigazo de realidad se impuso.

«No, no, no, no, no».

Se quedó paralizado viendo cómo el vehículo que contenía el cuerpo de la mujer que amaba avanzaba entre los callejones adoquinados, muy despacio, como los coches fúnebres, y se alejaba por la carretera que atravesaba el bosque hasta desaparecer por completo. Notó un rayo abrasador en el pecho, un latigazo de fuego que le hizo encogerse para mitigar el dolor. Aquella era la señal inequívoca que confirmaba que la verdad más terrible se había hecho realidad, y sintió que le atravesaban el cuerpo entero con cuchillos. Se desplomó de rodillas al suelo mientras un desgarrador alarido de dolor salía de su garganta.

En el otro extremo del aparcamiento, tomado ahora por furgones policiales, Davies contemplaba la escena con la expresión de decepción. Había estado observando el cadáver de la chica como si la flor más exótica de su invernadero se hubiese secado. Ella, esa joven que hubiese sido la solución a todo, había decidido morir para salvar a ese detective, al que minutos antes había borrado un recuerdo traumático, de forma lo suficientemente astuta para que ellos no supiesen cómo lo hacía. Lo único que sabía es que había blindado su inconsciente, y que todo lo había hecho desde allí. Pero cómo, era algo que iba a permanecer en el más absoluto secreto porque ella ahora estaba muerta, y el misterio permanecería sin desentrañarse.

El sonido del motor del avión taladraba la cabeza del detective mientras el aparato comenzaba la maniobra de descenso. En unos minutos aterrizarían en el aeropuerto de Heathrow. El banco de nubes empezaba a disolverse y ya se podían distinguir las serpientes de agua que se colaban en la ciudad, las extensiones verdes y las montañas lejanas. Contempló con la mirada perdida el paisaje que había visto infinidad de veces. Inglaterra le daba la bienvenida otra vez. Volvía al hogar, pero sin ella, y cerró la persiana. En ese momento no quería ver nada, solo cerrar los ojos y desaparecer.

—Hay que subirlas antes de aterrizar —le dijo suavemente Josh.

Dos segundos después de escuchar esa frase, escuchó el leve carraspeo de una azafata. La mujer comenzó a hablarle en un tono de reproche agudo. Él se giró hacia ella, topándose con sus ojos azules y la miró con ojos vacíos. La chica compuso una expresión de disculpa y se fue. El detective se quedó confuso y miró a su amigo.

—Tienes un aspecto horrible, Alan, siento decírtelo. La pobre chica se habrá asustado.

Él no dijo nada, abrió la persiana otra vez y volvió a hundirse en la butaca. Habían pasado tres días desde la muerte de Elena. No se iba a celebrar ningún funeral por ella, ya que su cuerpo seguía en el instituto forense en espera de que la única pariente que podía reclamar su cadáver, su tía paterna Dora, se hiciera cargo. La mujer había desaparecido sin dejar rastro, y nadie había podido encontrarla. Alan iba a tramitar la solicitud, aunque ya le habían comunicado que sería prácticamente imposible, al no haber ningún tipo de parentesco entre ellos. Él iba a seguir el proceso hasta donde hiciera falta. Ella merecía un descanso eterno en paz.

Al día siguiente de su muerte, la plaza de Sandara se llenó de flores, osos de peluche y velas en honor a la chica del bosque que había salvado a decenas de jóvenes en los pasadizos de los laboratorios. Cuando cayó la noche, Alan comprobó atónito que no quedaba ni un solo sitio libre. Todo estaba lleno de ramos y coronas que se amontonaban por todos los rincones. La gente se había volcado para despedirse de ella. Él lo había contemplado todo desde la misma habitación de hotel en la que Elena y habían comenzado su historia. Estuvo apoyado en el marco de la ventana casi toda la noche, observando cómo las llamas de las velas titilaron durante horas en la vigilia que los jóvenes a los que había rescatado organizaron en su memoria. Él depositó un ramo de rosas blancas junto a una foto que alguien había dejado. En ella, una adolescente Elena posaba junto a otros compañeros frente a la fachada de un museo en la capital. Todos miraban a la cámara con gesto solemne, excepto Samuel y ella, que se reían, señalando

algo que quedaba fuera del tiro de cámara. Observó la foto una vez más y la depositó otra vez en su lugar, tragándose las lágrimas.

Recordaba cada detalle del asesinato. Elena había corrido hacia él y le había abrazado de forma precipitada. Durante ese escaso segundo, su universo había vuelto a su lugar, que no era otro que a su lado. Entonces notó el silbido del proyectil y la vibración que el impacto de la bala provocó al atravesar el cuerpo de la chica. Vio a los policías derribar a Davies y como la sangre fue expandiéndose por el brazo con el que la había sujetado, antes de que ella se quedase con la mirada perdida y sus ojos perdiesen su luz para siempre. Aún tenía varias lágrimas deslizándose por sus mejillas por la discusión que habían mantenido antes. Esa imagen se había grabado en su memoria y lo torturaba constantemente.

Notó cómo las ruedas del aparato tomaban tierra, e inspiró mirando por la ventanilla el asfalto. Echó la cabeza hacia atrás, abatido. Tras unos minutos en pista, salieron del avión y atravesaron la terminal en dirección a la parada de taxis. Su amigo había insistido en acompañarle de vuelta a casa, y él no había tenido fuerzas para negarse. Llegaron en apenas treinta minutos a su piso en el barrio de Southfields, donde una fría lluvia los recibió.

La soledad cayó a plomo sobre él en cuanto atravesó el umbral de su casa. Todo estaba igual que cuando se fue. El enorme sofá de cuero negro del salón destacaba sobre el mobiliario en madera blanca y cristal. Los grandes ventanales que daban a la calle, enmarcados en unas cortinas de gasa en blanco y beis, daban un aspecto acogedor al conjunto. Todo había sido obra de Diana, que era decoradora. Él no había cambiado nada desde entonces. Había imaginado varias veces esa escena, pero con Elena a su lado.

Ella dejaría su pequeña maleta en la entrada y lo miraría emocionada, diciendo que era una casa preciosa. Él le sonreiría e irían a pasear a la zona de Covent Garden, donde había varios restaurantes muy coquetos y que a ella le encantarían. Después le enseñaría la zona centro, darían un tranquilo paseo y volverían a casa, donde se acurrucarían en el sofá charlando sobre lo que iban a hacer en los próximos días. Se irían al dormitorio, donde se buscarían entre las cálidas mantas toda la noche y se despertarían al alba, saludando al primer día del resto de su nueva vida abrazados, entre besos. Pero eso ya no pasaría. Aquella era la casa de un hombre solo, otra vez. Se adentró en su salón, se sentó sobre el sofá y apoyó la cabeza contra el respaldo. Solo el sonido de las gotas de lluvia impactando contra la ventana rompía el silencio. Josh se sentó a su lado y lo observó con cautela. Alan empezó a hablar sin despegar sus ojos del techo:

—Estuvimos discutiendo antes de que Davies la asesinara. Estaba convencida de que la utilicé, y que jamás sentí nada por ella.

—Sufristeis unos experimentos psicológicos devastadores, y quizá por eso ella estaba algo confundida. Pero ella sabía que la querías, Alan, estoy convencido.

—No estoy seguro. —Suspiró—. Creí que cuando se acabase todo el caos de la policía podríamos hablar con más calma. Pero ya no puedo hablar con ella, Josh, no puedo. Ya no puedo hacer nada, solo echarla de menos, echarla tanto de menos que apenas puedo respirar.

Su amigo le apretó el hombro.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

Alan se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y se puso el puño en los labios, intentando contener las lágrimas que amenazaban con derramarse sin control. Elena no regresaría jamás, aquella chica del bosque se había ido para siempre. Ya no volvería a ver sus ojos negros llenos de vida, ni su sonrisa, ni sus frías manos sobre las suyas. Sintió que se caía en un abismo y rompió a llorar todas las lágrimas que contiene el océano durante horas, con su amigo a su lado, por segunda vez en su vida.

Josh se fue casi al anochecer. Tras despedirle, el detective cerró la puerta y miró a su alrededor, y la sensación de vacío le pasó rodando por encima, como una apisonadora. Se encaminó al dormitorio y se tumbó en la cama mirando al techo. Tenía que acudir al juicio contra la farmacéutica en unos meses. Debía hacerles pagar por todo el mal que habían provocado, por las vidas arrebatadas, por todas las personas que sufrieron los experimentos en aquellos laboratorios. Tenían que cumplir su condena.

Repasó cada día que pasó en el valle. Cómo le había parecido un lugar sacado de un cuento la primera vez que pisó sus calles, y el horror que encerraba. Recordó a todas las personas que había conocido y a las que habían asesinado. Las primeras pistas, los primeros sueños, los ataques en el hotel, los pasadizos del bunker, los tiroteos, la tensión, los guardias, los experimentos. Todo. Evocó todo aquello como en una pesadilla. La primera vez que oyó hablar de ella en aquel autobús. La imagen de Elena llenó cada rincón de su mente. La había amado con la certeza de que era ella la mujer que había estado esperando toda su vida, la pieza que le faltaba para que su mundo comenzase a girar otra vez, lo que le faltaba para sentirse completo. Rememoró el primer encuentro en el bosque y la explosión de vida tan abrumadora que sintió al cruzar sus ojos con los suyos.

Recordó cada mirada, cada beso, cada abrazo. Su sensual ronroneo junto a su oído en aquella sala de reuniones, sobre la mesa central. Jamás había conectado físicamente con nadie de esa manera, ni siquiera con Diana, con ese fuego abrasándole el interior. Entonces evocó sus ojos apagándose en la sala de experimentación, la suave caricia de su último aliento impactando contra su cuello y cómo su cuerpo se quedó colgando, inerte, junto al suyo. Aquella bala los había matado a los dos. Supo que jamás volvería a sentir nada por nadie en lo que le quedase de existencia. No podría hacerlo porque ella se lo había llevado todo. Se hundió bajo aquella manta, sintiéndose el hombre más triste y solo de la tierra, y no volvió a la superficie.

Tres meses después

Ethan aparcó el coche de alquiler junto a una preciosa casa de piedra en Zugati. La nieve había sido sustituida por un manto verde que se extendía por todo el valle, salpicado por vistosas flores en la base de las montañas y en los prados. La vida volvía a abrirse paso, lentamente, sin detenerse. El cuidado jardín de la familia Velasco daba la bienvenida a los invitados con un intenso olor a rosas, peonías y jazmín. Frente al portón de madera, los hermanos sonreían y saludaban a los cuatro británicos que salieron del vehículo tras detener el coche en la explanada de tierra junto al pequeño huerto. Rebeca se abalanzó sobre Rocco, fundiéndose los dos en un apasionado beso frente a la puerta del coche durante varios minutos. Los continuos carraspeos y aspavientos de Erik no parecían surtir efecto ante la fogosidad de la pareja.

—A ver, tortolitos —empezó a dar palmadas yendo hacia ellos—. Parad de una vez, he visto volcanes en erupción menos calientes que vosotros dos.

Los demás se rieron, saludándose y abrazándose. Al día siguiente empezaba el juicio contra los laboratorios, y los hermanos los habían invitado a pasar el día en el valle. Ellos también acudirían, ya que habían sido citados a declarar. Sus testimonios tenían bastante peso por haber liberado, junto con Elena, a los últimos rehenes, y, en el caso de Erik, por haber presenciado el asesinato de los Somoza Arvelo y haber sufrido los experimentos. De hecho, y según supieron gracias a Elba, la policía vigilaba discretamente al joven las veinticuatro horas al día, para evitar que algún cómplice de la farmacéutica atentase contra él. Su testimonio era de los que tenían mayor peso, al igual que el del detective.

Antes de llegar a casa de los Velasco, Alan había aprovechado para hacer una visita al cementerio a sus abuelos. Sus amigos lo habían acompañado a las tumbas, llenas de flores. La florista había cumplido el encargo con una eficiencia admirable. Lamentablemente, no pudo visitar la tumba de Elena. Su cuerpo seguía en el instituto forense en espera de que los familiares lo reclamasen. Él había llamado varias veces por teléfono, y había escrito medio centenar de correos interesándose por ella. Según aterrizaron en la capital, se dirigió con sus compañeros hasta el edificio, donde una funcionaria había consultado el listado y le había puesto mala cara, explicándole otra vez que él no tenía nada que hacer porque no eran parientes.

Ante la insistencia del británico le explicó que, en caso de que ningún familiar lo reclamase, él podría emprender un litigio legal para recuperar sus restos, pero que el proceso tardaría mucho tiempo. Además, según constaba en la documentación relativa al caso, varios centros de investigaciones neurológicas ya se habían interesado por ella también, y, en aquellos casos, el resultado dependía de muchos factores.

Era exasperante, pero él seguiría insistiendo. Le parecía demasiado espeluznante imaginar a Elena siendo objeto de pruebas y experimentos incluso después de muerta. La única opción que le quedaba era encontrar a su tía Dora para que firmase el permiso,

algo que, intuía, iba a costarle una cuantiosa suma de dinero. Pero no le quedaba más remedio, así que pagaría todo el dinero que esa mujer le pidiera con tal de que le diese la autorización para poder enterrarla. Tenía que darle sepultura, necesitaba dar ese último paso para despedirse de ella. Salió del edificio deteniéndose frente a la puerta que daba a los sótanos. Allí estaba ella, tumbada sobre una fría placa de metal, congelada, en espera de que la burocracia avanzase a su lento paso. La mujer que había sido todo su universo yacía allí, en completa soledad.

«No me rendiré, Elena. Te lo prometo».

Los hermanos Velasco los hicieron pasar a su sala de estar, una espaciosa y acogedora estancia con las paredes blancas y el mobiliario de pino, invitándolos a sentarse en los cómodos sofás que dominaban el centro de la habitación, y todos comenzaron a charlar sobre las últimas anécdotas de los últimos meses. Excepto Alan, que apenas había tenido fuerzas para salir de debajo de aquellas mantas en ese tiempo. Estaba más delgado y con oscuras ojeras. Habían sido unos meses difíciles, y lo seguían siendo. Por su parte, todos habían seguido adelante con sus vidas.

Rocco y Rebeca se veían con frecuencia. Ella pasaba casi cada fin de semana en Inglaterra con su chico, y su amigo había desaparecido del mapa desde que la conoció. Era simpático verlos juntos, porque apenas podían ocultar lo que sentían y aprovechaban la mínima ocasión para hacerse carantoñas. Alan miró a Josh y a Elba. La chica pasaba semanas enteras en Londres con él, y ya lo habían invitado a cenar varias veces a su casa, que estaba siendo sutilmente redecorada por la chica, en una simbólica y coqueta conquista de territorio personal. Se alegraba enormemente por él, no lo había visto tan emocionado por nadie desde aquella misteriosa novia que tuvo y que nunca llegó a conocer. Las veces que había intentado sacarle el tema, su amigo componía una sonrisa falsa, cambiaba de conversación repentinamente y su mirada quebrada delataba que no lo había superado aún. Así que Alan había optado por dejar de preguntarle por aquella enigmática chica que le había roto el corazón en un millón de pedazos.

—Gracias por invitarnos —empezó Ethan—. Declaráis mañana, según tengo entendido.

—Sí, pero solo nosotras. Erik lo hará el último día —dijo Elba.

—Será muy duro recordar esos días.

—Sí, va a ser..., va a ser brutal. —Suspiró Erik—. Vosotros también tendréis que hacerlo, así que andad con ojo también.

La presencia del detective y sus compañeros en los laboratorios había levantado ampollas, y tenían que elaborar muy bien sus discursos para que no les imputasen algún delito por la muerte de los guardias. Elba miró al detective y se acercó a él, tendiéndole una taza de café.

—Pensábamos que no ibas a poder venir —dijo, apesadumbrada.

—Yo tampoco estaba seguro, pero... tenía que hacerlo. Por ella. —Inspiró, cambiando de tema de conversación rápidamente para no quebrarse allí mismo—. Y..., ¿sabéis algo más del juicio?

Erik tomó la palabra.

—Sí, casi todo el valle está llamado a declarar. Hay decenas de jóvenes que van a hablar, pero la gran mayoría quedaron en tan mal estado después de los experimentos o simplemente tienen miedo, que han preferido no hacerlo.

Elba asintió, y continuó:

—Se ha hecho una campaña bastante intensa animando a las chicas a salir de su silencio, y, por fortuna, muchas han hecho caso. Van a declarar las familias de las chicas que fallecieron también. Espero al menos que lo hagan para inculpar a la farmacéutica, porque se ha escuchado que ha habido bastantes sobornos en el valle últimamente.

Todos torcieron el gesto casi a la vez. Las gentes de allí eran fácilmente corruptibles, y eso podía inclinar la balanza a favor de los laboratorios. La idea de que pudiesen salir indemnes después de todo el mal creado era una posibilidad que ya se habían planteado en varias ocasiones y que podía hacerse realidad.

—¿El Padre Tobías también está citado? —se interesó Alan.

—Ese hombre desapareció hace casi tres meses, coincidiendo con el asalto a la farmacéutica, y desde entonces no se sabe nada de su paradero. Lo están buscando, pero dudo que lo encuentren, la verdad, al igual que los cadáveres de los Somoza Arvelo, que tampoco han sido hallados.

Erik carraspeó. Le había prometido a Elena no decir nada de la relación que existía entre el matrimonio y ella. Aunque ya no estuviese, debía seguir respetando sus deseos.

—Se habrán deshecho de ellos en el bosque, como planeaban hacer conmigo —dijo el detective.

Todos se quedaron en silencio, consternados. Conocían, por boca de sus compañeros, todo lo que había ocurrido en los laboratorios cuando Elena y él se internaron, pero oírlo de sus labios, no sabían por qué, se les hacía demasiado espeluznante, ya que tenían la certeza de que eso es lo que les hubiese ocurrido a todos si los hubiesen capturado ahí dentro.

Pasaron el resto del día paseando por los viñedos recién plantados, las calles de la parte antigua, las nuevas tiendas y las calles peatonales. Al detective le sorprendió sentir que la sensación de peligro y miedo que se respiraba cuando él estuvo allí la primera vez se había esfumado por completo, y un alivio y creciente alegría empezaba a instaurarse en el ambiente. Siguieron caminando y charlando hasta que llegaron al edificio de la farmacéutica. Alan miró la puerta de la entrada, por donde había salido el cadáver de Elena, y tuvo el triste pensamiento de que ese edificio sería la única tumba que podría visitar. Aún se veía la cristalera ametrallada y los agujeros de los impactos de bala. Todo

tenía un aura tan lúgubre que aún entonces, vacío, daba escalofríos.

Rebeca lo miró y le cogió del brazo, intentando reconfortarlo.

—Van a demolerlo dentro de dos semanas porque hay riesgo de derrumbe, dicen, aunque todos creemos que es porque nadie quiere que esté aquí por más tiempo. Al parecer, piensan hacer un parque, y se había propuesto que llevase el nombre de Elena, pero creo que al final pondrán algo más simbólico, como parque de la concordia, de la paz o algo así.

—Es lo mejor, Rebeca. Tristemente, ella no fue la única que perdió la vida aquí.

La chica le acarició levemente el brazo, enjugándose una lágrima, y volvió con Rocco, quien la besó en la mejilla de forma cariñosa. El detective los miró y suspiró, imaginándose todas las vidas que se truncaron tras esos muros, todos los sueños, las ilusiones, los proyectos. Los suyos incluidos. Ya no habría un futuro para él tampoco. Su vida también había acabado sobre las frías y blancas baldosas de una de aquellas salas, con un disparo invisible en el corazón.

Cuando empezó a anochecer, y las primeras luces de las farolas y las casas se encendían, Ethan y el detective se despidieron de los hermanos rumbo al hotel en el que se hospedaban en la capital. Rocco y Josh pasarían la noche en Zugati, prometiendo verse al día siguiente en los pasillos de los juzgados. Alan se cruzó de brazos en el asiento del copiloto, apoyando la cabeza en el cristal, observando la densa arboleda que había sido el hogar de Elena durante tantos años. Distinguió el contorno de la montaña de Sandara que parecía una colosal guardiana de piedra vigilando el valle. Debía ir hasta allí antes de volver a Inglaterra para fotografiar la cúpula estrellada que Elena había pintado. Ethan se había ofrecido para llevar a cabo la tarea, y había traído todo el equipo necesario. Haría ampliaciones y las colocaría en su dormitorio. De esa manera, ese pedacito de Elena lo acompañaría siempre en sus sueños. Pensó en aquella noche en el refugio, recordando cada detalle, y sintió que aún podía percibir hasta el aroma de sus cabellos. Cerró los ojos, devastado ante los días difíciles que se avecinaban.

La avenida del palacio de justicia estaba tomada por las unidades móviles de al menos un centenar de equipos de televisión de varios países que habían llegado atraídos por la historia de la farmacéutica. El hecho de que unos laboratorios estuviesen secuestrando y experimentando con jóvenes durante años en un valle remoto sin que nadie lo supiese era una noticia de calado internacional.

Los cuatro británicos esperaban en los pasillos, sentados en unas butacas metálicas rodeados de decenas de personas. Alan miraba distraído la puerta de la sala donde se celebraba el juicio, mientras sus amigos lo observaban preocupados. Sabían que no había sido fácil para él acudir hasta allí y revivirlo todo.

—Si es muy difícil para ti estar aquí, nos avisas y saldremos enseguida, ya lo sabes — dijo Rocco, agachándose a su lado—. Solo tienes que testificar mañana y ya está, no hace

falta que estés todos los días, escuchando todos los testimonios.

—Estoy bien —dijo, esbozando una sonrisa apagada.

Su amigo frunció el ceño, en clara señal de que no lo creía. Nadie podía estar bien en su situación, nadie podría revivir esos días y estar bien. En ese instante, Matilda y Samue aparecieron por un extremo del pasillo. Josh les hizo un gesto con la mano, y la mujer sonrió, devolviéndoselo. Alan los observó acercarse con un puño en el estómago. Estaban pálidos, más delgados y con profundas ojeras, como él.

Se levantó y se encaminó a su encuentro, despacio, y se fundió en un abrazo con la mujer, que hundió su rostro en su hombro, afectada. El detective y ella habían mantenido contacto telefónico, y sabía que la muerte de Elena la había afectado profundamente. Apenas podía dormir desde entonces y necesitaba tomar pastillas para poder descansar. La enfermera se separó de su lado, mirándolo con expresión maternal.

—Estás demacrado, Alan. ¿Estás bien, tesoro?

—Intento estarlo, Matilda. Lo intento cada día.

—Me imagino por lo que estarás pasando. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—
Elena era muy especial. Al menos ya está descansando en paz.

Él asintió, aguantando como podía aquella escena sin venirse abajo.

—Gracias por venir. No habrá sido fácil para vosotros acudir hasta aquí tampoco.

—Hasta que esos indeseables no paguen por todo lo que hicieron, esto no acabará.

Su hijo se acercó hasta el detective y le estrechó la mano. Su mirada destilaba tanta tristeza como la que, intuyó el inglés, debía reflejar la suya. Podía entender el infierno por el que el joven debía estar pasando perfectamente. Elena había sido su mejor amiga y él se había puesto en peligro en infinidad de ocasiones tratando de protegerla, para que, al final, todo hubiese sido en vano. La mujer los miró y se alejó a saludar a los demás, entendiendo al instante que los dos jóvenes querían hablar a solas. Alan le hizo un gesto para que se alejaran de allí y pudiesen hablar con calma. Se dirigieron hacia la enorme terraza circular que había al final del pasillo, donde había otros testigos apoyados en las barandillas, bebiendo agua en vasos de plástico, charlando a media voz o hablando por teléfono. Había mucha expectación por el juicio y mucha gente estaba nerviosa ante la idea de tener que revivirlo todo, y se venían abajo antes o después de declarar. Ellos se dirigieron hacia uno de los extremos y se apoyaron en la balaustrada de piedra, contemplando en silencio el paisaje. Era una situación extraña. La última vez que se habían visto Samuel se deslizaba por el túnel de la gruta para denunciar ante la policía a la farmacéutica y él se quedaba en el refugio para salvar a Elena. El chico había cumplido impecablemente su misión, pero el detective sentía que él no había podido cumplir la suya. El joven miró hacia el horizonte y comenzó a hablar:

—Siento no haberte llamado, Alan, pero sabía que verte, o hablar contigo, sería como verme en un espejo, y no estaba seguro de poder aguantar el reflejo.

—No tienes por qué disculparte, yo tampoco he tenido el valor de llamarte. —Se quedó en silencio, preparándose para la conversación que vendría a continuación—. Sé que me advertiste que no me acercara a ella, pero no lo hice.

—Alan, no...

—Espera, déjame acabar, por favor. Necesito decírtelo. —Tomó aire—. No lo hice porque desde que la vi, me perdí en sus ojos y no supe encontrar el camino de vuelta. Después la besé y ya no pude renunciar a ella porque la necesitaba para respirar. Y ahora está muerta porque dio su vida por salvar la mía. —Apoyó las manos en la balaustrada, clavando la vista al suelo—. Lo siento, Samuel. Siento que por mi culpa perdieses a tu mejor amiga.

El joven inspiró con fuerza, mirando hacia el suelo también.

—Tú no pudiste renunciar a ella —dijo con la voz quebrada—, pero ella tampoco pudo renunciar a ti. Era consciente del peligro y de los riesgos, y los asumió porque te quería, y tú hiciste lo mismo por ella. Sabíais que esto podría ocurrir y, aun así, seguisteis juntos, apoyándoos, arriesgando la vida el uno por el otro. —Se quedó en silencio—. Si hubieses muerto tú, ella no lo hubiese soportado.

—Quizá sí.

—No, no lo hubiese hecho. Créeme, la conocía bien. Erais la mitad que os faltaba e uno al otro. Lo supe en cuanto os vi juntos por primera vez. La misma alma dividida en dos pedazos.

Se quedaron en silencio otra vez, con las respiraciones densas, a punto de derrumbarse, con el rostro de Elena en cada hueco de sus mentes.

—La echo de menos, Samuel. La echo terriblemente de menos, y cada día sin ella es una agonía peor que el anterior. Pienso en cómo habría sido todo si aquella maldita bala se hubiese desviado varios centímetros y no nos hubiese alcanzado a ninguno.

—No deberías hacer eso, no deberías torturarte de esa forma. Recuérdala cada día y no olvides todo lo bueno que dejó en ti. Así honrarás su memoria.

El chico lo miró una vez más, le puso la mano en el hombro y se alejó. Alan lo contempló con una piedra aplastándole el pecho. Ahora entendía, más si cabía, por qué era el mejor amigo de Elena. Era tan noble como lo había sido ella. Pero ahora estaba muerta, con el pecho destrozado por una bala que iba dirigida a él, y Samuel con el corazón roto en miles de pedazos, como el suyo. Se sintió inmensamente culpable. Bajó los hombros y descendió las escaleras, hacia la sala, lentamente. El agujero del pecho empezó a abrirse otra vez. No iba a resistir todo aquello.

El primer turno estaba reservado a los técnicos de los laboratorios, que se enfrentaron a varias duras preguntas sobre los experimentos, con evidencias de los abusos cometidos mediante material gráfico y audiovisual. La policía había requisado suficiente información para que se les aplicaran las penas más graves.

Fue un día intenso, varias de las víctimas reconocieron a amigas, familiares, o a ellas mismas en las grabaciones de los laboratorios, y los gritos y los llantos se sucedieron en las casi ocho horas que duró aquel primer asalto. Elba y Rebeca testificaron, explicando cómo habían acudido a rescatar a Erik y cómo se encontraron con Elena de casualidad. Detallaron detenidamente lo que habían hallado en las salas de experimentación, y cómo habían liberado a todos aquellos jóvenes antes de que sufriesen un destino fatal. Se oyeron torrentes de lágrimas en la sala cuando mencionaron a Elena, y las chicas rompieron en sollozos también.

Alan y los demás abandonaron los juzgados con el pecho encogido. Al día siguiente testificarían ellos y debían terminar de preparar sus testimonios. El detective se encaminó al hotel mientras los demás se reunían con los hermanos Velasco. Él no pudo hacerlo, todavía no estaba preparado para situaciones relajadas y agradables que no hacían más que acrecentar la sensación de soledad que lo devoraba a todas horas.

Fue hasta el hotel, donde permaneció durante toda la tarde, sentado en la cama, leyendo las crónicas sobre el juicio que publicaban los diferentes medios. Al parecer, había bastante expectación por los testimonios de él y sus compañeros al día siguiente, y en especial por el suyo. Varios diarios habían escrito incluso columnas sobre él, resumiendo su vida y qué se esperaba que declarase. Dejó el dispositivo sobre la mesa y estiró los músculos, decidiendo que necesitaba un café.

Bajó al bar del hotel, y se sentó en uno de los sofás de diseño que invitaban a pasar la velada cómodamente en ellos. Un grupo de luces que cambiaban de color detrás de la barra de forma hipnótica acrecentaba esa sensación de relajación y desconexión. Entró y pidió un café extragrande a una solícita camarera que lo devoró con los ojos en cuanto puso un pie allí. Tras una charla insustancial con la chica, pudo al fin concentrarse en preparar su declaración, pero desistió a los pocos minutos. Deslizó el dedo por la pantalla de su móvil hasta que encontró el nombre de la única persona con la que le apetecía hablar en ese momento. Pulsó la tecla de llamada, y ella contestó al primer tono.

— ¿Alan?

— Hola, italiana.

— ¡Cielo santo! ¿Qué tal estás?

— Bien, Lya, estoy bien. ¿Cómo estás tú?

— Bien, muy bien. Qué casualidad, iba a llamarte justo ahora.

— ¿Por qué?, ¿ocurre algo?

— No, tranquilo. Estoy en el aeropuerto. La policía me ha pedido una segunda copia de todo el material que recopilé y voy a entregarlo.

— ¿Vas a venir a la capital?

— Exacto, estoy embarcando ahora mismo.

— ¡Vaya! —exclamó—. No tenía ni idea.

—Lo cierto es que yo tampoco hasta que me llamaron ayer por la tarde, así que, ya ves que no eres el primer sorprendido.

—Ya veo que no. —Esbozó una sonrisa—¿Dónde vas a alojarte? Lo digo por si te apetece que nos veamos un día.

—Pues la verdad es que no tengo nada reservado. Ha sido todo tan improvisado, que no he podido mirar nada aún. De hecho, pensaba reservar algo en el mismo aeropuerto, mientras esperaba por mis maletas.

—Bueno, yo estoy en el hotel Central, cerca de la estación. Puedo acercarme a recepción, si quieres, y hacerte una reserva.

—Pues eso sería perfecto, gracias. La verdad es que tengo muchas ganas de verte, Alan. Tengo que hablar contigo sobre algo, además.

—¿De qué se trata?

De fondo se oyó la voz de un hombre mayor que reconvenía a su amiga para que no se entretuviera y pasase por el control de seguridad. A Alan le hizo gracia escuchar la réplica en italiano de ella, y casi pudo adivinar los característicos gestos y aspavientos que la joven hacía cuando discutía con alguien. No entendía lo que estaría diciéndole, pero pronto la escena pareció sacada de una comedia italiana de los años cincuenta.

—Después hablaremos, Alan, tengo que colgar. ¡Ah, inglés!

—¿Qué?

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, Lya. Y yo a ti.

Colgó, y una sonrisa apareció en su rostro. Había extrañado muchísimo a su amiga italiana. Su humor socarrón y su desbordante chispa. No se había dado cuenta hasta que habló con ella. Tras hacerle la reserva en el mostrador de recepción, la esperó tomándose otro café en el moderno bar. Sintió su presencia antes de verla, él y todos los hombres que estaban allí. Se había cambiado el color del pelo y lucía ahora una melena oscura, que la hacía más joven, y caminaba haciendo bailar sus caderas en un ceñido vestido color rojo que abrazaba cada curva de su cuerpo de una manera sensual. Se abrazaron con sincero afecto, dirigiéndose una mirada que hablaba por ellos, y que decía que se habían echado mucho de menos.

Tras hacer el registro en el hotel, la acompañó a su habitación y volvieron al bar, sin dejar de hablar ni un solo segundo. Pese a que habían pasado más de tres meses desde que se despidieron en aquella estación de autobuses, sintieron que se acababan de ver hacía tan solo unas pocas horas. Siguieron compartiendo confidencias frente a frente en el sofá del bar, ante la cara de disgusto de la camarera, que miraba al inglés compungida. Lya terminó su copa de café irlandés y lo miró temerosa.

—Alan, quería decirte que siento mucho lo de Elena. Cuando te llamé aquella vez me pareciste tan hundido que por un momento creí que no ibas a salir de ese pozo. Y las

otras veces que lo hice, me saltaba el buzón de voz, y jamás me devolviste las llamadas.

—Lo siento. He estado desconectado del mundo.

—Lo entiendo, no te preocupes. De verdad que siento mucho lo de Elena, no se merecía ese final. Lo más triste es que ella murió sin tener idea de todo lo que había hecho por todas esas chicas.

Alan no pudo responder. Esos días iban a ser una tortura para él. Cada vez notaba la bola que tenía en el pecho crecer más, y no sabía cuándo terminaría estallando.

—Esto... Testificas mañana, entonces. —Su amiga se quedó unos segundos en silencio—. ¿Sabes cómo va a ser, por casualidad?

—Me imagino que será un infierno.

—Parecido. Van a ir a por ti, van a incidir en tu implicación en el asesinato de Elena. Por eso quería verte antes del juicio.

—¡¿Qué?! —Aquello lo cogió desprevenido— ¿Cómo que mi implicación?

—Bueno, según he podido saber, gracias a un favor que alguien me debía, es que van a sacar un vídeo donde se os ve discutiendo por los pasillos y de ahí saltan a las imágenes de la sala de experimentación, con Elena en la camilla de los laboratorios con sangre en la nariz. Imagínate lo que puede pensar cualquiera de eso.

—Van a manipularlo todo.

—Exacto, y tienes que estar preparado. Están desesperados, y van a ir a por ti, porque si caen ellos, van a intentar que tú también lo hagas.

—Claro. Han matado a Elena y solo les falta yo.

Los dos torcieron el gesto. El detective esperaba que los laboratorios fuesen a por él, pero lo que no había previsto es que decidiesen ir por ese camino. Era lo más vil y retorcido que podía esperarse de ellos. No les bastaba con haberlo intentado matar, ni haber experimentado con él, ni con asesinar a la mujer que amaba. Esa gente no conocía límites de ningún tipo. Miró a su amiga con el ceño fruncido, y ella asintió, con gesto grave, leyéndole el pensamiento.

—Ten cuidado, Alan.

—Lo tendré.

La chica suspiró, mirando hacia la barra.

—Necesito otro café.

Le hizo una señal a la camarera, que se acercó hasta su mesa, aproximándose tanto al británico para tomar nota de las bebidas durante tanto tiempo que el detective terminó contando todas las bonitas pecas de su nariz, hasta que su amiga carraspeó sonoramente.

—Como te sigas inclinando así sobre mi amigo, le vas a terminar sacando un ojo con el aro del sujetador, guapa.

Él tosió ante el comentario, y la chica se volvió hacia ella con gesto de desdén. Se retaron con la mirada varios segundos, y la camarera se alejó de allí tras guiñarle un ojo

al detective. La italiana la observó ir hasta la barra, y murmuró, frunciendo el ceño:

—Un poco más y te tengo que sacar con una palanca de su escote.

—Nunca cambiarás, Lya. —Se rio unos segundos—. Entonces..., dices que irán a por mí mañana.

—Están desesperados. Ten cuidado, ¿vale? Esta gente juega fuerte, y les da igual mentir, o lo que sea, para conseguir su objetivo.

—¿Vas a venir?

—Lo intentaré, pero también he venido por otro trabajo que tengo entre manos.

—¿Otro trabajo?

—Estoy investigando aún lo que me habías pedido sobre los Somoza Arvelo. He conseguido algo, tengo que trasladarme mañana a otro lugar para conseguirlo. Pero, no te preocupes, mañana te veré, tras el juicio.

—De acuerdo. Le he dicho al recepcionista que te pusiera en la misma planta en la que estoy yo, por si necesitaras algo.

—Perfecto, entonces. Así podremos vernos cada día que estemos aquí.

—Exacto. No vas a librarte de mí tan fácilmente —dijo, sonriendo.

—No quiero librarme de ti, Alan —le respondió con un hilo de voz, y los dos se quedaron mirándose, en silencio.

Alan posó, sin pretenderlo, una mano sobre la suya, y ella le acarició el rostro, recorriendo su mandíbula y su fina barba con un dedo en el mismo momento que la entregada camarera llegó con los dos cafés, sonriente, y los dejó sobre la mesa, dirigiendo una mirada glacial a la italiana, que resopló levemente, indignada. Alan enarcó una ceja ante semejante despliegue de lenguaje no verbal por parte de las dos mujeres, y parpadeó. Hay ciertos aspectos del universo femenino que siempre serán un misterio para las mentes masculinas, y las batallas sin palabras eran, sin duda, uno de ellos.

—¿Te apetece que cenemos mañana? También han venido mis compañeros.

—Estupendo. Sí, me apetece verlos. He seguido en contacto con Josh porque..., bueno, como no conseguía hablar contigo, lo llamaba cada pocos días para preguntarle por ti, para saber cómo estabas, si había algún cambio, en fin... —Lo miró mordiéndose el labio—. Lo lamento, Alan. No podría estar en tu piel ahora mismo.

—Ojalá nunca lo estés, Lya. Ojalá nunca lo estés. —Suspiró y puso una mano sobre la suya, casi sin pensarlo, y ella le acarició el dorso de la mano.

Se despidió de su amiga tras tomarse dos cafés con ella y discutir brevemente el asunto de las propinas a la camarera, y puso rumbo a su habitación. Tenía que hablar con los demás para advertirles sobre lo que le había dicho Lya. Si era cierto, podían esperarse cualquier giro en el proceso, y eso podía suponerles un problema serio. Estuvieron hasta la madrugada trazando un mismo discurso, negando cualquier implicación. No habían

encontrado las armas, y en los vídeos que habían sacado a la luz no se les distinguía con claridad, así que, en ese sentido, podían estar tranquilos. Pero eso solo era una parte. Todos sabían que el detective era el plato principal, y que no se lo iban a poner fácil. Llegó a su habitación y se tumbó en la cama, repasando el discurso, y pensó en Lya. La presencia de su amiga allí era un gran apoyo para él. Pese a que también estaban sus compañeros, y sabía que podía contar con ellos para lo que fuese, en ese momento sentía que necesitaba la compañía de Lya. No se había dado cuenta de todo lo que la había extrañado hasta que la vio otra vez.

Se quedó dormido poco después, con el rostro de la italiana envolviéndolo. El sueño comenzó, y él se revolvió, inquieto, intuyendo lo que iba a suceder, y suspiró. Había perdido la cuenta de las veces que había soñado con el asesinato de Elena en los últimos meses. Había días que sentía que su recuerdo le golpeaba más que otros, y la sensación de asfixia lo acompañaba hasta que se dormía. Entonces su inconsciente tomaba el relevo y le regalaba una noche entera de pesadillas. Más de una vez se había despertado bruscamente de madrugada y se había levantado de la cama, lanzándose a la calle para hacer intensas carreras nocturnas o se desahogaba con la máquina de pesas hasta que le dolía todo el cuerpo. Pero nunca funcionaba, era inútil. Jamás podría borrar su recuerdo entre cansancio, dolor y sudor. Nada podría hacerlo. Nada podía llenar ese vacío inmenso que su muerte le había dejado. Después se daba una larga ducha helada, con la frente apoyada en los azulejos, mientras sus lágrimas se mezclaban con el agua fría. Se hacía un café y permanecía sentado en el sofá, con la mirada perdida, hasta que se hacía de día y volvía a su despacho.

Vio la escena del asesinato, repitiéndose en bucle una y otra vez. Suspiró, agitado, dispuesto a despertarse de una vez cuando de repente, el sueño cambió. Era la primera vez que ocurría, y se quedó desconcertado. Volvió a estar con Elena mientras paseaban por el bosque de Sandara y él la tomaba de la mano mientras ella le sonreía. Llegaron a una pared rocosa, y comenzaron a escalar por una zona de piedras bastante empinada. Él tuvo que utilizar las dos manos para sujetarse, mientras ella subía ágilmente en elegantes movimientos. Cuando llegaron casi a la cúspide, la joven le hizo un gesto para que la siguiera por un pasillo rocoso apenas perceptible en la montaña hasta uno de los escondites. Desde allí se veía todo el valle, era una perfecta atalaya. Ella le sonrió y se sentaron contemplando el atardecer, entrelazando sus dedos. Era increíble volver a estar así, aunque solo fuera en sueños. Agradeció a su inconsciente ese regalo que le estaba haciendo. Lo necesitaba, realmente necesitaba verla otra vez. Se estaba hundiendo cada vez más, y esas pequeñas bocanadas de aire, aunque no fueran reales, lo ayudaban a afrontar el día a día. Se preguntó si alguna vez las pesadillas acabarían, aunque sospechaba que no sería así. Le acompañarían durante el resto de su vida.

Elena se apoyó en su hombro y él la envolvió en sus brazos. Volvió a contemplarla,

absolutamente extasiado. Por unos instantes deseó estar con ella así durante toda la noche, aunque sabía que tarde o temprano el sueño se torcería y volvería a verla morir. Le apartó un mechón de pelo y la besó levemente en el cuello, haciendo que la chica temblara. Ella se giró y le rodeó el cuello con ambas manos, acariciándole, y le besó. La tomó por la cintura y el beso se volvió más profundo. Alan pudo escuchar otra vez el suave ronroneo que le volvía loco, y fue todo tan real que por unos segundos creyó que se había muerto y se había reunido con ella. Se separaron, sin aliento, y él se acercó para besarla otra vez. Se tumbaron sobre el suelo de piedra, y ella apoyó su cabeza en su torso, mientras él la rodeaba con el brazo.

—Sé que me echas de menos, Alan, pero ya queda poco para que nos reunamos otra vez.

—¿Cómo que queda poco tiempo?

—Pronto estaremos juntos, cariño. —Le dio un leve beso—. Tu camino transcurre junto al mío, Alan. Ahora lo sé.

Él la miró con una sonrisa triste, dándose cuenta de lo que eso significaba. Él también iba a morir pronto. La besó en la sien, como siempre hacía, y la imagen de Elena empezó a disolverse como gotas de lluvia. La tristeza llenó cada rincón del corazón del detective. Entonces la imagen del asesinato volvió y la vio otra vez sobre el suelo de aquella sala con el pecho reventado y sus manos manchadas de sangre. Se despertó bruscamente y se incorporó, temblando.

Los pasillos del Palacio de Justicia estaban abarrotados de periodistas, testigos familiares, curiosos y los abogados de las partes. En las aceras, manifestantes de grupos opositores a la farmacéutica estaban allí congregados con pancartas donde reclamaban justicia por todos los abusos cometidos. Decenas de periodistas andaban a la caza, micrófono en mano, del testimonio más espeluznante para retransmitirlo en directo por su canal y así ganar una suculenta cuota de audiencia, en una suerte de mercado callejero del morbo. En la sala, los cuatro ingleses esperaban, apoyados en la pared, a que los fueran llamando de uno en uno. No cabía más gente en la estancia, y la mayoría de los que tenían que testificar aguardaban su turno allí también. Desde donde estaban, se oían gritos, aplausos y sollozos con casi cada una de las intervenciones. Al fin los hicieron pasar, y tomaron asiento mientras una joven de pelo rizado y rubio se sentaba en medio de la sala para testificar. Era una de las víctimas de la farmacéutica. Una doctora se aproximó hasta ella y le puso la mano en el hombro.

—Ella es Johanna. La secuestraron con apenas dieciocho años y también fue víctima de los experimentos. Con ella intentaron manipular las células del hipocampo. Es una técnica aún en fase de experimentación que se basa en inyectar un virus con una proteína sensible a la luz azul en determinadas neuronas del cerebro con el fin de activar los circuitos cerebrales.

—¿Con qué fin? —preguntó el juez.

—Querían averiguar en qué momento del proceso de la memoria se añaden las emociones a un recuerdo.

—¿Podría explicarnos, señora Álvarez, en qué consistieron sus experimentos?

La muchacha miró a la sala y comenzó su relato:

—Tras pincharme la proteína, me aplicaron descargas eléctricas continuadas y después me daban algo dulce. Si no funcionaba, o no respondía de forma satisfactoria, las descargas subían de intensidad, y la cantidad de dulce se doblaba.

—Las descargas marcaban las conexiones del miedo, y los dulces las de algo placentero—explicó la médica—. Al pincharle la proteína, hacían que brillaran las conexiones y así ellos podían seguirlas con mayor facilidad. Después le pedían que recordase las descargas y ellos observaban qué neuronas se activaban en su cabeza al evocarlas. Y lo mismo con los dulces. Según la reacción que mostrase, ellos sabían si algo me daba algo miedo o no, y podían ver en los monitores qué partes se activaban. Pero al final a Johanna le daban miedo las dos cosas, porque terminó relacionando los dulces con las descargas, y viceversa.

—¿Con qué objetivo? —preguntó el juez.

—Al saber qué zonas se activaban con cada sensación, placentera o temerosa, se facilitaría la eliminación de una fobia o un recuerdo de estrés postraumático. Los experimentos que llevaron a cabo con ella venían a poner sobre la mesa el hecho de que el hipocampo, donde se almacenan los recuerdos, es tan maleable que bastaría algo positivo, como los dulces, para ayudarnos a borrar esos traumas, como las descargas. Entonces solo tenían que activar las conexiones de las reacciones placenteras mientras aplicaban una descarga, para que su cerebro terminase aceptando que esa descarga era algo positivo, cuando no lo era.

—Entiendo. ¿Puede decirnos, señora Álvarez, las consecuencias de ese experimento para usted?

—Me aplicaron descargas fortísimas. Incluso entré en parada respiratoria varias veces. Los músculos de las piernas y los brazos se me contraían, y no lograba controlarlos después, por los espasmos. A veces me dejaban tranquila durante un día entero antes de volver a bajarme al laboratorio otra vez, pero rara vez ocurría eso. Daba igual que yo me sintiera indispuesta y me convulsionara tras la intensidad de las descargas, el experimento siempre continuaba. Y así permanecí dos años y tres meses en los que nadie alzó la voz para defenderme. Para defendernos. Nadie.

En el banquillo, Davies observaba con desprecio a todas las chicas que iban declarando, mientras el detective permanecía atento a los testimonios. En unos minutos tendría que volver a revivirlo todo, e intentaba hacer acopio de fuerzas para no desmoronarse. Sus compañeros fueron llamados, y alzó la vista. Habían trazado un mismo guion y ninguno debía salirse del camino. Y no lo hicieron. Sonrió para sí. Él fue el último. Un agente vociferó su nombre y todas las personas allí congregadas se giraron hacia él a la vez, dejando de hablar al instante.

—Alan Thomas Wood, acompáñeme por favor.

Se hizo un inmenso silencio.

Inspiró, se levantó y se encaminó hasta la butaca central, mientras notaba decenas de ojos clavados en su nuca. Se sentó, respirando despacio, y una oleada de murmullos lo recibió.

—¡Mira! Es el novio de la chica muerta. Ha venido al final, qué sorpresa, nadie esperaba que lo hiciese. Qué lástima. Pobre, se le ve destrozado.

—Lástima ninguna. Se rumorea que la entregó por dinero y que ahora finge estar hundido. Eso es lo que ha publicado la prensa hoy.

—Pues menudo canalla, entonces.

Se giró rápidamente al oír aquello, en dirección a la voz. Una escuálida mujer con el móvil en ristre lo observaba. Pero no solo ella. Hasta donde le llegó la vista, pudo comprobar que todos le miraban con expresión severa. Era el preludio de lo que le

esperaba.

Se sentó en una silla frente a la mesa de los jueces, flanqueado por los abogados de las dos partes. El grupo de letrados de los laboratorios lo miraron esbozando siniestras sonrisas. Todos parecían sacados de la misma fábrica; traje impecable, canas y miradas carentes de emoción. Uno de ellos sería el encargado de hacerle las preguntas, y el detective se preguntó quién sería. El que parecía ser el más veterano encendió el micrófono de mesa y comenzó a hablar, parapetado tras cientos de folios a su alrededor. Se le preguntó desde su pasado como militar y como policía, hasta el porqué de su presencia en el valle, y las razones que l habían llevado a aceptar el trabajo. El hombre se aclaró la voz y miró a Alan por encima de sus gafas plateadas.

—Según tenemos constancia, señor Wood, usted fue contratado para localizar y entregar a Elena Celaya. ¿No es así?

—Me habían contratado para atrapar algo en el bosque, una bestia, según me habían informado. Creí que se trataba de algún animal perdido, así que empecé a indagar, hasta que averigüé que en realidad se referían a Elena. Cuando la conocí, me contó todo lo que había estado pasando en el valle, así que decidí ayudarla.

—Decidió ayudarla... Interesante. ¿Se vieron alguna vez en el hotel donde usted se alojaba?

—Sí.

—Es decir, que quien quisiera encontrarla, solo tendría que permanecer cerca de donde estaba usted. Entonces, más que ayudarla, les hizo de cebo.

—No les hice de cebo.

—No les hizo de cebo. —El hombre chasqueó la lengua—. Según hemos podido ver en las imágenes de las cámaras del pasillo del hotel, señor Wood, intentaron capturar a Elena Celaya no una, sino dos veces, mientras usted estaba con ella. ¿Sigue manteniendo que quería ayudarla, y no hacerles de cebo? Es difícil de creer.

—No la capturaron porque la protegí para que ella pudiese escapar.

—¿La protegió de sus captores?

—Sí.

—Pero... la capturaron en los laboratorios mientras estaban juntos, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Curiosa forma de protegerla, entonces.

Alan bufó, molesto. Ese hombre estaba sacando conclusiones precipitadas, y terminaría sembrando la duda.

—Estaban los dos solos cuando los atraparon, ¿verdad?

—Sí. Yo me quedé para localizar a Davies para evitar que huyera, pero ella consiguió escaparse del grupo y se internó en el edificio para buscarme.

—Ah, señor Wood, que hábil.

— ¿Cómo dice?

— Ahora lo explicaré todo con más calma, no se inquiete.

Alan apretó la mandíbula. Una idea se estaba empezando a formar en su cabeza, y rogó por estar equivocado, aunque lo dudaba. El abogado continuó con el interrogatorio, mientras consultaba varias hojas de gran tamaño.

— Según hemos podido saber, Elena Celaya y usted mantenían una relación.

— Sí, así es.

— Vaya, es curioso que terminara enamorándose justamente de la mujer por la que le iban a pagar una fortuna si la atrapaba. ¿No había más mujeres en el valle?

— ¿Qué está insinuando, exactamente?

— No insinúo nada, solo hago una reflexión. Cualquiera que tenga algo de mala idea podría pensar que, más que enamorarse de ella, la engatusó para lograr su objetivo.

— ¿Mi objetivo?, ¿cree que quería que la atraparan?

— Responda, por favor. ¿La engatusó para conseguir su objetivo?

— No la engatusé, me enamoré de ella.

— Se enamoró de ella... Claro, claro. Pues ella no lo creía así, y cualquiera que vea estas imágenes tampoco lo creería.

— ¿Qué imágenes?, ¿de qué está hablando?

El abogado accionó el vídeo grabado en la sala de experimentación de la discusión que mantuvieron minutos antes de que Davies la asesinara. Los murmullos de desaprobación fueron creciendo por segundos, mientras Alan sentía que su corazón iba a pararse de un momento a otro al ver a Elena llorando.

— Según se desprende de este vídeo, ni la misma Elena Celaya parecía creerse que usted la quisiera.

— Fue un malentendido.

— ¿Un malentendido?

— Sí, un malentendido.

— Si ni siquiera ella le creía, ¿cómo pretende que lo hagamos nosotros?

— Fue un malentendido, ya se lo he dicho, ella sabe que la quiero.

Un denso silencio se hizo en la sala, haciendo que el sonido del aire acondicionado se convirtiera en un estruendo ensordecedor en comparación con la atmósfera que se instaló allí. Alan carraspeó, bajando la voz.

— Quiero decir que...

— Que la quería, señor Wood, que la quería. Hable en pasado, porque ella ya está muerta, recuérdelo. Una bala le reventó el pecho al salvarle a usted, no lo olvide. Grábeselo en la memoria.

El detective taladró al letrado con la mirada.

— Usted estuvo casado anteriormente, ¿no es así?

—Sí.

—Y su mujer está muerta, ¿verdad? —preguntó el abogado, revolviendo papeles.

Alan no le contestó. Clavó las uñas en la silla, hinchando el pecho y elevando los hombros. Cuando el abogado levantó la vista del papel que llevaba entre las manos, retrocedió en su butaca ante la expresión del detective. El hombre tragó saliva y siguió hablando, sin mirarlo:

—Eh... Según tenemos entendido, cuando murió su esposa, Diana Cornwell-Wood su cuenta corriente aumentó varios ceros gracias a una suculenta póliza de vida que ella se había hecho unos meses antes de morir.

—Si yo fallecía en acto de servicio, Diana cobraría la póliza de la policía. Ella insistió en hacerse uno parecido conmigo. Pero no entiendo a qué viene eso ahora —espetó.

El juez recondujo al abogado.

—Eso no tiene nada que ver con el caso, y no tenemos jurisdicción para abordar ese tema.

—Sí que tiene una relación, y lo demostraré. En cuanto a Elena, también hay que observar que su cuenta también aumentó considerablemente el día que ella falleció.

—¿Qué está diciendo? Yo mismo devolví el dinero a Jacobo Somoza.

—Usted afirma que lo devolvió, pero la farmacéutica, su verdadero cliente, le hizo un ingreso en su cuenta el día del fallecimiento de la joven. Es... curioso.

—La farmacéutica no era mi cliente, así que no se invente nada.

—¿Que no era su cliente? Eso lo constataremos ahora mismo.

El abogado sacó una copia de la carta que Jacobo Somoza envió a su despacho en Londres, donde solicitaban sus servicios para atrapar a la Bestia. La enseñó a los asistentes y al juez con detenimiento. Entonces mostró otra hoja con una ampliación de una de las esquinas de la hoja, y Alan dejó de respirar en ese preciso instante. Oculta con maestría bajo un doblez se encontraba el logotipo de la farmacéutica, una serpiente verde rodeando a un bebé, con el lema de la empresa, «Protegiendo lo que más te importa». Era tan diminuto que pasaba desapercibido, parecía más un dibujo del papel que otra cosa, y a él se le había pasado por alto.

A continuación, el abogado sacó un extracto de una transferencia que habían hecho los laboratorios a la cuenta corriente de Alan. Sacó una ampliación y la mostró a los jueces y a los asistentes. El detective abrió los ojos de par en par al ver la cifra, y algo presionó su garganta cuando vio la fecha en la que se había hecho la transacción. El día que murió Elena.

Los asistentes de la sala empezaron a levantarse para mirar de cerca aquella imagen, mientras él seguía clavado en la butaca. Oyó la voz lejana del abogado, mientras los murmullos se iban transformando en gritos.

—Como pueden ver, en ambos casos los laboratorios se identificaron perfectamente.

No hubo lugar para la confusión. Y sí, señoras y señores, están viendo bien la cifra. Sor seis ceros. Seis ceros con otros dos números delante.

Aquello no podía estar pasando. No había revisado sus cuentas desde que llegó al valle la primera vez. Había estado tan hundido que no había controlado ese tema y ahora eso le supondría un grave problema. Era como si los laboratorios lo tuviesen todo planeado desde el principio por si la situación se torcía. Se la habían jugado, habían ido a por él desde el principio. Somoza fue solo un intermediario, Davies era el cerebro de la operación.

—Dicha cantidad de dinero ha sido bloqueada por la farmacéutica temporalmente hasta que no se termine de investigar el caso, naturalmente. —Arrojó las copias a la mesa con desdén y endureció el tono de voz—. Es muy curioso que las dos mujeres que usted ha amado estén muertas, y que, casualmente, usted haya obtenido una cuantiosa suma de dinero al pasar ambas a mejor vida. —Se giró hacia los asistentes—. Como verán, el señor Wood logró, de forma sutil pero efectiva, cumplir el encargo que le hicieron: localizar, entregar y permitir que experimentaran con Elena Celaya. Y lo hizo tan bien que nadie se dio cuenta del engaño.

—¿Qué está diciendo? ¡Está manipulándolo todo! ¡Deje de mentir de una vez!

—¿Mentir? Recapitulemos: Le contrataron para encontrarla, usted no solo la encontró, sino que provocó que casi la atraparan mientras estaba con usted.

—¡¿Qué?! ¡Eso no fue así!

El hombre siguió hablando, ignorando las protestas del detective, que empezaba a incorporarse de la silla, mientras las primeras filas contemplaban expectantes la tensa conversación.

—Después, ella intenta entregarse voluntariamente a los laboratorios. Pero usted sabe que si lo hace, perderá su dinero, así que, con la ayuda de sus compañeros, se interna en esos pasadizos para encontrarla. Cuando dio con ella, supo que tanto sus amigos como los hermanos Velasco no iban a permitir que la entregase, así que urdió un plan para aislarla, y que no hubiese testigos de sus planes. Les buscó una salida al resto, y se inventó el papel de héroe solitario. Ella volvió a por usted, naturalmente, pero sola. Sin testigos, indefensa, confiando ciegamente. Justo lo que usted quería.

—¡Está mintiendo!, ¡yo jamás haría eso!

Las primeras dudas empezaron a calar entre los asistentes, y Alan pudo escucharlos desde su butaca.

—Pues no me había dado cuenta hasta ahora, pero es verdad. Qué astuto. Al final la entregó sin que ella se diese cuenta de nada —dijo una joven desde las filas de delante.

—Menudo miserable, la utilizó a su antojo —se oyó a un hombre—. Creyó que nadie se daría cuenta de su plan. Seguro que la chica lo terminó averiguando y por eso la usó de escudo para que la bala le alcanzase a ella y la matara.

—¿Cómo pudo hacerle eso? Pobre Elena, menos mal que ya está muerta y ya no puede enterarse de la alimaña que tenía a su lado —dijo otro

Alan levantó la voz, casi gritando. Lo que estaba planteando ese hombre era lo más despreciable que había escuchado jamás.

—Pero ¡¿qué está diciendo?!, ¡¿Cree que pude entregarla por dinero?!

—Aún no he terminado, señor Wood, y no afirmo nada, solo realizo reflexiones. Usted sabía perfectamente que ella volvería a por usted en los pasadizos. Se internó estando completamente seguro de ello, me atrevería a decir. Usted necesitaba que no hubiese testigos, para que nadie pudiese ver que la iba a entregar. Intercambiaría a Elena por una bonita suma de dinero y fin de la historia. Casi nos engaña a todos.

—¡Yo no la entregué, maldita sea, la quería! —dijo el detective, cuya última frase apenas se escuchó, ante el estruendo de la sala.

Los asistentes ya vociferaban, y el juez tuvo que llamar varias veces al orden. El abogado continuaba con su discurso, con una sonrisa macabra que en esos momentos ocupaba la mitad de su rostro, haciendo aspavientos hacia las butacas, como si aquello fuese un espectáculo cuya entrada fuera gratuita. El juez volvió a reconducir al letrado, mostrando ya su hartazgo ante su conducta.

—Y, finalmente, para ir terminando, el señor Davies y su equipo necesitaban experimentar con ella para eliminar los recuerdos traumáticos. Usted les ofrece su propio recuerdo y la chica se esfuerza al máximo para borrarlo de su mente, llegando a provocar una severa hemorragia.

—¿Elena sufrió una hemorragia?, ¿qué recuerdo traumático?, ¿de qué está hablando?

El detective se sintió confuso ante ese dato. ¿Había pasado algo más en la sala de experimentación que él no supiese? El abogado mostró entonces las imágenes en las que se veía a Elena siendo víctima de una salvaje sesión de descargas eléctricas. Se lo habían hecho pasar francamente mal. El pecho se le encogió al verla seriamente indispuesta, con una hemorragia y náuseas. Incluso pudo ver cómo los músculos de sus brazos y piernas se convulsionaban en bruscos espasmos. El vídeo continuó y se la veía incorporada sobre la camilla, con la cabeza inclinada, a punto de perder el conocimiento. Había alzado el rostro tres veces hacia él, quizá pidiendo ayuda, mientras él estaba a su lado, inconsciente, sin poder hacer nada para protegerla de esos dementes. Vio cómo su brazo colgaba de la camilla, mientras cerraba los ojos, intentando mitigar el dolor. Parecía tan vulnerable en esos momentos que sintió que su interior se quebraba en millones de trozos.

Cruzó una mirada con el psiquiatra, que observaba las imágenes con absoluto aburrimiento, protegido tras una mampara de cristal, como estuvo en el laboratorio. Las imágenes en la pantalla se sucedieron, y Alan se quedó atónito al ver la secuencia en la que ella vaciaba todo el cargador contra la cristalera tras la que se ocultaba el equipo de

Davies y la arrojaba con furia contra ellos después. Jamás la había visto así, tan llena de rabia.

«¿Qué ocurrió allí dentro?, ¿qué te hicieron, Elena?».

Suspiró, cerrando los ojos, abatido. No iba a aguantar mucho más aquello, y se preguntó qué se estarían guardando para el final. Segundos después lo supo, y su mundo comenzó a derrumbarse. El letrado se giró hacia los asistentes, sacando una carpeta con fotos de grandes dimensiones de Elena antes de que se la llevaran en la ambulancia. Su cuerpo yacía inmóvil, sobre un charco de sangre, con la camiseta rota de forma transversal, con el sujetador de encaje negro al descubierto. La incisión para extraerle la bala aún estaba sangrando y todo el instrumental médico se amontonaba a su alrededor. Sus ojos estaban cerrados y sus labios entreabiertos, como una princesa de cuento que estuviese a punto de despertar con un beso. Solo que ella no lo hizo. Ese fue el final del cuento para ellos dos.

Contempló las fotos con un puñal atravesándole de lado a lado, y su ausencia le cayó encima como una plancha de mármol de una tonelada. Ver su imagen en fotos era mil veces peor que el recuerdo que tenía de ella. Vio su rostro una vez más, y tuvo que cerrar los ojos unos segundos. El abogado mostró las imágenes más crudas, las de la piel desgarrada por el disparo, y varios planos detalle de la maniobra de reanimación y cuando colocaron su cadáver sobre la camilla con una sábana por encima. El abogado terminó poniéndolas frente a él, a escasos centímetros de su rostro. La bilis empezó a subirle por la garganta y tuvo que desviar la vista.

—Esto es lo que el señor Wood persiguió desde el principio. Vamos, obsérvelas bien. Contemple el resultado final de su obra en todo su apogeo.

Alan lo miró casi rechinando los dientes. Pero aquel sádico letrado no se conformó solo con eso. Puso en marcha el vídeo donde ella caía abatida por el disparo, y él tuvo que ver cómo Elena corría hacia él, lo abrazaba y moría en sus brazos. Todo había sucedido en escasos segundos, pero él, no sabía por qué, lo recordaba a cámara lenta. Apenas podía respirar, y empezó a marearse ante la oleada de recuerdos. Sabía que iba a venirse abajo en cualquier momento. Clavó la vista al suelo, mientras de fondo se oía un mar de voces. El letrado accionó el vídeo media docena de veces, mientras lo miraba fijamente, esbozando media sonrisa.

—Este es el final de la relación entre Alan Wood y Elena Celaya. ¿Alguno de ustedes ve amor en el cadáver de la chica, en la sangre que hay por el suelo o en el pecho reventado por la bala? ¿Esto es amor? Yo creo que no. Cuando ella ya no le hizo falta, dejó que la mataran, usándola de escudo humano. Deleznable, absolutamente ruin.

—Pero ¿qué está diciendo?!

El juez llamó al orden. La gente se había levantado de sus asientos, con el ánimo caldeado, y los agentes tuvieron que amenazar con desalojar la sala varias veces, mientras

el detective estaba a punto de romper la silla por la fuerza con la que se aferraba a ella.

—No, claro que no. Usted no la mató con sus propias manos, sino que dejó que otros lo hicieran, para que nadie pudiese implicarle directamente en su muerte.

—¡Eso no es verdad! ¡Jamás quise que esto ocurriera así!

—Seguro que no —dijo con sorna—. Díganos, señor Wood, ¿Elena Celaya le quería?

—Sí, claro que sí.

—¿Confiaba en usted?

—Sí.

—Y ahora ella está muerta, ¿verdad?

Alan no le contestó. Apretó la mandíbula y tensó los hombros.

—No hay más preguntas.

—¡¿Qué?! ¡No! Pero ¿qué...? ¡Eso no demuestra nada!

El juez tuvo que intervenir, porque el detective se había quedado anclado a la silla.

—Señor Wood, gracias por su testimonio. Puede retirarse.

Se giró hacia el patio de butacas, donde una multitud lo miraba con gesto hostil y una sucesión de descalificaciones e insultos se sucedían. Lo habían fulminado. Salió de aquella sala, cruzando el atestado pasillo, haciendo caso omiso de los gritos de sus compañeros, que lo llamaban. Necesitaba estar solo. Fue hacia la calle, donde un sol abrasador que se filtraba por cada rincón de la ciudad lo recibió con un asfixiante saludo, creando una sensación de bochorno.

Caminó por las calles con la mandíbula apretada, con la escena del interrogatorio repitiéndose en su cabeza. Levantó la vista del suelo varias veces, viendo por todas partes a transeúntes sudados y cafeterías abarrotadas de personas que se guarecían del calor dentro de aquellos locales climatizados, mientras él continuaba andando, intentando aplacar la frustración a base de caminar por la ciudad. Pero no pudo, era inútil. A cada paso que daba, una nueva escena del interrogatorio se sucedía, así que optó por ir directo al hotel. Necesitaba estar solo.

Llegó a su habitación, donde permaneció toda la tarde, repasando mentalmente la entrevista una y otra vez. Ese abogado había expuesto una realidad totalmente distorsionada de los hechos. Tanta, que él mismo empezó a dudar de su papel en toda la historia. Al fin y al cabo, casi atraparon a Elena en el hotel aquella noche porque fue a visitarlo tras la explosión, la capturaron en los laboratorios porque volvió a por él y finalmente experimentaron con ella mientras él permanecía a su lado, sin poder hacer nada. No había logrado protegerla de esos psicópatas que terminaron matándola. Se había expuesto tantas veces para salvarlo, obviando su seguridad, que al final había pagado con su vida el amor que sentía por él. ¿Cómo podían haberse torcido las cosas de esa manera?

Además, el letrado había mencionado que Elena había borrado un recuerdo

traumático de su mente. ¿A cuál se referiría? Gracias a su historial en el ejército y a policial, tendrían donde elegir. Lo más probable era que se tratase de algún hecho especialmente cruento de alguna de las campañas en las que había participado. Eso implicaba que Elena lo había conseguido, había podido borrar un recuerdo traumático de su cabeza. Era asombrosa, sencillamente increíble. Jamás habría otra como ella. Su recuerdo lo ahogó en un mar de culpabilidad, y se tumbó en la cama, con los ojos cerrados, con temor a quedarse dormido por si volvía a ver su asesinato en sueños otra vez.

Entonces sintió unos toques en la puerta. Se acercó, abrió con poco ánimo y vio a Lya. A juzgar por la expresión de su cara, ya debía haberse enterado de lo que había ocurrido. Le dirigió una mirada preocupada y sonrió levemente, ladeando la cabeza. Alan le hizo un gesto para que pasara y ella entró, tras tocarle levemente el brazo, en señal de apoyo. Se sentó en la cama junto a él, alisándose el vestido que llevaba, y lo miró, mientras él componía una expresión de derrota.

—Han acabado conmigo, Lya.

—Lo sé. Acabo de encontrarme a Josh y a Ethan abajo en el *hall*. Me he tomado un café con ellos y me han contado lo que ha ocurrido. Después han aparecido Rocco y su novia..., esto...

—Rebeca.

—Eso, Rebeca. Cielo santo, esa chica habla más que yo, y mira que eso es difícil.

Alan esbozó media sonrisa. Las veces que había ido a cenar a casa de Rocco estando Rebeca allí, apenas podía decir un par de monosílabos, porque la chica parloteaba sin parar mientras su amigo la miraba embelesado. Lya se levantó, dejando el bolso sobre el aparador. Frunció los labios y abrió la puerta del minibar, cogiendo un vaso y todas las botellitas que había en su interior.

—Ven, vamos a sentarnos en la terraza y me cuentas lo de hoy.

Pasaron lo que quedaba de tarde sentados en el suelo de la pequeña terraza de la habitación del detective uno frente a otro, compartiendo el mismo vaso, que fue llenándose de diferentes líquidos y vaciándose a una velocidad inusitada, mientras Alan le desgranaba el interrogatorio a su amiga, y esta asentía, torciendo el gesto. Cuando se acabaron todas las botellas, Lya fue a por más a su habitación. Cuando regresó, lo hizo con las pequeñas botellas, una cubitera llena de hielo que habría interceptado de algún carrito del servicio de habitaciones y una botella entera de *whisky* escocés que Alan prefirió no saber de dónde había salido. Siguieron charlando, apurando un vaso tras otro, hasta que se dieron cuenta de que las estrellas llevaban un buen rato brillando en el cielo. La italiana lo miró fijamente mientras él parpadeaba, intentando serenarse tras tanto alcohol.

—Mañana hablarán los médicos que atendieron a las chicas. Puedes saltarte ese día,

hagamos algo, vamos, tienes que despejarte.

Él asintió, derrotado.

—Está bien. ¿Te parece que desayunemos juntos?

—Por mí, perfecto. —Y le sonrió.

Alan la miró, observándola bien. El cambio de color de pelo le sentaba realmente bien, y su maquillaje más discreto resaltaba su belleza natural. Su piel bronceada terminaba de darle un punto perfecto a su nueva imagen. Era como estar con otra persona, aunque su esencia era la misma. Lya estiró las piernas, dándole un leve puntapié a sus tacones con sus pies descalzos, y bostezó. Ya había refrescado y la noche era algo fría.

—Espera, te traeré algo de abrigo.

Ella asintió, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás. Alan se dirigió al armario y sacó una gruesa manta, dirigiéndose con ella hacia la terraza para taparla, pero cuando llegó allí, vio que la chica ya se había quedado dormida. La cogió en brazos y la llevó hasta la enorme cama, tapándola con la manta, y la observó dormir durante unos segundos. En ese momento distinguió las puntillas color granate de su ropa interior asomando por su escote. Miró el incómodo sofá de la habitación, donde tendría que pasar él la noche, y se pasó la mano por el pelo, dejándola en la nuca, pensativo. No le apetecía dormir solo, esa noche, no. Quizá podría dormir con ella, no creía que le importara.

Fue al baño y se duchó, intentando que el agua fría le despejase la cabeza, pero no lo hizo. La imagen de Lya acostada en su cama lo había dejado bastante turbado, pero no entendía por qué. Salió de la ducha y se puso el bóxer. La miró una vez más y se tumbó a su lado, abrazándola, y se quedó dormido al instante. Esa noche no tuvo ninguna pesadilla por primera vez en meses. Quizá su inconsciente estaba pasando página antes que él. O la presencia de Lya era el mejor remedio para alejar a los fantasmas de las pesadillas.

Se despertó a la mañana siguiente con una sensación de calma y tranquilidad que hacía tiempo que no sentía. Se dio la vuelta en la cama, pero su amiga ya no estaba allí. Cogió su móvil de la mesita y le envió un mensaje que ella respondió al instante. Estaba en el restaurante, esperándolo. Se vistió con una sensación de tranquilidad rodeándole como una pantalla protectora, bajó al comedor y la vio al fondo, ya con las tazas de café llenas y preparadas. Le dio un beso en la mejilla como saludo y se sentó junto a ella.

—No quería despertarte, así que te llevé a mi cama y te dejé dormir tranquila.

—Vaya, que considerado. Aunque bueno, la verdad que el hecho de despertarme en tu cama y verte en ropa interior no ayudó mucho a despejarme de todo el alcohol de anoche.

—Me imagino —dijo, sonriendo.

—Y... estás muy guapo cuando duermes, por cierto. Deberías saberlo.

Ella jamás le confesaría que le había hecho varias fotos mientras estaba dormido, y que había puesto una en el fondo de pantalla de su móvil.

—Sí, Diana solía decirme que, si fuera por ella, me tendría todo el día durmiendo.

—No me extraña, yo también lo haría.

Lya se rio, y él la imitó. A ella sí le había hablado de Diana varias veces cuando estaban en Sandara, y se preguntó por qué, y no por primera vez.

«¿Por qué a Lya le conté absolutamente todo de mi mujer, de mis padres, de las campañas del ejército, de las terapias... y con Elena fui incapaz siquiera de mencionarlo?».

Miró a la italiana, que en ese momento lo miraba pensativa, hasta que empezó a mezclar los ingredientes que había traído de la mesa del *buffet*.

—Tengo que hablar contigo de algo, Alan. Por eso quería que desayunáramos juntos hoy.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas que me pediste información sobre los Somoza Arvelo?

—Sí. ¿Has podido conseguir algo?

—No del todo. Cuando terminemos de desayunar, daremos un paseo y te lo cuento.

Salieron del hotel y empezaron a pasear por la ciudad, donde había bastante movimiento en las calles. El detective contempló los escaparates, las cafeterías llenas de personas que charlaban, gente paseando... Todo parecía tan normal, tan cotidiano... La gente seguía haciendo su vida. El mundo seguía girando, solo que él ya no estaba subido, se había apartado, ajeno a todo. No sentía nada, no se emocionaba ante nada. Como si su interior estuviese vacío por completo. Ojalá todo acabase pronto, necesitaba cerrar para siempre ese siniestro capítulo de su vida.

Se giró y miró a Lya, que se había puesto un vestido de gasa azul que se pegaba a su cuerpo, destacando sus curvas. Siguieron caminando hasta llegar a un parque. La joven se acercó hasta una de las casetas que había en una de las alamedas y compró dos cafés para Alan y para ella. Se sentaron en uno de los bancos que estaban más alejados, donde solo exhaustos corredores pasaban por allí, y ella lo miró, removiendo su café.

—Tengo información nueva. —Se aclaró la voz—. He conseguido algo sobre los Somoza Arvelo, como me pediste. Por eso no pude ir a verte ayer cuando declaraste. Es un dato importante, pero que no sé muy bien dónde encajarlo.

—¿Algo relacionado con los laboratorios?

—No, exactamente. Según he podido averiguar, tuvieron una hija, una tal Amelia. Tuve que ir hasta el registro civil, no de aquí, de la capital, sino al central, porque cuando intenté consultar el de aquí me negaron el acceso.

—No me sorprende. Elena me dijo que tenían contactos en varias administraciones.

—Probablemente. Me extrañó y consulté el central, en la capital del país, y allí apareció su nombre, Amelia Somoza Arvelo. Pero lo extraño, Alan, es que desapareció de la faz de la tierra con dieciocho años.

—¿Dieciocho? ¿Estás segura?

—Dieciocho. Se esfumó. ¡Puf! Y nadie volvió a saber de ella.

—¿Crees que ellos serían capaces de entregar a la farmacéutica a su única hija? Tengo serias dudas con respecto a eso.

—No, yo tampoco lo creo, pero no he podido averiguar más, porque en ese maldito pueblo impera la ley del silencio. —El detective resopló, asintiendo, y ella lo miró con gesto grave—. Pero el caso es que aún aparece en los registros como desaparecida, y no ha fallecido, porque no se tiene constancia de ello. Pero, entonces, ¿dónde está esa chica, Alan?

Una imagen apareció en la cabeza del detective. Cuando se entrevistó con el párroco, le había llamado la atención que ya hubiese un panteón en el cementerio a nombre de los Somoza Arvelo. Al ser el único en el que no había flores, dio por sentado que estaba vacío, pero... ¿y si no lo estaba?, ¿y si Amelia descansaba allí? El sacerdote estaba implicado en todo aquello, por lo que era fácil deducir que la habrían enterrado sin que nadie lo supiese. Eso planteaba más incógnitas al caso para las que no tenía respuestas.

—Tengo una sospecha, Lya, pero tendría que contrastarla. —Resopló—. Y sobre lo otro, ¿has podido averiguar algo sobre la adopción de Elena?

—No, lamentablemente, no. Su fecha probable de adopción coincidió con un período en el que se estaba cambiando de un sistema de registro a otro y todo era muy caótico por ese entonces.

—Bueno, no te preocupes, te lo agradezco de todas formas. Intentaré descubrir algo por mi cuenta. —Se quedó pensativo—. Es inquietante lo de la hija de los Somoza Arvelo, quiero decir, ¿por qué ocultaron la muerte de su hija?, ¿En qué circunstancias falleció para que decidieran esconder el hecho de que estaba muerta a todo el valle?, ¿quién más lo sabía?

—¿Crees que fue asesinada, Alan?

—No lo sé, tendríamos que investigarlo, y quizá a partir de ahí podríamos ir enlazando nuevos datos. ¿Sabes cuándo desapareció Amelia?

—La denuncia se puso hace veintitrés años.

A Alan le faltó poco para volcar el café. Una conexión tan evidente se abrió en su mente que se levantó del banco, sin respiración, y le tendió la mano a su amiga con la mirada clavada en el suelo.

—Ven, vamos a seguir paseando. Necesito pensar.

La chica le tomó la mano y él no se la soltó, inmerso como estaba en sus pensamientos. Cuando llevaban un rato caminando, entrelazó los dedos con los de ella.

Era lo que siempre hacía con Diana, y el gesto le salió natural. Notó que la respiración de la chica cambiaba, y se percató de lo que había hecho.

—Vaya, perdona. Es una manía que tenía con Diana, lo siento.

—No, tranquilo, está bien. Hacía tiempo que nadie me cogía de la mano de forma tan delicada, caballero inglés.

Él le sonrió, y ella tardó varios segundos en retirar sus dedos de los suyos.

—Lya, ¿crees que la desaparición de la hija de los Somoza Arvelo tiene algo que ver con Elena? Me refiero a que las fechas coinciden. Un bebé ilegítimo en una familia como esa hubiese supuesto un escándalo. Supongo, y esto es una teoría, que Amelia tuvo un bebé, Elena, y la dieron en adopción para evitar los comentarios. Era un valle pequeño, y ella fue la única niña adoptada allí, a fin de cuentas.

—Sí, eso tiene sentido. Tras dar a luz, enviarían a su única hija fuera del valle, y Amelia pasó a engrosar la larga lista de chicas desaparecidas, dándole así carpetazo al asunto.

—Pero entonces no me explico por qué los Somoza Arvelo querían capturarla para acabar con ella, con su única nieta. En tal caso, querrían recuperarla.

—Somoza intentó comprarla a Blasco, ¿recuerdas?

—Eso es lo que no entiendo. Con una prueba de ADN hubiese bastado para que se le diese a su legítima familia. Pero sigue sin tener sentido, es decir, la dan en adopción para evitar que su reputación se vea afectada, y cuando estaba a punto de cumplir los dieciocho y a caer en las redes de la farmacéutica, intentan pagar por ella. ¿Por qué? Y no solo eso, sabían que ella era vital para sus experimentos, entonces, ¿por qué esperaron a que cumpliese los dieciocho, la misma edad a la que desapareció su madre?

—¿Crees que tiene algo de ritual, quiero decir, matar a la madre y a la hija a la misma edad?

—No lo sé, Lya, no logro comprenderlo, pero es una opción muy viable. Quizá, por no sé qué extraña razón, ambas debían morir a la misma edad, pero todo es demasiado retorcido. —Se puso el puño en los labios—. ¿Qué se nos escapa?, ¿qué? Y ¿por qué todas las jóvenes de la farmacéutica eran secuestradas a la misma edad que...? —Se quedó callado, cruzando datos—. Espera, Lya...

—¿Qué pasa?

—Mi madre huyó del valle con veintidós años, casi veintitrés, y me tuvo cuando apenas llevaba un año en Londres. —La chica lo miraba con los ojos abiertos de par en par—. Eso quiere decir que los laboratorios estuvieron secuestrando chicas de diferentes edades hasta que, no sé por qué razón, se centraron solo en las de dieciocho.

—¿Crees que los Somoza Arvelo tuvieron algo que ver con eso?

—No lo sé, de verdad que no lo sé, aunque temo que fuera así. Pero, en ese caso, ¿Amelia está desaparecida, fue asesinada o fue muerte natural?

—No tengo ni idea, y tampoco sé cómo podemos averiguarlo en ese maldito valle.

Los dos suspiraron, pensativos, y tomaron el camino de vuelta al hotel. Lya había quedado esa tarde con la policía para aclarar unos puntos de la información que les había entregado, y compartir las conexiones que habían establecido Alan y ella esa mañana. El detective también tenía trabajo por hacer. Tras darle un beso en la mejilla a su amiga, se dirigió a una oficina de alquiler de coches y salió de allí con las llaves de un potente turismo poniendo rumbo una vez más al origen de todo, al valle, para desentrañar aquel misterio de una vez por todas. Tenía una corazonada y tenía que comprobarla. Si Amelia se quedó embarazada de Elena con dieciocho años, tal y como sospechaba, lo lógico era pensar que el padre debió ser algún compañero de clase, y, afortunadamente, conocía a alguien en el colegio donde estudió la presunta madre de Elena para poder averiguarlo.

Circuló entre el denso tráfico de la ciudad hasta que salió a la autopista y de ahí a la carretera secundaria que llevaba al valle de Sandara. Mientras conducía, reflexionaba sobre la conexión entre Elena y los Somoza Arvelo. Erik les había contado que fueron ellos quienes habían estado suministrando chicas a los laboratorios todos esos años, pero no se extendió mucho más en la explicación. Estaba seguro de que el muchacho tenía en su poder más información de la que estaba desvelando, pero desconocía el qué. Recordó la forma en la que Elena y él se habían mirado cuando estaban en los laboratorios y mencionaron la muerte de la pareja. Quizá ella ya sabía por entonces la relación que le unía al matrimonio. Se imaginó la escena, y el estupor que debió causarle. No solo él guardaba secretos, al parecer. Exhaló, al ser consciente de la casualidad. Quienes eran el origen de todo eran los mismos cuya sangre corría por las venas de la joven que había hecho posible que todo aquello acabara.

Llegó en apenas cuarenta minutos a Sandara y aparcó cerca del recinto escolar. Por suerte, esa vez no tuvo que esquivar a ningún entusiasta grupo de escolares, ya que estaban todos dentro de las aulas. Desde la calle se podía ver a los niños por las ventanas con la cabeza sobre los libros o, simplemente, iniciando batallas campales con bolas de papel como munición.

Tocó el timbre y esperó. Un bedel salió a su encuentro arrastrando los pies y limpiándose las gafas. Tras explicarle quién era y decirle que quería ver a la directora, le dejaron pasar al interior del edificio. Se encaminó por el pasillo atestado de dibujos de los niños hasta su despacho.

Tocó levemente la puerta y Gloria Gómez abrió, esbozando una enorme sonrisa en el rostro, y lo saludó con afecto, invitándolo a tomar asiento en la butaca que estaba frente a su mesa.

El despacho seguía oliendo igual, a madera, carboncillo y a papel. El detective estaba convencido que seguiría oliendo así durante décadas. La mujer le ofreció un café que él aceptó, e intercambiaron unas breves frases interesándose por lo que había ocurrido los últimos meses en el colegio. Al inglés le alegró saber que la mayoría de las chicas que terminaban sus estudios en el centro ya estaban rellenando las solicitudes para universidades y centros de formación. Sus vidas podían continuar, lejos de aquel valle y de los laboratorios. Su mundo había cambiado, y el futuro se desplegaba ante ellas. La mujer lo miró con orgullo.

—No esperaba volver a verte, Alan, y la verdad es que no sabes cuánto me alegro de hacerlo. —Lo miró emocionada—. Has cumplido tu promesa, llegaste al fondo de esto aunque no era fácil.

—No, no fue fácil, la verdad. Pero no podría haberlo hecho solo.

—Aun así, fuiste muy valiente, bueno, tú y ...ella. —Suspiró, mirando el suelo—. Siento mucho lo de Elena. —Se quedó en silencio y esbozó una mueca triste—. Me enteré el mismo día que ocurrió, y después supe que erais pareja. Debió ser terrible perderla de esa forma, lo lamento.

Asintió, sin poder decir una sola palabra, y miró el hueco donde había estado el dibujo de Elena. Supuso que aún seguiría en el refugio de Sandara, junto a la foto de sus padres. Cuando fuese a hacerle fotos al mural, se lo llevaría para dárselo a Samuel y Matilda. Al fin y al cabo, ella había dibujado a su familia, así que les pertenecía a ellos. Entonces se dio cuenta de algo. No tenía ninguna foto de Elena.

—Disculpa, Gloria, ¿sería posible hacer una copia de una foto de ella que hay abajo?

Está en el pasillo de las fotos de los concursos.

—Ah, sí, por supuesto, no te preocupes. Ahora bajaremos y te haré una copia en color, pero supongo que en la foto que mencionas apenas sería una adolescente. Puedo mirar en los archivos por si hay alguna más reciente, pero... no lo creo —dijo, algo triste.

—Mejor eso que nada.

—Cierto. Los recuerdos son importantes. —Suspiró—. Y, bien, ¿en qué puedo ayudarte esta vez?

—Verás, he sabido que los Somoza Arvelo tuvieron una hija. Su nombre era Amelia, no sé si llegaste a coincidir con ella alguna vez.

La cara de estupefacción de la mujer fue mayúscula.

—Vaya, desconocía que los Somoza Arvelo hubiesen tenido una hija. No, nunca la conocí. ¿Por qué lo preguntas?

—El caso es que desapareció hace veintitrés años del valle, y nadie ha sabido más de su paradero. Quizá conserven aún su expediente en el centro.

—Bueno... —se puso la mano en los labios—, en esa época el colegio acababa de abrir sus puertas, y yo empecé a trabajar aquí hace tan solo diez años.

—Vaya, qué mala suerte —dijo, descendiendo los hombros.

La mujer tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa, pensativa.

—En esa época apenas se hacían unas pocas fotos a los alumnos, y las que existen deben estar en el archivo del sótano, al igual que los expedientes. Si estuvo en el centro, debe haber un rastro, fotos, calificaciones, algún examen..., algo. Quizá aún esté allí, aunque lo dudo.

Un rayo de esperanza se abrió en el pecho del detective. La directora abrió un cajón y sacó un manojito de llaves, con expresión solemne.

—Vamos a las catacumbas.

Él sonrió y descendieron hasta el primer piso. La mujer le hizo un gesto cuando llegaron al pasillo de las fotos.

—Vengo ahora mismo. Si quieres, puedes coger la foto mientras yo bajo hasta los archivos. Hay una fotocopidora a color en la sala de profesores, puedes hacer la copia allí.

—De acuerdo, gracias.

La mujer desapareció por las escaleras, y Alan observó con más detenimiento esa vez el resto de las fotos, la mayoría muy antiguas. No les había prestado atención la primera vez que pasó por allí, ya que estaba más centrado en buscar información sobre Elena que en revisar la hemeroteca gráfica del centro. Qué equivocado estaba. Todo presente es fruto de un pasado. Encontró varias de la época de la apertura del centro escolar, y las estudió con atención hasta que encontró lo que buscaba. En medio de un grupo de chicas, una joven Amelia Somoza Arvelo posaba junto a más compañeras, cuyos

nombres aparecían en la larga etiqueta bajo la fotografía. Era muy guapa. Más que guapa, era extremadamente bella. Su figura destacaba sobre la de las demás chicas, y reconoció en ella algunos rasgos de Elena. Tenía los mismos labios carnosos y las mismas rotundas y sensuales curvas. Sin embargo, su rostro y sus ojos no eran suyos. Miró detenidamente la imagen, buscando entre los compañeros que aparecían allí algo que pudiese identificar, pero fue inútil. Todos los jóvenes eran diametralmente opuestos a ella.

«¿Y si el padre no fuese un chico de su edad, sino de otro curso?».

Empezó a buscar entre el resto de las fotos de la pared, sin hallar respuesta. Jamás iba a encontrar nada de esa manera. Elena le había dicho que, antes de que hiciesen la nueva carretera, el valle estaba aislado, por lo que el padre debía vivir en el valle a la fuerza. Y ¿si no era un alumno, sino alguien de fuera del centro? Quizá Amelia mantuviese una relación con alguien que no era del colegio.

Inspiró, dándose por vencido. En ese caso, sería prácticamente imposible dar con él. Se dio la vuelta y miró, distraído, otra foto donde aparecía el antiguo director del centro con un joven, un profesor de intercambio, al parecer. Entonces tuvo que poner una mano en la pared para equilibrarse y no caer al suelo de bruces. El profesor de intercambio tenía exactamente los ojos de Elena. No parecidos, ni con un ligero aire. Eran sus mismos ojos. Y no solo sus ojos, los rasgos de su afilado rostro eran muy similares. Leyó el pequeño letrero bajo la imagen.

El director de la escuela, Laureano García, saluda al profesor iraní de intercambio Amir Ahsan.

La imagen de Elena le sobrevino en una oleada. Desde que la vio en el bosque había percibido una belleza diferente en ella, algo exótico. Sus rasgos eran completamente diferentes a las otras mujeres del valle, como si no perteneciera a él, y acababa de obtener su respuesta. El padre de Elena era de Irán. Abrió los ojos de par en par. Era hijo de una Somoza Arvelo y de un profesor iraní, de ahí la mezcla de rasgos, la adopción, la extraña desaparición de Amelia..., todo. De repente varias piezas del *puzzle* encajaron a la vez, y todo empezó a cobrar sentido. Elena era el resultado de un desliz de la hija de los adinerados señores del valle con un hombre extranjero mayor que ella, lo que explicaría el secretismo en torno a su adopción, y la obsesión de esa pareja por capturarla. Ella era su nieta, pero una nieta no deseada, una prueba de la deshonor y los cotilleos más atroces. Elena era una imperfección, un error frente a la impoluta imagen y reputación de esa familia de cara a la galería. Por eso debía ser eliminada, porque era la prueba de que los Somoza Arvelo no lo controlaban todo. Quizá por eso se la dieron a Blasco y a su mujer, Verónica. La pequeña Elena permanecería en el valle, siendo estrechamente vigilada por ellos hasta que decidiesen asesinarla, o dársela a los laboratorios, donde le esperaba una muerte atroz que, al final, había terminado ocurriendo.

Lo habían conseguido, la habían matado. Elena tuvo los días contados desde que

nació. Por culpa de esos psicópatas, su vida había transcurrido entre salir de la adolescencia y ocultarse en un bosque para que un grupo de asesinos no la matara, sufriendo un sinfín de estrecheces y viviendo con el miedo de que la capturaran pegado a la piel para seguir respirando un día más. Esa había sido la corta existencia de la chica de la que se había enamorado.

Salió del recinto tras despedirse de la directora, que había vuelto del archivo con las manos vacías. Habían hecho desaparecer el historial de Amelia, hecho que a Alan no le extrañó en absoluto. Decidió hacer finalmente copias de la foto de Elena, de Amir y de Amelia. Necesitaba tener unida a la familia de su chica, aunque fuera en fotos escolares, para respetar su memoria.

La directora se despidió de él, prometiéndole que intentaría recopilar algo más sobre Amelia, y que se lo enviaría a su despacho en Londres. Él se lo agradeció y salió del centro, con las fotos fuertemente agarradas en sus manos. Llegó al coche y las guardó cuidadosamente en una carpeta. Callejeó por el pueblo antes de irse para siempre de aquel valle. Todo estaba igual, pero diferente a la vez. Una corriente de libertad flotaba en las calles, al igual que en Zugati. El reinado del terror había concluido.

Pasó junto al hotel donde se había hospedado. Tras la muerte de Elena, no se había visto con fuerzas para hablar con Manuela, la dueña, y pensó en hacerle una visita antes de irse de allí. Quizá ella sabría algo más sobre el profesor iraní.

Aparcó el coche y la vio en la puerta. La mujer casi se abalanzó sobre él, palpándole cada centímetro de piel, mientras le hacía una exhaustiva evaluación con ojo clínico, dictaminando finalmente que tenía que comer más.

Lo hizo entrar y sentarse en una de las mesas, donde se enfrascaron en una conversación sobre todo lo que había ocurrido desde que él abandonó el valle, mientras Manuela le ponía delante un sinfín de tapas y vasos de vino de la región.

—Siempre me pareció usted de fiar, señor Wood. Ya sabía yo que el cielo lo había puesto aquí para algo importante.

—Gracias, Manuela. Siento todos los muebles que se destrozaron por mi culpa.

—Olvídese, no tiene que explicarme nada. Y bien —lo miró de arriba a abajo—, ¿qué más puedo hacer por usted?

—Verá, busco información sobre un chico extranjero que estuvo en el valle hace unos veintitrés años, no sé si usted lo recuerda.

—Pues..., la verdad es que mis padres me mandaron fuera cuando cumplí los dieciséis, y retorné al valle casi con veinticinco, por..., bueno, ya no es un secreto, así que se puede decir: Para que no me atraparan. Así que, sintiéndolo mucho, creo que no puedo ayudarle.

Alan suspiró, resignado. En ese valle aún imperaba el silencio, y no sabía dónde conseguir la información.

—Gracias de todas formas, Manuela.

La mujer lo miró pensativa, con el dedo índice dando golpecitos en sus labios.

—Pero..., un momento. Sé quién puede saberlo. Espere aquí.

Desapareció tras la puerta del local y reapareció casi veinte minutos después con un señor muy anciano, al que le costaba caminar. El detective lo reconoció al instante, lo había visto en el pueblo varias veces, siempre sentado en la plaza rodeado de sus nietos pequeños, a los que daba chucherías sin control mientras los niños sonreían entusiasmados.

La mujer señaló a Alan. El detective se aclaró la voz, y ayudó a aquel anciano a acomodarse junto a él. Las arrugas se habían aposentado en su rostro de forma serena, y tenía unos ojos claros que debían ser del color del cielo en su tiempo. Olía a mentol y a algodón, aromas que a él le recordaban a sus abuelos paternos.

—Buenas tardes, me llamo Alan Wood.

—Rogelio Martínez. Vaya..., usted no es de aquí, ¿verdad?

—No, soy inglés. —Se aclaró la voz—. Verá, don Rogelio, le comentaba a Manuela que estoy interesado en saber algo más sobre un profesor iraní que dio clase aquí hace varios años. Quizá usted lo recuerde, era un hombre moreno, de ojos oscuros...

El hombre lo miró a través del velo grisáceo de sus ojos, con desconfianza.

—El foráneo. Como usted —dijo, con gesto grave.

—Exacto. El foráneo, como yo.

—Los vecinos del valle seguimos siendo celosos con los que vienen de fuera. Nunca se sabe lo que traerán con ellos. Pero nunca nada bueno. Así que preferimos no mezclarnos y ser prudentes —le espetó con desprecio.

Alan frunció el ceño. A esas alturas ya empezaba a estar cansado de la desconfianza y las descalificaciones de algunas personas del valle hacia él. Los había ayudado a acabar con los laboratorios, la mujer que él amaba había muerto por eso también, y esas gentes le seguían juzgando por el mero hecho del lugar dónde había nacido. Ya no podía aguantar tantos secretos, tanto silencio y desconfianza. No después de que Elena pagara con su vida el pacto de silencio de esas gentes a cambio del dinero que les entregaba la farmacéutica por cada hija que ofrecían. Manuela intervino, con voz suave:

—Rogelio, este es el detective que acabó con la farmacéutica. Estaba con la hija de Blasco, era su novio.

El hombre parpadeó, sorprendido, y él asintió.

—Vaya, así que es usted el que detuvo a los de los laboratorios.

—Así es. Junto con más personas que me ayudaron, claro.

El anciano lo miró en silencio.

—Blasco era un gran hombre, ya lo creo que sí, y su hija era igual. —Suspiró—. Pobre chiquilla, una pena, la verdad. Yo la conocía desde que era una cría. Muy buena niña, ya

lo creo que sí. Fue una pena lo que le pasó.

El británico no pudo contestarle, se le acababa de encoger el corazón al ver el rostro del anciano entristecerse, como el suyo. El hombre le miró y tosió levemente.

—Discúlpeme, señor Wood. Los del valle hemos aprendido a desconfiar de los de fuera. —Suspiró—. Tiene que entendernos, estábamos aislados, y ellos lo controlaban todo.

—Por supuesto. No se preocupe, tranquilo.

El hombre se aclaró la voz y lo miró.

—La persona por la que pregunta se llamaba Amir. Ahora ya se puede hablar de él porque los señores han muerto, según dijo el chico de los Velasco, pero antes nadie se atrevía a decir una sola palabra por miedo. Ese hombre llegó para dar un ciclo de conferencias en el colegio. Desde que puso un pie aquí, el revuelo que creó fue gigantesco. Nunca había venido nadie de otro país a estas tierras, y todas las mujeres bebían los vientos por él. Pero el caso es que él decidió fijar sus ojos en la única chica del valle que todos tenían por intocable, la niña de los señores. Supongo que para la chiquilla al principio sería un juego, pero los días fueron pasando y todos vimos cómo iban perdiendo el miedo a las habladoras y se atrevían a pasear juntos por las calles del pueblo.

—Es decir, que empezó a ser una relación seria.

—Sí, incluso la chica empezó a cambiar, todos pudimos verlo. Pasó de ser una chiquilla consentida a toda una mujer. Dejó de hacer tonterías y cambió, realmente cambió. Aquel profesor de fuera la transformó en otra persona mejor, más generosa y más centrada. —Alan asintió, con una leve sonrisa. Elena no fue resultado de un desliz, sino del amor—. Fue entonces cuando comenzaron los rumores. La gente del pueblo empezó a decir que planeaban fugarse juntos y que lo estaban preparando todo, porque los señores no les habían dado su consentimiento para que siguiesen con su relación.

—¿Se escaparon del valle?

—Pues nadie lo sabe, porque lo cierto es que el chico desapareció de la noche a la mañana.

—¿Lo mataron?

—Es más que probable que lo asesinaran cuando supieron que Amelia iba a fugarse con un hombre mayor, y de fuera, para más señas. Por esa época, la chica también desapareció. Todo el mundo ató cabos, y después se ataron la lengua, para no hablar. O se habían fugado juntos o estaban los dos bajo tierra.

Alan asintió, comprendiendo. Nadie supo nunca que en realidad Amelia estaba embarazada de Elena, y Amir, muerto, probablemente. Si la gente del valle hubiese hablado a tiempo, Lya y él habrían resuelto el caso en cuestión de minutos. Pero el miedo estaba tan clavado en la forma de ser de esas gentes, que hicieron falta varios cadáveres

sobre la mesa para acabar con toda esa espiral de horror. Entre ellos, el de la propia nieta de los Somoza Arvelo. No pudo evitar pensar, con tristeza, que tanto Elena como su madre se habían enamorado de hombres extranjeros, y ambas habían terminado pagando ese amor con sus vidas.

—Gracias, don Rogelio. Me ha ayudado mucho.

El hombre lo miró con respeto y se levantó de la silla, con ayuda de Manuela. Alan también se levantó y le estrechó la mano, con gesto agradecido.

—Mi nieta acaba de cumplir los diecisiete, ¿sabe?

El detective asintió, comprendiendo la angustia del anciano.

—Nunca... nunca me preocupé porque solo tuve un hijo varón, pero, desde que nació Andrea, he tenido pesadillas todas las noches, como sus padres. —Miró al suelo fijamente—. El año que viene iré a estudiar a la capital, con más chicas del valle. Quiere ser maestra. Y, gracias a gente como usted, lo será.

—Me alegro. Su vida debería pertenecerle solo a ella.

El anciano esbozó una hermosa sonrisa y le hizo un gesto de despedida con la mano mientras Manuela lo ayudaba a levantarse. Alan lo observó alejarse por la puerta del restaurante y se imaginó cómo iba a ser su futuro. Pudo verse con el rostro lleno de arrugas, recordando aún a aquella joven que había llenado cada espacio de su alma. Miró a Rogelio, y pensó, con tristeza, que él tenía familia, mientras que, a él, intuía, le esperaba la más absoluta soledad. Minutos después, entró Manuela, esa mujer que lo había tratado como alguien de su familia desde que puso un pie en el valle, mirándole emocionada.

—Bueno, ya se ha resuelto todo, al parecer. Al final me hizo caso y se enamoró de la chica buena. —Esbozó una sonrisa triste—. Solo que ahora ella ya no está. No es sencillo pero la vida continúa.

—Sí, el mundo sigue girando, estemos o no en él.

Se quedaron mirándose en silencio, y ella intuyó que el detective no podría seguir con esa conversación mucho tiempo, así que lo abrazó como despedida. Cuando se separaron, su expresión cambió por completo y frunció el ceño.

—Por cierto, ¿qué fue de la italiana? —preguntó con gesto de fastidio.

—¿Lya Fiore?

—Sí, ese torbellino pelirrojo. No quiero ni imaginarme al pobre hombre que termine enamorándose de ella. Que un rayo me fulmine si llego a ver eso.

El detective soltó una breve carcajada.

—Pues Lya está ahora en la capital, de hecho, en el mismo hotel donde estoy yo alojado.

La mujer meneó la cabeza con desaprobación, y se cruzó de brazos.

—No se deje cegar otra vez por sus curvas, señor Wood. Aún tengo en mente lo de su aventura con esos dos hombres. —Frunció los labios en una línea fina—. Hay que tener

muy poca vergüenza para haberle hecho eso.

—Pues..., lamento decirle que fue ella precisamente una de las personas que ayudó a que todo esto acabara.

—No me diga. —Se puso la mano en la boca, con gesto de sorpresa—. Vaya, pues al final... Al final va a resultar que ella también es de las buenas.

—Lya siempre fue de las buenas, Manuela, siempre lo fue. Y lamento decirle que no éramos pareja. Nunca lo fuimos.

—Ah, ¿no? Vaya. —Se quedó traspuesta—. Siempre creí que sí, por la forma en la que se miraban.

«¿Qué?», pensó el detective.

—Llevo muchos años detrás de una barra, y sé cuándo dos personas van a terminar juntas por la forma en la que se miran. —Le guiñó el ojo—. Lo hacen como si estuviesen contemplando el universo entero. Y, bueno, he de seguir con el trabajo.

—Muchas gracias por todo, Manuela.

—Adiós, Alan, y recuerda que al amor hay que dejarle siempre la puerta abierta.

Se despidió de la mujer y se montó en su coche, rumbo a la capital otra vez, con las imágenes de todos los momentos en los que había visto a Lya en la puerta de su habitación, y las de Elena en la ventana. Sacó la mano por la ventanilla, acariciando la brisa, con la sensación de que estaba en una encrucijada. Pasado o futuro. Seguir con el recuerdo de Elena como única compañía o abrazar la nueva presencia de Lya en su vida.

Llegó a la bulliciosa ciudad casi de noche y aparcó frente al hotel. Mientras subía por el ascensor, leyó un mensaje de la joven italiana. Se encaminó a su habitación y esperó paciente a que le abriera. Lo recibió vestida solo con una camiseta de hombre algo larga. Lo hizo pasar y se sentaron en la terraza, donde degustaron un pequeño pícnic a base de botellas del minibar, aceitunas, embutido y queso que había comprado por la tarde mientras Alan le relataba todo lo que había descubierto en torno a Elena ese día, así como la historia de Amelia y Amir. Cuando terminó, la miró, y ella lo observó pensativa.

—Esto es peor de lo que pensábamos, inglés. Significa que iban a por Elena porque era la única que les quedaba por hacer desaparecer.

—Sí. La darían en adopción para mantenerla alejada de ellos, protegiendo así su reputación, hasta que los laboratorios acabasen con ella. Por eso Somoza intentó comprarla, ella tenía que morir, al igual que sus padres, Amelia y Amir, para que el círculo se cerrara.

—Ya tenemos nuestra respuesta, Alan. Venganza. Todo por venganza. Tu chica era doble objetivo, tanto de los Somoza Arvelo como de Davies. Estaba en la diana de ambos, así que era improbable que sobreviviese con semejantes enemigos. —Lo miró con expresión triste—. Lo siento, sé que todo esto es muy duro para ti.

—No sabes cuánto, y de cuántas maneras se puede hacer trizas un corazón hasta que te destrozan el tuyo, partiéndotelo de todas las formas posibles.

La joven le dedicó una mirada triste.

—Lo siento mucho.

Él suspiró y posó una mano en la mejilla de la chica, sintiendo que la soledad y el recuerdo de Elena lo estaban ahogando.

—Cierra los ojos, Lya.

Ella lo hizo, y él la imitó, con el bullicio lejano de la ciudad como fondo y la brisa fresca del anochecer. Posó sus labios sobre los de Lya, y ella se fundió con él. Fueron enlazándose poco a poco en un profundo beso que hizo que el detective sintiera que la ausencia de Elena comenzaba a mitigarse sobre los cálidos labios de su amiga. Siguió besándose, lentamente, y él se incorporó, alzándola hasta sus caderas, y la llevó hasta la cama. Necesitaba el tacto de su piel tanto como respirar, como si fuese una oleada de necesidad primitiva y básica. Quería sentirla cerca para ahogar su dolor y alejar a Elena de sus pensamientos.

Se quitaron la ropa lentamente el uno al otro y se tumbaron en la cama, recorriéndose la piel con suavidad, sin dejar de besarse, acariciándose sin timidez, hasta que la piel

comenzó a arderles en suaves y cálidas ondas. Ella apoyó su cabeza en su torso, y se quedaron dormidos poco después. Esa noche Alan no tuvo ninguna pesadilla.

Se despertó a la mañana siguiente tras una noche en la que su mente le había dado un respiro. Al parecer, la suave piel de Lya y terminar de resolver todos los cabos sueltos del caso estaba permitiendo que su inconsciente se decidiera a pasar una nueva etapa. Se giró en la cama, pero Lya ya no estaba, tan solo le había dejado una nota en la almohada.

Hoy haremos algo especial, te lo prometo. Te sorprenderé.

Cogió la nota y sonrió. Fue hasta su habitación para darse una ducha y se sorprendió al verse en el espejo. La expresión de su cara estaba cambiando, como si volviese a la vida. Sonrió levemente y se metió bajo la ducha. Bajó al comedor cuando estuvo listo y se reunió con sus compañeros a la hora del desayuno. Les contó por encima todo lo que habían averiguado Lya y él en torno a los Somoza Arvelo y a Elena. Se quedaron atónitos. Ethan se aproximó a él, con cara de desconcierto.

—¿Crees que lo mataron por dejar embarazada a su hija?

—No lo sé, pero es probable.

—Quizá por eso también iban detrás de Elena. Si habían acabado con los padres, lo lógico sería acabar también con la hija, para borrar todas las huellas, por así decirlo.

Alan asintió, con tristeza. Lo habían conseguido, finalmente. Habían matado a Amir a Amelia y a Elena. Habían acabado con toda una familia que, si las cosas no se hubiesen torcido, en esos momentos debían estar desayunando, como hacían ellos, mientras charlaban de cualquier tema banal que les hubiese ocurrido. Pero la locura de todos esos criminales había hecho que todos estuviesen descansando bajo tierra y en el caso de Elena, en un instituto forense. Se recordó a sí mismo que debía volver allí antes de volver a Inglaterra. Debía enterrarla, debía hacerlo. Era la última promesa que le había hecho, y tenía que cumplirla.

En ese momento, uno de los doctores que intervenía en el juicio pasó al lado de su mesa y Ethan lo invitó a sentarse junto a ellos. Se hospedaba en el mismo hotel, y sus compañeros ya habían conversado con él varias veces cuando se lo habían encontrado por los pasillos. El hombre sonrió y tomó asiento junto a ellos. Era un chico joven, moreno, con voz suave.

—Me llamo Oscar Toledo. —Le estrechó la mano al detective—. Estaba en la sala cuando aquel hombre te interrogó. Siento el mal trago que te hizo pasar.

—Gracias. Debes ser de los pocos que lo lamentan. A veces creo estar en medio de un linchamiento.

El médico negó con la cabeza.

—No, no soy de los pocos. Hay muchos que piensan como yo, puedo asegurártelo.

—Vaya, gracias. Y ¿vas a declarar esta mañana?

—Sí. Tengo que relatar el inicio de las pruebas que les hacían cuando las

secuestraban. He podido hablar con muchas chicas, y de verdad que nadie puede hacerse una idea de por lo que pasaron. El problema es que muchas de ellas, al ser tan jóvenes, no guardaban recuerdos traumáticos importantes, así que se los implantaron con técnicas expeditivas.

—¿Quieres decir qué...?

—Exacto. —Asintió, con gesto grave—. Intentos de asesinato, simulacros de secuestros, intentos de abusos, y un largo y cruel etcétera. Pero siempre el mismo recuerdo para un grupo de cuatro o cinco chicas.

Todos se revolviéron en sus sillas, ya que recordaban a aquellos guardias, criminales profesionales y sin escrúpulos, imaginándose el infierno que harían pasar a las chicas.

—¿Para qué querrían que todas tuviesen el mismo recuerdo?

—El objetivo era que todas tuviesen el mismo para experimentar sobre él. Pero lo que ocurre es que el cerebro de cada persona funciona de distinta manera. No todos recordamos igual cada cosa. Así, mientras algunas chicas lo recordaron todo, otras solo recordaron fragmentos y otras incluso lo enterraron en su memoria, donde era difícil acceder a ellos. Sin embargo, a todas se les aplicó el mismo método para eliminarlo, creando consecuencias imprevisibles para cada una.

—¿Cómo cuáles?

—Una de las pacientes que revisé, que no podrá asistir al juicio por motivos médicos, muestra un tipo de amnesia, la anterógrada. Es incapaz de crear recuerdos propios tras el daño cerebral que le causaron las pruebas en los laboratorios. Jamás podrá recordar cosas que le ocurran desde que le causaron el traumatismo hasta el día de su muerte. Le han robado casi todos sus recuerdos antes de que se produjeran.

Alan y los demás se quedaron en silencio, sobrecogidos. Ellos no se habían cruzado con nadie en los laboratorios. Sin embargo, Elena y las chicas, sí. No eran conscientes de cuántas vidas habían salvado ese día.

Pusieron rumbo a los juzgados, dispuestos a seguir escuchando los testimonios. Se adentraron en la sala, y escucharon varios cuchicheos cuando el detective tomó asiento. Una de las jóvenes se dirigió a la butaca central, para declarar. Era morena, de ojos oscuros, y estaba visiblemente nerviosa. Se atusaba el pelo continuamente y tenía la mirada perdida, como si buscara a alguien, hasta que lo encontró y sonrió. Alan miró hacia el punto donde miraba la chica y vio a un joven que llevaba en brazos a una preciosa bebé de apenas un año con ojos oscuros y el pelo color azabache. Suspiró, preparándose para escuchar a aquella muchacha y alejar los fantasmas que amenazaban con asfixiarle.

—Me llamo Paola y tengo veinticinco años. No recuerdo todos los detalles de cuando estuve en los laboratorios. A veces me llegan recuerdos de aquellos días, pero no sé si fueron reales o no. Al salir de allí, olvidé cosas que habían pasado antes de entrar,

incluidos a familiares, amigos...

El doctor le puso la mano en el hombro y continuó él:

—A Paola le causaron un daño cerebral permanente tras varias descargas brutales en varias partes del cerebro, incidiendo en el córtex, que la afectaron gravemente. Sufre amnesia retrógrada. Olvida datos básicos anteriores al daño cerebral que le infligieron. Ha olvidado a compañeros de la escuela, amigos, familiares, incluso datos importantes de su biografía, y son... irrecuperables.

Alan pensó en la directora de la escuela del valle, cuando le comentó que se había cruzado con antiguas alumnas que no la habían reconocido, e incluso con algunas que la habían olvidado por completo. Se giró y la buscó por la sala, seguro que no se hubiese perdido eso. En ese instante, la mujer se secaba las lágrimas con un desgastado pañuelo de papel. Había ido a escuchar emocionada los relatos de las que habían sido sus alumnas.

Lo miró y lo saludó con la mano, y él le sonrió levemente, devolviéndole el saludo.

Las chicas siguieron declarando toda la mañana, hasta el receso para comer. Sus compañeros fueron a un restaurante cercano para tomar algo con las hermanas Velasco, porque pensaban pasar el resto de la tarde con ellas. Él no tenía hambre, así que decidió quedarse en el pasillo esperando a que la sesión se reanudara, mientras curioseaba en su móvil. Durante todo ese tiempo, estuvo escuchando los murmullos de todas las personas que pasaban a su lado. Sonidos que se iban apagando según se acercaban a él, y que continuaban en cuanto se alejaban. Incluso concentrado con el teléfono como estaba, pudo escuchar algunos a la perfección.

—Es demasiada casualidad que atraparan a Elena justo cuando él llegó. La chica había estado todos estos años escondiéndose de ellos, hasta que llegó él, y se la entregó a la farmacéutica a cambio de un dineral. No sé cómo se puede dormir por las noches con semejante carga bajo los hombros.

—Es bastante guapo, es normal que ella se dejara engatusar. Espero que disfrute en el infierno la fortuna que le dieron por ella.

—Me da lástima la próxima chica con la que esté en un futuro, seguramente también acabará muerta y él será más rico aún. Pobre Elena, la utilizó a su antojo.

—Y tanto que la utilizó —se mofó un chico, desde la otra esquina del pasillo—. Según los rumores, existe un vídeo de ellos dos bastante subido de tono en una de las salas de reuniones de los laboratorios. Al parecer, la policía lo ha confiscado, pero ya hay muchos que están ofreciendo un auténtico dineral por una copia.

—Vaya, entonces ese inglés la disfrutó cuanto quiso y encima le pagaron por ello —dijo otro chico.

Alan se giró hacia el grupo con una mirada tan amenazadora que los chicos trastabillaron, tropezando con unas mujeres que estaban detrás. En ese instante, un

agente comunicó a los asistentes que podrían entrar otra vez. El detective se dirigió hacia la sala, tirando del pomo de la puerta con tanta fuerza que casi lo arrancó de cuajo. Se sentó y sintió a sus compañeros sentándose junto a él unos minutos después, pero apenas les prestó atención, cabizbajo como estaba.

El juicio se reanudó y otras muchachas se acercaron para dar su testimonio, pero Alan apenas les pudo prestar atención. Su mente le regaló un sinfín de recuerdos dolorosos durante las siguientes horas. Tan solo alzó la vista cuando la última de las chicas terminaba su declaración. Era castaña, de ojos verdes, y tan menuda que parecía apenas una adolescente. Su fino hilo de voz era apenas un susurro en la sala.

—He olvidado que mi madre murió hace tres años, y mi familia me lo tiene que recordar cada cierto tiempo porque no consigo anclar ese recuerdo a mi memoria. Tengo que enfrentarme a ello una y otra vez, y así será el resto de mi vida, porque siempre lo olvidaré, y su pérdida me dolerá como el primer día.

Un enorme silencio se aposentó, y Alan bajó la vista, lamentándose por no haber llegado antes a ese valle para acabar con todo eso.

—Gracias por su testimonio, Carla Fernández.

La chica se giró hacia las butacas y se puso en pie con gesto tímido.

—Antes de irme me gustaría agradecer a todas las personas que ayudaron a que todo esto acabara. A todos, gracias —dijo, mirando directamente a Alan, y los primeros murmullos empezaron a sucederse—. Gracias, de verdad, en nombre de todas las chicas que sufrimos allí esos horribles experimentos.

Un muchacho se acercó hasta ella y la guio hasta la salida, entre los aplausos de las demás testigos, que comenzaron a aplaudir en dirección a los británicos. Las primeras palabras de apoyo empezaron a escucharse, tímidas. El detective levantó la vista y sonrió levemente a las chicas, y después giró su vista hacia Davies, que estaba siendo llevado fuera de la sala junto a más técnicos. El psiquiatra paseó su vista por toda la estancia hasta que localizó al detective, y se detuvo, esbozando una sonrisa.

—¿Ya tienes pesadillas con Elena? La ves morir una y otra vez, cada noche, ¿verdad? Pronto te aterrorizará quedarte dormido, y entonces vendrás de rodillas a mí para que la borre de tu cabeza. Y ocurrirá pronto. Solo hay que ver tu cara para saber que ya te queda poco.

El psiquiatra entonó una risa macabra y desapareció por la puerta por donde conducían a todos los procesados. El detective miró alrededor, enfrentándose a miradas de desaprobación y cuchicheos a media voz. Entonces notó el fuerte brazo de Rocco tirando de él para sacarlo de allí, y volvieron al hotel en silencio.

Sus compañeros y las chicas se imaginaron lo que debía sentir en ese momento e insistieron para que los acompañara a dar un paseo por la tarde con ellos, pero él ya tenía una cita con Lya y no podía faltar.

—Llámanos si necesitas algo —le dijo Josh, mientras le pasaba el brazo por encima a Elba.

Él asintió y fue a su habitación, mirando hacia su pequeña Trolley, deseando irse de una vez de allí. Se duchó, viendo cómo las gotas resbalaban de la punta de sus cortos cabellos hasta estrellarse en el suelo de cerámica.

«Solo un día más», se repitió, como un mantra.

Se vistió rápidamente y salió al encuentro de su amiga.

La italiana lo esperaba en un banco en el exterior de la plaza que se hallaba frente al hotel. Llevaba un vestido negro de vuelo a media rodilla con intrincados encajes en la parte superior, y una fina chaqueta blanca. Nunca la había visto tan guapa. Estaba tan acostumbrado a verla con sus vestidos ceñidos que le marcaban cada centímetro de su cuerpo, que le sorprendió verla así.

—Estás muy guapa, Lya —dijo, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias. La ocasión lo merece, vamos a hacer algo muy especial.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Vamos a un planetario.

Él alzó las cejas.

—Has superado todas mis expectativas, como siempre.

—Está algo lejos, ¿te parece que tomemos un taxi?

—Ayer alquilé un coche, y lo tengo hasta mañana. —Le tendió la mano—. Podemos ir en él. Bueno, si no te importa que un británico que conduce por el lado equivocado sea tu chófer esta tarde.

—Por supuesto. —Sonrió—. Me encanta verte conducir.

En apenas quince minutos llegaron a los jardines del planetario. Aún faltaba una hora para que abriesen las puertas, así que se decidieron pasear por aquel bucólico rincón de la ciudad. Alan le compró un algodón de azúcar y le había sacado una foto con él. Tras devorar aquella vaporosa nube de azúcar entre los dos, ella tiró de su brazo.

—Hazte una foto conmigo, por favor. No tengo ninguna en la que salgamos los dos.

Él asintió, sonriendo, y Lya se puso a su lado, con el móvil en la mano. Cuando se disparó el objetivo, ella le dio un beso en la mejilla. Deslizó el dedo por la pantalla y se la mostró.

—Sales bellísima, Lya.

—Y tú increíblemente guapo, como siempre.

Se rieron y siguieron paseando mientras se tomaban unos cafés helados que habían comprado en un puesto, hasta que abrieron las puertas del planetario. Habían organizado varias sesiones nocturnas, y la cola para acceder al edificio era muy numerosa. Gracias a que Lya había comprado las entradas con antelación no tuvieron que esperar, porque de seguro que no hubiesen entrado. Media ciudad parecía haber tenido

la misma idea que su amiga.

Le entregaron los *tickets* a una sonriente azafata y avanzaron en medio de un estrecho pasillo a oscuras hasta llegar a una parte con pequeñas bombillas con forma de constelaciones que iluminaban todo el espacio. Era espectacular, estaba muy logrado. Avanzaron por varias estancias, donde paneles interactivos y diferentes vídeos explicaban el cosmos. Se quedaron un rato leyendo la información y se tuvieron que amonestar varias veces por el idioma en el que lo leían. Alan había seleccionado el inglés de forma automática, y Lya el italiano. La chica lo hizo leer varios paneles en italiano al detective, que sudó tinta con algunas palabras.

—No se te da tan mal, Wood, quizá podrías aprender un poco.

—¿Aprender italiano?

—Algún día vendrás a visitarme a Florencia, ¿no? —dijo en un tono de broma cuyo trasfondo no era cómico. —Si... quieres, claro. Bueno, si no...

—Por supuesto que lo haré —dijo, mirándola con una sonrisa—. Te dije que no te librarías de mí tan fácilmente.

Ella le sonrió y entrelazó los dedos con los suyos. Pasaron a otra sala más grande, con una cúpula donde diferentes mecanismos activaban varios efectos. Todo el suelo estaba forrado de mullidos cojines gigantes para que los visitantes se tumbaran y contemplasen el brillante manto sobre sus cabezas. Se acostaron y se quedaron un rato en silencio, solo interrumpidos por las breves explicaciones del guía, cuya suave voz no rompía la relajante atmósfera que se estaba creando. El hombre fue explicando las diferentes constelaciones. Al detective le sorprendió escuchar que la más lejana de la que se tenía constancia estaba a más de trescientos mil años luz, y su nombre era Deneb, y la más cercana, Alfa Centauri, a apenas cuatro coma cinco años luz. Era fascinante. Eran tan insignificantes en realidad, que tomó conciencia de lo pequeños que eran sus problemas. La cúpula se fue abriendo lentamente, desvelando todas las estrellas que estaban ocultas por la luz del sol, y que el suave manto de la noche volvía a colocar en su lugar. Lya habló casi en su oído, en voz muy baja:

—Es muy bonito. Cuando vengo a la capital, siempre hago una visita a este lugar, aunque sea un par de horas. Me relaja.

—Te entiendo. Es como estar en otro mundo.

—Así es. Aquí siento que puedo empezar de nuevo.

«Eso es justo lo que necesito ahora», pensó el detective.

El guía seguía hablando, explicando las constelaciones y un poco de historia.

—Cuando vemos las estrellas, no somos conscientes que muchas de ellas han muerto ya, y que lo que vemos es la luz que todavía nos está llegando. Incluso después de haberse extinguido, iluminan nuestras vidas. Hay un dicho muy famoso que dice que cuando miras las estrellas, en realidad, estás mirando el pasado, porque ya están

muertas.

Algo se le empezó a quebrar en el pecho al detective al oír aquello, y el recuerdo de Elena lo azotó en toda su plenitud. El guía continuó hablando, pero él ya no lo escuchaba. Se quedó mirando hacia la bóveda que tenían encima. En algún punto, allí arriba, estaba ella. Era una realidad, y en algún momento tendría que asumirla. Elena ya brillaba en el firmamento.

Se giró hacia Lya, que observaba el cielo embelesada. Siempre se había sentido cómodo con ella, desde que la conoció. Como si fuera parte de él. Le parecía tan natural estar con ella, cogerla de la mano, abrazarla mientras paseaban... Con Diana también había sido así, con una comodidad rutinaria, como si se conociesen de siempre. No era la corriente eléctrica que sacudía cada una de sus células cuando estaba con Elena.

«Elena es el cielo y Lya la tierra, y en algún momento tendré que decidir en qué sitio quiero estar».

El resto de los visitantes se fue levantando para ir hacia la sala contigua, y ellos se quedaron solos, contemplando aquel galimatías luminoso que era el firmamento. Lya lo miró unos segundos y después se giró hacia la bóveda estrellada, hablando entre susurros:

— ¿Cómo estás, Alan? Me refiero a cómo estás de verdad.

Él suspiró, cerrando los ojos.

— Estoy... Estoy roto por dentro, y no sé cómo pegar las piezas, de verdad que no.

— No tienes que fingir que estás bien cuando no lo estás. Debe ser agotador.

— No te haces una idea.

Permanecieron en la sala varios minutos más y salieron del planetario. La noche era fresca, y Alan le puso su chaqueta por encima y la rodeó con el brazo.

— ¿Te apetece que vayamos a cenar? Invito yo.

— Está bien. Pero yo escojo el vino.

— Por supuesto. Te debía uno de tres cifras, ¿recuerdas?

Ella se rio y le golpeó levemente el brazo.

— Dejémoslo en uno de dos cifras, y así me invitas otra noche a cenar, pero en Italia

— Suspiró—. Me voy mañana.

— ¿Qué? —Se incorporó— ¿Cómo que te vas mañana?

— Sí. Ojalá pudiera quedarme un día más, pero no puedo.

— Vaya. —A gachó la cabeza—. Qué... pena. Pensé que podíamos hacer algo mañana, cuando terminase el juicio.

— Lo siento.

— Tranquila. —Suspiró, y esbozó una breve sonrisa—. Bueno, pues entonces no me dejas otra alternativa que invitarte a cenar en Italia cuando te visite. —La miró fijamente y la cogió de la mano.

—De acuerdo. ¿Nos vamos?

Él asintió y salieron del edificio, dando un paseo hasta el coche. Lya lo guio hasta un restaurante que estaba sobre una de las colinas de la ciudad. Tenía unas vistas impresionantes, y al detective le asombró lo coqueto que era. Acristalado, con pequeñas bombillas por el techo que proporcionaban una luz tenue y decoración al estilo de la provenza francesa.

Pasaron allí más de dos horas, conversando, mientras se terminaban dos botellas de vino Malvasía y unos succulentos platos de pasta. Cuando llegaron al postre, ambos tenían la sensación de conocerse desde siempre. Tras pagar la cuenta, decidieron volver a la ciudad dando un rodeo por una de las carreteras secundarias que descendían por la montaña en zigzag. La chica conocía un mirador desde donde se veía una panorámica estupenda de la ciudad, y Alan tenía curiosidad por verlo. Serpentearon por aquellas oscuras carreteras hasta que, al llegar a una curva, la chica lo hizo detenerse. Él aparcó en la explanada de tierra que había y salieron del vehículo, contemplando toda la ciudad iluminada.

La vista era preciosa. Se quedaron observando la ciudad y las estrellas, sentados sobre la balaustrada de piedra y bajo un enorme laurel. El detective sabía que jamás volvería a ese país, la tierra de su madre. Pensó que, pese a todo lo que había sufrido, cada minuto que había pasado allí había valido la pena. Se llevaba un millón de sensaciones y pensamientos, tanto buenos como malos.

—Aún no me creo que esto llegue a su fin. Me he planteado varias veces qué habría ocurrido si no llegamos a cruzarnos aquel día en el restaurante del hotel de Sandara. Quizá nunca habríamos resuelto el caso.

Ella lo miró esbozando media sonrisa.

—Tú sí lo hubieses hecho, estoy segura.

—¿Por qué estás tan segura?

—Toda la información con la que empezamos a trabajar, me refiero a la de verdad, nos la dio Elena. Y lo hizo porque estaba interesada en ti.

—No, Lya, te equivocas.

—No, no me equivoco. Nunca se la dio a ninguno de todos los investigadores que pasaron por allí. Solo lo hizo contigo. Solo contigo. Fuiste el único por el que se arriesgó tanto. Gracias a ella, descartamos las otras líneas que estábamos estudiando para centrarnos en las desapariciones de las jóvenes, el bunker y los laboratorios. Sin esa información, jamás podríamos haber descubierto qué había realmente tras los falsos ataques de la Bestia del bosque. Se lo debemos todo a ella.

El detective se quedó en silencio y la miró.

—Y yo te lo debo a ti, Lya. Gracias, gracias por todo.

—No, Alan, no...

—Sí. —Le rozó el dorso de la mano—. Gracias por tu tenacidad, tu lealtad y tu compromiso. Sin ti, nada de esto hubiese acabado nunca. Recopilaste toda la información que hizo actuar a la policía. —La chica giró el rostro, afectada—. No eres consciente de la cantidad de vidas que has salvado. Elena nos dio la información, pero gracias a ti todo esto ha acabado.

—Al principio lo hice por.. .por el dinero —dijo, en un hilo de voz—. Pero, después... después lo hice por todas esas chicas, y por Elena. —Inspiró—. Y por ti, Alan. Lo hice sobre todo, por ti.

Él la besó con ternura, y se quedaron en silencio, sentados en el banco del mirador, con la sensación de haber desnudado su alma. Era el broche perfecto para terminar de una vez con todo ese episodio. Lya se apoyó en él, que la rodeó por los hombros, y le dio un beso en la sien. Se quedaron así, apoyados el uno en el otro, hasta que el aire frío los hizo meterse de nuevo en el coche. El detective encendió la calefacción cuando escuchó tiritar a su amiga y le tendió su jersey. La chica lo olió, cerrando los ojos, mientras Alan la observaba sin decirle nada. Elena hizo lo mismo cuando él le dejó un jersey parecido. Desvió la vista ante la marea de recuerdos y nuevas sensaciones que lo rodearon.

Arrancó y condujo hasta la ciudad otra vez, con las luces de la urbe de fondo, y la sierra de Sandara recortándose lejana en el horizonte. Cuando llevaban un rato en la carretera, ella se aclaró la voz:

—Alan, tengo que decirte algo.

—¿Qué ocurre?

—No he venido aquí solo para entregar documentación. Soy testigo protegido.

—¿Cómo dices? —La miró con los ojos abiertos de par en par—. ¿Eres... testigo protegido?

—Sí. —Tomó aire, mirándose las manos—. Cuando fui con Samuel y Matilda a la policía, pusimos esa condición para dar la información, que no se conociese nuestra identidad. No pudimos hacer lo mismo con Elena y contigo, porque no estabais en persona allí para prestar declaración.

—Vaya, no lo sabía —dijo, comprendiendo por qué Matilda y Samuel solo habían aparecido el primer día del juicio. Habían declarado a puerta cerrada, como Lya.

—Se nos alertó de que no podíamos tener contacto entre nosotros, por temor a que hubiese alguna filtración y se conociese nuestra identidad. El peso de nuestros testimonios era considerable, y debíamos permanecer casi ocultos.

—No lo sabía.

—Era imposible que lo supieras. Por eso me voy mañana. Soy testigo de alto riesgo, y nadie podía saber que estaba aquí. Ya me he arriesgado demasiado.

—¿Arriesgarte?

—Me salté las normas por ti, Alan. —Inspiró—. Te mentí cuando me llamaste. L

policía tenía una reserva para mí en otro hotel en la capital, más discreto. Pero, al oír tu voz mientras esperaba para embarcar, no pude renunciar a pasar unos días contigo.

—Lya, no debiste hacer eso, fue muy peligroso. Si te llega a pasar algo, jamás me lo habría perdonado.

—Lo sé, pero es que te había echado tanto de menos, que..., aunque no fuera seguro, necesitaba verte, pasar tiempo contigo. Y ha valido la pena. Cada segundo a tu lado ha valido la pena.

Alan la miró y detuvo el coche a un lado de la vía, girándose hacia ella.

—¿Qué?

—Siempre... siempre me has atraído, Alan, desde que te vi aquel día en el restaurante del hotel.

—¿Por qué nunca me lo dijiste, Lya?

—No reuní el valor suficiente para hacerlo. Y cuando me decidí a confesártelo, ya era tarde. —Se pellizcó el labio con los dientes—. Elena ya estaba en tu vida. Supe que esa chica te tenía completamente fascinado desde el rescate del bosque, y me sumí en el silencio, hasta que recibí la llamada de Samuel, que me contó lo que había pasado, y me confirmó que ya estabais juntos.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

La chica lo miró y el pecho del detective se encogió al ver el reflejo de las lágrimas sobre sus mejillas.

—Quizá si no la hubiese conocido, tú y yo habríamos empezado algo.

—¿De verdad?

—Habríamos terminado juntos, Lya. —Le sonrió, poniéndole un dedo bajo la barbilla—. Estoy seguro.

Ella sonrió en medio de un leve sollozo y lo abrazó.

—Te voy a echar mucho de menos, Alan. De verdad que voy a hacerlo.

—Y yo a ti, Lya. Y yo a ti.

La besó levemente y se pusieron en marcha otra vez. Llegaron a la ciudad entre suaves besos y leves caricias que hablaban por ellos, mientras las luces se hacían cada vez más visibles. Aparcaron cerca del hotel y se adentraron en el edificio, sin apartar sus ojos ni un momento. Antes de que se cerrase el ascensor, Alan la abrazó y le dio un largo, profundo y húmedo beso, y la acompañó a su habitación. Lya se recostó en la cama, invitando al detective a hacer lo mismo. Estuvieron charlando, confesándose lo inconfesable, hasta que la madrugada ya estuvo avanzada. No se escuchaba nada, solo el siseo del viento y algunos grillos, creando una atmósfera de calma absoluta, con la luz blanca de la luna iluminando toda la habitación. El detective se giró hacia ella y vio que ya dormía. Se levantó y apagó la luz, observando las titilantes luces en el oscuro cielo a través de la ventana durante varios minutos, hasta que escuchó pasos a su espalda.

Se dio la vuelta y la vio, con el negro cabello cayendo como una suave cortina sobre sus hombros. La cogió en brazos, llevándola hasta la cama, donde empezó a besarla como si lo hiciera por primera vez. Las prendas se deslizaron suavemente al suelo, en un apagado murmullo, y los cristales fueron llenándose de vaho mientras ellos seguían fundiéndose el uno en el otro. La italiana acarició los músculos del torso del detective, encontrando la cicatriz del costado, y la recorrió con los labios, haciendo que él cerrara los ojos. Las manos del británico empezaron a deslizarse por el cuerpo de Lya, y los besos se volvieron más profundos, y las caricias, más íntimas, provocando que sus cuerpos se perlaran de sudor mientras ellos seguían besándose y acariciándose, hasta que Lya lo miró con la respiración entrecortada, reclamando más, y Alan la colocó a horcajadas sobre él, encajando sus cuerpos en un solo movimiento, y ella jadeó al contacto.

Las uñas de la italiana se clavaron en el torso del inglés de una forma casi dolorosa, mientras él seguía moviéndose con destreza, clavando sus manos en sus caderas, obligándola a mecerse al intenso compás que él le marcaba, activando cada célula de su interior, instigándola a no detenerse, a seguir moviéndose por instinto, hasta que la joven empezó a estremecerse, y él sintió las llamas subiéndole por la espalda, recorriendo todas sus terminaciones nerviosas, creando chispas. Rodó sobre ella y entrelazaron sus dedos cuando estallaron en una intensa llamarada de fuego al tiempo que sus jadeos y sus gemidos se mezclaban en el aire.

Lya rodó a su lado, jadeando, y Alan cerró los ojos, controlando su propia desbocada respiración. Había sido intenso, muy intenso, y aún sentía las llamas lamiéndole la piel. En ese instante la imagen de Elena ronroneando suavemente en su oído incendió su mente y cada poro de su piel, y sintió un puñal atravesándole el corazón de lado a lado. Lya lo observó ladeando la cabeza. Había adivinado que él se había acordado de Elena. La chica suspiró, y se giró hacia él, besándole en el hombro, intentando aún recuperar el aliento.

—Ya sé que es todo muy reciente para ti y que aún la echas de menos.

Él la miró con expresión triste, y la rodeó con los brazos.

—Yo..., lo siento, Lya.

—No tienes que sentirlo. —Inspiró—. Sé que aún estás enamorado de ella. Solo te propongo que, cuando tu corazón esté listo, puedes llenarlo de mí.

—Voy a tardar tiempo en estar preparado. No me parecería justo que me esperaras.

—Te esperaré todo el tiempo que necesites, Alan. Todo el que necesites.

Durante la tarde él mismo se había planteado qué habría ocurrido si hubiese empezado algo con Lya en vez de con Elena, y algo fundió todo su sistema cuando había pensado en la chica del bosque. Nadie podría desbordar su corazón como lo había hecho ella, llenando cada pequeño resquicio, iluminándolo todo. Seguía enamorado de ella, y

siempre lo estaría, aunque ella ya no estuviese. Pero con Lya le ocurría algo diferente. Jamás se había sentido tan cómodo con ninguna mujer como con ella, desprendiendo su misma energía. No era la tranquilidad de Diana, ni el terremoto emocional de Elena, era otra cosa, como si fuera parte de sí mismo. Jamás le había defraudado, siempre había estado cuando él la necesitaba, de la forma que él necesitaba, sin pedir nada a cambio. Y ahora sabía por qué. Lya estaba enamorada de él, siempre lo había estado.

Le acarició el rostro y volvieron a enlazarse, sin urgencia, ni llameante deseo esta vez. Se centraron en cada caricia, en cada beso, en explorar cada centímetro de sus cuerpos con suavidad y lentitud, marcando un ritmo cadencioso, intenso y profundo que culminó sobre el enmoquetado suelo, con los potentes gemidos de ambos llenando cada centímetro del espacio de aquella habitación, y yaciendo completamente extenuados uno sobre el otro hasta que las luces del alba empezaron a despuntar.

Se despidieron con un largo beso y Alan volvió a su estancia. Se tumbó en la cama tras darse una ducha con el ligero perfume de la italiana aún sobre su piel, como si se hubiese filtrado por cada poro, y cerró los ojos. En apenas una hora sonaría el despertador. Suspiró. Estaba a punto de cerrar ese episodio de su vida, era el final. Quizá el destino lo había llevado al valle para resolver el misterio de la Bestia y para encontrarse con Lya. Quizá ese era el plan inicial, y Elena fue una desviación, un error. Se entristeció al pensarlo. Elena fue un error desde su nacimiento. Un desliz, un accidente, algo inesperado que debía ser erradicado para que el mundo siguiera su curso. Eso significaba que quizá lo que sintió por ella también lo fue. Pensó en la joven, y lo descartó al instante. Elena y él se pertenecían desde que se creó el universo, estaba completamente seguro.

«¿Cómo puede ser un error lo más hermoso e intenso que he sentido nunca por nadie?».

Se durmió, rogando para que ningún sueño acudiese a su mente durante ese breve tiempo. Necesitaba tener las páginas en blanco otra vez. Y tuvo suerte.

Se despertó poco después, con la sensación de que su nueva vida empezaba ese día, y con el sabor de los labios de Lya aún sobre los suyos. Se levantó, recordándose que solo faltaba esa jornada y que luego podría volver a casa. O ir a Florencia, con ella. Terminó de organizar su maleta y bajó a desayunar con sus compañeros, que lo sometieron a un exhaustivo interrogatorio sobre sus actividades de la noche anterior. Él se limitó a contestar con evasivas y monosílabos hasta que se aburrieron y comenzaron a hablar entre ellos.

Se encaminaron hacia los juzgados dando un paseo, con la sensación de que aquello ya se había acabado. Un ambiente de alivio se instaló en el grupo, poniéndolos de mejor humor. El alivio era tan patente que por un momento todo aquel episodio parecía una pesadilla lejana.

Alan tuvo que seguir soportando a sus compañeros, que no cesaban con sus extenuantes preguntas sobre qué había hecho la tarde anterior. Se giró dos veces hacia el grupo, sintiendo que no los conocía en absoluto. Había dejado en Londres a tres hombres duros y curtidos, y ahora no sabía muy bien a qué clase de cotillas tenía delante. Al cruzar la puerta distinguieron a Erik en el pasillo. Venía sin sus hermanas, porque esa mañana le tocaba testificar a él, y les hizo una señal desde el otro lado. Tras varios apretones de manos con sus compañeros, el detective miró al chico preocupado.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Están desesperados y van a ir a por todas.

—Lo tendré. —Lo miró estirando la comisura de la boca—. Ya me enteré cómo fue tu interrogatorio, Alan. Deberías saber que ese hombre es un cretino integral.

—Gracias, siempre es bueno saber tu opinión profesional —dijo, esbozando media sonrisa.

—Y por lo que sé, el juez no va a tener en cuenta la grave acusación que lanzó contra ti.

El detective respiró aliviado y lo miró.

—Erik, tengo que hablar contigo. A solas.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

Le hizo una señal para que lo siguiese a la terraza de los juzgados, y miró a sus compañeros, haciéndoles un gesto para que le esperaran. Ellos asintieron y le hicieron una señal. El detective caminó junto al chico hasta aquel enorme balcón, donde un sol radiante les recibió. Alan contempló la ciudad, y comenzó a hablar:

—Sé que conoces la relación entre los Somoza Arvelo y Elena. Presenciaste su asesinato, y estoy seguro de que todo salió a la luz en ese momento. ¿Por qué no me

dijiste que ella era su nieta?

El joven lo miró con los ojos abiertos, quedándose sin color al instante.

—¿Cómo lo...?, ¿quién te lo dijo?

—Una buena amiga.

El chico guardó silencio.

—No podía decir nada, lo siento, se lo prometí a Elena. Y aunque ya no esté, he de cumplir mi palabra. —Lo miró, suspirando—. Por eso se quedó traspuesta aquella vez, no fue por ver el crimen, sino porque nos enteramos de que su madre había muerto en el parto porque sus abuelos se negaron a llevarla a un hospital para no desatar los rumores.

Alan abrió la boca, atónito. Otra incógnita acababa de resolverse en el *puzzle*. La muerte de Amelia acababa de salir a la luz, con todo su horror. La imagen de la foto escolar le vino a la cabeza, y se sintió inmensamente triste por el fatal destino de aquella joven que empezaba a dar sus primeros pasos en el mundo de la mano de un hombre que amaba y con un bebé en camino. Los habían matado a los tres. Toda esa espiral de locura, muerte y sangre se acababa de revelar.

El detective miró al suelo con rabia. Tantas muertes, tanto sufrimiento, por algo sin sentido. Simplemente por el odio más puro y simple. La maldad en toda su extensión. El mal, simplemente por el placer de hacer el mal. Por eso Elena lo había mirado de esa forma cuando nombraron los asesinatos. No quería que él lo supiese, por miedo a su reacción. Miró al joven bombero con expresión de agradecimiento. Había mantenido la promesa que le hizo. Ese rubio alocado y con un sentido del humor más que cuestionable era más noble de lo que pensaba.

—Gracias por mantener tu palabra, Erik.

—Lo hice por ella.

—Lo sé, y te lo agradezco en su nombre.

El chico le miró unos segundos y bajó la vista.

—Siento que la perdieras, Alan. Ya sé que todo el mundo te lo ha dicho ya, y que a estas alturas debes estar más que harto de oír que todo el mundo te dé el pésame, pero tenía que decírtelo. —Lo miró con tristeza—. Y puedes estar seguro de que ella te quería con toda su alma. Cuando estábamos en los laboratorios, pensaba ir a buscarte ella sola, sin importarle si sobreviviría o no. Estaba dispuesta a dar su vida por ti, a darla de verdad, como finalmente hizo. Y eso solo lo puede hacer quien ama profundamente. Y ese tipo de amor solo sucede una vez en la vida.

Algo se quebró en el alma del detective al oír en voz alta sus propios pensamientos, en boca de ese chico.

—Lo sé, Erik, lo sé.

Se quedaron sin decir palabra varios minutos, contemplando la ciudad, observando el desenfundado trasiego de las calles adyacentes, abarrotadas de personas con sus

ajetreadas vidas y emociones. Al fin, Erik alzó la vista hacia él.

—¿Puedo preguntarte algo?, ¿por qué me pediste a mí que la acompañara cuando salimos de los laboratorios, y no a tus compañeros?

—Porque eras el único a quién podía pedirselo. El único que no vendría a buscarme —Suspiró—. Sé que estabas enamorándote de Elena. Si yo desaparecía, tú tendrías alguna oportunidad con ella, y justo por eso no dejarías que viniese a por mí.

Erik lo miró, sorprendido, y musitó, en voz baja:

—Siempre me he preguntado qué habría pasado si hubiese conocido a Elena antes que tú, o si ella no hubiese vuelto a por ti a los pasadizos, y tú...

—Si yo hubiese muerto allí dentro.

El chico compuso un gesto de disculpa, y Alan descendió los hombros. Ya había pensado en eso varias veces, y sabía la respuesta.

—Ella se habría enamorado completamente de ti, Erik, estoy seguro. Seguiría enamorada de mí, y siempre lo estaría, pero tú serías finalmente quien llenaría su corazón. —Suspiró—. Se habría enamorado de ti porque eres exactamente como yo. Por eso lo sé.

El chico esbozó una sonrisa triste y bajó la vista al suelo, y volvió a levantarla, con gesto travieso.

—Pero ¿qué dices? Yo soy infinitamente más simpático que tú, y lo sabes —dijo, en tono de burla.

—Bueno, tu humor es bastante peculiar y... —lo miró divertido—, no me pareces simpático, eres más bien, un incordio constante.

Se quedaron mirándose y se rieron, por primera vez, como amigos. El chico estiró la comisura de la boca, y el detective lo imitó. Ya se había acabado todo. No más secretos, no más historias ocultas. Solo quedaba el punto final.

Un funcionario llamó a los asistentes que estaban en el pasillo a tomar asiento, y ellos se encaminaron hacia allí. Todos se giraron hacia Alan con disimulo, pero al menos esa sería la última vez que tuviese que sufrirlas. Esperaba salir pronto de allí, quizá podría tomar un café con Lya antes de que su vuelo saliese.

A quello empezó. Pasaron horas en las que las supervivientes describieron con horror todos los experimentos a los que fueron sometidas hasta que Erik se presentó para testificar. Comenzó enumerando las distintas pruebas de las que fue objeto, y cómo Elena le ayudó a escapar de allí. Insistió en la relación entre Corso y la farmacéutica, a mencionar cómo le habían dado una paliza por interesarse en el caso, y en los siniestros negocios existentes entre los Somoza Arvelo y los laboratorios. El letrado que había interrogado a Alan encendió su micrófono de mesa con una sonrisa soberbia en el rostro, manejando varios folios y fotos.

—Señor Velasco, usted estuvo con Alan Wood y Elena Celaya en los pasadizos

¿verdad?

—Exacto.

—Y usted fue testigo también de cómo la joven volvía a buscar al señor Wood, si no me equivoco.

—Sí.

—Verá, es bastante difícil de creer que un joven con su constitución deje escapar a una joven menuda como Elena Celaya.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada. El señor Wood y usted se conocían de antes, si no me equivoco. Lo digo porque su nombre aparece en el informe que se registró tras la explosión del coche del señor Wood en el bosque.

—Sí, así es. Yo fui uno de los que firmó el informe.

—Es interesante que casualmente se encontrasen los dos en los pasadizos otra vez. El azar es demasiado caprichoso, ¿no le parece?

—No sé qué conexión intenta crear, pero está equivocado.

—No, no lo creo. Pienso —enfaticó esa última palabra— que el señor Wood y usted lo tenían todo planeado desde el principio, porque, según se ha desprendido del resto de declaraciones, en ambas situaciones Elena Celaya se quedó a solas con usted y con Alan Wood antes y después de entrar en el edificio. ¿Cómo lo hicieron, señor Velasco, lo pactaron cuando se conocieron?

—¿Qué la dejé escapar?, ¿eso es lo que insinúa? —El joven se carcajeó, ante el estupor de los asistentes—. Elena me encadenó a un tronco con unas esposas que consiguió, vaya usted a saber dónde, y salió corriendo a buscarlo. Sí, como lo oye, me dejó atado a un maldito árbol.

El abogado parpadeó, sin saber cómo reaccionar, y Alan se quedó desconcertado. Elena nunca dejaría de sorprenderlo.

Pudo escuchar los primeros murmullos mientras el letrado se dirigía al joven otra vez.

—Pero...

—Puede preguntarle a la policía, o a los de medio ambiente, si quiere, porque estuve más de dos horas para que me sacaran de allí. Pregúnteles a ellos, si quiere.

—Lo haré, no le quepa duda. —El abogado apretó la mandíbula. La jugada le había salido mal—. ¿Cómo describiría la relación entre Alan Wood y Elena Celaya?

—Básicamente eran dos tarados masoquistas sin ningún sentido de la supervivencia cuando se trataba de protegerse el uno al otro. Así que yo no diría que era una relación sana, en términos estrictos, pero sí buena.

El abogado lo miró con desdén.

—Pero él terminó entregándola a la farmacéutica —dijo—. No sé si eso es tener una buena relación.

El juez llamó la atención al letrado, que hizo caso omiso, mientras los murmullos se convirtieron en conversaciones a media voz que se escuchaban por toda la sala.

—Creo que debería ver las cicatrices de disparos y puñaladas que se hizo ese hombre tratando de protegerla, antes de hablar.

—Eso no prueba nada.

—¿Que no prueba nada? —El chico bufó, furioso—. Prueba que un solo hombre tuvo más coraje que cientos de familias de este valle que no movieron un solo dedo para salvar a sus propias hijas de esos psicópatas. Prueba que, si no fuera porque él y Elena decidieron enfrentarse a ellos, aún estaríamos lamentando más muertes.

—No es eso lo que estamos debatiendo.

—Y ¿qué estamos debatiendo entonces en este juicio? —Resopló y continuó con su discurso—: Usted está intentando implicar al detective en la entrega de Elena a los laboratorios. Sin embargo, si fuera así, tendría que juzgar a todo el maldito valle, porque todos, absolutamente todos, con nuestro silencio, la entregamos a la farmacéutica. Era de conocimiento general que la perseguían y nadie hizo nada. Todos sabían que la estaban cercando, que estaban contratando gente para encontrarla, y nadie alzó la voz para defenderla. Mataron a su padre e incluso ahí nadie hizo lo más mínimo. Creo que deberían mirarse en un espejo antes de hablar.

La sala enmudeció. El chico siguió hablando, completamente embaldado.

—Pero...

—Pero nada —le cortó—. Tuvo que llegar este hombre para decirnos «Esto no puede seguir así, hay que detenerlos», para que tomáramos cartas en el asunto. Y gracias a él, Elena pudo hacer algo aparte de escapar, y fue ayudarnos a todos a despertar de esta pesadilla.

Tras decir esto, el joven abandonó su butaca, sin esperar a que le diesen permiso. Alan lo miró agradecido, haciéndole un gesto con la cabeza. Los gritos contra la farmacéutica fueron subiendo de tono paulatinamente. Alan pudo escuchar cómo las descalificaciones hacia él se fueron transformando en palabras de apoyo que, a estas alturas, le sonaban huecas. El detective miró a sus amigos, que le hicieron un gesto con los hombros. Solo querían volver a casa y que aquello acabase de una vez. Entonces los murmullos subieron de tono y los asistentes se pusieron de pie, creándose un revuelo a su alrededor. Josh se giró hacia una periodista y le preguntó qué ocurría.

—Se ha acabado. Solo quedan las declaraciones de los últimos testigos protegidos, y lo harán a puerta cerrada, así que tenemos que desalojar.

—¿Ha terminado? —preguntó Ethan.

—Sí. —La chica sonrió—. Ya está, os podéis ir a casa, todo ha terminado.

«Todo ha terminado. Por fin», pensó Alan, sintiendo que el yugo que le aprisionaba acababa de desaparecer.

Fueron abandonando la estancia, junto con resto de testigos, periodistas y asistentes, y se quedaron fuera, esperando en el pasillo, junto a una treintena de personas más que esperaban impacientes el veredicto. Las conversaciones se volvieron más animadas, y la tensión de los días anteriores en los pasillos se estaba esfumando, poco a poco. Erik se acercó hasta ellos para despedirse. Alan lo miró y le estrechó la mano.

—Gracias por lo de antes.

—No hay de qué. No he dicho otra cosa que la verdad. Ese abogado, y todos los que estaban en aquella sala se merecían una llamada de atención, Alan. Es injusto cómo te han tratado.

—Gracias, de todas formas.

—No hay de qué. Y, bien, ¿qué vais a hacer ahora?

—Ethan y Rocco vuelven al hotel para hacer las maletas e ir al aeropuerto. Josh se queda aquí con Elba y yo... quizá vaya al aeropuerto también. Lya debe estar aún allí, quizá pueda verla antes de que embarque. Tengo un billete abierto, así que puedo tomar un vuelo antes para Londres y vernos en el aeropuerto.

—O cambiarlo y pasar unos días con ella —susurró Josh.

Se giró hacia sus amigos, que le sonreían. No había sido tan discreto como él creía.

—¿Desde cuándo sois tan cotillas? —preguntó Alan.

—Desde que nos das motivos para ello —dijo Josh, y todos estallaron en carcajadas mientras el detective los contemplaba con expresión de escarnio—. ¿Creíste que no nos íbamos a dar cuenta? Desde que llegó esa chica, apenas te vemos y has vuelto a sonreír. Eso, sin mencionar que estábamos todos sentados en los sofás del *hall* del hotel cuando llegaste con ella anoche y os abalanzasteis uno sobre el otro mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Meneó la cabeza, riéndose, y vio a Elba acercarse por un extremo del pasillo, y el policía la contempló como si estuviera admirando el cosmos entero.

«Cuánta razón tenía Manuela», pensó el detective.

La chica llegó hasta ellos y saludó con un leve toque en el brazo a su hermano, y miró a los demás.

—¿Ya se ha acabado todo?

—Eso parece —contestó Josh—. Bueno, nosotros estaremos en el hotel hasta mañana por si alguien nos necesita. Os enviaremos un mensaje con el veredicto, si os vais antes de que lo comuniquen.

—Gracias, y pasadlo bien —dijeron, casi al unísono.

La pareja se despidió de ellos y abandonaron los juzgados, con las manos enlazadas. Los demás se acercaron al detective, despidiéndose también.

—¿Qué vas a hacer al final, Alan?

—No lo sé. Me gustaría escuchar el veredicto, pero no sé si ir hasta el aeropuerto y

llamar después a Josh. —Resopló—. No sé... No sé qué hacer, la verdad.

—Bueno, decidas lo que decidas, llámanos si necesitas algo —le dijo Ethan, sacándose una memoria extraíble del bolsillo, y tendiéndosela.

—Ayer por la tarde Rocco y yo subimos a Sandara para hacer las fotos a la bóveda que pintó Elena. Sigue estando todo igual. Cerramos la entrada cuando nos fuimos, así que seguirá oculta hasta que estés preparado y quieras volver.

—Creí que ayer estabais haciendo turismo con las chicas.

—No, al final cambiamos de idea —dijo Rocco—. Pensamos darte una sorpresa, al ver cómo estabas. Las hemos puesto todas aquí —le señaló el dispositivo—, por si quieres verlas. Ya las hemos enviado a un estudio fotográfico, y harán ampliaciones, así que no te preocupes. Cuando llegues a Londres podrás pasarte por allí a recogerlas.

—Te enviaré la dirección a tu móvil —concluyó Ethan.

Alan los miró emocionado y agradecido. Miró el dispositivo y lo guardó en el bolsillo. Ahora la tendría un poco más cerca, allá donde estuviese. Ethan le sonrió y le hizo un gesto a Rocco y a Erik.

—Así que te vas a Florencia, ¿eh? Primero a España y ahora se nos va a Italia.

—Aún no lo he decidido —dijo, con expresión de fastidio.

Sus amigos sofocaron una carcajada mientras el detective los miraba con gesto de divertido hartazgo. Se despidieron, acordando verse pronto. Vio cómo los tres se alejaban por el pasillo mientras él seguía dudando qué hacer. En Londres solo le esperaba un piscinón vacío lleno de recuerdos. Su maleta estaba preparada, tenía un billete abierto y Lya le había invitado a pasar unos días con ella.

«Pasado o futuro, tú decides».

Resopló, nervioso, sin decidirse. Un nuevo camino se abría a su paso, si se atrevía a avanzar por él. Avanzar. Esa era la palabra. Miró hacia las puertas de la sala y suspiró. Necesitaba escuchar el veredicto, sobre todo él. Se había dejado tanto en ese caso que necesitaba poner un punto final a todo aquello, y pensó en la italiana. Lo justo era que lo escuchasen juntos. Ellos eran los que habían empezado a tirar del hilo, con ayuda de Elena. Sin ellos jamás se habría resuelto nada, y todo seguiría igual. Y entonces lo vio claro.

Debía escuchar el veredicto, pero la cuestión, lo importante, no era dónde. Era con quién tenía que escuchar el resultado de todo por lo que habían luchado Elena, Lya y él. Esa era la respuesta. Escuchar el veredicto, pero con Lya a su lado. Pasado y futuro unidos.

Debía ir corriendo hacia el aeropuerto. Josh iba a ir al juzgado a escucharlo, junto a Elba. Podría conectar el altavoz para que ambos lo escuchasen. Pero juntos, y en Florencia. Ese era el camino trazado. Eso es lo que debía hacer. Se apoyó en la pared y miró su móvil, que empezó a vibrar en ese momento, con el sonriente rostro de la joven

llenando la pantalla, y sintió que estaba dentro del orden de las cosas.

—Hola, Lya.

—Hola, Alan. ¿Ya se ha terminado?

—Quedan los últimos testigos, pero no se nos permite entrar. ¿Aún no ha salido tu vuelo?

—Sí, sale ahora, estoy próxima a embarcar.

—Vaya, pensaba ir al aeropuerto ahora mismo para verte.

—No, tranquilo, no hace falta. —Inspiró, nerviosa—. Alan...

El detective frunció el ceño. Intuía, por su tono, que ocurría algo, así que no se anduvo por las ramas y le preguntó directamente.

—Lya, ¿estás bien?, ¿te están... te están siguiendo?, ¿estás en peligro? —preguntó, con los nervios empezando a crispase.

—No, tranquilo, estoy bien. —Resopló—. Me acompañan dos policías, además. Siento llamarte así, con tanta urgencia, pero es que me acaban de decir algo y no podía esperar para decírtelo, es importante, y es... es grave, Alan, muy grave.

—¿Qué ocurre?

—Anoche, mientras cenábamos, mencionaste que estabas reclamando el cuerpo de Elena desde hacía meses para poder enterrarla...

El inglés se empezó a quebrar ante la angustia que estaba percibiendo en su amiga. Aquello era malo, muy malo. La angustia en la voz de la chica estaba empezando a dejarle sin respiración. ¿Qué podía ser tan grave como para alarmarla de ese modo?

—Lya, ¿qué...?

—Cielo santo, no sé ni cómo... —Resopló—. Creo que será mejor que se lo diga a Josh, él te conoce mejor y sabrá cómo decírtelo. ¿Está él contigo ahora? Pónmelo, se lo diré a él, o..., espera. Cogeré un taxi hasta los juzgados y te lo diré yo misma.

Alan se pasó la mano por el pelo, dejándola en la nuca. ¿Qué había descubierto?

—Josh no está. ¿Qué cuernos pasa para que no me lo puedas decir por teléfono, Lya?

—Es... es sobre el cuerpo de Elena.

—¡¿Qué?!

La bola en el pecho empezó a hacerse más y más grande, hasta dejarlo sin aire. Notaba cómo iba a explotar de un momento a otro.

—Cuando te fuiste de mi habitación, me quedé pensando en el porqué de la negativa tan contundente que te daban en el instituto forense, así que esta mañana hice unas llamadas a unos contactos que tengo para que indagaran un poco, y saber por qué no te daban más explicaciones.

—Porque hay más centros interesados en ella, y ahora debo emprender un litigio legal, y... —Se detuvo—. Es falso, ¿verdad? No hay centros de investigaciones neurológicas interesados en sus restos.

—Sí, sí que los hay, y decenas de ellos. Pero no va a haber un litigio de ningún tipo porque... su cuerpo no está allí, Alan. No está. Elena no está donde te dijeron que estaba. El número de referencia del nicho que te dieron está vacío, y lleva años así. Y no solo eso. No consta el ingreso del cadáver de Elena el día de su fallecimiento ni ningún otro. Mis contactos han rastreado todos los ingresos de todos los institutos forenses del país y ella no aparece. Ni siquiera consta como fallecida, ni como Elena Celaya ni como Elena Somoza. Nada. Cero.

—Pero si yo la vi...

—La viste herida y siendo trasladada, pero jamás te dejaron ver el cadáver.

—Pero las fotos que mostraron en el juicio...

—¿Las fotos eran del interior de los laboratorios?

—Sí, cuando la estaban reanimando.

Su amiga inspiró con fuerza.

—Alan, ¿estás seguro de que los médicos que estaban allí eran médicos de verdad, o...?

A quello no podía estar pasando, y tuvo que apoyarse en la pared, mareado. Lya siguió hablando, pero el móvil del detective ya había caído al suelo, mientras su mente funcionaba a plena potencia recordando y conectando datos. Datos que se le habían pasado por alto. Davies había mencionado la posibilidad de mantener a Elena viva de forma artificial para seguir haciendo pruebas con ella. La farmacéutica contaba con médicos propios, y contactos en diferentes administraciones, así que... Exhaló, angustiado, como nunca lo había estado.

Lo tenían todo planeado desde el principio. La policía los estaba acorralando y trazaron un plan B sobre la marcha. Tenían otra sede, un helipuerto oculto y a... Elena. Jamás volverían a tenerla en sus manos otra vez, era ese momento o ningún otro. Davies le disparó, sus médicos entraron, llevándosela, haciendo que la trasladaran a otro lugar. Sus contactos les ayudarían a dar carpetazo al asunto y ya está. Por eso aquella mujer del instituto forense apenas le había dado información cuando él había insistido por recuperar el cuerpo de Elena. Ella también estaba implicada, era otra cómplice de la farmacéutica.

«Están en todas partes», le había dicho Elena.

Eso significaba que el blanco de aquella bala no había sido él, sino Elena. Ella era el objetivo de aquel proyectil desde el principio. El plan prioritario era capturarla, ya fuera viva o muerta. Davies no le había disparado a él, sino a ella. Y no solo eso, habían intentado culparle durante el juicio de entregarla, en un intento desesperado por meterlo en prisión, para que no pudiese ir a buscarla.

Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta, cómo podía haber estado tan ciego. El disparo, la muerte, la ambulancia, el juicio... Todo había sido una distracción para que

creyesen que estaba muerta. Pero no lo estaba, y llevaban todos estos meses experimentando con ella, haciéndole todo tipo de atrocidades mientras él estaba guardando duelo. Sintió que iba a caerse al suelo, mientras sus pulmones intentaban capturar algo de oxígeno, sin conseguirlo. Se puso la mano en el pecho, que había empezado a dolerle de una forma terrible, y cerró los ojos para intentar calmarse, pero fue imposible, el dolor era espantoso. Varios asistentes que aún no se habían ido se acercaron hasta él alarmados al verlo doblado sobre sí mismo, con una mano en el pecho.

—Joven, ¿se encuentra bien? —Oyó decir a una mujer.

Él no pudo responderle, porque en ese instante una bola de fuego le atravesó de lado a lado, casi partiéndolo por la mitad. Pensó en Elena, imaginándose los experimentos que estarían haciéndole en ese momento. La había dejado sola y desprotegida, otra vez. Ahora no tendrían piedad de ella, y todo por su culpa. Las imágenes de la sala de experimentación volvieron a torturarle, proyectando todo tipo de escenas de lo que podían haber estado haciéndole durante esos tres últimos meses, sin testigos, sin cámaras, sin policía cercándoles. Se encogió sobre sí mismo, boqueando. La tenaza en su pecho se volvió de acero, y solo sintió dolor.

—¡Una ambulancia!, ¡que alguien llame a una ambulancia!

—¡Un médico, necesitamos un médico!

Notó como algo le iba a explotar en el interior, la bola le aplastó el corazón y se lo apretó con fuerza, lanzándole descargas en todas direcciones. Recordó a su padre, que había fallecido de un infarto cuando tenía más o menos su edad, y la vista se nubló al notar que algo le aprisionaba con más fuerza cada vez. Entonces algo estalló dentro de su pecho, llenándolo todo de puntos blancos y rojos, y él se desplomó al suelo, con la oscuridad envolviéndole, cayendo en la inconsciencia.

Se despertó en una habitación de hospital, con paredes amarillas y una luz demasiado tenue que daba sensación de atardecer, sintiéndose cansado y soñoliento. Miró alrededor, y distinguió monitores y varios cables que le unían a ellos. Le habían puesto varias vías y una pantalla controlaba sus latidos. Entonces reparó en las dos figuras que estaban a su lado. Josh y Elba lo miraban preocupados, levantándose de sus butacas. Llevaban horas esperando sin separarse de su cama. Se quitó la mascarilla de oxígeno, dirigiéndose hacia ellos.

—¿Qué... qué ha pasado?

Josh se acercó a él y le apretó el brazo levemente.

—Has sufrido un infarto, Alan. Menos mal que la gente que estaba en los pasillos actuó rápidamente, y que había varios médicos aún allí por el juicio, porque si no... —No pudo continuar.

Elba se acercó y le cogió la mano, con la mirada llena de ansiedad.

—Nos asustamos mucho. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, la verdad. ¿Cuánto llevo aquí?

—Te dio el ataque casi a mediodía y ya empieza a anochecer.

—¿Ya es casi de noche? ¿Y el veredicto?

—Tranquilo. No volverán a ver la luz del sol, les han aplicado la máxima condena.

El detective se incorporó lentamente.

—Josh, Elba, tengo que decirles algo importante sobre Elena. No está muerta, aún está en manos de esos psicópatas. Debemos encontrarla o seguirán experimentando con ella hasta matarla. La mantienen cautiva aún, pero desconozco dónde, tengo que... —intentó incorporarse más, y se mareó— averiguarlo. Tengo que averiguarlo, debo salvarla.

La pareja se miró y luego miraron a Alan con tristeza. En ese momento sonó el móvil del policía. Descolgó y se acercó a él antes de irse.

—Estaremos justo enfrente, no te preocupes, volveremos enseguida. Avísanos si te encuentras mal —dijo, y salió junto a Elba fuera de la habitación.

Alan los observó en el pasillo. Hablaban nerviosos, mirándolo constantemente. Desconocía qué estaba ocurriendo allí. No lograba comprender por qué habían puesto esa cara cuando les contó lo de Elena. ¿Habría averiguado algo más? Ella estaba apresada por aquellos psiquiatras dementes, ¿no? Estaba viva, seguro. O podía que no. Quizá por eso Lya estaba tan angustiada cuando lo llamó. Algo empezó a oprimirle el pecho otra vez. Observó a Josh, que había colgado el teléfono, mirando hacia él, preocupado, y luego se giró hacia la chica. Alan escuchó con atención, pero solo pudo oír fragmentos.

—Avisa a un médico, hay que darle la noticia, y no sé si su corazón, tal como está, pueda resistir algo así.

—Pero, Josh... No creo que sea buena idea. —La chica miró hacia el interior de la habitación—. Mira cómo está, algo así podría acabar con él.

—Debemos decírselo. Aquí al menos hay médicos, y podrán controlar su reacción.

—Y ¿si esperamos a que se lo diga Lya? Dijo que, si no podíamos decírselo nosotros lo haría ella.

El detective se alarmó. Ahora sí que notaba la misma bola de acero apretándole el corazón otra vez. ¿Qué estaba ocurriendo? La sangre comenzó a agolparse en su pecho. Su amiga había mencionado que le llamaba en relación con el cuerpo de Elena. Entonces se dio cuenta. El cuerpo, no Elena. El cuerpo. En un principio creyó que se trataba solo de que el cuerpo estuviese o no en el depósito, pero, ¿y si había algo más que no pudo decirle porque le dio el infarto?

La imagen del cadáver del sepulturero aun ardiendo le cruzó por la cabeza, la fosa de los cadáveres, y después visualizó las horribles trampas del bosque. ¿Era eso a lo que se refería Lya? ¿La habían torturado hasta la muerte? Un inmenso silencio se hizo en su cabeza y sintió que se caía al abismo, mientras recordaba las imágenes de la sala de experimentación, con ella tumbada en la camilla con una hemorragia e indispuesta,

enganchada a un sinfín de tubos.

Quizá habían hallado su cuerpo en tan mal estado que la identificación era imposible, y por eso no habían podido certificar su fallecimiento. Quizá fuera eso. Recordó el sueño de la fosa de los cadáveres del bosque, e imaginó el cuerpo de la mujer que amaba cubierto de hojas y tierra, con la lluvia cayéndole encima, amontonado con el resto de los cadáveres de los investigadores y cazadores, y su corazón se quebró. El monitor que marcaba su ritmo cardíaco empezó a emitir un intenso pitido. Elba entró en la habitación corriendo, intentando tranquilizarlo, mientras Josh gesticulaba en el pasillo hacia un grupo de enfermeros para que acudieran enseguida.

—Cálmate, por favor. Tu corazón...

El policía lo miró alarmado, mientras Elba lloraba con el agudo sonido de los monitores de fondo y dos médicos entraban en la habitación. Josh miró hacia ellos, desesperado, leyendo en sus miradas la angustia que sufrían en ese momento. Alan estaba sufriendo un segundo infarto con pocas horas de diferencia. Pocos sobrevivían a eso. El policía empezó a sollozar, desesperado. Su amigo se estaba muriendo.

Mientras, en la mente de Alan, el cadáver del sepulturero ardiendo y las trampas del bosque comenzaron a atormentarle, e imaginó cómo tuvo que ser la muerte de su chica a mano de esos sádicos y cuánto sufriría antes de expirar, y un agujonazo de dolor le traspasó. Entreabrió los ojos y vio a un sanitario corriendo hacia él, inyectándole algo en su brazo. Escuchó la voz de su amigo de fondo:

—Por favor, Alan, resiste, amigo. Resiste.

Cayó en un profundo sopor y una inmensa oscuridad se cernió sobre él. Ojalá no sobreviviese y no despertase nunca. Solo quería reunirse con Elena, para verla y decirle una vez más que la quería. Solo eso. Solo quería eso.

El sueño apareció tiempo después. O quizá no era un sueño. Elena y él caminaban a través de un sendero del bosque de Sandara, cogidos de la mano. La miró, percibiendo que estaba cambiada. Su afilada mirada se había dulcificado, al igual que los rasgos de su rostro, que eran más redondeados y suaves. Miró hacia arriba. La luz se filtraba entre las hojas, y se respiraba una calma absoluta, tan solo el ruido de sus pasos y el sonido del viento rozando los árboles los acompañaban en ese momento. La rodeó con un brazo y la atrajo hacia él, aspirando el aroma de su cabello. No había olvidado ni un solo detalle de esa chica del bosque, recordaba perfectamente su rostro, su olor, su tacto. Todo. Recordaba cada uno de los matices de aquella joven que lo había embrujado por completo. Se detuvieron en un claro y empezaron a avanzar por el sendero, hasta llegar a una zona rocosa, y se pararon, sentándose en una explanada que hacía de mirador natural que daba al valle. Se sentó junto a ella y estuvieron así, apoyados el uno en el otro, contemplando el atardecer. Elena se deslizó y apoyó la cabeza en las piernas del detective, que le acarició el rostro con suavidad, y entrelazaron sus dedos mientras

admiraban la puesta de sol.

—Te he echado de menos, Alan.

—Y yo a ti. —Suspiró—. No puedes hacerte una idea de lo difícil y duro que ha sido.

—Me lo imagino. —Le tomó la mano—. Pero ya estoy aquí, contigo.

Él se inclinó sobre ella y la besó, mientras los últimos rayos coloreaban el cielo de un rojo intenso.

—Y aquí estaremos para toda la eternidad.

—¿Qué? —Ella se apartó de él y miró alrededor—. No, Alan, no estás... muerto.

Él la miró otra vez, encajando las piezas, y volvió a observar el refugio, confundido. Si él no estaba muerto, ¿qué hacía allí? Elena lo miró con expresión triste y unió sus manos otra vez. Entonces lo comprendió. Le había enviado ese sueño para despedirse de él. Bajó la cabeza, sintiendo cómo su corazón volvía a romperse en mil pedazos. Aquello era la despedida final. Elena había creado un sueño antes de morir para despedirse de él, y después, se iría para siempre. No volvería a soñar con ella. Era su forma de ayudarlo a pasar página. Levantó la vista y le acarició la mejilla. Si era la última vez que la iba a ver, tenía que decírselo, aunque fuera en aquel sueño.

—Elena, sé que no me crees, pero necesito decirte que...

Ella le puso un dedo en los labios, y el detective enmudeció al instante.

—Lo sé, cariño, lo sé. También lo sabía cuando me dispararon. Sé que me quieres con todo tu corazón. —Él le retiró el dedo de los labios con suavidad, mientras ella continuaba hablando—: Antes de desplomarme, lo vi en tus ojos. Me quieres, profundamente, hasta el final. Me decías la verdad, nunca dejaste de quererme. —Lo miró y una lágrima cayó rodando por su mejilla—. Hizo falta que una bala me atravesase el pecho para darme cuenta de cuánto me querías.

Se quedaron mirándose, mientras las lágrimas de los dos se mezclaban en el suelo. Ella la besó, tomándole el rostro con las manos.

—Nunca fuiste un medio para llegar a un destino, Elena. Siempre fuiste el destino final de mi viaje.

Por fin se lo había dicho. Ella lo miró y se empezó a volatilar en el aire, con una leve sonrisa en el rostro. Alan intentó memorizar cada mínimo detalle de la chica, porque sabía que no volvería a visitarle en sueños nunca más. Ese era el sueño más bello que Elena le había regalado, y lo había hecho para despedirse.

La miró con dulzura, sabiendo que ella había dejado este mundo llena del amor más inmenso que él pudo darle. Ya podía dejarla ir en paz.

—Te esperaré al final del camino, mi amor.

La negrura lo envolvió, y sintió que volvía a respirar otra vez. Sabía que aún quedaba un largo camino por delante, y que la iba a echar de menos cada día.

Y se despertó.

Cuando abrió los ojos era de noche y la habitación entera estaba en penumbra. Se sentía desorientado, cansado y mareado tras aquel hermoso y triste sueño. Parpadeó para centrar la mirada y observó sus brazos. Le habían retirado todas las vías, tan solo quedaban las marcas de los pinchazos, y suspiró, con el recuerdo del sueño aún presente. Alargó el brazo para encender el interruptor de la mesa auxiliar, y notó una fría mano envolviendo la suya. No le hizo falta verla para saber quién era, reconocería la fría suavidad de esa piel aunque pasaran cien años.

Encendió la tenue luz y se miraron, tan impactados que apenas podían respirar. Alan se quedó en silencio, observándola, completamente perdido.

—¿Elena?

Ella rompió a llorar. Él miró hacia todas partes, sin entender qué estaba pasando, hasta que vio una enorme y rosada cicatriz en el escote de la joven. La marca de una bala. Inspiró, comprendiéndolo todo de golpe. Ella solo estaba herida cuando a él se lo llevaron, casi arrastrándolo, fuera de aquella sala. La salvaron, aquellos médicos consiguieron salvarla. Elena lo miró y empezó a hablar, entre lágrimas:

—Lo siento, pero no podía..., no podía descubrirme. Era testigo protegido, Alan, y mi testimonio era el más valioso, por eso los policías que estaban en los laboratorios decidieron ocultarme cuando lograron que me recuperara del disparo. No podían arriesgarse a que algún cómplice de la farmacéutica me asesinase antes de poder declarar —volvió a sollozar—, y he estado escondida desde entonces. Lo siento, Alan, lo siento.

Él se puso el puño en los labios, conteniendo las lágrimas, incapaz de decir nada mientras ella seguía hablando:

—Estaba hoy en el juzgado cuando sufriste el ataque. Acababa de declarar cuando de repente se oyó un estruendo fuera de la sala. Salí corriendo y te vi allí tumbado, mientras los médicos intentaban reanimarte. —Se detuvo, mirándolo afectada—. Tu corazón no respondía, y yo... yo... me estaba muriendo allí, contigo, sobre las baldosas de aquel pasillo —sollozó—. Perdóname, Alan, no sé, ni puedo imaginarme por lo que habrás pasado, pero...

—No, no puedes —interrumpió él, con la voz quebrada, y con un dolor en el pecho empezando a hacerse más y más grande—. No sabes lo que ha sido, ni todo por lo que he pasado creyendo que... que...

—Lo sé, Alan —balbuceó, entre lágrimas—, y lo siento.

—He querido morirme cada día, Elena. Cada maldito día sin ti ha sido un infierno. Y ahora, ahora...

—Lo sé, sé que ya es tarde para pedirte que me perdones, pero...

No pudo seguir porque él la besó, sintiendo que sus almas no podían pesar menos en ese momento, quedándose enlazados en un abrazo tan fuerte que apenas podían respirar. Se anudaron el uno en el otro con tanta fuerza que Alan sintió cómo los miles

de trozos de su destrozado corazón volvían a unirse, olvidando para siempre esos meses de soledad y tristeza. Los días oscuros y vacíos que lo habían estado ahogando fueron borrándose, uno tras otro, al igual que todas las lágrimas, las noches sin dormir, los días enteros sin salir de su dormitorio, y esa sensación constante de que su vida había acabado. Acarició la mejilla de la chica y besó cada lágrima que le caía por el rostro, y el oscuro agujero que tenía en su interior fue llenándose de luz, hasta desbordarlo.

—No te imaginas cuánto amor siento por ti, Elena. No puedes ni imaginártelo.

Se perdieron en un beso que sabía a reencuentro, a promesas cumplidas y a sincero y profundo afecto, con la sensación de ser dos almas que se encuentran tras haberse buscado durante miles de años. El detective exhaló de una vez toda la angustia que había estado a punto de acabar con él y todos los malos recuerdos, de un plumazo, se borraron.

Epílogo

Dos años después.

El sol se había despertado temprano la mañana de ese domingo. Sus rayos caían con suavidad sobre cada resquicio de la ciudad, llenando con su calor cada húmedo rincón que el rocío de la madrugada había dejado sobre el mobiliario urbano. Las pocas hojas que aún quedaban en los árboles goteaban lágrimas de cristal sobre las aceras y las calles. Las horas fueron avanzando hasta alcanzar el mediodía. La orilla del río rebosaba de gente que hacía pícnicos por todos los rincones, con el ruido del agua chocando contra las piedras como música de fondo. Apostados en una explanada, un grupo estaba reunido junto a una pequeña barbacoa. Un musculoso y tatuado hombre terminaba de sacar las últimas salchichas de la brasa y las colocaba en delicado equilibrio sobre un endeble plato de plástico.

—Trae, anda, que te ayudo.—Una joven rubia se acercó hasta él para socorrerle.

—Qué haría yo sin ti, Rebeca.

—Nada, Rocco, no podrías hacer nada porque necesitas ayuda hasta para encontrar los calcetines en tu propia cómoda.

—Y por eso me casé contigo. Porque sin ti estaría perdido.

Ella se rio y lo besó, con el plato de salchichas en medio de los dos.

—Anda, y todos pensábamos que te había intoxicado con alguna de sus comidas y amenazó con no llevarte al hospital hasta que le embutieses un anillo en el dedo. —Se carcajeó Erik, recibiendo una de las salchichas en plena cara como venganza.

Se escucharon varias risas y algún aplauso. Todos charlaban entre sí, contándose las últimas novedades y los detalles de alguna afición recién descubierta. En un lado del césped, un pequeño parque de juegos con varios peluches en su interior era ocupado por un inquieto niño, cuyas pequeñas manos se alzaban al aire.

—¡Papi!, ¡Papi!

Josh se acercó hasta allí y cogió al pequeño en brazos, que gorjeó entusiasmado. Le hizo cosquillas en el cuello y el bebé comenzó a reírse, lanzando varios chillidos. Elba se acercó hasta él y acarició los mofletes del pequeño con ternura. Él la rodeó con un brazo y la besó, mientras el niño jugaba con el pelo de su madre, intentando metérselo en la boca.

—Papi, papi, papi... —empezó a canturrear el pequeño.

Los dos le empezaron a hacer carantoñas mientras el pequeño se reía. Elba y Josh habían sido padres del pequeño Kyle hacía un año, y eran inmensamente felices desde que llegó a sus vidas. Juntos formaban una hermosa familia.

Ethan fue hasta ellos sonriendo y les hizo una foto con la cámara que se acababa de comprar. Se quedó mirando orgulloso la imagen, y después se las enseñó a los padres, que sonrieron al verla.

—Deberías dedicarte a la fotografía, de verdad —dijo Josh.

—Después del reportaje de bodas que me encargaron Rocco y Rebeca, créeme que lo descarto.

Los tres se rieron mirando a la pareja, que volvía a hacerse arrumacos junto a la parrilla. Rocco carraspeó y se dirigió al centro, alzando su vaso:

—Han sido tiempos difíciles para todos, lo sabemos, y llegó un momento en que de verdad creímos que no volveríamos a estar todos juntos, pero por fortuna, no fue así. Por eso me gustaría recordaros que al final, y cuando menos lo esperas, la luz siempre fulmina a la oscuridad, por muy densa que esta sea.

Todos brindaron, emocionados ante el precioso brindis.

Elena estaba ensimismada observando la emotiva normalidad de aquella escena, sentada sobre una cómoda manta, hasta que oyó su móvil sonar. Era Samuel.

—Hola, Sam. ¿Qué tal estás?

—Bien, muy bien. Ya terminando el tercer año de medicina, y de mudanza.

—¿Al fin habéis encontrado Daniela y tú un piso que os guste a los dos?

—Sí, ha costado bastante, pero lo hemos conseguido. Está cerca de su facultad, y de la mía. Pero, madre mía, menudo lío, no sabía en lo que me metía.

—¿Lo dices por el piso o por Daniela?

—Ja, ja, muy graciosa —dijo con sorna—. Aunque..., no sé qué decirte, la verdad. Quién me lo hubiese dicho, al final he terminado con una chica que estudia farmacia. Parece una broma cósmica, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí, pero, como en todo, hay excepciones. Y ella es... diferente. Única.

—Sí, diferente. Esa es la palabra que mejor define todo lo que nos ha pasado. Diferente. —Los dos sonrieron detrás de la línea, en silencio—. ¿Qué tal estás?

—Algo liada, paso casi todo el día sepultada entre los apuntes de enfermería y las prácticas. Alan ya me ha dicho que cualquier día se comprará una cacatúa para que le haga compañía y que terminará dejándome por ella. —Se rio, y su amigo la imitó—. Y bueno, en el hospital, ya sabes, por lo del pulmón.

A la joven aún le quedaban secuelas por el disparo que recibió. Uno de sus pulmones no funcionaba correctamente, y debían hacerle pruebas cierto tiempo.

—¿Cómo va todo?

—Bien, de momento no hay grandes complicaciones, solo evitar ciertos ambientes y vigilar que no empeore. Y, bueno, ya en la recta final. —Acarició su abultado vientre—. Ya queda poco para verla, y estoy subiéndome por las paredes. Tu madre se ha prestado

voluntaria para estar con nosotros al principio, para orientarnos un poco, porque no es tan fácil como me suponía.

—Sí, la verdad es que está como una loca con todo esto, y ya ha bordado como un millar de toallas y sábanas con el nombre del bebé.

Elena sonrió mientras se miraba la tripa. Maia había sido una sorpresa inesperada tras un viaje que hicieron Alan y ella a Escocia. La noticia les había dejado completamente descolocados, y apenas pudieron reaccionar hasta el tercer mes de embarazo, cuando escucharon por primera vez los latidos de su diminuto corazón. El detective se había girado hacia ella y la había besado, emocionado, ante aquella nueva vida que se abría paso.

—Sí, la verdad es que ha sido una locura. En unos meses volveremos al valle, nos han invitado a la cena anual, y nos apetece presentarles el bebé a las chicas.

—Por supuesto. Es precioso lo que hicisteis. Y... ¿qué tal en la nueva casa?

—Bien, la estamos terminando de arreglar, y la semana que viene ya nos instalaremos definitivamente allí. Tiene un jardín enorme, y allí la pequeña podrá jugar.

Los cuerpos de Jacobo Somoza y Margarita Arvelo habían sido hallados seis meses después del juicio contra la farmacéutica en una zona apartada del bosque, sepultados por la tierra. Al haberse realizado Elena las pruebas de ADN para el juicio, para dar por cierto su testimonio, se determinó que ella era la única heredera de la inmensa fortuna de la pareja. Estuvo a punto de renunciar, pero Alan la convenció para que la aceptara y que hiciera algo útil con ella. Así surgió la idea de donar la mansión para que el ayuntamiento crease un centro de rehabilitación y reunión para las chicas afectadas por los experimentos. Habían vendido absolutamente todo lo que contenía, y con ese dinero se habían comprado una casa en las afueras de Londres.

—Bueno, Elena, nos veremos pronto y hablaremos con más calma.

—De acuerdo. Dale un beso muy grande a Matilda de nuestra parte, y dile que la queremos mucho y que la echamos de menos cada día, como a ti. ¿Vendrás cuando nazca?

—Por supuesto, allí estaré, cuenta con ello.

—Adiós, Sam.

—Adiós, Elena.

Colgó y miró alrededor. En ese momento distinguió el coche de Alan por la carretera y sonrió. No venía solo. Se detuvo en la orilla de la vía, cerca de donde estaban ellos, y Elena pudo ver cómo se bajaron un hombre y una mujer. Era Lya, que se había vuelto a cambiar el color del pelo y ahora lucía una melena trigueña. Venía con su flamante marido, Marco. El detective y ella habían acudido hacía unos meses a Florencia para la romántica boda de su socia y amiga.

Lo observó descender la loma, buscándola. La localizó rápidamente y la saludó con la

mano. Ella le devolvió el saludo, sin poder levantarse. Mientras avanzaba hasta ella, se topó con el pequeño Kyle, que había estirado sus bracitos hacia él, y lo cogió en brazos. El bebé chilló enloquecido, y el detective empezó a charlar con Josh, mirándola de reojo. Elena suspiró.

Dentro de un mes sus vidas iban a cambiar por completo, y eso la asustaba y la emocionaba a partes iguales. Lo miró, completamente segura de que iba a ser el mejor padre del mundo. Eso le hizo pensar en su padre y se entristeció. Su muerte le seguía doliendo como el primer día. Sabía que podía borrarla, pero no quería hacerlo. Tenía que recordar, solo así permanecería siempre alerta.

En ese momento las miradas del detective y de ella se cruzaron, y él le sonrió. Ese simple gesto conseguía calmarla siempre, era como una medicina. Ella le devolvió una sonrisa que no terminó de salirle todo lo despreocupada que pretendía y él torció ligeramente el gesto.

«Se me olvida a menudo que me conoce mejor de lo que creo».

Erik se acercó hasta ella, con un plato donde había recopilado un sinfín de dulces y chucherías, y lo puso frente a ella, que sonrió entusiasmada. El joven se sentó detrás y la obligó a acostarse usándolo a él como sillón. Alan los miró y siguió conversando con Josh. El chico se aproximó a su rostro, apartándole una pestaña imaginaria de la mejilla, muy despacio, y la rodeó por los hombros.

—Estás preciosa, chica del bosque.

—Eres un mentiroso terrible.

—Es la verdad. Además —la miró con una sonrisa traviesa—, sabes que mi oferta sigue en pie. No me importaría criar al bebé del guaperas como propio, ya lo sabes. Siempre y cuando tú fueras mi mujer.

Ella negó con la cabeza, riéndose.

—Eres un incordio, Erik.

—Solo pongo a prueba tu paciencia, eso es todo. —Y se rio.

—Un día me hartarás de verdad, te meteré en un bidón y te dejaré a la deriva en medio del océano.

—Es un riesgo que tengo asumido cada vez que me acerco a ti, y que seguiré asumiendo por muchos años, espero. Bueno, me voy con Rocco y Rebeca un rato, que parece que están demasiado acaramelados.

Miró a la pareja y se despidió de Elena con un beso en la mejilla. Ella le hizo un gesto con la mano y el chico se fue, cruzándose con Alan en el camino, que lo saludó con afecto. Se habían hecho muy buenos amigos. El detective llegó junto a ella, con expresión tranquila, y la besó, sentándose a su lado.

—¿Qué tal todo?

—Bien, lleva dando patadas toda la mañana. —Puso su mano en su vientre, y el bebé

empezó a descargar golpes—. ¿Las notas?

—Sí, sí que las siento. Vaya, sí que son fuertes. —La miró emocionado, y después miró el plato de chucherías—. Ya veo que Erik intenta conquistarte por el estómago.

—Y lo está consiguiendo —dijo, cogiendo varias golosinas en la mano—, pero en el sentido inverso. A este paso, terminaré casándome con una bolsa de nubes de azúcar.

Alan se rio y entrelazó sus dedos con los de ella, observando la alianza de la esmeralda rodeada de brillantes que tenía ella en el anular.

—Pues siento decirte que no puedes hacerlo, ya estás casada conmigo. Siento recordárselo, señora Wood, pero es así.

—¿De verdad? Vaya, qué fastidio.

—Puedo enseñarte varios vídeos de la boda para demostrártelo, y también de la luna de miel. —Recorrió su mandíbula con los labios—. Esos son mis preferidos. —Ella se sonrojó—. Aunque aún sigo sin entender por qué le pediste a Erik que fuera nuestro padrino. La verdad es que pensaba pedírselo a Samuel.

—¿Qué? —Se giró hacia él—. Yo no se lo pedí, me dijo que tú se lo habías pedido. Me extrañó, pero creí que tú...

Él parpadeó y resopló, negando con la cabeza. Ella lo miró, confusa, comprendiendo el engaño, y se rieron, mirando hacia el chico. Alan lo miró, estirando la comisura de la boca. Sí que se lo había pedido, y él no había podido negarse a que llevase a Elena hasta el altar. Se lo debía. Miró a su mujer, sintiendo que nadie podía ser más feliz que él en ese instante. Ella rodeó el cuello de su marido con los brazos y lo besó con ternura. Se separaron levemente, recordando aquella noche.

Durante la boda de Rocco y Rebeca, Erik, bastante achispado por la bebida, había tomado el micrófono y había sacado a Elena al centro de la pista, obligándola a jurar ante los casi cien invitados que si dentro de diez años los dos estaban solteros, se casarían. Ella había terminado aceptando, abochornada, tras unos intensos minutos de tira y afloja en los que el joven incluso se había puesto de rodillas frente a ella cantándole una canción en la que desafinó en cada nota simplemente para avergonzarla. Toda la sala terminó irrumpiendo en aplausos cuando ella aceptó.

«Está bien, maldito cretino. Lo juro».

«Bueno, realmente no hace falta que esperemos diez años. Puedes refugiarte en mis brazos en cuanto te aburras del guaperas ese que tienes por novio. Tienes que saber que soy tu segunda opción, y que voy a ser el padre de tus diez hijos», había dicho ante todo el mundo, totalmente convencido.

Cuando al fin ella pudo volver a su mesa, alisándose el vestido para calmarse después de aquella escena, Alan le había sonreído brevemente y había permanecido en silencio gran parte de la noche. Ni siquiera se molestó cuando Erik se acercó y la sacó a bailar junto a los demás el vals nupcial, ofreciéndole el ramo de novia que le había quitado a

Rebeca antes de que ella pudiera lanzarlo al resto de invitados. El detective lo había mirado, sin decirle nada. Parecía tener la cabeza en otra parte. Se retiraron poco después, tras despedirse de los novios, y pusieron rumbo al hotel en el que se alojaban, haciendo casi todo el trayecto sin cruzar palabra.

Ella supuso que tras lo de Diana ese tema estaba zanjado y que su simple mención le había recordado a su mujer. Era un asunto delicado, y había que tocarlo con mucho cuidado. Miró hacia abajo, frunciendo el ceño y se enfrascó en intentar calmar los nervios con la vaporosa tela del vestido, estrujándola entre sus dedos. Desistió tras varios minutos, y observó el exterior a través del cristal. La luna llena iluminaba toda la línea de costa, y una larga playa de arena blanca era visible desde la carretera. Quizá un paseo por la orilla mientras hablaban con calma podría arreglar aquella extraña situación. Iba a proponérselo cuando él frenó el coche en seco, haciendo que los neumáticos chirriaran. Elena se impulsó hacia delante, pensando que quizá se tratase de algún animal que se había cruzado, pero allí no había nada. Se giró hacia él, trastocada, sin entender qué ocurría, y vio que Alan aparcaba a un lado de la vía, apagaba el motor, sacaba la llave y daba unos toquecitos con ellas al volante, pensativo.

— Acompáñame a la orilla de esa playa, me apetece dar un paseo.

— ¿Un paseo..., ahora?

— Por favor.

Salieron del vehículo y se dirigieron a la costa. La cálida brisa nocturna jugueteó con el pelo de la chica, que se quitó los tacones y él la corbata, desabrochándose los primeros botones de la camisa. Estuvieron andando en silencio, con la arena bajo los pies, escuchando los sonidos de las olas rompiendo en la orilla y el suave murmullo del mar como único acompañamiento, mojándose los pies con la marea que iba subiendo, hasta que él se detuvo y se sentó en la arena, invitándola a hacer lo mismo, y rompió el silencio.

— Tienes demasiados nombres, Elena.

— ¿Qué?

— Cuando te conocí, eras Elena Celaya, luego Elena Somoza y finalmente Elen Ahsan.

Ella inspiró. No entendía a qué venía eso. El asunto de los apellidos siempre la entristecía, y él lo sabía, así que no entendía por qué lo había mencionado. Era un golpe bajo. Sentía que le habían arrebatado los únicos que sentía como propios, para llevar los de una familia desconocida y los de unos criminales que habían dejado morir a su madre. Más de una vez había tenido complicaciones a la hora de rellenar documentación, porque seguía escribiendo Celaya Alonso, en vez de Ahsan Somoza. Era frustrante, y la hacía sentir que aún no tenía un lugar en el mundo.

Había adoptado el apellido de su padre cuando consiguió contactar con su familia en Oriente. Al parecer, llevaban años buscándola, pero los mismos que habían encubierto la

desaparición y muerte de su padre fueron los mismos que les dijeron que el bebé, ella, había muerto al nacer, y habían dejado de intentar encontrarla. Ya habían intercambiado varias fotografías, y al parecer tenía una extensa familia. Más que extensa, en realidad, y pronto conocería a sus abuelos y sus tíos.

Suspiró y miró hacia el detective, que permanecía callado. Estuvieron sentados sobre la arena durante mucho tiempo, sin decirse nada, solo disfrutando de su compañía y contemplando cómo la luna iluminaba la plateada superficie del mar. Cuando ya empezó a refrescar, él se levantó y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Elena empezó a sacudirse la arena, mirando al suelo, ensimismada en el extraño comportamiento del detective, hasta que él la cogió suavemente de la mano.

—Siento haber tardado tanto, Elena.

—Alan, ¿qué...?

Ahogó un grito cuando lo vio postrar una rodilla en el suelo, dedicándole una mirada cargada del amor más profundo.

—Sabes que mi corazón, mi vida y mi alma te pertenecen por completo, y quiero pasar cada día del resto de mi vida a tu lado, si tú me aceptas, y decides ser, simplemente, Elena Wood de aquí en adelante.

Elena se arrodilló junto a él, con las lágrimas escapándose sin control de sus ojos, incapaz de emitir una sola palabra. La cúpula estrellada del firmamento contempló dos cuerpos entrelazados sobre la arena de aquella playa en una suerte de *puzzle* humano donde cada pieza encajaba en la otra a la perfección. Cuando el sol comenzó a envolver con su suave luz blanca el manto estrellado, ellos seguían sobre la fina arena. Él acarició con el pulgar sus labios en forma de corazón y la contempló extasiado. Esa chica de manos frías que vivía en un bosque había obrado un pequeño milagro sin apenas darse cuenta. Se quedó observándola, sin decir nada, sintiendo que al fin había encontrado su lugar en el universo. Cuando ambos dejaran de existir, ocuparían su lugar en el firmamento, siempre uno al lado del otro. Porque ese era el camino que ambos decidieron que las estrellas trazasen para ellos.

,

Sobre la autora

Nacida en Las Palmas de Gran Canaria, se licenció en periodismo por la Universidad del País Vasco, y desempeñó durante años labores de redactora en medios locales y regionales de la isla. Su gran pasión por la naturaleza y la fotografía la ha llevado a escribir en un blog dedicado al senderismo en la isla, y otro sobre reseñas literarias.

En la actualidad, se dedica al turismo, a cumplir su gran sueño de escribir y, sobre todo, a cuidar de su hija de dos años; el auténtico motor de su vida.

En el oscuro bosque de Sándara es su primera novela, y su primera incursión en el mundo literario.